FINIS TERRAE EDICIONES

Los demonios de un ÁNGEL

Domingo Herbella

Segunda Parte

© *Los demonios de un Ángel (segunda parte)*
Autor: *Domingo Herbella*

© Finis Terrae Ediciones
www.finisterraediciones.com
info@finisterraediciones.com
Telf. 0034 981 973 631

Finis Terrae Ediciones es una marca de *input output friends sl.*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor o la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Octubre - Edición 1ª

ISBN: 978-84-943025-3-4
Depósito legal: C 1545-2014

Prólogo

En este segundo volumen trato de ensalzar lo que un ser puro en su esencia espiritual podría encontrar, cómo este individuo puede desenvolver su vida.

La existencia en el plano anterior no lo prepara para reencontrarse con lo que en esta vida él fue, y en lo que en ella fue capaz de efectuar. En como la simple sociedad marca las pautas de un comportamiento, el cual nos induce en una primera comprensión a que nuestras acciones dependiendo del estatus social que ocupamos son un horror o parte de un juego malicioso.

Nos enseña a comportarnos en una situación nueva, la cual se halla impresa en el interior, pero dormita hasta darle el nuevo despertar. Nos conduce por una nueva forma de concebir y cambiar lo que uno radicalmente cree acertado y que sin embargo solo es una aberración protegida.

Nos aporta la visión de aquello que haríamos si nos diesen una nueva oportunidad para comenzar la existencia en una sociedad aniquiladora de sí misma.

En fin, nos plasma la consecución del mundo interior y lo difícil que esta sociedad nos pone el poder vivir en ella si somos simplemente diferentes.

Vishnu Atnos.'.

Este libro y todo lo que representa
para mí solo puede tener un motivo:
la aceptación de mi ser amado, Anna Nováková.
Mi virgen vestal, mi amada.
Ella siempre dándome fuerzas desde la distancia.
Y ahora en la premura de la cercanía siempre en mí.
A sí mismo a mi familia, que siempre me dio
la tenacidad y fuerza para poder ser lo que soy.

Volumen I

Retorno al pasado

Capítulo I

No podía saber en realidad lo que estaba ocurriendo, puesto que mi única información es la que había recibido en ese reino. Lo que sí es seguro es que allí nadie me advirtió que algo así podía llegar a sucederme.

Ese sonido cada vez más fuerte y penetrante comenzaba a contrariarme. ¿Qué era en realidad? ¿Qué es lo que me podía estar esperando allí abajo? Y bien digo en la profundidad, puesto que seguía descendiendo. Pi, pi, pi, cada vez era más perceptible y su dinamismo era mayor también, una pregunta de nuevo despertó y comenzó a rondar en mi conciencia, así determiné que aún tenía fuerzas para ello.

¿Qué es lo que me está a acontecer? No entiendo absolutamente nada de lo que aquí está sucediendo, ese detestable sonido que se hacía cada vez más frecuente, más rápido y mucho más audible. En ese instante sin saber el porqué inhalé tan fuerte, que me daba la impresión de querer acabar con todo el oxígeno que pudiese quedar en ese angosto habitáculo. Porque no estaba al aire libre sino me proporcionaría la impresión de querer agotar el aire de todo el firmamento. En ese mismo instante decidí abrir los ojos, los cuales hasta ese momento habían permanecido cerrados, bien cerrados.

Quizás ello era la respuesta de el porqué estaba totalmente en tensión. Esta desapareció y al momento la sensación de caída se había desvanecido, todo ello ocurrió en el momento de la abertura de mis ojos. La sorpresa mayúscula y sin comparación me lleva a preguntaros, ¿qué es lo que creéis que allí pude ver?

Queridos míos, lo que allí se descubría fue un embate tal que en un principio casi pierdo la cabeza. Se trataba del lugar en el que me topaba, era una habitación blanca. En frente al lugar en el que yo estaba se hallaba un armario sin puertas, de esta manera se podía ver perfectamente lo que albergaba su interior, y allí no había más que vendas algodones y

otros utensilios por el estilo. De repente mi atención cambió puesto que mi brazo me dolía horrores, y no es de extrañar, pues en él una aguja de unas dimensiones dignas de mención se hallaba ensartada en este, mi pobre brazo; introducida por una de mis arterias. De su extremo exterior un tubo se situaba embutido, en el cual se podía ver un denso pero transparente líquido, como es normal esto me llevó a pensar «¿este líquido irá a parar al interior de mi brazo?» Acto seguido desvié la vista para no verlo, y en ese preciso momento pude atisbar el resto de mi ser, el cual se hallaba repleto de una especie de parches. No era quien de comprender nada. A mi izquierda un aparato, el cual nunca había visto y ya le tenía por él un aborrecimiento total, era el causante de ese odioso sonido, se trataba de un artilugio que no podía ser bueno, ya que de él una multitud de cables salían, los cuales terminaban en esos parches que se hallaban pegados a mi persona.

¿Qué es lo que estaba pasando? ¿Qué lugar es este? Realmente yo me encontraba bien, quiero decir que no sentía ningún tipo de dolencia; pero sí me topaba totalmente desconcertado.

En ese instante y sin analizarlo más decidí que esa era una situación que no me agradaba, así que mi decisión fue inicialmente aferrar todos esos cables y tirar fuertemente de ellos, mi sorpresa total fue la inmovilidad. Esto hizo que me pudiese girar un poco, esto concluyó en que uno de esos parches se soltase y al momento esa odiosa maquina comenzó a soltar un intenso y continuado pitido, ya no era un sonido fuerte a intervalos; ahora era un sonido incesante, se convirtió en monótono y ensordecedor. En el preciso instante en que me disponía a acabar con mi segunda molestia fuese como fuese, el cual ya os he descrito que era ese tubo que se unía a mi brazo por una aguja, una puerta lateral, de la cual ni tan siquiera me había percatado, se abrió antes de darme de cuenta de lo que estaba a sobrevenirme. Algo tiró de mí hacia atrás inmovilizándome la cabeza pues quería arrancarlo con los dientes, y así no me consentía que arrancase lo que tanto me molestaba. Sentí un pinchazo en el otro brazo que me estaban inmovilizando, y al momento perdí toda consciencia. Así un sueño sin sueños afloró.

No sé el tiempo que pudo pasar desde el pinchazo hasta que llegué

a recobrar de nuevo la consciencia; lo que sí sé es que ambicionaba que esa pesadilla que había tenido, sobre ese cuarto tan solo fuese eso una alucinación, pero mucho me temía que eso así no iba a ser. Llegado el instante en que me dispusiese a abrir los ojos allí estaría de nuevo, ese era el argumento por lo que me negaba a ello. Trataba por todos los medios de calmar a mí ser interno, advirtiéndome con calumnias, que todo ello había sido un sueño, y que en el momento en que mis ojos abriese, allí podría encontrar esa fastuosa frondosidad de la que tanto nos incumbe el ilustrarse.

Por fin le eché valor y comencé poco a poco a abrir los ojos. Pude cerciorarme que ya no me encontraba en la misma habitación, en la cual antes tan mal lo había pasado. Este cuarto era de un tono verde claro, a mi derecha se encontraba una especie de pared móvil, y a mí izquierda un gran ventanal se topaba. Me alegró muchísimo que estuviese tan cerca del lugar en que yo me ubicaba. En frente se localizaba una pared, en medio de la misma se descubría una repisa en la cual una caja negra había, en el lateral que daba a la pared móvil se podía ver una puerta. Levanté un poco la vista y traté de incorporarme; pero esto era casi del todo imposible. De lo poco que pude elevarme, conseguí ver a una mujer muy hermosa, la cual se hallaba adormilada. No sé, pero en el lugar en el que se encontraba no creo que fuese el más propicio para ello, pues estaba en una butaca. En ese justo momento decidí preguntar y de esta manera saber qué es lo que yo estaba haciendo en este recinto. Mi garganta parecía que tuviese vidrios fragmentados en pequeñas fracciones muy espinosas. Por otra parte mi boca daba la impresión de que la hubiesen despojado de toda su saliva. No sé, pero me dio la fuerte sensación de que yo me había tragado mi saliva, pues tenía tanta sed... En ese instante comenzó un agudo dolor en mi gaznate, este se debió al esfuerzo por sacar de él un solo sonido: «cosa inútil». Eché una furtiva mirada a mi brazo pues seguía doliéndome a horrores, así pude comprobar que ese tubo seguía unido a mi extremidad, cómo lo odiaba y cómo me dolía. En ese instante la fuerte idea de arrancarlo volvió de nuevo a mí, a lo que automáticamente el recuerdo de lo que con anterioridad había ocurrido vino a mi cabeza, y como aquello que había pasado no

me gustó opté por no tocarlo. En ese instante la mujer se levantó dirigiéndose hacia mí, tan solo formulaba una incoherente palabra:

-¡Tranquilo, tranquilo, tranquilo!

Tan solo esto era lo único que ella era capaz de decir, mientras apretaba un botón o algo por el estilo. En ese momento un hombre que gozaba de una estatura digna de mención se envolvía en una bata de color blanco, este dirigía sus presurosos pasos hacia mi persona, y también repetía:

—¡Tranquilícese por favor, tranquilo!

Yo quería preguntar pero ni mi garganta ni mis cuerdas vocales querían ponerse en movimiento.

—Tranquilo que todo llegará, ahora recuéstese y no haga nada pues no se encuentra usted para ese tipo de esfuerzos.

Esto es lo que ese hombre me decía en el momento en que junto a mi cama se encontraba.

-A estado usted demasiado tiempo ausente de la existencia de entre los vivos, debe usted de tomárselo con mucha calma.

Y por fin, entre dolor y mucho esfuerzo, logré articular una pregunta:

¿Por favor, qué lugar es este?

—Esto es un hospital y usted lleva más de cinco años aquí. Bueno… en realidad no sé si decir que usted se encontraba con nosotros, pues se hallaba más muerto que vivo. Y a todo esto tenemos una gran duda que solo usted nos puede aclarar: ¿Quién es usted?, pues hasta tan solo hace unas horas usted era el número cuarenta y dos.

Yo me encontraba perplejo pues esa temible pregunta de nuevo estaba aquí; «No entiendo nada, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿será esta una nueva prueba?» ¿Cómo podría yo contestar? Y así piensa que piensa mi bien conocida, la duda, quiso volver a hacer acto de presencia; pero era tal mi debilidad que acto seguido perdí toda consciencia. No puedo decir el tiempo que estuve así; pero sí puedo expresar que en el momento de regresar a la realidad y antes de abrir los ojos pedí con toda mi alma que lo que había vivido antes no fuese real. Yo tan solo quería despertar en un verde campo al lado de mi fiel compañera el ele-

mento, a mi lado su ser trasmutado en un riachuelo que mil cuestiones de su gran vida me despejase, y seguir esa vida de ilustración continua, la cual llevo a cavo en ese extraño pero maravilloso rincón.

Pero mis sentidos me decían que eso no era así, pues ahí reinaba un fuerte hedor, este se te colaba sin permiso por las fosas nasales, y llegaba al cerebro y ya no había forma de desprenderse de él. Y así de esta manera llegó el momento de echarle valor y abrir los ojos, la luz blanca y todo lo que me rodeaba aseveraba que seguía en ese odioso lugar, en esa ridícula habitación. En ese instante un fuerte suspiro de desolación se escapo de mi interior, dejando en mi ser el vació que alberga el desaliento. La verdad es que no tenía noción ni de cómo me sentía; pero eso era en mi interior, pues en el exterior sí que comenzaba la desesperación de lo que poco a poco iba comprobando. Ya que trataba de mover mis piernas y lo único que podía conseguir era un fuerte dolor, pero nada, ningún movimiento llegaba a producirse. Decidí intentarlo con mis brazos. ¡Ja, necio de mí! He dicho los brazos, pero al intentarlo con que simplemente en uno de mis dedos se hubiese producido nada más que un leve movimiento, me haría feliz. Esa fuerte impresión de inutilidad era total y el dolor pasmoso, estaba frente a una situación casi inaguantable, creo que hasta mis tripas me dolían.

Por detrás de esa pared móvil que más tarde me enteré de que se llamaba biombo, una voz surgió con una pregunta hacia mi persona.

—¿Qué, resucitado, ya te has despertado?

Con una ronca voz que casi no se me podía entender, y con un dolor en la garganta por el esfuerzo que debía de hacer, la cual me dolía antes de comenzar pregunté:

—¿Por qué me llamas así, y quién eres tú?

Fue entonces que ese aparato, el cual nos separaba, se plegó.

Y así la imagen de un hombre apareció tras él, se trataba de un ser de rostro enjuto y muy demacrado. Él casi no conservaba diente alguno y aquellos que le podían quedar estaban totalmente podridos. Sus hermosos ojos grises denotaban un gran abatimiento y mucho dolor. Debajo de ellos unas grandes bolsas ojerosas le colgaban. Su barba de varios días hacían denotar por su parte la falta de aseo, al igual que su

barba su pelo era cano, desaliñado y sucio. De él sobresalían unas rojas orejas que daban la impresión de quererlo escuchar todo, poseía una mirada penetrante y perdida en el padecimiento que su vida representaba. Su contemplación era inquietante y no sé por qué me hacía que le temiese un poco. En realidad su aspecto era muy desagradable, en un principio la aprensión ambicionó de mí que me sobresaltase. Aunque después de lo que yo había tenido que salvar, me repuse de inmediato a ese sentimiento que pretendía crecer en mí ser, presto le pregunté:

—¿Qué es lo que usted quiere de mí? ¿Y qué es lo que haces aquí?

—Tranquilo muchacho, pues los que aquí nos hallamos somos los que en otro lugar no podemos estar, aunque en realidad aquí nadie quiere estar.

—¿Ves?, en eso tengo que darte la razón; pues aquí llevo muy poco tiempo y ya me encuentro deseoso de partir.

En ese momento un sonido en la puerta nos hizo dar por terminada nuestra primera conversación, un personaje que vestía una bata blanca se presentó en la habitación. Este adecuadamente nos saludó con educación y amabilidad, concediéndonos amablemente una frase que hecha portadora de amabilidad. Él nos dio los buenos días, acto seguido giró su cabeza hacia mi acompañante y le puso mala cara.

—¡Que no se te vuelva a ocurrir!, ¿eh?

Le dijo malhumorado al ser que en mi lado se hallaba y corrió con mucha violencia esa pared móvil.

—Por favor, debes de perdonarnos pues no estamos habituados a que una persona vuelva después de tanto tiempo. Y es seguro que el trato que le dábamos no fuese el más adecuado, pero es que en realidad es usted mi primer resucitado.

Traté de tragar saliva y seguidamente tosí, pues pensaba que después mi garganta funcionaría mejor.

—No se preocupe… cof… cof... No logro entender nada de lo que aquí ocurre.

—-¿Qué quiere decir, que no se acuerda de nada?

—No eso no… cof... Pues a decir verdad yo lo recuerdo todo perfectamente.

—Pues… Dígame primeramente su nombre pues nos es muy necesario; aunque nadie se lo haya dicho para nosotros tan solo representas un numero, por el que en este lugar eres conocido.

En realidad esa era una cuestión que hasta este preciso instante yo no me había tan siquiera planteado, ¿cómo me llamaba?

—Lo siento pero debo… cof… decirle que esa es una cuestión que me resulta del todo imposible el reconocérsela, pues no lo sé... Cof…

—¿Puede por lo menos exponer cuál es su domicilio, o en qué lugar podemos encontrar a algún pariente suyo? Es para podernos poner en contacto con ellos y de esta manera poder tratar su delicado estado.

Una gran duda pasó a florecer de nuevo en el interior de mi ser, pues nada de aquello que me estaba ocurriendo me lo podría esperar. Para otras cuestiones sí, pero para esto es seguro que no me hallaba instruido. En un pequeño arrebato fingido para poderme desligar de ese férreo interrogatorio al cual mi interlocutor me subyugaba, fingí un profundo dolor de cabeza y garganta, y principié de nuevo a toser.

—Está bien por hoy creo que ha sido más que suficiente y como su doctor que soy le prescribo descanso.

—¿Qué quiere decir eso de doctor?

Él, con cara de asombro, me miró y exclamó:

—Es peor mucho peor de lo que yo podía llegar a imaginar, pues mucho me temo de que es una amnesia total. Y respondiendo a su cuestión, debo de decirle que yo soy su doctor. Esto quiere decir que soy el encargado de que usted se recupere su salud, ¿está claro? Y en el caso de que le surgiese algún inconveniente, detrás de usted hay un botón el cual no tiene más que apretarlo y alguien acudirá presuroso. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, ¡si me pudiese mover estaría muy bien!

Él proyectó una compungida mirada y exclamó:

—Está bien, no pienso abrumarte más, hasta la próxima.

Este salía por la puerta con una muy peculiar expresión, era tal su turbación que hasta sonrió, el caso es que yo creo que la sonrisa era debida a esa pregunta fuera de contexto que él me endosó. Nada más

cerrarse la puerta el individuo que se encontraba tras el biombo volvió a retirarlo.

—¡Oye! ¿Es cierto que no recuerdas nada?, ¿o es que te estás haciendo el loco para poder ocultar alguna cosilla?

—¿Qué es lo que pretendes insinuar?

—Lo siento, no fue muy acertada esa alusión, pero ¿eso qué dices es cierto y nada recuerdas en realidad?

—No… Yo me acuerdo de todo, pero aquello sobre lo que me ha preguntado nada en absoluto sé.

Él puso una cara de extrañeza digna de un buen cuadro, e intentando acercarse más a mí exclamó:

—¡Ah cuánto daría yo para que eso mismo me sobreviniese a mí hace unos años, pues hoy de nada me valdría ya!

—¿Qué es lo que pretendes decir?

—Pues que con mi persona ahora ya no hay nada que pueda hacer, y mi dramático final ya está a la vuelta de la esquina; pero hace unos años atrás estaría todavía a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De dejar ese maldito veneno que es ese liquido, el cual poco a poco ha ido consumiendo mi cuerpo por el interior, me atrevería a decir que el alma también si es que esta existe.

—No comprendo nada de lo que me dices pues si un liquido te a echo tanto mal, ¿por qué lo tomas entonces?

—En realidad eso tanto da ya, pues su solución se acabó antes de tener un comienzo. Pero dime tú ahora, ¿por qué me has dicho que te acuerdas de todo?

—Cof… Cof... Pues porque sencillamente es así. Pero contesta tú ahora, ¿qué creación es esta en la cual nos topamos?

—Je, je, pues la única que hasta la fecha está habitada, o eso que se sepa. Estamos en la Tierra, la llamada creación de Dios.

La risotada que a él le causó fue tan sonora que puso en sobresalto a las enfermeras, las cuales al momento se presentaron, abrieron la puerta de par en par, y por supuesto lo que primero descubrieron fue el lugar del cual procedía ese escándalo.

—¡Lut has sido tú! No te quiero volver a escuchar, ¿o es que lo poco que te queda no lo puedes pasar tranquilo? Repito: no te quiero volver a oír. Y en cuanto a ti, el psiquiatra esta al llegar; él será el que tome la decisión de lo que hay que hacer contigo.

Al momento se dio media vuelta cerrando con una violencia fuera de lugar la puerta.

—¡Ah, ya lo tengo!, esto es una nueva prueba de mi señora, de mi reina.

Y aquel que era llamado Lut se hallaba con una cara de sorpresa que era digna de mención, ni que yo hubiese dicho algo insólito.

—No me observes de esa manera Lut, pues debo de suponer que ese es tu nombre, ¿o no es así?

-Sí, así es pero… Repíteme eso que has dicho antes.

—Que es seguro que mi reina me está poniendo otra de sus pruebas.

—¿Conoces a la reina?

—Sí, en más de una vez hemos compartido las viandas de un gran banquete.

De repente movió la cabeza hacia arriba y abajo como un poseso, y acto seguido me facilitó esta observación.

—Escúchame atentamente, deben de estar a llegar un montón de médicos, entre ellos se encuentran un psicólogo y un psiquiatra. Que no se te ocurra expresarles nada de lo que tú mantienes como real, y si puedes tan solo debes de contestar a aquello que ellos te pregunten. ¿Estamos de acuerdo?

—Bueno, si tú crees que es importante así lo haré.

En el preciso momento en que me disponía hacer la típica pregunta él corrió el biombo. Cómo no, en un lapso mínimo de tiempo la puerta se abrió. Una comitiva de unos diez médicos fue entrando unos tras los otros, cada uno con una especialidad diferente —según más tarde supe—. Se dirigieron todos ellos a mi cama, daba la firme impresión de que lo tuviesen ensayado; pues cada uno ocupó un determinado lugar en derredor mío. Y de inmediato comenzaron las presentaciones.

—Hola yo soy el médico que estudia y repara los huesos y mi

especialidad se llama traumatología. Dígame, ¿puede usted mover las piernas?

—No lo siento, antes lo he intentado y me duele horrores.

—Vamos a ver, por la molestia usted no se preocupe; pues aunque incomodo el dolor es un gran aliado, y es muy buena señal el que usted lo note. Créame, mucho peor sería si no notase nada.

Y comenzó una exasperada exploración, a cada paso preguntaba: «¿duele?», o también «¿qué es lo que siente?»

Y por supuesto yo iba contestando aquello que sentía en el momento. Le decía: ahora un hormigueo, ahora dolor intenso. Más tarde con los brazos el mismo proceso, y las mismas preguntas. Después de dejarme todo el cuerpo dolorido, dio por finalizada su exploración, consecutivamente se puso a escribir en una especie de tablilla, y me dijo:

—Va a tener que ir usted todos los días al gimnasio y hacer mucha rehabilitación. ¿De acuerdo?

Yo conteste afirmativamente con un gesto de mi cabeza. En ese instante se levantaron él y otro que lo había estado ayudando y siguiendo la exploración ambos se dispusieron a marchar, una vez en la puerta paró, giró en redondo y acto seguido preguntó:

—Cinco años, ¿eso es cierto?

—Totalmente así es.

Respondió mi doctor.

—Es lo más increíble a lo que en todos los años de mi carrera me he tenido que enfrentar.

Inmediatamente y sin decir nada más desapareció tras el umbral de la puerta.

La verdad es que cada vez concebía menos lo que allí estaba a sobrevenirme, por no decir a ese tipo de personas. No podía comprender nada.

Al momento otro de esos doctores se levantó.

—Hola yo soy el experto en medicina interna.

Y comenzó a hacer sus preguntas.

—¿Siente usted nauseas? ¿Ha vomitado?, y de ser así ¿cuántas ve-

ces lo ha hecho? ¿Por algún motivo siente usted que le cuesta respirar?

Y así se pasó un buen rato haciéndome un montón de extrañas preguntas. Y en el momento en que yo pensé que ya todo se había acabado, sacó un palito de no sé donde en realidad, y dijo:

—Abra usted bien la boca, esto puede resultarle violento.

Yo no puedo deciros ante aquello qué pude llegar a pensar, ya que fueron mil cosas diferentes; pero tomé la rotunda decisión de hacer caso en aquello que me decían. Y así al final abrí la boca. En ese preciso instante el metió ese palito en ella presionando la lengua hacia abajo. No se puede decir que fuese una agradable experiencia; pero las he sufrido mucho peores, eso sí. La revisión no acabó ahí, pues enseguida introdujo un aparato por el que en su punta manaba luz y así se puso a observar mi interior, No sé hasta qué lugar daría, pero espero que no llegase muy abajo. En el momento en que hubo terminado en la boca procedió en los ojos y con esa misma molesta luz me iluminó los mismos. Terminó rápido con ese tipo de revisión en los ojos, cambió en el momento de aparato y ahora era uno metálico que se dividía en dos, el cual golpeó contra su pierna y me lo acercó al oído. Este emitía un sonido agudo y hasta llegaba a ser molesto.

—Bueno, he de decir que en tu garganta tienes una pequeña inflamación, y esta es la causa de que te sea tan difícil y doloroso el hablar. Pero me resulta cuanto menos milagroso que nada más tengas, es absolutamente increíble después de cinco años.

Se levantó y junto a él tres personas más lo hicieron. Los cuatro se echaban miradas cómplices de lo que sabían y no decían. Rompiendo el silencio se presentaros otros dos:

—Hola yo soy psiquiatra y mi colega aquí sentado es psicólogo, y como indica nuestra profesión, nosotros nos dedicamos al estudio de la mente. Y si no es molestia le queríamos hacer una serie de preguntas. ¿Le parece bien a usted?

—Cof... Pues ¿qué quiere que yo le diga? Cof… después de todo lo que sus colegas me han preguntado y echo, cof... ya no sé si tengo cabeza, o un dolor que ocupa su lugar.

Y en ese momento comencé a toser bruscamente, en el momento

en que parecía que pasaba volvía con más fuerza todavía. Tardé unos momentos pero seguí hablando en el instante que noté cómo mi carraspeo me lo permitía.

—Bueno ustedes pueden observar en el estado en que me encuentro, la tos se va pero el dolor no. Pero prosigamos ya que cuanto antes lo hagamos antes podré descansar. ¿No lo creen así?

—Si, por supuesto sí lo creo. Bueno, ahora me responderá usted a unas preguntas, ahí va la primera: ¿Me puede usted indicar cuál es la fecha en la que nos encontramos?

—Sintiéndolo mucho creo que eso va a ser del todo imposible.

Y sin decir palabra anotó todo en una pequeña libretilla que consigo traía, y acto seguido me dijo:

—Se lo voy a decir yo a usted. Estamos a cinco de marzo del dos mil cuatro. ¿Le dice algo esta fecha?

—Pues a decir verdad es que nada me dice. ¿Debería de decirme algo?

—No en realidad no tiene por qué, aquí mi colega me ha comunicado que no se acuerda usted de su nombre ni de sus apellidos tampoco, ¿es eso cierto?

—Cof... Así es, y a decir verdad no me siento nada bien por este hecho.

—¿Y su fecha de nacimiento la recuerda?

—Lo siento mucho, pero me hallo en el mismo enigma con esta cuestión.

—¿Lograría usted recordar si tiene familia o algo que recapitule de su vida en general?

—Podría usted ser más claro, pues no sé qué es lo que voy a tener que evocar.

—Pues si usted puede recordar algún suceso cruento como por ejemplo una guerra, o por el contrario algo más agradable como pueda ser una boda o un nacimiento.

—En realidad sobre eso a lo que usted se está refiriendo nada puedo rememorar, y créame cuando le digo que realmente lo lamento.

—Está bien. Y estese tranquilo que no tiene por qué sentir nada,

eso es algo que simplemente ocurre. Pero dígame ahora si en este tiempo ha tenido usted algún tipo de sueño, o alguna vivencia que especialmente recuerde mientras usted se encontraba en ese estado vegetativo.

—Perdón, ¿qué es lo que quiere decir con eso de estado vegetativo?

—¿Alguien ha tenido la amabilidad de explicarle a este individuo lo que le ha estado pasando?

—No, en realidad estábamos esperando a que ustedes diesen luz verde para de este modo poderle contar todo lo que nosotros sabemos.

—Bueno, pues pienso que ya va siendo hora, ¿no lo creen así?

Y en ese instante comenzó hablar con el psicólogo.

—Bien, los aquí presentes lo que de usted sabemos es que o bien se ha caído usted o le han pegado un fuerte golpe en la cabeza. Y este tuvo que ser un artefacto bastante contundente. Y no sabemos ni quién ni por qué, lo que sí sabemos es que alguien lo trajo a las puertas de este hospital en el que nos encontramos. En el momento de su ingreso usted se encontraba en un muy lamentable estado, el cual se resumía en un coma profundo. Nosotros hemos hecho todo lo que en nuestras manos estaba para poder evitar que la muerte se lo llevase, y eso lo hemos logrado como a la vista está. Pues el primer paso que tuvimos que consumar era sacarlo de ese colapso. Lo logramos, pero el resultado de ello fue que usted entro en estado vegetativo. Lo cual quiere decir que usted luchaba por su vida aunque no se encontrase entre nosotros, a lo que guarda una equivalencia con que su cuerpo vivía pero lejos de toda consciencia.

—¿Pero qué es lo que me está contando? Yo no entiendo nada, ¿qué significa todo eso que me está diciendo?

Acto seguido se miraron los unos a los otros y el doctor dijo:

—Creo que es suficiente por hoy; ya sabe, apriete el botón si necesita cualquier cosa.

Al momento se volvió a sonrojar un poco, sabéis por qué; pero las manías son difíciles de evitar.

En ese instante el psiquiatra se giró y le preguntó al director:

—¿Por qué lo tiene en esta zona?

—Pues por nada en concreto, simplemente esta es la zona más

cercana a su lugar de antigua residencia y no quería por ningún medio que se despertase en ese espacio.

—Me parece oportuno, pero hay que trasladarlo de aquí cuanto antes.

En ese instante exclamé yo:

—Por favor, y si no es mucho pedir quisiera quedarme por el momento en este cuarto.

—¿Lo quiere por algo en particular?

—En realidad no, pero sí sé que no me encuentro preparado para más cambios.

—Está bien pero comience usted a prepararse pues este no es el lugar idóneo para que esté una persona en su estado. ¡Hasta muy pronto!

Y así se levantaron y marcharon todos los que allí quedaban. Nada más cerrarse la puerta el biombo se corrió, y al momento la cabeza de mi compañero de habitación hizo acto de presencia.

—Eres un gran alumno, pues aprendes rápido.

—¿Qué es a lo que te estás refiriendo?

—Pues que a todo has contestado con la verdad, pero has sabido omitir muy bien aquello que no debías de mencionar.

—¿Pero por qué no debo de mencionar toda la verdad?

—Sé que nada o casi nada recuerdas, pero si a ellos les comentas algo de lo que a mí me has dicho, ten por seguro que en un breve espacio de tiempo te meterían en un manicomio. Y eso que de ti yo tan solo conozco aquello que tú me has podido contar; pero debes de pensar que para ellos sería más que suficiente.

—Dime, ¿qué es eso del manicomio?

—Es el lugar más horrible que te podrías imaginar, pues lo que allí acontece es… Bueno, realmente para saberlo se deben vivir ciertas experiencias; pues aunque yo trate de explicártelo nunca llegarías a hacerte una idea adecuada.

—Ay amigo mío, yo puedo llegar a imaginar lugares más horribles de lo que tu imaginación lograse construir, por lo tanto trata de describirme ese lugar.

—Es ese el paraje más espeluznante que yo haya podido visitar,

pues en este recinto lo primero que te ocurre es que te privan de tu libertad, a continuación te quitan también tu identidad. Pero eso es solo el principio; pues después te integran, como ellos dicen, con los demás enfermos, y por supuesto que allí se encuentran todo tipo de seres, por ejemplo los esquizofrénicos, no preguntes pues ahora te aclaro de qué se trata. Son seres enfermos de verdad, aunque exista una variedad bastante amplia de esa enfermedad, te diré que los peores suelen resultar bastante peligrosos para ellos y para los demás. La locura es un estado increíble del hombre, allí pude presenciar todo tipo de cosas, como por ejemplo:

»Aquel que mirando sus excrementos dispuso de comérselos posteriormente, o el que mantenía una conversación con entes inexistentes, de repente dejaba de hablar y comenzaba a darse de cabezazos contra la pared porque nadie le contestaba. Y de esta manera podría seguir poniendo un largo etcétera de ejemplos. Aquello es lo más antinatural que puede existir. Pues bien, así te meten en un lugar como ese y se olvidan de ti durante un largo espacio de tiempo, te saturan con una gran variedad de medicamentos, los cuales poseen un devastador efecto sobre aquel que los ingiere. Pues consiguen conquistar tu mente y esto hace que pierdas el rumbo de lo que es real de lo que no lo es. Y en el momento en que te encuentras narcotizado aparece el psiquiatra y comienza a hacerte miles de preguntas, que evidentemente en ese estado no es posible el llegar a responder con la mínima coherencia. En ese instante tan cruel ese personaje dictamina un veredicto y con él aplica la más vil de las sentencias. Hablando en términos que me puedas entender, ese personaje enjuicia sin ninguna coherencia los años que te van a encerrar en ese lugar. Es un recinto triste y horrible, yo estuve ya en un sitio parecido pero más tétrico aún. No creas que tan solo son como he tratado de describírtelo aquí, que va los hay mucho peores.

Allí dos días te parecen doscientos, es realmente un infierno.

—¿Y por qué te metieron en un lugar semejante?

—Pues porque bajo los efectos del alcohol quise matar a mi mujer, pero no lo conseguí, y por eso cuando recobré la conciencia y comprobé lo que estuve a punto de llevar a cabo, me tiré por la ventana. Y al

retornar en mí la consciencia ya me encontraba en un hospital, en el cual curaron mis heridas. Y una vez mi estado mejoró, me presentaron a un individuo como al que te han presentado a ti hace un instante. Él me dio un valor como no acto, seguidamente me introdujeron en ese lugar que antes te he descrito. Qué horrible transición de mi vida, me despertaba atado de pies y manos, me sentía totalmente dolorido, hacían que ingiriese ciertos medicamentos que como función debían dejarme turbado, lo que quiero decir es que llegaba el momento en el cual no sabías lo que era cierto y lo que tan solo era parte de un pensamiento radicalmente sombrío. Pero esos medicamentos tenían también la cualidad de que te diese totalmente igual. Ese gran don que es el pensamiento se hallaba ausente de mí y ya ni tan siquiera podía expresarme con la palabra.

»No creas que es lo peor que te puede llegar a pasar pues la vida te enseña una cosa sobre todas, debemos de todo sacar una enseñanza, la cual nos refuerce a no redundar en los equívocos que nos llevaron a tal sufrimiento. Ahora bien esta enseñanza no se la deseo yo a nadie.

»Creo que llegó la hora de dejar este tipo de conversación, pues por mis errores puede que en ti crezca el miedo y eso es algo que yo no quisiera; pues no quiero que nadie tenga que sufrir por mi culpa. Eso ya fue así en mi pasado, y creo que ya he rebasado con creces la medida del la desolación y la angustia.

—¿Dime por qué quisiste matar a tu mujer?

—Es una larga historia… Pero te diré que no era una buena persona y nunca estuve enamorado de ella.

En ese momento bajó la cabeza, y sus arrugas se multiplicaron, y así volvió a hablar.

—Mi amada ¡ay! Mi amor murió ya hace tanto.

En el momento en que se quedó en silencio él pasó a estar ausente, era como el que mira a otro tiempo. Su vista se perdía en la inmensidad de una blanca pared, su memoria lo trasladaba a yo no sé qué lugar y qué momento. Pero si sé que era un recuerdo, más bien diría el recuerdo, al que tantas veces se tuvo que asir con fuerza para no decaer en un olvido sin retorno.

Debía sacarlo de ese estado pues tenía la vaga impresión de que se estaba hundiendo.

—Sé positivamente que tu no originarías ningún daño en mi ser, más bien en este caso sería yo el que incurriría a esa forma de aflicción, me refiero en el caso que siguiésemos hablando de ese lugar, pues sería mi imaginación la que me llevase a poder tener una imagen precisa, y de esta forma dejaría que el miedo entrase en mi entelequia; pero dime ahora ¿por qué me quieren cambiar de lugar?

—Como antes te he dicho aquí nos encontramos aquellos que tan solo esperan el último suspiro, los bien llamados desahuciados, pues eso somos realmente.

—¿Cómo?, ¿qué quieres decir? No te entiendo.

—Este es el lugar al cual te mandan cundo ya nada se puede hacer por ti, pues la muerte nos acecha tan de cerca que cada nuevo día es todo un milagro. Pero tu caso es al contrario, ya que tú acabas de llegar del otro lado, o sea, de los brazos de la vieja dama.

»Pero dime tú ahora, ¿qué era eso de tu reina? ¿A quién te refieres, a una enamorada, a una esposa o a qué?

—¡Oh no! Ella es sin duda la reina de un lugar del cual acabo de regresar, el cual no he abandonado, tan solo me he ausentado por un espacio inconcluso de tiempo. Sin embargo de momento no se bien el porqué, pero lo que si tengo claro es que allí estuve y espero algún día retornar.

—¿Qué me tratas de decir, que mientras estabas aquí en coma también te hallabas en otro lugar?

—Por supuesto. A decir verdad tengo la impresión de que este mundo en el que me encuentro ahora es totalmente incierto comparándolo con aquel que acabo de dejar atrás.

—Entonces, por favor, eres tan amable de otorgarme tu vivencia y narrar todo cuanto allí has podido vivir. Por favor, no olvides el detallarme, asimismo cómo son esos lugares que ahí se descubren.

—Así lo haré siempre y cuando tú me cuentes tu historia, y lo que en este mundo se puede uno encontrar.

—De acuerdo igualmente procederé, si así lo deseas; aunque sin saber nada de lo que aquí ocurre quizá subsistirías mucho más feliz.

—Bueno, ¿quién es el que va a comenzar?

Dije yo en alto con el fin de que fuese él quien comenzase el relato de su horrenda existencia. Entonces Lut se rascó la cabeza y dijo:

—Yo mismo empezaré; pero el caso es que no sé por dónde debo iniciar mi relato.

—Entiendo que si más o menos me cuentas tu historia, me podré hacer una idea de lo que en este mundo ocurre. Y de esta manera comprender algo sobre lo que aquí debo obrar. Si te puedo dar mi opinión comienza desde el principio.

—¡Ay, mi querido ignorante! Primero has de saber que en este mundo en el que vivimos no es demasiado difícil de comprender. Pues en él todo se rige por leyes naturales, solo el que de ellas se despega es el hombre, y por ello vuelve del revés esas leyes naturales. En la postrimería hace que ellas se vuelvan incomprensibles. Pues él se ha encargado de sus propias leyes olvidándose así de las que verdaderamente son de gran importancia.

Pero dejemos eso momentáneamente y pasemos al relato de mi humilde existencia. Pues te diré que yo nací muy al margen de toda riqueza.

—Perdona, ¿qué quiere decir eso de riqueza?

—Ello es una forma ficticia de la vida del hombre, imagínate, se mide según los objetos materiales que una persona conserva. Y de esta forma cuanto más tienes más riqueza ostentas. Ello ha sido una invención catastrófica, ya que los poseedores de riqueza obligan a que los demás trabajen para ellos, y así más riqueza ellos poseen y más pobreza y dolores los que son trabajadores. Mejor será tu vida o más facilidades en esta encontrarás si eres poseedor de esa riqueza.

—De acuerdo, puedes proseguir pues creo que ya lo he cogido.

—Bien pues prosigo:

Vivía en una ciudad en la cual la indigencia y el hambre era lo único que se podía encontrar en abundancia. El trabajo era escaso en demasía, aún por encima el poco que se podía encontrar estaba muy mal pagado.

Para poder obtener uno de estos miserables empleos debías de ser un ente sin ideas o un analfabeto total, era esclavitud encubierta. La vida estaba muy mal y según los derroteros que se soportaban todo apuntaba a que una guerra civil comenzaría en cualquier momento. Y yo, como buen atravesado, fui a nacer justo un año antes del estallido de la guerra. En mi pobre casa éramos siete y ante semejante progenie el bueno de mi padre hacía más de lo que buenamente podía, pues a él lo tildaron de rojo y de encontrarse doblado a la izquierda. Simplemente por esa razón el trabajo para él no existía. Cuando ya no pudo más y la situación lo superó se echó a la bebida, seguro que pensaría que de esta forma mis problemas desaparecerán. Pero nada de eso, se convirtió en fruto de la desesperación por conseguir alcohol, y de esta manera perdió toda dignidad. En los lugares que frecuentaba ya lo trataban como a un monito de feria, y le decían: «Mirad. ¿Qué es la dignidad? Para los que son como tú eso no existe. Anda baila monito si quieres un vasito, pues es seguro que así acabaréis todos». De esta manera los ricos se entretenían con el dolor de los pobres, y evidentemente al padecer estas vejaciones en la calle, cuando llegaba a casa descargaba toda esa frustración maltratando a mi madre. Lo más horrible llegaba en el momento en que descansado, y el alcohol fuera de su cuerpo se daba cuenta de aquello que avía obrado. En ese instante el corría a meterse en la cama avergonzado, se escondía bajo las mantas y fingía dormir, aunque en realidad lo que hacía era llorar. Y claro, una vez por la mañana se encontraba frente a frente con la cara amoratada de mi madre, en ese momento el llanto se volvía más duro y desgarrador.

Unos días antes de que la guerra comenzase, nos vinieron a comunicar que mi padre había muerto. Nos explicaron que en el momento en que un enfrentamiento entre dos bandas rivales se producía el se metió en medio, con la mala suerte que una bala perdida le alcanzó. No estamos seguros de que si borracho lo había hecho, o de que si sereno y con su conciencia plena lo había efectuado.

Mi madre desconsolada lloraba; pues aunque la maltratase, ella seguía enamorada de él. Le había conocido como verdaderamente era, sabía que el que llegaba por las noches y la golpeaba no era él en realidad. Al momento, después, torciendo la cabeza y mirando la caterva de hijos que tenía,

su llanto se volvía más fuerte y amargo. Pues ¿qué iba a ser de nosotros? Si antes era nefasta la situación en este instante se volvía mucho peor aún.

Claro está que el cuerpo de mi padre no lo pudimos recuperar porque aunque oficialmente la guerra no había comenzado, las escaramuzas se sucedían por toda la ciudad, y cómo no sin saber todavía bien lo que estaba ocurriendo, aquella misma noche una multitud de bombas comenzaron a caer por toda la ciudad, y era imposible el hacer otra cosa que no fuese encerrarse en casa y rezar para que esos artefactos del mal no se acordasen de este pequeño pedazo de ladrillo que era mi casa.

Tres días junto con sus noches duraron aquel fluir de bombas continuo, y al tercero todo se volvió silencio y calma absoluta, rato tan solo por algún insufrible llanto. Mi hermano el mayor decidió salir en la búsqueda de algo para comer, pues el dolor de estomago ya no lo podíamos resistir. Sí, mi hermano salió; pero nunca más regreso, mi madre presa de una total desesperación nos dijo:

—No os mováis de aquí y, por nada de este mundo, no abráis la puerta a nadie que no sea yo.

Según salió nos asomamos todos a esa especie de ventana que la casa todavía poseía, allí tan solo se veían cascotes de lo que con anterioridad habían sido viviendas, con sus familias y recuerdos refugiados en ellas. Las casas estaban en su mayoría derruidas, y qué decir de los muertos que se observaban por doquier. O más bien de la carnicería, pues en realidad los cadáveres no se veían. Tan solo se podía distinguir mucha sangre y pedazos de carne diseminados por dondequiera. Cuando ya la noche caía y el alba comenzaba a irradiarlo todo con su luz sanguinolenta, sentimos cómo alguien golpeaba la puerta, nos miramos indecisos, nadie quería acercarse a ella, el recuerdo y las palabras de mamá se hicieron eco en la cabeza de cada uno de nosotros. Bueno, en mí no, era demasiado pequeño. Al final optamos por abrir la portezuela; pero antes de llegar oímos como un hombre nos proponía que abriésemos. De nuevo el recuerdo de las palabras de mamá llegó mi hermana en ese momento dijo:

—Mamá nos ha dicho que no abriésemos a nadie.

Y él nos contesto:

—Mamá ya no está, ella no se encuentra ya entre nosotros.

En ese instante mi hermana, que ahora era la mayor, ante esta noticia decidió abrir de inmediato.

Allí se encontraba un hombre alto y de buen parecer, y mi hermana le pidió explicaciones sobre aquello que le acababa de decir. Él, antes de expresar palabra alguna, entró cerrando la puerta a su espalda. Este individuo traía una cesta en su envés, estaba repleta de comida.

Y en ese momento le explicó a mi hermana que tenía en su vida una situación acomodada, él pertenecía a la clase alta de la ciudad, y a él y a los suyos de nada les faltaba. Bajó la cesta al suelo y compartió la comida. En ese instante todos nosotros caímos sobre ese alimento al igual que una jauría de lobos cae sobre su presa. Le ofreció un bocadillo a mi hermana pues de no hacerlo, mi hermana se hubiese quedado sin probar bocado, y continuación le dijo que la acompañase al cuarto de al lado, si se podía llamar así, tan solo una pared temblorosa hacía de división. Aquella en otro tiempo había sido nuestra cocina. En el momento en que ambos se encontraban en ese lugar pasó a detallar lo que a su madre le había sucedido, y esto fue de lo que me enteré mucho tiempo después. Al igual que todo lo que hasta este momento te llevo contado, pues como ya sabes, tan solo tenía un añito por aquel entonces, y tan solo podía ser consciente del hambre que tenia; pero esto fue lo que me contaron.

Mi madre según salió de la casa, tres hombres la observaron y acto seguido fueron tras ella. Cuando llegaron a su altura la cogieron por detrás, la obligaron a que se metiese en un callejón, y allí mientras la insultaban y la pegaban la violaron tan brutalmente que ella tan solo les pedía que por caridad la matasen y no la hiciesen sufrir más. En ese instante pasaba por allí este caballero, este salvador de la desesperación, y pudo oír los lamentos de tu madre y las injurias y las risotadas de esas horribles personas, sin pensárselo echo a correr hacia el lugar determinado; pero una vez llegó los individuos se habían marchado pues lo vieron llegar. Por mala suerte para ella, ya que era demasiado tarde, su salud dejó ser energía, esta la abandonaba demasiado rauda como para poder hacer nada más que escucharla. Pero no era el final para vosotros, ya que con su último aliento le pidió por favor que la escuchase, y le contó que vosotros os hallabais en muy mala situación, pues entre otras

cosas estabais famélicos. E inmediatamente le hizo prometer que él se haría cargo de nosotros.

Y esa fue la primera experiencia de mi vida. Que como puedes ver nada tiene en común con el dulce poder de la vida, más bien con el trago amargo de la misma. Esa fue la primera imagen, ella era así para que me fuese preparando para lo que después llegaría; pues era seguro que de no empezar bien mi vida, no iba a concluir mejor. Y ya puedes contemplar en qué lugar me hallo ahora.

Pero cuéntame tú, Y dime desde un principio lo que allí viste y viviste.

En ese instante comencé yo a contarle mi vivencia en ese desierto, y di llegado hasta el crecimiento de las semillas.

Cuando levanté la vista allí se encontraba el totalmente extasiado y con la boca totalmente abierta.

—Pues no te queda nada ya, que mi relato todavía no ha comenzado como aquel que dice.

De repente un golpecito en la puerta hizo que el biombo volviese a desplazarse.

Por la puerta entró en primer lugar un carrito, este era empujado por una enfermera, mi grata sorpresa fue que no era esa enfermera ruda la que allí se presentó. La que ahora se descubría ante mis ojos era una dulce muchacha de ojos verdes, con un pelo negro y ondulado el cual con su movimiento hacía que olvidase donde me encontraba. Su piel morena parecía ponerse de acuerdo en ese cuerpo para que nada estuviese en un estado inarmónico.

—¡Oh! Eres la más grata visión que puedo recordar desde que he llegado a aquí.

Ella se sonrojó con la timidez que una niña tiene ante su primera palabra hermosa y me dijo:

—He estado tanto tiempo asistiéndote que casi entiendo como imposible el lograr admitir que pueda estar hablando contigo. Cuanto más creerme que tus reacciones a lo que yo pueda ser o decir son ciertas y se producen por el impulso que la vida produce en ti. Bueno supongo que me tendré que acostumbrar aunque llevará su tiempo.

—Pero ¿tú me conoces?

—¿Y cómo no iba a conocerte?, si has sido uno de mis pacientes en los tres últimos años.

—¡Perdóname, pero no entiendo absolutamente nada de lo que estás diciendo, para mí representa un acertijo!

—Pues es fácil de comprender, he sido yo quien cuidó de ti en estos últimos tres años, yo conozco todos los espacios de tu cuerpo.

Y en ese mismo momento se ruborizó completamente, y bajó un poco la vista, a lo que en un momento después parece que logró reponerse y siguió contándome, y lo que de su boca salía a cada momento más traspuesto me dejaba.

—Yo era la encargada de tu limpieza y tu aseo personal, esto lo llevaba a cabo cada día durante el tiempo que has estado… ¿cómo decir…? Más muerto que vivo. Han sido tres largos años, pero que para mí era un placer el poderte ayudar.

»Lo que quiero decir es que un largo vínculo de tiempo nos une, he estado más tiempo contigo que con mi novio; pero supongo que ya tendremos tiempo de hablar de este tipo de cosas. Ahora os traigo la comida.

En ese momento hizo un reparto de la comida que realmente supongo que tenía un orden, cosa que por algún motivo a mí se me escapaba.

—Esto para ti, tengo la esperanza que sea sabrosa aunque la comida de los hospitales no suelen serlo realmente. Y esto otro para ti Lut, anhelo que hoy comas algo más que de costumbre.

—Si me trajeses un cuartillo de vino sería mejor para todos.

Esto dijo Lut, a lo cual la bella enfermera parece que ni lo escuchó realmente, lo único que de su boca salió fue:

—¿Queréis os encienda la televisión?

A lo que Lut rápidamente contestó:

—Sí que están a punto de comenzar las noticias.

En ese instante ella se dirigió al artefacto, el cual se encontraba encima de una repisa, y acto seguido apretó uno de aquellos botones.

Fue sin duda alguna uno de los mayores sustos de mi vida, de ese ingenio surgieron voces, yo di un brinco que casi tiro con la cena, y

eso que tenía mucha hambre; pero fue peor aún el momento que vi las imágenes. En ese instante pregunté:

—¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Qué es lo que tenéis ahí metido?

En ese momento la enfermera y Lut comenzaron a reírse de una manera casi convulsiva, yo llegué a pensar que les iba a dar algo.

—Esto, mi querido enfermito, es un aparato receptor de imágenes y sonido. En el momento que yo aprieto aquí. —En ese momento señalo el botón que con anterioridad había apretado—. ¿Ves?, se enciende o apaga, y aquello que se esté divulgando en ese momento se recibe y pasa a verse y oírse en la pantalla. Mira, también hay varios canales, lo que quiero decir es que en cada número se encuentra una frecuencia, en la cual están emitiendo algo diferente al anterior. Es de gran ayuda para poderte enterar de aquello que ocurre en la otra parte del mundo sin salir de casa.

—Ah, pero si en el caso....

—No hay más peros ni más preguntas, a cenar y si quieres mira, doy por supuesto que así aprenderás mucho más de lo que yo te pueda enseñar, tanto bueno como malo.

Por supuesto que yo así lo hice; pero claro, yo no podía mover mis brazos, y exclamé:

—¡Eh, perdona!, pero creo que de momento voy a seguir necesitando de ti, es que mis miembros están por el momento inservibles. ¿Si quisieras ser tan amable de darme la cena?

—¿Cómo no iba a hacerlo? Esto es parte de mi trabajo, será como si volviésemos ambos a los viejos tiempos, en los que yo me ocupaba de ti.

—Estoy contento por ello, pero dime ahora ¿por dónde empezamos?

Pues no poseía ni idea de nada, en realidad era como un recién nacido. Ahora bien, me asaltaba la misma sensación, la cual tenía al salir de ese desierto.

—Tú tranquilo y déjame hacer a mí, tú tan solo déjate llevar.

Y así ella con una dulzura digna de una madre me fue dando poco

a poco todo el alimento, aunque valga la redundancia a mí me supo a poco; aunque me quedé bastante satisfecho.

Una vez terminado ella retiró toda la bandeja con sumo cuidado de que nada se cayese, acto seguido yo me tumbé en el almohadón y le di mil gracias al trabajo tan bien efectuado que ella había hecho conmigo. No por lo que hoy había efectuado, no, más bien por todo el trabajo de todo este tiempo, pues conmigo había tenido una excelente atención.

Ella se volvió a ruborizar y me dijo:

—Este es mi trabajo y me siento muy orgullosa de consumarlo, ello me hace sentir muy bien.

—Lo sé, pero también sé que un trabajo se puede llegar a desarrollarlo de muchas maneras diferentes. ¿No lo crees así?

—Así es y debo de darte la razón; pues aquí he visto tantas cosas… Pero como se suele decir: eso son cosas del trabajo.

En el preciso momento que esto decía me miró a los ojos y noté esa tristeza, la cual no podía esconder. Un segundo después alzó la vista hacia mi compañero de habitación y dijo:

—¿Qué Lut, has acabado?

—Por supuesto, ¿o es que me quieres comparar a ese tragón? Bueno, aunque después de cinco años lo veo hasta normal.

Yo en verdad no me quiero imaginar cómo me encontraría después de ese tiempo la verdad. Y esta, tu primera comida después de cinco años, debes de haberla disfrutado.

Acto seguido la enfermera descorrió el biombo, Lut casi no había probado bocado. Sin poderme reprimir le pregunté:

—¡Eh Lut!, ¿por qué no comes nada?

Y el muy malhumorado me contestó de mala manera:

—¿Quieres dejarme ver el telediario?, pues dudo mucho de que seas tú el que me va a contar las noticias.

Lo observe según esto me decía y en su rostro arrugado más que de costumbre, se podía observar un odio que no era normal.

En ese intervalo de tiempo en el otro extremo de la habitación la enfermera se disponía a dejar la estancia. Al momento yo le di las

buenas noches y ella hizo lo mismo para ambos, una vez dicho esto sonrió y se marchó.

—Es preciosa, ¿no lo crees así Lut?

—Sí, sí, está muy buena.

En un principio no sabía bien lo que él quiso decir, pero lo analicé y llegué al pensamiento de que cuando te comes algo y repites es que te gusta, eso quiere decir que esta muy bueno; así que querrá decir que en cierta medida me daba la razón. Así yo también quedé callado mirando el aparato ese que todavía causaba grandes dudas en mí interior.

Allí lo que se podía ver era horrible, pues lo mismo se podía advertir a muchas personas eufóricas de alegría, que al instante siguiente aparecían individuos que padecían las vejaciones y los dolores más inhumanos que se puedan pensar. No lograba captar la esencia de eso que llamaban el noticiero.

De repente salió un personaje que decía:

—Sí, sí, a ti te estoy hablando y es por tanto que debes de contestarme.

Y por educación yo le dije:

—¿Qué es lo que pretendes que te conteste?

Era más que sabido lo que un instante después paso, Lut comenzó a reír y el pobre no daba acabado con esa risotada, ya el estomago le dolía, en el momento en que pudo me dijo:

—Eso tan solo es un anuncio publicitario, se efectúan esta serie de técnicas para conseguir que la persona que lo está viendo le preste atención y de esta manera compren lo que ellos anuncian, esto se llama publicidad.

—Entonces… de todo lo que sale ahí, ¿nada es cierto?

—Mira, querido amigo, mis años me han ido enseñando que nada o casi nada de lo que ahí se muestra es cierto, pero a veces hay grandes realidades que debes de encontrar entre tanta mentira, pues tan solo uno es el que es capaz de separar la verdad de lo que no lo es, y en ese momento te sentirás bien pues algo más ya sabes.

»¡Ahh! Pero para ello te hace falta mucha televisión, lo cierto es

que para una persona como tú no debe de ser muy bueno, por lo tanto cuanto menos te acerques a ella mejor será.

Esto me decía mientras se estiraba y soltaba de vez en cuando una especie de suspiro. Yo no dejaba de observarlo, para mí era todo tan novedoso… Así que me atreví a preguntarle de nuevo, este hombre se me parecía un poco aquella vieja cabra.

—Pero supongo que ese aparato debe de tener cosas buenas.

—Sí, por supuesto; por ejemplo, a mi me gustan los documentales, los noticieros, los dibujos y alguna que otra película, cosa que por cierto comienza ahora.

—¿Qué es eso de película, documentales y dibujos? Ya que solo sé qué es noticiero.

—Las películas son historias que en vez de ser contadas solo con palabras, lo hacen con imágenes, palabras, música también. Pero tú lo que debes de hacer es mirar, y de esta manera lo vas a entender mucho mejor. Referente al resto, según vayan saliendo te iré diciendo lo que cada uno es.

El momento siguiente fue increíble ya que vi mi primera historia televisiva, no me gustó lo que se relataba en ella; pero tampoco me importó pues ni tan siquiera sé cómo acabó. Me quedé dormido mucho antes.

Sin remediarlo despierto a un día más, un nuevo sol cargado de multitud de nuevas sensaciones y experiencias. Pues bien, esa mañana el sonido de una persiana fue lo que me despertó. Más adelante tuve la oportunidad de saber que así se llamaba ese potencial y ruidoso elemento, bien ese sonido hizo que me sobresaltase. Abrí los ojos y allí se encontraba esa dulce mirada, era la enfermera la que estaba abriendo las ventanas. Me observó y al ver que me encontraba despierto me dio unos dulces buenos días.

—¿Puedes valerte por ti solo para ir al baño?

—No va a ser posible, tan solo si los dedos pudiese mover para mí sería un gran logro.

Esto le dije y ella sin pensarlo un segundo me ayudó a levantarme y sentarme en una silla que tenía ruedas, y ambos nos dirigimos al cuar-

to de aseo. Era una situación muy violenta y me daba mucha vergüenza, pero ella tomó mi pene y se dio la vuelta asiéndome por detrás, y por dios nunca había tenido una sensación tan placentera, fue la meada más evocadora al placer que nunca más he tenido. Una vez acabado ella me desnudó y me sentó en una especie de tinaja, pero más grande; la llamó bañera. Allí me dijo que lo iba a disfrutar, así fue. De eso que llamo un grifo comenzó a salir a chorro de agua tibia, por esa especie de tubo lleno de pequeños agujeros salía el agua y golpeaba en mi cuerpo. Me frotó con jabón y quedé totalmente relajado. Por un momento creí que la vergüenza me podría, pero al final entendía que de otra manera no se podría hacer: ella era toda una profesional.

Una vez acabado me volvió a sentar en esa extraña silla y me sacó primero de ese extraño cuarto en el que tanto había disfrutado. Y sin dirigirme hacia la cama ella puso dirección a la puerta de la habitación, salimos de ella y después de pasar por barios pasillos iguales, pues ninguna diferencia entre ellos había a no ser de una especie de letreros, llegamos al final a una sala grande llena de extraños aparatos.

En ese momento un personaje con bata blanca, que pensé que sería un médico, me dijo:

—¿Eres tú el resucitado?

—Bueno, si tú lo dices debo de ser yo, así es.

—Tranquilo que es seguro que aquí lo vas a pasar bien.

En ese momento la enfermera le dijo:

—Dos horas ¿de acuerdo?

—Sí, está bien, le hace bastante falta.

Y así cogió la silla y empujando entramos a una sala en la cual se encontraban diferentes personas, con una multitud de variadas e impresionantes lesiones. En el momento en que irrumpí a ese lugar todos los que en ese sitio se hallaban me miraban con diferentes líneas en sus semblantes. Esas líneas de expresión no pueden, digamos, hacerlas desaparecer. Todo esto hacía que me sintiese un poco especial, lo que me estaba sucediendo hacía que me liase mucho más, pues en la esfera del cual venía era un bicho raro y aquí parecía que lo mismo me estaba a acontecer. Pasara por donde pasara todo se volvía un murmullo, esto

hacía que me llegara a incomodar un poco. Pero aquel que empujaba la silla me dijo:

—Tú tranquilo, que esto sucede porque es tu primer día, y para ellos resultas toda una novedad pero mantente sereno. Verás como ellos se acostumbraran.

En ese lugar me ocurrieron tantas anécdotas que me llevaría una vida en poderlas relatar. ¿Alcanzáis a imaginar la sorpresa que en mí suscitaba todo aquello? Todos los aparatos que allí se encontraban, como las personas que los necesitaban. Cada esfuerzo era necesario para que se comenzase a producir el movimiento de cualquiera de mis articulaciones.

Bueno, en realidad aquellos que han tenido la mala suerte de tener que pasar por un lugar como este saben a la perfección a qué es a lo que me estoy refiriendo. Pasada más o menos una hora ya había comenzado a entablar conversación con los allí presentes, y por supuesto, cuando más placenteramente me hallaba apareció la enfermera con la silla de ruedas.

El fisio, que me había dicho que era así como se llamaba a su trabajo —fisioterapeuta—, pero por supuesto todos allí le decían fisio, me dijo:

—Muy pronto serás quien de dejar esa silla y bajar a aquí tú solo, y andando, por supuesto.

Él se despidió con una esplendida sonrisa, y así sin más dilaciones me subieron al lugar en el que debía de descansar, a esa habitación, cosa que agradecí mucho pues mi cansancio rozaba el agotamiento. Llegamos a la estancia y la enfermera me acomodó en mi cama y con un hermoso gesto se despidió, y una vez esta hubo abandonado el lugar, Lut corrió el biombo.

—¿Qué tal mi amigo? Estaba ansioso de volver a verte.

—Me encuentro bien pero un tanto cansado. Escucha, ¿por qué a ti no te bajan a hacer ejercicios?

—¿Por qué razón iban a llevarme a allí? Como ya te he dicho lo único que yo hago aquí es esperar a que la muerte se acuerde de mí.

—Pero yo en realidad sigo sin comprender por qué dices tal cosa.

—Pues es sencillo, según un informe médico yo ya me descubro desesperanzado, y toda la duración que a mi vida le pueda quedar es como mucho un par de meses.

—¿Y ha sido a ti al que le han comunicado esa noticia?

—Más o menos así ha sido.

—Eso me resulta de una autentica y extrema crueldad.

—Pero la realidad es en este lugar en el que vivimos es así.

Pero dejemos por el momento esa desalmada realidad, recuerda que te toca a ti relatarme algo más de ese maravilloso mundo del cual acabas de llegar.

Y fue entonces cuando le conté la discusión entre mi ser y esas dulces pero furiosas florecillas, le conté todo lo que ese ser de infinita sabiduría me había inculcado, ese ente de pura naturalidad: el árbol. Y di término a mi relato justo en el momento en que pensaba acercarme a ese elemento, el cual tanto bien me había hecho. Lo dejé en el momento en que el agua y yo nos disponíamos a entablar nuestra primera conversación.

Lo impresionante de todo esto es que en ese dañado ser, por momentos, según mi relato avanzaba su gesto se volvía lúcido y condescendiente. Daba la total impresión de que se estaba sacando un gran peso de encima. Los destellos de felicidad se reflejaban por todo su rostro, lo cual hacía que permaneciese en un estado de éxtasis. Una vez que se hizo de nuevo el silencio, Lut saboreó incluso la fragancia que el callado momento le permitía, y esta era la culpable de la impetuosa lágrima que irónica por su rostro discurría, el vislumbrar la expresión de esa energía fue lo que me dio pie a que mi ser dijese, ya es suficiente por hoy.

Y es por supuesto que debía de preguntarle y así lo hice.

—¿Qué es lo que te está ocurriendo mi querido amigo?

—¿Verdaderamente quieres que responda a tu pregunta?

—Así es, de no ser así ¿para qué te expondría algo en consecuencia?

—Pues la realidad es que comienzo a conocer un poco la felicidad, yo siempre creí que la muerte no representaba nada más que un intenso y grandioso banquete para eses diminutos y repulsivos gusanos. Pero desde tu llegada tú me has dado un poco de de tu sabiduría en estos

pocos días, y no es el relato en sí, pues es más bien que en el momento en que te hallas contándolo, tus sentimientos son culpables de que los míos se estremezcan.

»Y pienso: Los sentimientos que ambos expresamos se unen, y ello da paso a una nueva forma de sentir, y en consecuencia esta realidad la siento tan fuerte aquí, en mi corazón. Y con ello estás dando paso a que en mi mente se vivifiquen la forma de concebir este estado. Ello me lleva a sentir un nuevo pensamiento: Eses gusanos tan solo son una mísera parte de un final que radica en el principio, así lo siento, y así me lo dicen con grandes chillidos que tan solo yo puedo oír. En lo más profundo de mí es donde eses enérgicos alaridos se abren paso, dando forma a este profundo sentimiento, y así esa gran emoción comienza abrirse paso.

Lo observé pausadamente sin prisa, sabía que no era un momento para opinar sobre lo que su corazón me expresó, así que solo le dije.

—Creo que no diré nada sobre lo que brillantemente acabas de expresar. Pero lo que sí establezco como cierto es que ahora es a ti al que le toca seguir con el relato.

—Lo sé, lo sé; pero instituyo que será mucho mejor si lo dejamos para después de comer.

No lo sé; pero para no comer daba la impresión de que este ser tenía un reloj incorporado, y lo digo porque al momento apareció la enfermera con la comida. Mi gran decepción se dio al comprobar que la enfermera que a mí me gustaba no era la que apareció tras esa puerta. Esta era una mujer tosca y seca, un ser muy parco en palabras, y siempre daba la impresión de que el mal humor presidía su existencia.

Se puede especular y quedarse uno con lo primero que piensa u opina, pero estando este humilde ser en el lugar que para mí era la única referencia, aprendiendo en esa mágica atmósfera lo que mi entelequia logró albergar, tenía la obligación de pensar: A esta doncella era seguro que debía tener un potente motivo por el cual sentirse y encontrarse en tan funesto estado.

Ella con todo lo áspera que daba a entender que era su carácter en realidad me dio mi alimento, no se puede decir con dulzura pero si muy profesionalmente, una vez hube acabado ella exclamó:

—Tengo infinitas ganas de que llegues a tu completo restablecimiento, pues así no será tan pesado el tenerte que alimentar.

Por supuesto no tardé más que cuando ella había acabado de dar aliento a su última silaba para proceder a mi respuesta.

—Le tengo que dar mil gracias por su buena voluntad, por el interés y el esmero que pone para que yo me pueda curar y tener una esplendida salud cuanto antes.

Al instante ella se sonrojó y entre dientes se la escucho algo así como «patrañas». Acto seguido asió la bandeja y descorrió el biombo. La cara de Lut poseía una tremenda sonrisa que le daba un aspecto bastante cómico.

La enfermera entre encolerizada y un poco, ¿cómo decir…?, cómica; le clavo los ojos a Lut y le dijo:

—¿Se puede saber de qué te ríes tú?

Y él sin poder aguantar más soltó una tremenda carcajada que se debió escuchar en todos los rincones de ese lugar.

En ese momento la enfermera ya solo se dejó llevar por ese sentimiento tan encolerizado. El cual discurría por su interior, y sin pensar en lo que decía le chilló a Lut:

—Tú, ser esquelético que no comes nada, muchos quisieran poder tener este plato de comida. Estás con el aspecto de un moribundo y todavía te quedan ganas de reír. Vivir para ver.

En ese preciso instante y sin previo aviso ocurrió. El bueno de Lut comenzó a quedarse sin respiración, su color comenzaba a cambiar por momentos, acto seguido empezó a retorcerse y a tener unas fuertes convulsiones. Le salía una especie de baba espesa y blanquecina por la boca. Su cuerpo se impulsaba como si toda orden quedase anulada y ahora cada miembro se moviese por sí mismo. Para mí este espectáculo era un fuerte procedimiento de una total incomprensión, pues no tenía la menor idea de lo que allí estaba a suceder. Lo que sí podía percibir era que acontecía algo muy grave,

y que la vida de este extraño conocido se evaporaba de su cuerpo a pasos agigantados.

Acto seguido la enfermera comenzó a llamar al médico dando enérgicos alaridos, ella aferró enérgicamente a mi buen amigo y tan solo le era capaz de manifestar:

—Aguanta, por favor, no te vayas, no me dejes también tú.

Lo apretaba con una inusitada fuerza contra su pecho, en una entrañable muestra del más puro amor, pero lo que a mí me parecía a cada instante era que Lut no quería en realidad volver. En ese intervalo él perdió el conocimiento, por lo que yo pensé que había fallecido. Las lágrimas aparecieron en mis ojos, y el desconsolado llanto que las seguía me dejó extendido en una solitaria cama dándome muestras de cuán era la sensación de inutilidad que se puede llegar a poseer. La impotencia de poder contemplar un estado de socorro sin poder hacer nada para ayudarlo.

En ese momento entró el médico en tromba seguido de barias enfermeras más. Fue una gran eternidad en unos pocos minutos. Cuán relativo es todo dependiendo de la experiencia que estás a sufrir. Las lágrimas que se deslizaban por el rostro no me dejaban ver lo que estaba ocurriendo, y un momento después cerraron el biombo apresuradamente. La enfermera me miro y pudo comprobar el estado en el que me encontraba. Sin pensarlo vino hacia mí y sin decir palabra me abrazó y comenzó a tratar de calmarme.

—Eres una persona muy valiente, debes de saber que Lut es un ser con una gran fortaleza, y es bien seguro que de esta saldrá.

Y yo, pese a mi lamentable estado de aflicción, le contesté:

—Él aquí se encuentra porque no tiene salud, lo que realmente es seguro es que lo único que está esperando es una muerte rápida.

—No me digas eso, por favor.

Y en ese instante a ella también le comenzaron a caer las lágrimas, las cuales representaban lo mucho que le dolían las palabras que yo le acababa de trasmitir. Y pienso que más que las palabras la realidad que en ellas había. Y entre balbuceos me dijo:

—Perdóname mi actitud; pero en un lugar como este no quiero

tener tratos con los enfermos, escúchame atento lo que te pienso relatar, es seguro que de esta manera me comprenderás mucho mejor:

»Allá en mis comienzos sin saber qué era este lugar, sin que mis compañeros me lo advirtiesen aquí me destinaron, ¡ah pero qué mal lo he pasado! Pues trata de imaginar; yo comenzaba a tener cariño por el contacto que establecía con los enfermos; llegaba por la mañana a la habitación a darle su desayuno al paciente y lo que encontraba era una cama recién hecha pero vacía. Esta se hallaba ya en espera del siguiente desahuciado, el cual vendría acabar aquí sus días. Y yo terminaba llorando con un fuerte dolor en mi corazón, pues una vez se coge afecto, cariño o como le quieran llamar es muy problemático desprenderse de ese querer de la noche a la mañana. Y si en realidad yo quería proseguir con mi trabajo estaba claro que algo debía de hacer, y es por eso que decidí tomar otra actitud: la de mujer dura. Pero realmente debo de confesar que cada vez que llego a la habitación y me encuentro una cama vacía, mi cuerpo y mi alma sufren igualmente; pero lo que si he aprendido es a superarlo, pues debo de seguir viviendo.

—Estaba casi seguro de que tú eras como ahora me has enseñado, y en realidad debía de haber un potente motivo por el cual tu actitud era tan arisca, tan seca. Ello era un signo claro de porque tú procedías así. Ahora ya sé lo que es. Muchas gracias por haber sido tan sincera con migo.

Ella se separó un poco de mi endeble cuerpo y me dijo:

-Verdaderamente si lo hago es porque tú has regresado de allí, y por el momento no creo que te interese volver, por lo menos por un tiempo.

Y como si fuese un acto reflejo me dio un caluroso beso en la mejilla, estaba compuesto por amor y endulzado por una gran desesperación. Se levantó y seguidamente desapareció detrás de ese odioso biombo.

Posteriormente pude observar cómo con un fuerte y rápido movimiento la puerta se abrió de nuevo y por ella apareció una camilla con ruedas, era para Lut, en ella lo acostaron y se lo llevaron a toda prisa.

Pasé así una gran parte de la tarde sin nadie a mi lado. A eso de la

a última hora, cuando ya el sol parecía quererse despedir, se abrió esa puerta inalcanzable para mí, por ella hizo acto de presencia el médico, el cual me dijo:

—Hay que bajarte a rayos X.

Y antes de que yo llegase a preguntar qué era eso él me contestó:

—Eso es una máquina que sirve para sacarle fotos a tus huesos.

—Fotos, ¿qué son fotos?

—¿Alguna vez has visto un cuadro o un retrato?

—Sí, muchos tengo visto allí…

—Pues esto es lo mismo, pero en vez de sacarte una foto por fuera lo hacemos por dentro de tu cuerpo. Perdón, ¿decías algo de allí?

—Sí, me refería a la televisión.

—Pues parecido, muy bien.

—Bueno, está bien; si tenemos que hacerlo, ¿qué se le va a hacer? Pero quisiera que antes me informase, ¿cómo se encuentra Lut?

—Está bien, es un ser un poco bruto en aquello que hace, y claro, se puso a reír y un pedazo de la comida que estaba engullendo se le quedó atravesada en la garganta y el muy animal casi se ahoga.

En realidad no sabía si aquello era cierto, pero ¿qué es lo que yo podía hacer? no tenía nada más que aquello que ellos quisieran comunicarme y así debía de darlo por sentado.

—Dime si puedes, ¿qué es lo que tenéis que mirarme?

—Cuando te trajeron, como te he dicho ya o eso creo, tenías un fuerte traumatismo en la cabeza, vamos a mirar si todo está bien.

Yo me quedé como estaba y por supuesto tenía que hacer mi pregunta.

—¿Qué es «traumatismo»?

—Pues ni más ni menos que un golpe.

De repente se le escapó algo.

—Podría ser….

—¿El qué podría ser?

—Está bien, escucha voy a ser todo lo sincero que se puede en un caso como es el tuyo, según tus datos y tu fractura hemos mirado en el banco de datos de desaparecidos; no apareces, pero como no hemos

mirado en los de la policía, ahí puedes estar como secuestrado o desaparecido, por eso no figura en la otra lista.

—Perdón, ¿qué es secuestrado?

—Pues es cuando retienen a una persona en contra de su voluntad para pedir un rescate, o sea, dinero a cambio.

—¿Y por qué alguien querría hacer tal cosa?

—Pues porque nos hallamos en un mundo de lo más extraño y el dinero es el que rige en la vida de los individuos. Hay algunos seres que harían lo que fuese con tal de conseguir un poco de ese bien, como casi matarlo a usted.

Y es por eso que se llama rescate, porque se paga la cantidad convenida y al momento usted vuelve a ser dueño de su vida.

—¡Ah… es como un trueque, un cambio!

—Más o menos lo ha cogido; pero dejemos eso ahora y pasemos a la sala de rayos.

—Pero ¿promete usted mantenerme informado?

—De acuerdo, así se hará a cada momento.

Y así procedimos a avanzar por un largo pasillo en el cual una línea nos indicaba el camino a seguir esta era de color rojo, así una vez avanzados unos cuantos metros giramos frente a una puerta, en ella el letrero indicaba rayos X. Una vez allí me incorporaron en una mesa larga y muy fría, me dijeron que permaneciese tumbado y no me moviera. En ese instante una máquina se acercó a mi cabeza. No me fiaba, esta estaba anclada en el techo y a mí me parecía un repugnante insecto gigante.

Comenzaron así por la cabeza y continuaron en descenso hasta que terminaron por los pies, al momento me dijeron que estuviese tranquilo pues todo había terminado. Todo había ido muy bien, de nuevo me sentaron en esa silla de ruedas a la que le estaba empezando a coger manía.

En ese instante apareció la enfermera que venía en mi busca.

—Espero que no te parezca mal pero debes de esperar un poco aquí.

—¿Pero por qué tengo que estar más tiempo en este lugar?

—Debemos esperar a que el médico llegue.

Y se fue, pero la tardanza no fue mayor que un momento; tan solo un instante en el reflejo de mi existencia.

Y como digo los dos hicieron acto de presencia.

—Mira, lo siento, pero debemos de hacer una placa más pues en tu cabeza hay algo que me resulta bastante preocupante.

Pero no la hicimos en el mismo lugar, pues ahora estaba en otra sala, en ese lugar podía ver una máquina, esta era mucho más extraña y mayor también que la anterior. Me tumbaron en una especie de camilla metálica, la cual estaba muy fría, esta automáticamente se introdujo en una especie de tubo. Al momento comenzaron a girar unas luces y emitió un sonido bastante molesto, por supuesto también me dijeron que no me moviese. Esto me estaba empezando a cansar ya que no podía moverme.

El médico vino y me dijo:

—Tú debes estar tranquilo ya que esto son unas fotografías como las otras pero muy mejoradas.

Después de un tiempo me sacaron de nuevo de allí y me pusieron en la odiosa silla de ruedas, y por fin me dieron permiso para que me subiesen a mi habitación.

—¿Qué tal han salido esas fotos?

—Más tarde pasará el médico por tu habitación y a él le corresponde ofrecerte esa explicación.

Yo asentí con la cabeza y la enfermera me acomodó en mi cama. De repente una tos me hizo comprobar que Lut se hallaba ya allí, acto seguido lo miré con una gran sonrisa me hizo vibrar el corazón, y le dije:

—Amigo mío levántate y acércate a aquí. —Y él así lo hizo—. Acércate más. —Y cuando se hallaba ya lo suficientemente cercano continué—. Abrázame y no me vuelvas hacer algo así, pues en tan poco tiempo cuánta estima te tengo.

Y él así lo hizo, y aunque en mi estado actual no lo pudiese abrazar, sé que ambos nos fusionamos en ese abrazo. Al oído le dije:

—Qué susto me has dado bribón.

A lo que inmediatamente el me respondió:

—Pues imagínate el susto que yo me he podido llevar.

Al momento me soltó diciendo.

—Bueno ya vale que el que nos vea en esta situación acabará pensando mal.

—No puede haber nadie en este mundo que pueda pensar mal de un sentimiento totalmente puro, y para aquel a quien esto representa una ofensa, asume que es porque seguro que él íntegramente lo necesite.

En ese instante entró la enfermera que había tenido la larga charla conmigo.

Al momento Lut se quedó contemplando esa figura que ella representaba, estaba claro que algo se retorcía en su interior, y de repente sin esperarlo habló.

—Es mi obligación el darte mil gracias por lo que has hecho por mí, por cuánto me has ayudado.

En ese momento ella lo miró, pero en su mirada algo había cambiado.

—Tranquilo, ese es mi trabajo, y creo que en tu caso lo estoy haciendo bastante bien.

Lut sin dejar de observar sus ojos volvió hablar, los ojos de este, mi nuevo amigo, estaban vidriosos, las lágrimas transcurrían libres.

—Sí lo sé, pero asimismo sé que en tu trabajo nadie te dice que es tu obligación el tener que abrazarme, besarme, consolarme y acabar en una consternación tal al ver mi aspecto cuando pensaste que me moría. Es en realidad que por todo eso es por lo que te doy las gracias, y no por salvarme la vida. Pues tú ya sabes que estoy de prestado y ningún interés me mueve a luchar por ella.

Y al momento cambiando la expresión de su cara dijo:

—¡¿O no seria que en realidad lo que tú querías era darme un buen revolcón?!

En ese intervalo de tempo la enfermera se le inflamaron sus mejillas, menos mal. En mi humilde opinión el mal genio que tenía pienso que en mucho tiempo no se volvería a inflamar, y le dijo:

—¡Vale ya Lut! ¿Es que quieres que se me acuse de tu muerte prematura? Porque es claro que si te diese un revolcón, así acabarías. Ja, ja, ja.

—Bueno, cuando quieras, ya sabes. Pues a mí la muerte no me asusta, y esa sería un fallecimiento muy exquisito.

Y esta sonriendo se marchó de la habitación, en el momento en que ella desapareció por el umbral exclamó Lut:

—¿Sabes, mi querido muchacho?, ya llevo un tiempo en este lugar y ha sido la primera vez que he visto y oído reír a esa persona. ¡Una gran labor! Mucho es lo que estás haciendo que cambien las cosas por aquí.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo si aquí el único que la ha hecho reír eres tú?

—Sí, pero ese hierro acerado con el que ella cubría su corazón, no he sido yo el que lo ha fundido. ¿Sabes?, en el momento en que uno ha sacado lo billetes de su último tren, se encuentra medio muerto. Oye y ve entes que normalmente no se descubren a su alcance. ¿Sabes?, espero vivir lo suficiente para comprobar hasta dónde pueden cambiar las cosas, con tu ayuda, claro está.

Pero bueno, ¿por dónde nos habíamos quedado?

Lo miré ensimismado, quería hacer muchas preguntas pero no era el momento, así que solo le dije:

—Lo habíamos abandonado en el momento en el que tú debías de comenzar tu relato de nuevo, pues este no ha hecho más que empezar.

—Pero ¿sabes?, pensándolo mejor creo que lo dejaremos para mañana; pues por lo que a mí toca me han hecho una infinidad de pruebas hoy, y tú casi nos dejas para pasar a mejor destino, ¿qué te parece si ponemos la televisión?

Él me miró y un brillo en los ojos le pude llegar a ver, era como si la vida se abriese de nuevo paso.

—Pues como otra cosa no se puede hacer por mi está bien.

Y justamente en el momento en que Lut puso la tele, apareció el médico y acto seguido la apagó. La pobre mujer que en la pantalla había aparecido no le dio tiempo de decir ni una palabra.

Al momento el doctor corrió el biombo y con una expresión grabe me dijo:

—Las cosas no pintan demasiado bien para ti mi querido amigo.

Lo miré y un poquito alarmado pregunté:

—¿Qué es lo que está diciendo? ¿Qué ocurre?

—En la exhaustiva exploración que te hemos realizado, hemos comprobado que tu cuerpo se halla en un estado magnifico, tu cuerpo tiene… ¿cómo decir…?, un largo periplo por disfrutar. Pero el daño oneroso y penetrante se halla en tu cabeza.

Como ya te había contado en su momento tu recibiste un fuerte golpe en la cabeza, y es por supuesto que nosotros teníamos la esperanza que en este tiempo esta fractura hubiese mejorado. Pero no ha sido así, esta no ha mejorado, más bien se ha agravado. Voy a tratar de explicártelo, es como si una herida, ¿sabes lo que es una herida?

—Pues la verdad es que no.

—Es en el momento en el que la piel se rompe y con ella un poco de tu carne se desgarra, ello hace que surja un gran dolor y se rompan algunos capilares, esto sin remisión hace que termines sangrando.

—Ah, sí, ahora sé a qué se refiere, pues e sangrado ya mucho, y muchas heridas he visto y padecido.

Lo recordé porque a mi cabeza llegó el recuerdo del sufrimiento en la montaña.

—Pues bien, en tu cerebro tienes una llaga, en el momento en que ella siga así y no tienda a abrirse más no hay problema. El problema radica en el instante en que recibas un pequeño golpe en ese lugar. Podrías… ya sabes, conseguirías con ello volver a ese estado de coma, o también podrías morir.

Pero todavía debemos de hacer alguna prueba más, o sea que estate tranquilo.

En un principio esto me dejó un poco descolocado, no sabía realmente nada o casi nada a lo que él se refería; pero intuía lo grabe y peligroso que ello era. En el momento en que me pareció que se iba a levantar para marchar le pregunté:

—¿Y de lo otro se sabe algo?

—No he tenido tiempo tan siquiera de volver a la oficina; pero tranquilo que tú serás el primero en enterarte. ¿De acuerdo?

Y acto seguido se dirigió al otro lado del biombo.

—¿Qué, y tú cómo te encuentras?

—Yo bien, como un roble, ¿tu interés no será porque quieres que te deje esta cama libre?

—¡Ay Lut! Tú siempre igual, estando en la caja es seguro que todavía darás que hablar a los que se hallen en el velatorio.

—¡Sí, como que a mí me va a velar alguien! Ahora es usted el que se está haciendo el simpático.

En ese momento él se levantó y se fue hacia la puerta, por ella desapareció sin decir nada y con la cabeza gacha, pues no sabía qué decir y ganas tampoco tenía.

En ese instante mire a Lut y él con un gesto me dijo:

—Bueno, tendremos que volver a encender el televisor. ¿Te parece bien?

—De acuerdo, pero antes podrías explícame eso del velatorio.

—¡Ay amigo mío! Espero que no te llegue el momento a ti antes que a mí; pues lo que ese médico ha dicho no es que sea muy satisfactorio, quiero decir que sus noticias no han sido demasiado buenas. Pero bueno, paso a responderte.

Un velatorio se produce en el momento en que un ser fallece y todos tus familiares y amigos van a darte el último adiós, así pasan el último día con su cuerpo, pues al día siguiente te meten en la tierra o bien te queman, eso es a lo que podríamos llamar la última despedida.

—Y ¿por qué dices que a ti no vendrá nadie a despedirte?

—Bueno, eso es parte de esa historia que te estoy narrando. Y hemos decidido descansar, ¿no es así?

—Sí, así es, pero he de decirte que no te intranquilices pues al mío sí que está claro que nadie aparecerá por allí. Pues ni yo me conozco, y eso si que es triste, que el mismo fallecido no pueda ir a su funeral por el simple hecho de no conocerse. ¿Quién soy, cómo me llamo? ¿Cómo podría alguien venir a eso que se llamáis velatorio? ¿Quién se despediría de este ser al que nadie conoce?

¿Dónde sería enterrado? Y una vez enterrado, ¿quién se iba a acordar de mí?

Una solitaria lágrima bañaba mi sonrosada mejilla.

Mientras, Lut asentía con hondo penar a todo aquello que yo le iba expresando.

—Pues en realidad sí que lo tienes mucho más pésimo que yo; pero algo me da la seguridad de que con el tiempo todo eso se va arreglar, es por ello que tú debes estar tranquilo. La culpa tan solo es mía, por haberte nombrado tantas veces a la dama que a todos nos aguarda, a la eterna solitaria, a la muerte. Tan solo teniendo ojos para mis preocupaciones con ello estoy demostrando lo grande que es mi ego, y lo profundamente ambicioso que en realidad puedo ser.

Esta actitud de, ¿cómo decir?... rey destronado, no me gustaba; así que le dije:

—Lut, por todo lo que más quieras, deja ya esa actitud, no nos conviene a ninguno de los dos, y enciende el televisor.

Lut se levantó, ¡Dios! No podré olvidarme de ese momento, pues a decir verdad esa era la primera vez que me paré a observar a Lut de cuerpo entero. El estremecimiento fue imperativo al observar cuán escuálido se hallaba. No lograba conjeturar cómo sus extremadamente escuálidas piernas podían sostener al resto de su cuerpo. Era esta una visión muy poco agradable, por no decir que llegaba al extremo de la vergüenza ajena, ¿porque acabar por destrozarse así? Nunca le hice esta pregunta, por supuesto. Pero esa imagen penetró en lo recodito de mi memoria abriéndose paso hasta lo más profundo y quedándose ahí para siempre. Eso nunca me lo hubiese esperado, cuando estuvo entre mis brazos mi tacto dejó entrever su delgadez, pero este regalo a la vista no se podrá ya olvidar. Él, por supuesto, se dio de cuenta de lo que yo me había quedado observando, en ese instante me dijo:

—Si lo poco que has podido ver te asombra espera un momento y verás.

Acto seguido se quitó la camisa del pijama, y ¡por Dios! Su cuerpo era lo más parecido a un mapa que yo allá podido ver, todo el cubierto

completamente de multitud de cicatrices de todos los tamaños. ¡Cuánto dolor! Qué aflicción me ofrecía a mí ver ese espectáculo, hacía que se zarandease mi ser interior, con aquella conjunción de dolor que representaba ese dolorido cuerpo. En el lugar por el cual no sobresalía un hueso se observaba una gran cicatriz. Sin solicitárselo él se dio la vuelta y pude observar su espalda, la cual era todavía peor. Pero ¿qué es lo que este pobre ser había hecho como para que le provocasen tanto dolor, a no ser que quisiesen realmente escribir con su sangre todo lo que estos ojos estaban a observar. Pobre Lut, ahora puedo hacerme una idea de cuánto ha sido lo que él ha tenido que pasar en esta, su existencia de sufrimiento. En ese instante él observó cómo mi cuerpo cubierto de una piel de gallina se puso a temblar, en ese intervalo corto de tiempo dijo:

—¿Qué, tu curiosidad se halla ya más complacida, ya estás contento?

Sin poder apartar la mirada de aquello que delante tenía tan solo le pude expresar:

—Dime, ¿habrá quien podría estar contento advirtiendo lo que ahora observo? Si hay alguien habrá sido el que ha infringido todo ese dolor a tu cuerpo.

En ese instante él bajó su cabeza escondiendo de esta manera su cara y entre susurros le logré entender:

—Pues aquel que esto me hizo reía a carcajadas mientras lo estaba haciendo, por lo tanto no te equivocas en tu afirmación.

En ese instante el silencio reinó y pude observar cómo una lágrima buscaba el precipitarse contra el suelo, en el momento que por su rostro se desplazaba, mientras una segunda rodaba de un lado al otro por el interior de sus ojos, juguetona no sé si estaba desesperada por salir, o en realidad nunca quiso abandonar ese hermoso lugar. En el fondo daba la impresión de que no quería hacerlo, dejando de esta manera en sus ojos un hermoso brillo que podría superar el de cualquier gema.

Y así poniéndose de nuevo la camisa de su pijama me dijo:

—Lo que yo he permitido que contemplases tan solo es parte de una vida que no he subsistido, pues el paso del sufrimiento por mi vida, ha hecho que esta en realidad no haya sido una existencia, esto ha sido

realmente tan solo un infierno; pero todo a su momento, llegará el día en que te cuente lo ocurrido.

—Realmente estoy deseando que me cuentes quién y por qué te ha hecho esas barbaridades. Pues en mi ser no puedo imaginar a nadie que pueda hacer semejante barbaridad y aún disfrutar de ello.

—¡Ay mi amigo, qué equivocado estás! En este lugar eses seres abundan en demasía.

Y dicho esto encendió la televisión. En ese instante estaban ofreciendo las noticias, la cuales comunicaban lo que ocurría en un país en guerra, la imagen que ofrecían era la de un avión derribado, niños, mujeres y hombres saltaban sobre los cadáveres destrozados que en el suelo se hallaban. Al momento aparecieron unos personajes que iban armados con machetes y comenzaron a desmembrar a los seres que tirados en el suelo se hallaban. Los despojaban de sus vísceras y miembros vitales desparramándolos por la zona. Daba la impresión de no afectarles en absoluto esa forma de proceder, y eso fue lo que más me impresiono: ellos tenían en el semblante una cara de felicidad plena y total.

—¿Lo ves?, ahora tú lo has podido comprobar, no en propia carne, pero se te ha puesto un buen ejemplo de lo que estábamos a tratar, comienzas a darte un poco cuenta de la clase de mundo en el que resides.

En realidad yo no quería creer en aquello que delante de mí se estaba plasmando, pues lo que contemplaba era demasiado horrible como para que fuese cierto.

En mi rostro una mueca de desesperación dio paso a unas palabras que surgieron solas:

—No, no. La verdad es que no quiero creer que este lugar pueda ser tan espantoso y tan intensamente insufrible y déspota.

—¡Ay mi bien querido! Es mucho peor todavía, no has visto absolutamente nada de lo que en realidad es este lugar. Este es un mundo mucho peor de lo que tu imaginación pueda querer crear. Imagina lo más doloroso y así ni siquiera podrías acercarte; pues ese ser que es el hombre, así como es capaz de lo mejor, también lo es de lo más vil y duro que uno pueda pensar. Él puede transformar la obra más excelente en lo más doloroso que a uno le pueda suponer, la más grande y

la mayor de las humillaciones Las mismas manos que por un lado son creadoras, por el otro se convierten en las castigadoras.

De esta manera quedé como hastiado y muy cansado, la duda quería sobrevolar el espacio mental que en estos momentos ocupaba, aquello que estaba observando, más tarde o más temprano a mí eso me estaba esperando ahí fuera.

—Bueno, en mí todavía se encuentra la esperanza de que no sea todo como lo presentas y me lo plasmas.

—No, claro que no. ¡Es mucho peor! ¿Quieres con sinceridad que te cuente un poco el funcionamiento de este mundo, en el cual nos hallamos compartiendo?

Lo miré y en realidad una parte de mí decía que sí; pero la gran parte de lo que soy no quería saber la verdad que a punto estaba de serme desvelada. Así que sin remediarlo, pues fue la lengua la que sola se movió de mi boca, salió:

—Bueno, ¿y por qué no otra cosa?, no tengo qué hacer.

—Deberías de preguntarte el porqué te lo pregunto, esto que estoy a punto de contarte quizás pueda ser un poco duro, y más desagradable de lo que te imaginas en un primer momento. Está bien, empecemos aunque trataré de resumírtelo un poco.

»Primeramente debes de saber que en este nuestro mundo las desigualdades son abismales, mientras que en una parte se tira diariamente con toneladas de comida, en la otra no tienen alimentos que llevarse a la boca. La desnutrición ósea, el hambre mata a miles de niños inocentes, los cuales no han cometido más falta que el haber nacido en ese lugar. En esos países llamados civilizados tiran los alimentos simplemente para subir su precio, ya que si la producción es mucha el precio se vuelve irrisorio y no ganan aquello que tenían estipulado. ¿Cómo exponer esto, cómo entender que mientras en esa parte llamada tercer mundo, la cual no se halla demasiado lejos de aquellos que todo les sobran y solo compulsivamente existen lo están pasando tan mal que cuando es ya horrible debido a las hambrunas y la falta de casi todo, los otros para sanar su conciencia hacen conciertos de música y con lo que recaudan dicen mandar alimentos que nunca llegan? Imagina, con tan

solo una muy pequeña parte del alimento que se tira, y lo que dicen ser para ellos les fuese enviado, se erradicarían esas hambrunas, los niños solo se preocuparían de lo que la mayoría de los niños de esta sociedad se preocupa: de ser felices, de jugar, de aprender.

»En una parte del mundo se tiran miles de excedentes en medicamentos, o no se usan y dejan así que se caduquen. En la otra parte mueren por la falta de esos mismos medicamentos, los más ordinarios aquellos que en cualquier casa se pueden llegar a tirar.

»En una parte del mundo en la que vivimos se gastan miles de trillones en deportes y armamento, los cuales se utilizan para matar a los que se mueren de hambre, y aún así son llamados terroristas. En esa parte del mundo los niños no tienen nada y son utilizados como mano de obra barata, o peor aún, de mini soldados, en la prostitución infantil y la esclavitud. Lo más terrible es que eso es algo que ellos tienen como normal.

»Los hospitales no existen pues algún dictador se llevó todo el dinero que en el país podía haber. Son portadores de grabes enfermedades que adquieren por beber agua en mal estado, o por otras que nosotros les hemos trasmitido.

»Y así si quieres que siga podría darte miles de ejemplos de lo que son uno y otro mundo, que en realidad el mismo son. Los de ese primer mundo llega a uno de esos países tercermundistas y lo esquilman escalofriantemente, primeramente queman y talan sus árboles, contaminan sus aguas y su medio ambiente queda destrozado, acto seguido someten a la población indígena a través de los vicios que en su mundo sostienen. Alcohol, drogas, prostitución. Una vez los dejan totalmente improductivos se marchan, dejando a sus espaldas un típico rastro de muerte dolor y desolación.

»Te sorprendería también el dinero que se puede llegar a gastar en proteger animales, aquellos que con anterioridad ellos han cazado por diversión hasta casi llevarlos a la extinción. Ahora es noticia que el gorila, el chimpancé o otros muchos sean protegidos y se gasten sumas astronómicas en su conservación, y yo no digo que el proteger a las especies esté mal, por supuesto que esto no es así. Lo que yo veo realmen-

te mal es que en esos mismos lugares son donde los niños se mueren de hambre y de otras muchas enfermedades, es donde estos animales residen. Pero un niño famélico ya no es noticia, y ya no importa a casi nadie en este mundo.

Lo observé y estaba muy contrariado por lo que esta raza es y hace a los suyos, y me surgió una pregunta:

—¿Pero aquí también debe de haber buenas personas, no es así?

—Sí, por supuesto que las hay; pero esas personas se hallan allí con ellos, y a los que aquí se encuentran tampoco nadie los escucha. Pues tan solo haciendo mucho ruido te prestarán un momento su atención. Y los que allí se tropiezan no pueden alzar su voz tan fuerte como para que los de aquí los escuchen, están muy lejos para hacerse oír. Y a los que aquí se encuentran les resulta tan difícil… pues la atención de la gente es tan débil que con cualquier cosa se distraen.

—¿Pero esto que me cuentas es cierto?

—Por supuesto que es cierto, y no he contado casi nada.

—Sí, ahora puedo percibir el dolor de tu corazón, él me lo dice y por ello sufres, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto que así es.

De repente otra noticia llamó mi atención, un hombre había descubierto a un bebe recién nacido metido en una bolsa de plástico y esta se hallaba en un contenedor de basura. Al momento de mi interior salió:

—¿Pero eso está ocurriendo aquí, es eso real?

—Por supuesto que es así, el que yo te exprese para diferenciar este mundo y el otro, no quiere decir que se hallen en lugares diferentes, tan solo los separa lo que en ellos está a ocurrir. Si posees mucho dinero perteneces a un mundo, y si no al otro. Pero aunque pertenezcas a uno u otro mundo nunca habrá derecho a hacer una cosa así. Pues él es un alma noble y eso es un asesinato, y yo creo que este es la peor de las calamidades que se puedan hacer, él es un ser el cual todavía no ha hecho daño a nadie, es una criatura que acaba de ver la luz, ay si yo la tuviese delante…

—¿Qué harías con él o con ella?

—Lo mismo que le han hecho a ese pequeñín.

—¿Y no serías entonces tu como él o ella?

—Entonces contéstame, ¿qué es lo que tú harías?

—Yo dejaría que viviese con sus ojos aquello que ha hecho y así en su mente quedaría marcado a fuego lento, pues a mi entender de esta manera no sería una vida, más bien sería un sufrimiento perpetuo, y estoy seguro de que ello es mucho más duro que el ajusticiarlo; pues la muerte tan solo representa el dolor de un pequeño instante.

—¿Y después qué? Tú has vivido en el otro lugar. ¿Qué es lo que encontrará después de ese instante de dolor?

—Por supuesto que yo he vivido en ese lugar, por eso a él o a ella no sé qué es lo que le tendrán reservado, y es por lo que te comento que la muerte es algo dulce, por lo que después le sigue.

Eso me hace pensar en mí y en que he debido de hacer algo extremadamente malo, para que de ese extraordinario lugar me hallen mandado aquí, pues este es un mundo tan horrible que esto debe ser un castigo. ¿No lo crees tú así?

—Verdaderamente, mi querido amigo, viéndolo como tú me lo presentas en realidad no sé qué decirte.

—Bueno creo que deberíamos callar un rato, a mí el silencio me reconforta y ayuda, sería por nuestro bien que apagases ese mortífero aparato.

—Has de saber, mi bien querido amigo, que este aparato tan solo plasma lo que en realidad está ocurriendo, aunque es cierto que a veces no cuente todo tal y como es.

A lo que yo le dije:

—Sí, lo sé; pero he llegado a la conclusión de que ante eso cuanto más desconozco más feliz me descubro.

—Lo sé, pero lo que dices no quiere indicar que sea cierto del todo, y aunque tú lo ignores debes comprender que eso está ocurriendo de igual manera.

Lo miré y con una gran duda en mi interior y seguí la conversación:

—En realidad no sé qué pensar, pues este es un lugar demasiado

decadente para tener que desenrollar mi vida aquí. ¡Yo no quiero estar en este paraje! Quiero volver a esa comarca en la cual todos tienen la paciencia de escuchar aquello que tienes que decir, y así mismo tu atiendes atentamente a aquel que tiene algo de lo que ilustrarte. Donde todas las vivencias son naturales, es muy triste pero a la vez indefectible el comprender ahora el porqué todos los seres naturales me tenían tanta antipatía. Yo no podía comprender a qué era debido. Pero ahora sé que esta especie tan parecida a mí físicamente es tan espantosa y tan antinatural que no está vinculada tan siquiera con los de su misma especie. Pues en el mundo natural las madres dan la vida por sus hijos. Es más, si sus hijos son atacados no se apartan de sus pequeños ni un instante, en el caso de que estos hayan muerto todavía se quedan un tiempo con ellos. Es más tarde cuando se cercioran de que su hijo ya no está allí, en ese instante apesadumbrada deja el lugar abandonando con gran pesar el cuerpo de su hijo fallecido.

»¡Sin embargo aquí los tiran vivos a la basura! No comprendo lo que aquí acontece, esto no puede ser natural, estos seres no pueden ser…

Y así con ese horrible pensamiento me quedé callado y giré la cabeza en una especie de espasmo. Este no había sido un día hermoso, quería que ya que marchase. No sé cuándo, pero al final quedé dormido, y una pesadilla se produjo y esta fue la siguiente.

Lo primero que llamó mi atención fue la extraña vestimenta, esta era de un color más bien claro, así mismo esta poseía muchos bolsillos, a la vez una especie de gorra dura cubría mi cabeza. Me hallaba mortificando a un hombre de color más bien oscuro, el cual demandaba clemencia por su vida. Yo todo lleno de razón le decía en voz alta:

—Lo has asustado maldito inepto, y tú te tienes por uno de los mejores. Tú tan solo eres un individuo totalmente despreciable.

Mientras estas ofensas le imponía, este pobre ser lo único que podía hacer era llorar. Sus lágrimas se mezclaban con la sangre que brotaba de su dolorida nariz, y el gusto de sus lágrimas y su sangre mezcladas era todo lo que en su boca se hallaba. Lo miré con desprecio y le dije:

—Ponte en pie y corre a la máxima velocidad, toda la que con tus piernas seas capaz de alcanzar.

Y ese hombre con la mirada perdida y asombrado por lo que yo acababa de manifestarle, sin mediar palabra así lo hizo, se puso en pie y al poco salió corriendo como alma que lleva el diablo.

En ese momento yo levanté un trozo de hierro hueco con incrustaciones de madera y apreté un pedacito de hierro pequeño. En ese preciso instante una explosión se produjo y aquel ser que a la carrera se escapaba, cayó fulminado al suelo.

Me acerqué al lugar en que este incauto espécimen se hallaba, lo encontré tirado en el suelo sangrando profusamente por una pierna y aquellos que me acompañaban exclamaron:

—¡Va!, en la pierna, tu puntería está fallando.

—No si en realidad es así como yo lo ambicionaba, ya que prefiero que sufra. La infección y la disentería no tardarán en dar buena cuenta de él. Y de esta forma este individuo será el ejemplo para que los demás aprendan.

En ese momento desperté, sudando en exceso y no tenía ni la menor idea de lo que allí había ocurrido. Acto seguido decidí despertar a Lut y contarle lo que en esa pesadilla me había pasado. Él me escuchó sin interrupción. No dijo nada al terminar mi relato, solo me observaba con una tez dura, su rostro era el que todo lo decía, su mirada me interrogó y yo vi en ella lo suficiente, y de repente me dijo:

—Anda, duérmete de nuevo que es muy bueno el descanso y muy necesario el sueño, eso que me acabas de contar tan solo se ha tratado de una mala pesadilla.

Algo me decía y no puedo explicar qué era; pero sabía que las cosas no iban bien, lo sentía muy intrínsecamente en mí interior.

Poco a poco volví a recogerme en el sueño. Y así llegó el día en el preciso instante en el que abrí los ojos. Lo primero que le pregunté a Lut fue:

—Lut, por favor, contéstame; ¿qué era ese hierro?

—Eso que tú me has descrito, mi pequeño ignorante, es un rifle, el cual es utilizado para cazar animales, pero que realmente el no distingue lo que asesina y así puede sacrificar aquello contra lo que se dispare.

—¿Qué es lo que me quiso decir entonces mi sueño?

—Pues ni más ni menos que te hallabas de safari, bueno, en una cacería de animales, uno de tus guías falló y tú lo castigaste duramente por ello. Y ahora dime: ¿Quién eres tú?

La cara de Lut reflejaba entre una sensación de autentica tristeza, frustración y total preocupación.

—No lo sé, pero tengo mucho miedo de saberlo; de eso sí estoy seguro.

—¿Y de qué es de lo que tú puedes tener miedo?

—De ser uno de eses repugnantes seres esclavizadores a los que les encantaba derrochar su dinero pudiendo ayudar a los demás. Es seguro que lo malgastaba, es indudable que yo he podido ayudar a quien realmente lo precisaba y no lo he hecho.

En ese momento la conversación se acabó pues apareció la enfermera con la bandeja del desayuno, y ella me dijo:

—¿Sabes?, ayer no hemos querido despertarte pues habías pasado un agotador día y por ello no te despertamos para cenar, es por lo que aquí te traigo un más que suculento desayuno.

Se giró en dirección al lugar en el que Lut se hallaba.

—Y tú desayuna muy tranquilo, pues no deseo que te ocurra lo mismo que te aconteció ayer, ¿de acuerdo?

En el momento en que ella se acercó para darme el desayuno me dijo:

—¿Qué es lo que te pasa?

—Nada, tan solo he tenido una muy horrible pesadilla.

—Ah, claro, has estado viendo la televisión demasiado tiempo.

—No, pues en realidad no ha sido mucho; pero sí que le he estado echando un ojo.

—Lut, eres el mismo diablo, este es un ser que lleva cinco años fuera de toda existencia, por ello las noticias poco a poco, ¿de acuerdo?

En ese instante el asintió con la cabeza. Y al momento dijo:

—Estoy de acuerdo; pero debes de darme la razón en que el noticiero parece más bien una película de terror.

—Lo sé, lo sé; pero tú no debes de preocuparte por nada ¿de acuerdo?

Y ahora el que asentía con la cabeza era yo.

Una vez acabado el desayuno me sentó en esa silla con ruedas y me bajo al fisioterapeuta. Después de haber acabado mis ejercicios me dijo:

—¿Puedes mover ya los dedos?

Y en realidad casi sin podérmelo creer comencé a mover alguno de mis dedos, tan solo era un poco lo que los podía mover pero era todo un triunfo, me quede asombrado, pero el fisioterapeuta y la enfermera más todavía.

El fisioterapeuta me dijo al momento:

—Muy bien, ahora, por favor intenta mover tu pie, sin demasiado esfuerzo, no queremos lesiones.

Tuve que poner toda mi atención en ese punto pero fue maravilloso el poder percibir un pequeño movimiento.

—Me parece extraordinario, vamos mejorando mucho más de lo que yo me pudiese tan siquiera imaginar.

En ese preciso instante llamaron a la puerta y al momento por ella hizo aparición mi médico. Acto seguido y con el semblante muy serio le pidió al fisioterapeuta que hiciese el favor de dejarnos. Yo, como es natural, me precipité a la pregunta que de mi boca escapaba:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Pues lo único que ocurre es que creo que más o menos sé quién eres, todavía no es seguro al cien por cien. Tan solo nos queda aseverarnos consiguiendo una fotografía.

Y acto seguido cambió de tema.

—¿Dígame cómo se encuentra? Tengo la esperanza de que sea usted muy bien atendido en este lugar, y si necesita lo que sea hágamelo saber.

—La verdad es que supongo que sí, pues no puedo compararlo, pero tampoco tengo queja alguna, pero ¿a qué vienen esas preguntas?

—No, nada, es simplemente que si no se encuentra a gusto en su habitación o en esta planta o si alguien no lo trata con el debido respeto, lo trasladaremos de inmediato y tomaremos medidas.

Y con una magna sonrisa en su boca me comentó:

—Acuérdese usted de que sea la hora que sea si algo necesita de

nosotros no tiene más que pedirlo, nos sentimos muy orgullosos de que se encuentre entre nosotros.

Y acto seguido abandonó la habitación y al momento el fisioterapeuta apareció. Él me sentó en la silla y yo, como no podía más, le pregunté:

—¿Qué es lo que le ocurre?

—Pues en realidad sé lo mismo que tú. Lo que sí sé es que se hallaba muy excitado y salió corriendo a ver al director.

—¿Y a usted qué le ha dicho?

Le pregunté a la enfermera que a mi lado se hallaba.

—Pues en realidad también poca cosa. Que casi tenía la certeza de saber quién era usted, y nada más me ha dicho.

»Bueno he de decir que también se ha referido a la mejora que en usted se está apreciando, que de seguir así muy pronto lo veremos corriendo por los pasillos.

En ese preciso momento apareció la otra enfermera.

—Os veo a todos radiantes de contentos, ¿qué es lo que ocurre?

—Que aquí donde lo ves ya comienza a mover los dedos, y eso es prácticamente imposible.

—Pues a ver si apuras a moverte por completo que ya empiezo a estar cansada de tener que empujar esta silla. ¿De acuerdo?

Y una sonrisa amplia y picarona apareció por debajo de eses carrillos. Yo comprendía que ella se encontraba muy feliz por la noticia dada. Sin decir nada nos trasladamos al ascensor. No quiero recordar el día anterior, qué terror pasé cuando tuve la impresión de que el suelo se hundía, fue como cuando me sentaron en la silla. Pero ahora sabía bien que estaba pasando y por eso ya no era una preocupación para mí. Como decía, según subíamos le conté lo que me había acontecido con el médico, y de pasada le comenté su extraña preocupación por mi bien estar.

Acto seguido ella me dijo:

—Puede que en realidad al final se trate de que usted sea alguien importante y no lo sepa nadie, qué rara es la vida.

—¿Qué es lo que usted quiere decir con alguien importante?

—Pues que puede que sea usted del otro mundo y no de este. De ese en el que los trajes suelen ser tan caros que nosotros no miramos siquiera para ellos, y todo a lo que es nombrado como alta sociedad.

En ese instante yo me puse pálido, tan pálido me puse que incluso asusté a la enfermera.

—¡Eh! ¿Qué es lo que te está ocurriendo, te encuentras bien?

—Por favor, eso no me lo digas ni en broma. Esa es la clase de personas que son las grandes culpables de lo que en este mundo sucede, ellos son los causantes de la destrucción de este nuestro planeta.

En ese instante sin haber abierto la puerta se oyó una voz que decía:

—Sí, así es, esos son culpables de que este planeta se halle en pésimas condiciones.

En ese momento la enfermera abrió la puerta y la sanitaria con un movimiento de cabeza exclamó:

—¡Este Lut no sé qué es lo que voy a hacer con él!

—Pero lo que digo, ¿es cierto o no lo es?

—Bueno, en parte sí, aquellos poseedores de muchas riquezas suelen ser los autores de todo lo ignominioso que pueda acontecer en el mundo. Pero hay que comprender que gracias a ellos también en el mundo se come, se duerme, se pueden tener hospitales y un estable nivel de vida.

—¿Por qué dices eso?

—Pues bien, claro está; porque ellos nos dan el trabajo, gracias a su dinero, el cual invierten en fábricas, muelles etc. Y eso significa trabajo y progreso.

Y estaba entretenidísimo con este maravilloso debate, me ensañaba realmente mucho sobre este mundo.

Seguidamente Lut rebatió:

—Sí, sí; pero también los hay, y de eso estoy seguro, aquellos que podrían ayudar al que nada tiene; pues es bien seguro que si nada tiene es por culpa de los que todo tienen. Debes darme la razón. Eso no son capaces de hacerlo, prefieren tirar el dinero y gastarlo a puñados en artículos que son inútiles del todo, y es seguro que de ellos no precisan.

La enfermera lo miró y al momento siguió con el debate.

—Sí, eso es del todo cierto también, también lo puedo comprender. Pero a lo que debes darme la razón es a que cuanto más tienen más egoístas se vuelven, y siempre les parece insuficiente aquello que ostentan. Debes de entender una cuestión, ellos son unos pobres hombres y cohabitan con una de las más incurables enfermedades: el ego.

»Por ello me dan mucha pena, pues en el fondo perpetuamente están padeciendo, llegan a un momento en su enfermedad en el que nada les es ya suficiente, y no conocen o han olvidado incluso lo que es amar y sentirse amado, pues el amor ya no existe en sus vidas. Ellos piensan que todo se puede comprar, y lo más precioso e indispensable en este mundo ni se compra ni se puede vender.

En ese instante yo me quede mirándola y le dije:

—¿Sabes que eres tremendamente sabia?

—No, no digas eso, tan solo me gusta saber en qué mundo vivo.

—Pero yo nada conozco de este extraño mundo.

En ese preciso momento me percaté de cómo Lut movía su cabeza un poco molesto por haberle cortado su conversación.

Ella quedó un rato callada y pensativa, y al pasar un corto espacio de tiempo me dijo:

—En mi forma de comprender, y aunque no sea del gusto de nadie, yo creo que te iría muy bien ver el noticiero a menudo. Pero poco a poco, además te iría muy bien alguna película, sobre todo lo que deberías observar son muchos documentales. Como última consideración te diría que si te acuerdas de leer, haz todo lo posible por conseguir buenos libros, ¿de acuerdo?

En ese momento Lut entró en conversación de nuevo.

—¿Sabéis?, me da la impresión de que delante de mí tengo a dos gallinas que no paran de cacarear. ¿Qué es lo que ocurre para que tanto tengáis que deciros?, ¿no será que os habéis enamorado?

En ese instante y mucho antes de que yo pudiese contestar, la enfermera tomo la palabra.

—¡Eh! ¿No me digas que estás celoso?

En ese preciso instante la enfermera y yo nos dedicamos una cóm-

plice mirada, y sin poder refrenar la risa, esta estalló en una sonora carcajada, y Lut sin poderlo reprimir se unió a esta maravillosa expresión de alegría.

Ella se marchó sin poder acabar esa estruendosa carcajada, y nosotros aun quedamos un buen tiempo en ese estado, cuando ya poco a poco nos fuimos calmando le miré y le dije:

—¿Sabes Lut?, me encuentro un poco disgustado.

—Pues yo nunca lo hubiese dicho, lo disimulas espléndidamente. Pero dime, ¿por qué te hallas en tal estado?

—Tengo la certeza de que soy uno de ellos.

—¿De cuáles? ¿Se puede saber de qué me estás hablando?

—De los derrochadores, de los contaminadores, de los seres maliciosos.

—Pero ¿por qué dices tal cosa? ¿En qué te basas para ello?

Y acto seguido le conté todo lo que el médico me había contado, y lo más importante: cómo me había tratado.

—No, mi querido amigo, en todo caso eras uno de ellos; pues ahora eres más bien todo lo contrario. Te has dado cuenta de lo que es este mundo, o mejor dicho: de lo que le han hecho a este mundo. Esto que me dices si es cierto resultaría maravilloso, ¿no comprendes que ahora vas a tener la potestad en tus manos? Serías el acaudalado con la soberanía para poder transformar ciertas cosas que tú mismo has ayudado a que le llegara a su destrucción. ¿No lo crees así?

—Verdaderamente viéndolo de ese modo, creo que tienes toda la razón. Pero hemos de dejar eso por el momento, ¿a quién le tocaba?

—Pues en realidad no lo sé.

—Sí Lut, yo creo que más bien sí que lo sabes, pues es a ti a quien le toca.

—Bien, me había quedado en el momento en que aquel hombre nos había traído malas noticias pero también comida, ¿no es así?

—Sí hombre, sí; pero continua si no me parece que a ambos se nos consumará el tiempo antes de que hayas acabado.

—Bien, bien, ¿dónde estaba? ¡Ah sí!

Pues él dijo:

—Debo marchar ahora, pero no tardaré en volver.

A lo que mi hermana preguntó enseguida:

—¿Me puede decir de verdad a dónde se va usted?

—Mira preciosa, yo aunque quisiera, y te lo digo con el corazón, no me puedo hacer cargo de todos vosotros, y lo que pienso es reunirme con algunos amigos de buena posición. No te inquietes pues es seguro que entre todos…. Y si no los curas, eso es más seguro.

Y así casi con lo que podríamos decir un monólogo se marchó. Nosotros después de haber engullido los alimentos que ese buen caballero nos había proporcionado, aunque todavía me pregunto cómo logró llegar con ellos hasta aquí. No lo sé, pues la dura realidad detrás de los corroídos muros no era otra que los estruendos de bombas al explosionar y el golpe sordo de los cuerpos cuando sin vida se precipita contra el suelo, dejando solo a su paso esa forma de lienzo monocolor. Así como tantas noches nos quedamos dormidos. Supongo que en otro momento y en un lugar más adecuado sería esta una bella estampa; acurrucados los unos contra los otros, pero en el momento en el cual nos encontrábamos la estampa era desoladora.

De repente el atronador sonido de las sirenas nos despertó. Nos avisaba de que ese podía ser nuestro final. En un principio nos invadió el temor de ese silencio mortal. Nada se podía oír tan solo el sonido de motores en la distancia que presurosos cuan galgos tras la pieza se acercaban. Comenzamos a escuchar como el estrépito de las bombas de nuevo llegaba a los oídos, este se percibía cada vez más cercano, hasta que a tu lado parecían caer. Las fuertes explosiones se podían escuchar por todas partes.

¿Qué mal había hecho el hombre para que esto estuviese pasando?

Los chillidos de mi hermana estaban en medio de aquel horrible sonido. Parecía incluso gozoso el acallado al final por las múltiples explosiones. Y así toda la noche sin para un poco tan solo. Doy gracias a que en nuestra parte no debía de tocar esa noche, sino hoy no estaría aquí contigo.

Es increíble pues yo era infante pero me acuerdo rotundamente de lo que allí aconteció. Si me preguntas qué hice ayer puede que no lo recuerde; pero rememorando ese momento todos y cada uno de los detalles se hallan grabados a fuego en este mi cerebro.

Tengo en mi interior ese horrible recuerdo que me dice que lo peor no

era el estruendo, no; lo peor era la vibración que hacía que todo tu cuerpo temblase.

Sollozábamos sin poder parar las lágrimas, pues en realidad ¿qué otra cosa no podíamos hacer? Cuando el día por fin se descubrió con las rojas luces del alba dándole caza, esto presagiaba lo que estábamos a punto de advertir.

En el preciso instante en que nos disponíamos a echar una mirada al exterior, alguien trataba de forzar la puerta, si se podía llamar así; pues de puerta tenía tan solo el nombre.

Nos quedamos todos con grabe expectación y en el semblante una mueca de terror que asombraría a cualquiera que nos viese en ese momento, y era normal, en el tiempo que trascurría cualquier cosa podía asomarse por el umbral de esa destrozada puerta. Mi hermana la mayor en el acto casi más heroico que yo haya podido presenciar, de un salto puso su cuerpo como ariete para proteger la entrada y si hiciese falta resistir hasta la muerte.

Mientras mi hermana se preparaba para empujar con todas sus fuerzas la roída puerta, una voz pudimos escuchar. Era una voz que nos resultó familiar, pues para nosotros era la voz de la esperanza, de la vida, de la libertad. El hombre que había venido el día anterior allí se hallaba.

Mi hermana le abrió presurosa la puerta, en cuanto él hizo acto de presencia todos nos pusimos a llorar. Mi hermana lo miró a los ojos con las lágrimas cayendo y lo abrazó. Sin demora él se dirigió al resto de mis hermanos y los abrazó en un lazo de verdadera esperanza. Las lágrimas por sentirnos protegidos eran ahora más dulces.

Pero él no venia solo, lo acompañaban cuatro hombres más. Sin perder un instante él se fue con mi hermana a una esquina, le explicó lo que iban a hacer, pues después de hablarlo casi toda la noche no habían encontrado otra manera.

—Como ya te he dicho yo no puedo llevaros a todos con migo, y es por eso que estos amigos se han presentado voluntarios amablemente a llevarse a aquellos que verdaderamente puedan mantener.

Mi hermana en un principio se negó, por nada quería la disgregación de la familia. En ese momento echó un vistazo a lo que delante de sus ojos tenía y la amarga realidad le decía que no podía hacer otra cosa. Las más

insufribles lágrimas comenzaron a escapar de sus verdes ojos y el con el más excelso dolor en su corazón accedió a la separación.

Y acto seguido se procedió a separarnos y así fuimos asignados. Alguno se llevó a dos, otro a tres y el que se había ocupado de nosotros me llevó a mí.

Y así mi familia, ¿qué digo familia?, lo que de ella quedaba, quedó totalmente fragmentada.

—¿No los has vuelto a ver?

—Sí, tuve ocasión de ver a alguno de ellos; pero no era mi mejor momento en esta vida

—¿Y por qué no luchas por verlos?

—¡Mírame!, y dime qué les puedo yo ofrecer ya. Además debes recordar que yo era el pequeño, o sea, que la mayoría han muerto ya, y los que queden están tan lejos que me resultaría imposible el encontrarlos.

—Está bien, aunque en realidad es una pena, sigue.

—¿A qué te estás refiriendo con eso de que es una pena?

—Pues a que tienes hermanos y no los vas a ver en lo que de vida te resta. ¿No crees que sería muy hermoso el volver a encontrarlos antes de…?

—¿De qué, de que yo me muera?

—Sí, pero que quede claro que no he sido yo el que lo ha dicho, has sido tú.

—Está bien; pero no me interrumpas que luego pierdo el hilo y no sé dónde me he quedado.

Como yo era tan pequeño, de mi infancia no puedo recordar mucho más. Lo que te he contado lo recordaba por el tremendo trance que lo ocurrido representa, el cual todo lo que debimos pasar hace que se te quede garbado. Aunque sí recuerdo lo que mis padres me pudieron contar, mis padres adoptivos, por supuesto. Antes de que… Bueno no adelantemos acontecimientos, y esto fue lo que ellos me contaron:

En el momento en que cada uno de esos hombres había escogido ya a aquello que desde ese instante serían sus hijos, salimos de ese derruido lugar, aquel que hasta ese momento había sido mi casa, mi hogar. Juntos todos en un grupo recorrimos un buen trecho de camino. Ese fue uno de los

caminos más tremendos al que cualquier ser humano podría enfrentarse. Era espantoso; mirases desde el punto de vista que lo hicieses, por esa calzada podías ver a una gran multitud de seres desmembrados por culpa de las bombas caídas en la noche anterior. El silencio era del todo espantoso, pues él te llevaba a la observación de los cientos los cadáveres diseminados por todas partes. Yo pedía por favor un sonido que despistase mi atención del horripilante escenario por el cual discurríamos como los únicos seres vivos del planeta. Ciertamente no quería fijarme en lo que allí se desenvolvía; pero lo más horrible es que no había ningún punto en el que estuviese libre de esa carnicería. En el que no se encontraban los cadáveres podías contemplar todo tipo de pedazos de carne, la cual por supuesto sabías que pertenecían a un ser que anteriormente poseía su propia vida con todo lo que ello implica. Pero estos no eran los que más pena me daban, pues allí también podías contemplar a muchos, los cuales se hallaban moribundos con grandes heridas abiertas. Su vida escapaba al igual que lo hacía la sangre que manaba de sus llagas, estos se quedaban inmóviles esperando que la muerte se acordase que ahí la estaban aguardando. Pero la oscura dama debido a su abundante trabajo no llegaba puntual a su cita, esta larga espera daba como resultado una dolorosa agonía no exenta de insufribles dolores. Al que se hallaba con algo de energía en su cuerpo, se le podía ver andando sin un rumbo definido, con sus tripas o algún miembro colgado. Ellos no diferenciaban orientación alguna, parecían sonámbulos en medio de una iluminada noche. No sé, pero este es todavía un recuerdo mío, que junto al de las bombas cayendo no he podido olvidar en toda mi vida.

Pero nosotros debíamos de seguir nuestro camino como si nada de aquello que estábamos contemplando tuviese que ver con nosotros. Parecíamos los blancos jinetes al final de una sangrienta batalla. De pronto llegamos a un cruce que debía de ser el lugar indicado para nuestra definitiva separación, de esta manera tan vil mi familia dejó de existir. Casi sin tiempo para una despedida final, el llanto que todos ofrecíamos se unió en un abrazo de dolor, miedo, angustia y el saber que nunca más volveríamos a ser una familia. Y la gran duda también por lo que la vida nos iba a ofrecer también estaba ahí. Sin más cada uno por un lado la separación dolorosa en extremo de unos hermanos que a nadie habían dañado y a los que tanto

daño les habían causado se produjo. Tan solo el eco, el débil sonido que los pasos que en la distancia se oían era lo que quedaba de nuestra unión familiar. Así separados tendríamos más oportunidades de poder triunfar en el cometido que estos seres estaban a punto de concluir.

Ironías de la vida, como puedes comprobar mi padre logró ponerme a salvo, de otra manera no sería yo el que te contase esta aventura; pero aquel que me dio su sangre, tan solo dejó en mi ser la secuela del alcohol.

Al cabo de una media hora de escabroso camino por calles y callejuelas, de no tener más opción que mirar al suelo cada vez que nos encontrábamos con algún pequeño batallón de soldados, caminando en línea recta llegamos por fin a una casa bastante grande. La recuerdo bien pues más tarde tuve que pasar una temporada allí, en ese tiempo llamado adolescencia, es por ello que el recuerdo de esa casa es tan reciente, tan fresco en mi cabeza.

Allí bajo el umbral nos esperaba una mujer realmente hermosa, su pelo largo, negro y ondulado permitía ver poco la tenue luz de su cara, en la cual resaltaban unas mejillas sonrosadas. Por encima de ellos lucían clamorosos sus ojos azules, de un matiz intenso. Esas mejillas estaban divididas por una naricilla chata, la cual reposaba sobre sus carnosos labios. Su cuerpo era de una total delicadeza, con tan solo verla te daba la impresión de que delante se hallaba una gran señora. A lo que debo añadir que mi padre también era un gran hombre.

Hoy en día pienso en la probabilidad de que a él no le hubiese costado nada el olvidarse de nosotros; pero se trataba de un ser cumplidor con su palabra y su corazón.

Ese fue un lugar en el que pasé tan solo unos pocos meses, pues eran tan feroces los bombardeos que no parecían tener fin, los soldados se descubrían cada vez más encolerizados, aquello iba de mal en peor.

Llegó entonces un día sin determinar ni tener nada de especial, lo especial fue que mi padre tomó una decisión, la cual cambiaria mi vida. Él decidió que teníamos que partir, salir de nuestra nación a un país extranjero. Le dijo a mi madre que hiciese el equipaje, pues cuanto antes mejor. Ya no había vuelta atrás, en esa nuestra patria era ya imposible el poder vivir, fue entonces cuando la apartó para que yo no pudiese escuchar nada, y le contó lo que aquella mañana había presenciado.

—Escucha mi amor lo que esta mañana he podido advertir: contemplé cómo una persona se puso a acusar a otra. El acusador parecía tener una buena posición económica, y el otro aparentaba tener una posición más bien baja. En ese momento llegó un militar de graduación junto a él dos soldados le seguían un poco más rezagados. Miró al acusador y sin mediar palabra ni juicio ni nada que se le pudiese parecer sacó su pistola y le pegó dos tiros al ser que tenía su posición más baja. Fue verdaderamente horrible pues es seguro que ese hombre nada había hecho, yo mientras esto ocurría le había mirado a los ojos y estos me lo decían, me aseguraban que era un hombre honrado y sencillo, y me decían también que no podían entender lo que allí estaba sucediendo.

»Debemos de marcharnos de aquí, esto está degenerando a una debacle en la cual el más fuerte es el que tiene la ley de su parte.

Mi madre con cara de turbación y las lágrimas ya desparramadas por el rostro, preguntó:

—¡¿Ay, pero a dónde iremos?!

Más que una pregunta era un llanto desesperado.

—Nos dirigiremos al país que tenga sus fronteras más cercanas y en el cual hallemos a algún conocido.

Mi madre no podía salir de su estado, y solo preguntas salían de su boca:

—¿Pero cómo lo vamos a hacer?

—Mira, amor mío, me he podido enterar de que hay un barco que llega a Francia mañana, pero zarpa hoy al mediodía. Una vez allí es coger un coche y dirigirnos a París, como ya sabes allí tenemos barios conocidos míos.

»Esto es mejor que emigrar a cualquier país donde no conoces a nadie, ¿no lo crees así?

Mi madre miró a los ojos de mi padre, lo cogió por la mano y dijo:

—Bien, si así tú me lo dices me prepararé en un momento.

Mi padre le sonrió y expuso:

—Debo de marchar; pues de lo contrario no sé si podré hacerme con unos pasajes.

—Por favor, ten mucho cuidado.

Y así ambos se besaron como si ese fuese el último beso de su existencia.

Yo sé que eses pasajes le costaron muy caros, podría decir que abusivos, y eso no fue solo lo que para conseguirlos tuvo que hacer. Pues sé que incluso mantuvo una lucha exhaustiva para poderlos conseguir.

Pero antes del mediodía él estaba en casa ya con esos pasajes, los cuales llevaban un sello y una dirección que decía paz y libertad. Nos dirigimos sin demora al fondeadero para poder embarcar. En ese segundo otra vez las sirenas volvieron a resonar, y acto seguido las detonaciones comenzaron a oírse. Estas por todos los lados llegaban, ese estruendo que me comía la vida no dejaba de repetirse en mis tímpanos. Los estampidos comenzaban a escucharse cada vez más cerca, mis lágrimas se apresuraban ellas solas sin hacer esfuerzo por que aparecieran. Mis padres se miraban y los nervios aliados con el destino trataban de deshacer sus planes. Pero en ese momento el capitán dio orden de subir a bordo. A toda prisa zarpamos de un puerto medio en llamas y derruido, entre el estrepito de las bombas habitaba el silencio de la partida. En el momento en que nos hallábamos ya lo suficientemente alejados, pudimos advertir cómo ese puerto comenzó a reventar por todas partes, hasta que nada de él quedo, tan solo un montón de escombros regado con la sangre de cientos de inocentes que allí se hallaban. En el lugar en el que acabábamos de estar hacía unos minutos tan solo ahora se podía distinguir un tremendo socavón. A mi madre un tremendo suspiro se escapó de su corazón y con él dijo:

—Menos mal que escapamos de ese lugar, y ni el destino, ni la suerte, y menos aún el hombre han encontrado una manera que nos haya podido frenar.

—Mira, amor mío, de habernos trabado tan solo un poco no habría sido posible el partir, pues del puerto nada queda y seríamos una mancha más en medio del socavón, tan solo una mancha más.

Acto seguido comprobamos cómo cientos de uniformes entraban desde todas partes y en todas direcciones al puerto inexistente.

Pero de todas maneras lo que allí estaba ocurriendo carecía ya de un fuerte significado para nosotros; pues nos encontrábamos resguardados. Ya no nos podrían alcanzar las injustas bombas, ni podría juzgarnos una bala perdida y disparada sin razón, pues de surgir un pretexto para no hacerlo lo hubiesen pasado por alto. Pero el que algo establece

a veces nada tiene que ver con la verdad, nosotros creíamos que la paz y la libertad nos estaban esperando. Cuán magna es la equivocación que a veces se comete pensado en lo que el futuro te puede depara. ¡*Dios mío, cuánta locura todavía sin descorchar en esa botella que era nuestra futura existencia!*

Lut quedó callado muy pensativo como si de repente todas las ideas que se había en un tiempo establecido como ciertas le estuviesen abofeteando con la cruda realidad.

En ese preciso momento la enfermera hizo acto de presencia, pisando fuerte y diciendo:

—Aquí llega vuestra suculenta comida.

Miró fijamente a Lut y le dijo:

—Oye, cada vez observo que tu color mejora por momentos. ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Estás tomando algo especial?

Lut se desperezo como quien sale de un arcaico sueño, y raudo en sus formas dijo:

—Pues a decir verdad, por tomar ya no ingiero ni las medicinas que vosotros me traéis; pero sabes que desde aquel momento en que tú me apretaste contra tu maravilloso pecho me da la impresión de que la vida ha vuelto a mí.

La enfermera, sin poderlo evitar, sintió sus mejillas sonrojadas levemente.

—Ah, es por esa razón por la que yo últimamente me siento tan agotada, ¿no me estarás chupando mi energía, eh Lut? ¡Ni se te ocurra!

Esto decía mientras con dulzura lo miraba y esgrimía una dulce sonrisa. Acto seguido los dos comenzaron una fugaz risita.

Yo sintiéndolo mucho no fui capaz de acompañarlos en ese momento de plena felicidad, mi mente se hallaba bastante saturada en ese lapso de tiempo, debía de digerir lo que mi compañero me acababa de contar.

La enfermera alzó la voz diciendo:

—Bueno, debes de comer todo cuanto puedas, pues el alimento te hace mucha falta para seguir mejorando, y después de alimentarte una buena siestecita, ¿de acuerdo?

Esto le dijo a Lut en el momento que a mí se acercaba. Ya en frente de mi cama, para proceder a darme la comida, me preguntó:

—¿Me puedes contar qué es lo que ese elemento te estaba a decir?

—Era una historia que creo que para ti carece de la más mínima importancia.

En ese instante Lut exaltado desde su cama replicó:

—¿Qué es lo que pretendes decir? ¿Qué mi vida no representa nada ni tiene un significado para ti?

—No es eso hombre, tan solo no sabía si tú querías que ella supiese de lo que estábamos a debatir.

En ese momento sí se alteró un poco la enfermera:

—¿Qué, cómo? Que no me entere yo de que ese elemento te está contando cualquier tipo de cosas que a ti te puedan afectar negativamente.

La miré y sin alterarme lo más mínimo le dije:

—No, él tan solo me está comentando muchas circunstancias que en su vida han pasado.

Con cara de sorpresa me dijo:

—No está nada mal eso, piensa que los que lo llevamos tiempo atendiéndolo tan solo conocemos de él lo que en su ficha se halla.

Lut la miró y le dijo:

—Siento esto que te voy a decir, pero en realidad yo no recuerdo que tu o nadie se halla nunca interesado por lo que en mi vida ha sucedido, nadie jamás me ha preguntado lo más mínimo.

La enfermera cambio de repente su actitud y en un primer momento bajó su cabeza para después volverla a elevar y con una apesadumbrada mirada habló:

—Por supuesto Lut, tú tienes toda la razón en esto que dices, pero se me hace tan difícil…

Yo la miré a los ojos y consentí que en mí entrase esa tristeza, la cual en este instante nos invadía profundamente. Lut de repente rompió ese tormentoso silencio con un «paparruchadas». Lo cual en un principio nos alteró, pero al final agradecimos. Así en silencio los tres terminamos comiendo con una sonrisa de oreja a oreja. Y de

esta manera comenzó un festín hospitalario sin que nadie volviese a decir palabra.

Ella recogió las bandejas y cuando se hallaba cerca de Lut le dijo:

—Mira, mi querido desahuciado, vamos a tener que hablar tú y yo muy seriamente.

—Bueno, siempre que tenga una buena recompensa después…

En ese instante a ella le sobrevino de nuevo su preciosa sonrisa y le dijo:

—Como ya te tengo dicho anteriormente, no seas loco pues no quiero ser yo la culpable de que halles la muerte antes de tiempo.

Mientras se marchaba giró la cabeza y le dedicó una sonrisa, la cual yo me atrevería a decir que era del más puro amor, pero…

En el preciso instante en que ella se ausentara le dije a Lut:

—Casi estoy seguro, mi buen amigo, de que ella daría una gran parte de su existencia porque tu vida y la suya compartiesen todo lo que os queda por vivir. ¿No lo crees tú así?

—Pues ahora que me lo comentas, en realidad no lo quiero tener claro; pero en mi interior algo me grita con fuerte pasión que así es, que ella sería para mí y yo para ella, pero no en mi situación.

En ese preciso momento percibí cómo a mi nuevo amigo se le corroía algo en su interior, así que decidí cambiar el trascurso de lo que estaba a suceder.

—Mejor dejarlo ahí, ¿y qué te parece si continuas con tu relato?

—En realidad me hallo un poco desganado, pero pensando que nada mejor me espera, continuaré.

Aquel fue un viaje la mar de interesante, pues tuve la oportunidad de ir conociendo cosas nuevas; el mar, por ejemplo, tan azul y tan grandioso me parecía, tan lejos de toda matanza roja y añil pues ese era el color de la guerra, el color de la desesperación de todo cuanto era horrible para mí.

Ese fue un viaje en el que nada nos faltó, eso sí, mis padres siempre parecían hallarse en tensión por si aparecían aviones o barcos militares, pero nada de eso sucedió.

Y a la mañana siguiente, muy de mañana, mi madre me despertó y

allí estaba la tierra de nuestra salvación: la costa francesa. Cuando por fin el barco atracó en lo que a mí me pareció un gran puerto, nos dispusimos a bajar, pero observé cómo en lo alto de la escalinata mi padre saludaba con efusividad a unas personas que en el puerto se hallaban. Me enteré más tarde *de que les había mandado un telegrama de su inminente partida. Era por ello por lo que supieron de nuestra llegada. Mi madre asombrada los contemplaba y observó largamente a mi padre, después le sobrevino una sonrisa de alivio. Acto seguido le dio un gran abrazo de amor a mi padre.*

La primera y más notable diferencia que se hallaban entre este puerto y el otro, es que en primer lugar este estaba entero y el otro no le quedaba una piedra sobre otra. En este las personas se hallaban vivas y en el otro tan solo había pedazos de humanos por todos lados. Por último allí se podía escuchar el sonido del mar y de las aves que por el contorno se movían. Mientras en el otro tan solo percibías los obuses al caer y las ráfagas de ametralladora, ese era el sonido natural que podías escuchar. ¡Oh, qué paz, qué lejano me parecía todo aquello ahora!

Tuvimos que viajar por tren como unas seis horas hasta nuestra llegada a un pueblecito cercano a París. El amigo de mi padre era de buena situación financiera, pero le decía a mi padre que a él le encantaba viajar en tren. Le gustaba más que cualquier otra manera de hacerlo. Dejamos la estación de tren y todavía anduvimos un poco hasta llegar al lugar en el cual este hombre tenía su hogar. Era grande pero no ostentoso, a unos cien metros se encontraba una casa más pequeña, sencillita pero con un especial encanto. Esa era la vivienda en la que iba a pasar una importante parte de mi vida. Tengo la impresión de que al entrar en esa casa era como ingresar en un palacio, y no es de extrañar después de el lugar en el que yo había vivido: un agujero en el cual ni las ratas quisieran para sí, aunque tu casa sea como fuere siempre será tu casa.

En esta que ahora era mi hogar, poseía habitación propia y todo aquello que un niño pudiese desear. Estaba completamente seguro de que sería el niño más feliz del mundo por toda mi existencia. Así sería, eso era mi forma de sentir ese momento. Pero era tan solo una parte de mí la que así se sentía, ya que una parte de mi corazón se moría poco a poco con la duda de cómo les iría a mis hermanos.

Pero tenía unos padres tan buenos que por ningún motivo en el mundo quería que sufriesen lo más mínimo y que por mi dolor se pudiesen ellos amargar la vida. Así ante sus ojos yo parecía el niño más feliz del mundo, debo de ser sincero y decir que en muchas circunstancias a veces realmente era así, pero otras mi dolor de corazón no me permitía sonreír.

Fueron unos años de paz y felicidad total, pero claro, nada dura para siempre, y más o menos fue a mis doce años cuando comenzaron a llegar las noticias de que en un país no muy lejano se iniciaba una guerra que afectaría al mundo entero menos a mi país; pues no hacía mucho tiempo que en mi país la guerra había acabado, la guerra en mi país acabo cuando yo más o menos tenía diez años. Mis padres adoptivos comenzaron a plantearse el volver, pero los desanimaba que en nuestro país se hallaba un dictador, y mi país carecía de todo, pues se hallaba todavía en una cruenta posguerra, o lo que es igual: el horror que precede a la guerra, el cual es incluso más horrendo que lo que anteriormente se había vivido. En mi país la carencia de medicamentos, comida y un largo etc., eran de una integridad aplastante, las enfermedades y el hambre era lo que más abundaba.

¿Y qué hacer entonces?

Aquí estaba a punto de estallar una guerra y allí había terminado no hacía nada. Qué gran problemática a la que mis padres se debían de enfrentar.

Ahora bien, ellos decidieron aguantar hasta que las cosas o mejoraran o se pusiesen mucho peor.

Y por supuesto ese fue el error más grande que en toda su vida pudieron cometer, pues cuando ya la guerra estaba muy desarrollada, esa oriunda bestia que acababa de despertarse, esa destroza hogares que se encontraba ya latente en todos los países de Europa, esa que ya se topaba en las puertas de nuestra casa y tenía un par de años de vida, era peor quizás que la que con anterioridad conocimos. Mucha gente emigraba a los países neutrales. Las fronteras estaban atestadas de personas intentando dejar su país, estas ya a punto de echar el cierre definitivo. Ese fue el día en que mis padres resolvieron también el salir del país, ambos mantenían una tensa discusión, mi madre decía a mi padre:

—No tenía que haberte hecho caso y debíamos de haber partido ya hace tiempo.

Pero en el instante en que mi padre se disponía hablar apareció el amigo francés muy exaltado y les dijo:

—Por favor, callar un poco, ahí afuera se encuentra una brigada en busca de personas de las que tú ya sabes.

Acto seguido mi padre le contestó:

—Yo no soy un delincuente, pues nunca he hecho nada que vaya contra la ley.

—La ley siempre es partidaria de aquellos que la crean, en este caso quien está dentro de ella siente que tu forma de pensar esta fuera de la ley. Yo sé, por supuesto, que nada has hecho; tú eres un hombre libre y deseas la libertad para todos. Eso para ellos, como tu religión, sí va contra estas nuevas leyes, y es por lo tanto totalmente necesario que lo dejéis todo, debéis salir de aquí los dos cuanto antes mejor.

Al niño no hace falta que de momento os lo llevéis con vosotros, es mejor que una vez que resolváis allí todo lo que debéis, cuando ya estéis del todo instalados, mandéis un telegrama, o notificar como podáis y yo me encargaré de hacéroslo llegar con todas vuestras cosas.

El pobre de mi padre, como no sabía qué hacer, dispuso como su amigo le había indicado.

—¿Y cómo obraremos para llegar a la frontera?

—Se debe de evitar todo trasporte público, pues sé de buena tinta que se encuentran muy vigilados. Es por ello que yo os llevaré en mi coche hasta donde pueda, una vez allí ya lo hablaremos.

Sin pausa o con demasiada premura, recuerdo, mis padres se despidieron de mí con numerosas lágrimas que anegaban completamente su rostro; pero yo me hice el valiente y no solté una lágrima, les dije que muy pronto nos encontraríamos.

Y así fue que me trasladaron a la casa grande, allí me estaban esperando la mujer y la hija que ambos tenían como un tesoro. Ella tan solo portaba en ese cuerpo unos catorce años, a decir verdad me tenía loquito, ella era lo más hermoso que estos ojos hayan podido contemplar, y con ella cometí uno de mis mayores errores; pero más adelante te lo revelaré.

Fue más o menos pasada la media noche cuando mis padres se pusieron en movimiento. Ya muy de madrugada por no decir en plena mañana regresó ese hombre que en su casa me tenía acogido. Él portaba un rostro compungido. Las lágrimas no cesaban de emerger por esos doloridos ojos. Yo no sabía por qué se encontraba en este estado y en realidad no quería saberlo, pero con todo el coraje que pude encontrar le pregunté:

—Por favor, dime qué es lo que ha ocurrido y no me engañes.

—¡Ay mi niño! No, no pienso mentirte, esto es lo que ocurrió: Cerca de la costa un convoy militar se hallaba parando a todo vehículo que pasaba. En el momento en que frenamos a su lado me pidieron la documentación, este soldado se paró un momento con mis documentos mientras otro bajó la cabeza y miraba a tus padres desconfiando, y en ese preciso instante nos dijeron que bajasen del coche.

Tu padre se puso tan nervioso que en el momento en poner los pies fuera del coche se dispuso a correr y allí mismo le asestaron un tiro en la cabeza, perdiendo la vida antes de golpearse contra el suelo.

En el preciso momento en que esto me estaba narrando bajó la cabeza. No había forma de que su llanto menguara, creo que lo que lo llevó a reproducir ese gran llanto era que el mío había estallado. El hipo que su llanto producía no era pausado, este era furioso.

Pero yo con muy pocas fuerzas pregunté:

—¿Y mi madre, qué se hizo con ella?

—No lo sé, me gustaría tanto como a ti discernirlo, tan solo puedo decirte que ella fue detenida. Yo ante tal desgracia y ese tremendo panorama no sabía qué es lo que debía de hacer. Pero le eché todo el arrojo que me quedaba, y en ese arrebato de furia me disponía a pelear hasta la muerte. Ellos, que allí estaban sin inmutarse por lo que acababan de hacer, me pidieron de nuevo la documentación. Ese era el instante en que comenzaría mi final; pero un soldado me hizo un gesto con la cabeza y ahí terminó mi arrebato. Solo le pude decir: la tiene su compañero él se la ha llevado, y así minuciosamente se dispusieron a observarla.

»Mientras yo podía escuchar los desesperados gritos que tu madre daba, y si miraba para otro lugar veía como la sangre del bueno de tu padre discurría injustamente por esa carretera. En ese momento a tu madre la

metieron en un camión, en el instante que me vio dejó de chillar, miró para mí dedicándote su último beso pues sabía que yo lo tomaba; pero que eras tú quien debía cobrarlo. Bajó su cabeza y tan esbelta y noble entró en ese camión. Sabiendo que esa lona que cubría su cabeza sería el último lugar al cual la obligaron a entrar, y del cual nunca más pudo salir. Tras ella cerraron la lona, bajé mi cabeza y allí solo pude volver a contemplar el agujero que tu padre tenía en su cabeza. El manar de su sangre era la lección que daba a este mundo inhumano.

»Después de casi dos horas retenido en ese lugar, me devolvieron la documentación y me amenazaron con acabar como tu padre si me volvían a coger en una situación parecida; pero al fin me dijeron que me podía ir.

Les pregunté por la mujer, por tu madre, a lo que me contestaron: «No es problema tuyo, ahora es problema militar, no será que tú también quieres ser un problema militar».

»Y así me puse en camino temblando como un junco espoleado por el fuerte viento, mis lágrimas rociaban esa carretera llena de sangre.

Él se cayó de nuevo sin poder controlar el furioso llanto que de su interior salía.

Yo me levanté y me marché corriendo, no sé cómo podía ver el camino por lo nublado de mi vista debido a las lágrimas. Cuando llegué por fin al fluir del tremendo llanto que todo lo invadía, era la segunda vez que me quedaba sin familia. Cuando este horrible pensamiento llegó a mi mente, caí desplomado en ese instante. Aral, que así se llamaba la hija, me cogió entre sus brazos y tan solo trató de confortarme en mi dolor y llorar a mi lado si fuese necesario. Y así abrazados quedamos dormidos hasta el día siguiente.

Ese fue el día que sentí que mi alma ya no me pertenecía, era a ella a quien obedecía. Ese día me enamoré perdidamente de esa maravillosa mujer, ese fue un idilio que perduró durante un par de largos años. Duró hasta que el amor nos hizo lo suficientemente descuidados como para que nos cogiesen con las manos en la masa. Pero mucho antes de que eso sucediese me ocurrieron las cosas más extraordinarias que se puedan imaginar. ¿Cómo algo tan maravilloso podía llegar a suceder en medio de un horrible mundo en el que se descarnaba y se aniquilaba? Eso me preguntaba con frecuencia,

pues mientras todo era guerra, odio, muerte y amargura, nosotros disponíamos de paz y amor, que maravillosa contradicción. Cómo puede cambiar la visión de unas personas muy particulares en relación con lo cruento del mundo en que te desenvuelves.

Pues bien, nuestro idilio estaba claro que duró lo que tenía que durar, ella estaba plenamente enamorada de mí y yo lo estaba absolutamente de ella. Tan solo era capaz de escuchar el canto de mil pajaritos en el interior de mi alma. Es seguro que yo por nada del mundo habría abandonado esa situación.

Pero una tarde de mayo en el que la luz duraba y su calidez te hacía abandonarte a las miserias que el cuerpo te ordena, sin ningún tipo de reparo ni de control hicimos el amor plena y satisfactoriamente. Todo hubiese sido fantástico, ya que ese estaba destinado a ser el día mejor de toda mi vida. Si no hubiese sido por que el padre apareció. Nos miró con furia a ambos y tan solo dijo:

—Con tu actitud tan solo me dejas una cosa que hacer, debes de abandonar mi casa y a poder ser te irás lo más lejos posible, creo que en unos días o quizás en un mes regresaras a tu país.

Yo no entendía por qué era tan malo aquello que habíamos hecho si yo la amaba y pretendía compartir mi existencia con ella, pero él volvió a hablar:

—¿Cómo me puedes pagar con esta moneda a lo que yo he desempeñado por ti?

—¿Pero dígame, por favor, a qué se refiere? ¿Qué mal tan profundo le he podido infringir para que tan dolido se encuentre?

—Mi hija no es ni será nunca para ti, métetelo en esa cabeza.

—Pero por favor, ella me ama, yo la amo totalmente. Sin ella nada podré ser en mi vida.

—Calla y no digas nada de eso pues si realmente la amases como dices la hubieses respetado hasta el final, de esta manera nunca acaecería lo que aconteció. No la has respetado y es por ello por lo que debes de olvidarla.

»En tu país tienes todavía la casa de tus padres, y allí ahora ya puedes retornar. Tengo entendido que ya se vive bastante bien. Yo me encargaré de pagarte el viaje y te daré algo más de efectivo, pues para empezar es seguro

que vas a necesitarlo. Debes de encontrarte feliz pues retornas a tu hogar y tu patria. Una vez allí te daré la clave de dónde se encuentran las joyas de la familia y para tirar un buen tiempo llegará.

—Pero yo la quiero, la amo con toda mi alma.

Al momento de yo decir estas palabras el me dio la espalda y así desapareció de la habitación.

Allí me quedé yo totalmente solo y sollozando en un principio solamente. Pues en un corto espacio de tiempo ese sollozo se convirtió en un amargo llanto de dolor.

¿Qué es lo que podría hacer? Yo la amaba íntegramente, ella era mi amor, mi verdadero y único amor.

Pasaron varias semanas sin cambios hasta que llegó un día que se llevaron a Aral al médico, pero a mí no se me explicó nada. Una mañana apareció ese ser al que tanto miedo y odio estaba cogiendo, abrió la puerta de mi habitación y sin entrar me dijo:

—Mañana partirás sin mirar atrás, pues nada aquí esperara por ti ya.

No pude ver a mi amor, no pude besar sus labios, contemplar sus húmedos ojos, no pude tocar esa delicada piel. Él se encargó de ello, me acompañó al ferrocarril, me indicó el andén en el cual partía mi tren. En todo el trecho y desde la última conversación no me había dejado dirigirle la palabra, pero en ese momento habló, yo pensé que para despedirse; pero esto fue lo que él me dijo:

—Tú no debes preocuparte por nada, ni tan siquiera por tu hijo, estate tranquilo que de eso ya me encargo yo, le daré mis apellidos y fingiremos que él es nuestro hijo y no nuestro nieto.

Yo me quedé totalmente paralizado. ¿Qué es lo que lo que le podía decir? Ni tan siquiera sabía qué era lo que debía de pensar, pues aquella noticia no me permitía salir del aturdimiento que esta nueva me provocó.

Aunque era consciente de que en mi rostro una mueca entre asombro y dolor se dibujaba, y por él las lágrimas discurrían por cada arruga que esa noticia dio pie a que se produjese. Esta expresión todo lo decía. No hacían falta las palabras. Ese tren partió puntual junto a este que relata la historia en su interior. Ese fue el viaje más amargo que yo allá hecho consciente, pues

a decir verdad de mi infancia ya sabes que la mayoría me la han contado, por lo tanto no recuerdo el sufrimiento que en ella pude llegar a percibir. Como ya te he dicho, lo único que recuerdo de ella fue el drama de mis padres, que sí tengo ese momento marcado a fuego. El resto de mi infancia había sido maravillosa, pero era claro que lo que ahora estaba viviendo lo hacía en primera persona, y todo hecho anterior actualmente me parecía un leve sufrir. Realmente no sabía por qué se unía mi dolor ante la noticia de mi hijo, la separación de mi amada, y los cruentos recuerdos de ese pasado. Todo unido se convertía en un completo sufrimiento, todo mi viaje estuve aguantando este tortuoso sufrimiento.

Recuerdo que cuando esta máquina infernal se detuvo en una de esas pequeñas estaciones, había un montón de soldados muy bien armados pidiendo papeles. Yo era de apellidos españoles, y por lo tanto no hubo ni preguntas ni problemas.

Pero pude comprobar cómo a todo el que ostentaba unos apellidos un tanto extraños o no corrientes no les preguntaban nada, tan solo los bajaban y los ponían frente a un muro. Así, por la espalda, los acribillaban sin que nada más en ellos pudiese quedar, tan solo la última mirada del que va a morir. Parece que a los soldados les inquietaba y es por ello por lo que los ponían cara a la pared. Es un acto tan vil matar a una persona indefensa por la espalda... El hombre ¡ay el hombre!

—¿A qué te refieres con eso de apellidos extraños?

—Pues a cualquier cosa que ellos interpretasen como judío.

—¿Qué es eso de judío?

—Es aquel que practica otro tipo de religión diferente a la mayoritaria de esta parte de la tierra, ya que en otras zonas somos minoría.

—¿Qué es eso de religión?

—Son simplemente las creencias que la gente tienen hacia aquello que no pueden explicar científicamente. Y aún siendo lo mismo lo designan de diferente manera. Desde hace ya mucho, mucho tiempo, se ha establecido una forma de proceder horrible. Cuando yo pertenezco a una gran mayoría, si no crees lo que yo te digo trato de convencerte y de convertirte, si no lo logro te sacrifico en nombre de mi dios.

—Pues en realidad no entiendo nada.

—Mira, la segunda Guerra Mundial estalló por la matanza o genocidio que los nazis tuvieron en contra de los judíos. Los exterminaban o los asesinaban de diferente manera o bien acababan con ellos allí donde los encontraban, o los conducían a los campos de exterminio masivo. Aunque debes entender que mucho más atrás en la historia fueron los judíos quienes dieron caza a aquellos que no eran practicantes. Pero la historia te demuestra realmente que el hombre por una u otra razón se lleva aniquilando toda su existencia.

»Pero, por supuesto, tú nada recuerdas y lo que te digo no lo entenderás, ¿pero sí recuerdas el leer?

—Sí, por supuesto que yo sé leer.

—De ese modo no hay problema, he de decir a la enfermera que te traiga un libro de historia. De esta manera podrás entender la incoherente manera de proceder que el hombre tiene.

»Bueno y así acaba la lamentable historia de este ser que delante de ti está. He de terminar diciendo que con el tiempo fui haciendo de mi vida una forma ininteligible de decadencia, todo se volvió en una oscura expresión de caótica existencia. Mi vida se desarrollaba de mal a peor hasta llegar a aquí.

—¿Pero nada más me vas a contar?

—Tal vez sí, tal vez no; pero como es tu hora, y ya pasa de la media tarde, este tu humilde servidor se calla para que tú comiences.

Y justamente en el momento en que me preparaba para dar comienzo a mi relato abrió la puerta el médico, al cual una enfermera lo acompañaba, dando las buenas tardes. Cada uno a un lado se dispuso a sentarme en esa odiosa silla.

—¿Me podrían decir a qué lugar me llevan?

—Lo trasladamos a mi oficina debe ver usted algo con urgencia.

Y acto seguido me sentaron, el médico se colocó a mi lado y la enfermera se dispuso a empujar la silla. En mi mente sólo se programaban múltiples pensamientos tortuosos debido a nuestra última conversación. Sin más, así pusimos marcha a la oficina, era extraño ya que por eses corredores por los cuales transitaba en ese vehículo empujado por la enfermera pude observar cómo personas que parecían vagar sin

rumbo y sin casi vida por eses pasillos se desplazaban. Y digo bien pues cuando nos acercábamos los unos se hacían a un lado y los otros hacia el otro, estos daban la total impresión de ser sonámbulos.

Y además tuve la suerte de observar barias razas de personas que allí se encontraban. Eso llamó mucho mi atención pues era la primera vez que yo veía algo así, y está claro que no me quedo con duda alguna y así pregunté:

—Por favor, ¿me puedes responder, todas esas personas vienen aquí desde diferentes países para ser curados? ¡Este debe de ser un gran hospital!

—No, no mi querido amigo, estos que aquí ves tan solo son emigrantes, son personas que legalmente llegan por una dolencia a nosotros. Otras veces también por estar enfermos llegan a nosotros, pero ellos son de otros países que han entrado ilegalmente a nuestro país. Ellos escapan de sus países para poder buscar un futuro aquí en el nuestro.

—¿Qué es lo que a ellos les ocurre en su país?

—Pues que casi siempre la vida allí es muy difícil, más que aquí, se vuelve casi imposible; enfermedades, hambrunas, falta de trabajo y miles de otras muchas cosas más los obligan a salir de allí. Está claro que por muy mal que aquí lo pasen siempre será mucho mejor que lo que atrás dejan.

Y así me quedé callado y observando, y me pude dar cuenta de una cosa. El dolor y las lágrimas no se distinguen por el color de la piel, al igual que el amor y la alegría, en todas las razas es igual. Es por eso que seas de la raza que seas en el interior todo es idéntico. En realidad somos nosotros, los hombres, los culpables de marcar todas las diferencias.

En una esquina pude ver a una niña, la cual era muy pequeña para darse de cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Ella, feliz en su mundo, exponía en su cara una sonrisa que era igual a la de cualquier otro niño, la diferencia era su color.

¿En realidad qué es lo que vieron en ellos tan horrible para haberlos tratado durante tanto tiempo como seres inferiores?

Yo no lo sé y creo que nunca lo sabré.

Bueno, centrándonos en mi historia, por fin llegamos a su oficina.

Esta estaba repleta de muchas clases de libros y también podías hallar papeles por todas partes, estos se topaban enmarcados muy bonitos. Estaban colgados de esas paredes, los cuales hacían que la vista se te fuese hacia ellos. ¿Y cómo no?, acto seguido le pregunté qué eran aquellos papeles, y él me dijo:

—Esto es lo que representa el final de tus estudios y con qué nota los has terminado. Y una vez obtienes el papel ya puedes trabajar.

—¿Y aunque supieses curar enfermedades sin ese papel no podrías hacerlo?

—Legalmente no, así funciona la vida mi querido amigo. Bien, pero procedamos ahora con el porqué te he traído a aquí.

En su mesa había un televisor, o eso fue lo que a mí me pareció. Este estaba encendido. Él de repente cogió un aparato con un montón de botones y apretó uno de ellos.

En mí una gran sorpresa se produjo al instante al comprobar que mi rostro se podía ver en ese televisor.

—Mira bien, pues ese que ahí se ve eras tú hace más o menos cinco años.

Quedé como transpuesto mirando aquel aparato, en el momento en el que observé más detenidamente me cercioré de que en el fondo de la foto estaba escrito un nombre con sus apellidos, en ese momento el médico se dio de cuenta y me contó:

—Has de saber que tú has nacido en Francia, de tus progenitores tan solo se halla con vida tu madre, y tienes una hermana mayor que tú. No tienes ni hijos ni esposa. Y ahí va lo bueno, prepárate; eres multimillonario. Creo que lo que te ha ocurrido es que has sido o bien desvalijado o as padecido un intento de secuestro. Los que te atacaron eran tan infames que te golpearon muy fuerte, estos seres es seguro que se asustaron porque pensaron que te habían asesinado. Así que lo que han hecho es robarte la cartera. Así te dejaron, totalmente desnudo y sin consciencia, fue esa la razón por la que nada sabíamos de ti.

Tu madre y hermana continúan viviendo en Francia. Las avisaremos en cuanto tú nos lo digas.

—¿Y mi padre?

—Tu padre falleció justo al casi haber terminado la guerra, él fue uno de los últimos asesinatos que el tercer Reich llevó a cabo. Lo acusaron de esconder judíos, por ello los nazis se lo llevaron y en plena desolación naci, antes del final de su poder, acabaron con su vida. ¿Comprendes qué es a lo que me estoy refiriendo?

—Sí creo, que voy comprendiendo. Por lo que puedo observar tiene usted muchos libros y he observado que alguno de ellos son de historia. ¿Hará usted el favor de prestármelos? Pues es seguro que de esta manera aclararé mucho más mi situación, y aquello que a mi familia le ha ocurrido.

Él me miraba con cara de encontrarse totalmente desconcertado y acto seguido me repitió:

—¿No ha oído lo que yo le acabo de decir? ¡Es usted millonario! Es más, a decir verdad posee usted una de las mayores fortunas del país.

A lo que yo lo miré y dije:

—Qué desgracia la mía, ¿verdad?

—No entiendo su proceder. ¿Por qué se apesadumbra usted en vez de dar saltos de alegría?

—Eso tiene una explicación muy sencilla, para amasar toda esa fortuna he debido de hacer mucho mal, ¿no es así?

El médico dubitativo quedó callado en un principio, pero luego me dijo:

—No deja usted de asombrarme, lo que dices es totalmente cierto. Yo, por ejemplo, poseo un buen cargo pero nunca he podido llegar a nada más que gozar de el poder vivir desahogadamente. Pero si nos paramos a pensar bien en ello podríamos especular que ha podido ser usted el heredero de toda esa fortuna.

—¿Pero de quien podría heredar yo semejante fortuna, si mi padre yace muerto, y el dinero está a mi nombre? No, no he debido ser muy bueno que digamos.

—Está bien ya hablaremos de ese tema más adelante.

—¿Me hace usted el favor de prestarme ese libro, y me podría responder a esta pregunta?, ¿cómo se llama el pueblo en el que yo he nacido, o de aquel al que mis padres pertenecían?

Acto seguido y sin dilación me dijo el nombre de ese pueblo y me prestó varios libros.

Pues bien ya sabía quién era, cuál era mi nombre y mi procedencia, quiénes mis progenitores, y la mala persona que yo en esta existencia he debido de ser.

Y así vagando entre mis pensamientos llegamos a la habitación, en ella Lut esperaba con una expresión en su cara de total impaciencia, cuando la enfermera me dejó y ya me encontraba totalmente incorporado, le dije a Lut:

—Mi querido desconocido, ahora vas a tener que ayudarme a pasar las hojas de estos libros.

—Déjate de tonterías y dime, ¿qué es lo que ha ocurrido en la oficina del médico?

—Pues bien me dijo que era un rico de esos que habrá hecho mucho daño $y miles de malas pillerías, para lograr hacerme con tal cantidad de dinero.

—Tú les llamas pillerías pero es seguro que yo le podría dar muchos otros calificativos.

—Está bien no hace falta que me aclares todo lo ruin que yo haya podido llegar a ser pues para obtener tal montón de eso que ya no sé ni cómo lo quiero llamar. Pero de verdad no quiero seguir hablando de ese horrible tema.

»Dime Lut, ¿cuál fue ese pueblo de Francia en el cual has pasado tu infancia?

Él me miró extrañado pero sin más dijo el nombre de ese pueblo.

—Pero dime, ¿a qué viene esa pregunta?

—Tranquilo que más tarde toda duda es seguro que te va a ser resuelta, pero ¿me puedes hacer el gran favor de seguir contestando a mis cuestiones?

»¿Cuáles fueron los apellidos de aquel ser que te acogió en su casa, el cual era el padre de tu bella amada?

Y en el momento en que él respondió a esa cuestión me tembló de repente todo el cuerpo, desde la punta de los pies hasta mi cabe-

za. En ese momento toda duda se hizo presente y llegó de nuevo a este mi espacio interno:

«¿Se lo digo, o me debo callar aquello que yo ahora sé?»

Pero en realidad no tardé nada en imponerme a la pérfida duda, y decidí que le diría tan solo lo que le sería un beneficio para su existencia, y no todo aquello que ahora yo sabía:

—Mira, mi bien amado Lut, este que delante tienes ha nacido en Francia. Una vez que el tiempo pasó y yo alcance la mayoría de edad me dispuse a cambiar de país, así me vine a este en el que nos encontramos, en este la fortuna me ha sonreído, y aunque sé que no es suficiente esto que de momento te expongo, nada más puedo decirte. Has de acatar esta, mi decisión, de no decirte nada más.

—Está bien, pero tengo una fuerte impresión de que me estás ocultando algo muy importante. ¿No es así?

—En realidad lo sabrás en su momento, ahora debo de proseguir con mi relato, si es que así lo quieres.

Él tan solo me miró profundamente y asintió con un movimiento de su cabeza, y en ese instante clavó en mí una mirada entre desconfiada y exasperada.

Y así comencé el relato desde que me encontré a Oyam hasta la pelea entre los elementos. Como rememorareis el agua trataba de imponerse al fuego, pues éste nuestro travieso elemento trataba por todos los medios de extenderse.

Él se encontraba tan embelesado con el relato que al momento en el cual ya había finalizado, él no percibió si quiera mi silencio, y al pasar un tiempo indeterminado reaccionó y me preguntó:

—Por favor, tan solo quiero pedirte que me digas con toda la sinceridad que puedas tener, y desde lo más profundo de tu corazón responde, ¿es verídico todo lo que me estás relatando?

—Bajo mi conocimiento, ahora mismo es mucho más cierto lo que yo te cuento que todo cuanto estoy viviendo. Pues en realidad todo lo que me sucede y compruebo en este lugar me parece tan irreal… Y piensa que si por mi fuese yo nunca habría retornado, pero comienzo a vislumbrar por qué estoy en estos momentos aquí.

—¿Y me puedes decir por qué?

—Es sencillo, en este lugar yo he hecho tanto mal que debía de reponer todo lo horrible de mi comportamiento. Sé que dispongo de dinero, de mucho dinero, y está claro que aquí eso es necesario. Por lo tanto como herramienta me servirá para reparar todo el entuerto el cual yo haya consumado. ¿No lo crees tú así?

—Nunca estuve más de acuerdo. Pero figúrate por un instante que alguien se ha quitado la vida por algo que tú le hayas hecho, ya sea directa o indirectamente. ¿Qué es lo que entonces podrías hacer para redimirte?

—No lo sé… pues una vida no tiene precio, es única e intransferible. Lo único que me quedara por hacer es pedir mil perdones a la familia, y ocuparme de inmediato de que nunca les faltase de nada de aquello que yo les pudiese proporcionar.

—¡Ay amigo mío!, en ti todavía el espíritu capitalista tiene vaga existencia, pues aún te crees que todo lo puedes comprar.

—Yo no he dicho eso en ningún momento, ni nada que se le parezca.

—Sé que no has expresado eso con palabras, así mismo también sé que no has proclamado algo tan sencillo como pedir perdón humildemente y de todo corazón, eso ayudaría a veces más que cualquier remuneración.

»Pero también nos percatamos de que en esta existencia el vil metal ayuda, y es por supuesto que el difunto descansaría mucho mejor al saber que su familia puede participar de una existencia plenamente ventajosa.

—Gracias, mi buen Lut, pero por ahora vamos a dejarlo, pues tengo muchas ganas de leer si me lo permites, ¿te parece bien?

—¿Y qué o a quién represento yo para decirte que lo realices o que no lo ejecutes?

En ese instante lo miré y le dije:

—Para mí representas el mejor de los amigos que tengo. ¿No lo entiendes tú así?

Lut me miró y sin más contestó:

—Gracias por tenerme en tan alta consideración, en tu mejor amigo.

Y en ese momento se me escapó:

—Sí, quizás algo más que amigos…

Y él marcando en su rostro las muchas dudas que le surgían, me lanzó una fuerte mirada, pero nada dijo, cosa que mucho me extrañó:

Nada más expusimos por el momento, en ese instante me dispuse a leer, pero en ese momento me pude dar cuenta de mi gran problema. ¿Cómo iba a manejar las páginas de ese libro? En ese intervalo de tiempo en el que mi discurrir lento nada podía sacar. Él me dijo:

—Dime una cosa, ¿las puntas de tus dedos las puedes mover ya?

—Sí, así es, ellas como quien dice han cobrado vida ya; pero eso de nada me vale.

Él sin decir palabra se acercó a mi cama y me enseñó cómo debía de hacerlo.

Me puso el libro entre las piernas y mi mano en el lugar en el que podía con mi dedo tocar la punta de las páginas. De esta manera en cuanto la levantaba un poco soplaba, de esta dulce manera el aire acababa el trabajo por mí. Cuando se terminaba de pasar al otro lado con la mano contraria la sujetaba.

Agradecí mucho la explicación de mi amigo, él se desplazó de nuevo a su cama y yo me puse manos a la obra, lo que creí oportuno en comenzar a leer fue la historia del hombre.

El libro comenzaba con una demostración de Darwin sobre la evolución de las especies, esta se basaba en el pico de algunas aves y su evolución, comprobó como su pico cambiaba según su alimentación.

Proseguía con la evolución del hombre, el cual aunque mucho hubiese cambiado, hay cosas en el que siguen siendo íntegramente semejantes, pues para conseguir aquello que desean siempre se ha basado en lo mismo, en la violencia, desde que el más fuerte y bruto mandaba sobre el resto.

Y tener que leer esto después de haber retornado del lugar en el que yo he estado viviendo totalmente en paz un largo tiempo… os podéis imaginar lo que yo podría considerar de esta raza llamada humana. Y así

enfrascado en mis pensamientos y en la lectura llegó la hora de la cena. En esos instantes ya comenzaba a leer algo sobre la Roma Imperial, era horrible lo que esos emperadores infringían y acosaban a ese pueblo, pero ¿qué hacer?, esa era la historia de los componentes de esta raza.

Al momento por la puerta apareció esa enfermera con sus impactantes ojos verdes, los cuales me recordaban tanto a mi virgen vestal, su cara o más bien toda ella me la evocaba. ¡Ah, qué bien me hacía sentir!

Ella con su sonrisa casi perpetua le dijo a Lut:

—Hola, ¿cómo se encuentra mi repudiado paciente?

No sé, pero estás faltando a tu palabra de dejarnos, pues a decir verdad cada día te encuentro mucho mejor color. A ver si me sorprendes y esta noche te lo comes todo.

En ese momento Lut se sonrió y, extraño en él, sus mejillas adquirieron el color sonrosado de la persona que se encuentra ante una extraña timidez. ¿Quién lo podría concebir de nuestro amigo Lut?

Acto seguido se acercó a mí ese ser magistral e inimitable, olía tan bien que toda ella me parecía una fragancia. Algo quería decirle, pero nada salía por mi boca. Ella era tan flamante que hacía que tuviese mucho más presente el recuerdo de mi virgen vestal.

Era tan puro lo que yo podía advertir que si hubiese tenido la oportunidad de hacer algo con ella, su incorruptibilidad no me lo permitiría.

Entonces ella habló con una pregunta que a mis oídos se volvía una insinuación.

—Dime hermoso mío, ¿qué nuevas te han dado? Traes revolucionado a medio hospital, y tan solo con tu caso.

Por fin pude hablar y le contesté como pude:

—Sí, algo me han dicho.

¡Qué vagas palabras salieron de mi boca!, tantas cosas me gustaría expresar, y solo esos humildes y pobres sonidos exhalé.

—¿Es cierto entonces lo que dicen que nos vas a abandonar?

—¿Y por qué haría yo algo así?

—Está muy claro, tu puedes pagarte algo mucho mejor que este humilde hospital.

—Pero yo me encuentro muy bien aquí. No sé por qué razón debería de irme a otro lugar.

En el momento en que justamente acababa la frase se escuchó como llamaban a la puerta. Acto seguido la enfermera se levantó y abrió.

—¿Quién es usted? ¡No puede estar aquí, esta es una zona reservada!

—Sí, eso lo sé; pero mi cliente se encuentra ahí dentro, o eso creo.

—Está bien, pase un momento.

En ese instante pude distinguir algo, contemplé a un ser muy trajeado, el cual se dirigía hacia el lugar en el que yo me hallaba. Un momento después ya se encontraba a mi lado. Sin aguardarlo ni advertirlo me dio un gran abrazo, y creo que todo hay que decirlo, este lo noté bastante frió.

—Estás vivo, ¡¿quién podría decirlo?!, aunque yo muy en el fondo estaba seguro de que no podía ser de otra manera.

—Perdón es seguro que yo también llegaré a alegrarme, pero dígame ¿quién es usted?

En ese momento y cómo si tuviese dos resortes, se puso muy recto y me dijo.

—Perdóneme señor, el médico ya me había hablado de su muy lamentable estado de memoria, es casi seguro que ahora casi no recuerda nada, y sin duda alguna su prodigioso cerebro en blanco se halla.

—Bueno, todo hay que decirlo, este médico es un tanto exagerado.

Intervino Lut al momento.

—Perdón, ¿quién es usted y quién le ha dado permiso para que intervenga en una conversación privada? No, no me conteste pues es del todo inútil lo que sus palabras puedan expresar. Pues es su lamentable estado el que ya me ha contestado, mucho antes de que usted pudiera prepararse para poderlo hacer. ¡Ah, ya se le ve, y lo que se ve no se puede esconder!

Y mientras esto decía una mueca despectiva se produjo en su rostro.

Acto seguido explosionó en mi interior una violencia que no pude reprimir y así sin poderlo evitar exhalé lo siguiente:

—Este hombre que aquí ves es de momento mi mejor amigo, y

lo que es a ti, nunca en mi vida te había visto, o lo que es igual: no te conozco. O sea, que si usted no puede mejorar sus modales debe de abandonar la habitación de inmediato.

Él en un primer momento se quedó atónito y sin palabras; pero acto seguido se disculpó amablemente y me dijo:

—Si no le parece mal voy a comenzar con mi trabajo, que en realidad a eso he venido. Yo soy su abogado, o más bien uno de ellos, por lo tanto debe de saber usted que yo vengo en representación de todos ellos, o sea, del gabinete al cual represento. Él está compuesto de más de doscientos letrados, y son todos suyos.

—¿Qué son míos, los abogados?

—Perdón, me he expresado incorrectamente, lo que quería decir es que todos trabajan para usted.

—Está bien, y ya que tantos abogados tengo quiero…

En ese momento me distrajo un clip que se había producido al abrir el maletín que este ser traía consigo. Él sacó una libreta y muy presuroso dispuso a escribir en ella.

—¿Me puede decir qué es lo que está haciendo?

—Tomo notas de todo lo que usted me dice, así no olvidaré nada en absoluto.

—Pues bien, lo que primero deseo es que informe a mi madre y mi hermana, y si pudiese ser que ellas vengan a verme.

En ese instante él levantó la vista con cara de asombro.

—¿Qué es lo que te ocurre ahora?

—Pues si usted me permite... Debo de expresarle que entre ustedes no mantienen ningún tipo de relación, ni siquiera se hablan desde hace ya bastante tiempo.

—Pues ya va siendo hora de ir cambiando eso. ¿No lo crees así? Y si fuese posible quisiese saber quién fue el que me ha hecho esto. En el momento en el que sepan quién es no quiero que le hagan nada, tan solo deben de avisarme. De momento es suficiente, oh, se me olvida algo, a dígale al médico que Lut y yo necesitamos un gran ventanal, lo que trato de decirte es que necesitamos otro habitáculo en mejores condiciones. ¿De acuerdo?

—Así se hará, por supuesto. ¿Desea algo más?

—No, muchas gracias por desplazarse hasta aquí.

Al acabar de pronunciar esas palabras, la cara que a este hombre se le había puesto era para enmarcarla realmente, pues su rostro era una mueca de total asombro.

—¿Pero por qué pone usted esa cara?

—La absoluta realidad es que no estoy nada acostumbrado al trato recibido en el día de hoy.

—Entonces es mi deseo que me haga un escrito con la forma de proceder que antes utilizaba ante todos los individuos que para mi trabajaban, y otra con todos los individuos a los que yo haya dañado de una u otra forma, y una tercera con toda la gente con la cual yo alternaba.

—Me temo señor que la segunda lista va a ser muy larga, demasiado, me atrevería a decir.

—¿Pero no sois doscientos?

—Así es señor.

—Pues entonces venga, hombre, que no ha de ser para tanto.

Pero ese hombre seguía asombrado pues no se acababa de acostumbrar al trato que yo le daba, a cada poco se quedaba con aquella expresión que tanto me hacía reír.

Él se despidió al momento y salió muy precipitado por la puerta, en ese intervalo entró de nuevo mi enfermera, la cual venía a darme de cenar.

Una vez la cena se hubo terminado y ya retiradas las bandejas, la enfermera se ausentó, Lut me dijo:

—¿Quién es tu madre y esa hermana de la cual has hecho antes mención?

—¿Qué decirte mi querido amigo, tan solo muy poco es lo que me han contado. Como no lo sé, tan solo puedo decirte que tengo una hermana.

—¿Puedo saber qué es lo que me estás ocultando?

—Veo que eres inquisitivo y poco es lo que puedo no decir, así que a su debido tiempo lo sabrás, pero mira, mi querido amigo, ¿cuántos años tienes?, ¿me puedes contestar si no es mucha molestia?

—Pues aunque te parezca mentira tengo sesenta y tres. ¿Por qué esta pregunta ahora?

—Eso es lo mismo, mañana todas estas dudas te serán aclaradas.

En ese instante entró el médico por la puerta y comentó:

—Mañana mismo les cambiaremos de habitación. ¿Necesita algo más? Si lo necesitara ya conoce el botón, que en tal caso sea Lut el que lo apriete por usted. ¡Ah Lut, qué suerte has tenido en tu final bribón!

Y así como apareció desapareció.

En ese preciso momento bajo el umbral de la puerta hizo acto de presencia una hermosa joven.

—Hola, muy buenas.

—Hola —contesté seguidamente y rápido pregunté—. ¿Me podría decir si es tan amble quién es usted?

Pero Lut, más raudo que el propio pensamiento contestó:

—Esta señorita es de la prensa.

—Sí, así es, veo que usted tiene una gran agudeza. Pues sí mi trabajo es la prensa y aquí estoy para poder conseguir si usted me lo permite una entrevista, tan solo quisiera preguntarle unas pocas cosas. ¿Me da usted su permiso para hacerle un reportaje?

En ese instante el médico seguido de un enfermero entraron desencajados a la habitación.

—¡¿Qué, qué está usted haciendo aquí?!

Sin previo aviso se puso a vociferar llamando por los de seguridad, y al momento dos grandes hombres aparecieron. ·Estos vestían un uniforme idéntico, debo decir que su aspecto imponía.

Cogieron aquella insignificante mujercilla pues esto es lo que parecía en manos de aquellos dos hombres, la asieron con fuerza uno por cada brazo y le dijeron sin demasiada educación:

—Acompáñenos sin oponer resistencia será mejor para usted.

A lo que esta bella mujer contesto:

—Bueno, bueno, tranquilos que así lo haré.

Y sin que nadie se diera de cuenta ella sacó una tarjeta no sé de dónde y la echó encima de mi cama.

—Debe de perdonar señor, pero cada vez hay más periodistas ahí abajo.

—¿Pero por qué vienen estas personas?

—Es sencillo, es usted hoy la gran noticia, se trata que usted es una influyente persona, y por si fuese poco tiene una gran historia que contar, ya que lleva desaparecido cinco años para todo el mundo.

Yo lo miré y en realidad nada de eso tenía importancia para mí, así que le pregunté lo que sí me interesaba.

—Pues ¿qué se le va hacer? Cambiando de tema, ¿ah descubierto algo más?

—Sí, así es.

—¡¿A qué está esperando?, dígame lo que sabe!

—No creo que este sea el mejor momento para esto, pero si así lo desea…

Hemos descubierto que su hermana fue la principal sospechosa, pero tan solo lo creyeron en un primer momento. La imputación vino por ser ella media revolucionaria, ya sabes, de esas verdes feministas que ni se afeitan el sobaco. Pensaron que como usted era todo lo contrario y no se llevaban bien, expeditivos la culparon de su desaparición, la metieron cinco meses en prisión sin haber hecho nada. Como no existían pruebas ni cadáver ni pista alguna que la inculpase, tuvieron que absolverla al final y dejarla en libertad.

Bajé mi cabeza derrotado por esta noticia y exclamé:

—Pero qué horrible he podido ser que hasta estando medio muerto le causo dolor a las personas, sobre todo a alguien tan allegado a mí.

A lo que el médico casi me interrumpió esta, digamos, meditación.

—A todo esto mañana su hermana se presentara aquí. También tiene usted una sobrina, o eso creo, aunque no estoy seguro del todo. Porque en un principio fue inscrita con los apellidos de sus padres, pero más tarde ella se los cambió, y se puso los apellidos que usted también lleva, a lo que pensé que puede ser su hija, no lo sé.

»Pero la historia no acaba aquí pues a ella en un principio fue inscrita con los apellidos de sus abuelos y más tarde la madre se los cambió.

Yo miraba a Lut de reojo, el pobre, cada vez que el médico avanzaba en su relato en su cara la fisonomía le iba cambiando.

—Está bien, dejemos ya el tema, ¿me podría decir quién es el que ha avisado a la prensa?

—En realidad a los buitres no les hace falta que nadie les avise a la hora de la comida, ellos saben olerla a kilómetros.

»Hoy en día tenemos la gran opción de la información y existe algo que se llama Internet, como yo he debido de entrar a pedir información sobre usted… ¿Se acuerda dónde le he enseñado su foto?

—¡Ah sí en esa especie de televisión!

—Más o menos, pues bien, ellos al saber que yo pido información sobre usted suponen que ahí se debe de estar gestando una noticia. Y en ese momento comienza un seguimiento y buscan y rebuscan, hasta que logran que de su bolígrafo salga la noticia que más tarde recorrerá todos los medios informativos.

—¿Quiere decir usted qué?

Él, sin inmutarse, se dio la vuelta y encendió el aparato de televisión que tenía justo a su espalda. En él estaban dando el noticiero, a un lado de la pantalla se podía ver mi foto a cara completa, y hablaban de cosas de mi vida que por supuesto yo no sabía, en ese momento decían:

El gran financiero ha salido de la terrible oscuridad, y se encuentra de nuevo entre nosotros.

Y al momento volvían a enseñar la foto con mi nombre, y al margen el nombre del hospital en el que me encontraba.

Esto me asustó un poco, así que le pedí al médico:

—Por favor, debo de requerirle que de momento no dejen que me molesten.

—Bien, así será, y si puedo por la mañana ya se hallaran en la otra habitación. Así, en el caso de que lograsen entrar ya no sabrían en qué parte del hospital se encuentra.

—Bien, se lo agradezco mucho, de verdad.

—Si les molestan o si algo necesitan ya saben.

—Sí, sí, el botoncito.

En el momento en que él ya había abandonado nuestra habitación le dije a Lut:

—Fuiste tú el que avisó apretando el botón, ¿no es así?

—Por supuesto, pues yo conozco a estos seres, que como auténticos buitres siempre se hallan tras la carroña, y una vez obtenido lo que pretenden lo despedazan hasta dejarlo totalmente descuartizado y completamente inútil.

—Hombre, gracias por el piropo, pero de momento no huelo a muerto.

—No lo tomes a mal, tan solo se trata de una alegoría un poco rebuscada; pero nada más, la utilizo así para que entiendas bien a lo que me refiero. Has de saber que esta gente se alimenta casi siempre de las desgracias de los demás. Pero ya está bien de hablar de esa morralla. Tengo algo que preguntarte.

—Si puedo satisfacer alguna duda aquí me tienes, y como sabes no me puedo marchar.

En ese momento sonreí por aquello que acababa de exponer.

—Creo que ya lo imaginas, explícame la conversación que acabas de tener con tu medico sobre esa familia tuya. ¿Es lo que me estoy imaginando?

—Bueno, mi buen amigo, tú ya sabes que muchas veces la imaginación nos puede trasladar en numerosas ocasiones a caminos ilusorios para la mayoría de los seres humanos. Pero en tu caso te he dicho que la realidad se produciría mañana, hasta entonces debes de esperar. Pero una cosa debo de recomendarte, si puedes tomate el doble de esos calmantes; pues no sería agradable que partieses ahora. ¿De acuerdo?

—Está bien, si así me lo pides así se hará.

—Explícame Lut, ¿la dejadez con la que tú te has planteado tu vida tiene mucho que ver con lo ocurrido en Francia?

—Así es. Yo nunca más me he podido enamorar. No sé si es un error enamorarse a tan temprana edad; pues de ese modo permanecerás marcado de por vida, sin tan siquiera saberlo has manipulado por siempre tu existencia. O puede que ese haya sido el amor de toda mi…

»La única verdad es que el amor no se puede comprar ni vender,

y tampoco se debe de buscar; pues él aparecerá, dentro de tu esencia nacerá con la fuerza más extraordinaria que puedas nunca imaginar. No importa que el ser amado se encuentre lejos o cercano. Tengo la imperturbable convicción de que es como si te hubiesen cultivado una semillita en nuestro interior, y lo quieras o no la planta progresa y sigue por su trayecto, hasta que por fin logra aflorar. Pero el gran problema son las espinas que a esa flor le crecen también, esas espinas se te clavan en tu interior cada vez que el ser amado no se halla cerca de ti, o cuando una disputa os separa momentáneamente. Pero si la punzada es breve la sangre riega la planta, la cual se hace más fuerte y florece mucho más hermosa. Pero en el momento en que la distancia dura mucho tiempo y es casi continua, las paredes son destrozadas poco a poco por esas puntiagudas espinas. Día a día el amor que crece en ese castigado corazón, en vez de ser un beneficio para el que lo porta se va convirtiendo en maldad y puro padecimiento, y vas cristianizando tu ser en uno de los individuos más desgraciados que pueda haber. Te hallas en una especie de sin vivir continuo, quiero decir que en vez de vivir plenamente y disfrutar de la vida, lo único que haces es destrozar tu existencia y con ella la de todos aquellos que se allegan para ayudarte altruistamente. Les haces mucho daño aunque no seas consciente de ello, pues en ti tu ser los aleja para que tu sufrir tan solo sea tuyo.

En ese instante bajó la cabeza como si hubiese quedado sin vida y ya no pudo seguir hablando.

Yo era consciente de que él estaba llorando amargamente, y quería poder extirparle ese dolor que por dentro se lo había consumido ya casi todo; pero sabía indudablemente que aunque poco, algo de amor ahí quedaba. En ese momento me dispuse a decirle:

—Sí, pero todo puede ser asequible, pues ha sido viable que en un lugar como este te hayas encontrado a alguien como yo.

Y así con una amarga mirada de dolor se levantó y presuroso vino a darme un dulce abrazo, que lo cierto es que los dos necesitábamos.

Los dos unidos en ese abrazo quedamos callados. Después de un tiempo indefinido nos separamos y le comenté:

—¿Ves mi querido?, esto también es amor.

Él, con una extraña mirada en el rostro, me sonrió y me dijo:

—Y quizás uno de los más puros que yo haya podido sentir en toda mi existencia.

—Anda, anda no seas tan mentiroso.

—Te he dicho uno de los más completos; pero no el más completo.

Y de repente nos miramos y sin previo aviso salieron de nuestro interior miles de armoniosas carcajadas que todo lo inundaban con un ambiente de felicidad.

Y así entre risas y llanto este día murió, él nada tenía que ver con aquel que por llegar estaba.

Y ese día llegó y la enfermera nos despertó de mañana.

—Arriba que aquí está el delicioso desayuno que es lo mejor para empezar un nuevo día con mucha energía y esperanza. Ya ha pasado el tiempo y a eso de media mañana llega el traslado a otra habitación.

En el momento en que todo estaba dispuesto a mí me llegó una imagen que no me gustó y pregunté:

—Me preocupa una cosa.

El médico que estaba en una esquina respondió:

—Tú medirás de qué se trata.

—¿No habréis desalojado a nadie de ella?

—No, en realidad son muy pocos los que a esa habitación pueden alcanzar a gozar.

—Si así es estoy completamente de acuerdo.

—¿Sabes que más de la mitad del hospital esta revolucionado por tu culpa?

—¿Es por aquello que me han explicado?

—Lo que yo sé es que despiertas después de cinco largos años, que eso de por sí ya es noticia, y encima descubrimos que eres multimillonario, ¿te parece poco?

—Si por eso se os está causando molestias lo siento de todo corazón.

—No, si a decir verdad todo este trajín a mí me gusta.

Esta más o menos era la insulsa conversación que manteníamos

mientras me suministraba el desayuno. En la otra parte Lut no decía ni una sola palabra, más bien parecía hallarse ausente, en realidad daba la impresión de que era él quien lleva años aguardando algo, y de un momento a otro aquello que esperaba iba a verse consumado.

En ese mismo momento la enfermera reparó en el extraño silencio que en la habitación había, miró a Lut y preguntó:

—¿Qué es lo que te ocurre, mi buen Lut, tu insaciable palabra hoy ausente de tus labios se halla?

Daba la sensación de que esa enfermera me había leído el pensamiento.

Y él al momento contestó:

—Si me comprometo decir la verdad, tengo la firme impresión de que mi mente se prepara para algo muy grande.

Sin poderlo remediar a mí me salió una risotada. Y acto seguido pregunté a la enfermera:

—¿Se sabe algo de mi familia?

—Pues ahora que lo mencionas, en la entrada está una dama esperando, no la he dejado pasar hasta que se encontraran ustedes aseados y en condiciones.

—Si eres tan amable, ¿puedes sentarme en la silla y conducirme al lugar en el que ella se encuentra?

Ella primero me miró como extrañada, pues creo que pensaba en que la visita entrase en la habitación; pero al momento consumó mi deseo.

—Ahora, por favor, lléveme al lugar en el que se encuentra; pues quiero verla fuera de este lugar.

En ese instante miré a mi compañero, el cual con el rostro caria-contecido nada dijo pero todo lo expresaba. La enfermera siguiendo mis órdenes, me desplazó por el pasillo, giramos a la derecha y así desde una distancia prudencial pude verla.

Era un ser especial, su rostro implicaba un carácter muy fuerte, ambos teníamos un gran parecido físico. Algo de Lut se dejaba entrever en ella también, y cuanto más la observaba más se podía confirmar esa semejanza. Lo que no sé explicar es lo siguiente.

Aunque ella se encontrase ente miles de personas y yo con la memoria totalmente destrozada, mi corazón la hubiese reconocido en el acto.

Ella en ese momento se giró y sus grandes ojos se abrieron de par en par, así comprobé ese color de miel que me observa. No sabía en realidad cómo debía de reaccionar, hasta que dije:

—Por favor, abrázame porque yo no puedo hacerlo, siento como mi corazón grita por el amor de esa hermana que tiene el mismo corazón que yo. Él pretende que tú me quieras a mí como yo te quiero a ti.

Ella avanzó rauda hacia mí y me dio el abrazo más extraordinario que yo haya sentido en mis carnes hasta ese momento, esto hizo que el llanto estallase en los dos. Nada podíamos decirnos en un primer momento, tan solo el separarnos un poco para contemplarnos y volver a unirnos en ese caluroso abrazo.

Yo rompí ese instante y el sonido de mis entrecortadas palabras salió.

—Te quiero y te siento muy dentro de mí, y sé que siempre he tenido la necesidad de decírtelo.

—¿Y por qué no lo has hecho más a menudo?, pues aunque nuestras diferencias tengamos y nuestras discusiones nos lleven a enfrentamientos, eres mi hermano y como tal eres uno de los seres a los que más quiero.

—Sí, mi amor, yo así lo siento, pues profeso un cariño reprimido durante tanto tiempo, que cuando ahora lo has liberado se ha expandido por todo mi interior. Pero debo de pedirte un gran favor, debes de contármelo todo o casi todo, pues mi cabeza ha perdido por complemento aquello que albergaba en su interior y nada recuerdo de mi vida en este lugar.

—Sí, ya lo sé, he hablado con el médico y me ha puesto al corriente.

Ocurrió que en ese momento una esbelta chiquilla corría por el pasillo hacia nosotros, y tan solo se le oía decir.

—Tío, tío, tío.

En el momento en que llegó a nuestra altura se abrazo a mí y más

de mil besos me dio, y desde ese momento, como quien dice, nuestra separación nunca más se pudo producir, pues muy fuertes lazos nos unían. Era muy bella y tenía cierto parecido con Lut, pues sus ojos eran completamente iguales, es normal eran los de su madre también.

—¿Y mamá no ha querido venir?

—Más bien no ha podido, pues en el momento en que supo de ti, tan solo se pudo sentar y en esa posición permaneció un largo tiempo, lo que a ella le hacía estar activa ya se había ido, y ahora una vez relajada daba la impresión de que todos los achaques de la edad se le hubiesen unificado en un instante. Ella no se encuentra nada bien.

—Verdaderamente lo siento de todo corazón, pero si mis fuerzas me aguantan y puede mi cuerpo llegar hasta donde ella se encuentra, iré a verla. Y si no puedo pronto nos veremos aunque sea en otro lugar.

»Pero ahora debéis de acompañarme las dos a mi habitación.

—Es cierto, ¿por qué nos has recibido en medio del pasillo?

—Porque creo tener una muy grata sorpresa en mi habitación, pero eso ya se verá.

Y así al momento llegamos a la habitación y mi hermana, que delante de mí caminaba, me abrió la puerta. A mi espalda mi sobrina empujaba la silla, cualquiera se lo negaba; ya era mi cuidadora oficial. Pero ese es otro asuntillo.

Y así entramos. Mi cama estaba ya hecha, y entre las dos me introdujeron en esta y me arroparon. En el momento en que mi hermana se disponía a hablar le dije:

—Por favor, espera un pequeño instante.

Y en el subsiguiente segundo dije:

—Lut, por favor, corre ese biombo y sal para que podamos verte.

Así sin poner ninguna traba y, lo más sorprendente, sin decir nada lo hizo al momento. En ese mismo instante en el cual ya todos nos hallábamos a la vista se produjo un silencio, el cual no podría clasificarlo como corto o largo, pues ese es un espacio de tiempo sin tiempo, en el se disipa todo dominio del mismo y no se puede catalogar su duración. Mi hermana quedó con sus ojos clavados en Lut, a su vez él los mantenía más insondables en el interior de ella.

Pero el momento se interrumpió de repente, pues fue mi sobrina la que preguntó:

—¿Alguien me puede decir lo que está ocurriendo aquí? Dime qué es lo que pasa mamá.

—No estoy segura mi amor, espera un momentito.

Y sin nadie evitarlo el profundo espacio que el silencio ocupaba lo volvió a conquistar todo.

Lut, que se había quedado sentado en la cama, se levantó y se dirigió hacia mi hermana.

—¿Eres ciertamente tú?

Y ella lo miraba profundamente.

—Ya no estoy segura de nada.

En ese momento él le comentó el nombre del pueblo, y de su madre.

Ella comenzó a temblar y sus lágrimas corrieron sin poderse frenar, aunque no creo que quisiera en ningún momento hacerlo, su cuerpo calló al sillón que en su espalda se hallaba.

En ese momento su hija, mucho más preocupada, volvió a insistir.

—Mamá, por favor, dime qué es lo que está ocurriendo. Estoy empezando asustarme.

—Espera mi amor… ¿Ciertamente eres tú?

—Por supuesto, mira esa horrible separación a dónde me ha llevado y en lo que ha hecho que me convirtiese.

Las lágrimas corrían por sus mejillas con la misma constancia que la sangre debe de circular por las venas.

—Tan solo a tu madre he podido amar, tan solo de ella me he podido enamorar y por supuesto que todavía mi amor es suyo, de nadie más.

Ella tenía un prolongado llanto, daba la impresión de ser esa niña indefensa que saliendo de una pesadilla sollozando es incapaz de parar, sabiendo que ahora la pesadilla quedó atrás.

Y en ese trágico momento él la miró profundamente y le dijo:

—Por favor, antes de morir una sola cosa quiero, esa no es otra que pedirte con todo mi corazón que me perdones. Sé que quizás no lo

merezca, sé que hubo momentos para poderlo pedir, pero es ahora es este instante, si lo merezco o no solo tú lo debes de juzgar.

—No tengo que perdonarte nada, pues ambos sabemos la verdad y tú nada has hecho. Mamá me lo contó todo.

El pobre Lut temblaba de pies a cabeza, y en su cara de asombro decía que no podía creer lo que le estaba ocurriendo. Sus lágrimas no dejaban de manar. Tenía delante a un hombre verdaderamente feliz.

En ese instante ella sin decir palabra alguna se levantó del sillón en el cual estaba apegada, ese esfuerzo casi podría decirse que era sobrehumano, pues todas sus articulaciones parecían no querer obedecer. Una vez frente a él se paró, lo miro y al momento se integro en sus brazos profiriéndole el más tierno de los abrazos. Acto seguido le comenzó a dar besos, por supuesto como tan solo una hija puede besar a su padre. En ese instante Lut y mi hermana se convirtieron en las dos personas más felices sobre la faz de la Tierra, al pasar un pequeño gran período, Lut la miró y dijo:

—Quisiera saber quién es ella.

—Es tu nieta, ¿ves?, de repente te has convertido en padre y abuelito.

En ese instante Lut no sabía cómo podía reaccionar, parecía mentira, se quedó sin palabras, y solo surgió una pregunta:

—¿Sabe lo ocurrido, se lo has contado?

—Por supuesto, no podía ser de otra manera.

Y Lut se quedó mirándola, ladeó tiernamente su cabeza sin dejar de mirarla. ¿Qué es lo que le debo de decir? Se preguntaba de nuevo.

—Mira Lut, o padre, como bien lo prefieras, ella debía, o más bien tenía todo el derecho de poder saberlo todo.

Y en ese momento esa flor, que hasta ese segundo casi había pasado desapercibida y ahora era el centro de atención, se dispuso a derramar las lágrimas que tan difíciles resultan de guardar en un momento así.

Y mi hermana le dijo:

—Mira nena, este que tienes delante es tu abuelo, aquel que siempre te he dicho que había desaparecido. Él es mi padre tan necesitado, y ahora está aquí.

Ella tuvo una inesperada reacción, echó a correr en dirección a Lut y se abalanzó sobre su cuerpo, lo abrazó y solo dijo:

—Lo siento abuelo, de verdad que lo siento.

Y los tres se unieron en una piña de amor.

Pero lo más curioso del momento es cómo me sentía yo, en esa circunstancia la plenitud de amor y felicidad que sentía era la mayor que había experimentado en esta parte de mi vida.

Está claro claro que los momentos como estos son los que te ayudan a soportar la mayoría de los trastornos que en esta existencia te puedes hallar.

En ese segundo decidí interrumpirles.

—¿Qué, me podíais dar un beso a mi también?

Los tres a lo unísono reaccionaron y me acogieron entre sus brazos dándome miles de besos.

La puerta se abrió en ese instante y apareció la enfermera.

—¿Alguien podría decirme qué es lo que está ocurriendo aquí?

Al momento entre el sollozo típico de estas circunstancias dije:

—No, nada de interés, me parece que tengo que ir al fisio, ¿no es así?

Realmente que gran esfuerzo es el poder decir esas palabras en un momento como el que estaba trascurriendo en este mínimo intervalo de tiempo, pues las lágrimas corrían todavía a cientos por mi rostro.

La enfermera con esa cara de asombro me observo y dijo:

—¿Cómo me puedes decir «nada de interés»? Pues esa es tu familia si no me equivoco, y ella de lejos ha venido para verte. Aunque contemplando esta situación realmente no sé de quién es la familia.

—Eso es algo muy largo de contar, y lo primero es la salud, ¿no lo crees así? Y lo que a vosotros os toca… tendréis muchísimo que contaros así que…

La enfermera ayudada por mi hermana me puso en esa tediosa silla y nos dirigimos al ascensor.

—¿Podrías decirme ahora qué es lo que ahí dentro ocurría? Pues no logro entender que ella, siendo tu hermana, se hallase unida a Lut en un fuerte abrazo.

—Ella es su hija, la madre de ella es la novia perdida de nuestro amigo, con la cual vivió su único idilio amoroso, aquella que con el tiempo abrasó su vida y su corazón durante su horrible existencia.

—Eres un ser asombroso, has hecho en unos días más por él que el resto de seres que hayan pasado por su existencia.

—No lo sé, pero me estoy comenzando a cansar de esa palabra que últimamente tanto escucho.

En ese momento la puerta se abrió y seguimos por el pasillo, a unos metros el fisio me esperaba, he de decir que él me caía bastante bien.

En cuanto giró su cabeza y me vio dijo:

—Por fin, ya ha llegado el gran invitado de la casa.

Yo tan solo le eché una mirada de soslayo y le sonreí. Al momento comenzamos con los acostumbrados ejercicios, una vez acabada mi sesión pude ver que el médico me esperaba.

—Hola, buenas. Todo bien, supongo.

Lo miré y ¿para qué decir más de lo conveniente?:

—Sí, sin novedades.

—Pues si no le causa molestia le voy a conducir a su nueva habitación.

Esta se hallaba en el tercer piso. Así ascendimos en el ascensor, el cual seguía, digamos, despertando sensaciones en mi interior. En el momento en que las puertas del elevador se abrieron, una grata sorpresa se abrió ante mis ojos; pues pude comprobar que este lugar nada tenía que ver con el resto del edificio, ya que tan solo el pasillo se hallaba repleto de agradables plantas y cuadros con pinturas que representaban fielmente bellos paisajes de distintas zonas del mundo.

Mi silla se paró frente a una habitación de grandes puertas, las abrió de par en par, allí se podía ver una gran cama, y a la derecha un ventanal enorme se hallaba, un poco a la izquierda se encontraba una cama un poco más pequeña, yo pregunte por la diferencia, a lo que se me contestó que era debido a mi invalidez. La televisión era mayor y al lado de mi cama había una pequeña biblioteca.

Observé los libros y no pude más que preguntar:

—¿Cómo esta biblioteca está también en este lugar?

—Realmente no se suele tener algo así, pero yo he pensado que a usted le gustaría, como en mi despacho me ha preguntado por mis libros, ahí tiene de todo un poco.

—¿Y qué es lo que ocurre que Lut no está disfrutando ya de este hermoso lugar?

—Es que en realidad…

—¿Qué es lo que ocurre, le ha pasado algo?

—Con sinceridad debo decir que sí. Él con tanta sorpresa y emociones se ha puesto bastante peor, su situación se ha vuelto crítica, y hemos tenido que bajarlo a cuidados intensivos.

—No puede ser, ahora no. ¿Me hace el favor de bajarme a allí?

—No es eso lo que yo le prescribiría, pero si es usted el que me lo pide…

—Por supuesto que se lo estoy pidiendo.

En ese momento salimos de esa mi nueva habitación y nos dirigimos a ese lugar que llamaban de esa extraña manera, por todo el camino no dejaba de maldecirme.

—¿Por qué cada vez que quiero hacer algo bien acabo metiendo la pata y dañando a quienes me rodean?

—No diga eso usted, pues tengo la completa seguridad de que nunca nadie había hecho tanto por Lut como ha hecho usted en tan poco tiempo.

—Sí, sí, pero el resultado de mis acciones a la vista está.

—Claro que se encuentra a la vista; pero todos sabíamos que ese hombre desde que ha entrado en este lugar lo que tan solo quería era morirse. Desde que aquí se hallaba nadie, y repito nadie, lo había visto ni tan siquiera sonreír. La diferencia está en que desde que usted ha llegado no ha dejado de hacerlo, y aunque fuese tan solo por eso, ya ha merecido la pena que ustedes se hayan conocido. Ya estamos llegando.

Mi hermana y mi sobrina se encontraban en aquel lugar en el cual solo se respiraba desasosiego. En cuanto me vieron se dirigieron a toda prisa a mi encuentro.

—Decidme qué es lo que le ha sobrevenido a nuestro viejo luchador.

Mi hermana al momento comenzó a relatar lo sucedido:

—Pues a decir verdad no lo comprendemos, lo único que puedo explicar es: En el momento que nos contábamos la transición de nuestras vidas por esta existencia y lo que ella ha hecho de nosotros, él sin previo aviso se abrazó espontáneamente a mí, en ese preciso instante comprobé cómo comenzó a sangrar por la boca. Por supuesto, yo me asusté mucho y dejándome llevar por ese momento de histeria comencé a gritar. Mis chillidos fueron oídos por las enfermeras, que acudieron enseguida. Entre balbuceos sangrantes se le podía llegar a interpretar lo siguiente: «¡Por favor, ahora no, ahora no! No quiero tener que separarme más de mi familia».

En el preciso momento en que ella esto me decía me miró y se cayó. Pero yo no podía dejar que ella guardase algo en su interior así que le pregunté:

—¿Pero dónde está?

En ese instante ella se echó a llorar, yo la abracé, y así me señaló la cristalera.

Al momento me separé de mi hermana y me dirigí, o me dirigieron, a esa cristalera.

En el segundo siguiente ya me hallaba enfrente a ese cristal, la profunda aflicción casi me arranca el corazón, pues aquella era una imagen horrible.

Aquella era tan solo una dantesca reproducción de un hombre, pues lo único que se podía alcanzar a ver eran tubos y cables por todo ese enjuto cuerpecillo. Ese se hallaba acentuadamente escuálido, su consumido brazo padecía la agresión de una aguja clavada, de la cual un tubito surgía por el que un líquido le introducían.

Era increíble el trabajo de estas personas; pues el encontrar una vena que en él funcionase no debió de ser nada fácil. Pero mi sorpresa vino al poder comprobar que en su rostro lucia una sonrisita.

Esta luchaba en su boca por originar ese gesto de felicidad; pues tan solo se la podía ver en una pequeña parte, ya que en la otra un gran

tubo se encontraba. Me llamó la atención que el también tenía la maquinita que hacía, pi, pi, pi. Esa era una vieja conocida para mí.

En ese instante un medico salía de la habitación.

—Por favor, dígame ¿cómo se encuentra?

—Voy a ser todo lo sincero que se puede ser en un caso así, el está más muerto que vivo en estos momentos.

—¿Y entonces por qué no le dejan en paz y le quitan todos esos cables y tubos?

—Es sencillo, nosotros tenemos la obligación de atender la vida hasta el final, y tratar de salvarle si es posible. Pero si en más o menos en veinticuatro horas no reacciona y mejora su estado, entonces procederemos a quitarle todos esos tubos.

—¿Me permiten entrar en la habitación?

—No debería, pero por una vez haremos una excepción.

En ese momento miré a mi hermana, la cual ya me estaba observando con cara suplicante. Así que sin pensarlo consentí a que ella accediese y dejé de esta manera que ella ocupase mi lugar. De esta manera ella pasaría a tener la opción de encontrase con Lut la primera, supongo que él lo hubiese querido así.

Nunca supe lo que en esa habitación de la desesperación pudo pasar; pero sí sé que en el momento en que salió mi hermana se abrazó fuertemente a mí y tan solo nos pedía perdón, acto seguido me explicó que nos quería enormemente a los dos.

Después miré a mi sobrina y le hice una señal.

—¿Quieres o no quieres entrar?

—Sí, pero tan solo quiero darle un beso y un abrazo. Solo si tú vienes conmigo.

Asentí con la cabeza y ambos entramos. Ella lo besó en la cabeza y le dijo:

—Tan solo quiero que sepas que ahora tengo una familia completa, pues yo nunca había tenido un abuelito y ahora lo tengo, y ese siempre serás tú. Yo sabía que en algún lugar tú te encontrabas; pero para mí no tenías rostro, y ahora si lo tienes, y ese rostro será siempre algo mío.

En ese momento se abalanzó sobre él, le llamó abuelo y le dio un gran beso. Se levantó y marchó.

Yo me acerqué a él y le apliqué una especie de broma cariñosa.

—¿Qué te ocurre? Pues tú sabes que todavía no he acabado de contarte toda mi historia, y a mi forma de ver ella te interesa.

A él se le pudo ver una sonrisa más dibujada, y un apretón muy leve de manos se produjo.

—Espero que te gustase la sorpresa, pero ahora bien, si sé de tu reacción no te la hubiese dado.

Y en ese preciso momento pude ver cómo una solitaria lágrima desmoronada por su rostro caía. Era la fuerza del amor quien la ayudaba en su precipitación, por ello supe que esas no eran lágrimas amargas, más bien todo lo contrario. Realmente no sé cómo lo hizo pero mi corazón se alegró.

Y así me quedé junto a él: callado pero satisfecho, lo que es seguro fue que los dos nos hallábamos henchidos por el amor.

En ese instante el médico entró.

—¡Venga!, ya está bien, y tú no eres de las personas que tampoco estén rebosantes de salud. Además en este día te han pasado ya cantidad de cosas, es suficiente.

Y así acto seguido empujando la silla me sacó de la habitación. Le dijo a la enfermera que me llevase a mi estancia, al momento le comente a mi hermana que me acompañase. Pero ella declinó mi oferta pues quería quedarse un tiempo más allí, pero habló con su hija para que me acompañase. Sé que ella mucho se alegró, pues aquel era un lugar en sumo desagradable, y yo por otra parte era su tío.

Y así apesadumbrados nos dirigimos a nuestras nuevas estancias, las cuales por lo menos más confortables que las anteriores eran.

Una vez allí ya metido en la cama y una vez que la enfermera hubo abandonado mis aposentos, comencé una especie de interrogatorio a mi sobrina. Ella poco a poco me fue poniendo al corriente de lo que había sido mi vida. Me contó lo horrible que yo había sido, me especificó que yo tan solo me preocupaba por aquello a lo que le podía sacar un beneficio.

—Explotabas y eras capaz de humillar a aquellos que hiciese falta con total de incrementar un punto tus beneficios.

Estas palabras me lastimaron en un grado considerable.

Esa era la razón por la que mi hermana y yo siempre nos hallábamos enfadados. Pero en los momentos de verdadera necesidad estuviésemos enfadados o no siempre se podía contar el uno con el otro; pues con la familia sé que siempre se puede contar, ella nunca fallara.

También me pudo explicar que yo vine a este mundo años después que mi hermana, pues hasta terminada la guerra mi madre no se atrevía ni a salir de casa.

—La única realidad que no la dejaba tener otras relaciones era el amor que por Lut sentía, pero una vez pasado un tiempo y la paz restaurada los abuelos dispusieron a animarla a que saliese y aceptase un novio que la llenase de nuevo de amor. Ella poco a poco fue aflorando a esa nueva forma de vivir. Pasado un espacio de tiempo conoció a un soldado, comenzaron una relación extraña en un principio pues a ella mucho le costaba, pero al final la constancia fue dando sus frutos. Decidieron establecer una relación y se casaron.

»Ella en poco tiempo de nuevo volvió a engendrar, y precisamente en el día en que tú estabas casi a punto de ver la luz, en una guardia un disparo traicionero rompió el silencio de la noche, y esa bala perdida impacto en su cabeza. Y de nuevo la pobre abuela se quedó sin marido y con un hijo.

»Y aunque mi madre sea pacifista y ecologista y tu todo lo contrario, es sabido que los polos iguales se repelen y los polos contrarios se atraen. Tú estudiaste y sacaste varias carreras, la vida te sonrió, y una vez en la cumbre comenzaron los grandes viajes, África resultaba al final como tu jardín de recreo. Yo estaba en contra de que matases a eses animalitos, pero eras mi tío.

»Pero estés años sin saber de ti era un morir a cada minuto que pasaba, ninguna noticia ni de vivo ni de muerto, fue horrible. Hasta que después de perder toda la fe de encontrarte, llega una llamada de este hospital. Nos comunican lo que te ha ocurrido y que te encuentras aquí. Mi madre casi cae en el desmayo, y a la abuela se lo hemos dicho

poco a poco por lo crítico de su salud. Todos te queremos mucho aunque tú no lo sepas.

—Lo sé y lo más extraño es que en mi interior siempre he sentido que es así.

En ese instante la puerta se abrió de par en par, y los dos quedamos callados.

—¿Qué hablando de mí a escondidas eh?

Ambos nos miramos con una picarona mirada, la cual tenía altas dosis de complicidad, y una cómplice sonrisa encendía las mejillas de ambos. Eso bastó a mi hermana para saber qué era lo que estábamos haciendo, acto seguido comentó:

—En otro momento hablaremos sobre lo que aquí se está contando, pero lo que yo pretendo si tú quieres, mi amado hermano, es contarme lo que puedas saber de la vida de mi padre.

Y por supuesto que lo hice, les describí sobre lo muy desgraciada que la vida le había sido. Les abrí los ojos explicándoles que tan solo fue feliz en el tiempo pasado cerca de su madre, ese fue el momento más impactante de toda su existencia, la felicidad se había adueñado de él para que después el dolor lo rompiese en mil pedazos.

Pues su infancia fue dura, pero la separación obligada de vuestra madre, de su amor, eclipsó todo mal momento por ser esta circunstancia la más dolorosa que tuvo que afrontar.

—¿Sabéis lo que en su infancia tuvo que vivir?

—Pues a decir verdad no, ya que de sus principios como individuo nada sabemos. Nuestra madre casi podríamos decir que aproximadamente ni era un ser vivo, por otra parte ella no quiso retener esa información o eso nos hizo creer a nosotros. Pasado un tiempo ese tema se volvió algo extraño, casi un tabú en casa.

En ese momento nos pudimos dar cuenta de que este pobre ser era ignorado hasta en su ausencia.

Este fue el instante en que decidí contarles todo aquello que él me había contado.

Acabamos los tres abrazados y llorando como niños que alguien abandona tras unas escaleras oscuras.

En ese momento enjuagándose las lágrimas mi hermana habló:

—Ha llegado por fin la ocasión en la cual no dejaré que pase un minuto en soledad, separados. Juro pasar todo el tiempo que le pueda quedar a su lado, aunque él no lo pueda saber.

En ese momento me miró con sus ojos rojos y sus lentas lágrimas saliendo de nuevo de ellos y me dijo:

—Espero que eso no te importe.

—¿Cómo me dices eso? Por supuesto que no me importa.

Un ensordecedor silencio siguió a esas palabras y en ese instante mi hermana salió por las grandes puertas de la habitación. Esto provocó que de nuevo mi sobrina y yo quedásemos en completa soledad en esa gran habitación.

Mi sobrina se levantó y se puso a mirar por el gran ventanal que ahora ostentaba esta habitación, desde allí una agradable vista se podía contemplar.

En el frente un gran monte se alcanzaba a observar. Allá en lo alto se topaba una imperceptible capilla, la cual se hacía casi inapreciable desde aquí, pues mucho debías de afinar tu vista para poder localizarla. Sin apartar la vista de ese hermoso paisaje mi sobrina lanzó la pregunta de oro.

—Dime tío, ¿qué es lo que te ha ocurrido?

—¿Por qué me haces ahora esa pregunta?

—Tu pregunta tiene una sencilla solución, y esta es que no te pareces en nada a la persona que antes te he descrito.

—Bien, acepto la respuesta, pero de nuevo debo preguntarte, ¿en realidad estás segura de que quieres saberlo? Pues mi historia es tan tremenda que si cualquier psiquiatra me oyese me metería al momento entre rejas.

—En mi opinión doy absoluta creencia a aquello que sea si ha logrado que en ti surja el amor y este haya podido penetrar en lo más recóndito de tu entelequia llevando a tu ser a darte de cuenta de cuán importante es todo aquello que nos rodea. No puede ser malo y es seguro que ello me favorecerá mucho a que mi comprensión progrese.

—En mi humilde percepción más bien pienso que todo lo con-

trario, pues es tan mayúsculo lo que voy a trasmitirte que puede que llegues a tan solo acercarte un poquito, nada más. Piensa que lo que voy a relatarte ha sido tan hermoso que ni sueño, ni imaginación, ni pensamiento... nada existe en el mundo de las grandes quimeras que se asemeje a esta gran vivencia.

Y sin más dilación comencé a narrarle mi experiencia, lo hice lo mejor que mi mente recordaba, y me hallaba en el mejor de los lugares para poderlo plasmar. A ella no quise omitirle ningún detalle de lo ocurrido. Ella, según el relato avanzaba, gesticulaba como si lo que escuchase lo estuviese siendo vivido en propia carne. Se hallaba de repente asombrada, un segundo después la expresión de su cara pasaba a la intriga y acto seguido de nuevo al asombro.

Llegado casi el final de mi relato, su rostro estupefacto en una mueca reflejaba el dolor de aquello que le estaba narrando. Y por fin en el momento en que llegó mi silencio ella lo rompió con la siguiente gran afirmación.

—¡Ay mi bien querido tío! Este ha sido un relato tan grandioso, que por ello tiene que ser cierto, pasando todas esas aventuras y enseñanzas has podido arrojar todo ese jactancioso mal sentimiento al exterior de tu persona. Y así pasar a ser ahora el individuo del cual me siento muy orgullosa, y te tengo delante hace tan solo unos días, harto imposible de imaginar, gracias tío.

Y sin decir más se dio media vuelta y salió de la habitación.

Me quedé en silencio ensimismado por lo que ella había tratado de expresar, poco a poco iba comprendiendo lo que me había sucedido y por qué.

En ese maravilloso mundo del que yo había salido se hallaba la respuesta del cambio que mi vida necesitaba en este otro lugar, y ahora comenzaba a determinar sin duda alguna el porqué me habían devuelto; estaba claro que debía de enderezar todo lo que yo había retorcido en todos estos años. Y era consciente de que era mucho lo que debía de encaminar.

En ese instante con un gran dolor en todo el cuerpo, pues mis movimientos de momento eran muy forzados y poco ortodoxos, Y con

todo el esfuerzo que era capaz de reunir, con mi mano derecha pude llegar a mi pecho y palpar el lugar en el cual se debía de hallar el presente que la reina me había regalado: Axixlux, y por supuesto el allí no estaba.

En ese preciso instante, cual demente dejándose llevar por su locura, me puse a dar voces reclamando que la enfermera se presentase ante mí, la cual al momento se presentó.

—¿Qué es lo que está ocurriendo, en que te puedo ayudar?

—Pues la verdad es que ha crecido en mí una gran incertidumbre y quisiera saber si usted la pudiese solventar, o por lo menos ayudarme a solucionarla. En el momento en que hallaron tirado a mi persona en ese lugar que dicen, ¿llevaba prendido de mi pescuezo un colgante o algo que se le pareciese?

—Pues a decir verdad yo no tengo ni idea, pero si pregunta a mi compañera sería distinto, pues es ella la que se ha ocupado de usted durante todo ese espacio de tiempo. Pero de todas maneras y sintiendo la importancia que para usted tiene, preguntaré en dirección. Es ese el lugar al que van a parar todos los presentes de los todos los dolientes. En un instante tornaré. Hasta entonces, si nada más precisan.

Sin darme siquiera tiempo a demandar nada ella se retiró como un relámpago.

Resistí ese tiempo que parecía una eternidad la espera de su vuelta, la tardanza me desesperaba. Para hacerlo más ameno decidí ponerme a leer, o por lo menos visualizar un libro de los muchos que allí había. Pedí a mi sobrina que me acercase alguno. Ella, sin fijarse en el que entre sus manos recogía, me lo acercó y lo abrió. Con toda mi atención me puse a desgranar lo que él poseía.

Ella dijo que necesitaba marchar al baño e iría a ver cómo estaba su madre.

Esto me dejo sólo con mi pensamiento, ensimismado en esa espera me hallaba, la atención en un instante se volvió más bien escasa. Lut se hallaba en situación extrema, yo no sabía cómo auxiliarlo; pero mi interior me decía que Axixlux podría ayudar a sacarlo de donde él se encontraba. Este pensamiento corroía mi mente, y sabía que en realidad el leer o saber más de este mundo sería una de las mejores escapatorias

para mi mente. Y por el otro lado es una de las mejores maneras para que el tiempo transite sin saber que lo está haciendo. Era mi cometido el aprender todo lo posible, o más bien recordarlo.

Mi mente estaba totalmente ávida de toda la enseñanza que le pudiese dar, era maravilloso pues tan solo con leer una vez se me quedaba todo totalmente grabado, me daba la impresión de estar repasando lo que estaba totalmente harto de saber. Pero a la vez mi primera impresión era la de estar aprendiendo todo un nuevo mundo, lleno de muchos e innumerables descubrimientos. Me interné en el principio del Imperio Romano, era totalmente impresionante. Lo primero que me llamó la atención de dicha época fueron sus construcciones, que han pervivido durante tantos siglos, el Partenón, el Coliseo y un largo etc. Avanzando en mi investigación me fui cerciorando de que cuanto más prosperaba, más llegaba a mí el sentimiento de que el hombre era y es un ser totalmente obtuso. Pues él perpetuamente arrasa con aquello que no entiende. En vez de tratar de vislumbrar lo que él hace, lo echa a abajo, si no le es posible lo desfigura, y si esto tampoco lo puede desempeñar le impone su sello y dice que ha sido él quien lo ha creado.

El concepto de todo esto me resulta demasiado complicado, pues ahora sé que yo también he sido uno de los artífices de esta forma de proceder. Pero por otro lado es todo lo contrario, ya que en este momento, en mi presente tan solo soy un individuo que en su busca, como único fin, quiere hallar el amor, la paz y la felicidad. No para mí, sino más bien para todo ser humano que se pueda encontrar ya por encima o por debajo de este mundo, o en cualquier otro lugar que nada tenga que ver con esta existencia. Y es por eso que no puedo acabar de comprenderlo, o más bien lo que no quiero es entenderlo.

Pues en realidad lo que sería maravilloso es que unas civilizaciones aprendiesen de las otras, de esta manera el intercambio de pensamiento y de cultura nos llevaría a ser mucho más completos. Pero nuestro proceder no es este, y ello es un consumado castigo.

El absurdo de los historiadores, aquellos que se supone que escriben la historia, es proponerte ésta de la siguiente manera:

La Gran Hazaña de la Civilización.

¿En qué lugar se encuentran las hazañas?

Imaginemos. Yo soy el jefe más fuerte que tiene el ejército más numeroso y mejor armado. Es una forma de hipótesis.

Pues bien, lo que procedería sería el aniquilar al resto de las civilizaciones que en mis aledaños se encontrasen, una vez terminada la batalla me adjudicaría todos sus tesoros. Pero a su cultura la relegaría al olvido, y trataría de que sus habitantes, los cuales habitasen esas zonas, también la olvidasen imponiendo penas como la de muerte a aquellos que las siguiesen practicando.

Y todo esto sin saber nada de lo que esa cultura podría ofrecerme.

Pero qué inepto es el hombre, pues con esta forma de proceder ha llevado a la extinción a miles de culturas, las cuales es seguro que podrían habernos aportado muchas y variadas formas de enseñanzas diferentes.

¡Oh, qué horrible cultura es la incultura!

Pues es ella y no otra la que incluso en el día de hoy nos sigue gobernando.

Pues la prueba está en que la guerra. El genocidio es el germen plantado en el campo del odio y en ese campo fermenta la semilla de esa atroz planta llamada terrorismo.

Que no es otra cosa que la manera anónima de matar, pues en la mayoría de los casos son seres anónimos los que fallecen.

Los camicaces son engañados con falsas promesas y ellos, pobres, sin tener que saber quiénes son las víctimas o el objetivo, deben dejarse la vida. ¡Qué más da!, si tan solo en un lugar en el cual la matanza se ha establecido como norma existencial no hay verdugos, pues todos son víctimas. Incluso el que hizo estallar la bomba, y ¿por qué se llega a un momento así? Te hace llegar a la horrible conclusión de que no hay víctimas. Todos somos verdugos.

¿Qué es lo que en este mundo ocurre, qué es este mundo?

No entiendo nada de nada.

Pero en este momento me creo en la obligación de la ampliación de lo que yo puedo entender como víctima y terrorista.

Es muy duro y estremecedor que un atentado terrorista se lle-

vase a la mitad de los seres que en tu hogar habitaban, ya sabes, padre, madre, hermanos, hijos, esposa. Ellos fenecieron destrozados de una manera vil y descarnada. En ese instante tú y tu familia pasáis a convertiros en víctimas del terrorismo. Pero no debemos de perder de vista la otra parte, ya que desde este instante también pasáis a convertiros en los verdugos. Pues el atentado —imaginemos que ha sido en Europa, y lo han perpetrado Islamistas—, desde ese momento provoca en ti que todo lo que provenga de esa raza, ya sean simples personas que han venido a trabajar pero son del origen que perpetraron los atentados o Islamistas radicales, desde el mismo instante en que la tragedia ha sido esclarecida, pasan a ser tus enemigos. El miedo, el odio no permitirán que sea de otra manera. Todo asiático representa ahora una autentica amenaza para tu ser, el cual continuamente se ve alterado por el horror que la imagen de tus muertos en tu interior se desata.

Quizás llegue un día en el que tú y un ser de la raza de aquellos que cometieron ese brutal atentado os encontréis a solas. Él es mucho menos fuerte que tú y el odio por ti no existe, tú perdido en tu odio por el dolor que en el interior de tus tripas sientes, golpeas brutalmente a esa persona que no te ha hecho nada ni a ti ni a ninguno de los tuyos.

Pues bien, en ese momento el verdugo que hasta el momento era víctima, se desvincula de su estado y arremete contra lo que en tu imaginación calenturienta es un verdugo, el cual es seguro que más adelante por lo que tú le has hecho deje de ser víctima y se convertirá en verdugo. Y así es que si alguien no tiene las agallas de perdonar y de esta manera parar esa cadena de mortandad, la condenación de toda la raza no se halla muy lejana de su demoledor principio.

Y es por eso que como el ser humano no se vea como raza única y multicultural, y deje de contemplarse como multirracial, nunca podrá dejar de ver enemigos. Si así lo hiciese y viese la raza llamada ser humano, no tardaría demasiado en acabar con su ilógica manera de existencia, comenzando con una forma de comportamiento llamado vida. Y desde ese instante el hombre por fin podría ser como realmente es sin esconderse en su interior como protección.

En ese momento en que esa tremenda divagación acababa, la enfermera apareció por el umbral, traía consigo una diminuta cajita de cartón.

—Esto es en realidad lo único que contigo traías aquel día que entraste en este lugar.

—¿Me harás el gran favor de poder vaciar la caja y dejarme un poco a solas?, por favor.

—Muy bien en el caso de que necesites cualquier cosa me hallo a dos pasos de ti.

En cuanto ella salió por la puerta comencé encontrarme muy excitado, era como cuando me habían regalado un presente de mucha importancia, aunque me acertaba un tanto indispuesto por mi invalidez. ¡Dios qué mal suena esa palabra! Yo estaba intranquilo pues me hallaba muy seguro de aquello que yo pretendía topar, pero en la cajita solo se veía un sobre, de este un segmentito de una hermosa cadena asomaba, y así muy remisamente, pues no podía hacerlo más rápido en realidad. Fui tirando de ella, era frustrante ver mis inútiles dedos allí cogidos a unos míseros eslabones, los cuales se me hacían incluso pesados. Por fin pude vislumbra el final de la cadena. Desde ese instante toda quimera planteada, se desvaneció y tan solo la más dura realidad asomaba. Por fin allí se descubría lo que buscaba, en ese sobre estaba mi querido Axixlux, y todo volvió a tener un sentido verídico; por fin podía saber que mi reino de luz no había sido una quimera. La joya regalada por su majestad allí se hallaba.

Y como el que espera a su ser querido, ella se puso a refulgir con una excepcional luz. Esta era tan esplendorosa e hipnótica que no era ya capaz de poder retirar la vista de ella, era como si me sintiese feliz, pues ella con su brillo me daba la impresión de que estaba jubilosa.

En ese momento llamé a la enfermera para que me la colgase del pescuezo. Ella apareció al instante.

—¿Qué es lo que quiere, en qué le puedo ayudar?

—¿Serías tan amable de colgarme esto del pescuezo?

—Sí, ¿cómo no?, pero creo que es mi deber el comunicarle que usted no ingresó con esa joya. Y aquí está lo extraño, unos días antes de su

despertar amaneció con ella colgada del pescuezo. No sabemos todavía hoy quién ha sido el artífice de tal obra, pero si ello ha valido para que regresara bien venido sea.

—Muchas gracias por tan amable explicación, y ahora, si me hace el favor, y me la cuelga de mi pescuezo… pues es ese el único lugar en el que de momento debe de estar.

En el preciso momento en el que la cadena tocó mi garganta, el pasador se produjo quedando así aferrada a mi cuerpo, me sentí muy bien y sosegado. Acto seguido le pedí amablemente a la enfermera que me dejase solo, pues en realidad quería disfrutar de esa pequeña joya un momento y de todo lo que su recuerdo hacía albergar en mi interior. En el momento en que ya estaba a solas con ese, mi colgante, decidí quedarme en trance totalmente ensimismado con todo lo que esa piedra traía consigo; pues ello era el recuerdo de aquel mundo del que yo había venido, y era el que tanto me llenaba.

De pronto algo me sacó de ese placentero estado, alguien se hallaba hurgando en la puerta. Lo primero que llegó a mi mente fue intentar ocultar a Axixlux como buenamente podía. Cuál grande fue mi sorpresa al darme de cuenta de que mi movilidad era ahora mucho mayor de lo que lo había sido hasta este momento, casi no podía ni dar crédito de lo que me estaba ocurriendo. Mis inútiles brazos se comenzaban a mover, no todo lo bien que desearía, pero era asombroso; ahora podía casi coger lo que precisaba. ¡Oh, qué dicha la que sentía!

Tenía la firme convicción de que toda aquella energía que me había abandonado hubiese vuelto a mí de repente.

Me quedé observando la puerta, pero había sido una falsa alarma, pues nadie la abrió de momento.

Sin saber bien por qué mi mirada se volvió a posar en aquella caja del la cual había salido Axixlux y mi alma se apesadumbró por un instante, pues en ella había un sobre más, el cual todavía no había sido abierto. Sin saber bien por qué acto seguido lo cogí y lo mire ensimismado, en ese intervalo de tiempo alguien volvió a tocar la puerta. Yo como buenamente pude lo escondí en un cajón de la mesilla, la cual se hallaba a mi lado.

Se comenzó a entreabrir la puerta y justo antes de que nadie mirase logré cerrar el cajón. En ese momento la enfermera se asomó y muy amable me dijo.

—¿Necesita usted algo?

—No, ¿por qué me lo pregunta si yo no la he llamado?

—Pero ¿no acaba de chillar usted?

—No mujer, ha sido el televisor

En ese momento miré el aparato y este se hallaba apagado.

—¿Está usted hoy un tanto rarito no?

Sin darme tiempo a contestar ella se despidió en el umbral de la puerta y esta se volvió a cerrar.

No sabía en realidad el porqué, pero sí os puedo decir que ese sobre me quemaba por dentro, no podía aguardar por más tiempo, así que decidí abrirlo ya.

Y qué gran sorpresa la mía. Pero todo a su tiempo. Bien, como buenamente pude abrí ese cajón y cogí ese ardoroso sobre, lo abrí como el hambriento abre el pan que se piensa rellenar de deliciosas viandas. Lo que había allí fue algo que no pensaba encontrar: Una llave muy pequeña, una carta y una foto.

La foto era extraña, pues se trataba de una familia no muy convencional, más bien diría que nada tenía en común con esa forma familiar que cada uno concebís como normal. Eran de color, por decirlo de una manera la cual no los deteriore más a estos seres de lo que los han maltratado ya. Pero esto no era lo que hacía de esta familia, digamos la diferencia, esa familia se componía de varios niños de muy corta edad, muy desnutridos, tal era su estado que en la foto podría llegar a contarles las costillitas que estos tenían. A su lado se encontraba una señora adulta, no sé por qué pero no había ningún hombre en esa foto. Miento, pues en realidad me temía el porqué de la omisión del padre ausente, pero no lo quería de momento dar por cierto.

Desplegué aquel trozo de papel amarillo por los años trascurridos, en él se plasmaban las palabras de una persona desesperada. El ser que tuvo el coraje de trazar esas palabras en el papel era la esposa y madre atormentada, la cual se hallaba en la foto. Más o menos decía lo siguiente:

Me informaba de que su marido había muerto, después de sufrir una agonía muy lenta y prolongada, pues la gran desgarradura se le había infectado, supuraba pus y no tenían medios para poder sanar tan gran herida.

Él nunca me quiso decir cómo se la había hecho. Pero usted debe de saberlo pues él era su guía. Él siempre lo ha apreciado a usted mucho, él me decía a menudo el gran hombre que usted es, aunque usted no dejase ver a los demás lo maravilloso que es su interior. Me explicaba que llegaría un día en el cual se volvería transparente y entonces todos lo podrán apreciar.

Y es por ello por lo que me he atrevido a plasmar estas palabras y con ellas dirigirme a usted…

Era como un grotesco silencio en el cual hacía que aflorasen mis más tortuosas formas de vergüenza. El rubor se podía ver en mi rostro desde lejos. Y todo esto se establecía en el recuerdo que aquel trozo de papel despertó. Continúe leyendo.

Le pido ayuda desesperadamente, me da igual cualquier tipo de ayuda, la que usted me pudiese prestar, ya que toda ella por poca que fuese sería muy beneficiosa. Como ya le he dicho, con mi marido ya muerto, mis hijos demasiado débiles por el hambre y bastante pequeños como para trabajar, nada puedo hacer para que el señor se los lleve; pues es mi certeza que si nada acontece que arregle un poco esta situación se me van a morir. Esa dama desventurada siempre se envuelve en su negro manto, inseparables el hambre y las epidemias ya son sus huéspedes invitados en mi casa.

Y como la gran persona que usted es, espero que nos pueda ayudar, no tengo a nadie más.

Muchas gracias y perdóneme el atrevimiento, pero puede pensar, y es cierto, que las últimas monedas que me quedaban van a ser gastadas en este sello, y con él van mis últimas esperanzas de una ayuda y una vida nueva, gracias de nuevo.

Volví a plegar esa carta y le eché un nuevo vistazo a esa gran familia. En mi interior se comenzó a abrir paso una tristeza atroz, que poco a poco comenzó a dar paso a unas tremendas lágrimas que

desconsoladas cada una caía con gran premura para dejar paso a que la siguiente también saliese con la misma precipitación. El pecho me dolía horrores.

—¿Pero qué he hecho? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que he hecho?

Han pasado cinco largos años, cortos para mí, infernales para ellos. Es seguro que se hallaran todos muertos, mire por donde lo mire es demasiado horrible. La sombra de la desesperación planeaba sobre mi ser intentando asirse en él; pero no lo podía aceptar, así que en ese instante toqué el timbre.

Al momento asomó la enfermera con una cara muy asombrada.

—Ha llamado, ¿le pasa algo?

—¿Qué le pasa a usted que me está mirando con una cara de no saber lo que está ocurriendo?

—Vamos a ver, aquí no hay nadie más que usted y ha llamado al timbre moviendo sus brazos.

—Sí, así es, y por favor llámame si puede ser a mis abogados lo más rápido posible.

—¿Le ocurre algo?

—Sí, que este es uno de los peores días de mi corta existencia

Ella me volvió a mirar con una cara de extrañeza pero sin decir nada más se marchó. Y yo allí me quedé sumido en un profundo llanto.

Un momento después mi hermana y mi sobrina aparecieron con cara de preocupación, supongo que la eficiente enfermera las había avisado.

—¿Qué es lo que ocurre?

Preguntaron al unísono, pero al comprobar en el estado en el que me encontraba, no hicieron otra cosa que abrazarse fuertemente a mí y darme todo el amor que fuesen capaces de transmitirme. En el instante en que pude contener un poco mi llanto, les conté el sueño que yo había tenido sobre África, y acto seguido les enseñé la carta, y esa foto que solo el verla el sentimiento de la más fuerte culpabilidad me volvía a impregnar.

Mi hermana alzó la vista y me miró sorprendida, inmediatamente me comentó:

—Antes podías llegar a recibir como quinientas al mes, lo único que en ti se originaba era una tremenda risotada.

—Dime por favor que eso que me acabas de decir es una broma, dime que no es eso cierto.

—Mucho lo siento ciertamente mi querido, pero sí, es totalmente cierto.

Yo en el mismo momento en el que mi hermana hablaba me fui encogiendo en mi cama hasta quedarme en posición fetal. Fue de esta manera en la cual mi hermana se dio de cuenta de que ya podía mover mis brazos.

—¿Pero cómo puede ser posible?

Sin cambiar mi posición me parecía la mejor respuesta, un sarcasmo.

—¿A qué te refieres? ¿A que yo me haya pasado de ser un individuo grotesco a ser una masa de piel y huesos, la cual está llena de profundos sentimientos y me tropiece sumido en el más recóndito de los arrepentimientos?

—No, no es a eso a lo que yo me refiero, mi querido hermano, lo que ha llamado mi atención ha sido la movilidad que pareces tener en tus brazos.

En ese momento y como aquel que de un trance sale y vuelve a la realidad:

—Es… es… bueno, con franqueza debo decir que se trata de una muy larga historia y este no es el mejor momento para ser contada.

—Pero bueno debo de avisar al médico, esto no lo puedo creer.

Y así sin darme tiempo a nada ella salió como si miles de diablos la estuviesen persiguiendo.

Mi sobrina con la mirada fija en mí me dijo:

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Pues lo que debía de pasar, ¿te acuerdas de la historia que te he contado?

—Sí, y debo decir que ha sido lo más alucinante que yo haya escuchado.

—Pues esta es una prueba que otorga el completo realismo a lo

que de mí has escuchado. ¿Te acuerdas de la joya que la reina me había regalado?

—Sí, por supuesto.

—Debo expresarte y quiero que lo escuches y lo creas, pues no existe otra explicación. Gracias a ella he podido recuperar la movilidad, y esto ha sido lo que tanto ha confundido a tu hermana. Y no es para menos, por supuesto, por tu expresión también sé que te es muy difícil creerlo. ¿No es así?

—Pues si te tengo que ser totalmente clara, y con toda sinceridad, no, no lo creo, y espero que no te parezca mal, pero es algo que en este mundo supondría lo que se puede denominar como un milagro. Pero a decir verdad el milagro está frente a mis ojos y es ver tu sanación.

—Sé que es muy difícil el poder asimilar lo que estás contemplando. Pero ahora observa.

Y sacando una piedra que colgaba de una cadena de mi cuello oculta tras la blusa de mi pijama logré descubrir a Axixlux. El gran presente de la reina, esplendoroso y orgulloso brillaba con una centelleante e hipnótica luz natural. Poseía el encanto de todo aquello que ostenta una radiación luminiscente exclusiva de los grandes enigmas. Gozaba del color del mar y del cielo, pero con la magnitud de un pequeño pedazo de ambos unidos e intensificado hasta lograr la belleza que la luz despierta en la oscuridad, pues es en ella donde se realza su majestad. Daba la impresión de que era luz de vida en realidad.

Ella en un principio miraba con una cara de fascinación, la cual daba la impresión de que la habían transportado a otro lugar. Allí ella no se hallaba, pero después de unos muy breves instantes y como si la poseyese el espíritu de un niño, el cual todo tiene que tocar, la quiso agarrar. Era un movimiento mecánico sin conciencia de lo que estaba haciendo. Aferrarla así con toda su fuerza. En ese momento me miró. Entendí que ella necesitaba saber que aquello era real y no parte de una visión. Pero en ese mismo instante sin darle tiempo a que su reacción llegase a buen término, la oculté bajo la camiseta de mi pijama. Mira, para algo valía esa ridícula prenda.

Ella exclamó muy mal humorada:

—¿Por qué la ocultas, a qué viene eso?

—Es muy sencillo, la joya que yo llevo colgada del pescuezo es más de lo que realmente parece. Ella en un ser que sea todo bondad tan solo podrá darle aquello que él tiene.

»Pero para aquel que en su interior, tan solo tiene miedos, descontrol o ego, esta joya tan solo aumentará aquello que en lo más recóndito guarda. Este ser que aun podía controlar un poco su vida y esconder la realidad de su interior, desde ese momento será del todo imposible. Creo que lo más horrible que le puede pasar es llegar a normalizar toda esa negatividad.

»Pues cuando algo se nos hace rutinario no pensamos en lo difícil que resulta el volver a tenerlo en nosotros regulado.

»Yo lo sé porque la reina me había avisado contra ella. Este trozo de piedra ha significado la ruina y una autentica desolación para grandes guerreros, los cuales supuestamente tenían una voluntad forjada como el más duro de los aceros en las fraguas más candentes, y ellos sin embargo sucumbieron a su belleza.

Pues la belleza es un arma contra la que no hay fuego que pueda derretirla, ni acero que no se funda con el calor de la pasión que ella desprende.

—¿Y cómo el segmento de una piedra ha logrado eso?

—Es lo de siempre, la piedra en sí no es la causante de nada. Bueno, más bien eso no es del todo cierto. Ella por sí sola emite una belleza y unas vibraciones que hacen mella en aquel que la posee. Y este pobre individuo por miedo a que se la puedan robar o por lo que representaría el llegarla a perder, prefiere aislarse de todo y de todos. Lo que el ser que la soporta no sabe es que en cuanto la debilidad llega a sus carnes y su energía no es lo suficiente fuerte como para sustentarla, pronto de una u otra forma consigue abandonar al consumido ignorante que pendida la llevaba de su pescuezo. Y sin más dilación conseguirá un cuerpo mucho más robusto y lleno de esa energía que tanto precisa para seguir con su existencia de luz y vibración. En cuanto un nuevo ser a ella se acerca, ella se hace notar de una u otra manera, y así una energía novedosa pasa a engordar su inextinguible sed.

»Y por esta razón fue condenada y maldecida. A este trozo de piedra lo acusaban de deshacer las familias de aquellos que la poseían. Pues hubo algunos que tan profundamente se escondieron, que acababan totalmente consumidos por el refulgir de su excelsa luz, el cual reposa hoy en mi pescuezo y me ha tocado a mí portarla, esta que hoy te he enseñado y espero que nunca a ella te acerques.

—Debo entonces darte las gracias querido tío, pues has vuelto a tenerme en cuenta, y es un honor que te preocupes por mí con todo lo que está ocurriendo. Pero necesito pedirte que tengas mucho cuidado, ¿de acuerdo?

—Así lo procuraré, pues otro remedio no me queda. De todas maneras creo en firme una cosa, tarde o temprano serás tú o alguien allegado a la familia el o la que deba de proseguir llevando esta carga que ahora me ha tocado sustentar a mí, y es por ello que te pido una cosa: debes comenzar desde hoy a prepárate. Sé en lo profundo de mi ser que tú eres la elegida, nadie más que tú conoce la historia que yo te he contado, y tú voluntariamente has elegido el escucharla. ¿Sabes?, a veces no sabemos que aquello que elegimos nos puede dar más de una sorpresa, y es por ello por lo que yo opino que eres tú la que te encuentras más preparada, ¿estás de acuerdo?

—¡Ay no sé qué decirte! Sobre eso que me estas pidiendo… Realmente no sé lo que debo de consumar ante algo de esta envergadura, cómo debo de proceder para someterlo y que él no concluya por subyugarme, pues sabiendo lo que sé y cómo mis huesos terminarían me asusta bastante.

—Debes estar muy tranquila mi amor, en primer lugar porque puede que no seas tú quien tenga que portar esta carga, en segundo porque lo único que tú debes de tener para un control absoluto es ser pura de corazón. En tu recóndita entelequia la única ambición que exista debe ser el amor hacia los demás, este debe de ser incondicional e indestructible. Nunca te puedes equivocar en la intransigencia que la materia encarna, y por encima de todo nunca debes pretender ser el controlador de la situación que en ese momento tu vida represente para ti; pues si pretendes someter lo más mínimo esta carga ella será la que se encargue de ser la controladora.

»Ahora ya sabes lo más sencillo, esto no quiere decir que se haya transformado a lo más complicado.

—Mira tío, te prometo inicialmente a ti y después a mí que por todos los medios trataré de superar la ambición que representa el poseer esa carga.

—Eso está muy bien, mi querida niña. Pero no vale con tan solo eso, para no quererla debes ahora mismo renunciar a ella y a todas las posesiones que esta carga implica, pues para estar seguro de que esta carga no podrá dañarte debes de haber abandonado todo lo que sea material y esté ligado a la soberbia, ser pura en tu alma, y llegar a poder ser como eses pocos seres, los cuales son capaces de percibir ciertas clases de lucecitas brillando al compás del reflejo que la verdadera luz le brinda. Mira mi niña, aunque no lo parezca, muchos de los que han sido llamados grandes hombres, tiraron su vida y su ser a la basura por tener en sus mentes tan solo una cosa: el crecimiento y expansión de sus muchas posesiones. Lo más duro de esto es que una vez llegan a una avanzada edad se dan de cuenta que todo eso no es nada y para nada les vale. Ellos se marchitan y todo aquello que creyeron durante mucho tiempo que era su vida se queda aquí. Y es entonces cuando comienzan a darse de cuenta de que lo único que en realidad se pueden llevar, no es otra cosa que todo aquello que es puro y real más allá de la forma física, los recuerdos y lo que a ellos va unido: los sentimientos. Pero saben que no se llevan tan solo los buenos sentimientos; pues los malos también los acompañan por toda su eternidad.

—Sí mi amado tío, creo que es ahora cuando comienzo a entender algo. Mi mente en un fluir más constante comienza a dar fruto a través del entendimiento que tu aclaración me ha brindado.

—Es el momento de dejar este tema, es necesario que tú en la más sobria soledad lo medites con el más sonoro de los silencios como único compañero. Ni Tan siquiera tu madre debe de enterarse de esto, a no ser, claro está, que por sí misma se dé cuenta de ello.

»Pero además debo de pedirte un favor, ¿me lo harás?

—Si en mis manos está y puedo satisfacerlo cuenta con ello como ya hecho.

—No corras tanto pues muchas veces podemos sentirnos desplazados por una mala decisión. Bien, en el sobre también se hallaba una llave. ¿Podrías averiguar a qué pertenece? En caso de acertar, ¿me podrías traer lo que en ese lugar hubiese?

—¿Y no recuerdas nada en absoluto sobre ella? Piensa que cualquier cosa por inútil que parezca seguro que podrá darme una pista.

—No, nada, mi querida niña.

En ese momento saqué la llave del sobre y acto seguido se la ofrecí sin dilación ni temor.

—Por la pinta de la llave debe de pertenecer a una estación de autobús o tren, o algo parecido; pues esta es la típica llave de esos armarios, en los cuales depositas una moneda, metes en su interior lo que debas y cierras quedándote así con la llave. Se suelen llamar consignas.

»Bueno déjalo de mi cuenta. Haré lo posible por localizarlo, aunque tardaré un poco, eso es seguro.

—Creo que cuanto antes mejor, pues a saber lo que yo he escondido en ese lugar. Por mí bien, espero que no sea nada parecido a lo que este día me ha traído. ¡Ay, nada de positivo tiene este día!

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo? ¿Acaso no estás moviendo tus brazos?

—Sí niña, pero eso es algo que no entenderías, ello es tan solo energía, la cual se había quedado en el interior de la piedra y ahora ella me la ha devuelto.

—Pero ¿y lo bien que te has sentido en el momento de estar moviéndolos?, ¡¿eh?!

—Por supuesto que eso se puede describir como algo afortunado; pues es una muy agradable sensación, es el sentirte útil de nuevo, solo faltaría. Pero anda veloz y, por favor, no te entretengas; pues la duda nunca ha sido buena compañera, y sus malos consejos llegan a trastornar al más fuerte.

En el momento en que ella rauda salía por la puerta casi se lleva por delante al médico que en ese momento pretendía entrar.

—¿Pero qué le ha ocurrido a esta niña? Bueno, eso da igual, ¿qué es eso que su hermana me ha dicho?

—Me lo imagino y las palabras en este caso se vuelven pesadas, por lo tanto es mejor que lo compruebe.

Y en ese momento me puse a mover los dos brazos.

—Pero… Pero eso es del todo imposible.

—En realidad he de decir que al moverlos todavía siento un poco de dolor, pero he de indicar que me siento bastante bien.

Por su mueca de asombro daba la impresión que estuviese viendo un fantasma, y por si fuese poco mascullaba en voz baja pero audible:

—Es del todo imposible esto no puede ser, más bien parece cosa de brujas.

La verdad es que no comprendía lo que él pretendía decir con esa expresión, pero lo que sí puedo asegurar es que su asombro era mayúsculo, y justo antes de cerrar la puerta me dijo:

—Su hermana se encuentra junto a Lut.

—Es cierto, no se vaya. Dígame, ¿cómo se encuentra?

—No mejora nada en absoluto, y si sigue así mañana no nos quedará más remedio que desconectar las maquinas que lo mantienen con vida. ¿Puedo hacerle una pregunta? Pensándolo bien mejor será dejarlo.

—¿A qué se refiere usted?

—La pregunta que quería efectuar es: ¿su curación se debe a la caja que la enfermera le ha traído?

—Podría asegurar que en ella había un escaso bien, el cual me era muy necesario, lo que quiere decir que la respuesta a su pregunta es: sí.

—En su caso yo más bien diría que se trata de un bien único.

Y él dijo en ese instante algo que a mí me hizo que lo tuviese en cuenta y pensase en ello.

—¡Ah, qué bien le vendría eso a su amigo Lut!

Acto seguido cerró la puerta.

No me hizo falta pensarlo mucho, pues al momento sabía lo que debía de hacer. Dándole vueltas el cansancio me sorprendió tumbado encima de la cama con esa abstracción que solo la fijación puede lograr, y así el sueño se apoderó de mí. Pero fue algo… ¿cómo expresarlo?, como si la consciencia que habita en mí hubiese estado buscando este momento onírico, pues cuando el sueño se apoderó de mí, la consciencia

cia dejó el estado de sueño, dejando una realidad en mi conciencia muy alejada de aquel hospital y todo cuanto ello representaba.

Me encontraba en la ribera de un hermoso y brillante rió, el cual tenía a lo largo de sus orillas una exuberante visión. Estas se hallaban tamizadas de hermosas, olorosas y diferentes flores, sus colores y olores te embriagaban. Un poco más abajo en un gran remanso en el cual la corriente parecía cesar su canto, se descubrían en su superficie muchas flores acuáticas; pero sobre todo lirios de un color morado y la flor del loto, la cual en este lugar podía distinguir diferencias de color entre una familia y la siguiente. Esta especie la flor del loto, al igual que el lirio, como bien sabemos se halla en la superficie del agua, buscando la luz que el astro rey le ofrece; pero al contrario ahonda sus raíces, introduciendo estas en la más completa oscuridad, la cual se halla en lo más profundo de ese río.

La expresión del color en su mayoría de un lado el loto con su color rosáceo y blanco, el cual se podía convertir en un blanco inmaculado o casi rojo, luchaba con el violeta de los lirios, llegando a la paz que en la orilla ofrecían miles de florecillas. Estas iban de un blanco impoluto al amarillo, pasando por el verde más eléctrico de la hierba, que aquí era de especial resplandor y belleza. Todo ello era un conjunto de total luminosidad y armonía.

No hacía falta que nadie me dijese dónde me hallaba, sabía que estaba en ese maravilloso mundo el cual había caracterizado el gran cambio en mi vida.

No quería hacer absolutamente nada, tan solo quedarme aquí sentado disfrutando de tan esplendoroso paisaje, embriagándome de estos suaves perfumes a la sombra de este gran árbol. Él nunca pide nada por ceder su hermosa y fresca sombra que tanto necesita el caminante, el nada exige y todo lo da.

De repente comencé a escuchar un gorgoteo cada vez más audible. Este poco a poco empezaba a ser un murmullo, en el cual se podían empezar a escuchar palabras y frases. Todo este sonido procedía del agua.

En mí corazón se originaron fuertes palpitaciones, las cuales como el resonar de un tambor en mi pecho las escuchaba cada vez con más fuerza y regularidad.

Este balbuceo comenzó a expandirse, y sus palabras eran ya totalmente claras. Al llegar a mis oídos decían lo siguiente.

—Qué gran placer siento al poder verte de nuevo, enhorabuena por haber logrado regresar a este mundo que es tuyo también.

—Gracias mi bien amada; pero afligido me hallo debido a que en ese lugar en el que ahora estoy pasando un tiempo de mi existencia he sido siempre una espantosa persona, la cual tan solo pensaba en sí, y directamente era el culpable de causar mucha miseria y dolor a todos los seres que conmigo se relacionaban o que a mí se allegaban. Esto ha ocurrido en todos los lugares en los cuales he logrado descubrir que mi persona ha transitado.

En ese momento el dolor irrumpió en mi ser y la cabeza cayó por la vergüenza que de mí sentía.

El elemento contestó enseguida sin esperar más al ver cómo yo me encontraba.

—Ah mi bien querido, debes de estar tranquilo; pues no es para ponerse así. Quiero que entiendas que llegará un día en que la verdad salga a la luz.

—¿Y qué verdad puede ser esa? —contesté un poco exasperado.

—Ah, mi inquieto y amado hermano, tú igual la sabrás en su momento.

En ese instante pedía que el agua tomase una forma que yo pudiese observar, pues quería contestarle mirando a su rostro lo que sentía en ese momento.

—Mi bien querida, tú desembocas siempre en la exasperante incógnita. Tus medias palabras acabarán por desequilibrarme aún más.

En ese lapso de tiempo una agradable brisa tocó mi frente cual dulce beso de mujer diciendo:

—¡Hoolaa mi pequeñoo! Qué bien el tenerte de nuevo aquí.

—Sí, sí, pero tan solo puedo hallarme aquí si es que duermo.

—Pero ya han sido varias las noches que has dormido.

—Lo sé y creo que es debido a ese regalo que me hizo su majestad, esa piedra llamada Axixlux. Ella es la que ha abierto el portal para poder

llegar a este, mi verdadero hogar. En realidad es mucho más potente de lo que yo podría tan siquiera imaginar.

En ese momento el agua retomó la palabra.

—Pues deberías de imaginarlo, sabiendo como sabes que ella es una parte de mí.

Y la reprimenda del aire no se hizo esperar.

—¡Ay mi vanidosa! Es que no te has podido aguantar, ¡ay, ay!

De repente se escuchó una sonora y grandiosa carcajada. Esta se pudo percibir por todos los rincones del bosque.

La tierra rugía y se movía. Las raíces de los árboles parecían contentas de tal movimiento que les produciría más oxígeno, y esto se podía percibir como un susurro de alivio por toda aquella espesura.

Ese sorprendente movimiento contribuyó al nacimiento de una pequeña y vergonzosa florecilla, la cual eligió como mejor lugar para nacer el espacio que había entre mis piernas. Era como si me mirase, su centro era color naranja y sus pétalos blancos, incluso podría decir que se ruborizase al verme. A su lado una lombriz que se había despertado con el ajetreo sacó su cabeza y miró lo que ocurría. Como aquello que pasaba no llamó su atención, sin demora de nuevo escondió su cuerpo.

Y en ese instante el elemento Tierra se manifestó.

—Qué bello es para mí el tenerte de nuevo entre nosotros, grrrrr.

Habló la tierra, parca siempre en palabras. A lo que yo contesté lo mejor que mi cabeza podía llegar a conseguir.

—También por mi parte es todo un honor el sentirse querido por ti, tú que eres fuente de vida y sustento de existencia, al igual que a tus hermanos te agradezco de todo corazón el que me hayáis dado tan grato recibimiento. Pues como ya he dicho no estoy atravesando un momento álgido; más bien todo lo contrario, y este ha sido uno de esos nefastos días que no todo ser puede aguantar.

—Tranquilo mi niño, tranquilo, debes de saber que aquello que esta noche quieras hacer estará bien hecho. Grrrrr —rugía la tierra.

En ese momento silbó el viento, el cual ya no era esa dulce brisa. Más bien se convirtió en un viento severo.

—Ya debías de haber aprendido que lo que para ti es bueno puede que para los demás no lo sea.

El agua retomó la palabra, aunque se sentía todavía agraviada por las voces que el aire le había regalado.

—Pero todos sabemos que está muy bien el intentar que se busque lo que es bueno, nunca dejes de intentarlo, y sobre todo si lo haces por otro ser que esté padeciendo o se encuentre sano, te necesite o no, siempre dale tu ayuda; pues aquel que rechaza la ayuda es en realidad el que más la precisa. Y dime mi amor, ¿por qué todavía no has dado vida al fuego?

—Porque ante mis ojos y mi humilde comprensión, la última vez que hemos tenido trato alguno se comportó como un autentico cobarde.

En ese instante tembló de nuevo la tierra y así se expresó:

—Grrrrr, pero mi bien, no deberías de tenerlo por tal; pues lo que en aquellos momentos ocurría ni tan siquiera hoy podrías controlarlo, y en realidad él estaba todo el tiempo tratando de avisarte.

—¡Avisadme!, ¿y de qué me debía de avisar?

En ese momento y con un gran pesar comencé a darme de cuenta de que ese mi mundo comenzaba a desvanecerse poco a poco; todo se difuminaba, ya no lograba escuchar a mis hermanos elementos y menos podía ver ese maravilloso lugar, ese que era realmente mi hogar. Muy decepcionado y malhumorado abrí los ojos para comprobar que había llegado de nuevo a este infierno. Allí se hallaba la enfermera tratando por todos los medios de despertarme. En ese momento di un bote que por muy poco me caigo de la cama, y ella asustada cayó para atrás con la bandeja en las manos. Transcurrió un momento de incertidumbre, y en cuanto pude darme de cuenta de lo que yo había hecho, me eché a reír, lo que al momento la enfermera me acompañó gustosa.

En cuanto se incorporó me preguntó:

—¿Qué, te encontrabas bien a gusto?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Pues porque he entrado y no te has percatado de ello, y eso es un indicativo o de mucho cansancio o de un gran deleite por tu parte.

—Pues a decir verdad algo de razón no te falta, pero eso es algo que para mí me guardo, ¿de acuerdo?

—Está bien, ¿ahora me puedes responder a una cuestión que me ronda por la cabeza? Como no te hago falta para asearte y darte tu comida ¿me apartas de tu lado?

—No, nada, por favor, no quería decir tal y si eso te he hecho pensar debes de perdonarme. A veces no sé si mi forma de conducta es la idónea. También debe de ser porque no me paro a analizarla.

»De todas formas hoy no ha sido ni un día tranquilo ni afortunado, más bien podría decir que de todo menos eso. Aunque mirándolo desde una mayor perspectiva también ha sido un gran día.

Según esto decía la enfermera bajó un poco la mirada y me dijo:

—Si quieres y ese es tu deseo me retiraré.

Y ella sin más incluso antes de esperar a que yo dijese nada, se dio la vuelta y se puso en camino a la puerta.

En ese preciso instante algo muy extraño comencé a sentir, ¿cómo decir?, tenía la fuerte impresión de que me estaba adelantando a algo que iba a suceder. Esto era una visión de futuro, lo que yo vi fue lo siguiente.

Ella orgullosa y enfadada salía de la habitación, se disponía a bajar las escaleras. En el preciso instante en que comenzó su descenso por ellas, un carrito lleno de bajilla y otros muchos pertrechos cayeron sin control golpeándola por la espalda. Con el fuerte impacto la enfermera se cayó por esas escaleras rodando hasta llegar al descansillo. Pude percibir el pescuezo totalmente roto y su vida en ese cuerpo ya no se hallaba.

Me impactó tanto que justo un momento antes de que ella cerrase la puerta me dio tiempo a decir:

—Por favor, ¿sería tan amable de quedarse un instante más conmigo?

Ella se giró y me dijo muy seca:

—¿Porqué debería de hacerlo?

En ese instante yo la observé en toda su belleza, y un momento de silencio unió nuestras miradas.

Un fuerte estruendo de muchas cosas que caían por la escalera nos

hizo regresar. Ella se apartó de mi lado y corrió a la puerta para ver qué es lo que estaba ocurriendo. Después de ver lo que delante de sus ojos se desarrollaba, entró de nuevo en el cuarto y exclamó:

—Dios mío, si no me hubiese quedado, ahora ese carro se hallaría encima de mi cuerpo, con un desenlace de lo más destructivo para mi ser, eso seguro.

»Tengo que darte mil gracias por haberme hecho quedar un poco más de tiempo aquí contigo. No lo sé, pero tengo la extraña certeza de que tú…

En ese instante se cayó cortando cualquier sonido que de su boca quisiese salir, quedándose así sus palabras detrás, muy al fondo, en el vacío que se produce en una idea derribada de la mente que la produjo. En ella se veía todo aquello que se manifestaba en el exterior, pues la recorría un fuerte escalofrió, de arriba abajo. Me volvió a mirar y abandonó la habitación seguidamente.

Por mi parte me quedé también un tanto trastornado, no esperaba que algo así ocurriese. No podría haberlo imaginado y mucho menos proponerme algo así como cierto, pero fue real y sucedió. Sé que con la siguiente cuestión me voy a complicar la vida pero, ¿por qué está esto ocurriendo, qué se pretende con esto?

Sin más dilación en este tema ahí lo dejé y ahí se quedó, puesto que no le di más importancia.

Me dispuse seguidamente a ocupar este espacio de mi tiempo en el apasionante estudio de la historia del hombre. Por lo que hasta este momento sabía del pasado de esta especie, no era demasiado halagador; pero me seguía tentando el saber más de esta especie, la cual era lejana a mí pero que a la vez represento.

Comencé y pude poco a poco darme cuenta de una cosa, la cual resplandecía a lo largo de este estudio; a los poderosos, ya sea por su fuerza o su poder, siempre les han trasmitido un trato muy especial en lo que a la historia plasmada se refiere. Esto ocurría en todas las razas y momentos de la historia. Eran tratados como supremas entelequias, a las cuales daban un muy venturoso trato.

También existían aquellos a los que le retribuían los hechos

que los poderosos obraban, estos normalmente acababan quemados en la hoguera o atrocidades aún peores, sus nombres eran relegados al más profundo olvido y eran vilipendiados por ser simplemente hombres.

Pero ¿qué extraña raza es esta?, ella es polivalente a lo que a sus costumbres refiere. Me explico, lo que a unos les puede parecer muy mal, a otros puede que la misma cuestión sea algo normal e incluso óptimo, o quizás aquel que se encuentra a su lado lo ve como algo totalmente sobrenatural.

Lo que estos individuos no son capaces de percibir es que mientras parta del ser, será siempre totalmente natural.

Me hallaba yo en esas conjeturas cuando en ese instante la enfermera hizo acto de presencia.

Me miró con una profunda contemplación. Sin decir palabra se giró y cerró la puerta por la parte de dentro.

Antes de yo poder expresar nada, ella recorrió todo mi ser con sus dulces ojos, al momento y en dos pasos la tenía delante, tan cerca que podía oler cualquier pequeña emanación que de ella saliese. Su dulce olor a almizcle me llenaba profundamente, no podía averiguar de dónde salía; pero era maravilloso y muy conocido. Ella muy dulcemente y sin ninguna fogosidad ciñó sus labios a los míos en el más dulce beso de puro amor que se pueda concebir.

Me quedé totalmente extasiado, y fue tanta la satisfacción que en el día de hoy no he encontrado palabras para poderos describir un poco lo que yo pude sentir en ese extraordinario momento.

En el instante en que nuestros labios se separaron nuestras lágrimas se acabaron uniendo en su precipitado desplome al pavimento.

—¿Qué es lo que aquí está ocurriendo? —le pregunté porque en realidad nada entendía.

Ella me miró y nada dijo, tan solo procedió a volverme a besar. Fue en ese instante en el que supe que ese ser ya no era la dulce enfermera. Nada dije, pero ahora mi pasión y mis lágrimas se volvieron incontrolables, esta poderosa incontinencia se hacía dueño de mí.

—¡Ah, mi bien querido! ¿Sabes por fin quién soy ahora?

No dije ni una palabra, pero de mi mente brotaba toda una retahíla de ellas.

–Sí, por supuesto; eres mi amor, eres ese maravilloso ser de luz, eres mi virgen, eres el ser que yo siempre he amado amo, y que por siempre amaré. ¿Pero cómo?

—Piensa, recuerda el momento en que la dueña de este cuerpo, tu enfermera, se proponía salir por esa puerta que ahora yace cerrada. Pues bien, en ese preciso instante yo trasmití de mi pensamiento al tuyo aquello que ocurriría si ella en ese momento salía. Pero tú has elegido el prolongarle su existencia, y no que quedase ahí malograda su vida.

»Bien, pues como premio, le podemos llamar así, me han permitido el estar compartiendo aquí contigo aunque tan solo sean estos breves instantes. Como ya te he dicho el amor por siempre nos unirá.

Y así me volvió a abrazar más temperamentalmente, pero a la vez con la ternura que solo mi amada poseía. Mis brazos la acogieron y se integraron en ese abrazo con la devoción que la fragancia de toda florecilla debe a quien es capaz de localizarla y dar por sublime ese bálsamo cuando llega al olfato. Sin dilación de nuevo la besé.

Sin decir nada los dos procedimos a desnudarnos, ella con toda la dulzura que siempre poseen sus gestos me ayudó, pues todavía no era del todo capaz. Una vez los dos en toda nuestra desnudez, exponiendo nuestros cuerpos el uno frente al otro, me di cuenta de que allí no había rastro de esa enfermera, tan solo ella en su profunda belleza se topaba frente a mí. No existía vergüenza alguna ni nada parecido, nuestra afinidad era tal que sin tan siquiera decir nada, un moviendo dado por uno delataba el siguiente paso a dar por el otro. Los dos nos unimos en lo más profundo de nuestros cuerpos, en lo más hondo de nuestro ser completo en este instante.

Esa era la unión de dos puras y nobles almas, entrelazadas por los lazos más inmaculados que en el mundo de los sentimientos se puedan hallar.

Allí se produjo el nacimiento del universo en el estrecho espacio de una cama. La pasión se convirtió en una inagotable fuente de amor.

Tenía la fuerte convicción de que este momento, este profundo

amor no era tan solo para nosotros. Pues en ese, instante la devoción de este altivo sentimiento que exhalábamos era tanto y tan profundo, que en muchos kilómetros a la redonda cualquiera ser que se hallase solo, triste y falto de este bien tan necesitado y buscado, se sentiría complacido por mucho tiempo.

El gran momento en que el clímax llegó fue de igual intensidad y de esa forma tan especial, que ambos llegamos a tener un orgasmo y un placer al mismo tiempo y de la misma intensidad. Todo se produjo como si de un solo cuerpo se tratase. Era la unión de dos almas que al unísono son complacidas, y en el momento cumbre llegan al cielo a través de un éxtasis total. Un momento después las dos descienden a la vez y en plena comunión a la tierra. ¡Qué gratificante resultaba ese descenso!, pues gracias a él sé que he estado arriba, pues de lo contrario no podría bajar.

La verdad es que nunca he sabido si alguna vez la enfermera se enteró de algo, pero lo que sí tengo muy claro es que la unión de mi virgen y yo quedaba consumada hasta el día de mi muerte. Me atrevería a decir que incluso mucho más allá.

Ella me miró y al instante se levantó y comenzó a vestirse. Antes de que nada pudiese decir ella habló.

—Mírame y no te aflijas, pues es la hora en la que yo debo de partir. Has de saber, mi bien amado, que desde este momento nuestros lazos son mucho más fuertes y nuestra comunicación será mucho más fluida también, quiero que comprendas que esta será mucho más a menudo e intensa.

Y así sin desviar su vista y mirándome con toda la intensidad que posiblemente se puede mirar, acabó de vestirse, se acercó a mis labios y dulcemente los beso. Un instante después desapareció tras la puerta.

Yo me quedé encima de la cama, y creo que debía de tener entre una cara de tonto y complacido, que aunque no podía vérmela sabía que era así. No podía ni quería ni tan siquiera moverme un milímetro, pues este en realidad había sido el gran momento de mi vida.

No quería ni mojar mis labios, pues notaba la humedad de su saliva en ellos. No quería que nada cambiase este momento y así me fui

poco a poco relajando. Caí sin saber si era cierto o todo un sueño en una quimera, pues no dormía pero tampoco estaba despierto. Era una especie de limbo en el cual me hallaba tan a gusto, que si por mí fuese dejaría que las horas pasaran sin salir de aquella especie de trance.

Pero al poco tiempo se abrió la puerta y apareció la enfermera. Me sobresalté un poco pero nada dije o hice, solo esperaba lo que podría acaecer. Ella preguntó:

—¿Qué es lo que te ocurre?

En ese instante con un gesto me tapé pues seguía desnudo, a lo que le dije lo primero que se me ocurrió:

—No sé… a mí no me ocurre nada, por supuesto.

Se quedó mirándome con cara de extrañeza, y al momento me dijo.

—Tan solo he venido para darle de nuevo las gracias, de no ser por usted no sé dónde me encontraría en este momento, y en qué condiciones podría yo estar, y eso es lo peor.

—En realidad no tienes que agradecerme nada.

—Sé que eso es lo que tú puedes llegar a pensar, pero yo no lo creo así.

—Entonces yo te estoy súper agradecido a ti por tus cuidados y por tus atenciones, ¿de acuerdo? De esta manera ambos estamos uno agradecido al otro.

Ella me miró dilatadamente y como lejos del momento que estaba a atravesar y dijo:

—Pues mirándolo de ese modo, totalmente de acuerdo.

Yo quería cambiar el ritmo de este momento así que le pregunté:

—Cambiando un poco de tema, ¿me podrías hacer un favor?

—Por supuesto, lo que sea, dígame.

—¿Podrías ir a ver cómo se halla Lut y me dices la verdad de su estado actual?, pues pienso que no están siendo del todo sinceros conmigo.

—Así lo haré, si necesita lo que sea ya sabe.

—Sí, ya lo sé, no debes de preocuparte, muchas gracias.

Ella salió disparada por la puerta, y de esta manera de nuevo en

la más absoluta soledad. Sin dilación y casi en una lucha por su rapidez, llegó con fuerza el sueño y pensé en un primer momento: «Debo aguantar», pero un instante después pensé que sería bueno el quedarme un poco en los dulces brazos de Morfeo y que este fuese el que se encargase de mí por un breve espacio de tiempo. Pensaba en volver a ese maravilloso lugar, en el cual en realidad era en el que yo podía recoger la fuerza para seguir viviendo. Era del todo consciente de que por un tiempo aquí debía de seguir, me correspondía enderezar todo aquello que con mi forma de ser había retorcido.

Trataba de pensar en ello pero lo ocurrido con mi virgen me rondaba la cabeza, como las aves revolotean en la alegre primavera. De repente al igual que el que de bruces se cae y una fuerte brecha abre en su cabeza y de ella la sangre comienza a manar, Volvieron los recuerdos y pensamientos sobre esa familia de color, estaba completamente seguro de que como a ella a cientos de familias yo con mi vil arrogancia y mi pueril forma de comportarme tanto daño y dolor les había causado, tanto, que hasta llegué a destrozarlas por completo.

¿A cuántos directa o indirectamente había matado?

¿Qué es lo que yo era en realidad, un diablo en la tierra?

Tantas cosas se me habían dado en esta vida… y con ellas yo, por supuesto, había hecho lo contrario a lo que en realidad debería de haber acometido.

¿Quién en realidad soy?

Qué paradoja, cuando creí ser un ángel sé que era un demonio, y cuando me creía un demonio resultó que era un ángel. ¿Y ahora qué? En realidad no lo sé, pero sí sé que como se vive te arrastra un poco en determinar el cómo se es capaz de existir.

El ejemplo más claro que ahora me viene a la cabeza es el del Mesías. Ese extraordinario ser que dio la vida por todos nosotros, eso cuenta el libro. Él era ese ser que a través de su sufrimiento promovió y logró más bien que sus enseñanzas fuesen escuchadas. Ese ser que lo único que enseñaba era la verdad y el amor.

Pues bien, ahí radica mi paradoja, en nombre de ese ser, el hombre es culpable de miles de muertos, y de miles de millones de mutilados, y

de miles de millones de huérfanos, y de una de las mayores tiranías que el hombre ha infringido a sus semejantes.

Qué ilógico me llega a parecer que aquel que por amor al prójimo él sufrió, el tormento de la cruz sufrió. Tan solo con un fin: que el hombre se convirtiese en un ser bueno y comprensible.

Pues bien, el hombre ha elaborado de todo en su nombre. De todo sí, la diferencia es que ha elaborado lo más horrible que la torturada imaginación de un psicópata pueda crear.

Lo que nunca ha hecho es seguir sus enseñanzas. ¿Qué culpa tiene él? Él tan solo tiene culpa de una cosa, no es otra cosa que el de confiar sus enseñanzas a unos seres incapaces para ellas. Nunca fueron quienes de comprenderlas, mucho menos manejarlas. Es culpable de confiar en el ser humano. Este es un ser tan enrevesado que todo lo tiene que trasmutar y tergiversar. Incluso una gran sabiduría expuesta por un ser loable la llegó a convertir en una representación dictatorial, utilizada como represión hacia aquellos seres que tenían una cultura y tradición propia, y que quizás estos individuos pusiesen en práctica todos los días aquellas enseñanzas que él nos había dejado; pues el amor al prójimo, el amor a la naturaleza era algo que estos mal llamados salvajes tenían muy íntegro en su forma de vida.

Qué pena lo que hicieron y siguen haciendo realmente, por poner un pequeño ejemplo con los nativos americanos. Lo acaecido en Europa y parte de Asia con la mal llamada Santa Inquisición, la cual tuvo una duración extrema pues perduró varios siglos. Con la asociación de la santa cruzada dejaron una estela de muerte y sufrimiento por muchos de los países en los cuales a la fuerza la doctrina católica se implantó, eso es algo que ni el propio tiempo podrá borrar jamás.

Y qué pena que hasta en el presente se siga matando y muriendo en nombre de la gran enseñanza y del ser, el cual siempre ha predicado todo lo contrario a lo que hoy la realidad nos muestra.

Qué pena el dedicase a hacer negocios con el hambre de los demás.

Qué pena que desde donde promulgan la palabra de Iesus sean lugares con unas riquezas sin igual. Está altamente demostrado que si vendiesen las obras de arte, las cuales adornan sus templos, y otras mu-

chas cosas que poseen, la mitad del hambre del mundo sería devastada. Esta sería la manera de redimirse dejando así a su paso un fragante camino de esperanza, de esta manera el hombre comenzaría a darse cuenta de que la palabra del señor podría llevarse a cabo, y dejarían de sentir el egoísmo que las religiones establecieron allí donde se han constituido a la fuerza.

Pero ¿cómo un representante de esas religiones, predicando este la palabra del señor, el cual murió con un sayal como única prenda, sí un harapo, es vestido con relucientes trajes? ¿cómo puede tratar de imponernos la palabra de Iesus teniéndolo ahí colgado y dándole la espalda, y si fuese poco lo cuelgan en un lugar cargado de opulencia. Qué triste el visitar un lugar de esos en los cuales tan solo saben predicar la palabra del dolor.

Descolguemos de una vez el sufrimiento e instauremos el amor en su lugar, pero qué difícil nos resultara con estos seres que en vez de pedirte amor te piden oro, en el nombre del señor, por supuesto.

Sé que todos los que en esta parte del mundo viven habrán visto en fotografía el Vaticano. Por lo menos, habrá alguien que lo ha visto en directo, pues sea como fuere creo que el que lo viese se dará de cuenta del mensaje del señor, y así apercibirnos de qué lado se hallan estos personajes.

Hace ya unos años atrás se encontraron unos escritos llamados evangelios apócrifos, escritos en arameo, la lengua de Iesus. Entre todos ellos existía uno, el cual fue llamado Evangelio de la Verdad o el de Iesus. Este era su evangelio, sus enseñanzas, sus palabras, en él se decía:

El templo del Señor radica siempre dentro de uno mismo.
De nada pueden servir grandes muros de piedra y madera.
¿De qué vale el recogimiento cuando no existe el silencio interno?
La palabra es el eco del alma,
la cual su casa se encuentra en el interior de nuestro ser.
Y es por eso que el mayor centro de recogimiento que existe
radica en nuestro interior y en nuestro exterior;
pero en la naturaleza, no en otro lugar.
Es seguro que allí encontrarás lo que buscas y no en otro sitio.
Rompe un leño y allí estaré,
levanta una piedra y allí me encontrarás.

Pero hasta donde mi mente ha llegado es seguro que este iluminado ser, al igual que muchos otros, no estarían de acuerdo en repasar tanta maldad. ¡No puedo dejar que mis sentimientos se impliquen y den vida a estos pensamientos tan funestos y negativos! De esta forma está claro que no me estoy haciendo ningún bien ni a mí, ni a nadie. Debo de enfocar las victorias que sobre el mal se hayan producido, pues derrotas ya hay demasiadas y centellean por su propio volumen.

Y así, mientras mi mente se hallaba en esta pequeña batalla que entre el bien y el mal se establecía, percibí muy en lo profundo de mi ser, sin saber bien por qué esto sentía, que alguien se colocaba enfrente a la puerta. Quise engañar a mi mente pensando en mi enfermera, la cual quizás trajese noticias de Lut o de mi abogado. Pero sabía que me estaba engañando y que no era ella quien ahí estaba plantada.

Dos golpes rítmicos y sonoros se oyeron, pero sin divagar un solo instante dije:

—Pase quien sea, pues aunque no sé quién ahí está, sé que no traes ningún mal, por lo tanto pase usted.

La puerta se abrió poco a poco exponiendo al exterior los nervios que esta espera me producía. En el umbral apareció un ser extraño, o eso opinaba pues algo así desconocía. Su aspecto no era de lo más normal y esto fue lo que trasladó a mi asombro.

Tenía el pelo, o más bien la privación de este pues, su cabeza brillaba tan solo por un motivo: que no era más que quien lleva mucho tiempo sin ningún tipo de pelo en su cabeza.

Vestía una especie de túnica que le arropaba todo el cuerpo, esta tenía un curioso color anaranjado, esa la llevaba en su parte interna. En la parte externa lucia otra túnica de un rojo oscuro, tanto el color como la tela se hallaban ya bastante desgastados. Calzaba unas sandalias roídas por las distancias que había tenido que superar, estas tenían una manufactura de estilo muy rustico. Todo esto unido me decía que las habían hecho a mano y sin cambiar ni un ápice de como siempre se crearon, daba la impresión de haber sali-

do de un pedazo de la historia que quedó atrás ya hace demasiado tiempo como para poderlo expresar.

Con una profunda y limpia mirada, y con una fragante sonrisa en su boca me dijo:

—Hola, ¿cómo te encuentras?

Me dijo esto sin que por un momento su sonrisa dejase de verse en su esplendida tez.

—Perdón, ¿podría decirme quién es usted, y quién le ha dejado subir a aquí?

—Eso es un poco complicado de responder, llevo mucho tiempo intentando resolver ese rompecabezas, pero no ha llegado aún el momento de darle solución. ¿Y usted ya sabe quién es?

—Pues a decir verdad lo único que de momento he logrado resolver es que he sido una muy mala persona. Pero estoy tratando de enmendar todo lo que he urdido, pues hace muy poco que aquí estoy y desde mi regreso no me ha resultado nada fácil. —Quedé cabizbajo y pensativo, pero de repente continué—. ¿Pero por qué le estoy contando todo esto a usted?

—Eso es fácil, porque en lo más profundo de su ser sabe que debe de hacerlo.

Observé aquel ente que realmente me resultaba agradable al corazón y le dije:

—A decir verdad sí que en mi interior esa sensación se ha hecho poderosa. Pero dígame, ¿de dónde procede y por qué se halla en mi habitación?

—La verdad es que en usted sus pensamiento resuenan muy alto, y según creo, mis superiores han interpretado que usted se hallaba ya sumamente preparado.

— Dispénseme por mi ignorancia, pero si debo decir la verdad no entiendo nada.

—Perdóneme ahora, pues es momento de que yo me calle, su médico viene resoplando por el pasillo.

Justo en el momento que él calló, se abrió bruscamente la puerta, y el médico con cara de muy pocos amigos apareció.

—¿Dónde está ese, dónde está?

Yo lo miré y sabía lo que pasaba y a quién se refería, pero así a todo le pregunté:

—¿Quién, de quién está hablando?

—Ese mequetrefe que se hace pasar por monje dice a su vez que es usted un monje, y que tan solo él puede ayudarlo.

—Hola que tenga usted un grato día y que mis bendiciones vayan con todos los seres que a usted se acerquen.

Saliendo como de una sombra inexistente le dijo el monje refiriéndose al director del hospital.

—Ah, está usted aquí, voy a llamar a seguridad para que se lo lleven *ipso facto*.

Yo observaba lo que ocurría, mientras el director parecía sufrir mucho con este momento, el monje se hallaba en una paz profunda, así que le dije:

—Un momento, yo no creo que vaya usted a hacer eso, pues este hombre ha hecho un largo viaje para poder verme y estar aquí conmigo. Es por lo tanto que él se va a quedar aquí, yo gustoso pagaré su estancia. ¿De acuerdo?

—Está bien, si así lo quiere… pero que sepa que no me gusta.

Si este individuo lo molestase, o cualquier cosa que necesiten ya sabe.

—Sí ya lo sé.

El médico dio media vuelta y se marchó mirando de soslayo al monje.

—Qué pesado se puede llegar a poner.

El monje me miró y me dijo:

—Sí, ya, sobre todo desde que supo quién era usted. ¿No?

—Así es, pero dígame, ¿qué es lo que usted quiere de mí?

El monje se sentó en el suelo y me miró profundamente, como aquel que descansa y se propone compartir sus vivencias. Al momento comenzó a hablar.

—Está bien, mira, en primer lugar quiero que comprendas el tiempo que me ha llevado el encontrarte. Han sido cinco largos años

de caminar por muchos lugares diferentes. Sin contar el tiempo que he derivado en tenerme que preparar para esta misión, para la cual es indispensable toda la ayuda que yo pueda proporcionarle.

»Del lugar del que yo vengo mis maestros han establecido un vínculo de unión con los seres que le han estado ayudando. Y estos le han dado el mensaje que yo le voy a desvelar.

Yo lo miré con una temblorosa mirada y le pregunté como si nada supiese.

—¿Contactando con quién, a quién se refiere usted?

—Pues en primer lugar lo hicimos con los elementos, estos siempre un tanto reacios en un principio, es normal pensando en cómo nuestra especie los ha tratado. Pero en las postrimerías de un tiempo indefinido comprendieron nuestros motivos, y ellos son los seres supremos en una escala material. Ellos, pasadas muchas estaciones, respondieron. Mucho aprendimos, mucho nos han dado. Cuando el crédito fue pleno nos dieron paso a poder conocer a otros muchos seres.

—Entonces es cierto… ¿Sabe usted en dónde he estado?

—Por supuesto. Lo sé; pero gracias a los maestros, que me lo han comunicado para que lleve a cabo mi misión. Pues este es un tema del que muy pocos son los que llegan a discernir su existencia.

—¡Y usted me puede asegurar que ese lugar es real y existe ciertamente!

—Eso es algo a lo que yo no puedo responder; pues es casi seguro que lo que para mí es totalmente real para usted tan solo represente un sueño. Pero lo que si le diré es que hay grandes seres que llevan toda su existencia preparándose para tan solo acercarse a ese lugar, en el cual usted ha estado viviendo durante un tiempo.

En ese instante lo miré con cara de total asombro y le dije:

—No acabo de comprender nada de lo que me dices, no puedo asimilar que las personas se deban preparar para llegar a ese lugar tan maravilloso, el cual me espera después de fallecer en este otro espacio temporal, y al que cualquiera en sus sueños puede llegar.

—Mi buen amigo, aquí en esta dimensión la mayoría de las veces la comprensión no tiene lugar de creación, pues al igual que sucede

con los sentimientos, no hay que comprenderlos, tan solo aceptarlos. Ellos llegan al ser, y debemos de admitir siempre que están aquí y han llegado, nunca rehusarlos o esconderlos. Pues bien, la mayoría de las personas buscamos un lugar como ese durante toda nuestra existencia, y al igual que los sentimientos la llave para llegar a ese maravilloso lugar que permanece toda nuestra vida en lo más profundo de nuestra mente.

—Bien, yo admito que he estado en un lugar en el cual la mediocridad de los hombres no tiene cabida; pues es la pureza lo que se exalta y se manifiesta allí. Yo lo sé por propia experiencia.

Este ser me miró un poco asombrado y al momento dijo:

—Creí que ese tipo de cosas te las tendría que enseñar yo. Pues conociendo a nuestra especie, y aún por encima un ser de occidente, nunca pensé escuchar una tan noble reflexión de tu boca, la verdad. Debo de admitir que en ese lugar te han preparado bien, mucho mejor de lo que esperaba.

»¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar por la defensa del amor puro?

Esta pregunta me infringió con la rapidez que se recibe una bofetada. Pero raudo contesté.

—Hasta donde mi ser tenga a bien llevarme, y puede que quizás más allá.

Podría decir que él no esperaba mi respuesta tan rauda. Cerró un poco sus ojos y me envió de nuevo una afilada pregunta.

—Bien, bien, estás mucho más preparado de lo que nunca hubiese imaginado. Pero contéstame ahora, ¿qué es lo que del mal conoces?

Lo miré y bajé un poco la cabeza, pues eran recientes muchas de las proezas ladinas y malvadas que yo sabía que en este lugar había cometido.

—Debo decirte que mi lavado de memoria ha mermado lo que de él podría darte a conocer. Pero lo que aquí he aprendido es que en este lugar llamado Tierra danza a sus anchas.

—Es cierto que aquí el mal es bien recibido, y está a la orden del día, pero dime, ¿qué es lo que del mal sabes allí? Pues no es muy normal que en un lugar como ese se manifiesten cosas que con el mal tengan que ver.

Y así fue como comencé a contarle mi muy mala experiencia antes de ascender al castillo; todo aquel sufrimiento y desesperación, todos los cuerpos mutilados cayendo desde las alturas, y di término a mi relato de la siguiente manera:

—En ese, mi verdadero hogar, sé con toda la franqueza y la sinceridad que en mi corazón se puede encontrar, que en él se plasma una sola cosa, no puede existir nada de maldad allí. A no ser que lo preguntes por aquellos seres que moraban en la sombra. Ellos solo se dejaban ver cuando la más completa oscuridad llegaba, y esta se relamía en los corazones de los que presentes no pudieron esconder su persona por agotamiento. Estos seres sombríos se adueñaban de toda su energía y de la poca vida que quedaba en estos seres. Ahí recuerdo que incluso a la reina se le ponía la piel erizada cuando le pregunté por ellos, y no quiso aclararme del todo de qué se trataban.

»Pero lo que sí está claro es que aquella pesadilla de tan maliciosa existencia estaba allí porque yo la había creado.

Él me observó con una muy profunda mirada y después de un momento habló de nuevo.

—¿Tienes la certeza en estos momento de saber de qué lugar salió esa horrible visión?

—A decir verdad, y aunque en un principio lo negase, pues no podía ni querer comprender que todo ello… Bueno, solo decirte que sí sé de dónde partió esa dura visión.

Él me miró con dureza y dijo:

—Pues bien, procede pues a contarme de dónde ha salido aquel horrible momento.

—Tengo ahora la certeza de que yo aquí en este mundo que por un tiempo llamé hogar, fui un ser ruin, malvado, sin escrúpulos podía hacer y deshacer. Yo era causante de muchas muertes, del gran dolor que representa el sufrimiento continuo, y todo ello amenizado con la tintura de una autentica desesperación. Creo que toda esa maldad debía de ser canalizada por alguna vía, alguna salida debía encontrar para expelerla con fuerza hacia el exterior, y que así dejase de destrozarme el alma. Así procedieron a proporcionarme como un fin esa total exi-

gencia, la cual no era más que poder liberar el peso de mi alma. Lo hicieron de una manera maravillosa: En aquel maravilloso lugar en todo momento tenía libertad para elegir. Al ser yo quien determinaba lo que debía hacer, esto lograba poco a poco que me superase. Pues de aquello que ignoras solo podrás sacar un conocimiento equivocado. Pero no hice nada de lo que debía hacer, transformado todo momento en el que yo podía disfrutar de ese maravilloso lugar. Tan solo mi egoísmo me llevó a no hacer caso al guardián, dejando ahí que todo ese mal que a mi alma deshacía se liberase. Miré abajo, sí, miré sin tener que hacerlo y ahí comenzó mi ser interno negativo a tomar las riendas de mi existencia. Todo lo que en el fondo de esa montaña veía y viviría era por ello. Todas las experiencias que yo iba superando hacían que en mi interior se desatasen pruebas de superación de mi mente hacia el mal, hasta que por fin llegó la prueba más dura, ya que podía haber hecho trampa y subir esa montaña por donde no debía. Tenía la certeza de que no podía hacer eso, ya que sabía que debía de sufrir las penurias de ese ascenso para así dejar atrás toda aquella maldad poco a poco y ser a cada momento mejor y más humilde. Sé que si no hubiese hecho las cosas como las hice no estaría aquí en este momento.

Paré pues ya no podía más, las lágrimas por el recuerdo y el dolor que representaba el saber que el mal lo había llevado yo aquel lugar de amor no las podía soportar.

Ese ser, el monje, percibió a la perfección mi lucha interna y habló sin dilación:

—No sé si has llegado a darte de cuenta de una cosa que está muy clara en tu relato. Tú, al igual que otros grandes hombres, dispusiste de tu sacrificio si fuese necesario por salvar aquellos que allí se hallaban sufriendo. Y que aunque tan solo uno fuese salvado para ti no existiría mayor regocijo. Y siendo consciente como eras que tu vida estuvo en un muy grave peligro casi te quedas allí para siempre. ¿No es así?

Levanté la cabeza un poco, casi sin poderlo ver pues las lágrimas nublaban mi imagen. Pero contesté con toda sinceridad.

—Sí, lo sé, pero afortunadamente sé que eso carece de importan-

cia, pues la vida tan solo es un momento, y mi vida solo representa un efímero picor; lo rascas y se acabó...

Volvió a clavarme la mirada y dijo:

—¿Sabes?, en eso te equivocas; pues en realidad sí que la tiene amigo mío, sí que la tiene.

Después de esa mirada de dureza quería salir de ese momento, así que le dije:

—Está bien, ahora que ya nos conocemos mejor y hemos cambiado impresiones, dime ¿qué es lo que ocurre para que tú estés aquí?

Él me observó con una profunda mirada.

—Ocurre, mi bien querido, que tú vas a tener que hacer un sacrificio aun mayor, y no por ti; sino por ese ser que poco conoces, por ese, tu nuevo amigo y familiar.

—¿Por quién, por Lut?

—Así es, él acaba de entrar en un coma profundo. Él se halla en un sufrimiento extremo. Pues él ha llegado a un lugar al cual nadie quiere ir y casi nadie de él logra regresar. Pero yo al igual que los seres que conoces y mis superiores, sabemos que tan solo tú puedes entrar y sacarlo de ahí con bien para todos.

Otro golpe más recibido en este nefasto día.

—Por favor dime que eso no es así. Dime, por caridad, que te lo estás inventando.

Él en ese momento tan solo me miró y dijo:

—Esto en realidad es una de las cosas por las que la telepatía no me es placentera, pues a veces debemos ser muy fuertes. Pero no soy yo quien tiene algo que decir, tu médico y tu hermana se dirige hacia aquí en este momento y ellos serán quienes te informen.

Y en ese momento el monje se cayó, y al cavo de un breve instante se abrió la puerta, en su umbral apareció mi hermana acompañada del médico, ella tenía la cara desencajada y sus ojos lagrimeaban sin parar y como buenamente pudo exclamó:

—Lut está muy mal, ha entrado en coma.

Miré con mucho dolor y pregunté:

—¿Le habéis quitado todos esos tubos y cables?

A lo que el médico presuroso me contestó:

—No creo que esa sea la mejor opción para él, pero si ese es vuestro deseo raudos dispondremos a dejarlo partir en libertad.

Miré a mi hermana y ella asintió con la cabeza.

—Sí, ese es nuestro deseo, pues a decir verdad no creo que nadie pueda sentirse cómodo en tales circunstancias.

O sea, que si me hace el favor vaya y quítele todos esos tubos y cables. También le pido que en el caso de que a mí me ocurriese algo y me quedase en la situación en la que él se halla ahora no quiero que me metan por la boca eses aparatos, ¿de acuerdo?

El médico me miró y dijo:

—Para poder hacer una cosa así, deberá firmar unos papeles que rápidamente le traeré para que usted pueda rubricarlos. Pero no pierda la esperanza, y sepa que si se encuentra en mis manos así se hará.

Giré mi cabeza y mirando a mi bella hermana le dije:

—Hermana, es a ti a quien encargo que esta misión sea cumplida.

Ella miró sin dejar de llorar y respondió como pudo:

—Así se hará. ¿Pero por qué me encomiendas tal cosa si tú te hallas en perfecta condiciones de salud?

—Sí, lo sé pero Lut también se encontraba como una rosa y sin embargo ahí lo tienes.

Ella me abrazó y sus lágrimas mojaron mi rostro, me dio un beso y de nuevo habló:

—Si no necesitas nada y no te importa me voy con Lut, tanto tiempo esperando estar con él y qué poco me ha durado.

Y así fue que en el momento en el que ella se giró para salir se encontró con el monje y se quedó media pasmada.

Me miró y me preguntó:

—¿Pero quién es este personaje?

—Él es una ayuda tranquila y no por ello no debes de preocuparte.

En ese instante el monje arqueó sus ojos y subió su mentón y sin esperarlo habló de esta manera.

—¡Oh! Tú eres una como la eterna flor frágil, pero siempre en la más fuerte de las luchas. Eres muy similar a la flor del loto, ella tiene

sus raíces a mucha distancia de donde su flor se encuentra. Tiene que luchar contra el elemento para poder llegar a la tierra, y en ella fijar así sus raíces.

Una vez lograda su misión y su endeble raíz logra penetrar en la tierra, su preñez nos da el nacimiento de una de las flores más bellas de entre todas las demás.

Tú eres una de esas bellas flores luchadoras, lo cual hace de ti una bellísima persona. ¡Qué pena el no ser un hombre! Pues teniendo esa forma simple de existencia, ello me daría alas para poderme enamorar de lo que tú representas. Y aunque certeramente sepa que tu corazón pertenezca a un hombre, en él hay sitio para todos los demás. ¡Qué grande eres!

Ella se quedó tan atontada y colorada que lo único que hizo fue inclinar su cabeza y marcharse.

A lo que yo no me pude reprimir.

—Bueno, veo que aunque seas un monje la galantería no se te da nada mal.

Él me miró con gran seriedad, y contestó:

—No se trata de galantería, pues tu hermana es una luchadora, en ella los genes de la fuerza, la energía y la luz se pueden sentir incluso cuando no está presente.

—En eso sí debo decir que razón no te falta.

Sin darnos cuenta el médico ya había abandonado la habitación sin decir palabra, lo que me pareció extraño cuantos menos.

De repente y casi sin aviso, como si un terremoto estallase, se escuchó, yo creo en todo ese hospital, el fuerte estruendo que produjo al abrir las puertas de par en par.

Era mi sobrina, que venía muy exaltada.

—Tío, tío.

—¡Oh mi querida niña! Dime, ¿ya has descubierto el misterio de la llave?

—¿Pues qué imaginabas? Yo soy un lince para estos casos. He de decir que ahora disponemos de nuevas tecnologías, y claro, te hacen el trabajo mucho más fácil.

—Muy bien, dime entonces qué es lo que has conseguido averiguar, o si has encontrado algo.

—Bueno ahora sé que es una llave de una caja privada, de esas que en los bancos se encuentran. En la llave está grabada una numeración, y claro, con estas pistas entré en Internet. Acto seguido me orienté hacia una página donde trataban este estilo de cosas, probé a ponerle la numeración y enseguida me indicó la dirección y el nombre del banco. Allí me he encaminado en el mismo instante en el que supe hacia dónde ir, una vez allí di tu nombre y enseñé mi documento de identidad, les enseñé la llave, tuve que explicar más o menos tu situación, aunque algo sabían ya por la televisión.

»De esta manera me orientaron a una cámara, la cual se hallaba en los sótanos del banco. Abrieron una puerta y entramos a un cuarto repleto de pequeños cajones, él se encaminó a uno en particular y sacó una llave. Acto seguido me dijo que metiese la mía en el hueco de la cerradura, giramos a la vez y abrimos la caja, una vez entreabierta él se retiró.

»Abrí la portezuela y saqué una caja bastante grande. La posé en una especie de mesa central y abrí la tapa. En su interior había joyas, bastante dinero y un sobre con una lista. Este me llamó la atención así que lo observé con más detalle, pude comprobar cómo al lado de cada nombre se escrituraban unos números. Cogí esa lista y un brazalete que me gustó mucho.

En ese momento levantó el brazo para que pudiéramos observar la joya, esta tenía una gran cantidad de piedras engarzadas con la finura del oro, era desde luego muy bella.

—¿He hecho mal?

—No, mi querida niña; pero por favor, sigue con tu relato.

—Pues al salir de la financiera me senté en un banco que se encontraba en un parque, pues después de estar en ese lugar me apetecía mucho el sentir la naturaleza, aunque esté en la ciudad un poco enjaulada, he de decir que este parque no se hallaba lejos de esa sucursal. Primero respiré un poco dejándome llevar por la fragancia de las flores, y cuando ya estaba un poco más despejada comencé a observar aquella lista. Con

completa seguridad podría decirte que esta lista es una forma que tú decidiste para dar la vida a aquellos que en ella estaban.

»Me explico, en un lado escriturabas el nombre del individuo y su estado económico, lo que tú habías consumado drásticamente en su existencia. Al lado de esto en otra columna una buena cifra monetaria que es seguro que le habías mandado o bien te disponías a mandar. Ahora estoy segura de que el individuo que te maltrató se llevo una buena cantidad de dinero, el cual tú te disponías a mandar a quien le tocase de la lista. El dinero es seguro que lo tendrías en ese sobre que encontraron junto a tu cuerpo.

Yo sabía que no podías ser tan malvado como nos hacías creer que eras, no siempre has sido el más malvado de los que te rodeaban, más bien eras el más bueno entre los malvados.

Ella se tiró a la cama y me dio un fuerte abrazo.

—Muchas gracias mi querida niña, me has hecho un ser muy feliz. Pero debo de pedirte ahora dos cosas, primera ¿está el nombre y la dirección del africano?

—Tan solo se puede leer el nombre y lo que parece un número de teléfono.

—Mejor puedes llamar a ese número y preguntar por su familia, y de esta manera mandarle una muy buena suma de dinero.

»La segunda, mira, lleva ese sobre a mis abogados y que le miren las huellas digitales, es seguro que esos incautos dejaron sus pegadas en él. Aquellos que se hallan en esa lista, por favor que los busquen y les manden las cantidades prefijadas. Te quedarás con ellos hasta que se sepa algo sobre los seres que me asaltaron, ¿de acuerdo?

Ella me miró y se veía que no le gustaba la idea, así que a regañadientes me dijo:

—Está bien, totalmente de acuerdo, lo haré por ti.

—Ven aquí y dame un gran abrazo presidido por ese beso que en tanto tiempo nos ha faltado.

Ella me observó detenidamente y dijo:

—No sé, no sé, ¿no me estarás ocultando algo que deba saber?

—Por supuesto que sí, te oculto no una ni dos, sino muchas cosas;

pero ¿qué más te da si total no te las voy a decir?, pues en primer lugar no sabría cual sería tu reacción y esto llevaría a un sinfín de incógnitas más que es seguro que nunca llegarán a resolverse.

—Está bien, no te pregunto más por el tema; pero lo que si me podías aclarar es ¿quién es este individuo que está a mis espaldas?

—Es un ser que en mi ayuda ha venido. Y estoy seguro de que él podría responder perfectamente a tu pregunta.

—¿Estás completamente seguro de eso?

—Por supuesto, mi querida niña, por supuesto.

Y antes de que ella se llegara a percibir su presencia, el monje la agarró por el hombro.

No podré nunca deciros lo que ella sintió con esta especie de contacto, lo que sí puedo contaros es lo que acto seguido pasó.

Mi sobrina dio media vuelta, se abrazó al monje e inmediatamente lo besó en la mejilla y le dijo:

—Eres bueno, aún diría más, eres un ser de una gran compasión; pero espero por tu bien que no le ocurra nada malo a mi tío, pues de otra manera te buscaré y pagarás ante todo aquello que pueda significar luz o bondad todas tus maldades. ¿De acuerdo?

—Que así sea y que como tú lo proclamas se cumpla.

Ella en ese momento abandonó la habitación, no sin antes echar una profunda mirada a nuestro nuevo huésped.

—¡Buf! No me gustaría tenerla como enemiga. Por lo tanto, cuando partamos tienes que prometerme que vas a ser prudente en extremo, y de esta manera nada te podrá acaecer.

—Por supuesto; pero quiero que comprendas que no lo haría por ti, ni por ella, tan solo lo haría por mí. Pues tengo una meta muy marcada, debo de subir una gran montaña.

Y al momento una ingenua sonrisa brotó en mi cara, pues al establecer este comentario todo el recuerdo que en ese mundo había acontecido volvió de repente a mí.

En ese momento el monje con una dulce mirada me dijo:

—Debes de tener mucha fe en tus recuerdos y en tus buenos amigos, entre ellos mis amados elementos. Ellos te contemplan desde tu

interior y por ello se han abierto totalmente a ti. Eso es importantísimo, nadie en muchos eones ha logrado tal cosa, incluso te tienen como a un hermano. Por eso te digo que mantengas tu plena confianza, ¿de acuerdo?

Yo lo mire con extrañeza y al momento contesté a su cuestión.

—Por supuesto, ellos y yo hemos establecido un gran vínculo, al igual que muchos de los seres que habitan ese mi hogar. Pero escúchame pues soy yo ahora el que debe de avisarte, pues como ya sabes yo sé a dónde vamos. Hay formas, entes que no hace falta que sean expresadas más lejos del propio pensamiento. Es por ello que debo de avisarte de aquello que creo es preciso que sepas. Escúchame atentamente y no me interrumpas, por favor. Todo cuanto allí veas puede ser una quimera o una pesadilla, por lo tanto no te puedes fiar de nada. El mal comienza siempre su ataque preponderantemente tomando la parte psicológica de tu ser. Porque sea un ataque mental no pienses que no puede dañarte, este es un ataque fortísimo. Es tal esta embestida que llegas a creer sin reservas cierto todo cuanto te está ocurriendo, no creas ni por un instante que puedes discernir lo que no lo es; pues ante una aparente situación real, a veces nadie podría decir que está viviendo una pesadilla.

Pero es seguro, y con toda franqueza lo puedo decir, que nada de eso está pasando realmente; tan solo es fruto de ese ataque mental. Debes de saber en lo que se basa el mal y el bien para poder llegar al ser que están ayudando o atacando. No es ni más ni menos que en tu memoria, tus recuerdos, todo ello es conocimiento. Así mismo estos se trasforman en muchas visiones, las cuales dentro de ti están. Tu mente no te permite la mayoría de las veces enfrentarte a tus miedos, ni siquiera mirarlos, pues casi toda mala acción acaba cayendo en el temor que la propia acción le produce como resultado final. Él bien busca sus armas para ayudarte en mecanismos conocidos por ti como son la naturaleza y los elementos, que es seguro que nos ayudarán si es que pueden hacerlo. Pero también tenemos con nosotros a Axixlux, que seguro que nos ayudará en nuestro futuro cometido.

Él me miró y extrañado preguntó:

—¿Quién es ese nuevo personaje del cual nada sé, él vendrá con nosotros?

No pude más que reír por lo graciosa que me parecía la situación. Cuando paré se lo pude aclarar.

—Es un gran presente, después de pasar una gran prueba la reina me ofreció. Ella me dijo que tomase uno entre tantos, pero no elegí yo este presente; más bien él me eligió. Por lo tanto nunca podré decir que es mío, solo puedo decir que tengo el honor de portarlo.

En ese momento al monje le comenzaron a brillar los ojos, y sin poderse reprimir, me preguntó directamente.

—¿Y tienes ahí ese obsequio?

—Por supuesto, se trata de algo especial y muy preciado para mí.

—¿Podrías enseñármelo?

En ese momento y sin saber bien por qué permanecí un momento dubitativo y falto de confianza, pero me dije «qué diablos». Y un instante después saqué a la luz el colgante que hasta este instante se ocultaba bajo el absurdo pijama y se lo mostré.

—¡Oh, por mucho tiempo se ha nombrado esta gema sin saber de su existencia! De donde yo procedo ella es toda una leyenda, a lo cual como en todas las leyendas no se podría decir qué parte pertenecía a la realidad y cuál era fantasía añadida. Ella posee mucho poder, ¿lo sabes?

Lo miré extrañado ¿por qué no creía que conociese a Axixlux?

—Sí, pues ella ha sido la que a mí me ha elegido, y eso no está al alcance de todas las gemas; pues donde ella se hallaba había espectaculares joyas, pero solo eran eso. Esta es muy especial pues una vez aquí ha logrado devolverme la fuerza en los brazos, y de esta manera he logrado moverlos.

En ese momento él me miró y comenzó a hablar.

—Debo confesar que con Axixlux tenemos más logrado de lo que no podemos quizás ni concebir. Quiero que escuches esto con toda atención: en el momento en que arribemos a donde debemos encaminarnos, una vez allí encuentres a Lut, pensando positivamente si yo por una razón u otra no estuviese presente, alza tu mano y

pónsela en la frente. Está claro que en ese momento él verá la verdad. ¿Estás de acuerdo?

Lo miré reaccionando un poco extrañado; pues no comprendía el porqué no iba a estar él allí. Medio entre dientes dije:

—Con muchas preguntas que con el tiempo me responderás seguro, pero así lo haré.

Él me miró y siguió con su explicación.

—Ya poco queda por decir, tan solo que debes de tener confianza en quien ya conoces y confías, pero sobre todo en ti mismo, por supuesto.

Ese lugar el cual crees ya conocer es demasiado escurridizo como para decir que sabes a dónde vas; pues él acaba siempre por transmutarse según quien a él llega. Y ten como firme condición que ahora será mucho peor. Es indudable que trataran por todos los medios que con gran potencia en ellos se hallen el aplastarte.

Yo lo miré con mi profunda e impasible forma de observar y dije:

—Tranquilo como ya has dicho yo ya conozco ese lugar; pero aún así tendré presente aquello que me has expuesto como punto de gran importancia.

Me miró un poquito desesperado, pues tenía la firme impresión de que yo no le hacía caso, y me expresó de nuevo:

—Por favor, no tomes lo que te estoy diciendo a la ligera, es una total humillación la que vas a recibir. Según mi opinión es tu obligación saber que tienes un compromiso con tu ser, y con los que a tu lado tendremos que compartir este nuevo acontecimiento. En el centro de tu pecho se debe atesorar un limpio corazón. Pues de lo contrario no te será nada fácil el que superes este gran consorcio de abominables vibraciones, a las que cuenta como seguro que te van a subyugar.

Yo lo miré y una pregunta se hizo fuerte en mi cabeza:

—¿Me podrías decir si conoces a algún ente que se haya tenido que enfrentar a algo parecido a esto?

—La verdad es que personalmente debo decir que no, pero sí conozco la historia de un viejo monje que tuvo que enfrentarse a algo pa-

recido a lo que tú te debes de realizar. Él después de terminar su misión pudo disfrutar de una larga y placentera vida.

»Pero debo de puntualizar que el cambio que en él se produjo fue profundo, más bien diría que casi insondable. Desde su regreso nunca más volvió a ser el mismo, pero debo puntualizar que su cambio fue para bien. También he de manifestarte que la llegada de la noche o la oscuridad, a él lo atormentaban profundamente.

»Has de recordar que la única defensa contra el mal es el amor, así como debes de saber que el mal realiza su ataque en las pequeñas zonas oscuras de tu alma, en tus miedos encuentra él su valía. ¡Ay! Tus dudas para él tienen la legalidad de los más mortíferos misiles que en cualquier guerra se puedan encontrar, son las ráfagas de dolorosas balas que a tu ser apuntan directamente y sin fallar. ¿Me entiendes, estás de acuerdo?

Lo miré y con certeza sabía que lo que decía era cierto, y sinceramente contesté:

—Sí pero tengo el convencimiento de que debo de superarlos y nunca olvidarlos.

Él me miró, me abrazó y después de ese abrazo me dijo:

—¡Que así sea! Y ahora debes de ponerte todo lo más cómodo posible. ¡Ah, me olvidaba! Antes de nada debes de llamar a ese medico tuyo y pedirle que no seas molestado bajo ningún concepto hasta nuevo aviso, nadie debe de traspasar esa puerta. Esta tiene que estar totalmente obstruida para todo aquel que quiera atravesarla sin excepción.

Y así fue que apreté aquel dichoso botón, el cual me resultaba entre otras cosas repulsivo sabiendo que era para llamar al médico. Este se presento rápidamente, daría por supuesto lo que un muy funesto pensamiento le ofrecía.

Le comenté todo aquello que el monje me había dicho, él a regañadientes accedió, pero antes de marchar comentó:

—Lut se halla en un estado mucho más mermado, ha entrado en coma profundo.

Asentí con la cabeza dejando caer las lágrimas de dolor que esta noticia me ofrecía. Lo miré y le pedí que abandonase la habitación, el monje acto seguido tras su marcha cerró la puerta con llave.

—Es hora de que sepas que yo voy a acompañarte en un tramo de tu camino, no puedo decirte ni cuánto ni hasta dónde; pero sí que estaré contigo. Ahora te quedarás en cama; relájate y duerme.

»¡Ah, una cosa! Llegues al lugar que llegues no te muevas pues yo en un instante estaré contigo. ¿Estás de acuerdo y lo has entendido?

Lo miré y con gran angustia respondí.

—Por mi está bien, pero quiero que sepas que me hallo un poco nervioso.

—Me lo puedo imaginar, pero debes saber que eso es algo natural. Es más si tus piernas estuviesen fuertes, y después de lo que hemos expuesto no sé cómo no habrías salido corriendo. Eres un valiente o un gran imbécil, no lo sé.

En ese momento el monje se puso a mi espalda y comencé a sentir una ligera presión y mucho calor. Él me dijo:

—Esto es una forma de sanación, o digamos en nuestro caso llegar a una profunda meditación que te ayude a traspasar el umbral del sueño, y no despertar hasta haber cumplimentado nuestra misión. Esto que te hago, se llama Reiki y lo trajo a nosotros un ser maravilloso llamado Mikao Usui. Los maestros nos ayudarán.

Él en un principio vio cómo hacía una especie de ritual en el que formaba en el aire unos símbolos muy extraños. Sus manos apenas sí me tocaban; pero enseguida sentí, como he dicho antes, un fuerte calor. Este se fue trasformando en una especie de ahogo. En ese preciso instante llegó de nuevo esa densa oscuridad, y la fuerte sensación de una muy rápida caída. Pero algo había cambiado; pues aquello que recuerdo cayendo metido en aquella infernal caja era sumamente diferente. Pues ahora realmente la sensación que tenía no era descendente, sino ascendente. Se cristalizaba a cada momento en una fuerte sensación de gran placer. Eran muy de mi agrado todas aquellas impresiones que en mí se encontraban. Trascurrido un espacio de tiempo, del cual no podría decir cuánto habría durado, comencé a angustiarme e intranquilizarme. Tenía la firme sensación de hacerse muy prolongado, y esta impresión confluyó en una abstracción que comenzó a tomar forma en una concepción de la propia idea principal pero mucho más amplia y con más

fuerza. En el momento en que me hallaba así abstraído, de repente me deslumbró totalmente una fuerte luz. Mi gran sorpresa es que yo me dirigía a gran velocidad hacia ese gran foco de deslumbrante y blanca luz, y excesivamente vertiginoso me acercaba cada vez más. Cuando quise protegerme, más bien cuando quise pensar en protegerme del gran impacto que estaba por sufrir, ya no pude. Pues mi cuerpo aterrizó en un montón de hierba seca, y en ese lugar me quedé sin moverme ni un músculo durante un buen intervalo de tiempo.

Sabía perfectamente qué lugar era en el que ahora me hallaba, un gran sentimiento de amor me envolvía. El abrazo de la tierra, la luminosidad del aire, exhalado por las miles de hojas que cumplimentaban la mayor de las obras que nadie pueda imaginar, todas y cada una de estas hojas pendían de las ramas de estos majestuosos seres. Los cuales ayudaron a que mis primeros pasos en este universo fuesen inolvidables. Allá más abajo dominando y dividiendo podía observar la gran serpiente plateada, la cual sin prisa pero sin pausa recorría cada rincón de este el valle.

Sabía que me encontraba en esa tierra en la cual los sentimientos no se esconden y son compartidos: pues al igual que el aire que tus mejillas acaricia es real, él se muestra como es: cálido a veces, frio y raudo, pero en la siguiente como brisa templada de atardecer. Él nunca llega a estar quieto en un lugar, pues los debe de recorrerlos todos, esta es la manera en la que él puede trabajar para que así los sentimientos fluyan dentro del ser al que tocan. Y esta es la forma en la que llego a sentirme mucho más en mí en aquello que realmente es lo que soy. Pues de lo que en mí hay nada puedo ocultar, y de esta forma es fácil el poder conocer cada rincón por muy pequeño que sea. Todo aquello que en mi ser se encuentre es observado gracias a la interacción de la verdad y la humildad que este lugar me ayuda a vislumbrar.

Qué pena que esto en el mundo de los humanos no se pueda llevar a cabo. Pues en ese mundo se trata de todo lo contrario, y lo único que puedes dar a conocer es el pánico y la apariencia.

Y así medio extasiado en mis pensamientos se produjo un hecho que de ellos me sacó al momento, el monje comenzó a encarnarse. Mi

alegría fue mayúscula el poder comprobar cómo un hombre del otro lado se hallaba aquí con migo, poder compartir juntos todo lo que este lugar nos pudiese dar era verdaderamente extraordinario.

Me dispuse a observarlo meticulosamente y lo que al momento pude comprobar es que por la expresión que en su cara poseía nunca había estado aquí. Eso es lo que su rostro me decía, él se hallaba mucho más extasiado de lo que yo me podía encontrar.

Así que como yo tenía ventaja pues ya conocía este sentimiento y este lugar le pregunté:

—Bienvenido mi querido amigo, ¿qué te parece este lugar? Sé que lo que observas no es muy diferente de lo que conoces. Pero dime, ¿qué sientes y cómo lo sientes? Sé que ello es desconocido en su totalidad para ti.

Él nada pudo contestar, pues el gran sollozo y el deslizar de sus lágrimas no se lo permitían. Al igual que a mí me sucedió la primera vez. Sus lágrimas impulsadas por ese gran sentimiento empezaban a nacer en sus ojos y al momento la invasión por todo su rostro se hizo patente.

Quise preguntar algo para salir de la situación y no estuve muy atinado.

—Esta, si no me equivoco, es tu primera vez.

Él como buenamente podía con la cabeza asintió afirmativamente. Así lo mire y quise hacer una pequeña gracia.

—Pues menudo ayudante estás tú hecho.

Y comencé al momento a reír.

Para lo que no estaba preparado fue que nuestro nuevo compañero sin ningún advertencia de la que yo pudiese cerciorarme, sin poder averiguar el paso que él pretendía obrar, se levantó y me dio un fuerte abrazo, me acogió entre los suyos como si uno solo llegásemos a establecernos, como si quisiera darme lo que en su interior guardaba.

—Verdaderamente siempre he creído en un mundo tan maravilloso como este; pero lo que nunca imaginé es que esto que siento pudiese estar relacionado con este mundo. Nunca pude ni acercarme a concebir un amor tan real, un sentimiento de paz tan profundo, nunca pude entender que el resultado de lo que somos sea esta forma de sentir.

»Los grandes maestros te pueden preparar para lo que puedes llegar a encontrar, pero está claro que nunca lo podrán hacer con lo que puedes llegar a sentir.

Muy hermoso fue lo que de su boca con esfuerzo pudo exhalar. Así que le dije:

—¿Y cómo podemos llegar a ese saber, qué conocimiento debemos establecer en el interior como para poder explicar lo que tus sentimientos te pueden dar para crear o maltratar? Es lo que debemos entender; pues lo que para ti es provechoso, puede que para mí no lo sea, y aquello que tú sientes, puede que yo no lo llegue jamás a sentir.

Él me miró y mis palabras lo llevaron a recordar su conocimiento. Sin pausa me dijo:

—Claro, así es, no es sencillo pero los maestros te pueden educar en todos los sentidos físicos y aquellos más escondidos. Ellos te pueden asesorar en lo que con la vista puedes ver, oír con el oído, el tacto, el olfato, el gusto. Y con aquellos más ocultos, con lo que se puede intuir o aquello que te pueda inspirar. Todas estas herramientas pueden tratar de más o menos desarróllalas, eso sí lo pueden hacer y con grandes resultados a veces.

Lo miré y le dije:

—Y no puedes sostener lo que acabas de enunciar en toda su expresión mi amigo; pues todavía no sabes lo que aquí vas a poder oír o ver, o aquello que tocarás y comerás y con ello el gusto hará que el resto de tus sentidos mengüen, por aquello que él está soportando.

El monje como en realidad no quería quedar como un iletrado dijo:

—Sí, ya sé lo que me estás tratando de explicar, pero eso que expones lo puedes llegar a manifestar con palabras y estas pueden ser comprendidas. Pero ¿cómo puntualizar lo que un sentimiento llega a producir en lo más profundo de tu ser?

Yo lo miré con compasión ya que podía observar lo que en su interior se removía.

—Es realidad puedo decirte que en las postrimería de mi comprensión puedo afirmar que se aprende más de un alma que se halla

virgen y vacía, pues ella explicará mucho más sobre lo que siente verdaderamente en su interior; que aquella que está tan llena de datos que le es imposible redactar lo que percibe, pues tantos detalles rasgueados en lo más profundo de su mente, llevan a una forma analítica de impresión de todo a lo que tu entelequia se acerca y se trasmite con la emoción necesaria, pero a la hora en la que un sentimiento profundo se introduce en ti para ello le faltan palabras que puedan exclamar lo que sientes.

Y en ese mismo momento hizo aparición el segundo elemento, el aire y se presentó como siempre, con su canto de sirena envolvente con la melodía del canto que la alegría trasforma en palabras difusas me dio la bienvenida. Cosa que yo con mucho agrado y un placer enorme en el corazón le respondí. Él era una cálida brisa, la cual silbaba orgullosa de poder hacerlo, después de esa caricia en mi rostro dándome la bienvenida me preguntó:

—Dime, buen hermano, ¿quién es ese que te acompaña?

Yo miré al monje y sonreí diciendo:

—Pienso que como él está presente, a mi entender, él es el que debe de presentarse.

En ese instante lo miré para cederle la palabra. Mi sorpresa al verlo me dio incluso la risa pues era cómica la situación, él se hallaba con mirada perdida, como si el tratase de ver a mi interlocutor, era absurdo. Su boca permanecía abierta, en la cual mil moscas se podrían haber metido sin problemas en esa oquedad, y su cara era como para retratarla y decir a todo el mundo que esta es la expresión que la sorpresa nos puede dejar: tan solo la cara de un de imbécil.

Por lo tanto me fue imposible el no echarme a reír, pero en ese momento y con un fuerte rugido la tierra se hizo presente.

—Aggg. Tenías que haberte visto tú la cara aquel día que el árbol habló contigo. Sí, sí, el árbol que te comunicó una gran lección sobre el análisis de todo lo que te rodea.

En ese momento mi risa fue… ¿cómo decir?, un poco maniatada; pues el respeto por el primero de los elementos era para mí muy profundo, así que una sonrisa solo en mi rostro quedó.

—Sí, te creo y ahora puedo advertir lo que aquellos que frente

a mí pudieron pensar de mí; pero bueno, os presento a un ser noble, casi un hermano también. Él es el monje, y él ha venido para poderme ayudar en la hazaña que pendiente de comienzo esta.

—¿Hazaña, ayudarte pero a qué, y para qué? Si como tú bien sabes aquí todos somos buenos compañeros y hermanos. El más poderoso de los nobles sentimientos nos fusiona: el amor, es el que adhiere nuestros lazos por siempre sin resquicio ni mácula que pueda resquebrajarlo —silbó con fuerza el viento.

—Sí hermanos, eso ya lo sabemos; pero él debe de acompañarme a un lugar…

Y en ese preciso momento el monje despertó de su trance y sin que nadie estuviese preparado para lo que el llevaría a cabo —este monje siempre termina por sorprenderme— se presentó, pronunció un nombre muy largo y complicado. Un momento después les comentó que en las postrimerías de un siglo pasado hacía demasiado tiempo como para que en la tierra casi ni se pudiese recordar, un monje de su orden había estado en este lugar.

El viento silbo como el que hace memoria y dijo:

—No yo no recuerdo nada como lo que dices. ¿Y tú, hermano, recuerdas algo?

La tierra como siempre tardó un poquito en su respuesta.

—Grrrrr, pues llega a mí el recuerdo de unas pisadas en la arena que forma mi piel, las pisadas de un pie desnudo, sí que lo recuerdo. Sé que no hace mucho un hombre que vestía unos ropajes similares a los que tú llevas con una gran barba blanca estuvo aquí; pero era medio loco, pues quería ir al mundo inferior.

Al monje casi se le humedecieron los ojos y al momento respondió:

—Sí, ese es, el mismo.

Al momento me sorprendió el que otro ser estuviese en esta tierra que yo creí mía.

—¿Y qué fue de él una vez aquí? —pregunte intrigado.

La tierra habló de nuevo:

—Pues que llegó al lugar que pretendía, pero él nunca más se re-

puso completamente. Es una locura el pretender bajar ahí, ya que tan solo los desesperados y los auténticos malvados van a ese lugar.

En ese instante se me escapó una mirada de pena, pues eso es lo que estaba a punto de sucederme, y dije:

—Mis amados hermanos, he de deciros que a ese lugar es al que yo debo de dirigirme. Espero contar con vuestra ayuda, pues siempre estáis prestos a ofrecérmela.

Ese lugar en el que nos hallábamos quedó un instante sumido en un cortante silencio, este hasta llegó a ser punzante

La tierra como pudo siguió hablando y así de nuevo rompió el silencio.

—Hurrrr. Debes de ser paciente y esperar, pues es la reina la única que te puede dar permiso para tal hazaña. Tan solo ella es la única que te puede ayudar para que llegues a ese lugar.

Así la tierra calló y el aire silbó con fuerza y melancolía.

—Creo que de momento lo que mejor puedes hacer es bajar a la rivera, y allí que nuestra amada hermana te aconseje en lo que debes de hacer, pues ella tiene el poder de fluir por parte de ese terreno angosto y muerto. Solo la verdad te dirá. Ella conoce mejor eses lugares, aunque nada ni nadie es capaz de describirlo en detalle. También es necesario que des la vida al fuego, en ese lugar él trabaja de continuo. No obstante mi amada hermana la tierra podría hablarte mucho de ello, pero no es bueno que le preguntes luego, ese es el punto negro que en su extensible cuerpo tiene, es el cáncer de la tierra y a nadie le gusta hablar de su enfermedad.

Y el aire nos quiso hacer un ejemplo práctico preguntando:

—Escucha mi amada hermana, ¿qué opinión tienes de ese lugar?

–Grrrrr, hurrr, ya te ha dicho mi hermano que no me gusta hablar de esa zona que ni siquiera pretendo como parte de mí, ese es un término enfermo. Hurrrrr, pero siendo mi hermano de aventura el que me lo pide, debo de hacer una excepción.

»Hurrrrr, en aquel territorio es en el que nada ni nadie se salva de esos horribles sentimientos, y ellos te envuelven y te embelesan.

La duda me asaltó y no pude callarla así que pregunté:

—¿A qué o a quién te refieres con ellos?

—Grrrrrrrrr, ellos son los que habitan en esa sociedad subdesarrollada o íntimamente desarrollada solo en la dirección de la malevolencia absoluta. Para ellos todo mal sentimiento es su gran asignación y su más notable alimento.

En ese instante una ráfaga en mi memoria me trajo una imagen que no pude olvidar, eran esos seres comiendo el cerebro de aquellas pobres personas, y sin querer remediarlo dije:

—¡Ah, ahora comprendo! Son los seres que yo vi a las afueras del castillo.

—Hurrrrrr, sí, la reina ya algo te habrá mencionado sobre ellos, y tú has sido un testigo directo de su forma de alimentación. Tú lo has visto, ¿no es así?

–¡Así es ciertamente! En un principio creí que ellos se debían a una de mis invenciones, de mis manipulaciones, las cuales habían sido creadas por mi fantasía. Pero fue la reina quien se ocupó de aclararme que ellos se hallaban ya aquí antes del nacimiento de la propia esencia del ser.

—Hurrrrrr, arrrrrrr, ay mi amigo, en ese lugar tú tuviste muy malos sentimientos y fue debido a ellos que aparecieron estos seres. Sabes que de haberte retrasado un poco más en ese lugar la oscuridad se habría adueñado de ti y hoy no podríamos estar aquí hablando. Hubiese sido algo espantoso para todos. Pero debo confesar que ahí también están los otros.

En ese instante la tierra cayó como si vigilase su interior por lo que fuese a decir, incluso pienso que le daba un poco de aprensión. Pero después de ese silencio habló:

—Estos son seres se componen en realidad de varias razas, unas manipulan a las otras y así crean una forma de gobierno basado en el más profundo miedo y dolor. Las que tú has alcanzado a conocer son de las débiles, pues son seres poco inteligentes. Hay otros que tienen muy aprendida su lección y saben cómo deben de atacar para que la comida nunca les falte y así la hallen siempre que sea preciso.

Yo miré horrorizado, quise hablar pero solo pude decir:

—Pero…

Y antes de poder seguir hablando levanté mi vista no para buscar nada, más bien como para respirar y romper aquella sensación de pesadumbre. En ese preciso instante pude otear en la distancia al sequito real que se acercaba al lugar en que nos encontrábamos. La emoción por lo que mis ojos aportaban a mi interior cortó todo sentido a que mis palabras pudiesen seguir fluyendo. La exaltación de poder volver a ver a mi amada virgen agolpaba las preguntas en mi cabeza.

Pero había una entre todas, esa pregunta es la que rondaba por todo mi interior y creo que era la más importante para mí en ese momento.

Mi amada, mi virgen, mi ser, la parte que fuera pero dentro siempre ha estado. Lo que más necesito en mi vida, ¿estará entre ellos?

Al momento la contestación llegó a mi interior. Por supuesto como puede faltar. Mis nervios se debían de notar desde leguas, pues el monje enseguida preguntó:

—¿Qué es lo que te ocurre? Ya que con todo lo que nos han contado no se te veía casi reacción y ahora pareces un niño.

Lo miré. En ese instante casi mis lágrimas comenzaban asomar caprichosas, pero dije:

—No creo que deba de contestar, espera y pronto lo comprobarás.

Cuando ya se hallaban a una mínima distancia con mi vista comencé a buscar dónde se hallaba mi amada. Pero me resultaba del todo imposible el poderla localizar, he de decir que el sequito real era muy amplio. Y claro, observando pude evidenciar cómo uno de los que formaban ese sequito se separó de ellos. Este ser se encaminaba a toda prisa corriendo más de lo que sus piernas podían en realidad. ¿De quién pensáis que se trataba?

Si es seguro que ese mismo que en vuestra mente se reproduce. ¿Quién podría ser sino?, mi muy querido Oyam. Cuando llegado a mi altura ni tan siquiera hizo ademán de frenar la fuerza que traía en su carrera se abalanzó sobre mí, tirándome sin remisión hacia atrás. Los dos caímos, él encima mío por supuesto, pero qué más daba eso.

—En realidad pensé que nunca te volvería a ver, pero nunca quise creerlo.

Y las lágrimas de mi fiel amigo mojaban mis mejillas.

—¡Oh mi hermano! ¡Mi muy querido hermano!

Y allí se hallaba mi buen Oyam, colgado de mi pescuezo cual lapa pegada a la piedra que la sustenta.

—Yo también me alegro mucho de verte de nuevo. Pues el verte trae a mí el recuerdo de todo lo vivido, pero contéstame ahora, ¿viene con la reina?

Oyam con mirada picarona preguntó:

—¿A quién te estás refiriendo?

Su respuesta exaltó un poco más mis nervios, si se puede llegar a superar este estado en el que me encontraba.

—Verdaderamente tú sabes muy bien a quién me refiero y de quién estoy hablando.

—¡Ah, a ella! ¿A quién si no te podrías referir?

—Sí, a ella, pero por favor contéstame, no me tengas en este estado por más tiempo.

Él me miró y cambió un tanto la expresión por lo que estaba a punto de desvelarme.

—Pues bien, lo siento pero a ella no se le ha permitido el venir. Creo que la razón de que ella no se encuentre aquí es que el tema a tratar es bastante oscuro.

Apesadumbrado miré a mi hermano y le dije sin pensar bien en las palabras que de mi boca salían:

—¿Y por qué te han permitido venir a ti?

Él, entristecido por mi cambio de humor, me dijo:

—¿Qué es lo que ocurre, es que no te alegras de que yo esté aquí?

—No es eso ni se trata de nada parecido, y lo sabes; pero yo tenía la certeza de que ella vendría. Pues es cierto, y mi corazón me dice que es tan grande mi amor, la amo tanto, que la distancia me duele.

—¿Sabes mi hermano?, fue esa la razón por la que no ha podido venir. Si no fuese de esta manera ella podría llegar a truncar la misión que estás apunto de realizar, quizás llegase hacer que tomases la decisión

menos afortunada, y el resultado nefasto podría trucar por siempre la existencia de lo que tú representas.

Lo miré con cara un poco sorprendida y pregunté:

—¿A qué te estás refiriendo ahora? Por favor acláramelo.

—Sabes perfectamente que vuestro amor es demasiado intenso y excepcional, por lo tanto sería imposible el poder retenerla a ella, separarla de ti sería imposible. Una vez estuvieseis juntos nada podría llegar a alejaros al uno del otro. Por otro lado sería un grave error que se uniese a nosotros allí a donde vamos. Pues sabes a donde nos dirigimos ¿no?

Lo miré cada vez más enfadado, casi mi cólera explotaba con las frases que el vertía en el interior de mis oídos.

—¡Sí lo sé! No sé si golpearte o darte muchas gracias, pues realmente tú solo eres el mensajero, y por ello creo que debo de darte mi más humilde reconocimiento por todo, mi bien querido. Gracias por avisarme.

Él me miró y sus ojos brillaron.

—Debes de estar tranquilo, que en el momento en que tu misión acabe tendréis todo el tiempo del mundo para estar juntos.

Eché una mirada de soslayo y el cortejo se hallaba ya mucho más cerca, podía llegar a distinguir todas esas suntuosas vestimentas, pero me era imposible el ver a la reina.

—Dime mi querido Oyam, ¿cómo avanzas en tu relación con el hermano elemento?

Esto dije sin tan siquiera observar qué es lo que mi hermano hacía. Mi cara de extrañeza creo que debía ser patente. Pues Oyam se hallaba dando vueltas en derredor del monje, a mí llegó la imagen del perro que husmea a su presa.

Al instante siguiente levantó la cabeza y con una sonrisa contestó a mi cuestión.

—Muy bien puedo llegar a decir, y por ello debo darte las gracias. Tú fuiste el que me ha ayudado a abrir el camino hacia él, ahora ya forjamos largas conversaciones de muy diversa índole.

Lo miré y volví a preguntar, aunque no se me quitaba la duda sobre su acción anterior.

—¿Dime cómo lo llevas con los otros tres hermanos?

Oyam puso cara de sorpresa.

—Pues a decir verdad ni tan siquiera llegué por un segundo a pensar en ellos, no me propuse ni por un instante entrar en sus vidas conscientemente; pero ahora que tú lo mencionas tendré que comenzar a intentarlo. Antes de que por un momento me ausente a la carrera para poder dar vida en mí a los hermanos, por favor contéstame, ¿quién es este individuo?

Yo me encontraba observando a Oyam todo este tiempo, y en ese momento en el que hizo la pregunta reparé en el monje que me miraba ávido por saber un poco más de lo que estaba allí ocurriendo.

—Él debe ser el que se presente, pues al igual que yo él está vivo, piensa siente y habla, por lo tanto creo que no debes preguntarme a mí. Ahora ha llegado el momento en el que debo de ir a presentar mis respetos a mi reina.

Sin más dilación puse dirección hacia el cortejo real, entre todo aquel gentío ahora sí pude ver a su majestad. Ella se hallaba en la mitad de esa gran agitación de distintos seres, rodeada toda ella se encontraba. Sin embargo seguía radiando la calma, la paz, el equilibrio de un bosque solitario en el cual todo está en su lugar, la fragancia del musgo y el trino del pajarillo que iluminado por su vida en tan hermoso lugar es feliz.

Según me alejaba de Oyam y el monje pude escuchar cómo Oyam le tomaba un poco el pelo a este pobre incauto, siempre de una forma constructiva. En ese instante y a una cierta distancia comente en voz lo suficiente audible para ambos.

—Debemos de recordar que la humildad es un bello don. Nos obligaremos a alimentarnos de ella muy a menudo, y si en nosotros se encuentra el poder de la enseñanza qué más se puede pedir.

»En el momento que compruebas que las enseñanzas atracaron en buen puerto, todas las partes de nuestro ser, de las cuales cada uno estamos compuestos, se sienten en plenitud y satisfacción por las enseñanzas vertidas. No hagáis que mi ser quede desmembrado.

Ambos se miraron y al momento Oyam dijo:

—Eres como el hermano elemento, como el aire, debes de estar en todas partes.

En el momento en que el séquito llegó muy cerca de donde me encontraba, pude ver mejor la maravilla de ese momento. Su majestad no venía bajo palio en una peana alzada por el sufrimiento de sus súbditos, si fuese así no sería mi reina. Ella como el resto caminaba cansándose y terciando el camino hasta encontrarse conmigo. Pero era un sequito hermoso realmente, las vestimentas de gala con el tul y la seda por doquier, los colores azules pálido y blancos crema incluso, me permitían observar la magnificencia de algo extraordinario pero que a su vez daba la impresión de no ser ostentoso ni salirse de lo normal. En el sequito se podían observar seres muy hermosos que acompañaban a la reina y que la ayudarían en cualquiera que fuese su labor.

Paré mis pasos y clavé mi rodilla en la tierra para poder recibir el beneplácito de mi reina.

Ella enseguida alzó su mano y con ello paró sus pasos e hizo que todos parasen al unisonó. Se separó de ese séquito y en el momento de ubicarse a mi altura me cogió del brazo y me alzó hasta estar totalmente de pie.

—¿Pero qué es lo que estás haciendo?

Su reproche echo pregunta sonaba muy fuerte, casi a enfado.

—Recibiendo a mi reina como verdaderamente se merece.

Ella observó mis ojos y en ellos seguro contempló y halló lo que ella estaba buscando. Y al momento me dijo:

—¿No recuerdas que tú y yo tenemos un trato? Tenemos tanto en común, tanto vivido, piensa ¿no te seria odioso que yo te recibiese de la manera en la que tu as tratado de hacerlo? Déjate de tonterías y dame un beso y un abrazo que renueve los lazos que indestructibles nos unen.

Y así fue que consumé ese abrazo y esa unión fue lo más profundo que he podido sentir, era diferente a todo el resto, era una unión pues era una fusión del todo fraternal.

Me despegué un momento de mi reina y en voz casi inaudible,

pues sabía que a ella no hacía falta que usase mis cuerdas vocales, pero esta vez lo hice, pregunté:

—Oyam me ha comentado que mi virgen no se halla aquí por mi bien y por el suyo, ¿es eso cierto?

—Así es, pero eso de virgen debes de dejarlo un poquito aparte, pues ambos sabemos que eso ya no es así, pues de virgen ya nada le queda.

En ese instante bajé mi cabeza, totalmente abochornado.

—No tienes por qué sentirte así, pues ha sido la fuerza de vuestro amor la que logró que vuestros actos se desarrollasen de esa manera, ¿o no es así?

La miré y aunque no podía verme me sabía rojo como el tomate.

—Así es majestad y nadie podría decir nada que no fuese eso.

Ella con su dulce mirada hizo que por mi interior todo volviese a tener la fortaleza debida.

—Dejemos ya este tema y dime ahora ¿qué es eso de que quieres ir al otro lado?, por nombrarlo de algún modo digno.

La miré y sabiendo que no puedo ocultarle nada a su majestad le respondí:

—A decir verdad mi reina, no quiero hacerlo, ya que he sufrido bastante y no esperaba que algo así llegase a mi vida. Pero estoy en la obligación de ello.

Un muy buen amigo y familiar se encuentra en ese ya mencionado lugar, es mi deber el intentar por todos los medios llegar a esa zona muerta para sacarlo de ahí.

Ella me observó y dijo:

—¿Cuándo ha caído ese al que llamas tu amigo?

—Pues que yo sepa tan solo hace un par de horas.

Ella me miró con una forma de observarme muy ruda y preocupada a la vez y me dijo:

—La verdad es que no sé si va a merecer la pena que bajes, pues puede que para él ya no exista salvación.

Lo que mi reina decía era la verdad, pues contemplaba el dolor que estas palabras producían en su interior.

—No me digas eso. ¡Mi señora!, quiero que comprendas que aunque así fuese debo verlo por mí mismo, de esta manera me conformaré con la verdad que allí pueda encontrar.

Ella me volvió a observar en profundidad y preguntó de nuevo.

–Dime algo que no logro comprender, pues se me escapa. ¿Por qué tanto interés en salvar a ese ser?

En ese momento yo me puse a resumir lo que me había acontecido, las efemérides que Lut me contó sobre su tan triste historia.

Mi reina me tocó la cabeza pues en mí la pena había vuelto, y ella no quería dolor en su reino, y al momento dijo:

–Ya comprendo. Has de saber que esta es una acción que te honra en extremo. ¡Ah mi querido niño! Has de entender que puede que allí encuentres a muchos entes que tú con tu forma de ser quieras salvar, y a otros que no, por supuesto.

»Es por ello que en todo momento debes de acordarte siempre de que tu misión es la de salvar a uno, pues de ese lúgubre e impuro lugar tan solo puedes sacar a uno. Pero no te preocupes ya que nosotros desde este lado trataremos de ayudar en todo lo que podamos.

Miré a mi reina un poco contrariado y pregunté:

—Majestad, hay algo que no comprendo, ¿por qué a uno solo?

Ella me miró con esa forma de observación con la cual sabes certeramente que no mira tu exterior y me contestó rauda para disipar mi duda.

–Ello es debido a que tan solo él ha sido el hacedor de que tú quieras descender a ese lugar de padecimiento, al lugar en el que toda penalidad y todo el tormento pueden parecer tan solo un ensayo ante tal espeluznante realidad. Es por él y tan solo por el por lo que tú vas a correr grandes peligros. Y es por ello que nunca debes despistarte, ten siempre en tu mente aquello que debes de hacer, pues de otra forma…

La miré un tanto sorpresivo, pues hasta ese instante nunca supe que un lugar así pudiese existir.

—Majestad, comprendo pero se hace un poco duro pensar en un lugar así dentro de este universo de paz. Quisiera que me respondiese a una cuestión, ¿por el mismo lugar por el que yo haya de entrar en ese

submundo, podré salir?, pues marchar por los mismo pasos por los que antes he trazado será mucho más sencillo, ya que de esta manera tan solo debo seguir la senda ya conocida, ¿no lo creéis así?

—A eso me refiero. No, no pueden salir, pues de lo contrario si eso intentas…

Quedó totalmente callada y casi puedo asegurar que nunca en ella había contemplado una mirada de tal dolor y dureza en su rostro. Y ello por supuesto encogió un poco mi corazón y no fue de mi agrado lo que podía entrever con esa expresión. Un instante después pregunté:

—¿Qué es lo que podría llegar a ocurrirme si lo intento?

Me miró dilatadamente sin prisa pero con una gran intensidad, un momento después como si un escalofrió profundo que un recuerdo muy lejano trajese a este presente hizo que una brizna de agua recorriese su mejilla. Al momento volvió hablar.

—La respuesta, la única e indiscutible afirmación que puedo dar a tu pregunta es: De llevar a cabo esa locura que formulas, ni tu ni aquellos que contigo quieran compartir esta demencia que proponéis perpetrar, en ningún tiempo que pueda trascurrir, y de ninguna manera podríais salir de ese lugar.

Yo la observaba penetrantemente mientras esto decía, y pude comprobar el dolor que con ello le machacaba su dulce corazón.

—Está bien, no quiero ya más explicaciones por el momento; pues tú sabes mucho más de ese abrigadero de diablos. Por lo tanto sé que tus consejos oro son para mí.

Ella con una inclinación de su cabeza me dio su beneplácito, y volvió a hablar.

—¿Qué te parece si nos ponemos en marcha? Pues este no es uno de los mejores lugares en los que se pude eludir el tiempo.

La miré, sonreí dejando mi preocupación por lo expuesto muy dentro y le dije:

—Si es por mí por lo que este séquito y su majestad están quietos, estoy totalmente de acuerdo en seguir nuestro camino, y os pido disculpas a todos.

Acto seguido miré en la dirección en la que el monje y Oyam se

encontraban. Pude cerciorarme de las buenas migas que ambos hacían, las carcajadas llegaban hasta donde me encontraba y eso expandió mi ánimo. Me di de cuenta en ese instante en que no le había presentado al monje a su majestad.

Ambos caminábamos juntos yo lo hacía a su diestra, la miré y le dije:

—Por cierto, quería exponerte una cuestión que se me pasó por alto. Me acompaña un ser de ese otro, digamos, universo. Él me guarda en esta nueva aventura, y quisiera de corazón presentártelo.

Ella como siempre se había adelantado a mi petición.

—Si ya sé que no has venido solo. Está bien, llama a tu compañero y pídele que se acerque.

La miré y quise explicarle algo sobre las intenciones de este ser especial.

—Mi reina, él es un ser de puro corazón, y debes saber que él quiere acompañarme hasta donde buenamente pueda.

La comisura de sus labios ascendió un tanto dando una especie de sonrisa, y al momento me dijo:

—Eso ya se verá, pues lo que tenga de ser será, y nadie podrá desviarlo de aquello que sucederá, ¿de acuerdo?

En ese instante les hice una seña a ambos para que se acercasen, los dos miraron, cómo Oyam estaba más suelto pues su costumbre a las pautas a seguir en un momento así no lo sacaba ya de su tranquilidad. Pero el monje casi no podía doblar las rodillas sin que estas temblasen. Así que con la premura que buenamente podía obedecieron mi señal y despacio, quizás demasiado, se acercaron a donde yo y su majestad estábamos.

—Mira mi bien amigo, quiero que conozcas a un ser extraordinario.

Él miraba a su majestad con los dos ojos saliendo de sus orbitas, pero su mirada era de respeto admiración y un poco de sorpresa por poder disfrutar de ese momento. Para sacarlo de esa especie de trance dije:

—Te presento a su majestad la reina. Mi señora, le presento a todo un personaje, el monje.

Él al momento dispuso de refrendarle una gran reverencia a su majestad. Y cuando inclinaba su torso él pensó que lo que salía de sus labios solo él podía oírlo; pero todos lo escuchamos. Lo que dijo fue:

—Es bellísima.

Esas silabas que representaban un poco la sencillez y lo maravilloso que él sentía, no pudieron quedarse en el interior de su pensamiento traicionándolo así en audibles sonidos; pues quedó totalmente ensimismado con la belleza que la reina representaba.

La reina desprendiendo aquello que le hacía sentir dijo:

—Muchas gracias por tal cumplido, pero creo ser desmerecedora de tales formas de pensamiento.

El monje en ese momento se dio cuenta de que su majestad escuchaba lo que de su boca salía y lo que esta ocultaba.

—Perdóneme, le pido mil perdones. Ha sido el subconsciente el que le ha dado paso a mi mente para así traicionarme.

La reina lo miró con un máximo de dulzura y severidad y dijo:

–Pero mi querido y extraño personaje, debes comprender que tu mente la controlas tú, pues ella es lo que realmente eres tú, y por lo tanto no tiene más dueño que tú, tu cerebro es el que trasmite las ordenes que tú le das a través de lo que entiendes como mente. Pero me inquieta una cosa, entonces dime, ¿cómo es que te puedes traicionar a ti mismo? Y si te traicionas tú, ¿qué harás con aquel que buenamente te acompaña?

En ese momento los ojos del monje cambiaron del éxtasis a la sorpresa y casi al terror, todo en casi un tiempo espontaneo, sin poderlo definir.

—No por favor, no piense eso de mí, yo nunca sería capaz de traicionar a nadie, pues mi consciencia no me lo permitiría.

—Pero tú no has sido consciente de que te estabas traicionando cuando esas palabras formuladas salieron inconscientemente de tu boca. ¿Quién puede decirme que involuntariamente no estarías traicionando a aquel que te acompaña?

Al desventurado monje las lágrimas ya le hacían acto de presencia, no era quien de poderlas parar.

Al ver la escena no quería que el monje siguiese hablando y así la reprimenda fuese mayor. Como pude tomé partida en esta conversación, saliendo un poco en defensa de este pobre ser.

—No seáis tan dura, pensad que él ha dedicado su coexistencia al estudio de este lugar. Y como comprenderás, el conocimiento externo no hace que la sabiduría muestre su claridad hasta que ese conocimiento realmente sea suyo, hasta que él sea una parte más de lo que uno es y lo adquiera desde lo profundo como algo ya concebido desde el principio de su existencia. Majestad, él es un buen compañero.

Ella me miró con la dureza que este dulce ser a veces muestra y dijo:

—No lo dudo, pero puede que no lo hayan preparado bien en ciertas cosas. Pues compruebo que realmente él debe de subir el listón que lo lleva a quedar ensimismado, pues el abstraerse es lo que no lo deja ser consecuente con sus actos.

Así contesté raudo:

—Mi majestad, debes de saber que él, y creo que tampoco nadie, se halla preparado para admitir los sentimientos que este lugar y su majestad despiertan en aquellos que aquí llegan. Ante eso nadie, y digo bien nadie, está preparado para poder reaccionar de una manera coherente. Pero él tiene grandes virtudes, que demuestran que en otras cuestiones está muy preparado. Debo afirmar con toda determinación que él ha sido el que aquí me trajo.

Su majestad me miró, se sonrió, y dijo:

—Bien, bien, tu exposición de defensa es coherente. Me gusta que luches por los tuyos aunque sea contra tu majestad.

Miró largo al monje escudriñando todos los rincones de su alma, y sin espéralo preguntó:

—Dígame una cosa ¿usted y yo podremos hablar con sinceridad y tranquilidad?

Pobre el monje la miró y ya parecía tener pánico en su interior. Sin que casi las palabras pudiesen salir de su boca, incluso diría que el sonido se escondía dentro de su cavidad, dijo:

—No sé a qué se puede está refiriendo.

La reina lo observaba sin pestañear, yo sabía que esto era por dos razones: este ser había entrado en su reino y debía de ser estudiado a conciencia. Y la segunda es que él me acompañaría, y por eso debía ser tratado y examinado a fondo.

Su majestad habló de nuevo.

—Lo que quiero decir es: Me gustaría tener una conversación en profundidad con usted. Y que sin palabras que sonasen en un exterior, todo fluyese con la sinceridad que sé que en su corazón posee.

Él miró a su majestad, y sacando fuerzas de flaqueza dijo:

—Por supuesto, pero espero que nada tenga que ver con lo que acabamos de consumar. A eso yo no podría llamarlo conversación. Pues con toda humildad creo que ha sido un ataque en toda regla muy alejado de una sincera conversación. Pues en realidad lo más doloroso ha sido aquello que a los ojos del maestro está claro y puede observar, y que de todos los neófitos no han percibido o sentido.

Y la reina sonrió feliz por esta aclaración ya que ello daba más o menos el nivel en el que este monje se hallaba. Dirigiéndose a mí me dijo:

—Mucho me alegro de que él se haya dado cuenta de aquello que estaba buscando en su interior. Es hora de que te vayas a hacer compañía a Oyam, pues necesito tener una charla con tu amigo.

En ese momento grité en alto el nombre de mi hermano Oyam, lo vi aparecer entre una buena multitud que se afanaban haciendo un sin fin de diferentes cosas. Alzó su cabeza al escuchar mi llamada. Era mi viejo y querido amigo, y antes de asomar todo él le dije.

—¿Sabes?, te prefería cuando siendo cabra siempre estabas atento y no tenía que andar en tu busca dando alaridos y molestando a sabe Dios quién.

En el momento que se despegó de la multitud y logré divisarlo de cuerpo entero, pude distinguir que alguien lo acompañaba.

Mi mayúscula sorpresa se produjo al momento de cerciorarme de quién se trataba. Era el ser al cual yo nunca hubiese echado en falta en un lugar como ese. ¿De quién estoy hablando?

Pues de Gordi, sí era él aquel que al lado de mi fiel amigo y hermano se acercaba.

En ese momento Oyam habló.

—Mira a quién por aquí me he encontrado. No pensé que le gustaría venir a este lugar, pero las sorpresas vienen una tras otra.

Lo miré a los ojos y lo saludé como buenamente pude.

—Hola mi viejo conocido, aunque sé que de mí poco recordarás con certeza. Para mí eres un ser al que mucho debo en realidad.

Así lo saludé, y como en el castillo de mí había pasado tan solo esperaba un saludo seco, sin más que un «hola, ¿qué tal?»

Pero mayúscula fue mi sorpresa cuando él se abalanzó sobre mí y me profirió un gran abrazo, y llorando me daba repetidas veces las gracias.

Mi sorpresa me llevó a preguntar:

—Pero ¿qué es lo que está ocurriendo aquí? Esto no es normal, pues sé que de mí nada recuerdas en realidad.

—No ocurre nada, tan solo que Gordi y yo hemos mantenido una muy agradable charla sobre lo acontecido en aquel lugar de tanto sufrimiento.

Esto dijo Oyam mientras continuaba su explicación:

—Poco a poco él comenzó a recordar quién eras y aquello que habías hecho. Pues aunque no todo aconteciese como tú creías que estaba pasando, lo que sí era cierto es que los oscuros se hubiesen encargado de su vida, de no ser por tu ayuda.

Así Gordi se despegó de mis brazos y con las lágrimas en los ojos me dijo:

—Así es, y tengo que darle las gracias a Oyam; pues si no fuese por él estaría del todo perdido, ya que fue él quien me dio todo lo que yo había extraviado. Gracias a él lo recuerdo todo y es por eso que aunque mucho me repita: gracias.

»Sé que en realidad nada es suficiente para saldar mi deuda con usted, pues lo que por mí has hecho es tan grande… ¿Qué sería yo sin vosotros?

Lo miré y realmente me emocioné, ya que esto era una, digamos, causa que yo pensé perdida. Lo miré y dije:

—Tranquilo pues tú me ayudaste primero a mí, así que ha sido una ayuda mutua.

Él miró a mis ojos, y sin más soltó lo siguiente:

—Mis recuerdos me dicen que en ese lugar nadie era capaz de ayudar a nadie, tan solo tú te preocupaste de aquel que yacía a tu lado. Te honra que por encima no te has fijado en el mejor de los que allí estaban, pues en mi caso lo hiciste del peor.

»Hay una cosa por encima de todas que yo te quiero pedir, y es que me perdones, pues después de todo yo te he causado un largo y profundo sufrir. Primero perdóname por no reconocer aquel que tanto por mí había hecho. En segundo lugar, no yo, sino todos debieran de pedir perdón. Pues después de subir aquella mole, la cual lo mismo da que no fuese tal y como la habías imaginado o no (eso da más fuerza a lo que estoy diciendo) pues lo que tú veías era algo horripilante de verdad. Tuviste las agallas de superarlo y subir, dominar una pesadilla sin saber qué es una pesadilla. Eso nadie que yo conozca lo ha podido realizar. Sé que por tal hazaña nadie te lo ha reconocido, ni unas míseras gracias por ello te han dado, ni tan siquiera un reconocimiento, cosa que deberíamos de haber celebrado por todo lo alto. Y en mi caso tiene una agravante mayor, pues ni tan siquiera te he dicho hola.

Ante lo expuesto mis lágrimas salían una tras otra, y no quería frenarlas, pues ellas desasían lo que en mi interior todavía dolía con fuerza. Cada lágrima que por la mejilla discurría era un alivio que contemplaba como arcaico, y que sin embargo fue presente en cada momento.

—Déjalo ya amigo, con lo expresado ha sido más que suficiente, y dime ahora ¿qué es lo que recuerdas?

Él me miró con ternura y me dijo:

—Recuerdo todo o por lo menos aquello que mi consciencia me dicta que ha pasado, y que creo es un recuerdo a tu lado.

»Tengo la vaga evocación de aquel lugar en el cual yo había elegido para subir esa montaña, más bien aquella que en mi vivencia yo podía observar. Ella era un dulce paraje, el cual poseía un camino de ascenso. Pero yo era muy delegado, no era nada afortunado, y me cansaba mucho, tan solo en poder llegar al rincón por el que se podía ascender a la

cumbre. En la calzada habían unos seres que de mí se reían, y hacían mofa de mi esfuerzo, llegando alguno a la agresión incluso. Más tarde pude cerciorarme de que ellos eran moradores. Ellos solo estaban en mi cabeza, en el umbral entre la verdad y la fantasía, ellos saben todos mis defectos y con ellos me agredían al exponerlos frente a mis ojos.

»Pero tu llegaste y repartiste en mi corazón todos los ánimos que él necesitaba para poder seguir adelante, y era por ello que después la muerte ya carecía de importancia para mí. Pasado un tiempo te marchaste a por la ropa. Pues tu desnudez llamaba en demasía la atención. Regresaste con unos andrajos puestos, y una vez a mi lado con el peligro acechándonos, pues ambos podíamos haber fenecido en ese lugar, tú no huiste y me dejaste. No, tú me recogiste y me pusiste a salvo.

Lo miré y me sentí placido de que alguien me contase esta historia desde otro punto de vista, y satisfecho afirmé.

—Sí, ambos nos metimos juntos en aquella gruta, pero lo que me interesa es ¿qué es lo que ocurrió después? Si en el momento en que te fuiste con toda aquella gente de las antorchas tú parecías tan feliz.

—No sé qué debo decirte, pues a decir verdad es que no lo tengo nada claro.

Arrugue mi frente y pregunté:

—¿A qué te refieres con que ni lo tienes claro?

—Mi memoria yace medio bloqueada al llegar a esa zona.

Tengo claro que ellos fueron los que me recogieron en ese terreno, pero mi remembranza después me lleva al momento en que me presentaron ante la reina. Pero ¿cómo llegué al paraje en el que se hallaba su majestad? No Lo sé. Sobre lo que pudo pasar en ese tiempo y en esa zona de la montaña, solo una densa niebla en mi memoria existe, y por lo tanto nada puedo recordar.

Lo miré y tan solo quería dejar aquel denso instante vivido y le dije:

—Todo está bien, tú no te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Tan solo piensa una cosa: lo que yo solo pretendo es que seamos amigos.

Él me sonrió y con su mirada fija en mí expresó lo que sentía.

—No, ahora yo no puedo ser tu amigo, ya solo puedo ser tu her-

mano. Y debes de pensar que si algún lugar quieres ir yo te acompañaré y nada ni nadie podrá evitarlo.

Y no sé si te habrás dado cuenta de que ahora ya no soy Gordi, eso quedó atrás cuando regresaste, ahora he pasado a ser yo.

Tenía toda la razón pues este ser que se encontraba frente a mí portaba los rasgos faciales de Gordi pero era un ser esbelto, y mucho más fuerte que yo. Sus potentes y musculosos brazos así me lo hacían saber, todo él estaba muy bien formado.

—Muchas gracias mi hermano, creo que todavía tienes algo que darme y que demostrarte, y creo que esta será una verídica ocasión de llevarlo a cabo.

Y en cuanto acabé de pronunciar estas palabras él me abrazó, de esta manera pude comprobar hasta dónde el poder de su fuerza podía llegar.

—Mi querido Oyam, ¿la reina sabe algo de esto?

Él me miró con cara de media sorpresa y contestó:

-Esta de manifiesto que ella en su reino todo lo sabe, estoy seguro que si no quisiese que él supiese aquello que yo le he contado, pues lo creí con derecho a que los supiese, ella lo hubiese impedido de alguna manera.

Lo observé, pues como cabra sabía que era escurridiza y ahora me parecía que escurría el bulto también.

—¿Pero tienes constancia de que ella sepa algo? Pues lo que has hecho creo es revelar un secreto. Luego que yo te lo contase a ti no implica que tú lo tuvieses que exponer.

Él me miro un poco apesadumbrado y dijo:

—Lo siento si a ti te ha parecido mal. Pero en realidad creo que estaba en mi obligación. Y no sé si la reina me dirá algo o será dura conmigo por esto, pero a mi entender creo que sí lo sabe y hasta ahora no ha pasado nada.

En ese momento el gran séquito giró hacia la derecha cambiando el ritmo que este llevaba, esto hizo que rematásemos nuestra conversación.

La senda por la cual nos trasladábamos era maravillosa. Toda ella

estaba adornada con frondosos árboles, en su base la hierba y las dulces flores silvestres daban un matiz casi idílico al paisaje. De algunos árboles se podía advertir gran variedad de frutos. Otros solo sustentaban las verdes hojas, y a girones de las ramas colgaba un musgo color grisáceo, el cual cambiaba la tonalidad de su color según desde donde lo observabas. Muy al fondo de mi oído escuchaba el rumor del plateado elemento, el cual casi hasta mí llegaba en ese silencio rumoroso. Podía escuchar cómo rompía su cuerpo alegre contra una roca, exponiendo así su exaltación. Pero al girar de nuevo el gran séquito en una de las curvas, el sonido se volvió dulce y ameno, así mis sentidos casi lograban adormecerse. Pero al instante siguiente él con las piedras de la orilla juguetón podía adquirir una y mil formas, y su canto alcanzaba más tonalidad, este lo podían oír aquellos que tuviesen oídos para hacerlo, pues el escuchar su canto no es tan frecuente para todos, ya que la mayoría solo escuchan un chapoteo. El único que quería realmente oírlo y poner la atención en aquello que con su bello canto podía exhalar era tan solo yo.

El elemento me daba la bienvenida por mi vuelta, pero a su vez lo notaba triste, yo sabía que era debido a la misión que me esperaba. Mi hermana acuática no estaba de acuerdo, pero si hiciera falta está claro que con ella podía contar para ir al lugar que fuese.

Y por esta razón en realidad mi corazón se alegraba mucho, pues sabía que mi hermana estaría allí donde la precisase, donde mi camino me llevase, y por extraordinariamente adverso que fuese, ella a mi lado y yo al suyo avanzaríamos siempre.

Levanté la vista y con mi alma embelesada por lo que mi hermana me estaba demostrando, allí a lo lejos se podía atisbar tapando la línea del horizonte una pequeña cordillera. Las montañas se unían en un gran círculo del cual una luz surgía, esta se podía ver cómo llegaba al cielo, o del cielo bajaba, no lo sé. Su color variaba entre el verde y el lila, eso era dependiendo de la altura, por ello su color variaba en multitud de matices diferentes. No podría decir el porqué; pero sí sé seguro que aquello desde mi interior me gritaba que no me cautivaba nada, creo que algo tendría que ver con que en su base tan solo la arena se podía

encontrar. Era esa arena como la de aquel desierto, esta me llevaba a pensar que esa luz extinguió toda la vida que seguro que en un tiempo arcaico allí se pudo perpetuar. Era muy profunda la pena que sentía cada vez que miraba en esa dirección.

En el momento en que más ensimismado me encontraba el canto agreste de un lobo me sacudió un hermoso recuerdo desde mi interior. Era muy hermoso este sonido, él podía hacerte estremecer desde una punta a otra. La piel de gallina daba preludio a lo que en mi interior se desarrollaba, otro aullido más siguió al primero. Mi corazón de una forma diferente parecía comenzar a palpitar.

Le dije a Oyam y a Gordi:

—Esperadme aquí o caminad más despacio pues ahora vuelvo.

Y sin más me adentré en la espesura del bosque, después de haber transitado un poco por tal frondosidad, por aquello por lo que quedaba de un bello paraje, me topé en el pleno boscaje con una roca que de las demás sobresalía allá arriba como si ese lugar siempre hubiese sido suyo: se hallaba el rey de los lobos.

Ambos nos miramos un momento que sin tiempo trascurrió, un instante después yo le hice una profunda y sincera reverénciale. Él de un gran salto se plantó en la hierba, acto seguido a una endiablada velocidad se acerco a mí, era como cuando la luz entra en una total oscuridad.

Él sin pensarlo dio un brinco en mí dirección, por supuesto fui yo quien con mi cuerpo lo paró. Como es lógico ambos caímos al suelo. Esa gran mole de muerte sin mácula no paraba de darme lametazos a mi rostro lleno de su saliva, realmente era gracioso.

—La verdad es que creí que nunca más volvería a verte.

Lo miré y dije como pude quitándome toda esa saliva de mi cara.

—A decir verdad, si fríamente lo pensamos y tenemos en cuenta que nuestro primer encuentro no fue lo que se puede decir muy agradable, no me extraña que pensases eso.

Él miró como observando el vacio y dijo:

—Dejemos eso. Yo sé lo que has venido a hacer, y eso me hace muy feliz y estoy muy orgulloso de ti. Nunca pensaría que nadie de tu especie prestaría su vida para tal fin.

Lo que me había quedado muy claro era que en este lugar no se podía pretender guardar un secreto.

Él leyéndome el pensamiento me dijo:

—Piensa mi amigo que ese secreto no lo puedes tener como tal, cuando es al viento al que se lo has contado. Sabes perfectamente que los elementos y nosotros estamos absolutamente hermanados.

Lo miré y le hice una caricia detrás de la oreja, pues ya nos encontramos en la posición natural.

—Está bien, lo comprendo y lo acepto, pero cuéntame ¿cómo se halla tu mujer y tu hijo?

Él con una sonrisa lobuna, podría decirse, me contestó:

—¡Mi hijo! Ha, él es ahora el rey. Es incluso mejor de lo que yo he sido nunca, y mi mujer por ahí anda en sus quehaceres.

Lo miré y no podría concebir algo más imperioso que el.

—Lo dudo pues eres grandioso realmente y me alegro mucho de verte en esta tan soberbia forma. Casi podría decir que como siempre, aunque lograría decir que tu belleza es mayor ahora, muchas gracias por haber venido.

Él me miró y parecía incluso más grande, más henchido.

—Perdona pero veo que sigues sin entender nada, yo voy a ir a donde tú vayas.

Lo miré y no me pareció que el corriese peligro por mí, así que arrugando mi frente dije:

—¡Pero ¿cómo me pides algo así?! El solo hecho de que estés aquí es suficiente. Tú sabes bien cuál es el lugar al que me dirijo. Allí no puedo arrastrar a nadie conmigo. Y en el caso de que te llegase a ocurrir algo, ¿cómo podría decírselo a tu familia?, ¿cómo podría superar algo así?

Él me miró con su mirada casi perdida en el espacio y dijo:

—Pero ¿qué familia?, si ahora como ya te he dicho mi hijo es el que manda y la que era mi mujer se pasa todo el día tras su cola.

Por lo tanto y en reunión hemos decidido que yo sea uno de tus compañeros.

Yo lo miré con esa cara de no saber bien qué ocurre.

—Pero ¿cómo es eso?, sé que vuestras formas de concebir la vida son diferentes; pero me dejas un poco confundido. Contéstame, ¿en reunión se ha decidido? ¿Quiénes y cuándo?

En ese momento el lobo se hinchó más si cabe y me dijo:

—Pues el mismo que esta vara te envía, aquel que mucho te extraña. ¿Ya lo sabes o no te acuerdas ya del? Pues él sí se acuerda mucho de ti. ¿Recuerdas al Olivo, al rey del bosque y con él a todos sus pobladores?

Qué dulce recuerdo llegó a mi cabeza, qué dulce pesar el casi perder la vida, pero sin embargo qué dulce el saber que uno es recordado.

—Por supuesto que me acuerdo, de él y de todos los hermanos del bosque. Conociéndolo es seguro que algo muy especial debe poseer esta vara.

Él me miró, pues sabía que en ese instante rememoraba aquel lugar y lo que pude llegar a pasar en él. Así que me sacó de mi recuerdo:

—Presta atención pues ella te valdrá como defensa pues esa vara forma parte de su ser, es una de las nuevas ramas, la cual sacrificó para cederla en tu honor, y además de la defensa ella se encargará de darte luz en plena oscuridad.

En ese preciso momento me fijé que en el extremo de la vara se hallaba engarzada una piedra.

—Tan solo debes de pedir que te ilumine y así ella lo hará.

Miré asombrado la vara de olivo, era preciosa. Al momento dije:

—Pienso que si la decisión se ha tomado entre todos y entre todos lo habéis decidido, que así sea pues.

Ambos nos miramos y con una expresión de haber ganado una inexistente batalla, y sin decir palabra, salimos los dos de la espesura. Con él me sentía muy seguro, mucho más de lo que nunca me imaginaria que se puede sentir. Debía ser al comprobar que él era un gran rival, al que cualquier ente debería de temer cuanto menos.

En el preciso instante que abandonamos el bosque para pisar el camino, tanto Gordi como Oyam nos vieron y al momento se quedaron pasmados al comprobar con quién venía. La musculatura y el tamaño del lobo parecían haber crecido ahora que de la espesura salíamos, de esta manera podía contemplarlo mejor.

—Os presento con gran deleite al que me va acompañar al lugar del que nadie quiere hablar, aquel del que nadie está dispuesto a escuchar nada y al que nadie nunca quisiera acudir.

Y al momento tanto Gordi como Oyam hicieron una profusa reverencia.

Y con la velocidad de un relámpago Gordi exclamó:

—Esa es una maravillosa noticia ya que ambos seremos compañeros de viaje.

Levanté la mirada clavándosela con el ánimo de que estuviese callado, y al instante comenté:

—Mi querido hermano, no debes apresurarte a determinar tu realidad como la única verdad, y creo que debes de pensar que solo es como tú la comprendes. Yo creo que lo que tenga de ser será.

De esta manera seguimos camino hacia ese lugar en el que sabia a la perfección que no me vaticinaba nada bueno. Hacía ya un buen rato que en mí tenía la fuerte impresión de que una gran cantidad de seres nos acompañaban en la penumbra del bosque, muchos de ellos eran animales, y entre ellos estaba presente, ¿cómo no?, la gran familia real de los lobos. Mi compañero y amigo lo sabía a la perfección, pues él estaba mucho más dotado que yo en sus sentidos del oído y olfato, pero tan solo me miraba y se sonreía. A mi lado tenía a mis inseparables amigos, lo que me daba una fuerte sensación de que habían hecho muy buenas migas. A mi corazón oleadas de mucho dolor llegaban. Estas invadían mi interior y sabía a la perfección que el único culpable de que esto sintiese era aquello que delante de mí se hallaba, el lugar en el que todo mal reside, al que me dirigía con firme paso. Por otra parte la felicidad que me hacía sentir este maravilloso lugar, el cual era mi verdadero hogar, y en compañía de quien me encontraba, era lo mejor que me podía suceder y ello me hacía sentir muy dichoso.

Esta especie de guerra de sentimientos y pensamientos internos manejaba ensimismado mi mente, por fin y de pronto de esa especie de trance me sacó alguien que posó su mano en mi hombro. Al momento giré mi cabeza y allí se hallaba el monje. Lo contemplé por un espacio de tiempo, y me pude cerciorar de que una azulada luz lo rodeaba.

Habían grandes cambios en ese ser, daba la impresión de que toda su energía hubiese sido renovada e incrementada a su vez.

Quise exponerle algo un poco cómico para sacarlo de ese éxtasis que lo rodeaba.

—Por fin pues tenía una duda existencial. Ya que pensaba que había sido un sueño pero veo que no, pues ya pensé que yo había venido solo, pero veo que no es así, eres fruto de una realidad y no de mi imaginación.

Él, antes de decir ni una silaba, antes de que ni un sonido saliese de su boca, comenzó hacer unos extraños movimientos con su cabeza. Yo no lo comprendía, incluso pensé que algo malo le sucedía. Me miraba fijo y de repente giraba su cabeza con brusquedad en dirección a donde Lobo se encontraba, y ponía una cara de peligro que daba miedo solo de verlo.

Ahí me percate de lo que le ocurría. Él venía de tierras donde el lobo no era muy bien recibido, así que le dije:

—¡Ah, perdón! No te he presentado a este maravilloso ser, este es Lobo: el rey de la manada real. O sea, el rey de los lobos.

El monje con los ojos medio desorbitados y una cara de terror que no se puede describir le dijo:

—Estoy profundamente complacido de conocerlo.

—Sí, yo estoy contento también de conocerte, pero te voy a dar un consejo: Procura controlar siempre un poco tus miedos; pues de ser la fiera que en un principio tú pensabas que yo era, hace ya tiempo que hubiese arremetido mi potencia contra tu ser dejando un instante después muy poco de tu persona. Pues a decir verdad mucho que comer no tienes, debes de saber que los seres naturales podemos detectar el miedo a una larga distancia, esa vibración incluso a molestado a mi familia, la cual tú no puedes ver, pero ellos llevan ya rato molestos por tu actitud.

En ese momento miré fijamente a lo lejos en la espesura más profunda y pude atisbar la figura del hijo del rey, el cual no quitaba el ojo del monje.

Y por si esta molestia fuese poco, solo se le ocurrió decir:

—¡Pero puede hablar! Esto es algo increíble, la bestia puede hablar.

En ese instante Lobo se giró hacia el monje en una actitud de reprobación y amenaza, y entre dientes casi gruñendo dijo:

—Los lobos de tu mundo hablan también, lo que pasa que nunca te has parado a comprender lo que te están diciendo. ¿O te has parado alguna vez? Sé cual será tu respuesta, y yo puedo también enseñarte el trato que hemos recibido por ser seres potentes y a los que el hombre temía. Nos habéis casi esquilmado, casi extinguido, culpándonos de que incluso somos seres que pertenecemos al mal puro.

El monje casi apesadumbrado contestó:

—¡No! Pues debes comprender que cada uno alcanza y da por cierto aquello a lo que le han hecho entender desde su infancia. ¡Como a mí! Siempre me han enseñado que vosotros sois seres muy peligrosos, y por supuesto que no habláis, y por ello nunca me he parado a escucharos.

Lobo dejó esa actitud de amenaza y dijo:

—No puedo vislumbrar la forma de actuar del hombre «respóndeme ahora» en casi todas las culturas y más en la vuestra. ¿A caso no tenéis a uno de vosotros que sobresale del resto y se comunicaba no solo con los de mi raza, sino con muchas otras especies?

El monje un poco más, digamos, calmado dijo:

—Pues a decir la verdad es que sí que hay muchas historias de personas muy especiales que se comunicaba con los animales.

En ese instante yo le iba a interponer algún ejemplo cuando él ni me dejó hablar.

—Espera, espera, debo comunicarte algo, y ya me retrasado en exponértelo. La reina quiere que vayas a hablar con ella.

Lo miré medio sorprendido y agobiado pues no había podido hablar con él.

—La verdad es que casi no he podido intercambiar una sola frase contigo. Así que dime por favor, ¿qué es de lo que la reina y tú habéis hablado? Ya que, a mi entender, habéis pasado un largo espacio de tiempo en compañía el uno del otro, podías haberle contado tu vida entera.

Él me miraba moviendo afirmativamente la cabeza.

—Sí, eso que estás diciendo es totalmente cierto, pero creo que

todavía no es el momento en el que yo pueda concretarte nada. Perdón, más bien miento si digo que nada puedo exponerte, pues tan solo una cosa debo expresarte.

En ese instante el calló un segundo y miró muy al fondo de mí, y al momento siguió diciendo:

—Lo que su majestad me ha pedido es ni más ni menos que debo de cruzar el umbral contigo. Pues ella después de hacerme una gran valoración me ha dicho que mi corazón es honorable, justo y bondadoso; lo que se necesita para sobrevivir allá abajo.

Yo lo miré con una gran desolación, mis piernas temblaban por el peso que esto representaba en mi interior, le pregunté en cuanto me repuse:

—Dime una cosa y sé sincero, ¿la determinación ha sido tomada libremente?

Él casi sin tenerlo que pensar contestó al momento.

—Por supuesto, pues sabes muy bien que ella nunca sería quien de obligar a nadie a tomar una decisión bajo su influjo, ella a nadie dice lo que debe de hacer; aunque debo exponer que en un principio no sabía que quería hacerlo.

Lo observé y él estaba feliz por su nueva misión, yo apesadumbrado, así que le dije:

—Está bien, lo que me has relatado ha sido un golpe fuerte, por ello más ya no me digas. Ahora debes de ocupar mi lugar en esta marcha, sitúate aquí al lado del rey de los grandes lobos. Ambos marcharéis como camaradas. ¡Ah!, también se ha unido a nosotros Gordi, al cual todavía no conoces. Creo que es mejor que él sea quien se presente. Si se ve con fuerzas y ganas, sería muy bueno que rememore algo de aquello que ambos hemos pasado. ¡Ah!, estate tranquilo que aquel con el que muy buenas migas has hecho, se halla en la otra punta de esta gran compañía, espero que os reencontréis con premura. ¿Sabes que me refiero a Oyam, verdad?

Él me sonrió y sin decir nada solo un movimiento afirmativo de su calva cabeza me ofreció.

Un momento después perdí de vista a mis bien queridos compa-

ñeros. Sin esfuerzo fui penetrando en el gran sequito que nos escoltaba. Más bien era la comitiva de la reina, pero bueno, me sentía bien a su lado. Lo que allí se podía llegar a encontrar ¿para qué relatarlo? Cuántas extraordinarias bellezas se podían descubrir, allí la hermosura de las personas y de sus vestimentas es lo que conseguías apreciar. Algo me llamó fuertemente la atención, no era ni más ni menos que a nadie conocía de todos los que podía observar en esa compañía. Pero a mí todos me parecían conocer ya que según pasaba a su lado me saludaban muy afectivamente, e incluso sabían mi nombre. Según hacían una reverencia me decían:

—Seas bien bienvenido te esperábamos desde hace ya tiempo.

La verdad es que muy bien no sabía cómo responder, pues entre su belleza y el esplendoroso vestuario que llevaban, hacían que yo me sintiese muy pequeño. De estos en realidad no podría decir bien cuáles eran hombres o mujeres, ambos poseían una belleza tan particular... Sus rasgos estaban definidos pero no marcados, sus limpias formas, sus ojos que variaban entre el azul al gris pasando por todas las tonalidades del verde… Sus cabellos largos ondean al viento cayendo sobre sus hombros. Otros los llevaban cortos con un corte muy especial. Unos rubios con el color del trigo maduro en sus cabezas, pocos con el rojo amanecer posado en sus testas, y también los había con el pelo negro intenso como la noche. Todos eran muy esbeltos, no había deformaciones en ellos. Eran altos y muy simétricos, fuertes pero con una musculatura definida sin llegar a que molestase. Vestían en seda, raso y tul. Estas nobles telas las mezclaban muy inteligentemente, y los colores se hacían más vivos según ascendían y más cálidos según descendían. A la caída las formas eran maravillosas, casi no podías verlas hasta que desplegaban sus brazos. El aire juguetón movían hacia uno u otro lado estas maravillosas telas, las cuales con esos hermosos bordados parecían un lienzo en movimiento

Casi exhausto y muy anonadado, entre saludos y contrapiés, llegué por fin al lugar en el que se hallaba la reina. Ella me observó tranquila pero contenta por volverme a ver. Al instante en el que a su alcance estaba, efusivamente me volvió a saludar, acto seguido me indicó el

lugar en el cual me tenía que instalar. Este se hallaba a su lado y a su derecha. Una vez instalado donde ella precisaba que estuviese ambos comenzamos a caminar, un momento después de que todo estuviese en su lugar me comentó:

—Ese amigo tuyo, el monje, se halla bien preparado.

La miré y después de ver su sonrisa sonreí también y pregunté:

—Más bien, ¿no será que su majestad ha terminado en ese espacio de tiempo en darle la preparación que realmente él necesitaba?

En ese instante ella sonrió picaronamente ofreciéndome una mirada muy acorde con su sonrisa. Y para romper con ese tipo de conversación me preguntó:

—¿Qué es lo que sientes en este instante?

—Pues a decir verdad, he de expresar que en lo más recóndito de mí ser mis sentimientos se contraponen unos a otros.

Ella me observó pausadamente y al momento una pregunta surgió.

—¿A qué te refieres cuando dices que se contraponen tus sentimientos?

Primero hubo un silencio; pues necesitaba un poquito de paz para poderme explicar. Un momento después me sentí con más fuerza y le dije:

—Es sencillo, por un lado tengo un gran sentimiento de paz y de amor, también una felicidad plena embarga todo mi ser. Esta se ha implantado en mi pecho, ahí la siento y con la felicidad todo el resto de estos maravillosos sentimientos. Es el hecho de hallarme aquí con todos de nuevo, mis amigos y mis compañeros. También me llena el amor impersonal, este que mi reina me profesa, el que desinteresadamente mi majestad me da.

Y en ese momento la miré a los ojos casi sin poderlos ver, sin poder percibir ese azul intenso por las lágrimas que de los míos caían. Como pude seguí hablando.

—Siento que allá en la lejanía recibo de ese lugar el más puro de los sentimientos, son aquellos que mi amada me ofrece. Esta maravillosa entelequia aunque presente no se halle, da igual ya que el más puro amor no sabe de distancias. También encuentro la más rotunda paz que

en ningún otro lugar se pudiese hallar y ella me invita a quedarme y no marcharme de aquí jamás.

»Por otro lado en cuanto nuestros pasos más nos acercan a ese lugar, más profunda siento la pena en mí, y cómo crece a cada paso el odio y la total oscuridad. Todos están pidiendo salir al exterior y administrar mi ser. Eso es lo que desprende esa luz tenebrosa, lo siento dentro y percibo cómo ella a mi ser llega con todo ese vil sentimiento. En mi corazón lo advierto muy fuerte, no sé si quiero o no quiero reparar en ello, la elección es siempre libre, siempre dependerá de lo que cada uno pretenda. ¿No lo crees tú así?

Su majestad me miró contrariada y un poco expectante, lo que le acababa de rebelar no le gustaba y se podía percibir en el aire.

—Creo sin miedo a equivocarme que así es, pues en el momento en que intentásemos cambiar su elección les construiríamos un dolor mucho mayor. De hacerlo es casi seguro que la próxima vez que debiesen de volver a tener que tomar una decisión no tomarían ninguna si no nos tuviesen cerca. Por ti lo digo también. Pues eres tú quien en tu vida siempre debe decidir.

En ese mismo instante la reina llamó a uno de sus cuidadores, algo le dijo al oído y este marchó como un rayo.

—¿Es que ocurre algo mi señora?

Ella sonrió.

—Siempre tan atento, he creído oportuno pensar que si vais a ser varios los que a ese lugar vayan a bajar, es preferible el marchar todos juntos hacia allí. ¿No te parece?

Eso me llenó de júbilo, y con una gran sonrisa dije:

—Esa es una gran decisión, de la que estoy totalmente de acuerdo. Quisiera si no es mucho pedir, que me aclaraseis algo.

—¿A qué es a lo que te refieres? Ya sabes que si es coherente y está en mi mano...

La miré y sin más dilación pregunté:

—¿Qué es lo que ha hecho Oyam con Gordi? Pues donde yo he fallado, él parece haber triunfado. Él parece que ahora todo lo recuerda. ¿Qué es lo que le ha hecho a su cabeza?

—Si algo ha hecho no lo forjó en su cabeza; pues fue más bien en lo profundo de su corazón. ¿Sabes?, Gordi ya no es el mismo desde que Oyam le contó todo lo que le ha acontecido en ese tiempo que ambos compartisteis. Este fue el procedimiento que lo llevó a que su memoria volviese a activarse. Has de saber que desde entonces se ha estado preparando a conciencia para el día en el que los dos os encontraseis de nuevo. Él antes era más bien dejado corporal y espiritualmente; pero ahora desde su despertar se cultiva enormemente tanto física como mentalmente.

»La verdad es que esto es un tanto extraño, se escapa a mi comprensión el discernir qué es lo que tú tienes en ese interior al cual ni tú eres capaz de llegar. Oyam nunca más fue el mismo después de haber compartido un tramo de tu viaje, lo que en ese camino ha ocurrido tan solo vuestras almas, que por él vagaron, lo podrían contar. Lo que yo realmente creo es que en realidad tus enseñanzas no se pueden percibir con los oídos normales; pero se escuchan como si de fuertes chillidos se tratase en lo más profundo del interior de la esencia mental a la que lo diriges. Es por ello que aquel que contigo un tramo de tu existencia comparte, es casi imposible que en él una transformación mayor o menor no se produzca.

En ese instante me sentí anonadado por las palabras que su majestad trasmitía a mí ser. Estas inspiraban a que mi mente sobrevalorase a mi ego. La batalla quería comenzar pero no daba pie a que esto sucediese. La realidad es que incluso mis ideas parecían haberse detenido, así que con torpes palabras solo pude decir:

—Yo no... No creo que sea para tanto, yo tan solo…

Sé que no me podía ver; pero estaba completamente seguro de que aunque con mi mirada clavada en el polvoriento suelo, podría parecer que incluso sentía vergüenza de mí. Estoy completamente seguro y lo sé por el calor que mis mejillas soltaban, que estas se hallaban más rojas que el más maduro de los tomates.

Y en ese momento de total vergüenza, la reina habló de nuevo:

—Tú no eres capaz de darte cuenta de lo que ahora mismo haces. Por ponerte un ejemplo; en este mismo segundo tus estás aplicando una

fuerte enseñanza para aquel que buenamente pueda verla. La humildad es evidente en tu manera de ser y actuar. Pero ella es tan natural en ti, que no debes de esforzarte para que esta reluzca con luz propia.

»Sin embargo, la gran mayoría de los seres tienen que hacer esforzadas pruebas y una gran mentalización para alcanzar acercarse a lo que tú naturalmente demuestras. Esos seres, los cuales casi son una mayoría, no dan llegado vislumbrar un poco de esa humildad que tú demuestras. Ellos toman una equivocada decisión; pues por sentirse en esa nube de poder prefieren ese otro camino, el camino fácil de la materia. Este es mucho más sencillo; pues a cada paso se vanaglorian de que son lo mejor en aquello que hacen, e incluso en lo que no saben. También tratan de convencer a quien escucha, que pueden hacer esto y lo de más allá. Por último ellos se aferran en presumir de aquello que poseen, son sus posesiones lo que alimenta su vida; pues realmente se han ido vaciando de todo lo que realmente son, de su esencia, ya casi nada queda en su interior. Créeme, eso es la decadencia, lo más horrible que pueda acontecerle a quien a esto llegue; pues cuando ellos a esto han llegado es porque ya en su interior nada les queda, nada hay ya que los lleve a seguir intentado demostrar realmente lo que son, tan solo un cascaron vacío. Tú eres sincero completamente en aquello que haces o dices.

—¡Ay!...

Un fuerte suspiro del interior de mi ser surgió. Este fue un ardid para poder frenar la revelación que la reina exponía. Sin demora debía decirle quién había sido yo en ese mundo paralelo. Y sin esperar le dije:

—Con franqueza, mi majestad, creo que debías de haber contemplado la realidad de este al que con tan en alta estima estáis tratando. El ser que yo era antes de que en este lugar haya penetrado, nada en realidad tiene que ver con lo que ahora contemplas. Las maravillosas enseñanzas que se me han atribuido se colaron hasta donde mi comprensión es capaz de descubrir. Lo que hoy sé y así lo siento es que no podía existir ser más vil y repugnante que yo.

La reina me miró dulcemente y me asistió con una pregunta.

—¿Tienes consciencia y puedes rememorar lo que aquel niño en el momento de meterte en la caja te dijo?

Sí lo recordaba muy bien, la imagen llego a mí de cuando ese niño me dijo:

—«¡Está preparado!» Esto fue lo que me dijo, me dijo que estaba preparado.

La reina amable sonrió y dijo.

—Bien, pues entonces ya no hay nada más que hablar, todo está dicho y en su lugar.

Yo la observé y no muy complacido dije:

—Sé que en el fondo he de darte como siempre la razón. ¡Oh majestad! Pero he de decir que en este caso solo atiendo a su réplica, nada más.

En ese mismo instante en el cual aún el sonido de mis palabras era perceptible, el monje, Oyam, Gordi y el rey de los lobos, hicieron acto de presencia, y todos al unísono como si de acuerdo se hubiesen puesto saludaron a su majestad en primer lugar con una profunda reverencia. Y Oyam dijo:

—Aquí nos encontramos a los pies de nuestra señora, tú nos mandas que nosotros obedeceremos.

Realmente lo siguiente que ocurrió no lo debí de hacer, pero verazmente no me pude aguantar, pues salió con toda naturalidad. Ello fue una sonora carcajada, esta brotó de mi boca sin poderlo remediar. Mi sorpresa fue que al momento la reina mis pasos siguió e hizo exactamente lo mismo. Los dos riendo desbocadamente parecía en un principio una locura, pero esta risotada cumplió una gran misión. Ella fue la encargada de quemar todo aquello que tanta molestia despertaba en mí.

Los miré y sin dilación me abracé fuertemente a ellos, cuando quise saber qué era lo que a ellos les ocurría pude comprobar cómo se hallaban ya con un ataque de risa mayor que el mío propio.

Yo sabía que ese era un gran momento, muy absorbente por cierto. Discernía que debía de atesorarlo con gran empeño en mi memoria. Quién sabe si en los venideros días nos haría falta el apoyo de un buen recuerdo para seguir adelante. No debía ser tan solo este instante. Más bien debía de asegurarme de que en mi interior disfrutaba de muy ame-

nas remembranzas, pues ellas también mueren cuando no las fomentamos. Debemos ser quienes de poder volver a vivir lo que ya es solo parte de un pasado.

Y así con unas cosas y otras el camino se iba muriendo; pues su final se hallaba cada vez más cercano, esa meta a la que yo no quería llegar pero que todo me decía que no había marcha atrás, que mis opciones solo se hallaban ahí delante.

Con el caminar pude observar el fin de aquel maravilloso bosque, por el cual transitábamos estaba a punto de languidecer. Llegamos a oler la sequedad que provenía de ese lugar. Casi ya a punto de poder pisar un yermo y estéril páramo como el que nos esperaba, a mí llegó la comprensión de que este hacía que todo moribundo en sus lindes se encontrase, y nada con vida podía observar en su integridad. Él se volvía a hallar frente a mí, y la gran pregunta en mi interior brotó.

—Mi majestad ¿puede desvelarme la incógnita que roe mi corazón? Dime, ¿esto también soy yo?

La reina me miró con dulces ojos, los cuales animaban mi alma y dejaban que el dolor partiese por el momento.

Ella habló mirando fijamente mi ser.

—Todo lo que en tu vida existe, todo en lo que tu vida comprendes, todo en lo que tu vidas aprendes eres tú; pues tú siempre eres el que decides lo que en tu vida quieres y necesitas. Pero nunca pienses que lo que acontezca a tus hermanos es culpa tuya; pues así como todo lo que en tu vida pasa es imprudencia tuya, lo mismo para cada uno, pues cada uno elige lo que en su vida penetra.

En el preciso momento en que disponía de ponerme en movimiento de nuevo ya muy cerca de ese abrasante lugar, sentimos cómo algo se movía debajo de nuestros pies, a tan solo unos metros de la cabeza de nuestra procesión. Una grandiosa raíz nos impedía seguir nuestro peregrinar. Ella produjo con su madera un gran arco, el cual me traía muy bellos recuerdos, en realidad aunque de una raíz se tratase le gustaría a muchos ebanistas lograr lo que delante de mí se hallaba.

Delante de nuestras narices se formó un gran arco, estoy seguro que la mejor catedral que en el mundo pudiésemos hallar la quisiera

para ella. Si un pórtico se hiciese con ella realmente exhalaría la envidia de aquel que la viese.

Ella se retorcía sobre sí misma, creando un sinfín de bellísimas imágenes, con un realismo que daba la impresión que en cualquier momento saldrían a saludar a su majestad.

Toda ella engarzaba multitud de adornos florales, hojas de diversos arboles; pero en la parte más baja en su base, así como en su parte más alta en el pico, allí donde parecían unirse las dos partes de la raíz, una parecía ascender y la otra descendía. En su punto más alto se podían observar las cabezas de seres maravillosos. Estos parecían dar la bienvenida a quien por ese arco pasase.

Todos se pararon y quedaron ensimismados contemplándolo, pero yo acto seguido abracé a ese coloso surgido de la tierra, daba la impresión de que él y yo nos volvíamos uno, así hablé:

—Sabía que tú tarde o temprano también vendrías, pues es tanto mi respeto por ti que pienso que incluso supera a mi amor. No podías faltar, lo sabía.

Y así lo abracé con más fuerza si cabe, daba la impresión de habernos hecho uno. Sus formas y mis formas ya no se podían entrever pues solo parecía un pedazo más de aquel maravilloso ser.

En ese instante comenzamos a escuchar como el roce de dos ramas, este roce cada vez más audible fue cogiendo un ritmo hasta convertirse en comprensible.

—Yo también te quiero, y bien sabes que de ti no me he olvidado. Hurrrr, arrrr, como ya te he dicho, por muy pequeño y lejano que sea un bosque, o por muy lejano que esté, allá donde el reino vegetal de formas a su existencia, allí yo reino y a cualquier sitio de mi reino mis raíces pueden llegar. Pero dime mi bien querido, ¿es cierto que a ese lugar piensas bajar?

»Creo que debe de existir un motivo muy fuerte y mayúsculo en tu interior para que a un lugar así quieras descender. Hurrrr, pues de no ser así, es imposible que por ahí quieras desaparecer, ese no es lugar propicio para nadie, arrrr.

»Debo de decirte que mis raíces pueden bajar a lo más profundo

de la tierra; pero nunca he podido alcanzar ese lugar, nunca he podido llegar allí, si pudiese mi protección también estaría contigo.

Lo observé, era un gran coloso y me emocionaban sus palabras, en un momento volví a hablar.

—Así es mi viaje, esta vez se realizará por el interior de la tierra, es seguro que será una aventura para no olvidar. No te apenes pues yo sé que de llegar a allí contaría con la mayor de las protecciones. O sea, con la tuya; pero aunque allí no puedas llegar debo de darte mi más profundo agradecimiento, pues si en tu mano estuviese no haría falta que fuese yo allí, tú lo habrías arreglado por mí.

Miré atrás y pude ver cómo ya la comitiva había traspasado casi toda el gran arco que la raíz había formado, y como siempre había llegado el momento que nunca me ha gustado que llegue: este es el de la despedida.

En primer lugar tomó de nuevo la palabra este gran ser, quien al momento sintió mi dolor.

—Arrrr, tan solo te pido una cosa, creo que es tu deber el cumplirla. ¡Prométeme que vas a volver! Tan solo eso te pido.

Lo miré con mis ojos llenos de lágrimas y dije:

—Haré todo lo que en mí este para que ello ocurra, pues no creo que aquello que en ese lugar encuentre me vaya a gustar.

Él miró y con gran alivio presentí que quedó, antes de partir me dijo.

—¡Ah, me olvidaba! Escucha bien lo que debo decirte. ¿Recuerdas la vara? —Yo asentí con la cabeza, y él siguió exponiendo—. Quiero que en todo momento la lleves contigo, utilízala siempre que te sea preciso. Pero invariablemente con la astucia interna que posees de hacer el bien. Pues tengo la seguridad de que de alguna mala situación te pueda sacar.

Lo observé casi sin despegarme de él y asentí diciendo.

—Así lo haré, te quiero mucho, oh su magnificencia primaria.

Sentí una fuerte vibración por todo ese ser que tan altivo me parecía. Esta agitación me llevó a sentir cómo sus minúsculas cerdas se erizaban, esto hizo que los míos hiciesen lo mismo. Como buena mente pudo habló de nuevo.

—Yo te venero mucho a ti, pues tú has sido tan valiente conmigo… Me ayudaste a curar esa mortal herida, sin embargo nada ha sido lo que a cambio has pedido. Por eso mi regalo es más especial de lo que puedas imaginar, úsalo con seriedad. Hasta la vuelta amigo mío.

Lo miré y más fuerte no lo podía abrazar; pero en un instante después me separé de él, lo observé tranquilamente y le dije:

—Hasta el momento en que a ti vuelva. Es seguro que cuando eso suceda volveremos todos los habitantes del espacio en el que tú reinas a congregarnos en derredor de tu gran majestad y todos comeremos de nuevo las suculentas vallas que de tus ramas cuelgan.

Y así con el alma apesadumbrada pero el corazón pleno pasé por el arco con mucho amor y coraje. Del otro lado la reina y el resto de la comitiva me estaban esperando. Una vez traspasado el umbral comenzaron a escucharse los sonidos tremendos del roce de la madera con la tierra. Así ese maravilloso arco como apareció desapareció.

La reina me miró y sin esperarlo me dijo:

—Duele el que lo hayas visto en un momento como este, será muy fuerte para ser digerido con facilidad.

Asombrado por sus palabras tan solo puede preguntarle:

—Su majestad, nada comprendo de lo que me has dicho. Por favor, ¿podría responder a qué te refieres?

Y ella sin decir palabra reanudó la marcha, al doblar un recodo casi sin que tocase los últimos vestigios vegetales estos se apartaron, era lo que de esa vegetación quedaba. Después solo una forma de desolación esperaba, esta no era todavía visible ya que esa vida vegetal no dejaba ver lo que al otro lado había. Verdaderamente nunca pensé que un ser como yo pudiese ver lo que allí se encontraba. Ahora os paso a describir como buenamente pueda.

En primer lugar lo que llamaba fuertemente la atención era salir de un espacio exuberante y encontrarte con algo tan yermo, este era un gran desierto. Este acababa o comenzaba —no lo sé muy bien— en la base de la montaña, o bien donde todo ente natural moría a los pies de este páramo baldío.

Este era un desierto muy especial, ya que en vez de estar repleto de

granos de arena era ceniza lo que allí se podía encontrar, con un color gris parduzco muy extraño en realidad.

Nunca quise saber ni tan siquiera me atrevía a pensar, imaginar de dónde salió tal cantidad de ceniza. La espantosa sensación que en mi interior brotaba me decía: Aquel que hubiese quemado todo lo que allí había crecido exuberantemente dada la cantidad de ceniza, debía de ser un ser con un interior tan podrido que no era consciente siquiera del dolor que producía, esto quizás ocurrió en otro tiempo, ¿quién sabe?

Muy al fondo se podía ver una montaña, esta era como de un gris mortecino. Me recordaba a un cadáver que llevase muerto ya un largo tiempo, el cual este color no es definible del todo. Imaginad ese cadáver; parece verde pero también grisáceo, ese color de la muerte, pero no podía asegurar nada, ya que el color en la distancia siempre acaba trasformado lo que en realidad es. La única verdad es que el color que allí había es el que define a todo lo muerto, lo que ya sin vida yace, pues a decir verdad ni tan siquiera los líquenes vivían allí.

Insensato de mi, pues creí que en mi subida al castillo nunca podría hallar algo peor que esas paredes. Pues bien, los muros de esa montaña no eran iguales, ni siquiera un poco diferentes; estos eran mucho peores.

Nada vivo se podía hallar allí, ni tan siquiera un poco de musgo. Es normal, para ello debía de haber algún saliente. Esto estaba totalmente ausente de esa montaña. Era horrible verdaderamente, según alzabas la vista podías comprobar cómo toda ella acababan en un agudo pico, lo cual daba la impresión de que aunque todo de tu parte pusieses te sería imposible el poderla coronar.

Mi gran sorpresa no fue ver una montaña tan horrible, no, ¡qué va!, lo peor fue que en cuanto pasé por un recodo —el cual permitió ver esta mole desde otro punto—, observé que no era una montaña: era una pequeña cordillera. Todas acababan en un pico y el color era el mismo en cada una, ni tan siquiera a la más pequeña de ellas podría ascender. Era imposible el sostenerte en algo tan liso. No tenían ni tan siquiera una pequeña rugosidad en la que poderte aferrar. Estas en su base se unían como hermanas; sin embargo en sus picos totalmente

separados, las podías observar amenazantes. Parecían incluso querer dañar el cielo. Ellas unidas formaban un círculo externo, el cual en su interior aparentaba configurar un tremendo cráter o agujero.

En ese ambiente se podía observar lo más infame. ¿Recordáis aquella luz verdosa medio violácea que con anterioridad vi? ¿Cómo explicaros lo que esa luz era en realidad? Bueno, trataré de ser lo más explicito posible. Esta era el resplandor de miles de almas que se desplomaban en picado en una irremisible caída hacia centro de aquella cordillera. El óculo de esas odiosas montañas recogía a eses cándidos seres energéticos. Era horrible el comprobar que todos tenían la expresión que solo un cadáver puede poseer. Ninguno movía ni tan siquiera un miembro, tan solo una inerte y rotunda caída siempre en esa descendente dirección. Allá arriba en ese cielo grisáceo casi negro de nubes tortuosamente sombrías, el medio de ellas un ojo parecía, pues en ese centro era tal la oscuridad que no se podía saber si realmente eso era la nada. Bien, por el centro de este ojo lleno de vapor soporífero salían todas aquellas almas.

Aunque en realidad tengo la completa seguridad de que aquello era peor que la imagen plasmada en el interior de mi pupila. Era el sentimiento que en el aire parecía vagar, parecía estar esperando a que alguien se adentrase en él y así asirte el corazón para destrozarlo con aquello que ese sentir traía consigo. Lo que se sentía en esa fría brisa no era más que pánico, desconfianza, desamparo y aborrecimiento. Todo lo mezclaba con la finalidad de que reventase en tu interior, dejando paso a un ser roído por las más bajas pasiones. El cual estaba nutrido por la oscura mano, portando en su palma el degenerado sustento con el que la sombra te alimenta.

Por supuesto la perplejidad se adueñaba de mí hasta que de mi ser saqué las suficientes fuerzas como para poder preguntar.

—Por favor majestad, dime si es que puedes hacerlo, ¿qué es lo que aquí está ocurriendo?

Ella me miró con cara de verdadero sufrimiento y me dijo:

—Esa es una pregunta que por sí sola se responde. Observa bien lo que ante ti y en tu contorno se desarrolla, nos hallamos en la puerta de

la gran pasión, ante el umbral de lo desconocido. Frente al éxtasis materializado de la maldad pura estamos. Todas esas pobres luces son las almas que ennegrecidas, por todo materialismo que en su vida han poseído dejándose encadenar por el ego, han comido todo lo que la mano oscura les ha ofrecido. Ellos, pobres incautos, sin saberlo ya en su vida han aceptado este como su final. Ahora lo único que les queda es esa irremisible caída, espoleados por el dolor y por todos aquellos odiosos seres que al lado de su majestad de la oscuridad están. Ellos los despojan del poco bien que puedan poseer, esto lo hacen para que sufran, con este sufrimiento ayudan a que la negatividad crezca cada vez más.

»Por otra parte los de ahí abajo se hallan maravillados y complacidos de que en ese viaje siempre descendente sientan en todo momento lo negativo, pues así lo exhalan en todas las direcciones. Ese es el grato alimento que ellos esperan, y no tienen prisa en que estos pobres entes se desvanezcan, pues cuanto más duren más alimento. Ellos infortunados se van poco a poco consumiendo en ese reino al cual tú y tus amigos queréis entrar.

»Aunque en el momento en que nos hallemos frente a la puerta sabremos si esto sigue siendo así o no.

A mí sin poderlo reprimir llegó una pregunta.

—Mi maravillosa majestad, podéis responderme pues el susto ya es grande en mí. ¿Tengo que escalar alguna de esas montañas?

En ese instante ella comenzó a reír y por un instante fue como si aquello que allí estaba dejase de serlo.

—No, mi bien querido, aunque bien sé que a ti eso de la escalada te gusta; pero tranquilo que por ahora nada de eso deberás de hacer.

La miré aliviado y dije sin poderlo remediar:

—¡Ufff qué alivio! Pues ya me he fijado bien, y estas sí que son del todo imposibles de subir. En ellas ni tan siquiera existen pequeñas rugosidades, son lisas por completo, por lo tanto nunca sabría cómo ascender. ¿No lo creéis así?

En ese instante eché una mirada en derredor y pude comprobar el estado de mis hermanos y compañeros. Al igual que yo hacía, ellos me miraban a mí y a sus compañeros.

Lobo miraba atentamente y nada decía, ello era debido a la cruenta batalla que en su interior se desataba. No podía ni quería saber hacia qué lado se acercaba la victoria; pues ello le llevaría a tener que tomar una decisión.

Y qué decir del resto, el monje sentía una atroz pena por todo aquel ser que irremediablemente caía empicado.

Oyam sentía autentico horror por lo que veía y a su pensamiento llegaba la horrible pregunta. ¿Y si mi alma acabase como una de esas?

Gordi sentía la ansiedad que le producía el no poder ponerse a correr y liberar a todas aquellas que aún se pudiesen liberar.

La fuerte impresión que yo tenía era que la unificación de todos los sentimientos daba como resultado uno nuevo: acabar cuanto antes con nuestra misión.

He de explicar una cuestión que me sorprendió muchísimo. En esa especie de árido lugar no era el sofoco natural de una alta temperatura lo que allí podía destacar. En verdad un frió sepulcral era lo que a nosotros llegaba, este se adentraba en el interior de mi ser, y he de decir que incluso los huesos acababan doliéndome por lo que ese frió me hacía sentir. La verdad es que nos sentíamos muy mal, pues el frió alberga un vació total de calor, ese calor que todo lo vivo tiene en su intrínseco ser. Esto hacía que llegado a nuestro cuerpo en nuestro interior se llenase de mala o negativa energía. Doy por supuesto que todo debe de hallarse en su medida, por lo tanto la energía negativa es necesaria, pero no en abundancia.

Es por ello que al llenarnos en demasía esta negativa energía presente en este lugar, nos ayudaba muy vigorosamente a tener fáciles enfados entre nosotros. Hacía demasiado tiempo que el buen humor fue erradicado de ese lugar.

Todos teníamos una expresión muy parecida, y sentía que mi bondad y la alegría natural, o sea, todos los componentes del amor, se querían desvanecer rápidamente de mi interior.

Sin saber bien ni cómo ni por qué comencé a silbar una alegre melodía. Al momento mis amados hermanos me miraron y también me acompañaron en esto.

Al instante la sonrisa y el buen humor volvían y con él, el amor. En ese instante Lobo nos dio una explicación.

—Por fin, alguien tenía que comenzar lo que espontáneamente fuese, dar por terminada esta energía tan negativa que nos rodeaba, ya que ella comenzaba a calar hondo; todos la estábamos padeciendo. Yo como todos aquí lo sabemos, cuanta más importancia le das a este tipo de energías más llegan a controlar lo que en tu interior te hallas sintiendo.

Por poner un ejemplo, si yo tengo hambre y no pienso en mi apetito, y ocupo mi mente con otro tipo de cuestiones, el deseo se aplaca y no me pide urgentemente el buscar alimento.

Pero por el contrario si tengo hambre y veo a mi amigo como si de la cena se tratase, en mi mente no aplaco el siguiente pensamiento. Él representa un tierno bocado, jugoso y fácil de apresar. Si esto pienso no voy a ser quién de poderme reprimir.

Lo miré y con un gesto de mi cabeza asentí y le dije:

—Te tengo que dar toda la razón, mi querido amigo.

Mientras esto decía casi sin dejarme acabar la reina habló:

—¿Qué os parece si todos juntos nos ponemos a cantar? Y aquel que la vergüenza le impida tal, que silbe, de esta manera mientas no llegamos al lugar al que vamos nuestra mente se hallará ocupada.

Esto es lo que la reina comentó dirigiéndose a los que allí estábamos.

—Mi señora, ¿sería tan amable de poderme responder dónde se encuentra el final de nuestro tortuoso camino?

Y ella ni tan siquiera me miró, al momento comenzó a entonar una muy bella canción, la cual hablaba de…

Hay, hay una puerta en la montaña,
la cual sería mejor nunca cruzar.
Pues allá en su final nunca sabrás lo que vas a hallar.
Por ello no cruces, no cruces.
Debes de estar seguro de a dónde vas,
pues de no ser así, si cruzases
ya nunca volverás.
Y con esto tu respuesta a la vista está.

La melodía de su canto ¿a qué la podría comparar? Pues así como es necesario el latido que en el corazón se produce para la vida; su melodía era de gran necesidad para el oído que la escucha. Incluso podría aseverar que nuestro corazón se paró un momento para no estropear el ritmo que su balada producía. Estoy indiscutiblemente seguro de que aunque mil voces escuchaba, lo que a mis oídos llegaba me producía pena; pues es seguro que ni tan siquiera se le podría semejar. Esta sería una forma de sufrimiento, pues mi oído anhelante por no poder escuchar una voz igual, se moriría de pena por no volverla a oír.

Así entre el canto y el asombro que este me proporcionaba. El tiempo fue pasando, con esa forma de tropiezo interior por lo que sentíamos llegamos por fin a las faldas de esos espantosos cerros. Su sombra, ¡ah ¿qué decir de la más espantosa penumbra?! Esta era perpetua allí, el profundo frió gobernaba más en ese lugar que en cualquier otro a no más que unos metros que por delante tenias. A tan solo esa distancia lograbas descubrir lo que podría haber, pues como si de una niebla perpetua, allí podría decirse que residía esa oscura niebla había encontrado su hogar al pie de eses riscos. Tan solo como pago debía de tratar de ocultarlo todo.

En un espacio de tiempo muy breve, daba la impresión de que todo el mundo se hallaba atareado, por un lado las tiendas en un momento se hallaban montadas, gracias a esto ese lugar comenzaba a tener un aspecto… ¿cómo podría expresarlo?, de más ameno, algo más acogedor; aunque siempre el presente te decía que él seguía siendo horrible. Pero podría decir que en estos instantes hasta era un poco más acogedor.

Estaba muy claro que pasaríamos noches o noches allí. Una hoguera comenzó arder en un extremo de aquel tétrico espacio, al momento otra más adelante, otra a la izquierda y así hasta que pude perder la cuenta de todos los fuegos encendidos.

Al momento se podía oler la fragancia de la comida en ebullición.

La reina me hizo una señal para que la siguiese. Mucho en ese instante no me apetecía, pero debía ser muy importante. Un momento después los dos nos desplazamos hacia la incisión del pico más cercano, era la unión de ambas montañas hacia donde nuestros pasos se dirigían.

—Debes poner mucha atención a lo que te digo ahora. En la unión de estos cerros en cada uno de ellos existe una puerta. Como bien puedes ver son seis picos los que componen esta cordillera, por lo tanto serán seis las puertas por las cuales podrás acceder a ese lugar.

La miraba con mucho interés, aunque habíamos llegado frente a una de esas puertas, y mi atención se posaba casi al completo en aquello que ella me mostraba: En esa única puerta que yo ante mí tenía. Aquella que mi vista podía percibir era del todo pavorosa, tan solo con echarle una pequeña ojeada ya te paralizaba la sangre.

Sus marcos los componían enormes tibias de las cuales incluso parecía que se desprendían pedazos de carne. Estas se unían las unas a las otras con unos lazos que yo diría que los habían hecho con las venas de un cuerpo. De esa especie de lazos se podía ver como gotas de humedad caían, pondría mi palabra entre dicho al asegurar que por ellas manaba sangre todavía; pero era lo que realmente parecía. La puerta en sí, toda ella se hallaba adornada con cabezas, más grandes o más pequeñas; las había humanas y de animales y otras que no podría decir a qué especie pertenecían. Bien´, todas ellas tenían unas muy grotescas expresiones; pues se besaban, pero no un beso de amor, era cualquier cosa menos eso. La que al lado se encontraba te sacaba una lengua larga de la que parecía hasta llegar el hedor de su pestilente aliento. Otras tenían una expresión del más puro dolor inaguantable. Era como si los suplicios más duros se les estuviesen consumando en ese mismo momento. La sola visión de esa puerta te hacía pensar en cuánto es el dolor que puede llegar a existir y cuál es el extremo de ese dolor que se llega a aguantar. Como si a la puerta le hubiesen hecho un rebaje, en el centro se podía observar un esqueleto completo. Para poder llamar a esa puerta debías de tirar de la cabeza hacia ti, luego soltarla. De esta manera este pobre ser golpeaba fuertemente contra el metal cada vez que alguien llamaba a la puerta. Encima de la cabeza había una inscripción que decía:

Si realmente sabes a dónde vas,
aquí no ambicionarás penetrar.

Volumen II

El núcleo legendario y desvelado

Capítulo I

Si realmente sabes a dónde vas,
aquí no ambicionarás penetrar.

Esto es lo que la inscripción de la puerta ante la que nos encontrábamos rezaba. El vello se me erizó y exclamé horrorizado.

—¡Esta es la puerta más espeluznante que mis ojos hayan podido contemplar! ¿Qué es lo que nos quieren decir con la inscripción?

La reina me miró, como queriéndome reconfortar posó su mano en mi hombro y dijo:

—Esa inscripción tan solo dice una clara evidencia, como puedes comprobar son palabras bastante sencillas, a estas cualquiera que sepa leer las puede comprender. Como puedes advertir te avisan de lo que dentro te puedes llegar a encontrar. Ellas indican por lo que dicen y lo que la puerta muestra, que todo lo que en el interior de ese lugar has de descubrir no será para recordar. Más bien todo lo contrario, debes de tratar de olvidarlo lo más raudo posible.

Miré atentamente lo que ante mis ojos tenía. Sé que frente a esta puerta era inevitable que mi cuerpo comenzase a temblar de arriba abajo, y entre balbuceos tan solo pude decir:

—Efectivamente, como antes has dicho majestad, cuando lleguemos allí veremos, con tan solo ver la puerta ya se te empiezan a quitar las ganas de cruzar el umbral.

Ella con su mano posada en mi hombro la movió para que su calor fuese presente ante tanto frío mortecino.

—Tú tranquilo; pues tan solo un loco de gran corazón puede hacerlo, por lo que parece tú podrás plasmarlo pues tienes un gran corazón. Por otro lado, si debo hablar de tu locura, de ello tampoco andas mal. ¿No lo crees?

La miré y su comentario incluso ante ese lugar y esa puerta arrancó de mí una sonrisa.

—Tan solo puedo decir que sí que estás muy acertada en aquello que expresas; pero tan solo quiero afirmar algo que de seguro ya sabes, mi locura es un estado transitorio en mi ser, y por otro lado ella es totalmente sana.

Los dos sonreímos, y eso sí era una locura percibiendo todo aquello que nos rodeaba. La reina sin dejar de sonreír me dijo:

—En realidad nadie ha dicho que no sea así, a decir verdad sin esa pizca de locura, no creo que hubieses sido capaz de consumar todas esas pruebas que ahora ya han quedado atrás, las cuales nunca debes olvidar.

En ese momento un silencio nació entre los dos, nuestra sonrisa se congeló, pues de esa manera me pude cerciorar de el rumor que en aquel lugar lo envolvía todo. Este se componía tan solo de un quejumbroso lamento, este era perceptible en el silencio de este siniestro paraje. Era espeluznante escuchar la muerte sin pausa, el martirio del sufrimiento sin perdón, todo ello tan solo a una distancia casi efímera.

Ambos nos miramos, en este instante las palabras sobraban, la vellosidad erizada de nuestra piel, el corazón contraído hasta parecer arrugado… ¡Todo esto unido!, expresaba un lenguaje perfectamente legible. Nada dijimos pero ambos dimos media vuelta y nos pusimos en marcha en dirección al campamento.

La pequeña distancia que habíamos transitado y que nos separaba ya de ese tétrico lugar nos hacía sentirnos mejor. Podíamos ahora ver las fumarolas, estas nos advertían que la comida estaría pronto para ser zampada. Esta nos llenaría parte de ese espacio vacío, el cual este lugar había dejado en nuestro interior. Sabíamos que esto no era realmente lo que necesitábamos para saciar ese tremendo penar. Pero con algo lo debíamos de llenar, aunque parezca mentira una simple comida me podría llevar a un grato recuerdo, el cual desencadena unos sentimientos que apartan todo lo que en ese momento dentro de mi interior estaba padeciendo. Asimismo se podía oler la fragancia de un delicado guiso, las finas hierbas bien rehogadas las podía llegar a distinguir, en otro lado el pan recién hecho llenaba todo mi paladar de saliva. Sabía

perfectamente que la cerveza estaría fresca esperando por mí. Eso alegra el corazón de cualquiera, pues en parte hacía que me sintiese como en el palacio de su majestad, el único hogar que puedo decir que yo haya tenido como lo que puedo entender con el significado profundo de lo que esa palabra quiere expresar: hogar.

Nos desplazábamos entre las hileras de tiendas. Allí, entre los toldos aquellos que nuestro camino compartieron, rápidamente mostraba sus respetos con una gran reverencia. Ello en mí hacía que un rubor me encendiese las mejillas, hoy me gustaba pues hacía que la vida regresase a mí después del mortecino frio que habíamos tenido que superar.

Por fin llegamos a nuestra carpa, aquella que se nos había adjudicado. La mía y la de la reina se hallaban casi juntas, tan solo las separaba una gran hoguera, en la cual se topaban todos mis fieles hermanos, mis compañeros de viaje. En el preciso instante en que nos avistaron, Lobo en un abrir y cerrar de ojos ya se tropezaba a mi lado, llegando al encuentro el resto con un entusiasmo típico de aquellos que se aman con un amor puro, del cual no deben avergonzarse por ello, sino que a cada instante deben de demostrarlo.

Al momento nos comentaron que la impaciencia les comenzaba a traer malos presagios, su preocupación crecía por momentos. Nos preguntaron primero dónde nos habíamos metido. Así como buenamente pude les intenté comentar en donde habíamos estado, pero en ese preciso instante se escapó de mi boca una exclamación:

—¡Qué bien huele por aquí! Mi estomago no puede más, decidme ¿no os lo habréis comido todo?

Gordi casi sin dejarme acabar la frase gritó:

—Sí nos lo hemos comido todo, tan solo los huesos y un par de migas de buen pan quedarán por ahí.

Ja, ja, ja, todos al momento comenzamos una carcajada pura serena y de corazón. Qué buena era en tales circunstancias, nunca llegué a pensar que una risa fuese todo un bálsamo para un corazón encogido.

En ese momento Lobo tomó la palabra.

—Ante todo debéis de perdonar nuestra descortesía, partamos a donde bien se puedan degustar estos manjares, los cuales envuelven con

su olor todo este lugar. Una vez que el estomago tengamos lleno, si lo consideráis acertado nos describirás bien esa puerta que tanta impresión en ti ha acrecentado.

La reina lo miró con la sonrisa en la cara y dijo:

—Está bien queda dicho que así sea y así deba de ser.

Nos disponíamos a movernos cuando la reina se alzó mirando a uno de nuestros acompañantes en ese camino, al minuto comenzaron a poner todo tipo de cojines y comodidades que se necesitaban. Al momento había como una especie de mesa baja y todos con esos cojines altos, así estábamos sentados a poca altura del suelo. Sin tardía en esa mesa se dispusieron bebidas y muchos manjares de diferente corte, desde faisanes hasta salmones.

Así sin demora cada uno dispuso de su comida. Ellos, mis hermanos, tenían tan fuerte dignidad que no habían probado bocado; estaban esperando nuestro regreso para llevarlo a cabo. Fue hermoso pues esto me hizo sentir muy querido, y por otra parte pude comprobar lo que cada uno comía. Por ejemplo, Lobo se estaba nutriendo con un gran costillar, el cual se hallaba totalmente crudo y sanguinolento, esto puede parecer cruel, pero en su especie es rotamente normal. Nosotros todos por igual nos deleitábamos con una gran ensalada y un pescado que parecía saltar del plato en cualquier momento. Alguno de nosotros teníamos una gran chuleta en vez de pescado. No sé cómo pero por unos instantes hasta se me olvidó el lugar y la misión que debía de desempeñar. Qué extraño es nuestro ser interno, el cual con un poquito de bien estar es capaz de olvidar el mayor de los sufrimientos. Como puede ser el alimento, el calor de los tuyos, esa hoguera que sustenta el calor que tu cuerpo tanto necesita, una charla animada con tus amigos, todo esto lo tenía, ¡qué pletórico me sentía! Lo único malo que realmente permanecía en ese espacio era: En el instante en que nos quedábamos callados esperando a que el siguiente hablase, en ese instante, el gemido del más horrible dolor se colaba en nuestros oídos y al momento nos devolvía al lugar en el que nos hallábamos.

El monje en uno de esos momentos comentó:

—Cuánto es el sufrimiento que el alma puede trasmitir en su caí-

da al martirio y la oscuridad. Eso es lo que puede volver a un alma más negra que el mismo carbón.

Habló de inmediato la reina, pues debía darnos el mensaje que hasta ahora se había guardado.

—Mis bien queridos, en realidad si he querido que acampásemos aquí, es para que os podáis cerciorar de lo que allí abajo hallareis; pues este es el tipo de sentimiento que allí vais a apreciar. Puede que en un principio traten de ocultarlo, pero tarde o temprano lo sentiréis y mucho más fuerte que el que aquí se siente.

Acto seguido y casi sin poderlo creer Gordi preguntó:

—Majestad, debo preguntarlo con toda mi humildad, ¿has estado alguna vez en ese lugar?

—Ay mi bien querido, has de saber que yo reino hasta en el último rincón de mi reino. Este territorio lo quiera yo o no, es parte de mis dominios. A decir verdad en este que hoy tenemos delante no he estado, pero he visitado otro igual que este hediondo orificio en el cual os proponéis a entrar.

»Debéis saber que esta pavorosa laceración infringida en este hermoso lugar a la madre tierra, puede cambiar su ubicación.

»Si alguien es capaz de romper el cordón de las almas que los dos mundos unen, automáticamente se cierra el ombligo del mal, en el preciso instante que esto ocurre la tierra restaura urgentemente este lugar curando todo ese gran problema que es el desierto.

»Lo realmente diabólico es que no se restablece para siempre, pues donde el mal ha estado deja su impronta, y de esta manera en la naturaleza la desgarradura cerrada solo dura hasta que el mal restablezca su poder y su fuerza. Cuando esto ocurre los hijos de la depravación deben trabajar mucho más para seducir a un número de almas exageradamente más amplio. Cuanto mayor es el número de entelequias que caen, inconmensurablemente mayor es la energía que producen, de esta manera ayudan a que se abra otra vez el ombligo de la malignidad en otro lugar. Contestando ahora más certeramente a tu pregunta, sí, querido mío. He estado en uno de esos hediondos agujeros, debo recalcar que no se trata de nada agradable, no, realmente no lo es.

En ese segundo la reina se quedó un instante como si estuviese en un trance del que no podía salir y no era agradable.

Como mi querido Lobo sabe mucho, raudo me hizo a mí una pregunta.

—Venga, ya es hora de que nos cuentes dónde estuviste antes. ¿Nos lo vas a contar no?

Lo miré, le sonreí, pues bien sabía que no era por lo que yo tuviese que decirle sobre lo que esa puerta me había ofrecido; más bien se trataba de una forma de salvar el momento. Y sacar a su majestad de lo que le estaba dando tanto que pensar.

—Debo confesaros que he estado solo en ese lugar, enfrente a la puerta. Ahora bien, esta era la más horrible que una mente retorcida pudiese imaginar, yo ni en las más rebuscadas de mis pesadillas podría hallar algo semejante.

Así fue cómo comencé a narrarles cómo era la puerta y lo que allí pude llegar a sentir.

Habló Oyam con un rostro un tanto falto de color, al término de mi relato.

—Pues sí que es espeluznante la dichosa puertecita, es esta trasportadora de muy malos augurios.

Fue así como la conversación se dio por finalizada. La reina sin previo aviso se levantó y dio dos palmadas, lo cual hasta nos sorprendió. Al momento un sirviente apareció.

Ya os he explicado la suerte que tiene aquel que sabe lo que verdaderamente ostenta, el cual sabe lo que hacer. Él sabe que está siendo muy afortunado pues su vida es dirigida según él sabe que así será.

Bien, este como apareció desapareció, y al momento de su aparición traía un fardo consigo. Todos nos miramos por la sorpresa que nos podría estar preparando su majestad. Este ser depositó el fardo en el suelo e inmediatamente dio media vuelta y desapareció.

Automáticamente la reina abrió aquel extraño paquete, allí pude observar la cosa más extraña que podría sospechar; lo que allí había eran empuñaduras de espadas.

Yo raudo hablé, como no se estarme callado.

—¿Qué es esa sorpresa que nos aguarda, que son esas cosas?

La reina me miró, en su rostro se podían observar las huellas del camino y ese lugar, estas decían a grandes rasgos lo cansada que estaba. Sacando fuerzas nos dijo:

—Esto es un presente que os será de gran utilidad en esa zona muerta a la que pretendéis ir.

»Debéis de saber que las almas una vez se encuentran un tiempo en ese término, se van trasmutando en seres hoscos, la mayoría acaban como soldados sin voluntad. De estos debéis cuidaros pues en cuanto noten vuestra presencia no lo dudarán un momento, ya que intentarán acabar al instante con vosotros. Por ello en cuanto notéis su presencia ocultaos o escapar lo más rápido posible.

La reina ahora aparentaba incluso más edad, pues sus arrugas eran ahora más obvias de lo que nunca me había percatado. En este instante parecía luchar con fuerza en su interior. En cuanto se repuso continúo con una pregunta.

—¿Sabéis cómo acaban transmutándose esas pobres almas?

»Al igual que se hace con los cerdos, las ceban. Esto lo ejecutan llenándolas de energía negativa, la cual logran a través de la estimulación de malas emociones, situaciones extremas que generan en ellos los más bajos sentimientos, a esa parte que todos portamos, ese animal es seducido con los más bajos sentidos. La gula, el sexo, el ego y muchos otros que podría seguir enumerando. Con esta odiosa manipulación consiguen saber la potencia que cada uno posee en su interior, aquello que pueden soportar con más entereza. Cuanto más soportan más alto rango adquieren en sus jerarquías del caos.

»Es por ello que debéis de comprender que en ese lugar os encontrareis a todo tipo de seres, todos ellos están con un fin, y es seguir generando energía negativa. Los… digamos jefes de los más bajos soldados son en extremo para mí forma de ver, ¿cómo decir?... Al igual que si fuesen payasos malvados. Sus vestimentas roídas por el tiempo, casi harapos sin color, sin pelo, siempre atentos, tienen grandes ojos y una boca siniestra totalmente desdentada hecha con el fin de recoger y poder exhalar por ella los más duros improperios. Siempre parecen andar

encogidos, su altura más bien es bajita a nuestros ojos; pero solo por el moverse encorvados. La blanca piel y sus descarnados miembros, sus llagas purulentas por todo su cuerpo muestran cuantas más heridas y menos carne, su mayor grado su poder ante el resto de individuos. Ellos siempre tienen un humor inexistente ya que el dolor es su fin. Su risa solo vive del lamento, su disfrute hacer sufrir a las almas subyugadas a ellos. De estos cuidaros pues si pueden no dudarán en llenaros de sentimientos negros para de esta manera pasar a convertiros simplemente en sus esclavos.

»Pero de entre los peores que ahí pueda haber, están los caballeros de la penumbra, son los perpetuos quejumbrosos. En su rostro simplemente se dibuja una gran boca, la cual desprovista de dientes y una larga lengua, se sitúa a los lados debajo de unas grandes orejas, a las cuales muchas veces incluso les faltan algunos pedazos. Debajo de estas por unas agallas respiran el infecto aire. Son en extremo delgados, pues a ellos incluso sus lamentos los consumen, es por eso que necesitan más energía oscura que el resto. Siempre visten de negro, sus retazos de cuero negro curtido se confunde con la piel oscura casi podrida que los concibe. No penséis en ellos como seres fáciles, pues siempre de su boca salen miles de ideas retorcidas, las cuales van a parar siempre a la luz de esas pobres almas. Ellos son soberanos en ese lugar, tan solo están al servicio de un único monarca todo poderoso en su reino, este es tan solo un gusarapo fuera de él.

»En mi corazón espero que no os encontréis ni con unos ni con los otros, pues hasta donde yo sé, son muy poderosos. Son capaces de doblegar incluso la voluntad más férrea que se pueda imaginar. Muchos otros seres se retuercen y se mueven por ese submundo al cual os proponéis bajar, estos tan solo son un vano ejemplo de lo que podéis allí encontrar.

En ese instante calló de nuevo y ahora parecía descansar después de haber vivido una pesadilla, y siguió con su explicación.

—Pero bueno, a lo que íbamos. Estas no son armas para dañar, más bien todo lo contrario, son armas de sanación pues ellas son artificios de luz.

»Si en alguna situación debéis de usarlas que sea como remedio para la curación del ser que os arremete, pues ellas sirven para que la oscuridad se valla, y así la luz a ellos vuelva. Pero esta llegará tan solo por un instante. Aunque os parezca poco ese instante no lo es. Este es totalmente suficiente como para que a esa entelequia a la cual le estás tratando de exponer la luz en su interior, pueda llegar con esa energía a recordar algo de su presencia en esta dimensión material en la que ha florecido su última vida. Con ello puede llegar a sentir que algo más existe, que aquella oscuridad y desesperación tan solo es una pequeña parte de lo que su ser alberga. Así le podréis dar la experiencia del conocimiento, el cual le podrá indicar:

»Quien manda en su entidad solamente es él, de esta manera nacerá la opción única e imposible de cambiar: el libre albedrío. Al momento a él llegará la opción de poder elegir. Aquello que primero podrá asesorar es: Quedarse o marcharse de este lugar de sufrimiento eterno. Pues ya la luz brillará de nuevo en ellos.

Sin decir una palabra más cogió una de las empuñaduras que en el fardo había. Esta se hallaba adornada con muy bellas gemas.

De repente una idea se me ocurrió. No sé bien por qué pero me llegó una imagen. Que ridículo el ponerse delante de tales seres a luchar con la empuñadura de una espada.

Pero mientras, estúpido de mí, me hallaba en esa penosa divagación, la reina alzó esa empuñadura. En ese instante una larga y potente llama blanca surgió de ella. Y con un rápido movimiento atravesó al monje con esa azulada llama. Todos nos quedamos parados por esa gran sorpresa, creo que la sangre se nos había helado por no entender nada. En todos los del grupo surgió una cara de horror que en ella escrito estaba que la vida del monje se esfumaba. Pero pasé de observar el lugar donde esa llama atravesaba a mi querido hermano, al momento me fijé en su rostro. Su cara me dijo que del horror dio había pasado al mayor de los éxtasis. Y como se la clavó se la quito. Un momento después la reina habló.

—¿Veis como vuestro compañero sigue aquí entre nosotros?, y podría decir que con su vida aún mejorada.

Y al momento Lobo tomó la palabra.

—Por favor, hermano, dinos ¿qué es lo que has sentido?

El monje con sus ojos todavía en movimiento contestó:

—Ha sido… ¿cómo explicarlo?, por una parte he sentido un gran misticismo. Pero a la vez podría encajarlo en una forma muy sensual. Ha sido como si ese rayo cuando te atravesara sacase todo mal que en uno pueda haber, y a su vez dejase paz y amor en mí ser.

La reina interrumpió:

—Está bien la explicación, pero ahora cada uno debe elegir la suya, o más bien serán ellas las que os elijan.

Así el primero en decidirse fue Gordi —el cual me tenía asombrado, todo lo debo decir—. Ahora tenía ante mi tenia a todo un guerrero.

No lo sé, pero esa sorprendente actitud me tenía fascinado. Él había cambiado de la delicadeza de una débil persona al brazo de hierro del más robusto guerrero. Entre una actitud y la otra tan solo un pequeño paso los separaba, pero un gran porte los completaba.

Gordi sin pensarlo mucho se decidió primero por aquella que en su empuñadura tenía muchas gemas engarzadas, el más puro oro era el noble material del que ella estaba hecho. Por si esto fuese poco toda ella lucia hermosos grabados, era muy especial.

Pero algo aconteció, aunque toda su fuerza y concentración puso en ella, no funcionó. Nada, ni una triste chispita surgió de aquella esplendorosa empuñadura. La observó tranquilo y la posó de nuevo al lado de las otras. Así poco a poco fue desechando una tras otra. Todos pensamos por un momento que al final acabaría por no coger ninguna.

Pero justamente una medio tapada por un extremo del fardo le llamó la atención; allí entre esa tela y casi sin que se pudiese ver se encontraba una de esas empuñaduras. Esta era tan especial que daba la impresión de que había sido tallada por un niño. El material que le daba existencia era madera, incluso podría asegurar que no una madera muy especial, aunque debo decir que para mí todas lo son. Su talla era muy primaria y rustica, sencilla y sin adornos. Tengo la completa seguridad que alguna vez hemos tenido la experiencia de construirnos una

espada de madera, y de no ser así habremos visto alguna vez a los niños jugando con sus queridos floretes.

Gordi la observó y el recuerdo es seguro que lo invadió completamente ya que no hizo nada más que cogerla y de ella una gran llamarada surgió. Gordi sin poderse reprimir exclamó:

—Es ella, era mi favorita en mi niñez, el resto de los niños se mofaban de mí y me decían que dejase eso que para nada servía. ¡Ja, yo sabía que era muy especial!

La reina habló en ese instante.

—Veo que ella y tú sois viejos conocidos, vuestra compenetración es máxima y eso no suele ser muy común. Lo que es sumamente extraño, es que yo no recuerdo haberla metido aquí, pero ella aquí esta. Que sea entonces para bien.

Y en ese instante Oyam se adelantó para elegir o más bien ser elegido.

Él enseguida fue a por aquella que seguramente le correspondía, y claro, su acierto fue total. En cuanto la vio sabía a la perfección que esa sería la suya.

Pues esa empuñadura tenía una forma muy definida: era una cabeza de cabra. Era muy bella. Sus ojos verdes, los cuales se engarzaban en su rostro, eran pequeñas esmeraldas. El grabado de toda ella exponía los signos del zodiaco de una manera sublime, hasta llegar a aries, donde empezaba y terminaba todo. Era normal pues la cabra debía de ser la reina en esa empuñadura. Parecía toda ella una fina joya la cual se debiese de exponer y no llevarla a la batalla.

Él sin dudarlo apuntó al cielo y efectivamente una llama blanca y potente surgió de ella.

Los demás orgullosos asentimos. En ese instante el monje dio un paso adelante pues era él, el que tenía que escoger.

Una duda parecía acecharle, pero de ella salió y así tomo su decisión. Él seleccionó una empuñadura sencilla, diría que era la más simple de las que allí se encontraban.

Esta, sin demasiados adornos ni mucha pedrería, era para mí esplendorosa; pues en ella en cada rincón se hallaba grabado. Todas eran

bellísimas inscripciones, estaba tallada con diferentes caracteres, los cuales eran desconocidos para mí pero creo que para él no.

Así sin ninguna dilación apuntó al emponzoñado cielo, una llama blanca surgió, ella parecía abrirse paso ante cualquier negro nubarrón.

En ese momento él exclamó:

—¡Los monjes más viejos, en las escrituras más arcaicas hablaban de ti!

Pero estúpido de mí. Yo este pobre incauto que en ti nunca creyó, este que no te merece hoy te mantiene entre sus manos.

En ese instante pude observar cómo rodaba una solitaria lágrima, esta corría por su mejilla abriéndose paso hasta terminar en esa su sublime arma. La reina en ese momento exclamó:

—Todos debemos de tener más esperanza, pues como todos sabemos la convicción si es real mueve montañas. Desde hoy piensa que tú también un día serás anciano. En ese momento sabrás que habitualmente las locuras de un sabio anciano en realidad nada tienen de locura.

El monje avergonzado dijo:

—Es a mí a quien dispones a darme este conocimiento, ¿qué puedo decir? Tan solo qué agradecido me siento, qué extraño esto me resulta; pues todo lo que ahora sé no lo comprendo porque nunca lo he dado como cierto. Ahora sé que era la verdad, entonces me pregunto: ¿Qué es la realidad?

Todos quedamos como en una especie de trance metidos en nuestras divagaciones. Pero fue Lobo el encargado de traernos de nuevo al lugar en el que la dichosa cara del destino tuvo a bien juntarnos.

—Y yo ¿qué es lo que se supone que debo de hacer? Pues mis pezuñas no tienen las características como para portar y manejar un arma de tales condiciones. ¿Cómo podría empuñarla? Mis extremidades son de gran utilidad para aquello que las utilizo; pero nada más.

La reina miró a Lobo y se acercó a él, lo acarició entre sus orejas y con gran dulzura le dijo:

—Ay mi bien amado camarada, deberías de saber que yo ya he recapacitado en aquello que a ti podría ofrecerte. Es seguro que una grata sorpresa planeo. ¿Recuerdas la leyenda del gran gris?

Lobo subió las dos orejas que como si alambres tuviesen estas tiesas se pusieron en un segundo. Y sin más contestó:

—Por supuesto, ¿cómo no? Todos los de mi raza, todos los míos en cuanto han crecido lo suficiente y pueden ser lo competentemente maduros, a sus consciencias llega su leyenda. Él fue el más grande, su capacidad de echar fuego por la boca lo hacía el más y mayor gran rey que ninguna manada haya tenido jamás. Sus enemigos eran vencidos sin llegar a una violencia de sangre y muerte, su aullido iluminaba la noche de luna llena junto a la luz del astro, él emocionado por su luz de plata la cual con su esplendor iluminaba las noches más oscuras. Como he dicho nuestro rey ascendía al cerro y desde la cumbre la luz que entre sus dientes brotaba a este le regalaba. Nunca hubo otro como él, fue el más grande.

La reina lo miró y sintió esa gran admiración de este lobo ya demasiado maduro para ser rey, y le dijo:

—Pues bien, mi querido hermano Lobo, ha llegado el momento de que otro ocupe su lugar en esa leyenda. A ti te ha tocado esa gracia, serás tú el que ocupe ahora un fragmento en esa leyenda.

»Pero debes de pensar que esas espadas después de haberles dado el uso correcto, se pueden guardar y ya nunca más si no hacen de nuevo falta se volverán a usar. Esto es contradictorio a aquello que yo te estoy a ofrecer, pues todo aquel tiempo que de vida te quede, tendrás que portar aquello que ahora te ofrezco, y es mi gracia el poder proporcionártelo. ¡Cuidado, mucho cuidado! Escucha bien aquello que te voy a decir.

»Este instrumento tan solo es para el bien. Así debes de usarlo, al igual que hizo el gran gris. Tú debes de ser parcial y con gran bondad llevar acabo tus acciones. Ahora delante de los aquí presentes debes de prestar un juramento.

Al momento Lobo plegó sus dos patas delanteras, dejando así su corazón cercano a la tierra, esa era una posición severa e incómoda para él; pero todo juramento con dolor se recuerda mejor.

En ese instante levantó su cabeza observando a su majestad y comenzó su juramento:

—Juro que todo aquello que a mí se me imponga será siempre

usado en contra el mal. Trataré por todos los medios si está en mi menester que todo bien prospere, pondré toda mi fuerza en ayudar a aquel que de mí la pueda necesitar.

»Yo perseveraré siempre al lado de todos los seres que unidos al bien y a la luz combatan en contra de toda penumbra, ignorancia y el más lúgubre oscurantismo de todo aquello que represente la decadencia de la luz.

La reina recogió el juramento y con un rito muy oculto y ancestral dijo a Lobo:

—Está bien, entonces hazme la merced de tumbarte, te lo pido por favor.

Allí delante con nuestra visión como testigos de lo ocurrido, le fueron arrancados los colmillos, los cuales debo decir se hallaban considerablemente desgastados. Al momento de arrancarle el primero ya comenzó una hemorragia que al sacarle el segundo esta fue demasiado abundante. Mi hermano no se movía ni se quejaba lo más mínimo, y ello debía ser un gran suplicio realmente. Sin dar tiempo a que el flujo de esa roja sangré fuese demasiado abundante, me sorprendió el comprobar cómo en su lugar le ponían una especie de piedras, las cuales de un color entre blanco y azulado refulgían maravillosamente. Estas eran muy brillantes, me dejó un poco descolocado el comprobar que estos dientes poseían la misma forma que sus colmillos. Estos fueron presionados hasta la misma raíz en la que el diente se posaba, allí en la mandíbula.

Pensé en ese instante que esto había terminado cuando comenzaron con los colmillos superiores. ¡Madre mía!, me parecía el mayor de los tormentos aquello que le estaban haciendo. Una vez colocados comencé a comprobar cómo estas piedras brillaron más de lo que hasta ese instante lo habían hecho. Al momento las heridas de la boca se cerraron, un segundo después uno de los sirvientes le echó algo que a mí me pareció agua, esto hizo que dejase de manar su sangre.

En ese instante la reina le dijo:

—Aúlla fuerte y con ganas como si a mi propia muerte fuese a quien le cantases, apunta con tu boca al cielo.

Lobo sin pensarlo dos veces así lo hizo, en un primer lugar el más hermoso y melancólico de los aullidos se desprendió de su alma y por su hocico con lastimera voz salió, casi sin tiempo a reaccionar, de su boca un fogonazo de blanca luz haciendo acto de presencia.

Era extraño el comprobar que cada diente mandaba su rayo de luz; pero era la unión de los cuatro los que hacían que su rayo fuese tan imponente y mágico, este era mucho más potente que aquel que las propias espadas emitía.

En ese preciso instante allá lejos en la espesura del bosque, la familia de este majestuoso ser comenzó a devolverle el saludo, aullando con todas sus fuerzas, era un aullido poderoso, era la demostración de lo orgullosos que ellos se sentían.

Lobo al parar ese chorro de luz se le vio feliz, ilusionado en demasía. En ese momento su majestad se apartó de él. Dirigió sus pasos hacia donde este humilde ser se encontrar. Yo estaba un tanto despistado por lo que acontecía con Lobo. Sin esperarlo ella me miró y dijo:

—Bueno, tan solo quedas tú, mi bien querido.

Esto no lo esperaba, me pilló sin defensa así que como pude dije:

–No, más bien pienso que no necesito ninguna de esas armas, pues soy el portador de la vara de luz, la cual mi hermano el árbol de su propio ser la ha despedido.

La reina con cara extrañada preguntó:

–¿Qué es eso? Pues a decir verdad yo no conozco nada que se le parezca, es la primera vez que tal arma, o digamos forma de defensa, llega a mis oídos. Nunca había oído que un ser de este reino pudiese dar un arma semejante.

Y así sin dilación saqué de entre mis cosas ese hermoso cayado, este no era demasiado largo, más bien quizás un poco corto diría. Este me llegaba a la altura del pecho o algo más. Era flexible pero casi podría decir irrompible. Esta era mi vara la cual acto seguido se la enseñé.

Ella se quedó extremadamente sorprendida al poder verla. La examinó minuciosamente por unos momentos.

—Pues en realidad sí que tienes grandes amigos, hasta este día nunca nada igual había acontecido. Lo que tienes entre tus manos es

un pedazo de la vida del gran árbol, debe de amarte extremadamente. Hazme el favor de probarla.

Yo miré mi vara La creía un simple callado, también una forma de apoyo en los duros momentos pero nada más. Sin más salió de mi boca una especie de duda en forma de sonido.

—Pero yo…

Me interrumpió al momento su majestad.

—Nada de dudas, busca la luz de tu interior y seguidamente pide en voz alta que se haga la luz.

Y por supuesto que así lo hice. Debo confesaros que me centré en todo lo que en mi interior podía hallar con forma de luz. Pero nada, ni unas pequeñas centellas surgieron.

Su majestad me miró y dijo al instante:

—Dime en qué estás pensando, cuéntame cuál es esa idea central en la que te apoyas para buscar tu rayo de luz.

Sin pensarlo demasiado le dije:

—Bueno, pues como has dicho me estoy centrando en las cosas que conozco y tienen luz, como un fuego, una candelilla. No sé, cosas así. Ella me miró y hasta parecía sorprendida por mi respuesta.

—Mira, cuando hablo de la luz, siempre me refiero a la luz interna, ese calor interior que puedes exhalar al exterior. Este ardor lo producen los sentimientos positivos siempre. También quiero que escuchéis esto, una vez ahí, en ese óculo de oscurantismo os podéis llenar de sentimientos negativos. En ese momento la luz se convertirá en niebla negra, la cual arrebata el amor, y todo aquello que un ser guarda desde lo más profundo de su ser. Así que por favor céntrate en lo que más fuerza interior te proporciona.

Sin llegar ni tan siquiera a tener que esforzarme, en mi mente surgió la imagen de mi amada, del ser que yo anhelo siempre a cada instante, y aunque aquí no se encuentre ella siempre en mí se halla.

En realidad no pudo ser de otra manera, pues ese fue uno de los momentos en que el asombro nos pudo. Pues en ese instante grité:

—¡Que se haga la luz!

Sin esperarlo un fuerte rayo salió de la piedra que el bastón en la

punta tenía engarzado. Ese rayo parecía tener prisa por llegar al cielo, con gran fuerza y rapidez surgió, al llegar a una determinada altura explosionó en un gran círculo de luz, era como si la luz del pleno día volviese a nosotros. Esta se constituía en un destello blanco, el cual con fuerza parecía no extinguirse y estar resuelto a luchar con el manto velo ; no nos permitiría observar aquel maravilloso anochecer. Esta era una forma de esplendor muy elevado a los ojos que de cualquier parte tuviesen la suerte de observarlo; el espacio que llegaba a iluminar era abundante, dilatado. La verdad es que debíamos de parecer un tropel de tontos pues teníamos la boca abierta con esa la expresión que suele tener aquel que no puede creer lo que está viendo.

La reina saliendo de su asombro me dijo.

—Debes de saber que conocí hace mucho tiempo atrás un arma parecida a esta. Con ella si apuntas a uno de esos seres, siendo capaz de alcanzar a uno de ellos, en su interior podrás crear un gran espacio de luz, así su elección será mucho más libre y acertada.

»Se trata de un arma mucho más potente de las expuestas aquí, pero sé que está en las mejores manos.

Acto seguido la llama bajó y desapareció. Y la reina nos observó a cada uno, sonrió y con estas palabras a todos nos indicó:

—Ahora debemos de pasar a descansar mis muy queridos, pues es mañana cuando comienza el principio de todo final.

Debo decir que aquella noche quizás por los nervios o qué sé yo, una vez acomodado en mi tienda veía el paso de las horas, contemplaba como los minutos caían y el sueño se había perdido en los brazos de ese tiempo que nunca más volvería. Morfeo extendía sus brazos, pero por largos que estos fuesen hasta mí no daban llegado. Después de dar muchas vueltas hacia uno y otro lado en lo que era mi camastro, tomé la firme decisión de salir de allí a dar un paseo. Quizás de esta manera procurase el camino que el sueño había de seguir para que así llegase a mí.

En el momento de incorporarme pude ver como Gordi allí se encontraba roncando a pierna suelta, él se veía firme en ese sueño que debía de llevarlo a quién sabe dónde. Daba la impresión de que aquello que al día siguiente fuese acontecer con el nada tenía que

ver. A su lado se encontraba Oyam, el cual se podía observar que se encontraba en el interior de un inquieto sueño, influido por lo que en él vivía aquí; la denominado realidad. Contemplaba cómo daba vueltas a un lado y al otro y murmuraba algo en un idioma que me era desconocido.

Pero me alegré mucho por los dos pues por lo menos ambos dormían. Más al fondo se hallaba el monje, el cual no se movía en absoluto. Llegó a mí una pequeña duda, ¿está despierto o dormido? No lo sabía, lo único que sí veía era su total inmovilidad.

Una vez atravesado el umbral de la tienda salí al exterior. Allí se hallaba Lobo, lo observé unos instantes pues él era realmente hermoso e imponente, un formidable guerrero. Percibí como aunque en sueños estuviesen ellos me ofrecían una carga de energía extra; pues sin dudarlo se lo jugaban todo por estar a mi lado.

Di media vuelta sigilosamente pues a la parte de atrás era a donde pretendía dirigirme, pero justo en ese momento una voz me sobresaltó:

—¿Qué ocurre, el sueño no da llegado a tu ser esta noche mi hermano? Bien sabes que deberías de descansar, mañana será un muy duro día para todos.

Giré en redondo sobre mis pulidas alpargatas, y allí se hallaba maese Lobo. Él me miraba con eses ojos encendidos por la tenue luz de la noche, parecían dos rojos faroles franqueando la puerta de algún lugar no muy indicado a entrar sin invitación previa.

Le sonreí una vez recuperado del sobresalto y contesté a su pregunta.

—Siento mucho si con mi torpeza te he despertado. Recuerdo la lección en la que por mi escandalosa manera de moverme fui estrictamente instruido. Esta lección me la proporcionaron dos tiernos habitantes del bosque y aunque no se me haya olvidado, frente a tus dones yo estoy perdido. Pues tu agudeza auditiva sobrepasa mucho mi habilidad para moverme sin ser escuchado.

»Referente a lo que me preguntas debo decir que por esta noche Morfeo se ha olvidado de mí. Ya se sabe que cuando él no quiere llegar es mejor que abandones el lugar en el cual él pone en práctica su traba-

jo, pues de no ser así todos acabaríamos como nosotros en este instante, es decir: despiertos.

Lobo me observó y parecía sonreír, al momento comenzó una nueva conversación.

—Dime hermano, ¿aparte de este lugar, nuestra misión y todo cuanto mal nos rodea, qué es lo que te preocupa?

En ese momento quedé como si un gran puñetazo me hubiese dado. ¿Cómo puede ser que a esta entelequia nada se le pueda ocultar.

—¿De verdad quieres saberlo? Pues muchas veces la ignorancia nos muestra atisbos de felicidad, aunque esta no sea del todo real.

Él me miró, y no hacía falta que casi hablase pero dijo:

—Por supuesto que sí. Creo que debe de ser de poco avispados el preguntar sin querer saber lo que la respuesta te pueda ofrecer.

Lo miré con ternura y a la vez con la lejanía que el pensamiento me ofrecía. Él era puro y yo no, así que sin dudar expuse aquello que tanto me dolía.

—¡Ay amigo mío, si tú supieses…! Quiero que comprendas que en el lugar en el que yo he estado, y del cual creo que estoy viviendo una vida paralela a esta, muchas veces se hacen preguntas de las cuales no se quiere que la contestación sea una realidad. Lo que tan solo se espera es una mentira que les plazca y la cual los deje satisfechos. Pero yo solo quiero la verdad, y me preocupa que ahora sé cómo soy; pero también sé cómo he sido, y parte de ese germen está en mí también. ¿Cómo reaccionaría yo? Eso es lo que me preocupa, pienso en qué sería de mí si os llegase a perder a cualquiera de vosotros ahí abajo. Nunca más podría volver a ser quien soy. ¿Me entiendes?

Lobo me miró y la dulzura de su mirada casi me lo decía todo.

—Por supuesto, mí amado hermano, comprendo a la perfección lo que dices, recuerda que durante mucho tiempo he sido el rey de mi manada. Pero debes de entender que tú en primer lugar no has obligado a nadie a llegar hasta aquí, y aún menos a meternos en la boca del lobo, nunca mejor dicho.

En cuanto él hubo terminado esa frase, en el momento que el sonido se perdió, ambos nos miramos fijamente. Parecía que esperáse-

mos algo cuando espontáneamente surgieron desde lo más profundo de nuestro interior unas fuertes y sonoras carcajadas. Estas salían directamente de nuestras almas dándole con su sonoridad un pequeño espacio de alegría a este lugar.

En ese instante yo bajé la cabeza y el llanto se descontroló en mí. No podía entender cómo pasé de uno a otro estado. Como pude a Lobo le dije:

—Mi querido hermano, sé lo que me estás expresando; pero el problema aquí el que lo ha traído he sido yo, y eso no se puede cambiar.

Lobo, un poco desorientado por lo que a mí me ocurría, en un instante reaccionó a mis palabras imponiéndome las suyas.

—Tú, mi querido pequeño, sabes al igual que yo que el vivir es un problema que cada uno debemos de solventar; sin embargo tanto tú como yo no hemos pedido vivir. Pero una vez vivos no nos queda más remedio que proceder e intentar llevarlo a cabo lo mejor que lo podamos comprender. Con todo este conocimiento tu pensamiento te llevará a ser lo mejor posible, y poder con esto intentar que siempre las mejores acciones se forjen en la realidad que uno comprende y vive.

Enjuagué mis lágrimas como buenamente pude y le dije:

—Gracias mi hermano, pues es mayor el conocimiento que por tu boca sale, que toda la luz que ella pueda producir.

Lobo volvió a casi sonreír y dijo.

—¡Ay! Y pensar que yo en un principio tan solo te veía como un suculento bocado. ¿Ves?, este es el inconveniente que la vida nos plantea, nos equivocamos a veces por falta de información, por tener un conocimiento solo parcial. Creemos que la realidad que vivimos es la realidad en sí, y esto nos lleva a meter la pata continuamente. Lo importante aquí es que hayamos aprendido de ello, son las equivocaciones buenas lecciones en las que debemos de cultivarnos.

En ese momento yo me senté y al instante Lobo se hizo un ovillo en derredor mío de tal forma que mi ser quedó placenteramente en medio del espesor de su suave pelaje, dándome él así todo el calor que su gran cuerpo era capaz de exhalar. En él apoyé mi cabeza y mirando el cielo, en el cual de vez en cuando una estrella se dejaba ver, le dije:

—Fíjate mi bien querido hermano cuán poco el mal puede alargar su brazo incluso donde reina, pues hasta las estrellas no puede llegar y así son ellas las custodias encargadas de vigilarlo a él.

Así mirando en la dirección por la cual de vez encunado una tímida estrella asomaba, me quedé por fin plácido e inconscientemente dormido. El sueño que tuve fue un tanto raro, en este, Gordi comenzó a correr y yo intentaba alcanzarlo; pero cuanto más corría él más se alejaba, nunca podía aprehenderlo.

Así con una especie de balanceo me arrojaron al exterior de esa pesadilla, regresando así a una congoja todavía mayor que el peor de los sueños: nuestra realidad.

Intenté abrir los ojos y así ver quién era el que trataba de despertarme de esa manera tan brusca; pero tan solo pude oír una voz que decía.

—Ya es la hora, despiértate y levanta a los otros también.

Cuál fue mi grata sorpresa al comprobar que allí se encontraban todos, unos acurrucados al lado de los otros pero siempre juntos. Así fue que no hizo falta zarandearlos para despertarlos pues mi sonora risotada por mí lo hizo.

—¿Pero qué es lo que estáis haciendo aquí? Si yo os deje en el interior de la tienda.

En eso Gordi sin tan siquiera levantar la cabeza y estirándose contestó:

—Lo que estábamos haciendo ya da igual, pues en realidad ya se ha terminado.

Y así todos comenzamos a reír de nuevo, creo que una sincera risa a este lugar le iba cada vez mejor.

Pero alguien se hallaba observando sin que nosotros nos hubiésemos percatado. Era su majestad, la cual ya hacía un buen rato que se hallaba contemplándonos.

Rompiendo el momento nos habló a todos en general.

—Esto realmente me es muy grato, pues a la mañana se la debe de saludar como se corresponde.

»Pero este es el gran momento y él ha llegado. Que cada uno

de vosotros se despida a su manera de todo cuanto quiere y deja en este espacio. O que en su lugar le pida fuerzas a quien tenga en su mente y sea su costumbre. Pues este es el principio de todo final y el momento de comenzar a encaminarnos a la entrada de ese deprimente lugar.

Yo que todavía me hallaba a medio desperezar le dije.

—Está bien, pues hemos venido para ello; pero antes deberíamos de comer algo, mi estomago por las mañanas así me lo demanda.

La reina se acercó un poco más y dirigiéndose a todos dijo.

—Mucho me temo que esto que me pedís no va a ser posible, en ese lugar cuanto más vacíos se hallen vuestros estómagos mejor. Hay muchas razones para ello, las cuales no pienso pararme a enumerar ahora.

El monje sin esperar más explicaciones se retiró hacia un lado solitario. Allí se postró de rodillas y como el que realiza un ritual arcaico y muy elaborado se dejó llevar por lo que en su interior conocía perfectamente. Lobo buscó la mínima brizna de hierba y hacia ella dirigió sus pasos, dando con su ritual las gracias por lo que la madre naturaleza siempre le ofrece. Oyam estaba dubitativo y así eligió el oeste, y allí se acordó del agua y a ella extendió sus plegarias. Gordi se dirigió al este, realmente no sé lo que él estaba haciendo pero verdaderamente me parecía un juramento. Así fue que en cuanto me quise dar de cuenta los cuatro puntos cardinales estaban cubiertos, yo estaba justo en medio, era el punto de unión de mis cuatro hermanos. Al momento me integré a lo que en ese instante construía y vivificaba con mi ritual, en él metí toda mi fuerza pues pasé a ser parte de él. En ese tiempo sin tiempo pedía a mis hermanos elementos la protección que necesitaría, pedí a mis maestros ascendidos y a mi maestro interior que me diesen fuerzas. Por último llamé al amor de mi amada para que nunca me abandonase y gracias a él siempre pudiese regresar.

Después de unos breves instantes fueron regresando todos ellos. Había sido un muy hermoso momento de silencio, en el que tan solo el tímido gemido de la muerte envolvía ese y todos los instantes en ese lugar.

Sin haberlo planeado nuestras plegarias se habían encaminado desde los puntos cardinales a todos los rincones de ese aborrecible territorio.

A su regreso cuando de nuevo el grupo se hallaba completo, les hice una pregunta que para mí era obligada.

—¿Hay alguno que quiera dar la vuelta? A mí con vuestra sincera decisión si queréis marchar ahora me haríais un ser muy feliz.

Ellos me miraron pues no comprendían lo que les decía, mucho menos lo que por mi ser me sobrevenía.

Acto seguido les expliqué que si a ellos los perdía sería también mi final; pues no creo que yo en mi corta existencia en uno u otro plano pudiese superarlo.

Me miraron de nuevo por unos instantes. Mis hermanos querían estimular mi interior con su fortaleza, eso sentía profundamente. Bajaron por un momento la mirada y comenzaron a observarse entre ellos también. Sin práctica pero como si de una obra muy machacada se tratase todos en voz alta hablaron al unísono.

—Si por cualquier razón terminásemos nuestros días en ese lugar, sería porque así debe de ser. Nunca acaecería porque tú nos hayas llevado a la fuerza a donde nosotros no hemos pedido que lo hicieses. Ay nuestro querido hermano, si más bien y siendo sinceros en realidad nosotros te hemos manipulado y casi obligado a que nos aceptes.

En ese momento se hizo el silencio en ese lugar en el que siempre resonaban llantos y desesperación. Un instante después de ese sosiego, todos dieron media vuelta y se pusieron en marcha en la dirección que yo ocupaba. En el momento que junto a mi estaban, un abrazo tal me dieron que su energía ocupó todo hueco que pudiese quedar vació por pequeño que este fuese, y así toda duda quedó saldada.

De esta manera tan especial la compañía reanudó su movimiento con un objetivo y una dirección marcada a fuego en su interior: llegar a esa puerta. Después de hallarnos un poco tiempo andando le comenté a su majestad.

—Mi reina, ¿puedes aclararme una duda? Si entramos por cualquier otro lugar que no sea el indicado, y después salimos por el mismo sin poderlo evitar, ¿qué es lo que puede ocurrir?

Su majestad me miró. Ella siempre tiene la respuesta a mis preguntas.

—¡Ay mi pequeño e impulsivo niño! Que nosotros sepamos nada de eso puede llegar a ocurrir nunca, pues para eso debe de haber un portero.

La miré con asombro y como un inquisidor casi no pude coger aliento y pregunté:

—¡¿Qué?! ¿No será él? ¿No será al que tanto le debo y que tan poco siempre pide?

La reina con cara de satisfacción al ver mi reacción contestó con pausa.

—Sí, así es, él es el mismo, aquel que conoces, y seguro que él te recuerda.

En ese momento comencé a remembrar un poco nuestro primer encuentro en aquella puerta sin puerta en mitad de la espesura del maravilloso bosque. Casi sin poder saber lo que decía salieron unas palabras con gran melancolía de mi boca.

—La verdad es que estoy seguro de que me voy alegrar mucho al verlo, y por lo que mi majestad me dice creo que él también.

Seguimos caminando el poco trecho que hasta esa horrible puerta quedaba sin decir una sola sílaba. Una vez allí me coloqué frente a ella, aferré la cabeza de esa pobre calavera o lo que fuese, y acto seguido casi en un esto que se podía denominar de crueldad, la dejé que se golpease con fuerza contra la chapa metálica que configuraba el portalón. Al momento del impacto se hizo un sonido que no sabría explicar en su totalidad, pues como es normal deberíais de hallaros aquí para poder escucharlo; aunque creo que sí os voy a dar una pequeña pista.

Habéis escuchado alguna vez un fuerte golpe en el interior de un mausoleo o un panteón, pues bien, se asemejaba bastante; aunque con una diferencia, este se extendía por el exterior haciendo que el lamento que ya de por sí siempre se escuchaba fuese más profundo ahora.

En el preciso instante en que el eco de ese horripilante sonido se hallaba a punto de su extinción, se abrió la puerta. El polvo se extendió como una niebla que parecía intoxicarte con su densidad. Se podía observar cómo un moho o una especie de telarañas colgaban por todo el marco, ahora esa puerta se volvía mucho más tétrica de lo que antes parecía.

La oscuridad que en su interior había era total; pero poco a poco pudimos observar algo que disipaba esa negrura, esto era por supuesto el portero, aquel al que esperaba con ganas. Él allí se encontraba, era viejo aunque también podría contemplarlo como a un jovencito; pues en realidad era muy poco probable que nadie pudiese acertar su edad. El guardián de la puerta, ahora pienso que cualquier puerta que en este mi reino hubiese él la guardaría. ¡Ay! recuerdo con todo detalle toda su vestimenta, todos los adornos, todo pulido botón que esta formaba. Así me dispuse a fijarme en lo que en él hubiese cambiado; aunque este fuese el más mínimo detalle. Fijando mi recuerdo a lo que en este instante tenía delante, pude percibir que su chaleco, aunque igual, era de distinto color, y así procedí a saludarle.

—Buenos días tengas en este nuestro nuevo encuentro maese bedel, es algo especial lo que su pecho guarda y con él adorna su ser, yo me atrevería a decir que en usted un nuevo color asoma, pero debo expresar que me gustaba mucho más el anterior.

Él al momento en cuanto me reconoció y nada más acabada mi presentación se puso muy contento y un gran abrazo esgrimió, y al momento me dijo:

—Espero que aquí te halles tan solo a visitar a este tu amigo y nada más.

Lo miré y con una mueca de mi cara él comprendió rápidamente. Pero le aclaré un poquito más.

—No, no es así, aunque realmente así quisiese que fuera. Pero mi querido amigo a ese lugar al que no se quiere bajar, debemos mis hermanos y yo descender, no solo penetrar sino llegar a los abismos espectrales. Bajamos con la esperanza de que un poco de amor y de luz allí llegue, es el que con nosotros transportamos, debemos de tratar de

reproducirlo al exterior. O sucumbiremos allá donde de momento sé que nos encaminamos, a ese lugar que no conocemos y que tampoco queremos nombrar.

El bedel me miraba y sombría su expresión lo decía casi todo, y lo que no expresaba me lo dijo.

—Mira mi *frater*, si pudiese convencerte de lo contrario lo haría, pero acompañado por quien te guarda, sería inútil tratar de hacer algo que su majestad no allá logrado. Es por ello que como de ti se trata te acompañaré hasta la segunda puerta, cosa que nunca por nadie haría y loco de mí lo voy a hacer hoy.

Y en ese momento de par en par abrió las puertas, le hizo una profunda reverencia a la reina, dio media vuelta y se introdujo hacia el interior. Un momento después ni él ni la luz de la antorcha que lo acompañaba se podía ver, era tal la oscuridad allí, que la luz desaparecía rauda.

Por todas las deidades, ¿qué es lo que aquí podía existir? No creo que nada que estuviese vivo y dentro de un parámetro normal pudiese resistir mucho tiempo. En ese lugar la exhalación de vapores de azufre debía ser tal la que hasta allí llegaba que en primera instancia casi me deja sin aliento. Con esfuerzo me sobrepuse y una vez recuperado, algo en mi interior decía que no entrase, que se trataba de una horripilante idea el que yo irrumpiese en el interior de ese lúgubre terreno.

En ese momento la reina, a la que nada se le escapa, como otras muchas veces, entró en mi pensamiento. Automáticamente vio allí lo que en ese momento yo estaba maquinando.

Ella me miró con cara de preocupación, yo lo percibí todo y me adelanté, anduve unos pasos hacia el lugar en el cual ella se encontraba y realicé aunque casi sin fuerzas mi despedida de esta manera.

—Su majestad, mi hermana pese a que no te gusta que yo lleve a cabo este tipo de actos lo voy hacer, y esta es una reverencia que en contra a lo acordado quiero hacerte desde lo más profundo de mi corazón.

Mi rodilla clavé en la tierra bajando al momento mi cabeza, coloqué mi mano en el corazón, como muestra de mi amor por ella, y en ese instante le dije:

—Este que ahora te entrego es el más sincero beso que a una madre se le pude ofrecer: Mi madre, ese ser que ahora sé que tengo pero que todavía no he visto. Majestad, sé que sin dilación se lo harás llegar, pues puede que nunca en persona se lo pueda dar.

Los demás detrás de mí también uno por uno fueron haciendo una despedida triste y melancólica, y cada uno de ellos le pidió algo a su majestad.

Nos dimos la vuelta con recelo y pesadumbre en nuestro interior pero todo eso ya no importaba. Paso a paso nos fuimos adentrando en ese lugar. El lúgubre fuego de las antorchas no podía disipar lo que allí me estaba acechando, pero sí sé que algo me decía que sería mucho peor que todo lo que he vivido ya.

Caminábamos por un estrecho pasillo, aunque debo decir que casi nada podíamos observar por la penetrante oscuridad. Este pasillo desembocó en una sala completamente circular, las paredes eran totalmente lisas, no poseían ningún tipo de adornos, el suelo era también completamente liso, es más, debías pisar firme con el fin de no resbalar.

Quiero describiros un poco mejor esta sala, lo que yo pude advertir. Este sitio era un círculo perfecto, las seis puertas tenían seis pasillos y todos desembocaban en aquella sala, que al igual que el pasillo por el cual llegamos a aquí era completamente liso, tanto las paredes como el suelo. Era muy extraño, daba la impresión de que no querían que te entretuvieses con nada y fijases tu atención en el lugar en el cual te hallabas. Y allí en el medio de esa gran sala circular había una sola puerta. Lo más extraño es que esta se hallaba en el suelo, en medio de aquel círculo perfecto. En cuanto nos acercamos le comenté al portero.

—¿Qué es lo que aquí ocurre, no hay sonidos, no hay nada aquí?

Él me miro y casi entre susurros me dijo.

—Así es, lo que ocurre es que hasta ahora estamos en un espacio muerto. Esta es la autentica puerta, si alguien quisiese darse la vuelta todavía está a tiempo. Por favor, daros media vuelta y así me haríais muy feliz.

Lo miré y sabía perfectamente lo que decía pues en mí así lo sentía.

—Lo sé mi bien querido amigo, pero has de saber que así solo sería tu felicidad y eso no depende de mí el poder dártela.

Él sonrió pues percibió mi angustia interior y me confesó.

—Soy muy consciente de ello pero por probar nada pierdo, y mi felicidad sí es compartida con la tuya, es algo inolvidable incluso aquí.

Estando ya enfrente a la puerta pude comprobar que allí una frase se hallaba inscrita, y esta rezaba así:

Ahora que has llegado hasta aquí,
ven a mí.

Capítulo II

Lobo me observó profundamente y su rostro de preocupación me decía lo que por todos estaba a acontecer. Oyam habló preguntando al bedel sobre la frase de la puerta.

—Mi querido hermano, ¿podrías responderme con sinceridad a lo que debo preguntar? ¿Qué es lo que ese epígrafe quiere decir?

Nuestro querido bedel nos miró casi sin poder explicar con sus ojos lo que nos comenzaba a atormentar.

—En realidad no lo sé, pues son palabras manuscritas por la mano de la penumbra. No puedo decir cuándo ni cómo, pero creo que el significado es demasiado obvio como para que pudiese ocultar algo más allá de lo que se puede descifrar.

En ese momento el monje tomó la palabra.

—A veces no se permite contemplar el verdadero significado a ojos de los extraños. Sin embargo aquellos que son maestros en las artes oscuras seguro que algo más podrían obtener.

Nuestro querido bedel estaba ahora quizás más apesadumbrado, pero debía de preguntarnos.

—Muy a mi pesar debo de haceros esta pregunta: ¿abro esta puerta o no queréis que esta sea abierta? Pensarlo bien pues en realidad si se abre hasta que penetréis no podré cerrarla de nuevo. La primera puerta sigue abierta. Con el firme propósito de que si queréis podamos regresar y salir de aquí.

En ese instante me fijé un poco más minuciosamente en esa puerta. ¡Cuál fue mi impresión al poder comprobar cómo con los tornillos, remaches y el cerrojo, formaban a seres demoníacos en posición de fornicar! Incluso el agujero de la cerradura parecía el aparato reproductor de la mujer, abierto esperando que la llave se introdujese en ella para poder obtener un potente orgasmo.

Salí de esa especie de trance en el cual esta puerta me avía introducido y dije:

—Desde luego estamos aquí para bajar, y si no abres esa puerta nos será imposible llevarlo a buen fin. Por lo tanto abre y que suceda aquello que está escrito en nuestro libro. Así lo espero y que así sea.

Nuestro querido bedel me miró con cara muy seria y un tanto desgarrada por la decisión; pero sabía que debía de proceder, ya que ese era su trabajo.

—Pues que así sea entonces. Que llevéis a cabo vuestra misión y podáis encontrar el camino de vuelta.

En ese momento sin nada más que decir, nuestro querido bedel, el que tan solo puede realizar este tremendo trabajo de organización y apertura de tan tremendo lugar, abrió por fin la puerta quedándose parapetado detrás de ese funesto portón. Como lo podría expresar, surgió espontáneamente, una fuerza que comenzó a tirar de nosotros en dirección a esa única apertura, aquella que el portalón dejo tras ser abierto. Esa especie de entrada al inframundo tiraba tan fuerte de nuestras pobres entelequias que apenas podíamos resistir.

Nos mirábamos totalmente desconcertados pues ninguno de nosotros sabía lo que estaba ocurriendo, cuando de repente una fuerza todavía mucho mayor nos succionó sin que pudiésemos siquiera comprender lo que pasaba. De repente estábamos ahí de pie y al segundo después nos encontrábamos en una caída sin remisión. Pero lo más extraño era que mientras caía en mi interior comenzaban a fluir todo mal recuerdo. Todas aquellas acciones que aun en la más tierna infancia había cometido, y que nunca más llegaron a mi mente consciente, también se desarrollaban en este momento, en esta intempestiva caída. Yo quería luchar con todas mis fuerzas en contra de todo este negativo recuerdo; pero cuanto más fuerte era mi lucha más evocaciones nocivas fluían, hasta que llegó un momento en el cual me dije en voz alta:

—Son míos, son una parte de mí y como tal los perdono y acepto.

Y la magia se produjo, pues todo sentimiento negativo remitió, y así la paz a mí retornó.

Quedé un poco en éxtasis mientras me recuperaba. En ese instante abrí los ojos y pude comprobar cómo en mis compañeros la misma lucha se estaba produciendo, en ese momento y sin pensarlo les vociferé con gran fuerza:

—Aceptarlos como lo que son; pues eso es una parte de vuestra vida. Perdonarlo pues el perdón os dará la paz.

Uno tras otro así lo fueron concibiendo, un instante después dejaron de marcarse las huellas del sufrimiento en sus rostros. Concibiendo que este era ya un momento de paz les dije como pude, pues seguíamos en nuestra caída:

—Creo que hemos superado una fuerte cruzada, no ha sido fácil ni transitoria, esta es una batalla ganada con esfuerzo, y siento que a perpetuidad queda forjada en nuestro interior. Debo concretar que de no haberla ganado, de no haber vencido nuestros corazones… ¡ay! ¿qué sería de ellos?

En ese instante una gran dicha se instaló en nuestro ser. Todos nos sentíamos muy gozosos y muy felices sonreímos.

En ese instante comenzamos a disminuir nuestra velocidad. La caída comenzó bruscamente. La parada fue más bien todo lo contrario, pues en un instante estábamos suspendidos en el aire.

Daba la impresión de que allí no hubiese gravedad, o que esta fuese muy escasa; ya que poco a poco fuimos descendiendo hasta tocar el suelo.

Gordi fue el primero en sacar unas palabras de su ser, y como no podía ser de otra forma con el estómago vacío.

—Esto no puede ser tan malo pues a mí me huele a alimentos, ¿vosotros lo oléis? Además son alimentos de los buenos, quizás podría incluso arriesgarme y decir de qué se trata.

En ese instante comprobé cómo a todos se nos hacía la boca agua, así que todos asentimos. Estábamos en lo que parecía una gruta, como la que podría encontrarse debajo de la tierra en cualquier parte conocida. Toda gruta tiene su ardid a tétrico, pero es por el estar dentro de la tierra y para el que no aprecie lo hermoso que en ellas se puede llegar a observar; esas estalactitas y estalagmitas, esas

formaciones calcáreas, son maravillosas. Pero ya digo, no tenía nada especial, a no ser lo que en el fondo de la gruta podía llegar a percibir. Sabía que algo no iba bien.

Como digo me dejé llevar por mi intuición y sin saber muy bien el porqué eché mano de mi piedra. Hasta este momento la había tenido guardada en un bolsillo por si acaso. Así la apreté fuertemente, tanto que me hice una pequeña incisión en el dedo. En ese instante el olor del alimento cambió por el hedor de la muerte y la putrefacción.

Miré a Gordi que parecía el más decidido a correr hacia una suculenta comida, pobre él, eso creía, y le dije:

—Gordi, piensa bien en lo que estás diciendo y cerciórate primero de aquello que pasa desapercibido a tu nariz; pues no sabes realmente qué es lo que tus fosas nasales invade.

Gordi me miró y como si estuviese desvariando me dijo:

—¿Pero qué es lo que me estás diciendo?, no me digas que tú no lo hueles.

Yo lo miré un poco desorientado pues el olor era nauseabundo realmente, pero rápido entendí lo que debía hacer.

—Espera un momento que ahora creo entender qué es lo que está pasando. Confía en mí por favor.

Y así me acerqué a él, le puse a Axixlux en la mano y le dije:

—Aprieta fuerte hasta que la piel se abra un poquito, no temas que si manase un poco de sangre de esa herida estaría totalmente justificada.

En ese momento Axixlux entornó un brillo azulado y Gordi se arrojó para atrás tapándose la nariz.

—Ahora sientes verdaderamente el olor que aquí reina. Es seguro que sí pues tu expresión en ti manda.

Gordi tapándose fuertemente la nariz como pudo contestó:

—Por supuesto que ahora estoy sintiendo el verdadero olor que aquí todo lo envuelve, yo decía comida apetecible, por favor ¡qué locura la mía!

Así fueron todos los compañeros consumando el mismo ejercicio, la reacción era en cada uno de una manera determinada, ello se debía a cómo tenían desarrollado sensitivamente hablando su olfato. Pero en

todos reinaba la sensación que a uno le queda cuando es engañado: te sientes estúpido. Así se me ocurrió algo que debía de indicarles.

—¿Os dais cuenta?, primero fue la caída y ahora esto. Tengo el certero presentimiento de que están advertidos de nuestra llegada. Es por ello que os pido que debáis de extremar la vigilancia, tened mucho cuidado con vuestros sentidos. Ya sabéis que aquello que podáis ver, oler, sentir, oír es una fantasía, y sobre todo nada debe de llegar al gusto. Pues creo que todo aquí es un rotundo engaño hacia nosotros. En realidad no hemos hecho más que posarnos, y el primer engaño se ha producido. ¿Os podéis imaginar lo que más adelante nos aguarda?, porque yo no.

No os he dicho que nos encontrábamos en una sala circular igual que la de arriba, lo que pasa que esta no era lisa, como he dicho era toda una gruta cavernosa. La segunda diferencia es que tan solo tenía una salida, no nos quedaba otra que desplazarnos por ella. En el preciso instante en que nos disponíamos a ponernos en movimiento, Lobo nos avisó de que había un ser se dirigía hacia nosotros.

Todos nos paramos y nos mirábamos furtivamente como aquel que algo esconde. En este caso nuestra acción era para comprobar si estábamos en guardia. Echamos mano a aquello que nos ofrecieron para podernos defender.

¿Qué es lo que podría querer? Lo que es seguro es que no vendría a darnos la bienvenida. Nuestras armas llenaron el espacio de luz, todas menos una.

En ese instante y para sorpresa de todos Gordi se echo a llorar. Su arma no había sido empuñada en ningún momento, ya que él sin nosotros saber lo que ocurría, había reconocido a aquel ser que por lo que podíamos observar una fuerte sensación en su interior brotó.

Espontáneamente se echó hacia atrás y su llanto no lo pudo refrenar.

Oyam, que se había hecho amigo de nuestro querido Gordi no pudo refrenarse y chilló.

—¿Gordi, dinos qué es lo que te está ocurriendo? ¡Por favor habla!

Se recogió casi en un ovillo y nos dijo:

—¡Él es…! ¡Es mi padre! Hace ya mucho que se ahogó, no puede estar aquí, no puede.

»Era una tibia mañana de verano y como tantas veces él se fue al rió del pueblo. Sin saber muy bien cómo apareció muerto en la orilla. Mi padre era una persona recia de carácter, incluso podría decir muy recta, casi en demasía, él podía llegar a ser inflexible en extremo. Por el pueblo corría el rumor que era una muy mala persona, ¿qué decir de los rumores, verdad? Pero ¿cómo expresaros una realidad imparcial ya que él era mi padre? Sí, os puedo decir que a veces cuando las cosas no iban bien quienes pagaban sus errores éramos tanto yo como mi madre. Él bebía cuando todo le salía mal, pero no era un bebedor compulsivo, por eso nunca creí que el alcohol tuviese nada que ver en ello. Creo que una parte muy negativa que en su ser había le obligaba realmente a cometer el delirio del maltrato con nosotros. Pero también debo afirmar que aunque fuese el más borracho, el más tirado, el más harapiento de los seres que hubiese en el pueblo, primero y por encima de todo es mi padre. Segundo, no creo que eso sea motivo suficiente para que él esté aquí. No admito que por lo que con nosotros se llegó a ensañar lo arrastrasen a este lugar.

Y así volvió a bajar su cabeza hacia la infinidad de un palmo de tierra.

Yo no pude aguantar y así le comenté:

—Dime, y sinceramente debes de contestar a la cuestión que te voy a plantear, ¿quieres hacer algo por él, algo que lo libere de este eterno sufrir?

Él me miró con atención y raudo contestó:

—Por supuesto, cualquier cosa que yo pueda hacer. No lo dudaría, esa pregunta incluso me ofende. ¡Por favor, dime lo que debo hacer!

En ese momento me fui hacia él, y al oído muy dulcemente le susurré:

—Si realmente es así usa tu espada para darle la libertad. Esta es la manera de concederle el libre albedrío, que seguramente tanto él añora, el poder elegir libremente lo que desea hacer. Estoy seguro de que por una u otra razón él nunca pudo llegar a tener una elección como esta.

Con todo esto él a tan solo unos pasos de nosotros se hallaba. Automáticamente Gordi tomó la dirección en la cual su padre estaba, cuando ya frente a él se encontraba, pudo cerciorarse del estado en el que este se encontraba. Su escaso pelo le caía largo en mechones por su rostro arrugado. Este más bien parecía casi haber sido arañado. Los surcos de las heridas formaban unas profundas arrugas. Su blanco color me decía que en él la falta de toda energía había. Sus roídas ropas, su delgadez extrema, su falta de cordura en los movimientos, los cuales parecía una marioneta mal llevada. Todo me indicaba que de su padre ahí poco quedaba. Esto me llevó a observarlo y al mirar lo que delante de él se hallaba, una tristeza profunda en el corazón se despertó. Así le dijo.

—¡Padre! ¡Padre, por favor, mírame! Es este tu hijo, el que trata de ayudarte. Soy yo el que debe tomar la dura decisión de lo que hacer con este tu ser ya atormentado.

Pero en su padre no existía ni un movimiento, nada en él decía ni tan siquiera que esas palabras pudiesen ser escuchadas. Él ni tan siquiera se inmutó, tan solo quería agarrarlo, ese era su fin: aprehenderlo. En el momento en que levantó sus brazos para llevarlo a cabo, pudimos ver las tremendas llagas que en ellos tenía, eran profundas, un repulsivo pus amarillo por ellas manaba.

Lobo sin poderlo remediar gruñó y dijo:

—¡Gordi ahora! Este es tu momento, ahora o nunca. Por favor hermano, piensa en él, en lo que le vas aportar, y si te ves incapaz déjame a mí.

En ese momento entre lágrimas y sollozos Gordi sacó su espada. Esta un segundo después de desenvainarla se hizo luz. Incluso puedo pensar que esa luz dio las fuerzas que Gordi necesitaba y no poseía en ese instante. Sin que tan siquiera pudiésemos pensarlo, pues creo que todos opinábamos lo mismo, él nos sorprendió cuando le insertó toda su luz en el pecho a la altura del corazón.

En ese instante ese ser que era su padre, el cual representa todo símbolo del más grande de los respetos, allí se hallaba con su espada atravesándole el pecho. Él soltó un gran lamento muy quejumbroso,

pero poco a poco pudimos comprobar cómo la luz daba paso de nuevo a la vida. Su rostro ya se hallaba iluminado por la energía, por la nueva libertad que esta le ofrecía.

—Hijo mío, ¿eres tú?

En el momento en que estas palabras salieron de su boca, pudimos comprobar cómo todo él había cambiado; ahora era un hombre de campo, un hombre normal que incluso con sus colores parecía rebosar vida. Al contemplarlo y escuchar su voz un llanto en todos explosionó; pero Gordi parecía estar encandilado, él no lloraba, se hallaba pasmado.

En ese instante su padre seguía hablando.

—¡Oh tú, mi tesoro, mi bien! Qué imponente te veo, tu figura excelsa en extremo me dice que has llegado a ser más que cualquier hombre, eres todo un caballero. ¡Hay mi niño! ¡Cuántas cosas son las que debo contarte!

En ese momento ambos se quedaron mirando, sus ojos se encontraban y decían más que las palabras. Un instante después de mantener la mirada de su hijo, bajó su cabeza y contemplando lo más lejano que su vista le permitía, se echó profusamente a llorar. Este era un intenso llanto, el cual limpiaba con intensidad muchas malas emociones que en ese lugar le habían grabado a fuego y oscuridad en su alma.

Gordi acto seguido apartó su arma del pecho de su padre dejándola caer, pues sus acciones no eran premeditadas. Pero sabía que debía de llenar el vació que el arma podría dejar al salir de su ser, ¿y cómo mejor lograría llegar a llenar a su padre, si no es con el calor del abrazo al ser que amas?

—Te quiero, te quiero, te quiero.

Se oía que ambos decían al unísono, sin saber cuál de los dos lo decía con más ímpetu. Esas palabras expresaban el más puro amor, esto es algo que no debe de ser medido, pues cuando se hace es que en realidad este no existe.

Gordi separó un poquito su cabeza y con una dulce mirada en su rostro le dijo.

—Te quiero padre; pues tú siempre lo has sido y siempre lo serás, yo nunca lo podré negar, aunque pudiese hacerlo nunca lo haría. Ya

que por ti, padre mío, estoy aquí. Nunca supe en realidad qué es lo que tanto me impulsaba a venir a aquí. Con esto, hermano mío, no quiero que pienses que no te aprecio; pero algo mayor me manifestaba que debía encaminarme a este frenético lugar. Padre, ahora sé que como tu hijo que soy opino que he cumplimentado mi misión.

En ese momento el llanto del padre se hizo mucho más fuerte y profundo, pues después de escuchar estas palabras él sabía que su hijo lo amaba de verdad. Realmente todos pudimos comprobar que este no era un llanto triste, no, ¡qué va!, este era el sollozo que acompaña al amor y a la alegría.

Un instante después una luz cubrió la figura del padre, esta apareció de la nada como si en realidad fuese independiente de todo, pues procedía de un conjunto de estalactitas. Este empezó su ascenso hacia esa luz que lo velaba de este oscuro lugar. Mientras ascendía, a unos metros de donde nos encontrábamos, ya en el aire chilló:

—Gracias hijo mío, tú y tu madre siempre habéis sido mis más grandes tesoros. Es seguro que los tres volveremos a vernos, entonces retornaremos a ser los seres más felices. Nunca lo olvides, te estaremos esperando siempre.

Gordi, tiritando todo su ser, al igual que en el sueño tiene miedo a estar solo y nadie puede remediar su soledad, no podía dejar de llorar.

Qué pena producía en mí su llanto, cuán duro sentimiento exhalaba sin poderlo remediar. En ese momento Oyam lo abrazó fuertemente, después yo y un segundo después todos nos hallábamos arropándolo con nuestro amor, incluso Lobo le lamió la cara. El monje que abstraído había estado hasta el momento habló:

—Ahora mismo él es el ser más feliz que pueda existir. No puedes llegar a imaginar lo que le has dado, pues aquello que ahora tiene tan solo tú eras el que lo podía hacer posible.

Gordi, mi buen amigo, sonreía y lloraba al mismo tiempo.

Yo quería deshacer ya este momento pues así nuestro hermano sería quien de reponerse.

—Bien, creo que es el tiempo oportuno de ponerse en marcha, no sabemos lo que ahí delante nos vamos a encontrar, no tenemos ni idea

de quién nos aguarda. ¿Estamos todos de acuerdo en reanudar nuestra marcha?

Sin decir más nos dispusimos a dar los primeros pasos en aquel sombrío lugar, esta que emprendíamos era la marcha más amarga que mi pobre mente pueda recordar. Nuestra actitud era la de unos desvaídos seres que se debían mover tan solo por el instinto que el propio camino requiere, no por la acción que la mente resuelve.

Seguimos nuestros pasos por aquel pasillo que decidimos por el momento no abandonar, cada paso dado, cada metro avanzado era un sufrir continuo, ya que te envolvía por todas partes la más atroz tufarada, el más nauseabundo olor era el rey aquí, todo lo envolvía con su tufo y esto llevaba a que ningún ente sea capaz de aguantar sin que el vómito le sobrevenga. Ese olor a huevos podridos, mezclado con los cadáveres en descomposición, y a la mezcla le podías añadir el pescado más putrefacto; todo esto en un perfecto cóctel te llegaba a las fosas nasales, subiendo rápidamente por ellas y golpeando en ese instante mi cerebro. Casi ello hacía que perdiese la razón, casi sin darme cuenta mi consciencia bailaba por tiempos; ahora estoy aquí, ahora me voy a donde nada entiendo.

E de decir que nada aquí parecía vivo, todo daba la impresión de estar podrido por la seducción del mal y la sombra, el tiempo ayudaba a que esto pudiese suceder, en este caso él era un buen aliado. En este lugar casi podría decir que algo obvio era el mostrarte que caminabas por una necrópolis. Creo que sabéis a lo que me refiero, pero por si acaso os lo quiero exponer: una necrópolis no es otra cosa que la ciudad de los muertos. E de decir que todo aquí parecía hecho para la muerte, nada vivo aquí podría tener cabida.

Por otra parte a nosotros llegaban del exterior energías cargadas de dolor y maldad. Esto más los efluvios que se respiraban sin cesar luchaban por controlar a través de lo oscuro de la sombra nuestras entelequias y que así llegase el momento en que cada uno sacase al exterior esa energía trasformada en negatividad, o sea, sustento en realidad. Este lugar pretendía que nosotros fuésemos la consternación en movimiento, la gran irrealidad del no nacido.

Llegamos al final de aquel pasillo, una bifurcación nos obligaba a que debiésemos de tomar nuestra angustiosa decisión, ¿cuál será el elegido, cuál el rechazado, qué camino tomar?

El monje de repente nos dio la solución que en ese momento él creyó más acertada.

—Mi opción es la de separarnos en dos grupos; nos dirigiríamos cada uno por una de las direcciones y nos reuniríamos más tarde aquí con aquello con lo que nos tropecemos.

Lo miré y, realmente, aunque me agradaba su decisión no la compartía. En ese instante estaba claro que algo debía decir, o eso creí.

—Yo creo que… ¿pero eso ahora qué más da?, pues otra opinión tan solo nos traería la duda traicionera, así que intuyo que será mejor botar tu decisión.

Una agradable sorpresa me llenó un poquito ya que como yo, los demás no estaban de acuerdo con esta opción, o sea que dimos paso a una segunda.

Así que en este momento me decidí a exponer lo que antes. Pero seguro que mis audaces maestros invisibles se introdujeron en mi cerebro para yo poder exponerla.

—Bien, la opción que a mí llegó es la siguiente.

»Como debemos por obligación elegir uno de estos dos caminos, así lo haremos. Por lo tanto primero caminaremos por uno hasta donde desemboque, y veremos lo que en su final hay. De esta forma sabremos de antemano que si lo que en él encontramos no es de nuestro agrado nos queda la opción de dar la vuelta. ¿Os parece bien de esta manera?

En ese momento el monje me miró y dijo:

—La única verdad que me preocupa es que después tengamos la opción de volver; pues creo que nada de lo que aquí vayamos a encontrar vaya a ser de nuestro agrado.

Lo miré y sonreí, y como debíamos votar así lo hicimos. Y todos los votos fueron decisivos para recoger esta nueva opción.

—Ahora, lo que sí os digo es que no seré yo el que decida. ¿Por qué paso nos encaminaremos?, nos guste o no la verdad es que debemos de

elegir. Por favor, sed cautos y aplicar vuestros sentidos para que ellos os puedan aconsejar, aunque aquí ¿qué decir de ellos también?

En ese instante mi fiel hermano Lobo se adelantó, sin esperarlo él se puso primeramente en la entrada de la bifurcación que se encontraba a su derecha, desde donde estaba la vista mucho no podía aconsejar pues la oscuridad era completa allí.

Él se paró unos instantes, no movía ni un músculo, o es la impresión que a nosotros nos daba. Sin previo aviso se dirigió a la de la izquierda. En esta una mísera aureola de tenue luz se podía adivinar allá en el fondo. Me tenía ya un poco inquieto su actitud así que no aguanté más y le dije:

—Dinos hermano, ¿cuál es tu opinión ahora que has sondeado el camino que nos queda por dejar atrás?

Lobo se giró y nos dijo:

—En primer lugar debo deciros que según mi opinión, ninguno de los dos es de mi agrado; pero sé conscientemente que debo de elegir. Sé que de aquello que elija lo que en él ocurra será en parte culpa mía; pero si he de hacerlo elegiría el que es mucho más oscuro. En él no he podido olfatear presencia alguna, cosa que en el otro te podía decir que más de una presencia hay en él. Como soy un cazador quiero que comprendáis lo que os digo. El olor que esas presencias desprenden no resulta nada apetecible.

En ese momento el monje habló de nuevo.

—Contéstame y por favor asegúrate antes de contestar. ¿A qué distancia se pueden encontrar esas presencias, o seres o como quieras llamarlos?

Lobo subió su pescuezo y husmeó el aire, se giró de nuevo y dijo:

—Si en realidad el olfato no me engaña, cosa que ya ha hecho una vez, creo que están a más o menos un kilómetro.

Todos guardamos silencio por un tiempo indefinido, al final me atreví a exhalar mi conclusión para que todos pudiésemos opinar.

—Yo creo, y es mi humilde opinión, que es por ese por el que debemos ir. Debemos recordar que a aquí hemos venido a buscar a un determinado ser, por lo tanto declaro que deberíamos dirigirnos al término donde se encuentren esas presencias.

Oyam me miró y me dijo:

–Sí, estoy de acuerdo en lo que quieras, pero debes decirme antes, ¿por qué las llamas presencias?

Y Lobo respondió al momento y sin titubear:

—Es sencillo, ellas no huelen como los aquí presentes; ellos más bien tienen un olor inaguantable, su olor exhala la muerte y deja el rastro de vida tan lejano que aquí no llega. Es por lo tanto que son algo que se encuentra presente pero no vivo.

Gordi, que desde el encuentro con su padre nada había dicho, habló de repente.

—Así es, él tiene razón, yo soy el más notorio como para indicarlo; pues deberíais recordar que he estado a pocos centímetros de mi padre.

Mientras nombró a su padre el rostro se plegó en un sufrimiento no superado todavía.

—Y su olor era nauseabundo, el cual cambió totalmente en cuanto la llama lo atravesó. En ese segundo un fuerte olor a flores invadió mis fosas nasales, llevando el mensaje de ese fragante olor a mi cerebro, expresando de esta manera la pureza que solo en él ya se podía desprender.

En ese momento él quiso disimular el dolor que sentía; pero yo me di cuenta de que su color ya no era el mismo, él poco a poco se fue trasmutado, ya había perdido toda tonalidad natural, nada se parecía al que tenía cuando por la puerta descendimos. Estaba del todo claro que había dejando que su dolor entrase en sus vísceras y así desde el interior se lo estuviese comiendo.

Mi hermano, el que tenía siempre el color de la salud, la armonía y la tranquilidad, el que con ese color en las mejillas siempre proclamaba lo bien que se encontraba interiormente. Sin embargo, ahora tan solo una tez blanquecina él podía lucir junto a unas mortecinas ojeras color morado.

Lo miré fijamente a los ojos, él reaccionó raudo, poco fue el tiempo que me dejó verlos, pues al momento de percibir mi mirada bajó su cabeza. Yo pude ver el dolor en ellos como así mismo percibí la repugnancia que lo alimentaba.

Proclamé, casi sin pensarlo mucho, el darle una rotunda orden.

—Gordi, te ordeno en nombre de todos los aquí presentes, y en nombre de su majestad la ausente, que desistas de tu lucha. Deja todo mal pensamiento a un lado, vuelve con nosotros en este instante; pues como ya sabes te necesitamos. Piensa en lo que ya te he dicho, todos son parte de ti y debes de aceptarlos, son sentimientos naturales no los ocultes ni luches en su contra. ¿De acuerdo?

Toda la compañía en ese momento observo lo que ocurría, en ese instante el sin subir la cabeza contestó.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas, pero me duele mucho. Yo creo que la culpa de que mi padre se volviese tan nefasto y malo fue el que yo hubiese nacido, estoy casi seguro de ello, pues muchas veces se lo escuché decir.

Yo lo miré con toda la ternura de mi corazón y le hablé así:

—Gordi, debo decirte lo que no hace mucho me dijo un buen amigo nuestro. —Y en ese momento le eché una mirada a Lobo, él con una gran compasión y comprensión me la devolvió raudo—. Pues bien, él me dijo:

»Has de saber mi querido hermano que tú no has pedido el nacer, o quizás sí, pero el caso es que aquí estas. De aquello que ha ocurrido antes de que tú nacieses o bien en tu infancia tú no tienes la culpa. Yo te quiero como eres, es por ello que puse mi vida en riesgo y la volvería a poner por ti, o por cualquiera de los hermanos que aquí nos encontramos.

Lobo alzó la mirada satisfecho por las palabras expresadas y Gordi contestó:

—Sí lo sé, por siempre mi agradecimiento irá contigo, y con mis hermanos.

Yo lo mire conmovido por ese estado tan decadente, pero en aquella gruta lo había visto en peores condiciones.

—Como ya te he dicho lo volvería a hacer las veces que hiciese falta, creo que en esta aventura que ahora comienza vamos a tener más de una ocasión para poderlo demostrar.

Él se fundió en mí con un fortísimo abrazo, y el resto del los her-

manos pusieron sus manos encima de nuestras cabezas en señal de amor y apoyo. Pero en realidad todos sabíamos que nos encontrábamos en la peor de las situaciones, y debíamos de seguir adelante.

En un susurro que apenas era audible Oyam le dijo:

—Gordi, por favor no me falles, por favor te lo pido. Sabes que te necesitamos, que yo sobretodo tengo necesidad de ti, pues tú eres como yo.

Deshicimos el abrazo, Gordi con una reacción casi sorpresiva, ya que al momento él se puso en camino el primero. Él sabía al igual que yo lo que nos estaba pidiendo con su acción.

A cada paso que dábamos el griterío de unas voces desiguales era mucho más audible, y aunque nada se podía entender pues ni siquiera esas voces eran normales, ignorábamos totalmente lo que allí nos esperaba; pero lo que sí sabíamos era que a ninguno de nosotros nos gustaba nada esta situación, este lugar y por si fuese poco estos individuos que a una mísera distancia se encontraban.

Allá, más adelante, ese pasillo comenzaba a cambiar su forma, hasta ahora el pasillo era ancho y más o menos las paredes uniformes. En estos momentos y un poquito más adelante podíamos ver sin esfuerzo cómo de unas paredes rocosas se precipitaban unos salientes, los cuales según el pasillo avanzaba muchos de ellos sobresalían enormemente. Estos se hallaban a ambos lados del pasillo, el trasladarse por el medio no era algo que me diese seguridad. Un momento después de haber transcurrido un tiempo indeterminado, pues aquí no sé bien por qué no podría asegurar de cuánto tiempo se trataba, si habían sido muchas horas, incluso días, o si tan solo hubiesen pasado unos minutos.

Bien, como decía algo nos puso en guardia ya que sentimos unos inarmónicos pasos en nuestra retaguardia. Digo inarmónicos pues parecían no tener ritmo, al escucharlos daba la impresión de que cada pierna llevaba su propio compás. Sonaban hacia nosotros y rápidamente se acercaban.

Decidimos al momento escondernos en esas especies de rocas que de la pared sobresalían, pero aquí ya nos dejaron claro que nada es lo que parece, ahora explicaré por qué expongo de nuevo esto.

Yo me escondí tras una de esas rocas que a simple vista parecían tan resistentes. Bien, en el momento en que me quise apoyar en uno de esos peñascos, en ese instante se hundió mi brazo hasta el codo. Fue un gran susto el comprobar cómo mi mano desaparecía en el interior de una firme roca. Eso en realidad era como si una resuelta masa viscosa me la hubiese tragado, esta estaba muy fría en su interior. Era una traumática situación, ya que yo no podía ni hacer ni decir nada, eses entes que en nuestra retaguardia se encontraban ya casi a nuestra altura se hallaban. Cuando ya a mi nivel llegaron en ese instante arribo a mí la firme convicción que mi mano y parte de mi brazo ya estaban perdidos. En mi reinaba la fuerte sensación de que ese miembro ya se hallaba en descomposición, aunque sabía ciertamente que ello no eran nada más que sensaciones. Lo que no era una sensación era el sudor que de mi interior al exterior comenzó a manar a borbotones, nunca en mi vida había sudado de una manera tal.

En ese preciso instante mis hermanos se percataron de aquello que a mí me estaba sucediendo.

Oyam sin tan siquiera pensárselo y a hurtadillas comenzó a acercarse al lugar en el cual yo me encontraba pasando este pavoroso sufrimiento. Tardó tan solo un instante en llegar a mi lado; pero lo que a mí me pareció fue que eran tan lentos sus movimientos que una hora había pasado. Al momento le indiqué con una mirada lo que a mí me estaba acaeciendo, en un susurro casi imperceptible le dije:

—No toquéis las piedras, o más bien por favor no toquéis nada, ve y díselo a los demás.

Pero Oyam me miraba a mí y a mi brazo, el casi paralizado por la impresión, no sabía si hacer caso a su corazón, el cual le decía que se quedase a ayudarme, o llevar a los demás la orden que le había asignado. En ese instante y percibiendo su indecisión, lo miré con dureza para poderlo sacar de su estado. Él al momento supo cuál era la dirección que debía de tomar.

Aquellos entes se encontraban ya tan cerca que podía oler ese especial hedor que emanaban, desde donde me hallaba tuve la oportunidad de poderlos ver bien, eran… ¿cómo decir? ¡Grotescos pero que muy

desagradables! Ese es el mejor adjetivo que se le podía dar a estos entes sin así dañar la sensibilidad de nadie. Estos eran unos sujetos bajitos pero de anchos hombros, lo cual te hacía pensar y temer la fuerza que era seguro que podían llegar a desarrollar. Sus hombros estaban sostenidos por una espalda ancha y muy fornida. Tanto por su espalda como en sus hombros se podían ver unas matas de pelo muy duro como las que normalmente poseemos en el sobaco o la barba. Su cabeza tenía un pelo rizado, el cual prosperaba sin tener una forma definida, este por todos los lados crecía, pero en un lado era largo y en el otro con calvas, como arrancado a tirones. Disponían de unos diminutos ojos, los cuales se hacía difíciles de ver entre los pliegues de la piel que del párpado superior caía dando paso a que casi se uniese al párpado inferior dejando así una diminuta apertura. Pero de entre los dos ojos unos pliegues arrugados caían haciéndose cada vez más grandes. Estos se unían lateralmente a las dos grandes fosas nasales, por las cuales parecía que ningún olor se les pudiese escapar. Su boca, un agujero de pestilencias también era bastante grande; pero sus labios, de un color morado, casi invisibles en esa piel parduzca, eran estrechos, demasiado pequeños. Uno de ellos bostezó y así mostró que su cavidad era grande. Se le podían ver también un par de afilados dientes, que en cuanto cerró la boca parte de estos quedaba fuera de la misma. En medio de la cavidad una larga y húmeda lengua grisácea era el final de lo que formaba esa boca. En general tenían un aspecto totalmente desaliñado, había que ver aquellas piernecitas, embutidas en unos pantalones que parecían de piel recién arrancada. Sus brazos fuertes casi los llevaban arrastras, dejando así que el dorso de sus manos se encallase al máximo. Estas manos encalladas en extremo, parecían estar arrugadas por el sudor en el reverso. Esto me hacía temer el que me tocase o intentasen darme un puñetazo por pequeño que este llegase a ser.

Pero no sé bien por qué a mí me parecían seres demasiado evolucionados como para que se hallasen aquí desenvolviendo cualquier tarea, en este indeterminado lugar. No sé, me parecían seres que no eran de aquí abajo.

Me llamaron fuertemente la atención sus pies grandes en exceso, ¡por todos los dioses qué mezcla tan rara!

Pasaron de largo y mi corazón ya parecía aliviarse, pero en ese preciso instante uno de ellos se paró y comenzó a olisquear el aire. De pasó un largo espacio de tiempo haciendo esto, o esto a mi me pareció; pero la realidad era que al cabo de unos instantes paró, le hizo una señal a su compañero y siguieron su camino. Ya se habían alejado un buen trecho cuando de repente tuve la fuerte impresión de que me iba a desvanecer. Todo me daba vueltas y un calor ascendía en mi interior. Lobo tiene un instinto especial, mucho mayor que el que nosotros podamos poseer ya que nadie se había percato de mi estado. Él sin decir palabra tomó la decisión de llegar a mí, así se acercó casi arrastrando su tripa, cuando ya se hallaba a mi altura comenzó a lamer mi cara. Oyam que en la retaguardia de Lobo se había acercado, sacó a su espada con cabeza de cabra y la inserto en esa especie de roca viscosa que a mí me tenía apresado. Esta al momento comenzó a derretirse. Pienso que en realidad no se puede comparar, pero lo más parecido a esa especie de barro que se queda en las alcantarillas, el cual es demasiado denso, su consistencia era como el moco espeso. Este emite un olor tóxico y nauseabundo, al final tan solo un gran charco con esa sustancia en el suelo quedaba. Esta burbujeaba, lo que nos llevó a pensar que no debíamos tocarlo por nada del mundo. Con un gran alivio comprobé cómo mi mano se hallaba liberada. En un principio no quería mirarla, pues tenía la firme convicción de que tan solo hallaría un par de huesos. Pero ¡cuál mi sorpresa al comprobar que todo estaba en su sitio! La piel había sufrido mucho, eso sí, esta estaba tan fría que daba la impresión de haberse muerto. En realidad la sensación interior que mi antebrazo y mi mano me daban era la de que se estaban pudriendo, o que ya se había podrido hasta la muerte total cualquiera de mis células. En mi mente se hallaba el dilema, pues una cosa era lo que en mí se estaba produciendo, y por otro lado no quería alarmar a mis hermanos. No podía resistir más, así que sin pensarlo un instante le dije a Oyam:

—Hermano por favor…

En ese momento me quedé sin saliva y no pude seguir hablando,

me tomé un tiempo. En un santiamén Oyam me miraba con su cara de susto. Me repuse y así pude seguir hablando.

—Por favor, dirige tu llama a mi mano, ya sabes que nada debes de temer, pues conoces como yo que la gran llama que de tu espada salga es luz, todos somos y todos necesitamos de la luz. Debo ser sincero pues a decir la verdad mi mano ahora tiene necesidad en extremo de esa deflagración.

Él quedó un tanto perplejo en un principio, al momento observó mi mano, una cara de lástima le sobrevino. Sin decir palabra llevó a cabo aquello que yo le había pedido. Observé cómo al momento mi mano desaparecía en el interior de ese fogonazo que su espada ofrecía. Introduje mi brazo en medio de esa sagrada llama. No lo pensé ni un segundo, sabía que solo esto podía recuperar la vida de mi miembro putrefacto. Un instante después saqué de ella mi miembro, fue grata la sorpresa, el poder observar que mi piel se encontraba curada; pero en ella grandes cicatrices se advertían. Un dolor constante me ofrecía mi antebrazo y mi mano. Ahora este tan solo en el interior lo podía percibir; pero era perturbador y alarmante cuanto menos. Tenía la fuerte impresión de que la vida de ese miembro se estaba extinguiendo.

No apreciamos el peligro que tanta luz en la más absoluta oscuridad aporta, pues siempre llamará la atención de aquel que pueda ver. Después del primer fogonazo eses entes se dieron la vuelta, pero como fue rápido no pudieron verificar que algo pasaba; pero con el segundo resplandor se percataron de que alguien estaba allí. Acto seguido dieron media vuelta de una manera muy cómica, pues tan solo giraban sobre uno de sus pies para hacerlo, con una carrera que si no estuviese en juego mi vida me reiría a carcajada limpia, tomaron la dirección al lugar en el cual nos hallábamos. También me llamó la atención que ellos no corrían, tan solo caminaban a un ritmo frenético eso sí. No sé cómo pero lo hacían muy rápido, aunque tengo la firme creencia que para ellos, con esas piernecitas, no daban más de sí, por lo tanto según su realidad se desplazaban a la carrera. Lo que sí pude comprobar es que sus saltos eran muy de tener en cuenta, pues cuando ejecutaban alguno se desplazaban alto y a una gran distan-

cia, con tan solo un par de brincos ya los teníamos delante. Estos se impulsaban con los brazos y las piernas. Era un poco cómico verlos pero a la vez daba bastante impresión. Al igual que nosotros a ellos, ellos a nosotros nos observaban. La incertidumbre de lo que delante teníamos nos llevó a que ambos quedásemos un tiempo indefinido en absoluta observación. He de decir que desde esta distancia, a la cual se hallaban ahora, me imponían mucho más.

Sin tan siquiera un porqué ni nada que me hiciese pensar lo que ellos consumarían al momento siguiente, de repente uno de ellos se puso a olisquear, después de unos breves movimientos de sus fosas nasales, y con una especie de sonido gutural le pudimos entender.

—No tendremos mucho problema con estos, pues ese ya está tocado y de él no debemos de preocuparnos.

Lo decía por mí, comprendía que habían olido lo que de mi miembro se desprendía.

Su escandalosa voz disonante me revolvía el estómago, así acto seguido el que escuchaba lanzó a Gordi una inquisitiva mirada.

—Si lo sé, pero el otro está peor, él huele más pues se halla ya en proceso de putrefacción; va ser muy fácil.

Mientras esto decía uno miraba a Gordi y el otro a mí fijamente. Ambos soltaron unas sonoras carcajadas, que en cuanto acabaron dejaron en sus repelentes rostros la sonrisa más grotesca que se pueda reproducir. Todo en ellos era sombrío, incluso la risa, que suele ser contagiosa y alegre. En ellos parecía un pecado el escucharla y seguir oyéndola.

Como ellos se movían por impulsos era muy difícil prever su siguiente paso, de repente le echaron la mano a la cintura y ambos aferraron el mango de sus dagas, las cuales una vez desenvainadas pudimos ver que eran más negras que el propio carbón. Del filo una tenue luz te indicaba que si ella alcanzaba cualquier parte de ti ya no sería tuya.

Nosotros quedamos un poco confundidos e indefensos, pues en realidad ellos eran guerreros hechos a la dura muerte en la batalla, pero nosotros no.

Sin dudarlo en ese mismo instante, en el cual casi me parecía haberse parado el tiempo, grité:

—Dame toda tu luz. Mis hermanos, pensad que debemos darles la luz para que sean liberados, no para hacerles mal.

En ese momento sabiendo muy bien lo que hacía bajé la punta de mi bastón, de repente un chorro de una luz blanca y azul surgió de este, ella era muy poderosa, pero tan solo pude alcanzar a uno de ellos. En cuanto la luz lo envolvió comenzó a chillar. Un momento después los rugidos y diferentes sonidos que emitía, me decían que detrás de aquello que veíamos se escondía un animal, el cual es seguro que llegó a ser seducido por la oscuridad, pasando así a ser lo que ahora estaba frente a mí.

Llegué a vislumbrar cómo su parte negra se desvaneció. Esta fue mi gran sorpresa pues de él no quedó nada en absoluto. ¡Qué pena!, este era un ser de total penumbra, en su esencia era tenebroso, nada más. Era un ser sin la opción de poder elegir.

Él había sido creado y le habían insuflado la existencia tan solo para servir al mal.

En ese momento todo se quedó parado, pero un instante después ese otro ente que allí quedaba, al ver lo que le había ocurrido a su compañero quiso escapar corriendo, bueno, más bien a saltos. Pero estaba mi hermano Lobo, del cual no se habían percatado, como siempre al acecho para evitar que sus planes de huida jamás se pudiesen llevar a cabo. En cuanto este pestilente ente se disponía a iniciar su escape, frente a él se presentó Lobo, pero ese individuo —por llamarlo de alguna manera— no se escondió, parecía estar incluso contento, y ese le dijo.

—¡Qué bueno!, a ti no te temo; pues aunque intentes morderme se seguro que nunca lo lograrás. Tú, lobo, no te despistes o sin cabeza vas a quedar.

Y Lobo al momento le contestó:

—Aunque muerto de hambre me encontrase has de saber que yo jamás hincaría mis colmillos sobre tal inmundicia.

Así acto seguido abrió su boca y la fuerte luz surgió por ella alcanzado plenamente así a ese desgraciado ser. Este al igual que el que ya no existía dio muchos alaridos de dolor, pero a diferencia del otro, de este inmundo personaje algo quedó: una débil sombra, la cual se había

desprendido de toda materia, ahora era demasiado ágil. Ella rauda ascendió al techo pues por allí pretendía escapar, pero con un muy rápido movimiento del monje acabo con toda oportunidad de que aquello que intentaba lo llevase a la realidad. Dando un certero golpe con su llama, al momento despareció todo rastro de esa sombra, de esa mancha en la oscuridad.

—Este ha sido un gran trabajo en equipo, mi más sincera enhorabuena a todos.

Exclamó el monje con aire de haber efectuado el trabajo para el que toda su existencia se hubiese estado preparando.

Pero yo me hallaba un tanto preocupado, y así lo hice constatar a mis hermanos.

—Sí, así igualmente lo creo yo, mi querido hermano. Pero lo que ese ser ha dicho al principio me preocupa en exceso, y me tiene profundamente intrigado.

En ese momento levanté la cabeza y miré a Gordi.

—Tú, mi amado hermano, deja que la bondad y el amor entren en ti. Gordi, tú eres uno de los miembros que esta compañía de hermanos formamos, sin ti quedaremos o bien cojos o mancos, o quizás algo peor.

Gordi me miró y observó a sus queridos hermanos, y así dijo:

—Debes de creerme cuando te digo que con toda la potencia que soy capaz de desarrollar lo estoy intentando, lucho en todo momento para que así sea. Pero debes de creerme si te indico que lo que me pides aquí resulta muy complejo. Ahora soy yo el que te dice:

Piensa en ti pues debes de curarte, lo que sobre ti han dicho tampoco augura nada bueno. De todo corazón estoy deseando que esto termine apresuradamente; pues de lo contrario no sé yo…

»No tengo la completa seguridad de poder acabar mi cometido.

En ese momento me sentí herido pues como Gordi aseveraba debía cuidarme, pues el mal estaba en mi interior también.

—Gordi yo conozco lo que con tu expresión pretendes reflejar, pues aunque mi herida parezca del todo cerrada… no sé, tengo una fuerte sensación de que esta por dentro prosigue lo que ya por fuera había comenzado.

Gordi me miró y al momento me dijo:

—Tú tan solo tienes la desconfianza de lo que en ti ocurre, pero yo tengo la completa seguridad... Obsérvame con tranquilidad, por fuera parece que estoy bien, pero por dentro sé que el mal comienza a extenderse y que hasta completarse no va a parar.

En la mayor de las desilusiones caí con las rodillas en el suelo, como último recurso llegó a mi mente aquello que podría prestarme aunque tan solo fuese un poco de ayuda, apreté a mí querida Axixlux. Primero lo hice con una de mis manos, pero después la aferré con las dos, como quien en medio de la más fuerte de las tormentas se apoya contra la puerta para que el huracán no la arranque. ¡Ah, menuda ironía!

Todos me miraban pues en realidad no querían comprender lo que me estaba ocurriendo, yo era la piedra angular de la misión, ya que si yo no hubiese dispuesto de la salvación de ese ser ninguno nos hallaríamos aquí, aunque después de lo sucedido a Gordi ya tenía mis dudas.

Nadie movió ni un dedo para ayudarme, ni tan siquiera hubo una pequeña exclamación de ánimo, esta era una batalla para luchar en la más absoluta soledad.

La ilimitada inconsciencia de todo cuanto en mi alrededor ocurría, se centraba tan solo en aquello que en mi interior se estaba batiendo. Las más indescifrables tinieblas comenzaban a perturbar mi estado emocional como si se tratase de algo natural en mí. Desde mi cuerpo una violencia funesta me amenazaba y esta se implicaba internamente en la energía, que es en realidad aquello que soy. Esta fétida voluntad negativa se desplazaba por mi ser maldiciendo todo lo que mi entelequia comporta. Comenzaba por maldecir el lugar en el que me encontraba, acto seguido una nueva imagen llegó a mi mente, esta me llevaba a contemplar dentro de esa forma de negro pensamiento, a todos aquellos que me acompañaban, y por último comenzó una total desconsideración hacia mi persona Sin poder hacer nada por remediarlo en mí todo se volvían sombras, así apareció una legión de infernales especulaciones. Estas por mi mente se atropellaban para ganar espacio y ser las primeras en exhalar su perversidad.

Pero cuando mi lucha se hallaba ya en el final y la victoria del infernal sentimiento estaba ya proclamada, un fuerte reflejo azul y verde resurgió apartando todo ese estado en el cual me estaba viendo envuelto. Eses virulentos pensamientos, los cuales parecían instaurarse para siempre, se fueron calcinando a la par que las perversas ideas y deshaciendo todas las tinieblas que en mi interior pudiesen quedar. Así poco a poco fui retornando a la vida.

Me levanté y les comenté:

—Acabo de ponerle una venda de luz a mi gran herida, tan solo espero que haya sido suficiente como para que no se extienda más.

Acto seguido le eché a Gordi una mirada penetrante y le dije:

—Gordi, por favor colócate ahí delante, creo que es el momento de comenzar tu contienda.

Gordi alzó la vista y comenzó a mirarme con esa extraña mirada del que ya no confía en su hermano.

—¿Qué es lo que te ocurre? ¿Es que ya no confías en lo que yo te estoy pidiendo? ¿Ya mis palabras no son suficientemente limpias como para que tú las escuches y les hagas caso? Si es así mi bien querido hermano ya no podemos seguir avanzando en esta nuestra cruzada.

»Tú sabes a la perfección que mi espalda eres tú quien la defiende al igual que yo cubro la tuya, sin plena confianza eso será del todo imposible, así mismo nuestro fin ya no podrá ser alcanzado, antes acabaríamos todos morando en la más cruenta oscuridad.

Según le estaba ablando Gordi bajaba la cabeza, pero en él había nacido una expresión muy rara, su rostro no era el de aquella persona tan dulce.

—Perdóname pero no sé lo que me está ocurriendo, bueno, un poco sí; pero no alcanzo a dar explicación a lo que en mi interior siento. Tiene tanta fuerza que está manipulando mi energía vital, y mi conciencia no concibe otro fin que aferrarse a este nuevo sentimiento.

Al momento puso su cuerpo delante de mi bastón, él con una extraña mirada trataba de penetrar en mi interior. Pedí a mi bastón la luz, en el momento en que esta estaba a punto de hacer acto de presencia,

Gordi se apartó de él, se echó a correr. Tan rápido se desplazaba que ni tan siquiera Lobo lo hubiese podido coger, así en la más densa oscuridad perdimos a nuestro hermano. ¿Pero quién sabe? Pues esta extraña forma de existencia siempre nos sorprende.

Todos los que allí nos hallábamos nos miramos con cara de sorpresa y pena a la vez. Oyam dijo:

—Bueno, ahora ya serán dos a los que debemos rescatar.

—Pero si Gordi era de los más decididos, de los que más fortaleza había demostrado, de todos cuantos nos hallamos en el grupo, si él ha caído, ¿qué será lo que con nosotros va a pasar? —exclamó el monje, bajando a la vez su cabeza.

Lo miré con dureza y ya mi mirada exclamaba abiertamente lo que quería explicarle a él y a todos.

—Creo que deberías de meditar tus palabras antes de que al exterior las exhales, pues si lo piensas antes de que ellas escapen por tu boca, es seguro que dejarías tu lengua quieta. De esta manera no podrías dañar a nadie con ese funesto comentario y esa estrambótica pregunta. Así cuando tu boca calle un tiempo lo que por ella salga no hará otra cosa que ayudar a quien de ti necesita. Tu equivocación está en que te has dejado arrastrar tan solo por la apariencia física, a veces se puede llegar a figurar aquello que realmente no se es. Pero no te preocupes pues la verdad siempre coloca a cada uno en su lugar. Como ya sabéis yo conocí a Gordi con otra presencia, con un estado de ánimo totalmente diferente; pero su don era el más puro realismo, él era así sin máscaras, sin nada que ocultar, tal y como yo lo discerní.

»En el momento de frecuentar al nuevo amigo en el que él se había convertido yo apenas pude reconocerlo. No era el físico el que me lo impedía, en realidad este me impresionó bastante. Pero en él encontré cosas que mi viejo camarada no poseía, por ello yo sabía que tarde o temprano algo así podía llegar a suceder.

»Pero eso ya es pasado, así que venga, pongámonos en marcha hacia un futuro que será el pasado de nuestro presente en el momento en el que a él lleguemos. Pensad con el corazón que eses dos hermanos nos están esperando aunque quizás ellos no lo sepan.

De esta manera con aires renovados, aunque el hedor que allí persistía no te permitía que de él te pudieses deshacer, nos miramos y sin más retomamos la marcha.

Yo era consciente de que cada uno de nosotros tenía en su cabeza una percepción diferente de lo que allí había ocurrido. Tengo la completa seguridad que ninguna de ellas sería igual a la otra.

Proseguimos hacia delante por esa gruta que tanto infortunio nos había traído, pero que gracias a ello todos nos hallábamos en una total alerta, ya que ahora habíamos tomado conciencia del verdadero peligro que este lugar supone. Todos éramos conscientes de que todos los seres que en aquel nauseabundo paraje existían, ya se hallaban en completa alarma por nuestra presencia en su reino. Y no solo eso, sabrían —es casi seguro— de lo que les habíamos hecho a sus soldados, también lo tendrían en cuenta.

Esa odiosa gruta cada vez era más pestilente, ese hedor casi llegaba a hacer que nuestros sentidos solo fuesen una fugaz percepción de la realidad. No estaba seguro de lo que era real y lo que no, a cada paso que dábamos tenía la sensación de que la gruta se estrechaba más y más; pero no podía saber si era tangible. Hasta que llegó un momento en el cual debíamos de caminar en fila india, tanto se había reducido el espacio que antes separaba las paredes una de la otra. Nosotros teníamos auténtico pavor por tocar cualquiera de esos rocosos muros, pues aunque pareciesen la más dura piedra, después de lo que a mí me había ocurrido ya tan solo podíamos dudar de todo lo que allí podíamos ver o percibir con cualquiera de nuestros sentidos.

No sé el tiempo concreto que estuvimos caminando sin parar, mis cálculos me decían que sería más o menos una hora. En realidad en este lugar, bueno, en cualquier lugar más bien, el tiempo es totalmente relativo. Aquello que habitualmente percibes como un breve segundo, un instante que tan solo ha llegado y se ha marchado, no es el tiempo percibido ya que han podido trascurrir horas en este efímero segundo, el cual se ha deslizado por la existencia de cada uno. Pero ¿qué decir cuando el tiempo se vuelve totalmente pesado y fuera de

toda lógica?, estos segundos nos golpean densos como si pesara cada decima en nuestro cerebro al igual que un día trascurrido.

Pero ahí delante el panorama comenzaba a cambiar, después de ese interminable pasillo por el que nuestras entelequias se desplazaban, podía ver una especie de desviación hacia la izquierda. Esto nos alegraba pues allá al fondo, el cual ahora podíamos discernir, percibíamos que la luz aumentaba. Por una parte era una alegría; pero por la otra no sabíamos qué es lo que allí nos esperaba. ¿Qué debíamos hacer en un momento así? Como bien podíamos nos mirábamos y Oyam habló:

—Creo que debemos de tomar mucha más precaución, pues si hacemos caso de lo que vemos, —cosa que después de lo acontecido no es que este cien por cien seguro de ello—, parece que este pasadizo termina ahí. En realidad no percibimos ni quién nos estará esperando, ni aquello que nos deparará ese lugar.

Las palabras de Oyam eran certeras y con un gran saber de la circunstancia que atravesábamos, así que miré intensamente a todos mis hermanos mientras ellos me devolvían la mirada al momento. Nos quedamos un breve instante parados, pues realmente no queríamos que el miedo penetrase profundamente y que con él apareciese el pánico y así pudiese llegar a destrozarnos. Sin pensarlo demasiado con un simple gesto con la cabeza la marcha se reanudó. Con un cuidado extremo por no hacer el más mínimo ruido, llegamos a la boca del túnel.

La decisión que internamente yo había adoptado sería que los demás se quedasen parados escondidos lo mejor posible; sería yo el que iría primero a echar un breve vistazo. Sin más así se lo hice saber, con la voz muy baja, casi en un susurro. Todos nos agrupamos, ya que el final de este eterno pasillo se ensanchaba lo suficiente como para podernos reunir.

—Hermanos, debéis de quedaros aquí, me iré a echar una ojeada, así sabremos con lo que nos vamos a enfrentar. De esta manera nuestra prevención será más certera, y por decirlo de alguna manera, se puede decir que será más fácil de afrontar la realidad que nos está esperando.

Todos de una forma u otra quisieron acompañarme, reaccionaron pero antes de que lo pretendieran hacer yo ya había tomado

el camino que conducía a ese final o principio, depende siempre de cómo se quiera comprender. Anduve unos pasos más y a cada paso se despertaba en mí el miedo. Era cierto, ¿por qué no decirlo?, tenía miedo pero este me hacía estar más vigilante. Una vez llegado al término que había establecido, el cual no era otro que el final de ese túnel, sin pensarlo mucho asomé la cabeza. Seguramente no estaba preparado para lo que allí me esperaba, pero no había otra forma de poderme cerciorar de lo que allá se hallaba a mi espera. ¿Qué es lo que allí había?

A mí me causó al verlo no sé si decir la mayor de las bufonadas o el más grave de los asombros.

Este lugar, el cual ahora estaba discerniendo, era una sala redonda muy amplia. En el centro se encontraba una especie de mostrador, redondo también, si como el que evidentemente habréis visto en algún bar. O a mí por lo menos me lo recordaba, ¿y quién estaba allí bebiendo?

Sí, mis buenos amigos, era Lut. Él estaba apoyado como seguramente miles de veces en su otra vida lo había hecho. En este espacio de tiempo absurdo lo seguía efectuando sin querer darse cuenta de que incluso el mostrador era del todo un espacio apestoso. Mi querido Lut no era el único que en ese sombrío lugar se hallaba, pues allí muchos seres bebían como celebrando su caótica caída. Algunos eran como los que antes habíamos eliminado, otros eran, ¿cómo decirlo?, parecidos a seres humanos o lo que de ellos quedaba una vez consumidos en este lugar de seducción. Es seguro que esas pobres almas estaban en ese paraje porque la bebida los había arrastrado a un largo suicidio voluntario, pues un alcohólico en su existencia física a cada instante pone en práctica ese autosacrificio. Cada día que se despierta por la mañana el único deseo que en su interior se sobrepone no es otro que que llegue un día en el cual esa mañana no abra los ojos y así la muerte lo lleve, que el sol no vuelva a lucir para ellos.

También me hallaba totalmente seguro de que en esa atormentada existencia les hizo pasar una vida deficiente a todos aquellos que con ellos compartieron su existencia.

Allí se encontraban unos seres que me llamaron la atención ya que no paraban de arriba para abajo, siempre llevando y trayendo cosas, estos debían de ser como los siervos encargados de ese antro.

Estaba alegre por mi encuentro con aquel por el que yo había entrado en tal monstruoso lugar, del cual mucho se habla sin saber lo que es, pero en realidad del cual nada se debe de decir. Me concentré más profundamente con el propósito de poner toda mi atención en ese antro, con el fin de poder averiguar a qué deberíamos de enfrentarnos, ya que una efusiva y momentánea mirada no podía ofrecerme todo lo que en las sombras se hallaba. Gracias a mi exhaustiva observación pude comprobar cómo en esas esquinas una especie de mujeres se ubicaban, las cuales ya a primera vista producían en mi interior como mínimo una profunda extrañeza. Pero mejor paso a describíroslas y que cada uno saque sus conclusiones.

Estas llevaban la cara muy pintada, quiero decir; un colorete de color rojo vivo al igual que esos labios casi ausentes, pero todo esto no podía llegar a tapar lo blanquecino de su tez, la ausencia de color de vida era algo de lo que no lograban deshacerse. Sus cuerpecillos casi efímeros por la extrema delgadez daban casi escalofríos al mirarlos. Estas eran revestidas por unos atuendos, los cuales lucían orgullosas pero que a mi vista me parecían de lo más disparatados, pues unas roídas medias ascendían hacia una cintura, la cual estaba protegida por un grueso cinto que sustentaba una especie de falda encogida y muy arrugada. Esta era de un color ocre, casi marrón sucio parecía, en la parte superior una camiseta muy ceñida tapaba sus atenciones, aunque esta con los agujeros que tenían poco era lo que podían esconder realmente. La camiseta también en un tiempo muy remoto parecía que había sido de un color amarillo, ausente en este momento.

Más tarde llegó a mí la firme idea de que ellas indudablemente se dedicaron en su vida a ganar dinero fácil con la venta de su cuerpo. Pero no por ejercer este trabajo estaban aquí, más bien porque en el transcurso de su vida en este trabajo el hurto y la muerte de alguno de sus clientes pesaba sobre ellas, incluso un niño que no pudo desarrollar su vida más allá de su infancia por la dejadez y la falta de cui-

dados de aquella que debía darlo todo por él. La unión de los factores secundarios que en su vida atroz tuvo que desarrollar, posiblemente las llevó a aquí.

También se podían observar tahúres, o más bien dicho jugadores de cartas, y un largo etc. de individuos que seguían ejerciendo las mismas pesadillas que llevaron a cabo en esa otra dimensión más material. Pero todo en este espacio era mucho peor ahora, pues su existencia como seres individuales había acabado con su fallecimiento. Al llegar a este lugar tan solo eran alimento, nada más podían ambicionar. Era realmente atroz el pensar que tu verdadera existencia acabaría así.

Ya me hallaba satisfecho con lo observado, di media vuelta y me dirigí al lugar en el que mis hermanos se encontraban. Tenía ganas de estar a su lado y ponerlos al corriente de lo que allí nos íbamos a encontrar.

Así lo hice, ellos me miraban casi incrédulos al describir lo que en ese otro espacio había visto. Todos me observaban con los ojos muy abiertos pues esto era un descubrimiento en toda regla. Pues esto que yo les conté y que entre todos aclaramos, nos decía que no existe más infierno que el que uno realmente ha llevado a cabo. Que como tal y sin tener otro concepto de uno mismo y sin ni siquiera pensar en su superación, esto les lleva a repetir lo ya vivido. Es algo tremendo que más adelante debería de tratar de analizar.

Un momento después comenzamos a pensar cómo llevaríamos a cabo nuestra misión. Mientras trazábamos la estrategia a seguir cuatro de esos repelentes seres que nada tienen de vida se apercibieron de qué allí estábamos.

Sin darnos un tiempo para reaccionar estos se dispusieron a correr hacia la pronta batalla. Sin pensar bien en lo que nos sucedería y en qué es lo que sería mejor en ese momento, todos preparamos nuestras armas. Un instante después el monje en voz alta casi chillando exclamó:

—Es para liberarlos, no para hacerles daño; por ello para poder dar la paz penetramos en la batalla.

Así mismo la escaramuza se acabó tan rauda como empezó, debo de apuntar que con nosotros no pudieron, de ellos tan solo un mal recuerdo quedó.

Lo que realmente me dejó atónito fue que con semejante barullo los seres que en esa especie de bar se hallaban, ni tan siquiera se inmutaron.

Todos nos paramos unos instantes para dar paso a la indagación de los entes que allí se hallaban. El sufrimiento que en mi ser se despertaba era una insondable pesadumbre. Esos seres, sabiendo lo que eran y qué hacían en este extremo paraje, me hacían exhalar toda la lástima que en mi interior pudiese caber. Cuando ya estaba lleno de ese lamento, en mis adentros comenzó un profundo desconsuelo, el cual me llevaba a desarrollar la lánguida pena. Ella era producida por lo que eran y por el lugar en el que se hallaban. A mi entender creo que en su exterior no tenían noción de lo que hacían, ni de lo que a sus labios llevaban, ese mejunje lo bebían como si se tratase de el más dulce elixir. Pero desde lo más profundo de su ser algo se movía libre todavía, esta pequeña energía era la que pedía ayuda desconsoladamente, ella expresaba una sola cuestión: «Ayudadnos a salir de aquí para darnos la libertad, si la muerte fuese necesaria esta sería la más bella solución».

Desdichados, ni tan siquiera sabían que ya se hallaban muertos.

Si fuesen un poco conscientes, al ver lo que en ese baso había nunca se lo llevarían a los labios. En él se encontraba una especie de moco, el cual tenía tonalidades verdes y marrones, y en lo alto lo coronaba una densa espuma gris ceniza.

Ellos se relamían en cuanto ese líquido llegaba a sus labios, esto alcanzaba a ser incluso vomitivo.

De repente me fijé en un ser alto y bien encarado en comparación con los que allí se encontraban. Este se hallaba en una de esas esquinas sombrías, en las cuales si no te parabas por unos segundos y prestabas atención al lugar pasaría totalmente desapercibido. El ser gritó delatando su posición y atrajo nuestras miradas.

—Dos *whiskies* más por favor, pero no de ese tan vulgar y malo, a

mí me sirves ese tan rico que bajo la barra tenéis, ponle uno a mi amigo y el otro para mí.

Me retire más hacia el centro y vi de dónde sacaban esta horrible sustancia que les daban de beber. Este linaje de sirvientes estaba muy adiestrado, ya que lo que hacían era: Hundir los vasos en una especie de charco mohoso que justo bajo la barra había. Pienso que como todo aquí es parte de, digamos, un reino extraño y depravado. Cualquier cosa ayuda a que estos seres estén subyugados a lo que les ofrezcan como producto final, de esta manera tan solo deben de ingerir lo que es un maná sombrío y fétido.

Por otra parte, ¿os imagináis quién era ese amigo al que con tanta efusividad invitaba a llenar su alma de más tinieblas? ¿Quién era ese su amigo? Él era Lut, por un instante lo había perdido de vista pues su cabeza ya le pesaba demasiado como para que su pescuezo la siguiese sosteniendo en alto. De esta manera y como tantas veces con anterioridad había hecho, la había dejado descansar en aquel sucio mostrador, en el cual se podían observar sin mantener fija la atención desde vómitos secos a pedazos de lo que parecía piel y carne de algún desdichado en su putrefacción iba ya perdiendo partes de su entidad energética. Sus brazos también en ella se hallaban apoyados, al igual que si de una almohada se tratase sobre ellos posaba su cabeza, esta era una tortuosa postura que para él semejaba ser totalmente cómoda.

En ese momento las lágrimas aparecieron y creo que no tan solo en mis mejillas, nos mirábamos todos como los furtivos miran a sus presas antes del momento en que estas son capturadas.

Yo no podía dejar aquello así, por ello una exclamación nació en mí sin poderla reprimir.

—Liberad a todos aquellos que buenamente podáis, que sea lo que deba de ser. Pues es el amor quien nos guía.

Sin decir una palabra más, al unisonó sacaron sus armas siempre dispuestas, de esa manera comenzamos una limpieza en medio de un vertedero. Cada uno trabajaba con gran esfuerzo y pasión en liberar a los que buenamente podía. Yo sin pensarlo me dirigí al lugar en el que Lut se hallaba descansando. Realmente nació en

mí la desconfianza, algo me decía que aquello no podía salir bien. Estando en el lugar en el que me encuentro no podía ser tan sencillo el poder liberar a quien a aquí me arrastró y así llegar casi al final de la misión encomendada.

Tal alboroto no me dejaba llegar al lugar que mi amigo ocupaba, alguna alma atravesé en el transcurso del tramo que de él me separaba. Con un esfuerzo mayor de lo que ni siquiera podía imaginar por fin me hallaba a la altura de Lut.

Ahora me podía fijar más en cómo él se hallaba, en las diferencias que guardaba con la última vez que había hablado con él.

Mi infortunado amigo ahora tenía tan solo un color ceniciento, todo lo que podía observar era bastante reprobable. Quien no lo conociese se preguntaría: ¿y por esto has arriesgado tu vida?

Sus ojeras interminables, sus cerrados ojos… Daba la impresión de que nada en él quedaba. Pero llegando a su nariz un moco de ella salía que se unía a una especie de líquido verde que por su boca brotaba. Su cara me decía que él estaba consumido, pues sus pómulos eran dos huesos que reflejaban lo poco que de él quedaba. Sus roídas e incoloras ropas, sus codos que parecían astillas dobladas. «Pero ¿qué ha pasado, como lo han consumido casi hasta el extremo?» Un poco más cerca de él pude cerciorarme de su olor, este era descomunalmente repugnante. Tengo la completa seguridad de que aquello que se estaban bebiendo tenía una gran parte de culpa de que su descomposición se estuviese acelerando, de todo ese conjunto, ese color y el olor también resultarían de lo más normal; aunque no para mí.

Sin tan siquiera pensar por un momento en lo que hacía lo llamé, exclamé su nombre en voz alta. Pero él ni tan siquiera movió uno de sus dedos, si él había sido Lut en una época era seguro que ahora de él nada quedaba ya aquí. Este estado en el que se hallaba, esa oscuridad que en su interior se topaba, más la materia muerta que él gustoso consumía, la suma de esto era lo suficientemente tenaz como para no dejar que esa luz, la cual mi amigo era y portaba, llegase a esa energía que moribunda pedía ayuda. La unión de estas diferentes sustancias, impedían que nada llegase y lo sacase del tran-

ce en el cual parecía descubrirse. A mi hermano nada le sobrevenía, nada de aquello que yo y solo yo en él había sido capaz de ver.

Bajé la vara no sé bien por qué pero con gran pesar apunté a su corazón, un instante después de ella un fuerte fogonazo de la más pura luz emergió. En el preciso momento en que la luz rauda llegaba a la altura del torso de mi hermano esta pretendía alcanzar plenamente su centro de energía.

Un ser del cual hasta ese momento no nos habíamos advertido apareció. Fue tan fugaz su movimiento que no me dio tiempo ni tan siquiera a verlo. Agarró con gran precisión y fuerza a mi hermano y de él tiró hacia arriba, evitando así que el impacto de la luz en su pecho se llegase a producir, esta no se desperdicio pues acabo impactando en ese ser larguirucho el cual gustoso invitaba a Lut al whisky. Él al momento se quedó mirándome con una aguda contemplación. Con ese gesto me daba miles de gracias. A mí me pilló casi sin saber bien qué es lo que pasaba, ya que mi atención estaba en mi hermano; pero me sacó de este estado una larga y cortés reverencia, en ella se podía comprobar que lo hacía desde lo más profundo de su corazón. Esto me mostraba que lejos de toda adicción este era un ser maravilloso y totalmente sincero en su agradecimiento. Un instante después lo mismo que con el padre de Gordi había ocurrido, encima de su cabeza se iluminó el espacio y hacia arriba ascendió hasta desaparecer.

Pero yo con urgencia lo que en realidad necesitaba saber era ¿quién se había llevado a Lut?, ¿y a dónde?

Y por supuesto que comencé a escudriñar todo aquel lugar, aunque en realidad no quería contemplar lo que en esa cúpula quizás se escondía, pero debía hacerlo. Así que posé mi vista en el techo de aquel despreciable antro. Cuál fue mi gran sorpresa al comprobar que en esa bóveda que sin saber con qué motivo habían construido, casi ocultos en ella pude ver a unos seres raudos, casi más rápidos que la mismísima sombra, revoloteando de aquí para allá. Parecían no tener un punto fijo del cual ocuparse, pues su dirección cambiaba de repente y sin nada que hiciese sospechar que así se produciría. Ellos, esos seres que, ¿por qué no decirlo?, se manejaban magistralmente en el aire eran espíritus ce-

lestes de gran oscuridad, también podría decir que eran ángeles negros. Realmente eran unos seres muy hermosos, sus alas me hacían recordar las de los grandes cuervos, que las mañanas de niebla en el invierno los ves pastar en la campiña, negras eran como la misma sombra, estas eran de gran envergadura para soportar el peso de su cuerpo. Este era tal vez muy parecido a la imagen que con gran frecuencia nos han descrito de los ángeles. Ellos son seres recios, muy bien definidos todos sus músculos sin que estos se pudiesen concretar como algo excesivos, más bien la definición que ellos poseían nos exponían su fuerza en unas fibras bien marcadas. Sus rostros exhalaban una gran belleza que si sus negras alas no tuviesen diría que era bondad lo que en ellos podía percibir. Llevaban unas negras melenas color azabache que a los lados caían hasta tapar el mismo cuello.

Una fugaz mirada que a estos seres pude llegar a efectuar me dio la perspectiva de que tan solo dos de ellos allí arriba se encontraban. Esto me llenó de, ¿cómo expresarlo?, un poco de alivio; pues comprobé lo portentoso de estos seres. No quería pensar en tener que enfrentarme a algo tan colosal como ellos.

Un instante después mi mirada seguía buscando a Lut así que miré hacia la gruta por la que nosotros habíamos entrado, ¡cuál fue mi desconsuelo al observar que en la boca del túnel un número elevado de esos formidables seres por allí estaban penetrando!, y me parecía que ellos estaban guardando esa entrada o salida.

Sin tan siquiera pensarlo un segundo más, apunté al corazón de una de esas formidables entidades y solté sin dudarlo un instante ese gran fogonazo de paz y de un intenso amor. Nunca lo hubiese creído realmente, pero le hacerte plenamente, este dio un fuerte lamento retorciéndose en el aire perdió el control y se desmoronó.

Este ser fue a caer tras esas mesas sucias y llenas de una especie de moho. En su caída desparramó algunas de las bebidas que allí se consumían, estas eran como mocos.

Algo dentro de mí me decía: «No te acerques, no toques esa sustancia, pues de hacerlo puedes perderlo todo».

Permanecí expectativo por descubrir qué saldría de ese ser derri-

bado, un instante pasó y sin casi poder creer lo que delante de mí se estaba alzando quedé boquiabierto. Un imperioso ser encarnó delante de mis narices, no era como el resto de los cuales se podía ver un espíritu que ascendía a un lugar diferente al insertarles la luz. Él no era de esa clase, su altivo semblante se hallaba jalonado de rubios tirabuzones casi blancos realmente, estos delicadamente caían de su cabeza. Como si él supiese que lo estaba observando, giró su cabeza hasta llegar a poder verme él a mí y yo contemplar su bien formado rostro. Me miró con sus impactantes ojos azules, extendió sus brazos y acto seguido vi dos espectaculares alas blancas, estas tenían el color de la pureza, del matiz que sin mácula siempre habían portado gran paz a quien pudiesen observarlas. En cuanto estas movió para incorporarse se levantó una agradable brisa, la cual incluso con un fresco aroma pudo hacer que me olvidase del espelúznate olor de aquel antro. Él, un segundo después, interrumpió sus movimientos y me volvió a mirar de una manera tan enérgica que parecía penetrar en mi alma.

No había nada que me proporcionara una señal de lo que él pretendía hacer. Sin previo aviso se echó a correr hacia el lugar donde me encontraba, con su fuerza la mesa y cualquier otro de esos obstáculos que se encontrase en su camino salían volando como si no tuviesen peso alguno. En ese instante mil culebras corrían por mi espalda, estas producían en mí una alteración tal que no dejaban que una decisión llegase a mí claramente. A tan solo unos pasos él extendió esas alucinantes alas blancas, antes de llegar a tocarme con una sola de sus plumas ascendió directo a la cúpula.

Su brazo derecho se contrajo hacia su espalda, de allí pude ver cómo sacaba una especie de lanza de luz. Descendió raudo para volver a ascender y de este modo alcanzó plenamente con un potente rayo de color del más puro oro, tenía el color del sol, al otro ángel negro que allí se hallaba revoloteando. Al igual que a él le había ocurrido antes, este calló con un fuerte y sonoro grito. Al momento de salir del lugar en el cual se había desfallecido ya nada de negro tenía; pues un ángel salió con todo su halo de bondad y amor envolviendo su figura.

Aquellos que se hallaban en la gruta al observar lo ocurrido enseguida optaron por dar media vuelta, yo escogí dar la luz a los dos seres que allí quedaban. Una era como una de esas chicas de vida dura que no les queda otro fin que despreciarse poniendo precio a su cuerpo. En cuanto la luz llegó a ella explosionó su ser en un llanto reprimido durante demasiado tiempo. Pero lo hermoso es que se trataba de unas lágrimas que no se desprendían por el dolor, más bien yo diría que todo lo contrario eso era… muy gratificante.

El otro ente era una especie de tahúr, el cual después de su liberación me dijo:

—Amigo mío, esta ha sido la más brillante de todas mis jugadas y eso que no ha sido mía.

Lo miré satisfecho por un trabajo bien hecho, del corazón me salieron las palabras que al momento le dije:

—Si es tuya esta jugada como bien dices, no lo dudes pues el que debe elegir siempre eres tú, yo estoy aquí tan solo para mostrarte a lo que puedes optar, lo más importante es que tienes opción de hacerlo.

Así sin haberme percibido di la facultad de liberación a las dos últimas almas que quedaban en ese fétido lugar. Estas ascendieron lentas pero con toda seguridad hacia la luz que en ese techo extraño esperaba por ellas. Me quise fijar más en ese resplandor, allí pude ver una colosal presencia de esos seres celestes, que con gran algarabía celebraban el retorno de dos de sus hermanos. Pues estos seres, aunque convertidos en esa especie de demonios, en cuanto se les proveía de la luz extinta en su interior, conocían el lugar al que debían de retornar. De esa manera volverían a restablecer la fusión con sus hermanos, aunque estos no se habían marchado todavía, pues delante los teníamos.

Una vez hubimos terminado pues ya no se encontraban entes necesitados de la luz que podíamos ofrecer, la luminosidad que en esa cúpula se encontraba ya se hallaba extinta, en ese preciso instante hubo un momento del más puro silencio y paz.

Dejándome llevar por la más sobresaltada curiosidad dirigí mí pasos hacia donde esos dos perturbadores seres se hallaban.

Pude apercibirme de cómo ellos a su vez se hallaban comprobando que nada más que nosotros se movía en ese lugar, así fue que dirigieron también sus pasos a nuestro encuentro.

—Mil gracias amigos debemos daros, llevamos ya una edad sin ser lo que realmente somos, tan solo una pequeña parte de aquello que en nosotros habita era capaz de seguir siendo consciente de la realidad; pues lo vivido en este tiempo tan solo una pesadilla era. Nuestra realidad es lo que ante vosotros en este instante se expone. Esta pequeña energía mental fue lo suficientemente fuerte como para resguardar de toda oscuridad nuestros recuerdos intactos. Como ya te he dicho nosotros en realidad no éramos nosotros, y no podíamos dejar de sufrir porque nuestra mente era consciente de cada una de las atrocidades que debíamos llevar a cabo. Esta energía negativa nos presionaba de tal manera que hacía que cada uno de nosotros fuésemos los que proporcionásemos más cantidad de esa forma de energía oscura, de esta manera crecía sin parar haciéndose más fuerte por momentos. Ya no nos tenían que proporcionar esa violencia; ahora éramos sustentadores y creadores de ella. Cuando sentían que menguaba esta en nosotros nos encerraban en el interior de una fuerte cúpula negra, a la cual mandaban todo tipo de imágenes, todos los procedimientos de penetración negativa posibles, esta energía irrumpía en todas y cada una de nuestras emociones, las cuales después de mucho golpear queriéndolo o si querer llevarlo a cabo, daban paso a los atroces actos que cometíamos.

En ese momento pude atisbar lo mal que se sentían estos grandes colosos venidos abajo por los actos que nos estaban a ilustrar y aquellos que sin poder evitarlo debían de llevar a cabo. Debía de ser muy duro realmente el establecer como misión o como tu trabajo diario aquello que repudias. Pude atisbar cómo un llanto de felicidad mezclado con una profunda pena se expresaba a través de esas lágrimas que brillantes por los rostros de estos colosales seres se desplazaban. Sin pensarlo más ni aguardar un segundo nos abrazamos impetuosamente, lo que pude sentir era muy extraño ya que podría describirlo como que el cielo se abría a mi corazón.

El resto de los hermanos extasiados por la belleza y el sentimiento que estos dos seres desprendían, no daban reaccionado.

En ese instante Lobo se me acercó. Los dos seres magistrales hasta ese momento parecían haber quedado medio ausentes debido a la falta de disposición de estos mis hermanos. Un instante después cuando ya se había roto ese abrazo estos seres se percataron de la presencia de un ser muy especial para ellos, este no era otro que mi hermano Lobo. Sin esperar un minuto más fueron a saludarlo. Se postraron frente a él y le manifestaron todos sus respetos, Lobo quedó un poco extasiado por este momento de exaltación. Después de esta postración nos preguntaron:

—¿Podíais decirnos si es que podéis, qué es lo que ha llevado a traer hasta aquí a estas extrañas, diferentes y distantes criaturas?, ¿por qué os halláis juntos en un lugar como este?

Sin demasiadas ganas me tocó a mí contestar:

—Decidimos aunar esfuerzos y cada uno voluntariamente eligió unirse a este grupo con el único fin de sacar de este odioso lugar a un muy querido amigo.

El segundo ser que se había liberado nos dijo:

—Pues mucho debéis de venerar a ese amigo para tomar la firme decisión de presentarse en este lugar en el cual nadie quiere entrar.

Oyam habló con emoción y firmeza:

—Tan solo nos mueve una cosa que tú casi has logrado decir, es por amor por lo que aquí estamos. ¿Qué puede haber más noble, por qué unos individuos como nosotros pueden poner en riesgo sus vidas?

»Pero responded ahora vosotros. ¿Qué es lo que ha podido ocurrir para que seres tan colosales de una evolución mayor y un gran poder, hayan acabado aquí transmutados de esta manera?

Al momento ambas entelequias celestiales miraron hacia arriba, y sin esperarlo el segundo dijo.

—Lo siento mucho realmente, pero nos están llamando.

Ambos bajaron la mirada para encontrársela el uno al otro, así que el primero habló:

—No es justo que dejemos a estas distinguidas esencias del bien

solos en un lugar que desconocen en su totalidad. Según mi humilde opinión antes de partir les debemos dar una explicación larga y con detalles pues creo que así la merecen. Ve marchando tú por favor, explícales a todos lo ocurrido, cuéntales cómo estos seres han expuesto sus vidas para devolvernos las nuestras. Yo me quedaré un tiempo más aquí para dar a estas esencias lo que me han pedido. En cuanto notifiques lo que debes en esa nuestra realidad, regresa cuanto antes y tráeme tú mismo la respuesta que los hermanos decidan a bien para solucionar este problema.

Ese maravilloso ser al momento desplegó esas grandiosas alas blancas, las cuales con la luminosidad que ellas emanaban daban luz a aquel tenebroso lugar. Al momento adoptó una posición de fuerza, se impulsó con las piernas y con un formidable movimiento de sus portentosas alas salió volando hacia el techo.

A mí llego un pensamiento rápido: «Ahora va a hacer un agujero tremendo en esa cúpula que encima de nuestras cabezas tenemos».

Pero mi mayúscula sorpresa me mostró qué equivocados podemos estar cuando determinamos las cosas como ciertas según nuestro conocimiento. Ya que a unos metros antes de colisionar contra todo cuanto en esa cúpula había, él se esfumó, daba la impresión de que hubiese pasado por una puerta invisible o algo parecido. Esto nos sobrecogió y nos hizo casi dar un salto del susto por lo ocurrido. Sin embargo ese otro magistral ser que allí se encontraba no se inmutó, no le dio la menor importancia. Así fue que comenzó a darnos esa explicación, la cual todos estábamos esperando.

—A ver, ¿por dónde comienzo? Está bien, empezaré por el principio y así puede que todos lo entendáis mejor.

»Bien, todo surgió al principio de los tiempos cuando todavía nada era firme, todo permanecía voluble en eterno cambio. Por aquel entonces las distancias eran tan bastas que incluso a nosotros nos parecían descomunales. En ese tiempo sin tiempo, pues lo que concebimos como tiempo era inexistente, nada parecía trascurrir con la misma premura para cada uno, ya que eso siempre dependería de aquello que estuvieses haciendo.

»Por aquel entonces tenía existencia un ser primario, un poco más evolucionado que el resto de los que allí podían hallarse. Él para nosotros, y para el resto de aquellos que en este lugar desarrollábamos nuestra vida, como he dicho, representaba casi una divinidad, un gran ser celestial, casi me atrevería a decir aquel que hoy denominan dios.

»Los mismos que lo divinizaban fueron los culpables de que en este ente apareciese el ego. Espoleado por los sentimientos de supremacía, se sentía mucho más altivo de lo que él era en realidad.

»Él quiso dar vida a su propio reino, apartarse de la soberanía compartida por todos y que de todos era. Él quiso imponer la individualidad, la cual de esta manera pasaría a ser un caudillo, un gobernante, un dictador alejándose así de la forma de concebir la vida en conjunto, de tomar las decisiones entre todos los que allí estábamos, de definir una existencia en la que todos pudiésemos compartir cada duda, cada liberación, cada conocimiento. Así el conjunto siempre puede llegar a demostrarnos que con nuestra aportación de esta enseñanza, esta crecería hasta ser una ilustración superior.

»Él comenzó a seducir a sus hermanos con su visión de ese reino, miles de sus fraternos piadosos confiaban en lo que él les contaba. Debo decir que entre ellos me incluyo, la seducción era percibida por nosotros como algo bueno, una nueva forma de evolución, pues se trataba de afables expectativas y extraordinarias emociones. Lo que nunca pensamos, era que esos sentimientos expresados para que los recogiésemos e hiciésemos nuestros, nunca llegarían a serlo, pues ni tan siquiera eran reales. Esta fue la forma en la que caímos en esa mortal trampa. Así poco a poco comenzaron a excitar en nosotros la parte negativa, la cual en todos habita y es necesaria para hallar un equilibrio interno. Él esto lo sabía y comprendía desde su interior que si nos desequilibraban la descompensación despertaría al engendro de la oscuridad interna. Y así lo hicieron a través de la envidia, el miedo, la duda y todo aquel sentimiento que pudiese desequilibrarnos, el cual pudiesen manejar. Con esas infernales influencias y esos lastimeros sentimientos, llegamos a convertirnos en lo que habéis conocido y gracias a vuestro valor liberado.

»También quiero que sepas una cosa y la tengas muy en cuenta; Tan solo un ser puro y de buen corazón es capaz de cambiar o liberar a un ser celestial de la oscuridad que en él habita, como tú lo has hecho.

Este comentario me descolocó un poco y pretendía decir algo cuando en ese preciso momento cortando toda la conversación que teníamos, en la cual dispondría a exponer mi forma de pensar, un potente alarido lóbrego y desgarrador se escuchó.

En todo este lugar tan solo el mal más insondable se podía sentir, todo cuanto de él emanaba solo te ofrecía un gran tormento. A nuestros oídos llegó ese lamento, pues este se sobreponía un poco al resto del tétrico sonido que sin cesar todo lo envolvía.

Esta profunda demostración de dolor llegó a nosotros por todas las grietas o agujeros que aquel lugar tenía, era por ello que no podrías decir de donde procedía tal alarido. Lo que sí puedo asegurar era que en mi interior me sobrecogía de tal manera al escucharlo, que este hacía que hasta mis células acabasen temblando. Después de traspasar la primera puerta, no estoy seguro de que material es del que estamos hechos en estas estancias, o podía dejar de pensar, las imágenes que a mi mente sobrevenían no eran agradables, pues lo que a ella llegaba era:

La efigie de un ser grandioso al cual le estaban arrancado uno a uno cada miembro. El corazón ese órgano tan preciado para nosotros, y que por lo que representa es seguro que en su cuerpo carece de él. Pero realmente ¿quién puede convencerles de que todo cuanto ellos sufren y viven no es real, que nada más que energía es lo que ellos en realidad son?

Ellos seguro que establecen ese dolor al ver como unos horripilantes seres están desmembrando su cuerpo, un ser bueno ahora por este dolor solo energía profundamente negativa exhalaría.

Pero lo que puedo afirmar es que este lamento era mucho más elevado incluso que esto que mi mente sin saber por qué traía a mi cerebro, este proceso era el culpable de que el miedo pretendiese entrar en mi reino interior.

Ese ente de luz que nos acompañaba en este triste tormento nos dijo:

—Ese grito es del señor oscuro, ya se ha enterado de lo ocurrido, por lo que escuchamos es seguro que desde este momento sois sus peores enemigos. Él ha tenido visitas, más o menos tiempo ha pasado entre unas y otras; pero nadie había conseguido lo que vosotros. Es por eso que seguro que gracia no le ha hecho.

»Tan solo espero que vuelva pronto mi hermano.

Esto comentaba esa entelequia celeste, pero antes de que volviese a abrir su boca, como desapareció volvió a aparecer ese ente de luz que se había ido. Sin decir palabra quedó mirando a su hermano, un segundo después volvió a tomar su posición de fuerza y marchó de nuevo.

Todos quedamos sorprendidos y desorientados por lo sucedido. Así que cuando pasó un instante, ya recuperados, se sucedió una pregunta:

—¿Qué es lo que ocurre? ¿No esperabas a que él trajese noticias?

Fue Oyam el más rápido en disparar la pregunta aunque todos la hubiésemos encabezado y terminado de la misma manera.

—Se me ha concedido un grato beneplácito. Este establece lo siguiente:

Puedo quedarme un tiempo indefinido con vosotros, os prestaré mi ayuda para todo aquello que os sea de necesidad. Tú, mi bien querido amigo, ¿Oyam te llamas verdad? —Oyam lo observó y con la cabeza hizo una mueca positiva—. Bien, has de saber tú y todos que no siempre son necesarias las palabras para poderse comunicar.

Esa fue una muy grata noticia para nosotros, nos observamos al igual que si estuviésemos aplicando telepatía entre nosotros; pero lo que observábamos era el brillar de nuestros ojos, pues un guerrero así de nuestro lado nos daba una gran paz y equilibrio de fuerzas.

Yo le dije, pues me salió del corazón:

—A veces la telepatía no se precisa, pues cuando los ojos expresan lo que en el alma ocurre no hace falta nada más.

—Él me miró y exclamó:

—Eso es muy cierto, nada ante ello puedo expresar. Pero sí os digo: por favor no gastéis vuestra alegría ahora, pues lo que nos queda por delante seguro que de grato nada tiene. Este sentimiento que la ale-

gría aporta debéis de llevarlo al corazón, pues en momentos de flaqueza os ayudará a superar todo aquello con lo que os tengáis que enfrentar.

Escuchamos sus palabras, ellas guardaban el mensaje de ser cautos hasta en la alegría; pues en un lugar como en el que estamos, quizás fuese algo tan importante como para que nuestra existencia de ello dependiese. Al observar a ese coloso y entender que ahora era como un hermano más, entre todos decidimos revelarle lo que había ocurrido con nuestro hermano ausente, fue Lobo el que se lo explicó:

—Creo que será bueno el que estés al corriente de lo que nos ha ocurrido al principio de nuestro viaje, comenzamos siendo uno más, pero él ha caído y nos ha dejado.

El ángel nos miró y preguntó:

—¿Ha muerto? —Un instante después ratificó de su pregunta—. Pero ¿qué es lo que estoy diciendo?, parezco un principiante. Aquí tan solo se puede seducir, pues todo yace muerto, aquí todo lo que penetra ha fenecido con anterioridad, en este lugar ya tan solo la energía de aquel que nada espera es lo que se encuentra.

Lobo lo miró con una extraña mueca que daba a entender que las palabras que este ente había expresado no eran de su agrado.

—Realmente en este momento no quiero pararme a pensar en lo que acabas de decir. Tan solo quiero expresar lo siguiente: Siempre la perversión utiliza los mismos medios para encadenar a los seres que por este lugar pululan, estas son por las acciones que estos entes oscuros les obligan a cometer, lo único que de ellas se desprende es esa energía negativa y llena de un sentimiento de miedo, odio y de todo el estremecimiento que la sombra produce. Es así como la seducción ha llegado a su fin.

»Pero lo más absurdo y lo más horrible es que nada de ello él había cometido. A él lo han seducido a través del dolor que sentía por los recuerdos que de su vida se originaron, de ello él nunca tubo culpa. Y ahora nada sabemos de su paradero.

En ese momento yo interrumpí el dialogo que el lobo y ese ser de luz mantenían.

—No es por nada; pero creo que este no es un lugar seguro como

para quedarnos por más tiempo. Creo que el momento de proseguir nuestro viaje ha llegado. Por lo que sé tú serás ahora nuestro guía. ¿No es así hermano ancestral?

Él me sonrió, creo por el nombre que le propuse, y contestó:

—Perdonad, ni me he presentado, mi nombre es Legna. Si así lo sientes así será; pues tiempo he tenido de conocer su reino, y no solo eso, también conozco su forma de proceder, de moverse y de actuar.

Lo miré, su nombre me pareció extraño pero resultaba muy acertado en él. No os he descrito su esplendorosa armadura plateada, en la cual se podían distinguir golpes de duras batallas; pero estos no habían velado las hermosas formas que se distribuían por toda ella, esta le tapaba el pecho dejando sus brazos y piernas al descubierto, para que su movilidad fuese siempre plena. En sus piernas a la altura de los tobillos unas hermosas espinilleras tapaban esa zona por el dolor que un golpe en ese lugar produce, sus pies descalzos sin ningún tipo de dureza se me antojaban extraños.

De repente él exclamó:

—Pues entonces sin más dilación ha llegado el momento de ponerse en marcha.

Y automáticamente giré mis pies sin saber bien ni por qué ni hacia donde debía dirigirme, pero mis pies sí parecían saberlo.

Lobo me miró y soltó un suave gruñido.

Y ya se sabe, es el camínate el encargado de abrir el camino cuando por el mismo transita.

Pero lo que quedaba por determinar era cuál de las múltiples galerías que morían en aquella sala deberíamos coger.

—¿Y bien, por dónde debemos nuestros pasos encaminar?

El monje sin escrúpulos preguntó, él parecía soberbio siempre pues no parecía inmutarse demasiado; pero a la vez ese halo de bondad lo envolvía.

Legna al momento respondió con otra pregunta que era obvia.

—¿A qué lugar queréis desplazaros?, o más bien, ¿a cuál de todos los que en este laberinto hay pretendéis llegar?

Lobo parecía un poco inquieto y malhumorado por la respuesta de Legna. Así que rujió para determinar su estado y dijo:

—Grrrrr pues entonces dinos, ¿cuál es el lugar al cual las formas sombrías como la que tú fuiste llevan a sus prisioneros?

Legna quedó un poco confundido por la pregunta del maese Lobo.

—Pues en realidad no sé qué decirte mi hermano Lobo. Nosotros, los entes umbríos, teníamos otro tipo de cometido, por supuesto que no era el de trasportar a esas pobres y miserables almas. Pero lo que sí podemos hacer es tomar la misma dirección por la que ellos desaparecieron si es que os parece bien.

Todos nos miramos y como otro plan no teníamos dispusimos ese como el mejor, así que accedimos. Legna habló de nuevo.

—Por favor, maese Lobo, si es que te parece bien o acertado ¿podrías adelantarte a una breve distancia tan solo para poder saber lo que en ese lugar se encuentra? Pues yo sé de tus grandes facultades, cosa que nosotros no poseemos.

Lobo quedó un poco entre aturdido y digamos feliz por el hecho de haberlo tomado en cuenta.

—¿Podrías explicarme una cosa antes de que yo lleve a cabo mi partida? Antes de la explicación debo aseverar que no me gusta el tener que desmembrar nuestra compañía; pero si es por el bien de todos así lo haré. La cuestión es la siguiente, ¿qué es lo que de mí o de los de mi raza conocéis y por qué?

Legna lo miró y sonrió pleno, parece ser que le gustó la cuestión.

—¿Sabes?, me alegra que deba aclararte esto. Es tan sencillo como que ambos pertenecemos al medio natural, somos hijos de la gran madre tierra y del gran feroz fuego, así como el aire y el agua nos dieron una parte más de su esencia. Por ejemplo, nosotros somos seres más aéreos que terrestres, y vosotros más terrestres que aéreos. Siempre la suma de los determinantes dará un fruto diferente. Con esto quiero decir que el elemento, el cual ha puesto más de sí mismo para la formación de un nuevo ser, llevará más de él que de los otros.

»Es por esa razón que existen seres de diferentes estados y formas. Estos que aquí se encuentran son seres que partieron del dolor; son solo

sentimientos, ya sean de una manera u otra. Estos sentimientos los produce el calor interno, por eso estos seres son hijos del fuego, malogrados por los sentimientos que los han seducido.

»Es por eso que cuanto más evolución uno tiene se da cuenta de que en cuanto un ser natural como tú se halla delante le prestamos al momento nuestro respeto.

En ese instante nuestro querido hermano quedó satisfecho por lo que este ente le había descubierto así que nada más preguntó. Un momento después de que Lobo se hubiese puesto en movimiento, todos los demás dispusimos nuestros pasos en la misma dirección. Aproveché el momento y le pregunté a nuestro nuevo hermano.

—Es maravilloso lo que le has dicho a maese Lobo, tu conocimiento es mayúsculo, pero ¿podrías decirme a dónde nos lleva este túnel? ¿O es que como nosotros lo desconoces? Mi querido Legna, según mi conocimiento creo que ante la ignorancia se esconde la gnosis y la sabiduría natural, siempre el que ante un desconocimiento se encuentra, busca a través de un sentimiento encendido el poder salir de la situación. ¿Sabes querido amigo?, según mi pobre experiencia esta me dice: No existe mayor ignorancia que el no advertirla cuando delante se manifiesta.

Legna me observó y cuando menos lo esperaba con una voz sin estímulos, digamos, de alteración me dijo:

—De vez en cuando mi bien querido amigo, debemos entender a la ignorancia. Pues ella forma a los mayores sabios, ya que la cordura del que no sabe lleva a buscar tan solo lo que verdaderamente su interior precisa. Ese es un rasgo que demuestra la verdadera y pura sabiduría.

»Ahora bien, el que se las da de sabio y todo lo pretende saber, demuestra con su ineptitud que en realidad nada conoce. ¿Es de sabios el saber cuánto te queda por aprender? ¿O más bien es un sabio aquel que en realidad todo le sorprende y de todo saca un nuevo conocimiento, y de esta manera nunca podrá saber cuánto es lo que le queda por conocer?

»Ahora bien, respondiendo a esa pregunta, la mayoría de los túneles van a dar a lugares como el que acabamos de dejar a tras, pues

todos ellos se comunican entre sí. Pero existe un túnel que nos llevará al centro, al interior del círculo primario; allí donde todo se formó y a través de él todo a su alrededor se expandió. En realidad ese es el que nos interesa, y ese es el que debemos buscar.

Lo miré y lo acuchillé con una nueva pregunta.

—Estás muy seguro de tu respuesta, ¿dime por qué ese es el que a nosotros debe interesar, por qué ese y no otro debemos buscar?

Legna no se inmutó, sus sentimientos estaban estables, lo veía equilibrado, sabía que mis preguntas buscaban sacar de sí algún resquicio de esa seducción que en él pudiese quedar.

—Eso es obvio, ese túnel es el que va a dar directamente a los salones donde el regio ser de la oscuridad siempre se halla reunido. Es seguro que como vuestra intención es encontrar a esa esencia, el cual para vosotros tiene suma importancia, este habrá ordenado que se lo traigan, lo quiere cerca, muy cerca de donde su fuerza más potente se pueda desenvolver. Esta es la forma en la cual puede atraeros a ese lugar teniendo la seguridad plena de que allí hallaréis vuestro horrible final.

—¿Tú has estado alguna vez en ese escenario?

Preguntó Oyam sin poder reprimir su pregunta.

—Sí, así ha sido, es más, en una ocasión mi misión fue acompañar a su majestad la reina del mundo superior a esas estancias, debía de acompañarla para que ella no pudiese liberar a nadie.

El monje fue esta vez el que se adelantó y le dijo:

—¡Es verdad eso que dices! La reina nos lo había comentado, ella nos lo dijo: En cierta ocasión había tenido que bajar a este lugar y no le había gustado nada.

Ese intéstate fue la primera vez que observé a Legna dubitativo.

—Un momento… ¿Es cierto eso que decís? ¿Os comentó lo ocurrido en esa ocasión? ¡No termino de comprenderlo!

Nuestro querido monje continúo hablando.

—No, tan solo nos comentó que este era el paraje en el cual la malevolencia gobierna, que a aquí seguro que nadie por su propia elección quisiera bajar.

Legna con cara de pesar habló de nuevo.

—¿Por qué siempre yo? Creo que más de una vez me va a tocar el tener que contaros una cierta serie de cosas, pues os halláis en todo el derecho de saber lo que aconteció y de lo cual yo fui testigo el día que su majestad por estos pasillos sus pasos desenvolvió y en el clamor sordo del lamento se perdieron.

»Ella y el señor de la oscuridad poseen un vínculo que yo no alcanzo a comprender, lo que sí entiendo es que un pasado los une. Pero lo triste es que yo nunca he accedido a saber nada sobre esa historia.

»Lo que puedo asegurar sin miedo a confundirme, es que ellos dos están profundamente enamorados. Este afecto, el cual aquí nada tiene que ver y está del todo ausente, es padecido internamente sin que ninguno de sus servidores puedan siquiera percibir el menor resquicio de ese luminoso sentimiento. Esto ese ente es capaz de encubrirlo mientras ella no se halle presente.

»En el momento en que ella se halla presente nada es ya lo que ese ser pretende, todo se vela en su interior, y ya solo amor es lo que de él se desprende.

»Es notorio lo que todos sabemos: el amor derriba todas las fronteras. Os podéis imaginar cómo cada una de las más cruentas formas de perversión, así como la gran fuerza que en este ser habita, se esfuman en el preciso instante en el cual el amor con fuerza en su pecho golpea inesperadamente. La reina de esta manera ha vuelto a vencer al mal de nuevo, pues aunque esto no fuese lo que ella pretendía, la luz y la oscuridad siempre se hallan envueltas en una batalla perpetua. En esta cruzada fue el bien el que venció. Aunque claro está que la reina en ningún momento pretendía entablar una batalla, ella y su profundo amor no podrían dar dolor a su enamorado pero por otra parte, ella sabía que si el amor de él pretendía ganar debía de trasmutar toda esa maldad y oscuridad en refulgencia y amor, ella al final lo consiguió y…

En ese momento interrumpiendo esa esplendida narración de la historia maese Lobo apareció.

—¿Qué es lo que ocurre mi bien querido amigo?

Pregunté en el mismo instante en que el relato de Legna se vio interrumpido.

—No sé, no sé. A unos quinientos metros más o menos se encuentra una puerta.

Todos lo observamos pues su actitud era como mínimo extraña. Oyam habló de nuevo.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de malo? Ya pensé que se trataba de algo mucho peor, pues tu expresión es como si algo horrendo te hubieses encontrado.

Lobo levantó un poco su cabeza y muy malhumorado siguió hablando.

—Si me dejases terminar sabrías por qué me ha dejado tan estupefacto. ¡En fin! Esa puerta se halla escoltada por dos extrañísimos seres, los cuales no habíamos visto hasta este momento.

Legna, muy interesado por los personajes que guardaban la puerta, entró en la conversación.

—Por favor maese Lobo, ¿serías tan amable de poderme describir, bueno, a mí y a todos, a esos seres?

—Tranquilo, grrrrr, ¿qué os pasa?, ¿por qué esta prisa? ¿No comprendéis que ya pretendía hacerlo? ¡No me llegaba con un impaciente que ahora tengo que aguantar a dos! Pues bien allá voy: Se trata de unos seres más altos todavía que tú —esto dijo observando a Legna, y eso que este casi llegaría a los dos metros—. El cual como todos podéis comprobar posee una estatura considerable. Llevan para protegerse una especie de armadura negra en la cual se pueden ver desde arañazos hasta golpes de algún pobre incauto que cayó en sus manos. Esta le cubre pecho, brazos y piernas, e incluso en su cabeza llevan también una defensa semejante. Lo único que al descubierto se puede ver es, la parte interna de los brazos, los cuales por su musculatura te puede hacer temer que un golpe certero me llegue a impactar. Pues el resto de su cuerpo puede desarrollar una fuerza atroz.

»En cada una de las manos porta un arma, estas son como dos grandes mazos, que te avisan de que el lugar en el que el mazazo con ellas me diesen a mi o cualquiera de los presentes, quedaría completamente estrujado. También he podido observar que son extremadamente peludos. Volviendo a la armadura esta se halla recubierta toda ella por

grandes y afiladas púas, las cuales se las puede ver también sobresaliendo por la parte superior de ese casco que le resguarda la cabeza.

»Y protegiendo los brazos por la parte exterior portan dos pequeños escudos, uno en cada uno de sus miembros. Lo mínimo que de estos seres se puede decir es que son descomunales.

»Creo que ni incluso yo me atrevería a proporcionarles la luz que necesitan para ser liberados, pues ¿quién sabe lo que de esos seres puede salir? La verdad es que son aparatosos en todo, incluso en ese tufo que a muchos metros ya te penetra por las fosas nasales, dejando otro olor insignificante a su lado. No solo es un olor corporal lo que en ellos produce repelús, lo peor es que a cada momento arrojan gases que seguramente son producidos por lo que comen, pero ¡qué peste por favor! En realidad posiblemente esto lo utilicen como una defensa más. Esto no lo sé, pero si os diré que para aguantar a su lado hay que taparse bien la nariz.

»Y ahora te toca a ti responder, dinos tú, Legna, ¿quiénes son esos seres?

Este observó a Lobo con calma. Todos pudimos cerciorarnos como su expresión se volvía preocupada y desapacible.

—Por todos mis hermanos, no pensaba que ya nos tropezaríamos con ellos. Al igual que nosotros, son grandes caballeros de la luz, los cuales sin poder remediarlo cayeron seducidos por el ente oscuro. Son los inflexibles entes de las tinieblas. El regio señor de la oscuridad siempre decía: «Los he perfeccionado un cien por cien», Imaginad por un instante lo que ahora os pienso describir.

»Tú has visto, Lobo, esas armaduras, y bien las has descrito para que todos nos hiciésemos una idea, pues esas armaduras que tú has manifestado advertir no son tales armaduras, ya que ellas son parte de su piel; estas en realidad ahora son corazas, que al igual que una tortuga les nacen desde su dermis, la cual se endurece poco a poco. Esto fue fruto de una trasformación de magia negra que el ente de la oscuridad les ha elaborado.

»Los pinchos de la cabeza son como pequeñas cornamentas, al igual que en el resto de su piel se producen, estas recorren todos su

cuerpo, son pequeñas y grandes protuberancias impuestas por él. Creo que el señor de la oscuridad se ha basado en muy arcaicos recuerdos para lograr tal exageración, ya que estos pobres seres, se puede decir, tienen lo que se podría llamar múltiples cuernos. Lo único que de su cuerpo no forma parte son los grandes escudos, los cuales cuando no están batallando llevan colgados a su espalda. Así mismo tampoco lo son esos dos grandes mazos.

Lobo de nuevo habló:

—¿Poseen algún punto débil?, pues con toda esa armadura yo no les he podido encontrar ninguno.

Así Legna lo miró y movió un poco la cabeza.

—Sí que lo hay, tú los has observado un buen tiempo. ¿Recuerdas el casco? —Lobo por un momento lo miró como dudando de lo que quisiera decir, pues aquel casco era casi lo más impenetrable; pero con una afirmación de su cabeza dio resuelta la pregunta—. Quiero que recuerdes bien y me respondas a la pregunta. Dime, ¿todavía poseen esa especie de rendija frente a sus ojos? Por favor, piénsalo bien.

A Lobo casi no le hizo falta el pensarlo así que un segundo después respondió.

—Por supuesto, ¿de otra manera puede decirme cómo podrían ver?

Legna observó a Lobo como el maestro mira al alumno menos aventajado pero que a su vez se esfuerza por saber.

—Eso, mi bien querido amigo, en este lugar a veces carece de importancia. Pero me habéis preguntado por su punto débil. ¿No es así? Pues ese es, y si queréis ayudar a eses maravillosos seres ahí en ese pequeño punto es donde debéis de apuntar, aunque no será fácil, os lo adelanto.

Esto último él lo dejó caer cual murmullo; pero ninguno de nosotros preguntó pues recordábamos cómo Lobo había llegado de turbado. Esto nos hacía temer lo que el ángel había dicho en voz casi inaudible.

Fue de nuevo Oyam el encargado de sacarnos de ese pequeño momento en el que todos nos hallábamos recluidos.

—¿Me podrías decir?, si es que puedes, ¿qué es lo que detrás de esa

puerta encontraremos? Pues algo muy importante habrá detrás de ella para que semejantes guardianes se hallen custodiándola.

Legna miro a Oyam y raudo casi sin pensarlo respondió.

—Sí, os tengo que decir la verdad, siendo totalmente realista, no creo que detrás de esa puerta halla nada de importancia. No creo que lo que nos espere sea de un interés como para que el origen que mueve nuestra misión pueda cambiar.

Oyam casi enfadado habló de nuevo.

—Entonces no comprendo el porqué debemos ir por ese lugar, ¡¿No será que nos estás metiendo en una artimaña como para caer en los brazos de ese ser de toda oscuridad?!

Legna miró exaltado y un poco irascible a Oyam.

—Oyam, debes, antes de precipitarte de tal manera, dejar acabar de hablar a aquel que trata de enseñarte algo que quizás no comprendas ni sepas. Debes entender que las cosas a medias siempre traen contrariedades.

»Creo que todas las puertas que nos vallamos a encontrar de aquí en adelante estarán igual de custodiadas. ¿O que pensáis qué después de las almas que a él le habéis robado, o que habéis liberado a ese gran ente de toda sombra se va a quedar impasible e igual que estaba?

»¡No, hermanos míos! Debéis saber que esto es seguro que tan solo es el principio. Dime, mi hermano Lobo, ¿has mirado al techo cuando has ido a observar lo que más adelante nos aguarda?

Lobo quedó un poco contrariado por la pregunta.

—Pues a decir verdad es que no, ni tan siquiera se me pasó por la cabeza. ¿Por qué debería de hacerlo?

Y en ese momento el monje exclamó:

—¡Dios mío! Esa es una pregunta que se contesta por sí sola, es que no ves las alas del ángel, con esa pregunta lo que él quiere decir es que quizás por las techumbres pululan alguno de los suyos, ellos es casi seguro que por ahí se hallasen revoloteando.

Legna miró sobrio al monje que parecía estar satisfecho con la respuesta que nadie había pedido, y al momento esto es lo que dijo:

—¿Sabes, mi querido monje?, eres muy agudo; pero debes de

acordarte de que a veces por la cúpula tu fe se escapa. Pues tan solo hacia ella miras pero en ella nada hay que pueda observarte. Por lo tanto no busques aquello que te falta donde no se encuentra, busca más intrínsecamente para poder hallar lo que está fuera. Piensa siempre que lo que está arriba es igual a lo que se allá abajo, lo que está fuera es lo mismo que lo que dentro atesoramos,

»Llénate de todo conocimiento bájalo a tu sabiduría, retenlo por un tiempo indefinido nutriendo así a Sophia de todo lo que ella necesita. Exhala después el alimento maduro, aquel que ya es tuyo, el cual en un principio fue parte de muchos; pero que en ese instante tan solo tú eres capaz de sacar de tu interior. De esta manera el círculo de la sabiduría se concluirá en ti.

El monje bajó su cabeza avergonzado, no tanto por sus palabras como sí lo estaba por su actitud. Legna se dio cuenta de que este se sentía como si una losa sobre su cabeza acabase de caer.

—No te preocupes querido hermano, el poder cambiar las formas y el interior tan solo es cuestión de escudriñar y en tu exploración en realidad no querer encontrar; pues es seguro que así podrás hallar lo que realmente necesitas. Espero que tu búsqueda sea enigmática, inexorable y prolongada, de esta manera podrás encontrar en cada escollo a tu ser reflejado mucho más claramente que en el espejo más pulido.

»Pero sigamos a lo que estamos, y dejémonos por un instante de la mística que impregna esta explicación, llegará un momento de proseguir en esta hermosa forma de comprender la existencia fuera de estos muros. Ha llegado el momento de concentrarnos en lo que ahí delante nos aguarda. Intuyo y es mi opinión que va siendo hora de trazar un plan, o algo que se le parezca.

En ese momento a mí se me ocurrió lo siguiente.

—Creo que eso no lo podemos hacer antes de comprobar si la techumbre se halla vacía o no. Creo que alguien debería volver allí y echar un vistazo. ¿No lo creéis así?

En ese momento Legna se disponía a hablar pero el monje se interpuso sin que nadie pudiese evitarlo.

—Si no os parece mal yo soy muy silencioso, Lobo ya ha sido antes

el elegido, o sea que si bien estimáis mi oferta, me ofrezco voluntario.

Todos nos miramos con la típica mirada de complicidad, sin decir palabra un instante después accedimos a su petición, fue así mismo designado a llevar a la realidad tal hazaña. Sin titubeos, sin mirar atrás avanzó hacia el lugar en el cual esas dos grandes bestias guardaban la puerta.

Al cabo de unos prolongados y angustiosos minutos volvió a aparecer su enjuta figura por ese pasillo, él debía de haber tardado menos pues nos hallábamos muy cercanos de esa puerta; pero el tiempo es tan relativo…

Sin vacilación ya a nuestro lado habló:

—La techumbre se halla vacía de cualquier ente que en ella pudiese esconder sus formas. Nada en un principio me hacía presagiar el lugar a donde me podía trasportar ese instante, este me llevó a un recuerdo del lugar del cual yo procedo. Observando eses techos con más detenimiento me vi de repente en mi hogar, vislumbrando los lóbregos santuarios, los cuales se hallan iluminados tan solo por esas lámparas de aceite, de esta manera la oscuridad se vuelve algo normal en el techo de los mismos. Las grandes obras están expuestas lejos de la visión de todos, y que aunque casi invisibles, ellas permanecen siempre presentes. En ese momento me di cuenta de que la melancolía puede llevar también a la tristeza, por ello sobreponiéndome he decidido volver rápido. Este es el momento en el cual debo preguntar: Pues bien, ¿y ahora qué?

Cerramos un poco más el círculo que habíamos formado con anterioridad para escuchar a nuestro hermano.

Cada uno de nosotros exponía aquello que mejor pretendía para que esta misión saliese adelante. En el instante en que cada detalle de lo que intentaríamos llevar acabo cuadró perfectamente, decidimos arriesgarnos dando vida al plan. Todo, he de decirlo, a mí me parecía algo arriesgado pero era lo mejor que teníamos.

Sin retrasarlo más la compañía al completo se introdujo en esa oquedad, que quien sabe quizás nos llevase a un horrendo final.

Desde la posición que ocupábamos podíamos observar aquellas tremendas moles, eses caballeros sombríos como Legna les llamó, allí

se hallaban el uno al lado del otro cual estatuas inmóviles. Y sin más comenzamos a dar vida al plan propuesto.

Lobo salió corriendo, tomó como dirección el medio de la gruta en la que ellos se hallaban, pero a unos siete metros de distancia. La verdad he de decir aquí que cuanto más cercanos estaban más imponían.

Ambos se percataron de la presencia de nuestro hermano, se miraron al observar a Lobo allí en el medio, el de la derecha le hizo una seña al de la izquierda, para que él se quedase en la puerta custodiándola. Este así lo dispuso un poco refunfuñando, con un sonido extraño, se le pudo entender:

—Siempre debes ser tú el que te lo pases bien, no hay derecho.

En ese momento este ser con todo su porte dirigió sus pasos hacia el lugar en el que Lobo se hallaba.

Lobo no se inmutó, nuestro amado hermano permanecía plantado allí en el medio esperando el fragor del combate. En el momento en que este coloso ya a tan solo unos pasos de Lobo se encontraba, alzó su terrible mazo para golpear atrozmente a Lobo. Si este le alcanzase con ese tremendo mazo, era del todo cierto que en el sitio tan solo quedaría un cuajaron, una horrible mancha de todo lo que el cuerpo de Lobo en su interior se compone. Este gran ser alzaba su mazo cada vez más hacia arriba y más hacia a la espalda para así coger toda la fuerza posible, de esta manera un mortal golpe llegaría a producirse.

En el preciso instante en que esa arma mortífera casi tocó su espalda, igual que si un resorte tuviese, se disponía a soltar el destructor golpe. Sin avisar así lo hizo, pero en el preciso instante en que esa posición este ser adoptó, tan solo una dirección su tremendo ataque tenía.

Lobo con un categórico movimiento se apartó hacia un lado, ese colosal guerrero no pudo detener a tiempo el mazo para cambiar su trayectoria, de esta manera su arma colisionó con un gran impacto contra el suelo, fue tan potente el golpe que en el momento del contacto contra el pavimento comenzó en este ser un temblor en sus brazos, extendiéndose este por todo el cuerpo, hasta que remató en su cabeza y por el otro lado en la punta de los dedos de sus pies.

En cuanto pudo y el temblor disminuyó lo suficiente como para

dejar que su cabeza alzase, fijando de esta forma su vista con el único fin de comprobar donde se había metido su enemigo.

En ese momento en el cual el ser colosal pretendía volver a la batalla pues para eso levantó su cabeza, en ese instante abrió sus ojos, cerrados por el tremendo impacto y el efecto secundario que en él se produjo. Bien, cuando este ser pudo centrar su vista lo único que él pudo ver fue la punta de mi bastón, el cual a tan solo unos pocos centímetros se encontraba.

Sin despreciar a mi enemigo con mucha precaución y un gran sentimiento de amor, pedí vociferando a mi bastón que me diese toda su luz. Un segundo después su punta se iluminó, sin más dilación el fogonazo salió con una potencia tal que hasta ese instante no lo había visto así.

Este pobre ser rugió como lo hace con gran fuerza el viento, el cual cabreado brama sin que nada ni nadie se le pude imponer, nuestro asombro fue total en cuanto comenzó su metamorfosis.

Los pliegues de su piel, los cuales Lobo confundió con una armadura, se comenzaban a cristalizar en algo muy diferente esta vez. Esa especie de protuberancias que hacían a estos seres repulsivos y temibles, ante mis ojos se tornaba en una bellísima armadura. En esta se podían distinguir unos maravillosos bajo relieves dorados, realmente era esplendida pues lo único dorado eran esas ornamentas, el resto de la coraza era plateada cual luz de luna iluminada.

En el preciso instante en el que absorto por la trasmutación me hallaba, me di cuenta de que algo no marchaba bien, pues un grave problema debía de descubrirse en su interior, ya que la parte inferior no se daba convertido. Estaba claro que en su corazón le habían inculcado mucha aciaga energía, la cual como el agua de una ciénaga, parece agua simplemente, pero lo que con ella porta puede terminar con la vida de quien de ella se atreve a beber. Sabía que necesitaba ayuda así que llamé al lobo y al monje, sin dilación les dije:

—Mis queridos hermanos, ahora este ser esta desprovisto de su mutación en la parte superior, debéis de atacar a sus ojos de nuevo, dadle la luz a sus ojos.

Ambos me miraron y con la vista les indiqué el sufrimiento de este ente, que no se hallaba completo. Un segundo después los dos sin esperar nada más que que la luz fuese lo más potente posible, se la impusieron con todo el amor del que eran capaces. Poco a poco este maravilloso coloso fue cambiando hasta llegar a ser lo que realmente fue en su principio. Su armadura resplandecía con una luz plateada casi blanca inmaculada, la energía que le habíamos dado fue suficiente como para irradiar todo su ser.

En realidad no podría decir el tiempo empleado en nuestra embestida. Lo que sí pude comprobar era que el otro guerrero venía hacia nosotros como un búfalo enojado. Parte de su ser parecía hallarse un tanto dubitativo, pues él tenía una gran vacilación, esta era:

Si se dirigía hacia nosotros, ¿debía entonces dejar la puerta sin vigilancia?

Pero justo en el preciso intervalo en el cual él tomó la decisión de venir hacia nosotros a socorrer a su compañero, una voz lo convocó desde las alturas, o eso nos pareció a todos.

—¡Eh atiéndeme y observa! Pues tan solo eres una descomunal masa sombría, un pedazo de aciaga energía acumulada en un segmento de una entidad de voluntad sometida.

Por supuesto este guerrero oscuro paró su acometida y se quedó un rato mirando hacia el lugar del cual esa voz procedía.

Allí en lo alto se hallaba Legna, pero no solo él; sino que Oyam también se encontraba allí, nuestro querido Legna lo asía entre sus brazos. En el preciso momento en el cual esta mole miró hacia arriba, Legna soltó a Oyam, esté según caía había ya pedido a su luz que lo asistiese, esta sin más dilación apareció introduciéndole en su caída la luz de su espada por esa pequeña rendija. Lo más cómico es que nuestro querido hermano quedó de pie, con un pie en un hombro y el otro en el segundo hombro, dejando la cabeza de este descomunal ser en medio. Pero pronto nos dimos cuenta de que la luz de Oyam no era suficiente, nuestro hermano y su luz lo que sí consiguieron fue que con su fogonazo y el impacto de su cuerpo este guerrero se cállese de espaldas. Este, medio aturdido, quiso volverse a incorporar; pero Legna, rápido cual

rayo, descendió según esta mole caía, y sin tan siquiera este darse cuenta ya tenía puesto el pie sobre el pecho de esta colosal criatura. Con su lanza apuntaba al único punto débil de este coloso, a esa rendija. Sin esperar más ni decir palabra soltó un fogonazo de luz tremendo, tan potente este era que no hizo falta que nadie le ayudase, pues un momento después la metamorfosis fue total.

Una vez dimos por terminada esa escaramuza nos reunimos todos de nuevo, bueno, todos más dos, claro está. Los dos nuevos eran dos seres colosales de verdad, todo en ellos te decían que procedían de una especie diferente y muy antigua. Mi sueño era que ellos se viniesen con nosotros, pero por supuesto no era quien de pedirles nada.

Estos eran seres como he dicho muy diferentes, su tez era blanca, en sus orejas algo extraño podía ver, sus puntas acababan rectas totalmente, daba la impresión de que le hubiesen cortado el extremo. Su ancha frente, sus negros cabellos, su cabeza protegida ahora por un bello casco, el cual tenía un hermoso emblema, algo así como un tigre pero muy diferente…

Sus ojos eran extremadamente grandes, de un color gris profundo. Me llamó la atención de que no poseían la parte negra que todos tenemos, era ello lo que hacía que te perdieses en ellos. Los labios carnosos ocultaban una especie de colmillos muy afilados y agudos. No poseía pelos más que en el cabello, me extrañó ya que su aspecto anterior estaba lleno de ellos. Seguían siendo maravillosos y muy fornidos, sus músculos eran tremendos, poseían una especie de mazo y una espada. Eran sus armas.

Ellos nos presentaron sus respetos y nos dieron las gracias de una y mil formas diferentes.

—Aquí tenéis nuestras espadas, son vuestras ahora. Al igual que ellas son vuestras los que las portamos, os pertenecemos del mismo modo. Por lo tanto tan solo debéis de ordenar y vuestras órdenes trataremos de cumplir —dijeron los dos poniendo la rodilla en la tierra y posando sus enormes armas del más puro acero en ese suelo que no tenía el nivel como para que tan hermosos instrumentos estuviesen ahí tocándolo.

Yo, como el resto de los hermanos, les dimos las gracias por tal ofrenda. Pero les explicamos que en nuestra misión y para lo que nosotros entendíamos como liberación, no como sufrimiento o muerte, tales armas no tienen valía ninguna. Pues debo recordar que la violencia aunque se use como bien siempre es pérfida, y el mal no se puede erradicar con el mal. Ellos comprendieron de inmediato lo que les estábamos a ilustrar.

Estos seres nos observaron y casi no podían creer lo que les estamos diciendo. Es normal pues para ellos una batalla significa sangre, dolor y muerte, al escuchar esta nueva forma de batalla se dieron cuenta del alto honor de conocernos y de haberse cruzado en nuestro camino.

Así que sin decir nada se levantaron y una nueva reverencia más profunda y con un gran sentimiento llevaron a cabo.

En ese momento nos dimos cuenta de que ellos eran sólidos, nada se había desprendido de ellos, tan solo se había producido una metamorfosis. Quedamos un poco perplejos por ello, pero lo que definitivamente sabíamos es que aquí no se querían quedar.

Lo que nos pareció más lógico por tanto fue el indicarles por dónde les convenía ir para hallar la salida, pues solo debían de seguir por donde nosotros habíamos entrado.

En ese momento Oyam habló.

—Por favor, uno de los nuestros se ha extraviado, ¿si lo encontraseis seriáis tan amables de llevároslo con vosotros? No será fácil pues es seguro que no querrá, pero es lo único que queremos encomendaros.

En ese instante me acerqué a ellos y le di la descripción de Gordi.

Sin más dilación nos despedimos de ellos. Estos guerreros nos habrían venido muy bien; pero esto no era posible y lo sabíamos, ellos habían pagado con creces la decadente seducción. Al observarlos pudimos comprobar que se les veía a ambos muy contentos de poder abandonar este lugar.

—Bueno, ¿y ahora qué? —comentó de nuevo Oyam.

—Pues esa es una pregunta que se excusa. Después de las hostilidades que hemos tenido que llevar a cabo, lo único que queda es abrir esa puerta. ¿No lo creéis así?

Esto comentó el monje mientras dirigía sus pasos hacia ese portón. Este era bastante corriente, bueno, si en este lugar hay algo que se pueda decir cotidiano. Este estaba formado de madera muy oscura, unida toda ella por potentes forjados de hierro, los cuales daban la impresión de que se hallaban oxidados, aunque en realidad no era así. Era sencilla pero a la vez se sentía el poder en ella, pues su robusto aspecto explicaba la dureza de su estructura.

Todos seguimos los pasos del monje, una vez frente a ella pensamos que lo peor había pasado, ¡necios de nosotros!, pues no la movimos ni una pulgada tan siquiera. Daba la impresión de hallarse soldada.

—¿Qué es lo que vamos a hacer ahora? Pues no encuentro una solución a este enigma. Una puerta que no se abre no es un camino a seguir.

Comentó Lobo con sus belfas subidas hasta casi enseñar sus blancos colmillos. La verdad es que después de lo que habíamos pasado, me parecía del todo normal la actitud de nuestro hermano.

Legna se separó unos pasos, a una distancia en la cual todo lo podía observar de un ángulo diferente. Sin decir palabra dio media vuelta mirando desde esa nueva dimensión.

Nosotros nos giramos para comprobar lo que Legna hacía y en ese momento apercibimos cómo un ser alto y muy fuerte se acercaba raudo hacia nuestra dirección. Lo primero fue ponernos en posición defensiva, me extrañó que Legna no se inmutara. Cuando ya estaba más cercano pudimos comprobar quién era el que a la carrera se acercaba, este ser era uno de los guerreros de luz, el cual avanzaba moviendo las manos con gran ímpetu, creo que su intención era mostrarnos algo. Todos paramos y nos relajamos pero no hicimos nada hasta que el llegó, no tardó mucho en hacerlo. Cuando se encontraba a nuestra altura nos dijo.

—Lo siento, lo siento… uf uf un momento…

Sin más se encogió un poco para respirar, ya que con el esfuerzo y la limitación de este lugar aquí hasta eso cuesta hacer.

—Sabemos que esto debía ser lo primero que teníamos que hacer, pero con tanta emoción se nos pasó. Aquí la tenéis, sin ella nada po-

dríais hacer en esta puerta. Por favor, de nuevo os pido perdón por no habernos acordado antes. Lo siento.

Esto fue lo que ese coloso nos decía mientras nos entregaba una llave que sacó de dentro de su armadura, la cual yo recogí no con mucha felicidad.

—Esta es una llave, no para esta puerta, realmente es para todas ellas, ya que abre cualquier cerradura que se halle sellada.

Lobo raudo como el viento le preguntó:

—Antes de irte debes de responderme a una pregunta, ¿qué es lo que detrás de esa puerta se esconde?

Este se rascó un poco a un lado de su cabeza casi debajo de su casco, y como aquel que trata de recordar, de repente dijo:

-Pues a decir verdad no lo sé. Habéis de saber que cuando a nosotros nos daban órdenes nos decían dónde debíamos estar; pero lo que nunca nos decían era lo que debíamos de proteger. Pero si queréis que os ayude…

Legna casi sin inmutarse ni por la llave ni por quien la portaba dijo:

—No muchas gracias, sería un verdadero placer el que os unieseis a nosotros; pero se convertiría un acto muy egoísta por nuestra parte. Y por otro lado os lo hemos explicado, ya os hemos tratado de manifestar cómo es nuestro método de batalla, esta no pude desarrollarse de otra manera, y vosotros no estáis hechos a ella.

Este ser maravilloso bajó un tanto su cabeza y con la grandeza de su ser nos dijo:

—Pido disculpas, pues os he puesto en un aprieto de nuevo. Gracias, eso es lo que siempre debo daros; pues sois nuestros libertadores.

De nuevo Oyam antes de que este se marchase dijo:

—Tan solo os pedimos que no os olvidéis del encargo hecho sobre nuestro hermano, él si os necesitaría.

El caballero miró como casi ofendido.

—Nunca podríamos olvidar una promesa, no dudes jamás de nuestra palabra, ¿cómo podría olvidarme de una sola misión expuesta

por quienes nos han devuelto la libertad? Pierde cuidado que si lo encontramos así se hará, aunque la vida se me vaya en ello.

Sin previo aviso como había venido marchó en una rápida carrera.

En ese momento comencé a observar aquella, bueno no sé bien cómo decir... aquella llave.

Esta era del todo muy, muy extraña, era bastante gruesa, y parecía muy pulida por el huso, aunque a la vez ennegrecida por lo que realmente era. Me llamó la atención el hecho de que en un extremo tenía la forma serrada de cuatro dientes y en el otro un círculo. En medio del círculo había un símbolo extraño, este parecía un corazón destrozado. Podías incluso observar cómo estaba agrietado por muchas partes, daba la firme impresión de que se hubiese secado. Por ellos sin más esta llave así no sería muy extraña, bueno, quizás un poco por ese emblema; pero lo extraño es que se parecía a una navaja, de esas multiusos. Tenía muchas de esas hojas introducidas en el grueso de esa llave. Cuando metías una parte de la llave automáticamente salía otra.

Así me quedé un rato observando ese artefacto que en mi mano tenía, levanté la mirada y vi cómo todos se hallaban esperando, y se me ocurrió decir.

—Está bien, ahora es el momento de abrir esa puerta. Aunque realmente no sé por qué debemos de abrirla, pues sé que nada bueno nos espera del otro lado.

Todos mis hermanos comenzaron a reír de aquello que yo acababa de decir, incluso Legna, que siempre permanece sin inmutarse a nada de lo que ocurre a su alrededor; pues bien, incluso él no pudo aguantar y una fuerte risotada salió desde lo más profundo de su ser.

En un principio me quedé un tanto transpuesto pues nada entendía de lo que ocurría ya que mi comentario no había sido tan cómico; pero un momento después y atando cabos caí en por qué esas risas. Aquí, en este lugar nada bueno puede haber y menos algo provechoso puedes llegar a esperar tras una puerta cerrada y custodiada. Qué tontería acababa de decir, sin remediarlo tras este rápido análisis al momento comencé a reír también con todas mis ganas.

Qué extraño se me hacía ese cuadro de felicidad que la risa puede

aportar en un lugar en el cual tan solo el dolor, la angustia, el miedo y la peor de las muertes puedes esperar. Y no hablo de un fallecimiento plácido y sin dolor, no qué va; aquí se busca que el final sea lo más descarnadamente horrible, todo ese fenecimiento envuelto con los sentimientos que ello produce.

Bien, dejando lo anterior en un segundo plano ya que en este instante lo único que aquí había eran unas dulces y sinceras risas, Legna comentó:

—Es muy venturoso el que comencemos bien, espero de todo corazón que esto perdure después de traspasar el umbral de esa puerta y conocer qué nos aguarda detrás.

Para poder conseguir abrir aquella puerta, no solo era válida la llave, también debíamos hallar la cerradura, más bien el ojo de la cerradura. A simple vista era del todo imposible. La compañía nos dispusimos a hacer una minuciosa búsqueda.

El monje nos decía que en su pueblo era del todo normal esconder la cerradura. Así que estaba más bien acostumbrado a tareas como esta. Mientras nos cansábamos ya en el rastreo, me di cuenta que de Legna no estaba en su búsqueda, él estaba separado y un momento después se acercó raudo.

—Apartaos un momento pues somos demasiadas manos en búsqueda de un agujero tan pequeño.

Así lo hicimos, en ese instante Legna comenzó a pasar la mano más o menos a la altura de la mitad de la puerta, en el lugar donde se unían dos de aquellas molduras de hierro con la madera.

Y en cuanto pasó por la unión de ambas molduras se percató de que justo en medio se hallaba como una especie de pedazo de metal desprendido; era la tapita que guardaba la cerradura.

Sin más me miró, giro esa tapita, y se vio el ojo de la cerradura.

Lo miré y di unos pasos hacia donde indicaba Legna que se debía meter la llave, sin más dilación la introduje en la cerradura. Giré muy despacio, fueron tres giros en total. A cada volteo que daba los goznes se movían, parecía que aquel pequeño sonido inundase todo el espacio en el cual nos encontrábamos. Di una segunda vuelta seguida de una

tercera, sin pensarlo más quité la llave de la cerradura. En ese momento me volví a fijar en esa llave y como todo lo que en este lugar se encuentra esta también era bastante horrenda. La empuñadura ahora parecía que apretaba ese corazón causando más dolor, ese corazón encerrado pertenecía al esqueleto que formaba el resto de la llave, no había percibido que cada hoja o cada parte que penetraba dentro del torso de la llave daba a esta formas diferentes, la que había formado ahora era ese esqueleto bastante deformado.

Fuese como fuese me sería de gran ayuda así que la guardé. Yo, estúpido de mí, como a veces me ocurre, con más frecuencia de la que debería, no pienso en mis actos antes de llevarlos a cabo. Le pegué una fuerte patada a la puerta para que esta se abriese de golpe. ¡Estúpido, qué dolor en la pierna!, menos mal que la lesión no fue mayor que el morado que este contratiempo me aportaría. ¿A quién se le pude ocurrir abrir de una patada una puerta de tales dimensiones? Así que todos pegamos el hombro a la puerta y logamos abrirla por fin.

Teníamos con nosotros un pensamiento, ser más rápido que lo que nos estuviese esperando y así tratar de que estos estuviesen desprevenidos. Todos ya preparados para la batalla, como siempre en este lugar nos aguardan una sorpresa. Esta era otra que nadie esperaba al otro lado. Bueno, esto fue lo que a primera vista nos pareció; pero una vez examinamos la zona con mucho más detenimiento pudimos comprobar cómo allí mucho más adelante dos figuras se encontraban.

Una estaba a un lado del pasillo y la otra al lado contrario.

Las dos estaban sentadas en el suelo y con la espalda apoyada en la pared. Fuimos avanzando sigilosamente hacia ellas hasta que a unos metros me paré para poder observar mejor a quien debíamos de enfrentarnos. Verifiqué que al de la izquierda no lo conocía; pero el que se hallaba sentado a la derecha era Lut. Mi sorpresa era del todo mayúscula, sin más miré el rostro de mis hermanos uno por uno, al llegar a contemplar la faz del monje, este poseía una expresión que me llamó la atención, en un principio pensé: «Ha reconocido a Lut», pero cuando reparé más pausadamente contemplé hacia

dónde miraban sus ojos, ahí me di cuenta de que no era a Lut a quien estaba contemplando; más bien toda su atención se entregaba a la otra figura.

Sin más él se levantó raudo y nos adelantó, pues lo que pretendía era llegar al lugar en el cual estas dos almas condenadas se hallaban. En ese momento Legna reaccionó alzando su brazo y con un rápido movimiento por el hombro asió al monje con firmeza y le dijo:

-—Estate quieto; pues no creo que estos dos incautos estén hay descansando, esto sería demasiado fácil, y aquí nada lo es.

El monje desesperado miró a Legna y como queriendo pedir clemencia dijo:

—Ese que ahí está mi maestro, no sé qué hace aquí; pero mucho tiempo atrás desapareció de mi vida, es mi obligación el prestarle mi ayuda. Por esto debes dar por supuesto que ahí no lo puedo dejar.

Legna miró con clemencia a ese ser que agarraba con firmeza.

—Ay mi querido hermano, ya deberías de saber que en este lugar nada es lo que parece, y menos aun hallándose la meta cada vez más cercana.

Miré la escena y decidí calmar los ánimos.

—Pensad un momento, no es posible que después de lo que hemos armado Lut se encuentre aquí solo, diciendo «ven a salvarme que puedes hacerlo». Monje, respóndeme a una cuestión, has dicho que hace mucho que tú maestro desapareció de tú vida, ¿dónde se encuentra tu maestro? Sé sincero.

El monje casi desvalido por la realidad de lo que debía responder, tardó un instante en recuperar la cordura de una realidad casi imperceptible.

—Él se halla enterrado en el monasterio en el interior de la tierra consagrada, en una de las criptas más profundas y veneradas por todos los que allí vivimos.

En ese momento debía seguir preguntando para que él percibiese la realidad.

—Contéstame ahora a la siguiente cuestión, ¿él ha sido una per-

sona odiosa, ha matado o ha hecho cualquier cosa que hasta aquí lo arrastrase?

El monje arrugó su frente y con una mirada casi de odio y como si una gran ofensa le hubiese arrojado, al momento contestó:

—¿Cómo te atreves?, si lo hubiesen conocido... A lo que preguntas te respondo con un rotundo no, él nunca hizo nada semejante. Más bien todo lo contrario, mi maestro siempre ha sido una humilde persona, la cual constantemente ha ayudado a todo aquel que de su asistencia ha necesitado.

Lo miré y con una sonrisa le exhorté lo siguiente:

—Entonces contéstame, ¿cómo es posible que él se hallase en un lugar como este? ¿Comprendes ahora?

En este lugar no hay momento para el despiste. Esto lo digo porque con la explicación y la conversación habíamos bajado la guardia un instante.

No nos apercibimos de que ese ser al que el monje confundió con su maestro se había acercado mucho, casi demasiado, pues sus movimientos eran tan veloces que cuando nos quisimos dar cuenta de lo que ocurría, con una vertiginosa maniobra cogió al monje de un brazo, doblándoselo hacia la espalda quedando este así inmovilizado. El otro ser que allí se hallaba y que era igual a Lut, lo mismo intentó conmigo. Pero después de lo que percibimos que ocurría con el monje, Lobo, mi hermano al que tanto le debo, el cual como buen cazador ya se hallaba al acecho, sin pensarlo un instante saltó con toda su fortaleza, proporcionándome con su pecho un fuerte golpe, el cual me desplazó del lugar en el que ese ser se proponía aferrarme, quedando así fuera de su alcance. Lobo lo encaró y en el preciso instante en el que se disponía a pedir la luz, algo irreal pasó delante de nuestros ojos, a mí me parecía casi incierto lo que estaba a vislumbrar.

Aquellas dos figuras se transformaron en una especie de polvo gris oscuro, la efigie que había cogido al monje no lo soltaba, como un gran lazo de ese polvo oscuro lo rodeaba en esa especie de postura dolorosa. El monje chillaba por el sufrimiento que esto le producía. Era un momento tan horriblemente extraño, me parecía absurdo lo que estaba

contemplando. Ambas nubes de polvo se comenzaron a desplazar por el pasillo, era extraño, un momento el monje se hallaba allá en lo alto casi rozando la techumbre, y un instante después casi raspando el suelo, todo él cercado por una densa nube de polvo oscuro.

En ese momento lo que pasaba me llevó a rememorar mi tiempo en aquel desierto en una tarde de ventisca, lo mal que lo pasaba golpeado y herido por esos granos de arena oscura, cómo podía sentir el impacto contra mi cuerpo, y el dolor que me producía cuando arrancaban partes de mi piel.

Pero me sacó de ese horrible recuerdo lo que un segundo después comenzó a suceder. En este ente polvoriento comenzó una nueva mutación, ya que una unión completa se produjo, pasando así estos granos de polvo que se hallaban desperdigados como si careciesen de un conjunto tupido a tener una masa compacta. Poco a poco la unión de estos entes comenzaron a formar una nueva forma.

¿Pero que más nos podía ocurrir?, ya que este era un ente monstruoso. Este poseía una altura descomunal, nada de sus formas puedo narrar aquí ya que toda esta esencia parecía estar envuelta en una túnica bruna que totalmente lo cubría.

Nuestro hermano el monje comenzó a chillar sobrecogedoramente, esto es lo que este ser quería, pues de esta manera su sufrimiento poco a poco lo iría convirtiéndolo en uno de ellos. No podía creerlo, pero en nuestro hermano ya se podía percibir aquello que exhalaba, esto no era otra cosa que tan solo sentimientos negativos. La realidad que en ese lugar reina decía que cuanta más energía de este tipo exhales y más intensamente los sientas, más ahogado el mal en tu interior se advertiría.

Si esta situación se prolongaba un poco más nuestro hermano quedaría perdido en lo profundo de este sentimiento, de esta seducción del dolor, pasando ese umbral ya no tendría marcha atrás. Yo sin saber bien por qué comencé a chillar.

—Busca en lo profundo de tu ser el amor, cuando enérgicamente lo tengas acumulado exhálalo hacia el exterior como si te quisieras deshacer de todo él, como si ese sentimiento te llenase

más de lo que pudieses aguantar, suéltalo como cuando un globo se deshincha.

En ese preciso instante le eché una mirada furtiva al Legna como buscando una solución.

En ese instante Legna y sin que ese ser se percatara, con gran rapidez de movimientos, trazó un circulo en el suelo. Su plan radicaba en que todos los que allí nos encontrábamos nos introdujésemos en ese círculo cuanto antes.

Lobo y Oyam enseguida supieron lo que debían de hacer, un instante después de penetrar en el círculo cada uno adquirió una posición para poder responder con su luz.

Legna me miró con firmeza, al momento me hizo una seña con la cabeza para que yo también me internase en esa especie de círculo mágico de defensa. Penetré y un segundo después Legna lo hizo también, el círculo tomó trazas de cualquier cosa menos de círculo, incluso podía ver un cuadrado dentro del circulo. Ya cuando todos nos hallábamos en posición Legna me dijo:

—Introdúcete en medio del círculo, no lo pienses y apunta al techo con esa vara tuya.

Yo sin dudar un instante así lo hice, pasando el cuadrado a convertirse en un triángulo con un punto en medio que era yo, de ese punto en medio surgió el fogonazo de luz. Ese ente se quedó más bien sorprendido por lo que debajo de su entidad estaba a suceder. Aprovechando que este se hallaba desconcertado Legna y el resto de mis hermanos se dispusieron de dar la luz a diferentes partes de aquel ser. Fue un espectáculo sorprendente ya que al momento una potente luz de diferentes colores se podía ver salir de esa especie de triangulo. Sin esperarlo Legna comenzó a emitir un sonido rítmico y el cual envolvía todo el lugar, este era casi hipnótico, lo que se escuchaba era más o menos así: *Om Kriya Babaji Namah Om*.

Entre este maravilloso sonido y el impacto de luz que ese ser recibió, todo el conjunto fue brutal. Era casi imposible que pudiese escapar ya que mi luz se hallaba esparcida por todo el techo. Las de mis hermanos impactaban por todos los ángulos que ese ser formaba y ese

sonido retumbaba por todo aquel lugar. Esta entelequia fue herida de gravedad, ya que soltó un tremendo alarido, este fue largo, fuerte y estremecedor. Pero lo que sí es seguro es que lo que ocurrió un instante después nadie se lo esperaba, o por lo menos yo he de decir que no.

Él se descompuso de nuevo y comenzó adoptar una nueva forma, ahora era una fina línea de granos oscuros, la cual tenía unas dimensiones bastante impresionantes. Esta especie de gusano llevaba cogido a nuestro hermano como si cien pequeños brazos lo estuviesen aprisionando.

Yo le volví a chillar mucho más desesperado ahora.

—Piensa en tu bondad, en todas las buenas acciones que has hecho en tu vida, recuerda a todos los seres que por tus labores te estarán por siempre agradecidos. Por favor piensa en tu maestro, lo espantosamente que él podría sentirse si llegases a caer en la oscuridad.

En ese instante me hallaba en total desesperación pues podía ver cómo el color de nuestro hermano se esfumaba por segundos, nada podía hacer por ayudarlo, nada más que lo que estábamos ya efectuando. Un instante después ese silencio llegó, el sonido de miles de lamentos lo envolvía todo de nuevo, el sonido hipnótico que Legna había realizado enmudeció.

Legna se colocó delante de mí, de lo cual me percaté cuando casi mi ángulo se hallaba cubierto del todo, abrió esas alas blancas como el telón se cierra tras una hermosa obra. Él veía lo que detrás estaba ocurriendo. Sin decir nada me miró y seguidamente me dio un abrazo cargado del más puro amor. Yo no pude hacer otra cosa que bajar mi arma y echarme a llorar, este gesto me decía que la batalla se había perdido. Él levantó mi cabeza y dijo:

—No, ahora no es el momento, no se puede sentir tristeza ni odio, es un lujo fuera de nuestro alcance. Como ya sabes este es su mundo, es el lugar en el que todo mal sentimiento es creado, de aquí fluye hacia donde deba llegar para hacer que el mal pueda desligarse de todo bien. Así consiguen que el hombre sea cada día más egocentrista, acabando con el reino del equilibrio y la paz. Bien sabes que en ese mundo del que tú bienes, el mal crece a pasos agigantados. Bien conoces la realidad

que es utilizada en tu mundo, en ellos toda publicidad les habla de seres demoniacos, pero t bien conoces que el mal no se concibe en eses entes diabólicos o en seres que los obliguen hacer el mal. Éste se esconde en la posesión el poder y el desechar todo aquello que nos hace ser más consecuentes de aquello que somos realmente.

»¿Sabes?, todo ese mal repercute aquí, es por ello que las entidades que de esa energía negativa se alimentan, cada vez son más y más fuertes, de esa manera a ellos nunca les faltará el alimento. Pues lo que no recogen de vuestro mundo, lo traen a éste directamente a través de esas pobres almas, la cuales les proporcionan todas las vibraciones negativas que les son necesarias.

Lo vi más entristecido.

—Mi querido hermano, aquí estoy, he sido yo el culpable de darles en este momento esa energía, ya que todo lo que ocurre es imprudencia mía, pues yo he traído el problema.

Legna con su luz y su equilibrio me acogió diciendo.

—¿Te das cuenta de que no estás siendo justo contigo?, sabes firmemente que ese asunto antes de bajar a aquí ya quedó zanjado. ¿O no es así?

—Por supuesto que es así. No se puede dudar nunca, y menos buscar un culpable cuando todos elegimos libremente el venir.

Exclamó Lobo antes de que ninguno pudiese o tuviese la más pequeña oportunidad ni tan siquiera de querer decir nada.

Él al momento se dirigió a donde yo me encontraba, ya a mi altura me dio un húmedo pero muy cariñoso lametazo. Seguidamente me dijo:

—La culpa no es tuya ni de ninguno de los que aquí estamos, el error es tan solo de él, pues su engaño era continuo, él realmente se creía más que los que somos sus hermanos. Él trataba de hacernos sentir que él era el más aventajado, el más preparado y que nosotros a su lado no somos nada.

En cuanto Lobo terminó sus palabras, como si de una explosión se tratasen, este ente de polvo negro desapareció llevándose por fin al monje. Todos teníamos ya la firme convicción de que esto

pasaría, pero cuando se presenta el momento… ¡qué duro es tenerlo que soportar!

Ahora que las hostilidades habían cesado solo un pensamiento me rondaba: «Lo hemos perdido».

Tan solo me quedaba seguir caminando, seguir adelante, demostrar que una batalla perdida no es un final. Sin más y con la cabeza gacha comencé a dar mis primeros pasos, daba pie a seguir el camino que este lugar nos tenía oculto, velado a los ojos de quien es un buscador. En mi espalda cargaba con el gran peso de Gordi y ahora con la desaparición del monje, esto es lo que en mi saco interno atesoraba. No sabía hacia dónde dirigir mis pasos, y en este instante carecía de importancia para mí, tan solo una cosa comprendía:

Para salir de este dolor, debía de ponerme a caminar, pues es en el camino y en el movimiento que producimos donde los más duros pesos se convierten en livianos, cuando solo uno debe mantenerse alerta de aquello que puede acecharnos a la siguiente curva de la calzada. Sin más esto es lo que decidí y así dispuse de hacerlo.

Inmediatamente mi hermano Lobo se acomodó delante, Oyam a la izquierda y Legna a la derecha, ahora éramos cuatro, tan solo nosotros formábamos la compañía.

Éste lugar por el cual nos desplazábamos era con mucho el más tétrico que hasta el momento habíamos tenido que transitar. En él una especie de densa niebla, o si se quiere llamar vapor, un vapor se hallaba cargado del hedor de la muerte y la descomposición. Esta niebla se te colaba en la nariz y casi te llevaba a tener unas continuas ganas de vomitar. Daba la impresión de que el vapor parecía tener vida propia, ya que a cada paso nos envolvía con más densidad, su espesura parecía poderse cortar con una daga.

Después de un buen trecho caminado, la temperatura comenzó a subir, el sudor caía con la misma fuerza que las lágrimas anteriormente lo habían hecho. La temperatura seguía ascendiendo sin parar, esto ya era casi insoportable. Nuestro lamentable estado no nos dejaba decir palabra, yo miraba a mis hermanos y estos ni tan siquiera tenían la suficiente fuerza como para devolverme la mirada.

No pudimos percibir cuándo los cambios en esta gruta por la cual el sufrimiento nos ayudaba avanzar comenzaron. Pero sí sé que ahora el techo ya no se podía contemplar, pero al igual que el techo ascendía, las paredes comenzaban a estrecharse peligrosamente. Más adelante tan solo en una columna de a uno podíamos desplazarnos por la galería por la cual transitábamos. Si este trayecto antes era perjudicial ahora se había convertido una forma de total angustia, ya que su angostura y ese penetrante sofoco producido por la irradiación de algo que todavía no habíamos tenido el horrible placer de contemplar, llevaba a que el sudor y la secreción de todo líquido de nuestros pobres cuerpos fuese excesiva. Creo que si en este instante quisiese derramar una lágrima sería del todo imposible. Por otro lado también estaban esas paredes, las cuales parecían pedir: «apóyate en mí y descansa», sabiendo como lo intuíamos que quizás eso fuese lo último que pudieses llegar a efectuar en este lugar. Todo aquí es malicioso, todo aquí es una mortal mentira, y también con nosotros se instaló la incertidumbre; pues en las techumbres no se podía ver qué era lo que ahí arriba se hallaba, cualquier cosa que en esas cúpulas se hubiese instalado sobre nosotros se podría desplomar.

Había veces que ese vapor o niebla, como buenamente lo queráis llamar, se levantaba ligeramente y se podía atisbar lo que unos metros por delante nos esperaba, pero ello daba igual, ya que nada cambiaba realmente en este lugar por el cual nos hallábamos caminando. Seguíamos nuestra monótona marcha, al cabo de un tiempo el cual en realidad no es posible definir si era cuantioso o exiguo, el camino se transformó de nuevo.

La pared de la derecha había desaparecido, quedando así un estrecho camino, el cual parecía hallarse colgando del murallón de la izquierda. Pude cerciorarme de que este camino parecía haber sido hecho a base de ir comiendo a ese muro hasta que por él se pudiese transitar. Nuestra compañía ahora avanzaba en una hilera la cual se hallaba apegada a la muralla, pero sin tocarla.

Quiero describiros un poco mejor esta calzada. Debo afirmar que esta era una obra faraónica, pues incluso es difícil de imaginar, le habían tenido que ir devastando toda una parte a la montaña de un metro y

medio más o menos. Esto era lo que medía esa senda y que como único camino seguíamos. Esta era la hendidura que a la pared le habían dejado, era como un bache en una lisa pared. Resultaba del todo alucinante el trabajo que se habían podido llevar tan solo para hacer un estrecho camino.

Después de seguir por ese acceso la niebla se despejó de pronto, llegados a este término su trabajo se había llevado a cabo, allí se disipaba como si la triste misión de confundir a quien por ella transita tan solo llegase hasta ese punto, cosa que todos agradecimos.

Debo de afirmar que a veces no sé si es mejor el saber lo que te espera por delante o más bien ignorarlo completamente, esto lo afirmo por una sola razón, ahora podíamos comprobar fielmente de donde procedía ese espantoso calor.

Todos miramos hacia abajo pues las oleadas de ese ahogo desde ahí nos llegaban. ¡Ingenuo de mí! Creía que al mirar allá abajo, podría observar como el final de este murallón se encontraría con el duro suelo. ¡Ay cándido! Nada se debe tratar de conjeturar en este lugar, pues la realidad siempre terminara por superarme.

Como bien decía allá en el fondo se podía ver un gran río, pero no era agua lo que el transportaba, ¡no, qué va! Eran llamas producidas por las rocas al fundirse lo que por ese río transitaba. Al igual que el agua era de una hermosura hipnótica, un colorido cromático de un rojo a un azul pasando por el morado y la gama más intensa de otros matices que os podáis imaginar. Ello en su unión era sublime, daba gracias realmente por contemplar aquel espectáculo, por tener ante mis ojos un verdadero río de fuego. Tengo la certera sensación de que en otras circunstancias lo hubiese disfrutado con más intensidad.

La realidad de este momento era que lo que observábamos, para nosotros esto significaba muy malas noticias. Las lenguas de fuego y el magma fundido te hacían pensar en lo problemático que ese lugar podía ser para cada uno de nosotros. Cualquiera podría hallar aquí el final de sus días, observando lo que allí esperaba al que con sus huesos fuese a parar en ese río. Al momento te hacías consciente del horrible dolor por el cual debías transitar antes de fenecer. La asfixiante

temperatura no era lo único que debíamos de tener en cuenta, en estos momentos nos hallábamos mucho más cercanos a el magma y de este río de fuego supuraban horribles gases. Habíamos dejado atrás la fétida niebla, sin casi avisar nos metimos de cabeza en el ambiente asfixiante que estos gases producían. Todo ello era un serio revés para la salud, esta flaqueaba ahora incluso más que antes. De seguir así era seguro que el mareo llegaría a producirse, la incógnita es ¿quién sería el primero en caer?

En ese instante Legna habló:

—Arrancaos un pedazo de vuestra ropa y ponéoslo delante de la boca y la nariz.

No había fuerzas para preguntar o para cualquier cosa que se le pudiese parecer. A Lobo, mi hermano, arrancando un pedazo más de tela, este más grande, se lo puse delante de su hocico, dejando las puntas lo suficientemente abundantes como para poderlas atar.

Poco a poco pudimos darnos cuenta de que respirábamos mejor, el cansancio comenzaba a desaparecer, no del todo pero sí el producido por la falta de aire.

En todos realmente parecía que las fuerzas retornaban, pero ¿qué decir de mí? La verdad que entre la temperatura que ascendía de ese río de fuego y el volcán que en mi interior se desató, estaban acabando conmigo completamente.

Legna se percató de lo que a mí me estaba sucediendo, sobreponiéndose a lo que en su interior ocurría y con todo el esfuerzo del mundo me dijo:

—¿Cómo se encuentra el liberador de los oprimidos, podremos seguir contando con el gran amigo de todos?

Como pude subí mi cabeza, t muy a desgana contesté a su pregunta.

—Buf, en general muy mal, si nos ponemos a nivel particular debo decir que mi brazo es un perpetuo e insufrible dolor, este se ha despertado hace un tiempo, pero cuanto más avanzamos más me duele.

Legna lo que realmente quería es sacarme de ese estado así que siguió preguntando.

—Dime, si es que puedes, ¿cómo se halla el resto de eso que te compone y se dice que eres en realidad?

Las preguntas casi me superaban y no dejaban realmente que pudiese seguir sintiendo la multitud de males que atravesaban incluso mis entrañas.

—Realmente ese es un dolor físico, por ello no es el peor que me come en mi interior. Creo que lo más perverso es tener este sentimiento horrible que me consume, que no me deja pensar, que no quiere escapar de lo más profundo de mí.

Ya que me sigo sintiendo el mayor de los culpables. Dos de mis hermanos se hallan ya perdidos, es por mí por quien extraviados y quizás bajo el estigma de un atroz sufrimiento, ellos puedan verse sometidos. Sé que no es mi culpa, sé que la elección es libre; pero no tendrían que pronunciarse si yo no hubiese comenzado este viaje.

Legna sonrió, bueno, era una mueca extraña pero sabía en mi interior que se trataba de una sonrisa.

—Sé que tu estado es pésimo, sé que esa forma de pensar lo hace todavía mucho más pesado; pero si es que puedes respóndeme, ¿a cuántos llevas ya liberados y a cuántos ya has ayudado a poder ser ellos mismos y salir a una libertad merecida?

Lo miré sabiendo perfectamente qué pretendía, de una u otra manera comenzaba a lograrlo.

—No lo sé, pues no me había parado a contabilizar algo así, mucho menos a pensar en ello, yo tan solo concibo lo que hacemos como un acto de redención, de paz y de libre elección. Cosa que con anterioridad estos incautos no han tenido. Lo veo realmente como mi obligación, siendo así nunca lo podré contemplar como un premio, el cual debe de ser contabilizado como si ellos tan solo fuesen un número al que se le debe poner un rostro.

El ahora me miró con ojos muy tiernos.

—Creo que va siendo hora de que cambies un poquito tu forma de pensar, lo que has dicho ensalza tu ser y me deja entrever la gran humildad de la que estás dotado. Pero piensa un poquito en lo que tú y tus hermanos lleváis realizado. Yo, como los otros, he estado en esa parte de

la cual ni quiero nada recordar, de no estar vosotros aquí seguiríamos padeciendo todo ese horrible sufrimiento. La verdad es que gracias a ti y a tus hermanos ese padecer ha terminado, es por ello que tendremos que estaros eternamente agradecidos. Tú no sabes lo que es saborear la libertad después de tantos años de eterno sufrimiento.

Esto realmente me llenó y le dije:

—Mis hermanos al igual que yo, creemos que ese era nuestro deber. Lo cual no cubre el dolor de perder aquellos seres que han dado su existencia, su bondad y entereza por mí. Esto ha hecho que de una u otra manera las alianzas entre nuestros corazones se hayan fortificado y que nuestro cariño y unión no tengan medida. Así sin más, sin esperarlo, sin tener que verlos partir, sin tan siquiera poder hacer nada por ellos. Esto es algo que no puedo de momento superar.

Observé en este instante el duro momento que atravesaban mis queridos hermanos. Al tiempo que bajaba la cabeza pude entrever la pena que en ellos también pesaba. Oyam tomó la palabra.

—Estás siendo muy egoísta, mi querido hermano, recuerda que ellos compartían con nosotros muchas andanzas, muchas historias de las que tú ni siquiera nada sabes, no lo digo por el monje. Pero lo que toca a Gordi, desde que tú te has ido, los dos entablamos una gran amistad, una hermandad que creí insuperable.

Ambos corrimos infinidad de diferentes aventuras, cada uno a su tiempo aprendimos la dureza que la vida representa cuando solo queda esa mano tendida para salir del peligro que acuciante a punto estuvo de devorar mis entrañas. Los dos fuimos casi uno.

¿Y tú dices que eres culpable? Debes saber que antes de que a ti se te diese a conocer que aquí vendrías, los dos ya lo habíamos decidido, nuestra decisión no era otra que seguir tus pasos. Y no me verás tan abrasado por la pena, esa esencia hosca está a punto de comer tu energía y tu alma.

En ese momento Oyam se acercó a mí y me dio un buen golpe con su mano abierta, este dejó roja mi mejilla.

Lobo y Legna, ambos, se quedaron parados casi sin poder reaccionar, a lo que Oyam habló de nuevo:

—Piensa en aquel tiempo que ya fue, cuando yo era una simple cabra, y si en estos momentos lo fuese, de mis cuernos da por seguro que no podrías huir, y ya los has probado.

Legan se quedó quieto pues no sabía qué es lo que Oyam quería decir. Lobo se acercó y lamió mi mejilla colorada, sin esperarlo me dijo:

—Por favor, vuelve en ti, deja que la alegría que en tu interior está eternamente instalada haga que todos sintamos el calor del hogar cercano en cada momento. Debes darte cuenta de que cada vez que exhalas tristeza, a nosotros llega y a ti más te hunde. A nosotros nos alcanza pues está enraizada en tus palabras y en tus gestos. Quiero que pienses de una vez por todas que no has sido tú el que los ha perdido, más bien ellos han sido los que se han extraviado, sus actos los han arrancado sus recuerdos, pensamientos y acciones, los cuales no soy yo quien debe explicarlo. Creo que algún día recibirás la ilustración de por qué ha ocurrido. Tú eres totalmente inocente de cuanto ha pasado, pues tú no podías saber que ellos guardaban en su interior un resquicio de un mal sentimiento, el mismo que ha servido para que se los hayan llevado. No quiero perderte; pero si dejas que ese sentimiento de culpa siga creciendo, al igual que a ellos les ha ocurrido, tú nos dejarás y con ello esta misión llegará a su final.

Lo observé y me abracé a él; pero mi pesar seguía intacto, sin más decidí hablar a mis hermanos.

—Creo que lo mejor es que dejemos aquí por ahora este tema. Legna, hazme el favor de contestarme a una cuestión, ¿qué tipo de seres eran eses?

—Son… realmente no sé cómo expresarlo pero creo que a esta especie debemos mantenerla siempre en nuestra memoria, y no perder el recuerdo de cómo hemos conseguido reducirlo, aunque como habéis comprobado no la hemos liberado. Estos son una especie de guardianes del cortesano umbroso, a los cuales solo liberan en contadas ocasiones. Es por ello que debemos llevar mucha cautela, ya que el rey de todo oscurantismo nos está mandando a sus mejores vasallos. Ésta ejecutando una partida de ajedrez y nosotros somos peones que no podemos ver el juego.

Oyam calmado por esta nueva calamidad preguntó:

—Legna, respóndeme ¿cómo podemos destruir a eses seres?, si es que podremos hacerlo.

—Eso que dices es muy complicado y aun más si en tu ser interior está esa idea, digamos, sobreponiéndose al resto; debes cambiarla. Aquí no hemos venido a destruir a nadie. ¿No es cierto?

En ese instante Oyam sonrojado bajó su cabeza y Legna siguió con su exposición.

En realidad darles la libertad es sumamente difícil, a estos seres lo único que les puede digamos liberar es hacer las cosas al revés. Quiero decir que si tú quieres hacerles daño, debes desear hacerles bien, si quieres liberarlos la única manera de hacerlo es no queriéndolo. Creo que me entiendes, mira, en el momento en el cual tú querías darle la luz para que de esta manera fuese liberado, lo que en realidad estás haciendo es darle más fuerza, pues el sentimiento con el que estabas exponiéndolo este ser lo trasmutaba en un sentir negativo. De esto es capaz pues realmente busca en el interior de cada uno un resquicio de ese sentir oscuro, el cual en el corazón tenemos arraigado haciendo que exhale al exterior y potenciándolo con vuestras armas.

—Entiendo, pero si pretendes luchar debes…

Y antes de que yo pudiese terminar mi frase, de arriba comenzaron a caer una especie de piedras, aunque yo no podría afirmar que de pedruscos se tratasen; pues estas de sólidas nada tenían, eran muy parecidas a la que con anterioridad mi mano había atrapado. Sin decir palabra nos pegamos a la pared todo cuanto pudimos, claro está, sin llegar a tocarla. Este es un lugar en el cual todo se cristianiza en una amenaza, diría que hasta la tenue oscuridad era una intimidación invariable dentro y fuera de cada uno de nosotros. Daba la impresión de que en este lugar todo había sido creado con el fin de servir a ese soberano tenebroso.

Lobo exclamó:

—Por favor, que alguien me diga ¿qué es lo que vamos hacer ahora? Púes no podemos quedarnos aquí parados, en uno u otro momento una de esas cosas que tiran nos pueden alcanzar.

Legna al igual que Oyam o yo nos quedamos pensando, lo malo es que a nadie se le ocurría cómo salir de esta encrucijada.

En ese momento me fijé en cómo el rostro de Legna se hallaba más marcado, sus arrugas, las cuales antes pasaban desapercibidas, ahora eran claras como pliegues de papel. El tremendo esfuerzo por encontrar un plan que nos sacase de ese mal momento se veía en su rostro reflejado.

En ese instante para meter más presión dije casi sin darme cuenta.

—Debemos de darnos prisa pues esta tremenda situación casi nos supera, creo que este es uno de los momentos más agobiantes que llevo vivido.

Sin más Lobo olfateó el aire, y así pudimos cerciorarnos de que allá en donde nos parecía que este gran muro terminaba, unos seres de los cuales nada podríamos decir puesto que nos era del todo imposible verlos, tiraban esas especies de rocas envenenadas.

Sabíamos que si nos golpeaban con alguna de ellas abajo el rápido río de lava se hallaba a la espera. Es seguro que si a este nuestros cuerpos se precipitasen antes de haberla tocado estaríamos ya en esa parte oscura dando alimento alguno de esos inmundos entes.

De pronto y sin que nadie lo esperase habló Legna.

—Ya lo tengo, debéis de apuntar todos hacia arriba con vuestra luz, pues el simple haz de luz les hará retroceder.

Lo miré y sabía que esto no era todo.

—Dinos, mientras nosotros vamos a hacer eso ¿qué es lo que pretendes hacer tú?

Al momento Lobo observó con atención el rostro de Legna, ya que ambos habían entablado una buena amistad.

—Lo que yo trataré de hacer es lo siguiente. —En ese instante como pudimos todos nos acercamos a él—. Bien, en cuanto la cortina de luz que forméis con vuestras armas haga efecto, saltaré hacia afuera al vacio, en ese instante desplegaré mis alas, en un raudo ascenso con mi lanza les daré la luz a esos pobres desdichados, nunca mejor dicho.

En ese momento yo alarmado completamente, entorpecí las palabras que él trataba de seguir exponiendo con mi voz de alarma.

—¡Pero no puedes hacerlo! Todos sabemos que si sales de el camino, la temperatura será tal que en muy poco tiempo serás tan solo un hermoso ser en combustión, ese horrible calor que todo lo abrasa no podrás resistirlo. Recapacítalo pues de verdad es una locura.

»Piensa que aquí esta temperatura la vamos eludiendo gracias a la protección que el camino nos ofrece, en cuanto sacas un poco cualquiera de tus miembros al exterior lejos del amparo de esta especie de roca, ese miembro acabara abrasado por los fortísimos fogonazos que el río emite.

»Por todos es bien sabido que el aire caliente siempre es ascendente, si a ahí saltas nada podrá salvaguardarte, tan solo un vació de horrible calor extremo es lo que debajo de tus alas se encontrará. Tu tiempo será tan extremadamente corto que en pocos segundos quedarás completamente abrasado. Tú eres mi amigo, mi hermano, y de todo corazón debo pedirte que no lo hagas. Es del todo seguro que encontraremos otra solución.

Legna miró a todos, uno por uno, y dijo:

—Realmente ya he pensado en todo cuanto podía pensar, mi mente no me dice nada más, y creedme cuando os digo, que la he forzado al máximo.

»Esto realmente me conmueve pues veo que somos algo más que unos simples conocidos. Pero debéis de estar conmigo en este trance, ya que si mi mente me muestra tan claro este pensamiento, es porque así debe realizarse. Esta es mi firme convicción, pero yo solo pregunto ¿alguien tiene un plan mejor?

Yo bajé la cabeza pero no de vergüenza en realidad, por mi mente pasaba el recuerdo de mis dos hermanos caídos. Estaba muy claro que no quería perder a otro de los nuestros.

Pero pensándolo bien él tenía toda la razón, así que sin decir una palabra más, subí mi vara y mande un fortísimo fogonazo hacia arriba, en ese mismo momento escuché en un primer plano el estremecedor aullido de mi hermano el lobo seguido por el fogonazo de esa azulada luz. Con sus lágrimas cayendo Oyam unió su luz a la mía y al momento la compañía estaba compartiendo un momento de intensa tristeza, las

lágrimas corrían por las mejillas de cada uno de los que allí estábamos.

Nuestro nuevo hermano nos miró y a él también las lágrimas le rodaban por su mejilla, nadie se despidió, pero todos sabíamos que realmente esto era una despedida.

Como lo había profetizado, esa especie de piedras dejaron de caer, eses seres ocultaron su figura hacia el interior de aquella enorme pared.

En todos quedó la estremecedora sensación de aquello que habíamos perdido, pues todos teníamos la firme certeza de que nuestro hermano caería en este lugar.

Aprovechando el momento sin apartar un segundo la vista de el lugar que ocupábamos, Legna se impulsó hacia atrás dejando delante ese camino por el que hasta el momento habíamos transitado.

Resultaba del todo chocante el observar una belleza tan pura en un lugar tan nauseabundo. Ni en los sueños más retorcidos algo así podría llegar a contemplar. Enarboló un enérgico movimiento con sus alas, era casi imposible pero el resultado de este movimiento fue que una brisa, la cual traía el olor a la vida y el calor del verano. Llegando a nuestras enjutas personas, esta nos dio un atisbo de nueva esperanza.

Este esforzado movimiento lo impulsó tan rápido que de estar ahí delante, un instante después desapareció de nuestro ángulo de visión. Esto lo produjo con tan solo una sacudida, subía sin impedimento alguno y sin parar un segundo.

En ese momento yo le eché todo el coraje del que disponía, bajé mi bastón y al momento su luz desapareció. Sin pensarlo demasiado decidí acercarme al bordillo todo lo que pude para poder echar un vistazo hacia arriba. Sin quererlo fui testigo de lo que en realidad no quería ni ver ni creer.

Según Legna ascendía sus hermosas alas comenzaban a inflamarse, él es un ser de la luz, no una entelequia del fuego. Era del todo sublime ver el coraje de este ser de luz, ya que daba la impresión de que su pasión por nuestra defensa estaba por encima de la combustión que amenazaba sus hermosas alas. Fue tremendamente agobiante el poder observar esa escena, según ascendía sus imponentes apéndices flameaban, era del todo desesperante ya que él no daba llegado al extremo de

la montaña, hasta que antes de quedarse sin una pluma sana alcanzó el lugar en el cual se hallaban esos pobres miserables, los cuales nos habían intentado golpear con esas especies de pedruscos. En ese momento muchos bramidos se pudieron escuchar, estos procedían de cada uno de aquellos entes que eran liberados. Por la tremenda ventana de luz que se abrió, puedo asegurar que el número fue mucho mayor de lo que yo me hubiese imaginado en un principio.

Sin esperarlo después de este estremecedor momento vivido se hizo el silencio, nada predecía lo que estaba a punto de suceder. La majestuosa figura de Legna flameaba casi en su totalidad, multitud de llamas devoraban desde su fantástico plumaje hasta su precioso pelo. Lo que antes era blanco o amarillo, ahora era una masa de colores oscuros, de contornos retorcidos y de grises tonalidades que el aporte del el humo le proporcionaba. Sus alas me recordaron en demasía al indefenso bosque, el cual en un injusto incendio debe resistir las tremendas temperaturas que lo atacan hasta llagar al final. Esto es lo que con las alas de Legna estaba a suceder, él había llegado a ese final, ya no aguanta más, todos sus miembros toda su carne todo ese maravillosos ser estaba calcinado, su próximo final se acercaba raudo. Demostró aguantar lo que nadie podría pero su momento había llegado y no podía soportar más.

Era espeluznante, imponente, contemplar cómo ese ser el cual estaba dotado de esas maravillosas virtudes, se encontraba en ese instante allá arriba como quien espera su final.

Sin esperarlo de repente produjo un movimiento convulsivo y toda actividad paró en ese cuerpo, siendo ahora un cuerpo muerto sin movimiento, el cual a plomo se precipita en una caída hacia su fin. Allí observando esa triste estampa me encontraba, lo más duro es que nada podía hacer para ayudarlo. En ese instante como un rayo llegó a mí un pensamiento que pudiese dar resultado: «Quizás con la luz podamos remediar su estado y así él pueda parar su caída».

Sin más dilación apunté con mi bastón en horizontal con la idea de que cuando Legna pasase por la luz, éste se pudiese restablecer al traspasar por el rallo de luz que de mi bastón salía. Sobre todo mi esperanza estaba en que él no cállese al río de fuego, no podría aguantarlo

realmente. En mi pensamiento rondaba también la imagen que si la luz no lo paraba tal vez sus alas se podrían curar y de esta manera él conseguiría agarrarse al bordillo de este tortuoso camino. Lobo y Oyam también hicieron lo mismo pues enseguida captaron la idea.

La caída era cada vez más vertiginosa. Cual muñeco de trapo, sus alas se movían sin control, giraba sin poderlo remediar. Era dantesco el poder observar el declive de este ser en un desplome totalmente descontrolado.

Sin poderlo evitar a mi mente un pensamiento llegaba, éste expresaba mi incredulidad pues no era posible que esto pudiese estar ocurriendo. Él cogía más y más velocidad, parecía que el tiempo trastornado por lo que ocurría se había parado, éste instante resultaba del todo interminable; pero todo llega, así que al final el momento que tanto esperábamos llegó.

Legna atravesó el haz de luz que con tanto esmero y esperanza le habíamos preparado. En ese instante en el cual la luz comenzaba a tocar su cuerpo, sin poder creer lo que observábamos Legna nos miro e incluso en aquel ser totalmente achicharrado pude observar una sonrisa. Un segundo después en el preciso intervalo en que la luz atravesaba, las llamas que lo abrasaban se extinguieron, esto fue para lo único que la luz sirvió pues él prosiguió su desplome en dirección a ese rio de muerte.

Ese es un momento en el que te quedas destrozado, todo trascurre a cámara lenta. Contemplé cómo mis hermanos con cara de espantosa sorpresa nada podían hacer y no querían ver su final, así que el dolor los precipitó hacia atrás cayendo en el camino con el rostro desencajado por el tormento, las lágrimas corriendo por cada arruga que en él se encontraba. La suciedad del hollín sumada al lloro daba todo un espectáculo de espeluznante final en sus rostros. En mí reinaba el silencio interior, el tiempo detenido, ese relámpago de desesperación y dolor que revienta todo mi ser dejándome sin aliento, sin ideas, sin nada, solo vacío en un momento que parece no tener fin.

El único pensamiento que a mí llegaba era «Legna no se merece una muerte tan espeluznante, ¿qué puede ser más horrible que quemarse vivo en el río del averno?»

Contemplando lo que delante se desarrollaba no pude hacer más que una cosa: culparme de nuevo. Él nos había liberado de un final seguro, Legna había llegado al más sublime de los finales, el sacrificio por los seres que quieres. Podría haber pensado algo diferente, pero nada llegó.

Era mi tremendo pesar, de él no podía deshacerme y él me deshacía por dentro. Era el momento de mayor dolor por el que la compañía había tenido que transitar, era un instante tan horrible, tan doloroso que nadie podía atreverse a observar lo que pasaría un segundo después. Este era el punto más álgido que mi interior y el de mis compañeros podía aguantar, de aquí quizás ninguno saldríamos equilibrados. Cuando toda esperanza estaba perdida, en el momento en el que tan solo esperábamos escuchar el impacto del cuerpo del nuestro querido Legna contra la superficie abrasadora de ese rio, de reojo pudimos ver fugazmente cómo dos figuras blancas rodeadas de un haz de luz bajaban a tal velocidad que tan solo pudimos presentirlas más que verlas.

Quería contemplar lo que estaba pasando ahí abajo, ¿qué era lo que esas figuras estaban haciendo realmente?, pero era imposible el asomarse y echar un vistazo, la temperatura en cuanto lo quise hacer quemó mis pestañas.

Realmente no hizo falta asomarse más al abismo candente pues al momento se presentó ante mí una estampa increíble, la podría catalogar como muy dura; pero a su vez también esta era la más hermosa. Según mi humilde opinión, no ha existido todavía un ser que la haya podido pintar o describir fielmente.

Esas dos figuras blancas eran dos selegnas, podría denominarlos así pues creo entender que en algún momento de mi existencia alguien me dijo que esta era la raza de Legna, no sé cuándo ni cómo; pero en este día que hoy esto escribo puedo aquí adelantároslo.

Ambos seres hallaban envuelta toda su hermosa figura en una luz, la cual podría decir que su tonalidad era dorada; pero según se movían los destellos de la más hermosa plata también se veía reflejada. Esta refulgencia daba la impresión de protegerlos del calor abrasador del río de lava. Ellos ascendían lentamente es por ello que sé

que tenían algún tipo de protección. Sino estarían abrasados al igual que lo estaba nuestro hermano. Estos maravillosos seres lo asían por los brazos, una mano en su axila y la otra en su omóplato, daba la impresión de no quererlo tocar mucho. Su cuerpo era un girón de piel quemada e incluso comenzaba a desprenderse, esas maravillosas alas me estremecían al contemplar su estado pues casi en su totalidad estaban carbonizadas. Tan solo la cánula de algunas de las plumas más grandes podía llegarse a observar. Así el color predominante era gris y negro, aunque la esperanza siempre habita en la desesperación más profunda. Pude atisbar en la parte superior de sus apéndices un blanco impoluto, el cual me dio fuerzas para pensar que quizás la vida estuviese en él todavía. Desvié la mirada para contemplar su desnudo y atlético cuerpo, este parecía encontrarse sin vida y sin probabilidades de que nada pudiese curar esas llagas, esas profundas y descarnadas laceraciones. Aparté la mirada un instante, la dirigí de repente a su parte superior con la esperanza de ver sus ojos, su sonrisa. Solo pude contemplar su desnuda cabeza, de ella un girón de pelo chamuscado todavía guardaba parte de su color. Esta de repente cayó hacia delante en un brusco movimiento, quedó colgando sin vida, ese girón de rubio cabello suspendido en el vacío, ello era lo único que de él parecía quedar.

Todo lo que de él podía observar me decía que había sido demasiado tarde, nuestro hermano ya no se hallaba allí.

Expectantes seguimos observando el dantesco panorama que delante de nuestros ojos se desarrollaba con la firme convicción de que en un instante él abriría uno de sus ojos, o más bien nos haría una mueca. Pero en realidad no quitábamos ojo para comprobar que nuestros más funestos pensamientos se hallaban acertados.

Sin que nadie tuviese el más mínimo atisbo de lo que estaba a punto de ocurrir, y pendientes de un tiempo que no trascurría, que no parecía tener prisa por precipitarse en el olvido, en el preciso instante en que nos hallábamos frente a frente con nuestro hermano, este levantó su cabeza un segundo. Con toda la energía que en él quedaba produjo este hercúleo esfuerzo, su piel se agrietó por ello y de sus pústulas

comenzó a brotar sangre casi coagulada. Sin saliva en su boca pudo pronunciar lo siguiente con una quebradiza voz:

—No os detengáis por nada, pues en vosotros radica la fuerza, y vosotros sois lo único que al reino le queda para proteger su existencia, sin vosotros no podrá existir un mañana.

Un segundo después su cabeza volvió a caer dejando que ese juguetón rizo tapara alguna de las costras quebradizas de su rostro. Sin más su velocidad aumentó y en un instante desaparecieron.

Nosotros extasiados tardamos un minuto en reaccionar pero raudo como el rayo gritó una voz en nuestra mente: está vivo.

Sin más comenzamos a abrazarnos y a llorar de alegría por la vida de nuestro hermano, el éxtasis fue total e inesperado. Después de esa euforia general nos quedamos como parados, pues todos nos dimos cuenta de que allí se podía oler algo diferente, nuevo y tan viejo como la vida. Allí sin poderlo casi creer, pues ese era un lugar lejos muy lejano de esa fragancia, lo que podíamos sentir era el más puro amor, aquel que siempre es noble, el cual nunca fue viciado por las diferentes artimañas del ego.

Nos hallábamos luminosos, y sin saber por qué nos encontrábamos también reposados. Daba la impresión en mi interior de que despertaba de un gran descanso. Pero no podía ocultar el desasosiego que hacía mella en nuestro interior, pues de una u otra manera habíamos perdido a uno de los nuestros, a un gran guerrero.

—Debemos de seguir aunque esta sea una compañía cada vez más reducida, recordad las últimas palabras de nuestro hermano.

Esto comentó Lobo cuando ya nos encontrábamos mucho más tranquilos.

—Recordad siempre que somos, hemos sido y seremos los mejores. Pues de lo contrario ni tan siquiera habríamos nacido.

Estas palabras no salieron de mi boca, ellas salieron directamente de mi alma. El ánimo se vería con esto reforzado, es seguro; aunque todos sabemos que esto es una realidad universal para quien quiere observarla.

Sin dilación así lo hicimos, debíamos aprovechar que en este mo-

mento nada de lo alto caía. Creo que en todos un fuerte presentimiento de necesidad por apresurar nuestros pasos florecía como una orden dada.

Así fue que no lo pensamos más y el movimiento de nuevo se produjo en nosotros. Después de llevar un buen trecho de camino andado, el techo de la cueva comenzó a descender demasiado rápido para mi gusto. Pasado un tiempo impreciso el techo comenzó a hacerse visible. Sabíamos que esto traería más inconvenientes a nuestro caminar, pues como recordaréis nada aquí se puede tocar, y si el techo de este deslucido lugar seguía descendiendo no sé qué podríamos hacer. Nadie decía nada, pero todos sentíamos la presión del peligro a cada paso dado. Las palabras pronunciadas por Legna comenzaron a girar en lo más recóndito de mi cabeza, hasta que llegó el momento en que estas en mi interior comenzaron a pesar como el plomo.

Sus palabras se convertían en una responsabilidad demasiado sobresaliente, como para que tan solo unos quebradizos seres las pudiésemos llevar a cabo.

Sabía que algo debía decir aunque solo fuese para sacarme de este estado de frustración moral en el que me estaba desenvolviendo. Así que simplemente quise hacer un aviso a mis compañeros.

—Por favor, debéis de mirar dónde ubicáis vuestras manos, no se os ocurra tocar nada. Todo aquí está perfeccionado en la más mezquina de las perversidades.

Todo allí tenía un ambiente de… ¿cómo decirlo?; vivo, parecía todo estar carente de una existencia digamos individual, pero todo se movía desde el pensamiento del único, de ese ser que en alguna parte de este mísero lugar se hallaba esperando. En ese inexistente tiempo que trascurría antes de que ese encuentro se produjese, se divertía jugando con nuestras vidas. Este pasivo lugar albergaba parte de esa energía negativa del señor de toda oscuridad. Esta había ido creciendo a lo largo de su existencia con tan solo un fin: llegar a cometer su más escabrosa crueldad.

Después de haber trascurrido un amplio tiempo, pues nuestras piernas se hallaban ya cansadas, el techo de esta sofocante gruta había

bajado tanto que ahora debíamos de caminar con nuestra espalda encorvada para no tocar el techo con nuestra cabeza. Era evidente que de no hacerlo rozaríamos, ya sabéis lo que después podría llegar a ocurrir. Para ponérnoslo mucho más difícil, de ese asqueroso techo por el cual no se podía ver vida alguna más que la que él propiamente parecía poseer, de vez en cuando una verdosa y espesa gelatina babosa caía salpicándolo todo a su alrededor en su precipitado desplome contra el suelo. Parecía que era algo inocuo, algo que no podría dañarnos; pero por otra parte su hedor nos avisaba de que ello era algo mortal de necesidad. Esta especie de moco se componía de alguna variedad de ácido corrosivo, ya que en cuanto golpeaba su espeso cuerpo contra el suelo soltaba una repugnante humareda de un color verde azulado y un olor a azufre.

¿Pero qué tipo de lugar es este en el cual tiene su existencia todo aquello que por propia decisión se creó para causar tan solo un mayúsculo tormento?

Mientras deliberaba abstraído en mis pensamientos, el suelo comenzó a inclinarse. Empezaba a tener cautela en cómo ponía mis pies; pues había que contemplar este fuerte desnivel como una prueba más a superar. En ese momento y queriendo ver en las cosas su lado positivo llegó un pensamiento a mi cabeza: lo único bueno de este camino es que el esfuerzo es mínimo, por otra parte el techo ascendía según el suelo hacía todo lo contrario. Aunque de él seguían cayendo esos colgajos de baba verdosa, la ascensión de la techumbre hacía más peligroso nuestro caminar; pues no podíamos saber de dónde o cuando podría caer el próximo colgajo mocoso. Conociendo lo nociva que era esa gelatina, esto nos hacia estar más alerta por si alguna de esas salpicaduras nos pudiese alcanzar.

Entre el fortísimo olor que estas desprendían, y el abrasivo calor que allí hacia, teníamos como resultado la más fuerte intoxicación mental que os podáis imaginar. La consciencia era casi inexistente, muchas veces estuvimos a punto de perderla, nuestros cuerpos se movían casi automáticamente. Pero en lo más profundo de de nuestro ser sabíamos que debíamos de seguir adelante, espoleados por las palabras de Legna, otra cosa no podíamos decidir.

Entre el padecimiento y la frustración dimos paso a un estado de automatismo casi total. Sin casi apercibirnos en un principio algo comenzó a llevar de nuevo la consciencia a nuestro ser, poco a poco nos sacó de ese pésimo estado, era un ruido, algo que en este largo camino no habíamos tenido a mayores del chapoteo mortal de la babosa pared. Nuestro interés sobre ese sonido era ahora máximo, debo decir que fuese lo que fuese le damos gracias, pues fue un alivio el poder salir del estado de automatismo. Pero como todo en este lugar, estaba claro que esto era un alivio tan solo antes de comprobar de dónde partían eses ruidos.

Lo que producía ese sonido era algo que, como con todo lo que aquí ocurre, resultaba casi imposible de recrear. Allá en lo alto permanecía sin poder saber quién era ni por qué emitía esos sonidos. En realidad debo decir que tampoco ambicionábamos conocer de quién o de qué se trataba. Bien, como digo, sin más, sin tener un porqué comenzaron a arrojar cuerpos inertes a aquel perezoso y llameante río de fuego. Carne es lo que a nosotros nos parecía. Teníamos consciencia de que aquí nada vivo se puede encontrar, esos cuerpos se carbonizaban a unos metros antes de llegar a contactar con ese río. Estos se inflamaban al igual que la paja en un incendio, un instante después tan solo la ceniza a ese río caía. El olor a carne pútrida y calcinada se unía a la gran variedad de horribles olores que nuestro ser estaba tolerando. Era este un olor totalmente inaguantable.

En ese momento Lobo, el cual tiene un olfato mucho más elevado que el nuestro, dijo:

—Pero ¿se puede saber qué es lo que pretenden hacer ahora? Pues si creen que así nos van a desmoralizar se equivocan.

En ese instante le hice a Lobo una seña para que se detuviese; pues ahí adelante pude ver que a un lado del camino una especie de rocas bastante grandes se hallaban. Mi pensamiento era adelantarme y así echar un vistazo.

¿Qué es lo que creéis que yo pude ver allí? ¿Os acordáis al principio de aquellos seres de piernas cortas y peludas que se hallaban en el bar?

Pues bien, ahí está lo que no quisiera describir ya que lo que detrás

de esa roca pude ver era como mínimo repulsivo. Esos entes se hallaban alimentándose. ¿Y de qué se estaban alimentando? Sencillo de imaginar, aunque complicado de asimilar, ellos se estaban nutriendo de entelequias humanas. Debo de hacer un inciso, ya que como sabéis no había cuerpo; solo era de esa energía que habían atrapado en este lugar. Estas entelequias habían sido seducidas por el mal, exponiendo en su interior tremendas alucinaciones establecidas con tal esmero que los incautos daban como totalmente reales. En ellos la bondad y cualquier energía positiva, cualquier semilla de luz había ya hace mucho desaparecido en su totalidad. Tan solo esas impresiones nefastas forjadas a fuego y dolor en ellos abundaban, a sus anchas mandaban como rayos oscuros sobre estas incautas entelequias. Era precisamente esto y no otra cosa por lo que ellos representaban un gran manjar.

Al contemplarlos de esta manera, dentro, muy dentro de mi mente, se comenzó a extender un pensamiento. Esta reflexión se internó en lo más recóndito de mi memoria y al momento llegó a mí la imagen que estaba buscando.

Rememoraba el momento antes de proceder la abrumadora subida de aquella montaña que como final tenía a ese hermoso castillo. Recuerdo cómo me oculté en su interior y desde allí pude observar a unos seres oscuros. Casi solo eran una sombra difusa, la cual obtenía fuerza según acometían su mortal ataque sobre aquellos seres desvalidos, los cuales tras esa envestida tan solo ese grito podían exhalar. Estas traidoras sombras las cuales a hurtadillas y en profundo silencio se acercaban sin ser vistas, para alimentarse se asimilaban a las peores enfermedades, esas que cuando te das cuenta que la tienes ya no hay remedio. Como todo aquello que podemos denominar nauseabundo llega a uno a traición, cuando abandonan su presa tan solo un gran agujero en sus cabezas delataba que esas formas sin forma habían estado ahí.

Con este mal recuerdo en mi mente di media vuelta y me dirigí al lugar en el que mis hermanos se hallaban esperando.

—Nada digas ya, mi bien querido; pues es tu rostro el que lo dice todo. No podemos marchar en otra dirección; por lo tanto debemos de

ir hacia allí, se esconda tras esa piedra lo que se oculte, da igual pues por ahí debemos pasar.

Esto Lobo exclamó con el rostro ensombrecido presa de mi dolor.

—Marchemos hacia ese lugar y sea lo que sea que hay nos espere trataremos de darles nuestra luz y así poderlos liberar de el mal que los atenaza; pues de otra manera no se pueden hacer las cosas, y no conocemos otra manera de hacerlas, ¿de acuerdo?

Oyam en un estado de exaltación eso fue lo que de él pudo salir.

Mirando a ambos a los ojos, y dejando atrás ese recuerdo, el cual nos martirizaba con su presencia, les dije:

—No debéis preocuparos demasiado por lo que allí nos está esperando, no va a ser muy complicados liberar a estos entes, son aquellos de piernas cortas y grandes espadas. Bueno, por lo menos son iguales a ellos o a mi me lo ha parecido.

Lobo un poco más contento exclamó:

—Pues entonces ¿a qué estamos esperando?

Sin más, salimos de lo que para nosotros era un refugio; pues otra cosa que nos cobijase allí no se podía hallar. Nada parecido a una roca o que tuviese solidez allí se podía topar. Pensad que este lugar en el cual nos refugiamos ni tan siquiera lo podíamos tocar.

Nos acercamos en silencio a uno de ellos, lo sorprendimos pues se hallaba del todo entretenido en plena succión de los sesos o de lo que asquerosamente fuese. Asía la cabeza de esa pobre entelequia, si de algo estaba seguro era de que esa era la energía de un pobre ser que nada había hecho. Eso no importaba, ya que entre sus garras lo tenía como un perro a su hueso aprisionado. Había caído desde muy joven, sin saber muy bien por qué a mí llegó la fuerte impresión de que este nauseabundo ente lo había estado sustentando con esa energía negativa hasta que nada más que eso en este pobre ser quedaba.

Mientras, el otro ya había acabado con toda la energía de ese otro incauto y estaba a punto de tirarlo por el precipicio, a ese río de lava alimentando así ese monstruoso engendro natural.

A mi cabeza llegó un extraño pensamiento, este sería el mejor mo-

mento para que un ser perdiese la vista. De esta manera nunca en mis pupilas grabado a fuego quedaría esto que ante mí se presenta.

Bueno, sigamos, el ente que había tirado al pobre incauto es el que primero nos vio, avisando con un alarido al otro que entretenido con su comida, por llamarlo de alguna manera, se encontraba. En ese instante ambos se miraron, no podían ocultar la sorpresiva situación en la que se encontraban, no daban reaccionado pues en realidad no sabían que es lo que debían hacer.

Contemplar a estas entelequias era bastante asqueroso: El primero tenía la cara manchada de de una especie de sangre, aunque su color era diferente, era denso, de matices diferentes según la luz le daba. Fuese lo que fuese él se relamía para que no se escapase la delicia que para él ello representaba. El otro… ¡Por favor, ¿debo describirlo?! Pedazos de los sesos de ese pobre ser discurrían por su mentón mezclados con sus babas y resbalaban descendentemente por sus carrillos. Esta especie de caldo, en el cual esa sangre se mezclaba con otros tipos de componentes, formaba de esta manera en su cara un auténtico cuadro, en el cual se podía llegar a exponer ese auténtico dolor representado por los restos arrancados en vida y mezclados en el lienzo carnal de su rostro con firme sutileza. Para aquel que lo viese y supiese qué era aquello sabría cómo fue arrancado, por no hablar del pobre ser que en sus garras sufrió el padecimiento de acabar sus días así.

Nosotros, por supuesto, no les íbamos a dar tiempo a que reaccionaran, sin más dilación tomamos nuestros ingenios de luz y le dije a Lobo:

—Tú no, tú espera a que esa negra proyección se vea, es entonces cuando debes de acometer a esa sombra con toda tu energía.

—Así sea y así se hará, por siempre juntos y hasta el final.

Esa fue la respuesta de mi hermano.

Sin más dilación empuñando nuestros artefactos de luz, apuntando yo a uno y Oyam a otro, nos mantuvimos fuertes en el deseo de dar la libertad y el más profundo amor a los entes que allí se encontraban. Así fue que recibieron la más pura de las luminarias.

Al momento ellos trataron de reaccionar como bien pudieron, sus

respuestas fueron diferentes. El que se hallaba sentado en pleno avituallamiento saltó echando mano a su espada. El otro estaba como si el miedo lo hubiese paralizado, de esta manera no daba soltado a ese ser del cual se había estado alimentando, el cual ya tan solo esperaba caer a ese río mortal. Con un raudo movimiento arrojó a esa pobre entelequia al precipicio del río. Calló dando un fuerte golpe tras otro hasta desaparecer en la cortina de abrasador calor que el río mortal producía. Como si este letal torrente lo agradeciese soltó una fuerte llamarada.

Rápidamente sacó su espada también y se puso en posición defensiva al lado de su compañero. Esto me hizo pensar «¿Quién es el protervo ser aquí? Ellos se hallan en su tierra efectuando algo que para ellos es lo más normal, yo llego les molesto, los invado con mi forma de comprensión y extermino aquello que ellos conciben como normal. Ellos tan solo hacen aquello que les han enseñado y es casi seguro que nada más conocen que eso. Por lo tanto ellos no están haciendo mal ninguno. Realmente nuestra raza es más perversa que estos incautos, yo conozco las dos partes, no quiero imaginar si un ser de otro planeta llegase y nos viese matar corderos, al igual que niños a sus ojos, y asarlos después, lo que para nosotros es lo más normal». Esto reflejaba en un segundo mi mente. Me sobrepuse y sabía que no había otro modo de conseguir lo que yo concebía como bien bajo el estigma de lo que considero como mi verdad. Sin pensar más exclamé:

—¡Ahora o nunca!

Pedí mi luz, sin fallo le acerté a uno de ellos plenamente en el corazón, si es que estos seres en esta transición de su existencia lo tienen.

Oyam también dispuso su luz al mismo espacio de cuerpo en el cual yo atiné. Era un espectáculo observar cómo mientras su cuerpo caía y se deshacía, una sombra oscura como la más negra de las noches ascendía hacia el techo. Pero para eso se hallaba maese Lobo, apuntó así sin dudarlo machacando a esas sombras que incautas trataban de escapar escurridizas sin ser observadas. Buscaban la forma de poder marchar de ese lugar. Primero a una y sin dilación a la segunda, de esta manera un momento después de eses dos repugnantes seres ya nada quedó.

Esta nueva batalla aseguraba que ese ente oscuro sabía dónde es-

tábamos, cada paso que dábamos en su mente perturbada quedaba grabado; pero lo único que realmente merecía la pena era que no podrían estos dos delatarnos, aunque como ya he dicho el señor de toda oscuridad estaría ya sobre aviso.

Orgullosos del trabajo bien hecho nos miramos sin decir palabra, sabía que esta pequeña escaramuza nos daba la esperanza y la fuerza de poder seguir adelante.

Como os podréis imaginar a estas alturas del relato, este lugar es un maloliente nido de maléficas sorpresas, esto lo puedo expresar por lo ocurrido después.

Seguimos por el pasillo, a unos metros de donde esa escaramuza se había producido, se sucedía una curva muy pronunciada, la cual no nos dejaba ver lo que nos esperaba más adelante. Así que con nuestras protecciones muy activas fuimos dejando atrás la curva, cuando llegamos al final nos encontramos una jaula.

En su interior de nuevo el horror se producía ante nuestros ojos, en ella una serie de estés seres seducidos por la mano del mal esperaban el turno para ser devorados.

Estos se descubrían en una situación deplorable, angustiosa a los ojos de cualquiera que los pudiese observar. A esos entes servidores de la ignominia, les daba igual cómo se hallasen estos, pues como ya os he dicho tan solo los querían como alimento. En un primer lugar los seducían hasta que su mala energía era todo lo que conservaban. Esta energía les hacía alucinar viviendo la mentira que para cada uno fuese agradable, era por eso que no parecían padecer en ese estado. En el momento en que los entes de rango más elevado absorbían la energía que precisaban, les dejaban los restos más físicos, como el cuerpo, a esos otros de menos condición. Nada más debo expresar pues ya sabéis lo que ocurría después.

Pobres, ni tan siquiera les daban ningún tipo de alimento, tan solo esa decadente energía. Su turbador aspecto casi hacía que torcieses la mirada para que así los ojos casi automáticamente para otro lado dirigiesen su atención. Era tan extrema su desnutrición que resultaba demasiado fácil poderles contar las costillas sin miedo a perder que te

dejases alguna. Su cara… ¡Ay su enjuto rostro! Este era una calavera, es seguro que tendría más carne cualquier esqueleto que en su tumba descansase, que la que estos pobres lucían. Todos aquí sabíamos que eso que carne parecía tan solo era una imagen proyectada por su mente. Esta, seducida por la oscuridad, hacía que casi incluso nosotros diésemos por cierto aquello que ellos habían imaginado y exhalado. Si tienes cuerpo padeces dolor, y esto es lo que aquí se necesita. Poco a poco, cada vez que el dolor crece, lo hace la oscuridad también. Como ya sabéis los habitantes de este lugar tan solo alimentan de esa parte oscura de su alma.

Nos miramos y sin decir palabras observamos nuestros compungidos rostros, en ellos se podía leer el autentico desconsuelo que la desesperación de estos seres en cada uno producía. Alzamos nuestras artefactos de liberación y sin mediar palabra pedimos la más agradable luz que pudiese liberar a estos pobres seres, impactando en estos sacrificados entes. En un principio surgieron los aullidos de costumbre y al final la luminaria y los miles de eternos agradecimientos, los cuales ayudaban desde el interior a restablecernos.

He de decir que este tipo de cometido me hacía estar satisfecho de haber tomado la determinación de venir a un lugar como en el que nos encontrábamos.

Me llamó la atención el comprobar que estos pobres incautos, muy en el fondo, eran conscientes de lo que les ocurría. Pero era tal la seducción interna que en un principio de ellos había partido que se sacrificaban en dar término a su existencia como alimento; pues su pensamiento central no era otro que el de que debía ser así porque ellos lo habían elegido. Aunque al final debían de autoconvencerse apoyados por la diminuta luz que aun les quedaba, y decirse que todo aquello no estaba ocurriendo hasta que por fin les llegaba el turno del más horrible final. Para entonces ya nada tenía remedio, tan solo el perder toda identidad, todo lo que en realidad somos, en una forma de succión todo se terminaba ahí para estos pobres seres.

Un poco más complacidos y reanimados nos encontrábamos, al realizar una buena acción gozosas se hallaban nuestras mentes, y esto nos permitía con más entereza seguir adelante.

Continuamos por el único camino que había, como era ya costumbre en este lugar el tiempo no se podía definir, por lo tanto nos parecía que llevábamos un largo trecho caminando; aunque también podría describirlo como unos metros, en realidad es imposible el poderlo establecer certeramente. Bien, lo que sí diré es que después de haber estado caminando un tiempo, llegamos al lo que parecía el final de ese camino. No estoy hablando simbólicamente, por supuesto que no. Lo que enfrente teníamos nos dejó a todos un poco trastornados; lo que frente a nuestros ojos se levantaba no era otra cosa que una pared. Lo primero que a mi mente llegó es: no quiero dar la vuelta, no quiero tener que pasar de nuevo por ese infierno.

Desesperado cogiendo mi cabeza con ambas manos por el desconcierto del momento dije:

—¿Qué es lo que aquí está ocurriendo? Legna nos dijo que era este el camino. ¿Nos habremos equivocado?, y si lo hemos hecho ¿dónde ha sido? No es posible la desorientación pues no ha habido ningún cruce, ninguna bifurcación, nada donde pudiésemos confundirnos.

Todos nos quedamos… ¿cómo decir?; traspuestos, pues no esperábamos ninguno un trance semejante. Totalmente desconcertados nos hallábamos, ¿qué es lo que ahora íbamos a hacer?

Lobo habló:

—Si encajamos bien las piezas, aquí había dos guardias, los guardias son o se utilizan en la protección de una puerta, por ejemplo. Por lo tanto esa puerta debe de estar por aquí, ¿no lo creéis así?

Oyam, que se echó la mano a la barbilla como aquel que recapacita le contestó.

—Pensándolo bien así debería de ser, pero estamos en el lugar más extraño que pueda existir. ¿Cuántas han sido las puertas que ya hemos atravesado?

Nos quedamos mirando un momento, y cada uno trataba de contar mentalmente.

Yo fui más rápido y dije:

—Desde que llamamos al portero creo que han sido tres, y si encontráramos otra sería la cuarta.

Realmente estaba un poco indeciso por el número de puertas y por la pregunta. Oyam al momento comenzó a hablar de nuevo.

—A mi entender algo me dice que deben de ser seis las puertas que debemos de atravesar, tengo la absoluta certeza de que maese Lobo tiene razón, aquí debe de encontrarse una puerta.

Sin más dilación escudriñamos aquella pared, por supuesto sin tocarla. Era un poco agobiante, ya que nada delataba la presencia de esa puerta, la cual era del todo necesaria. Trascurrió un tiempo de nuevo impreciso, poco a poco la desilusión comenzaba a hacerse palpable pues nada encontrábamos allí que delatase ni siquiera el dintel que asegurase que allí había una puerta. En un instante a Oyam se le ocurrió lo siguiente:

—¿Quién nos ha dicho que la puerta deba de estar en esta pared?, sabiendo cómo es este lugar es casi normal que se encuentre en cualquier otro lugar.

—Oyam, amigo mío, debo de reconocer que eres un genio, pues estos siempre son hallados en los peores momentos —esto le dije a Oyam y del alma me surgió una idea—. Vamos a recapitular, la primera puerta estaba enfrente a una pared, la segunda se hallaba en el suelo y la tercera otra vez al frente. Y esta… si no me equivoco deberíamos mirar hacia arriba.

Los tres al unísono miramos hacia el techo, pero nada encontramos que se pareciese a una puerta, tan solo una hendidura se podía apreciar, ella no era demasiado grande, pero sí pudimos percibir que por ahí un aire más fresco y menos viciado se podía husmear.

Pero ¿qué íbamos hacer?, donde parecía llegarnos ese nuevo aroma a aire más puro tenía el tamaño de una cerradura. Este pequeño agujero daba la impresión de que sería para una llave, otra cosa por ahí diría que no podía entrar. En ese momento me acordé.

—Oyam, debes de hacerme el favor de subirme a tus hombros, necesito acercarme lo más posible a ese agujero.

En el momento en que ya me hallaba al alcance de lo que estaba seguro que era una cerradura, saqué la llave que nos habían

entregado eses guerreros, los cuales habíamos liberado, la encajé y el ajuste era perfecto, al momento la giré.

El poco sudor que me quedaba debido a la falta de líquido corría por mi rostro. Introduje la llave y fue un alivio el escuchar los cientos de traqueteos que sonaban cuando los pequeños mecanismos liberaban a la puerta de lo que la aprisionaba con el fin de no dejar que esta se moviese un centímetro.

De repente de la nada surgió una puerta en esa pared, sin más esta se hizo visible. Al momento bajé de los hombros del pobre Oyam, que ya estaba cansado; sin embargo no se había quejado.

Rompiendo el silencio del lugar se escuchó un fuerte rechinar, el cual me recordaba a dos grandes piedras que rozan fuertemente la una sobre la otra.

En ese instante algo nos dijo que sería muy prudente que nos apartásemos de aquella pared. Así lo hicimos y dimos unos pasos hacia atrás, al momento un gran pedazo del techo calló con mucha potencia al lugar en el cual nos hallábamos antes, ¡qué mal hubiésemos acabado de no habernos ido de ahí!

De entre esas piedras recogí la llave que tanto bien nos estaba haciendo, al caer ese pedazo del techo la pared cayó en su totalidad, parecía que ese era el dintel que sustentaba la puerta y que por poco me aplasta cuando fui a recoger la llave, debo aprender a tener más paciencia.

Acto seguido me asomé al exterior para saber qué es lo que nos aguardaba; pero esta vez nada les comenté, quería que lo viesen con sus propios ojos.

—Venga, vamos que se hace demasiado tarde.

Esto es lo que les dije a mis hermanos, ¡qué alegoría!, pues teníamos todo el tiempo del mundo.

Lo que al otro lado de la puerta nos aguardaba o bien se podía ver tan solo era eso: nada. Solo un gran vacío, un abismo de una caída tal que no podía ver su final.

Tan solo el relieve, el cual servía de encaje a esa extraña puerta, era nuestro único apoyo. Él sobresalía hacia ese vacío sin fin. En él se leía una inscripción que decía:

Hasta aquí has llegado.
Contempla tu corazón,
si no ves nada, salta.

Capítulo III

—Dios mío otra vez, ¿qué es lo que esto querrá decir?

Esto preguntaba al aire mi amado Oyam. A lo que sin pensar contesté como si a mí esa pregunta fuese dirigida.

—No lo sé en realidad, pero por lo que parece es claro lo que dice. Además, esto me recuerda a ese lugar por el que las almas se abaten en ese declive casi sin fin. Estremecedor el saber que no hay más opción, pues la alternativa hace ya demasiado tiempo que fue hecha, hoy ni tan siquiera lo podía recordar. Demasiado cruento, ¿no os parece?

Lobo me observaba y tan solo dijo:

—Pues en realidad creo que debo de darte toda la razón, éste debe ser el sumidero de esas almas condenadas, ¿que podría ser si no?

Asomamos los tres nuestras cabezas para resolver qué hacer en esta situación, algo más de información necesitábamos sobre aquello que allá al fondo esperaba que nosotros nos tirásemos. Así que seguido por un impulso eché un vistazo hacia arriba. Fue una gran sorpresa, y de lo más grata, que no podría ni tan siquiera imaginar después de lo pasado en ese lóbrego lugar. Allí se podía observar un pequeño pedacito de ese cielo color azul. Ese color hacía que la vida regresase a mí de una u otra manera. Me pareció el azul más intenso que mi memoria me pueda ofrecer, lo ignominioso era la distancia que nos separaba de él.

Miré a mis queridos fratres y observé que miraban esa vida al igual que yo lo hacía, debía en ese momento de reaccionar, así que hablé sin pensarlo más.

—Mis amados hermanos, nuestras miradas nos llevan a observar el futuro; pero en estos instantes es el presente lo que debemos de afrontar.

Quedamos todos callados por la melancolía de lo que allí arriba, a tan solo unos cientos de pasos, nos esperaba. Todos los recuerdos de

ese cielo azul removían nuestro interior sin poder hacer otra cosa que no fuese enmudecer y disfrutar de ese momento. ¿O quién sabe si en el interior de cada uno realmente lo que hacíamos era despedirnos para siempre de ese hermoso color que representaba la libertad para nosotros?

Pero la realidad nos dirigía de nuevo a aquella especie de boca de volcán, el cual se precipitaba a un final invisible para nosotros; pues era tan profundo y tan lejano que de momento tan solo debíamos de conformarnos con lo que la vista era capaz de descubrirnos, que no era más que oscuridad.

Ese impactante momento fue interrumpido por maese Lobo, él con su oído fue el que se dio cuenta de aquello que estaba a punto de ocurrirnos.

—Agudizar vuestros oídos, por favor no hagáis el mínimo ruido… ¿Lo estáis oyendo?

Todos seguimos sus instrucciones y nos quedamos así completamente taciturnos y en silencio. En un principio nada podía escuchar hasta que el sosiego total se produjo y así pude comprobar que algo estaba rompiendo el silencio con un sonido que llegaba a nosotros a través del eco que producía. Poco a poco ese sonido se afianzó dentro de mis orejas y comencé a darme de cuenta de aquello a lo que Lobo se refería, esa resonancia era como un batir de alas. Según mi pobre opinión diría que eran miles de esos miembros batiendo al unísono. Lo que ere innegable es que se acercaban a gran velocidad.

No me atrevía a decir nada, pero alguien debía de preguntar.

—¿Qué creéis que eso puede ser, pues yo realmente no quiero ni imaginármelo?

Oyam habló sin la precaución del que nada esconde, pues se le notaba una especie de miedo que no era actual, más bien parecía un temor arcaico.

—No sé lo que eso puede ser, pero sí sé que en muy poco tiempo estará aquí. Algo deberíamos hacer en este instante, realmente espero que no sea aquello que en mi interior un miedo profundo infunde debido a todo aquello que eso puede hacer y ha hecho muchas veces sobre nuestro mundo durante tantas edades...

Nada más dijo, con la misma nos dispusimos en ese estrecho lugar a preparar nuestras armas de luz. Era casi cómico, el intentar hacer algo que necesita su tiempo y espacio en un espacio sin tiempo. Logramos sacar nuestras armas de luz, nadie dijo nada; pero cada uno apuntaba en una dirección diferente. Sabíamos que era para conseguir iluminar, dar nuestra luz, al mayor espacio posible.

Hay algo realmente extraño en el tiempo cada vez que algo así se produce; los segundos me parecen horas, las horas días y así sucesivamente. Es realmente extraña la forma en la que medimos el tiempo; pues como es demostrable, no siempre transcurre con la misma celeridad.

Todo se ralentizaba, hasta el sudor parecía que me caía en cámara lenta, cada gota de ese amado líquido y del que nada me quedaba ya en mi interior, mi boca estaba totalmente seca. Las miradas interrogativas que se cruzaban, las cuales tan solo deseaban que ese momento por fin llegase.

Por supuesto ese instante se produjo. Cuando delante se hizo corpóreo lo que habíamos deseado, en ese instante saltó en mí un sentimiento contrario; pero antes de poderlo ni tan siquiera pensar, todo comenzó a desenvolverse a una velocidad inusitada.

Delante de nuestras narices aparecieron cuatro selegnas; pero esto en realidad es lo mejor que nos podía pasar, pues si logramos transmutar a alguno de ellos puede que incluso nos quisiera ayudar, es seguro que así todo nos iría un poco mejor.

Esperamos al momento en que se podría accionar mejor la luz, pues si les alcanzábamos el corazón todo era más rápido. Así fue como ocurrió: Ellos, como ególatras que son en ese estado de oscuridad, tan solo pueden llegar a pensar que son los mejores, que nosotros nada significamos, y que es una quimera el que podamos hacerles daño. Esto les da una confianza extrema: esa es la mayor de las estupideces que estos seres podían cometer. Incluso al llegar a mi altura uno de ellos desplegó sus alas y estiró sus brazos dejando L descubierto su corazón, esto era para mostrarse ante mí como un ser superior. En ese instante agradecí que su ego lo estuviese gobernando y sin más preámbulos pedí

a la luz de mi bastón que apareciese para liberar a este ser que de ella necesitaba. Sin más esa maravillosa y azulada llama lo alcanzó de pleno en el pecho.

Por otro lado Oyam lo mismo consiguió con otro de ellos que después de esos tremendos aullidos se abatieron un poco atontados. Pero poco fue el descenso pues al momento lucían el blanco inmaculado en sus plumas y el color del fuego en sus cabelleras, y al momento ascendieron rápido.

En ese instante Lobo abrió sus fauces para lograr lo mismo que nosotros habíamos conseguido, pero este ente oscuro giró en el aire pues se dio cuenta de lo que había acontecido a sus hermanos. Éste se libró del fogonazo de Lobo y sin más soltó un tremendo rayo negro que alcanzó a Lobo en sus fauces de lleno. El impacto fue tal que se desplomó unos metros por detrás de donde estábamos. Yo nada pude hacer por ayudarlo; pues la batalla la tenía delante, y no podía distraerme un segundo porque eran seres muy fuertes. En ese mismo instante los selegnas blancos ascendieron a gran velocidad y comenzó una batalla entre seres oscuros y seres blancos. Estos alcanzaron en un instante a sus hermanos y lo selegnas oscuros transmutaron su estado poco a poco.

Uno de estos seres que parecía, digamos, el de más graduación, al ver lo que le habían hecho a Lobo, pedía mil perdones. Todos sabíamos que en la batalla todo puede ocurrir, ellos abrumados no podían concebir hacer daño y por eso se decía que en ese momento no era yo.

Lo único indiscutible era que Lobo allí se hallaba tirado e inmóvil por el momento, el selegna que con el rayo negro lo había alcanzado hizo lo mismo pero al contrario. De su lanza ahora una blanca luz surgió apuntando al mismo lugar, lo alcanzó sin problema. Debo decir que antes de que este ser expulsara su luz, tuvimos que abrir las fauces de Lobo. Nos costó muchísimo, creo que se hallaba ya afectado por esa seducción oscura. Cuando logramos abrir su boca de ella surgió un aullido, pero este era diferente, sonaba como lastimero.

Nada parecía hacer efecto a mi querido hermano, la luz penetraba en él; pero el dolor, el miedo, la seducción eran demasiado fuertes.

Un segundo después el selegna bajó su lanza y su cabeza pues era

del todo inútil seguir dando luz, incluso podría serle perjudicial. Ahora solo era una lucha contra la oscuridad, sin ayuda posible. En ese momento el selegna apoyado por sus hermanos no encontraba consuelo, este con su cabeza gacha nos pidió mil perdones, en ese instante el resto de sus hermanos nos presentaron sus más humildes respetos.

Entonces Oyam habló.

—No tienes que sentirte culpable por nada, ni vosotros tampoco; pues en el momento en que tu certero ataque se produjo, tú no te hallabas consciente de la maldad en la que te encontrabas ejecutando.

Todos nos encontrábamos destrozados viendo a mi hermano allí en el suelo totalmente inmóvil, su lengua colgaba, su saliva en pequeñas gotas se desprendía de su lengua. Debajo de sus ojos una humedad nos decía que el dolor interno que él tenía era horrible. Sabíamos que no había nada que por él pudiésemos hacer.

Nuestras lágrimas, a las cuales les costaba salir por la falta de agua, corrían libres por nuestros rostros; pero teníamos presente que nos encontramos en un lugar demasiado peligroso.

En ese preciso momento yo me callé y me quedé en un silencio total agudizando el oído y dije:

—Escucho nuevamente un batir de alas, ¿qué es lo que está ocurriendo? ¿Hay más de los vuestros que quieran salir?

El selegna me miró y dijo:

—Son los pájaros del mal, los cuales debían de acompañarnos para acabar con vosotros, menos mal que somos mucho más rápidos.

Yo totalmente desconcertado pregunté:

—¿Se puede saber qué es a lo que debemos de enfrentarnos ahora?

El selegna que parecía tener un grado más alto giró lentamente su cara hacia mí y solo dijo:

—¡Preparaos!, pues el momento se halla ya cercano, cuando ellos lleguen tu pregunta se verá desvelada por sí misma.

Sin tiempo para lamentaciones, estaba claro que debíamos de hacer frente aquello que estaba a punto de aparecer por ese tétrico lugar, por el cual debíamos de transitar de alguna manera. Pero ¿cómo?, si incluso ahora el mal por ahí asomaría.

Es seguro que tras esa puerta sin forma y fuera de mi comprensión aparecerá aquello que luchará para acabar con nuestra parte consciente, para llevarnos a la locura deshaciéndose así de aquello que realmente somos.

Los selegnas, aunque en número reducido, sin pensarlo un instante penetraron en el vacío que a nosotros nos esperaba, de un salto estaba cada uno en su sitio, abrieron sus esplendorosas alas blancas y quedaron estáticos en ese lugar, en el cual estaban sucediendo tantas cosas. ¿Quién podría decir desde otro ángulo, por ejemplo desde el exterior, que en la boca de ese volcán se sucedían tantas tremendas calamidades en ese instante?

¡Ay la realidad, ay la verdad!, tan solo una pequeña visión defendida sin percepción de lo que ocurre en su totalidad.

Bien, como decía, los selegnas ya en el aire cada uno ocupó un ángulo. Así dispusieron de hacer un cuadrado dentro de esa forma circular. Cada uno ocupaba una orientación en un espacio singularmente imaginario; pues en este lugar nada se puede definir como acertado. Este espacio imaginario lo formaban las cuatro alineaciones, Norte, Sur, Este y Oeste.

Nosotros no nos movimos del lugar que habíamos ocupado todo este tiempo, o sea, lo que podríamos definir como: El dintel inexistente de aquella puerta ausente.

Uno de los selegnas habló. No podría saber certeramente cuál era; pues su parecido era tal que apenas era perceptible una diferencia en la cercanía, lo que se volvía imperceptible en la distancia.

—Bien, amigos míos, a mi señal soltad vuestra luz con toda la intensidad con la que os sea posible. Debéis de dirigirla hacia el centro. Es seguro que por ahí deben pasar esos seres; pues en cuanto nos perciban, para escapar de nosotros no les va quedar más espacio que el que vosotros protegéis.

De nuevo llegó ese momento, el cual casi imperceptiblemente se vuelve espeso, ese tiempo parado sin progreso, sin prisa. Ese tiempo muerto el cual parece no tener nada que ver con el tiempo. Había complicidad en las miradas, las cuales nada decían y todo lo callaban.

Sin previo aviso un latigazo de fuerte resonancia a nuestros tímpanos llegaba. Tantas alas al unísono golpeando contra el aire… todo parecían agitarlo sin que nada se moviese. En ese momento el selegna dio la señal.

La luz salió sin poderse frenar pues tan solo el amor la dirigía. En realidad establecimos lo que más bien me pareció una autentica telaraña. Sin previo aviso comenzaron a caer en esa trampa esos seres que a mí me parecían pájaros, los cuales pertenecían a la mayoría de las especies conocidas y algunas también desconocidas. En el preciso instante en que pasaban por la telaraña, se podía advertir que eran pájaros y que cada uno pertenecía a una familia diferente. Pues antes de llegar a la luz tan solo eran un armazón con algunas deformes plumas y unos aguileños y putrefactos picos. Resultaba mágica esta transmutación, no como la que en otros seres habíamos concebido, en la que el sufrimiento casi los destrozaba. Pues en el momento de la liberación sonaba un trino, el cual —como eran tantos— un canto maravilloso se fue formando. Todos esos colores surgían hacia una liberación por la boca de ese volcán, este nunca había escupido tan maravilloso espectáculo desde su creación. He de decir que ellos antes de la liberación tenían un mal genio tremendo, creo y sin miedo a errar digo, que si esto no hubiésemos logrado de aquí no saldríamos de una pieza. Estos pequeños seres alados eran rápidos en extremo, nunca podríamos alcanzar con el rayo a uno por uno.

Por último se acercaba un gran ave, mucho mayor que el resto. No podía llegar a identificarla hasta que pasó por la luz, así me di cuenta que era una grandiosa águila. Esta en cuanto atravesó la tela de araña que habíamos instalado soltó un chillido que al momento me llevó a las montañas, a la libertad que en alguna parte de mi extraño interior guardaba, a un recuerdo seguro perdido pero ahora recuperado. Esto hizo que en mi interior naciese un sentimiento de libertad plena. El amor me encendió de nuevo y fui otra vez consciente al comprobar toda la hermosura de tantas y variadas aves, las cuales volaban en la mayor las complicidades hacia aquel cielo, el cual era símbolo precursor de la liberación. Redimidos de su condena escapaban por el agujero de esa

espeluznante montaña, hermosa era la contemplación de cómo la vida nuevamente se abre paso.

La maravillosa águila se detuvo frente a los selegnas, trazando un amplio círculo pasó frente a cada uno de ellos. En realidad no sé qué se proponía, ni lo que allí estaba ocurriendo. Lo que si comprobé fue que un momento después ella con su magistral vuelo fue ascendiendo hasta perderla de vista, hasta poder realmente entender que la libertad es algo con lo que nacemos y que tan solo cada uno la oprimimos a veces hasta llegar a perderla.

De inmediato uno de los selegnas, el que en todo momento se dirigía a nosotros, se acercó al lugar en el que nos encontrábamos y nos informó de lo siguiente:

—Mis amados hermanos, debéis de saber que lo que el águila nos ha anunciado, es que uno de los peores seres que aquí, en este antro de maldad, habita está en pleno ascenso.

No podía despertar a una nueva batalla. Giré mi cabeza contemplando a mi hermano Lobo. Él ahí tirado babeaba una espuma negra y muy densa, perturbado por aquello que se estaba diciendo. ¿Cómo encajarlo después de ese maravilloso momento en el que casi podría decir que habíamos compartido libertad?... ¡Y ahora esto!

Como mi reacción no llegaba Oyam, que parecía más entero, dijo:

—¿Qué creéis que sería lo mejor que deberíamos hacer? ¿Prepararnos para una nueva emboscada?

El selegna nos miró con dulzura y a la vez con cara sorpresiva por demostrar nuestra valía y contestó.

—No tiene que ver con nada de lo que vosotros imaginéis; pues ni siquiera entre la unión de todos… Creo que sería un imposible vencerlo, quizás ni llegaríamos tan siquiera a dañarlo. Es por ello que la única solución que os queda es precipitaros al vacío.

Creo que la expresión con la que acogimos esa solución se nos debió de notar en la cara, pues al momento en el rostro del selegna se entrevió una sonrisa, la cual hubiese reprimido si su hermano, el cual se hallaba a su lado, no hubiese soltado una fuerte risotada.

—Tranquilos y perdonad; pero es que vuestras caras eran verda-

deramente un espanto, ahora os voy a dar una explicación. Ese ser que sube es tan considerablemente grande que una vez que paséis a su lado nada podrá haceros ya que le resultará imposible dar la vuelta. Debéis estar muy alerta de sus uñas y de su boca cuando en la caída lo tengáis tan cerca.

Oyam no estaba demasiado convencido y preguntó casi sin pensar.

—Por favor, ¿podéis decirnos qué será de vosotros? ¿Dónde os vais a meter? Si ese pérfido ser es tan poderoso, ¿cómo escaparéis?

Los selegnas nos miraron con cara de compasión y dijo el que siempre se comunicaba con nosotros.

—Muchas gracias por tu inquietud; pero por nosotros no debéis de intranquilizaros, nosotros ascenderemos muy rápidamente, seremos como un cebo y el no podrá resistirse, así que creo que él nos seguirá. Cuando se quiera dar cuenta de lo que está ocurriendo, esa mole, ese inmundo gusano de este agujero nauseabundo saldrá. En ese momento el astro rey dará cuenta de su asquerosa piel, su sufrimiento comenzará en cuanto el primer rayo de luz lo llegue a tocar. Desde ese instante todo su ser padecerá la férrea voluntad de la luz.

»Este tremendo salto al vacío no es lo que parece, ahí manda la voluntad. Más no os puedo decir, tan solo que debéis de tener la esperanza de que de esta manera puede que todo cambie para bien. ¿Estáis de acuerdo?

Yo miraba a Lobo y resoplaba, no podía asegurarme pero no había tiempo. ¿Qué hacer?

Sin pensarlo más, sin escuchar lo que debía o me decían, me acerqué a mi hermano caído y abracé su sedoso pelo. Era mi despedida, lo besé cerca del hocico. En ese momento él gruñó. Era un gruñido seco, casi inaudible, pero él me decía que en su interior mi hermano había perdido la batalla.

Giré la cabeza y mirando a Oyam dije:

—Que así sea y sea siempre para bien.

En ese momento los selegnas cerraron el círculo haciendo una circunferencia mucho más pequeña, ya que estos se agruparon en medio de esa cavidad.

En ese momento el selegna chilló.

—Ahora es el momento de saltar, ¡tiraos antes de que sea demasiado tarde!

En ese instante nos miramos y yo dije:

—¿Qué más da ya?, todo cuanto tenemos con nosotros lo llevamos y con nosotros está.

Al decir esto toqué la llave y a mi piedra Axixlux, la cual fiel me acompañaba en semejante trance. Estos eran los bienes que yo portaba, sin olvidar a mi querido bastón.

Nos volvimos a mirar y nos abrazamos como si esto fuese realmente una despedida. Los selegnas preocupados nos hicieron la señal de que nos dejásemos caer, sin pensarlo ni un instante más nos precipitamos al vació.

El salto al vació siempre es sobrecogedor; pero sabiendo lo que ascendía a toda velocidad hacia nosotros… Por si no fuese lo más horrible esta confianza en una muerte casi segura, portábamos en nuestro interior la más absoluta de las incógnitas: no teníamos idea de lo que allí abajo nos aguardaba. Esto hacía que se multiplicasen todas nuestras reminiscencias de una manera muy amplia. La conmoción que la velocidad nos portaba aparecía de diversas maneras, la primera es la aceleración, la cual iba aumentando hasta alcanzar un límite. Al llegar a este ya no aumentó más.

El salto o más bien en la caída, no lo sé, hizo que nos separásemos unos metros, por suerte nos precipitábamos a esa velocidad pero alejados unos metros de la peligrosa pared. Trascurridos unos minutos de esa danza en el aire, la cual se producía en esa extraña caída, de repente comencé advertir algo allá abajo. Aquello que subía en nuestra dirección lo hacía de forma mucho más veloz que la velocidad que llevábamos en nuestro descenso. O esto quizás fuese debido a la suma de ambos, no lo sé. En realidad digo aquello que subía pues todavía no podía definirlo como para poderlo describir. Aquello con lo que estábamos a punto de encontrarnos era de un descomunal tamaño, eso sí podía decirlo sin miedo a equivocaciones. Portaba un color blanquecino, amarillo en algunas partes definidas de su cuerpo. En cuanto lo vi no me infundió

miedo, más bien era pena. Se trataba de una maravillosa criatura arcaica, la cual seguramente había sido seducida y ahora encarcelada en las miserias de este lugar con su gran porte a tan solo un esclavo más.

Trascurrido un instante, un segundo o décimas, no sé pues ya he comentado que el tiempo y yo, y yo y el tiempo no nos entendemos en demasía, ahora podía vislumbrar con más claridad esa entidad la cual tenía como única misión en este momento encontrarnos. Para él era demasiado sencillo pues en nuestra dirección ascendía y hacia nosotros se acercaba.

Era tan indescriptible que trataré de detallarlo lo mejor que las circunstancias me lo permitan, espero que vosotros juzguéis después de lo expuesto cómo este ser resultaba a la vista.

Bien, lo que primero pudimos ver fueron las cabezas, al principio pude comprobar que tenía más de una; pero no podría asegurar cuántas eran, inicialmente podría aseverar que eran dos, estas se hallaban pegadas a un largo pescuezo cada una de ellas.

Todo su cuerpo se hallaba cubierto de grandes escamas duras como el acero templado. Era del todo impresionante, sabía que con el simple roce de una de estas protecciones el miembro que te tocase pasaría a desprenderse al momento. Estas relucían cual pulido metal, era incluso hermoso ya que con la luz que por la abertura de la boca del volcán entraba, cambiaban el color dependiendo de cómo la luz a ellas le daba. ¡Qué extraño animal, indefinible su color y mortal su belleza!

De sus cabezas un cuerno afilado y retorcido asomaba en el medio de su frente, esté salía entre sus ojos, era de un color blanco, el cual iba cambiando hasta que el amarillo terminaba en su punta.

Sus inmensos ojos eran realmente grandes, incluso podría decir de ellos que estaban desproporcionados con el tamaño de esa cabeza. El azulado verdoso de esos ojos no desprendía lo irrealmente atroz que ese ser pudiese ser. A ellos parecía que nada se le pudiese escapar, pues cada uno tenía la facultad de moverse individualmente.

Su hocico era lo suficientemente largo como para que se me tragase entero sin casi darse de cuenta. Este terminaba en dos grandes fosas nasales, las cuales permanecían húmedas, casi mocosas diría yo.

Me dio tiempo una vez que él abrió su boca a ver lo que allí se podía encontrar: En ella se podía evidenciar el gran problema que este ser podría suponer al más osado de los valientes. Poseía tres hileras de grandes y muy afilados dientes, entre ellos los vestigios de su última comida se podían ver. No quiero hacerme una idea de lo que aquello podía haber sido. En medio de esta peligrosa dentadura se podía ver una larga y delgada lengua bífida, digo larga y delgada en dependencia de cómo era ese ser, pues para mí era gruesa y enorme. Esta la sacaba al aire de vez en cuando, con ello podía percibir lo que a sus ojos y su nariz escapaba.

Cuando ya estaba más próximo a esa gran mole, pude comprobar cómo otras tres cabeza con apenas un cuello que no se podía ni ver se hallaban adheridas a aquel coloso. Estas eran igual a aquellas que ya he descrito. Desconocía si tenían alguna misión en particular. Lo que sí estaba claro era que le proporcionaba a este ente un espeluznante aspecto.

Estas se definían perfectamente entre las clavículas. Bajo un pecho firme y muy bien definido tenía una colosal musculatura, le era necesaria para sustentar a tales cabezas. Pero mucho más hercúleo era el conjunto muscular que tanto en las patas de delante como en las traseras se podía observar.

Las delanteras acababan en dos incisivas garras, las uñas eran muy afiladas y fuertes, nos ensartarían sin problema de podernos agarrar. Es seguro que si esto lograsen mis tripas o las de mi hermano en décimas de segundo caerían al vacio sin remisión.

Estas extremidades eran más cortas que las traseras, pero tremendamente poderosas.

Más abajo podías contemplar una enorme panza, lo que nos hacía pensar lo bien alimentado y la buena vida que este ser llevaba.

En la parte posterior a la panza, por donde discurría su columna vertebral, se podía observar una especie de cresta. Entre las dos diminutas orejillas. Era incluso gracioso el observar cómo las movía cada una en dirección opuesta la una a la otra. Estas protuberancias a las cuales yo llamo cresta, aumentaban según discurrían por esa espalda, no solo acrecentaban el tamaño, la forma también cambiaba; llegadas a la altura

de las costillas estas eran tan afiladas como la más pulida de las espadas. Al final acababan en una imponente cola. Sus cuartos traseros también merecen la pena que se mencionen, estos eran demasiado grandes para el tamaño del coloso. Su desmesurada musculatura te hacía pensar que era un ser que cuando no volaba los utilizaba para poderse desplazar por el suelo y así no tener que arrastrarse, aunque esto debía de ser un poco antinatural.

Por encima de estos apabullantes cuartos traseros, entre ese lomo y la tremenda panza acababan sus descomunales alas, las cuales comenzaban en lo que podríamos llamar los hombros de la bestia. Estas eran de piel, no de plumas, tenían un gran parecido a las de los murciélagos, pero claro, estas muchísimo más grandiosas y con una fortaleza sin igual.

Está claro que este era un portento de otra época, a mi entender nada debía de tener que ver en esta historia. Me daba la impresión de que el ser oscuro lo había estado alimentado y velando para una situación como esta. Era un animal mítico impresionante estuviese en la época en la que se localizase.

Aunque pareciese que la descripción de este fabuloso y espeluznante ente ha terminado no es así, que da una extremidad muy importante por exponer aquí. Lo último que de este ser me queda es el rabo, en realidad mucho llevo pensado sobre con qué animal compararlo; pero no he encontrado ninguno. Este era un apéndice muy fuerte, era ancho y terminaba en una multitud de espinas que hacia todas las direcciones miraban, estas indicaban una amenaza total.

Era un temible ente hermoso e impresionante, lo único que me abatía era para lo que lo utilizaban. Lo que con él hacían no restaba magnificencia a esta extinta entidad.

Estaréis pensando, ¿cómo no?, la gran pregunta: ¿Escupe fuego?

Pues en realidad aunque yo lo quisiera no podría contestar a esta cuestión pues no lo sé, pero sí os diré que todo él era impresionante. Lo que a mí más me había sobrecogido eran esas escamas con las cuales su color siempre permanecía cambiante, dependiendo de la luz que hasta a él llegase. ¡Qué pérdida tan horrible tenerlo en la más absoluta oscuridad!

Bien, volvamos al lugar en el cual nos encontrábamos. Ese ser se acercaba a nosotros, cuanto más cerca estaba, más el odioso horror intentaba apoderarse de nosotros.

Sin poderlo evitar llegó el momento en el cual nos precipitamos uno al lado del otro. Lo primero que debíamos evitar era el vapor o ese tipo de mucosidad que por su hocico salía, pues era ello lo que más cerca estaba de nuestras enjutas personas. Entonces a mi mente llegó: «Su olfato debe de ser extremadamente delicado».

Unos instantes antes de que nuestros minúsculos cuerpos pasasen a su lado él comenzó a mover esas extraordinarias fosas nasales, las abría y cerraba e incluso sacó su lengua para saborear el aire. Esto lo hacía con el fin de que no quedase una sola partícula sin percibir aquello que buscaba. En ese preciso momento cerré los ojos esperando un ataque con su lengua ya que la había sacado, estúpida ignorancia. La saliva que de esta se desprendía incluso parecía ácido, o algo similar, en el momento en que decidí abrir los ojos, un gigantesco espejo se hallaba frente a mí. Me observé en él y al momento pude contemplar el color azul verdoso del fondo, incluso motas amarillas desperdigadas aquí y allá. Ese color en su mitad estaba dividido por una delgada línea negra, casi insignificante al lado del fulgurante color que el resto poseía. Esta línea negra atravesaba aquel maravilloso espejo verticalmente. El ser desprendía por todos los poros de su prodigioso cuerpo un horroroso olor a azufre. Hacía mucho tiempo que no veía mi cuerpo reflejado en un espejo, aquello que me devolvía esa imagen casi hacía que mi mente abandonase mi conciencia. Este escuálido cuerpo mío se hallaba en una circunstancia mucho peor de lo que nunca hubiese imaginado.

Ese momento fue tan rápido y a la vez tan intenso que cuando me quise dar cuenta a mí llegó de nuevo una gran alegría que poco a poco alejó la pesadumbre del reflejo que ese espejo me devolvió; pues cuando de nuevo abrí los ojos comprobé lo poco me quedaba para que el titán fuese rebasado. En ese instante mi corazón me repetía: «todo saldrá bien, todo saldrá bien ».

El bien en este lugar es un tesoro que se esconde en las más peque-

ñas y luminosas rendijas, esto lo digo pues yo autoconvenciéndome de ello ya me alegraba.

Este titán sin tener por qué y sin previo aviso realizó un movimiento tan rápido que casi pasa imperceptible a mi persona, hasta que la cola golpeó contra la pared. En ese instante solo podíamos dar gracias por habernos librado de ese impacto. En realidad si él hubiese conseguido su fin, nosotros nos habríamos quedado insertados en esos pinchos y nuestros restos esparcidos entre esas púas, al igual que unos pedacitos de arena esparcidos en un peine.

Por supuesto yo ya he aprendido que siempre tras un gran peligro acecha otro mayor.

La terrible criatura intentó dar vuelta y con sus garras parar su ascenso, de esta manera desprendía pedazos de esa blanda y mortal roca. Por todas partes llovían pedazos de esa terrible sustancia. En ese instante comenzamos a ver unos fuertes fogonazos que de lo alto venían.

Nuestros hermanos, los selegnas, habían comenzado a desarrollar su plan. Un instante después esa titánica criatura ascendía a toda velocidad, con tan solo un movimiento de sus tremendas alas esta se había puesto en marcha.

Nuestra caída se aceleró por el viento producido en el desplazamiento de esas tremendas alas y nuestra caída sin fin seguía ahora a una vertiginosa velocidad. No podíamos sospechar por un segundo qué es lo que allí nos aguardaba, ni cómo quedaríamos después del tremendo impacto contra el más duro de los suelos.

Descendíamos por un hediondo agujero, el cual carecía de salientes o algo que en el lugar oscilase. Asimismo esta montaña era grande, majestuosa en lo que se podía observar en el exterior, a esto debíamos sumarle esta parte, esta raíz que se adentraba en las profundidades de la tierra. ¿Qué es lo que nos iba a pasar?

Esa era nuestra gran incógnita. Sin pensarlo más me enfrenté a los miedos que rondaban por mi cabeza, los cuales pretendían crecer hasta llegar a controlarme. Este era otro tipo de seducción que rondaba por este macabro lugar, así que sin pensarlo más grité:

—¡Pasará lo que tenga que pasar! Yo no soy nadie como para evitar lo que vaya a suceder, no está en mi mano y nunca lo ha estado.

Callé de nuevo y miré fijamente a Oyam. Él dejaba caer libremente sus escasas lágrimas, las cuales se derramaban al vacío. Estas caían pero al momento ascendían y así su rostro siempre acababa mojando, era un sinfín el que las mismas lágrimas cayesen por su cara.

Parecía que el término de aquella personificación de la impotencia se hallaba oculto; pues debía de quedar poco para ese impacto, pero por alguna razón seguía sin ver nada en absoluto, no existía un final para esta tubería de gusano.

No sé, pero en un momento comprobé que algo resplandecía ahí abajo, se encontraba ya muy cercano, y cada vez lo veía mucho mejor. Ahora sé por qué no podía ver nada allá abajo; lo que allí nos esperaba era una gran mampara de cristal, o de algún material que yo desconocía.

Debíamos de proponer algo y rápido, pues nuestra velocidad era demasiado elevada y aunque fuese un cristal el impacto sería terrible. Nada se me pasaba por mi mente, observaba a Oyam, el cual el mismo problema que yo tenía. Debo decir que aquello parecía nuestro final.

En ese instante le comuniqué a Oyam lo único que creía que debíamos de hacer.

—¡Mi hermano, la única solución es romperlo como sea! Pero debemos de hacerlo ya.

Al instante de decir esto me llegó la pregunta ¿cómo? No lo podíamos ni tan siquiera intentar, esta era una situación demasiado extrema. ¿Qué debíamos de hacer? ¿Cómo debíamos de hacerlo?

Una desesperada idea llegó a mi mente, era la única, otra no había. Esta surgió en mí como lo hace la luz que rompe la oscuridad; llega de repente y sin dañar.

Esta era casi seguro la quinta puerta. Eso estaba ya claro en mi mente, aunque por otro lado me parecía una locura, una creación de mi imaginación.

Si era la puerta nuestra única salvación residía en encontrar cerradura. Sin más dilación escudriñé cada rincón de esa tremenda puerta. Así fue que en medio de esta pude atisbar un pequeño agujero. Llamaba

poderosamente mi atención, pues esa superficie era totalmente simétrica, pulida y sin fallos ni agujeros.

En ese mismo instante me corrió una fuerte corriente por todo mi cuerpo, era de alegría por supuesto, así sin más le dije al bueno de mi compañero:

—Oyam, mi hermano, mira al medio de esa mole de cristal, ¿puedes ver ese pequeño agujero?

—¡No, no sé qué es a lo que te refieres!

Automáticamente se lo señalé con el dedo.

—Bien esa es nuestra única salvación, o eso creo yo. Debemos de apuntar con la llave, lanzarla y acertar a la primera, no existen más oportunidades.

Oyam puso una expresión de terror total, pues en realidad tan solo teníamos una ocasión.

—Pero estás totalmente loco. ¿Cómo pretendes hacer algo así?

En esa caída torcí mi cabeza, lo miré y le dije.

—No lo sé, pero otra cosa no me queda por hacer, si es aquello que yo creo es lo único que podemos hacer.

En ese momento toda mi atención se trasladó a ese instante que vivíamos con gran intensidad. La caída, el lugar en el que estábamos y todo lo que habíamos pasado quedaba en otro plano.

Dirigí la punta de la llave a ese minúsculo agujero, sin pensarlo más la solté. Quedaba el esqueleto hacia abajo y la calavera como si quisiera mirarme.

De repente me di cuenta de que esa superficie parecía tener una fuerza desconocida para mí; pues la llave en cuanto la solté, fue como si la hubiese disparado con un rifle, salió disparada.

La llave sin que ninguno de nosotros los esperase, pues las posibilidades eran mínimas, impactó en aquel diminuto espacio que se podía ver a duras penas.

Tras un momento de silencio siguió de repente un crujir aquí y allá, el efecto producido por la llave comenzaba a tomar forma rompiendo un silencio total. Era como una sinfonía de vidrios al resquebrajarse. De repente una grieta que partía de esa especie de cerradura

comenzó a extenderse a la de carrera por esa superficie, tan lisa, tan homogénea, dando pie a un final el cual concluía en una especie de puerta, o a la vista eso parecía ser.

Al momento un apagado sonido dio paso a la desmembración de la quinta puerta, un instante después de que esta se formase, comenzaron a sonar los cristales estampándose contra el fondo.

Un fuerte desasosiego corrió por mi interior pues si los cristales cayeron contra algo material, eso quería decir que allí había un fondo. ¿Qué es lo que nos espera para terminar con nuestras vidas? Realmente, ¿qué más daba eso ahora?, lo que tendría que ser, sería.

Como si de balas se tratase así entramos por el hueco que había quedado, el cual formaba la puerta. Esta no era muy apreciada a nuestra vista, ya que en ella agudas aristas por todos los lados se distinguían, pero al fin y al cabo por otro lugar no podíamos pasar.

No sé bien por qué lo hice; pero justo en el momento de traspasarla el umbral de esa puerta grité con todas mis fuerzas.

—Por fin estamos traspasando la quinta puerta, ya solo nos espera el final.

En el preciso instante en que esta quedó atrás, nuestra velocidad comenzó a disminuir poco a poco, hasta que por fin a unos escasos metros del suelo acabamos por quedar suspendidos en el aire. Sin parar del todo pero con mucho cuidado por fin nuestros pies se posaron por completo en el suelo.

Al momento de posar nuestras plantas en esa tierra oscura y húmeda, lo primero que a mi alma llegó fue un tremendo dolor. Se mezclaban muchas cosas; pero lo más fuerte era la pérdida de mi hermano Lobo. Tanto lo quería, tanto lo necesitábamos, que en este momento me sentía totalmente desamparado. El dolor invadía ya todo mi ser, no había lágrimas; solo dentro de mis ojos una humedad se manifestaba ante tal dolor. Miré a Oyam, a este lo veía borroso como ve aquel al que las lágrimas no le dejan observar lo que delante tiene. Cerraba y abría mis ojos con el fin de que mis lágrimas saliesen al exterior, así estas profusamente invadían todo mi ser, solo internamente; al exterior nada se precipitó.

Los ojos de Oyam brillaban ello quería decir que él lloraba por dentro también. Daba mil gracias de que él estuviese a mi lado, esto daba pie a la más completa de las formas de apiadarnos recíprocamente. No había tiempo de nada; pero de un sincero recuerdo hacia mi amado hermano… para eso siempre existirá un momento en mi tiempo sin tiempo. Nos abrazamos y al momento nos sentimos un poco más reconfortados por el intercambio de nuestra energía.

Después nos separamos y ambos nos dispusimos a observar el lugar en el cual nos hallábamos, como todo en aquel territorio, lo invadía un tormento extremo, al cual ya me estaba acostumbrando,

Este era un lugar considerablemente velado; pues era más bien muy poco lo que se podía vislumbrar. El espacio entre las paredes era amplio, podíamos caminar el uno al lado del otro sin problemas. Los muros se hallaban recubiertos de esa especie de moco, el cual ya conocéis. Claro está que en ellas ninguna vida prosperaba. El suelo parecía estar cubierto de una especie de cieno blando y húmedo, a cada paso que dábamos era como si chillara: «está aquí mirad sus huellas». Parecía estar descompuesto a conciencia.

Si alguien viniese detrás persiguiéndonos al momento sabría que hemos estado allí y cuántos éramos y un largo etcétera. Realmente este lugar era en todo muy similar al lugar que ocuparé después de muerto. Mi imaginación en algún momento de mi existencia había recreado un sitio como este en el momento de ser enterrado, el estar bajo tierra sería algo muy parecido al terreno en el que descubríamos en ese momento.

Pero lo quisiera o no, sabía que ya había llegado el momento de ponernos en marcha. Así que miré a mi compañero, mi hermano, y le dije:

—Mi querido Oyam, creo que debemos de comenzar a caminar por éste nuevo pasaje, el cual no está elaborado; nos toca a nosotros el determinarlo.

Oyam ni tan siquiera levantó la vista, pero me contestó.

—El andar se demuestra con el movimiento y este produce la energía necesaria para seguir adelante, la necesito tanto que me

es absolutamente necesario que resolvamos comenzar sin dilación nuestra marcha.

De esta manera procedimos en nuestro empeño de seguir adelante. Podría decir que parecíamos dos almas perdidas que vagan entre dos estados diferentes de comprensión, en medio de dos mundos que quedan por manifestarse pero que para nosotros todavía no lo habían hecho, pues así nos dirigíamos. ¿A dónde? Gran pregunta pues no teníamos ni la menor idea, sabíamos que eso a ciencia cierta más adelante quedaría aclarado, lo dábamos como innegable.

Así pasado un tiempo de un caminar indefinido, pues en realidad ni tan siquiera teníamos la seguridad de estar en movimiento, a Oyam se le ocurrió algo que inmediatamente me relató. Era normal pues si algo se movía eran nuestros pensamientos, los cuales como locos llegaban a desbordarnos, por eso era muy bueno el poderlos sacar del interior. Estaba muy bien lo que Oyam contó, fue lo siguiente:

—¿Sabes, mi bien querido hermano?, tengo una especie de duda que me corroe un poco en mi interior, quizás no te parezca gran cosa pero para mí es algo que me tiene un tanto perdido. La duda de la que estoy al corriente que no es buena compañera; pero por la siguiente cuestión ella nace en mí y da vueltas todo el tiempo, no puedo darle solución. No tengo la más remota idea de las horas, días, semanas o meses que en este funesto territorio llevamos metidos, ¿cuánto tiempo llevamos aquí?

Aquí la noche y el día son homogéneos en mi noción, pues ellos se diluyen en esta perpetua oscuridad, llegando a confundirte de si es noche o día tal vez. Sin poder descansar aquí todo parece igual, incluso los minutos, las horas; nada parece avanzar. Me siento viejo, muy cansado, es un agotamiento interno, como si toda mi vida hubiese trascurrido ya delante de mis ojos.

»¿Cuándo ha sido la última vez que hemos dormido, o comido, o hecho nuestras necesidades? Y sin para un segundo ¿cuántas han sido las cosas que ya nos han pasado?, tantas sensaciones, tantos sentimientos. Mi estomago no se queja, no me pide nada, a mí me parece

tan extraño... Dime y sé sincero mi querido hermano. ¿Habremos muerto realmente?

Miré a mi querido Oyam, su pregunta formaba parte de mis dudas también; pero no podía ser un ser inseguro ahora.

—No creo que así sea, pero lo que sí instituyo es que: Mi querido hermano, invariablemente la vida transcurre sin pausa, cada segundo, minuto, hora que de ella se desprende es un momento más en el cual ya has muerto.

»Pero sí que es muy raro todo lo que expones, pues a mí como a ti también me ocurre todo aquello que tú has descrito. Por supuesto que sabemos que eso no tiene nada de normal. Ni tan siquiera habíamos tomado el desayuno antes de penetrar ese día de ese mes, quizás de algún año que ya quedó muy atrás. Con el tiempo que nos ha sobrevenido deberíamos de estar famélicos. No sé lo que ocurre pero mírame, pues yo te miro a ti y automáticamente me imagino cómo estaré. Debo decir que nuestro estado da lástima, por no encasillarlos en algo todavía peor.

En ese momento sin previo aviso y sin saber bien por qué un fuerte dolor comenzó a recorrerme la mano. Pensaba que no había razón aparente para que esto me estuviese pasando en este determinado instante, pero aquí todo tiene un porqué.

En ese farragoso túnel con esa sustancia que en nuestros pies persistía cada vez que la pisábamos, tenía la firme impresión ir pateando una especie de papilla cocida.

Ese túnel, al igual que otros, daba la sensación de que su final nunca aparecía ante nuestros ojos. Esto instantáneamente hacía que la idea de una trampa rondase por mi cabeza. El engaño te seducía con una condena en la cual perpetuamente deberías de vagar por el lugar más cenagoso y nauseabundo que la más calenturienta imaginación pudiese crear.

Mi mano, cada vez en peor estado, poco a poco me daba la impresión de que comenzaba a descomponerse. De un momento a otro los pedazos de la pútrida carne comenzarían a desprenderse y chocar contra ese suelo, con un asqueroso sonido. No me sentía ni medianamente bien, cada paso era más costoso que el anterior, según avanzaba tenía

la firme impresión de que mis fuerzas quedaban atrás con cada huella que formaba en este pútrido cenagal. El dolor se adueñaba de la poca consciencia que en mí podía quedar, era una insufrible situación.

Por nada del mundo quería que Oyam se enterase de ello, pues él sin mí sé que se sentiría perdido. No quería que se intranquilizase, pero muy en el fondo de mi ser sabía que él era consciente de todos mis dolores, de la decadencia que mi ser estaba atravesando.

Y después de trascurrido un espacio de tiempo el que no habría manera de definir de cuánto se trataba, algo en ese monótono lugar cambio al fin.

Podíamos comprobar cómo después de un recodo el camino divergía en un cruce de dos andurriales desagradables.

Por una de las entradas el camino seguía monótono, era igual de desagradable que el que estábamos transitando. Pero el otro estaba obstruido, como si se hubiesen llevado el trabajo de cegarlo, lo cual me hacía pensar que algo querían ocultar en esa entrada.

Decidí acercarme al que estaba trabado, le hice una seña a Oyam para que se quedara donde estaba, el cual a regañadientes obedeció.

Fue una muy grata sorpresa comprobar que mi nariz no se había muerto con tanto putrefacto olor, al cual ya me había acostumbrado aunque imposible pueda parecer. Esto lo puedo afirmar porque de ese lugar se desprendía un aroma tan delicado que incluso en mi mente había desaparecido. Daba la impresión de que me encontraba tras los muros de un jardín, el cual se situaba en una amable primavera. En él todas las flores agradecidas soltaban su más delicada fragancia. Realmente a mis fosas nasales llegó el autentico aroma que la vida exhala.

Oyam me miró con cara de asombro, la cual las circunstancias le permitían, pues a él llegó también parte de esa fragancia. Al momento dijo:

—Se me está atrofiando el cerebro o nos están tratando de volver a engañar. Pero ahí huele tan bien… son tantos los recuerdos que a mí me traen estas esencias.

Lo miré con una sonrisa plena en mi rostro y le dije:

—No, tú no estás sufriendo alucinaciones, pues de ser así los dos

lo estaríamos padeciendo; nadie nos está engañando. Estas son las emanaciones de la vida, la cual poco a poco se abre paso entre tanto desaliento y hedor que la muerte y la corrupción desprenden. Pero calla un momento, pues yo creo que no solo es la fragancia de la vida lo que ahí dentro se esconde.

Pusimos en ese momento toda la atención que podíamos y que en ese instante éramos capaces de reunir. Poco a poco pudimos darnos cuenta de que la llamada de nuestro amado elemento se producía; era el agua, la cual con muy fina y armónica llamada esperaba por nosotros.

Ambos nos miramos y sin decir palabra echamos a correr al lugar del cual procedía aquel cántico que hasta nosotros llegaba.

En el túnel en un principio había como unas grandes piedras que simulaban un derrumbe, después una oscuridad total. Seguimos un poco más y algo tocó mi cabeza, nunca me alegré tanto de que unas enredaderas que todo lo tapaban llegasen a mí. Estas no nos permitían ver lo que al otro lado nos estaba esperando.

En ese momento Oyam alzó la vista, con su mirada todo me lo decía, y esto no era otra cosa que desconfiaba de la realidad de ese lugar.

Pero ella era mi hermana, el elemento Agua, la cual tanto me había enseñado, ella me llamaba a su lado, por lo tanto no podía haber allí mal alguno.

De esta manera con ese nuevo sentimiento nos acercamos a las exuberantes enredaderas, yo en primer lugar y Oyam seguidamente. Tan solo la visión de estos seres vegetales ya en nosotros producía el elogio de la vida. Ellas nos parecían lo más hermoso que casi podíamos recordar, pues después de estar un tiempo aquí donde nada está vivo ciertamente, la vida se escapa incluso de los recuerdos.

Cuando ya nuestros destrozados cuerpos se hallaban bajo estos hermosos vegetales, sin decir ni hacer nada ellas se apartaron cual cortinas abriéndonos un paso por el medio.

Mis lágrimas se encontraron de repente en mis ojos, ellas salieron y mojaron mi rostro. No sé, quizás debido a la humedad de este maravilloso lugar.

Mi gesto, mi vello se puso de punta, todo en mi ser no daba cré-

dito a lo que delante de mi entelequia se encontraba, todo mi cuerpo era un absoluto escalofrió. Mi mente quería embargarme en el recuerdo de lugares ya pasados, de estancias demasiado especiales, las cuales no podrían llegarse a comparar; pero en este instante de desesperación esto era un paraíso.

Mi cuerpo cayó derrotado ante la visión de la más maravillosa y creciente quimera, desarrollada esta en el más absoluto antro de desolación.

Allí delante de mis ojos se podía observar el más extraordinario fragmento de una vida exuberante. Era increíble el vislumbrar un torrente de agua cristalina y pura, el cual llegaba desde muy arriba desplomándose en una hermosa cascada, a la cual Oyam llamó catarata. Esta caía por un desprendimiento de la montaña, por el cual se podía observar la luz del gran astro que directamente entraba, ese era el paraíso dentro del más horrendo de los infiernos. Las flores exuberantes eran frescas y sanas, había todo tipo de arbustos en los cuales podías recoger frutos diversos. Sacándome de este éxtasis el elemento me dio la bienvenida.

—Buenas os tengo que dar, muy contenta de veros a los dos estoy, soy muy feliz de que hasta aquí sanos hayáis llegado.

Mire mi brazo de soslayo y saludé a mi hermana.

—¡Ah mi hermana! ¡Cuánto es el placer que en mí representa el poder escuchar tus cantarinas palabras! Pensé que no volvería a poderte oír, aunque en lo más recóndito de mi interior sabía que el rumor que tu canto representa no se extinguiría en mi recuerdo, él a mí debía de volver tarde o temprano. Pero el observar ahora tu plateada persona exalta en lo más profundo de mí las ganas de seguir adelante. ¿Qué tendrá tú cuerpo que por donde se mueve la vida desenvuelve?

En ese resplandeciente instante un pajarillo dio sus más alegres y venturosos trinos. A este canto se unía el rumor constante que la corriente del río ofrecía, esta era una esplendida visión que nunca puede ser olvidada. Qué extraño resulta que cuando algo así a diario se presenta ante mí, no soy capaz de apreciar la belleza que en realidad todas estas pequeñas cosas a mi alrededor tienen.

Pero ¡ay amigo!, cuando esto te falta un tiempo como a mí ahora me ocurre; esos trinos que tal vez un día te molestaron, en el día de hoy a mis oídos llegan alimentándolos con estos sonidos como si la más armoniosa de las melodías estallara en mi interior envolviéndolo todo en esa energía que hace que mis pelos se ericen. De esto me daba cuenta mientras las lágrimas hidrataban mis resecas mejillas. Ahí me hallaba yo, totalmente ensimismado por el humilde trino del más sencillo de los pajarillos.

En ese momento fui interrumpido por la melodía del agua que armoniosa llegó a mí, y esto me dijo:

—¿Qué tal te encuentras mi bien querido? ¿Y cómo te encuentras tú también, mi buen amigo?

Oyam y yo le contamos a grandes rasgos lo ocurrido hasta el momento, le pedí que por favor informase de todo a su majestad.

Ella entre burbujeos me impuso al momento que le mostrase lo que estaba ocultando.

—¡Enséñame…! Perdóname mi bien amado, enséñame por favor con toda la premura que puedas esa mano, ese deteriorado miembro dañado por el mal.

La miré con una gran ternura, toda aquella que mi alma podía ofrecer, al momento le enseñé la mano.

Ella fue verla y al instante soltó un grave glug, glub.

—Mete la mano en mi ser mi bien querido, corre a introducirla en el cuerpo de tu bien estimada hermana. Más bien y mejor aun, ¿ves ese hueco el cual yo llevo comiendo durante tantos lustros?

La miré pues no tenía muy buena pinta.

—Sí lo estoy viendo.

—Pues es ahí donde tu mano debes introducir.

La miré sorprendido y le pregunté:

—¿Pero estás completamente segura de que este es el lugar más indicado para proceder a mi curación?

Oyam, el cual en un principio de este lugar parecía recelar, ahora aparentaba no dudar en absoluto ya que asentía con su cabeza positivamente.

Un segundo después sentí el rumor de mi bien querida hermana, esa que tanto bien siempre me había hecho.

—Mi bien amado, ¿es que ya no confías plenamente en mí? Si así es, creo que lo mejor será que te des media vuelta, y te marches. Daremos así por zanjado todo dialogo entre nosotros. Has de saber que es fácil en época de bonanzas el mantener la confianza, pero es en realidad en momentos como este cuando ambos debemos de demostrar el pleno compañerismo, la fraternidad que compartimos.

Mientras esta discusión manteníamos yo y el elemento, Oyam había aprovechado para saciar un poco su sed con el liquido elemento, mis ojos me mostraban la imagen que llegaba a mí estableciendo en mi interior una total confusión.

Bajé mis ojos y con ellos mi cabeza pues sentía realmente una vergüenza máxima; mi compañero, mi querido Oyam no había dudado en verter hacia sus adentros el líquido elemento y yo dudaba. Esto era el mundo al revés así sin más miramientos metí mi mano hasta el fondo del agujero.

En ese instante sentí en el elemento como un alivio y me dijo:

—Muchas gracias mi bien amado hermano, tú y yo seguimos compartiendo plena confianza. Debes saber que nunca en mi existencia me podría perdonar el perder un hermano como el que tú representas para mí.

Al principio nada notaba pero pasado un momento comenzó a escocerme mucho, cuando ese escozor era más intenso desapareció, y con él fue esfumándose todo rastro de dolor. Un instante después en mi interior sentía un alivio total.

Escuchaba la voz de Oyam como lejana y nada podía entender de lo que decía.

Todo comenzó a difuminarse, y un segundo después tan solo oscuridad podía ver a mi alrededor, entre esas tinieblas surgió una voz, esta era profunda, hueca y muy grave. Ella dijo:

—No, todavía no es el momento en el que yo debo visitarte. Este no está lejano; pero no en este instante.

Un poco asustado por la gravedad de lo que estaba ocurriendo

contemplé cómo el lugar cambiaba de forma y su luz se volvía tenue, casi penumbra. Tan solo esta se veía disuelta por una lóbrega luz rojiza. No existía río ni plantas, solo allí había ese tipo de roca blanda y asquerosa que ya conocía, y en una de ellas mi brazo estaba metido. Él se encontraba en una especie de cavidad, la cual no quiero ni describir; solo gusanos gordos y blancos por ese inmundo agujero salían.

Esa voz habló de nuevo.

—¿Qué, sorprendido? Tus preguntas llegan claras a mi mente. ¿Quién soy yo? Ja ja ja. Yo soy el germen de tu pasado, no existo en tu presente pero siempre permanezco anhelante de que tu futuro se encuentre conmigo; eso nadie ni nada puede evitarlo.

Estaba asustado y confundido, así que hablé sin pensar mucho; pues realmente quería que el resultado de mis palabras tomase realidad.

—Por favor, no comprendo lo que dices, pero lo que sí quisiera es poder ver con quién tengo el gusto de conversar.

—Tus palabras expresan algo que tu mente rechaza, pues el miedo te puede. Pero como rechazas la duda, has tomado la decisión de querer enfrentarte al miedo. No me disgusta.

En ese momento en mi parte izquierda comenzó a disiparse la oscuridad por una luz más cálida. Podía entrever una figura la cual en un principio no podía casi describir, pero paso a relatarlo como buenamente pueda.

Lo primero que me llamó la atención fue su vestimenta; pues de momento era lo que podía describir. Esta era como una especie de capuchón negro de una sola pieza, parecía estar abierto por delante, pero en la posición en la que este ser estaba sentado no podía asegurarlo. Su cabeza estaba cubierta con la capucha y nada de su rostro podía ver; toda esta prenda de ropa era negra.

Sé quién era, no hacía falta que nadie me lo exprese, se lleva hablando tanto tiempo de ella que realmente no hacía falta que nadie me dijese quién era. Así que sin más pregunté:

—Eres la muerte, podrías responder a una pregunta, ya que tengo entendido que quien te ve es porque tú vienes a buscarlo. Dime, ¿ha llegado mi momento?

Una risotada tan fuerte llego a mí, esta resonó por todo aquel lugar.

—Estáis muy mal acostumbrados, en alguna ocasión he decidido hacerme visible ante algún ser que creí que se lo merecía. No tengo una existencia con el fin de asustar; mi trabajo es el de guiaros, no soy ni siquiera aquella que causa vuestro fin, más bien soy quien, visible o invisible, os ayuda a soportarlo.

»No me muestro por no querer causar una expectativa de lo que soy; pues diferentes imágenes me han impuesto y ninguna favorecedora me ha representado. El absurdo del hombre es personificar incluso esa etapa cumplida, es solo una etapa más, incluso es más duro el nacimiento que la muerte. La muerte la deben exponer como lo más horrible, tenebroso y espelúznate que podamos atravesar en nuestra existencia. Lo comprendo, pues de no ser así la mayoría no estaría dispuesto a sufrir las diferentes pruebas que se imponen en su crecimiento y evolución, ya que sería mucho más sencillo abandonarse a la muerte una vez tienes consciencia de lo que es. ¿No lo crees así?

Me sentía absorto por lo que me estaban desvelando, pero era muy coherente.

—Realmente siento que me estás ofreciendo una gran verdad, he estudiado a esos seres que llamamos raza humana, debo decir que tienes toda la razón, si ellos supiesen qué es la muerte y qué les espera al otro lado, seguro que no se quedarían en esta existencia de sufrimiento.

En ese momento giró la cabeza. Yo me esperaba encontrar una calavera, pero un hermoso ser al que no podría ni tan siquiera definir su sexo me miraba con unos ojos grises muy profundos, y dijo:

—Ese es otro gran error muy común, si planteases la vida como un aprendizaje en esta dimensión en la que desarrolláis vuestro conocimiento, desde ese momento todo cambiaría, pues seriáis felices alejados del ego y las dudas, todo lo que realmente os tortura desaparecería, comenzaríais a comprender que no hace falta sufrir para recoger conocimiento, que él está en todo, que si sufres es porque realmente lo has decidido así.

En ese momento comencé a escuchar la voz del elemento, y esas luces bajaban su intensidad, pero antes de que todo cambiase escuché que me decía.

—Nunca des nada por sentado, nunca dejes que tu imaginación se imponga y ordene que todo es como ella lo plantea, pues en un segundo todo puede llegar a trasmutar, y lo que ahora es maravilloso un segundo después puede convertirse en odioso, o en lo que te lleve a finalizar tu existencia.

Todo cambio completamente, el río, las plantas… de nuevo estaban ahí y ahora escuchaba claramente como el elemento me decía.

—¡Ya es el momento de que saques tu mano!, pues ahí no puede seguir por más tiempo. Pero ¿qué es lo que te ocurre? ¿No me estás oyendo?, lo que se tenía que hacer ya está hecho, saca la mano ya.

Reaccione al momento pues sentía la tensión de Oyam y la del agua, así que sin más saqué de allí el brazo. Mi sorpresa fue total al ver que mi brazo y mi mano no se podían ver, más bien lo único que se veía era una especie de barro de color marrón verdoso. Esto me llevó a que en un primer momento el susto fuese considerable, pero antes de que yo pudiese decir algo de lo que seguramente más tarde me podría arrepentir, el elemento me dijo:

—Introduce eso que debe de ser tu miembro ahora en mi cuerpo, contempla el resultado con toda la tranquilidad que puedas reunir, y de nuevo te digo: no dudes de mí.

Seguí sus instrucciones sin miedo ni duda, introduje mi mano en mi amado elemento, al momento todo aquel barro se diluyó, un instante después mi piel quedó limpia. Podía ya advertir su color y textura, como siempre había sido. No lo podía creer, mi mano tenía aspecto de total restablecimiento. Daba la impresión de que nada le hubiese pasado.

Al momento la saqué de la entidad, de mi amado elemento. Por mi extremidad discurría el agua. Miraba mi brazo y, como con la vista no podía creer lo bien que se encontraba, tuve que tocarlo. Cuando el tacto me devolvió su consistencia, su estabilidad, salté de alegría.

Mi querido Oyam, al cual poco le faltaba para unirse a las celebraciones, se puso a dar brincos de júbilo. Sabía que esta era una algarabía que salía de su corazón; pues había sufrido mucho en silencio por mi padecer. Al verme ahora recuperado se dejaba embelesar por la felicidad. Mientras la euforia nos embargaba y nosotros por ella nos dejábamos llevar, no nos dimos de cuenta de lo que allí estaba aconteciendo. ¿Qué es lo que creéis que fue?

Lo que por mi corta existencia en este mundo nunca creería se llegase a producir: el elemento tomó casi forma humana. Os estaréis preguntando que cómo logro tal acción.

Bien, os diré que en aquella especie de cascada, mi querida hermana comenzó a presionar los componentes de su cuerpo, dando así una compleja constitución a cada átomo de este elemento. De esta manera, cuanta menos separación entre estos hay; más dureza se produce, o eso es lo que yo creo. El amado elemento fue constituyendo una forma, poco a poco las líneas de un cuerpo femenino se definían sin dejar nada a la imaginación. En este hermoso cuerpo lo único que no se llegaba a distinguir eran sus pies, pero eso es natural, pues quedaban en el rompiente de la cascada, donde la espuma de las aguas se formaba. Esta era una figura muy alta, no podría aventurarme a decir los metros que llegaba a medir. Toda ella era muy esbelta, estaban muy bien establecidas sus medidas.

Los cabellos integrados por millones de pequeños hilos de agua, los cuales llegaban a entreverse de diferentes colores desde el verdoso al azulado pasando en su caída a una trasparencia impoluta, se precipitaban contra el suelo; pero antes de poder percibir el declive de uno otro ya ocupaba su lugar, esto daba una impresión de movimiento continuo, al igual que si el viento los estuviese meciendo.

El pecho lo formaban dos salientes rocosos que en el lugar se encontraban, ella los empleó muy acertadamente para dar el efecto de esos hermosos bustos, de esas rocas nada se veía pues la espuma del agua en su presión del todo las cubría; pero se adivinaba que allí se encontraban. Podría asegurar que mi querida hermana los fue moldeando a su gusto, día tras día, mes tras mes. ¿Quién sabe el tiempo empleado?

Era bellísima, sus rasgos eran únicos, no se podía encontrar una similitud a aquella magnífica hermosura, ella era una autentica majestad natural.

En ese momento nos preguntó algo que no sé si realmente mi amado elemento lo hubiese dicho.

—Sed sinceros, ¿os gusta mi aspecto?

Sin pensarlo ambos contestamos francamente.

—Por supuesto que sí.

No podía reprimir mi pregunta así que la solté.

—Dime y se sincera ahora tú, ¿es ese el aspecto que te gustaría tener?, ¿o es el aspecto que a ti te gustaría que los demás descubriesen en ti al manifestarte ante sus ojos?

Ella sin tardanza enseguida me dijo.

—Este el aspecto que a mí me gustaría tener por supuesto; pero también es el que gustosamente mostraría a los que me contemplasen y en mí viesen la verdad de lo que soy.

»Pues has de saber mi bien querido que nosotros, los cuatro hermanos, somos capaces de adoptar las más raras y múltiples formas, aquellas que ni tan siquiera podrías imaginar, pues todos somos muy moldeables. Fíjate en el aire, él os ha ayudado ya un par de veces y ni tan siquiera os habéis percibido de ello.

Me paré a reflexionar en lo que me decía de mi amada hermana, ¿cuándo el elemento aéreo estuvo a mi lado? Esa era la cuestión que debía desvelar. Trataba de inspirar mi imaginación para que me llevase al momento, sin reflexionarlo excesivamente por fin caí en la cuenta de cuando él lo había consumado.

—Ha sido el que con la potencia de su cuerpo etéreo nos paró en las dos grandes caídas, las que en este maldito lugar hemos tenido que sufrir, ¿no es así?

Esa figura de la mujer acuática incluso parecía expresar con satisfacción mi respuesta.

—Por supuesto que fue él, aquel que de una muerte segura os apartó. Has de saber que se halla un tanto dolido, pues debido a vuestra ignorancia ni tan siquiera las gracias le habéis dado.

Miré aquella colosal figura y un poco aturdido e incluso perturbado por lo que acababa de escuchar dije:

—Pero qué mala puede ser de vez en cuando la ignorancia, pídele mil disculpas de nuestra parte, explícale un poco lo sucedido. No olvides darle un millón de gracias.

La cabeza del elemento bajó un poco como si hiciese una reverencia y exclamó:

—Así se hará sin ninguna duda. Ha llegado un momento trascendental, es el momento en que debéis introduciros en este cuerpo creado para vosotros, de esta manera conseguiremos que toda la raíz causante de vuestro desaliento y cansancio desaparezcan.

Sin duda alguna lo llevamos a cabo casi antes de que ella hubiese terminado la frase, realmente comenzamos a quitarnos la ropa para entrar en aquella hermosa visión.

—No, mis bien amados, la ropa está tan impregnada de la energía que habéis aquí recogido casi como el resto de aquello que sois; por lo tanto debéis entrar completos, no deshaceros de nada.

No preguntamos y así lo hicimos, fue una reconfortante y sorprendente experiencia.

Mientras escuchaba el trinar de los pajarillos que se hallaban en lo alto, dejaba mi cuerpo relajado. Este flotaba sin esfuerzo debido a la densidad del agua, sentía como todo lo que tanto me pesaba, como los recuerdos horribles y mi extremo cansancio se alejaban de mi ser, cayendo al fondo de aquel estanque. De repente el amado elemento comenzó a producir unas agradables burbujas, señal de que el baño reparador se había acabado.

Debo decir que salimos como nuevos del cuerpo de nuestra querida hermana, el elemento.

—Mis bien amados debo de comunicaros que hasta aquí ha llegado nuestro encuentro, ya es el momento en el que debéis de abandonar este lugar, seguid ese camino que tan solo vosotros habéis elegido. Yo como conocedora un poco de este lugar, debo de adelantaros que poco ya os queda por caminar, aunque nunca el sendero se halle acabado; pero para bien o para mal el término de

este se encuentra ahí adelante, muy próximo. Seguidamente lo comprobaréis.

Sin decir palabra, cosa rara en nosotros, medio angustiados y con la cabeza gacha, salimos de aquel maravilloso lugar.

De nuevo llegamos a ese sitio que una vez fue el principio y hoy es el final, de nuevo al cruzar aquellas exóticas y maravillosas enredaderas. Un paso más allá de esa exclamación de la vida, estas se cerraron a nuestras espaldas.

El horrible hedor a nosotros volvió, es lo primero que nos traía de nuevo a la realidad que estábamos llevando a cabo.

Es casi increíble cómo nos habituamos a las circunstancias a las cuales debemos de exponernos. Pues nosotros anteriormente ni siquiera apreciábamos ya el hedor que por todo este ponzoñoso lugar se desplegaba. En este preciso instante y después de oler las fragancias que la vida nos aporta, ahora esta pestilencia nos golpeaba con toda su fuerza, incluso volvía casi el vómito a mi ser, y con él un mareo incorregible. Sabía que esto marcharía pronto pues ya por ello había tenido que pasar.

Por si la fetidez no fuese suficiente, debíamos pisar de nuevo ese suelo pernicioso que pringaba nuestros pies. Por último, alzar la vista y contemplar las ponzoñosas y peligrosas paredes que por todos lados nos rodeaban, esto casi puede con mi ánimo.

Pero en realidad solo era un lugar por el cual transitar. Nosotros ahora nos sentíamos como nuevos, nos encontrábamos más pulcros por fuera y por dentro, nuestro corazón loaba su estado feliz y contento. Realmente puedes ser el ente más andrajoso que puedas contemplar, y sin embargo en tu interior ser la persona más feliz y limpia del planeta.

Así que nos miramos y nos pusimos en marcha por la única bifurcación que en este instante se mostraba a nuestros ojos. Debíamos de llevar por lo menos andando ya casi una hora, bueno, ya sabéis que el tiempo aquí… Lo horrible es que daba la impresión de que este lugar siempre parecía igual, nada en él cambiaba y eso te desmoralizaba, pues parecía no tener fin.

Como casi siempre que en este lugar llevo a cabo una afirmación mental, algo llega y nos demuestra lo equivocados que podemos estar.

Ya casi había olvidado lo que el elemento nos había comunicado, y no se equivocaba. Pero quiero afirmar que esta había sido la gruta más larga de las que hasta el momento habíamos caminado, o eso realmente es lo que a mí me pareció.

Y así sin esperarlo Oyam habló.

—No sé por qué, pero este lugar me resulta muy extraño desde que hemos entrado.

Lo miré y pensé que se refería a lo largo que se le había hecho como a mí.

—No sé a qué te refieres, pues este en este sitio nada hay que sea normal.

Él me miró extrañado y dijo.

—Pues bien, cuando comenzamos nuestro viaje descendimos muchísimo, todo el tiempo fue como quien dice en descenso. Creí incluso que nos hallábamos bajo tierra. Pero cuando abrimos la cuarta puerta resulta que estamos en un lugar altísimo, ni siquiera en la falda del volcán, puedo llegar a asegurar; pues después nos vimos obligados a tirarnos. Nuestra caída fue larga, muy larga hasta llegar a este nivel. Puedo decir que yo ya no entiendo nada.

Lo miré y supe que lo primero era sacarlo de ese estado.

—Escúchame mi hermano, has de saber que antes de entrar en esa puerta sí nos encontrábamos muy por debajo del nivel de la tierra; pero yo creo que aquí las puertas no son como las de una casa. En tu casa pasas de una habitación a otra, así de simple, nada más. Aquí una vez que por la puerta pasas es como si te trasladases de un lugar a otro totalmente diferente, no a una habitación contigua, ¡qué va! Realmente podrías estar pasando de un lugar a otro que esta a miles de kilómetros, e incluso en un mundo diferente, en un lugar diferente en el tiempo. Esto lo comprendí primero cuando el selegna medio muerto fue recogido por sus hermanos sin que pudiésemos casi ni ver de dónde venían. Después, cuando pasamos al lado de ese dragón, ese ser de un tiempo arcaico me hizo pensar que estábamos en un tiempo y un lugar lejano.

»El espacio y el tiempo son algo indefinibles y casi incomprensibles, solo podemos acercarnos a desarrollar un poco lo que nos deja

entrever en el mismo espacio; pero en un tiempo diferente sigue aconteciendo aquello que ha ocurrido en una época pasada.

Oyam abrió los ojos y dijo.

—Puedo entender que lo ocurrido en el pasado pueda seguir ocurriendo y por eso podríamos llegar a ese pasado. Pero dime, ¿y el futuro?

—El presente de hoy fue un futuro ayer, él se convertirá mañana en un pasado, por ello se desarrolla de una manera tan extraña, y por ello a veces te puedes adelantar incluso al presente. ¿Me entiendes? —Oyam asentía a la explicación que le estaba dando y al comprobar que me entendía, que su atención se hallaba en mis palabras continué—. Has de saber, o eso creo, que estas puertas deben de ser todas diferentes, es necesario que sean seis. Pues el seis es la dualidad tres veces, y cuando la dualidad se une en este número forma la vida. O sea; padre, madre e hijo. Creo que de algún modo el ser que encontremos solo pide ser amado y tener la descendencia que le fue negada.

A mi entender creo que si en nuestro camino atravesamos más de seis puertas, es que nos hallamos totalmente perdidos.

¿Comprendes lo que te he explicado?

Ahora sí que mi querido hermano estaba perdido.

—Pues más o menos creo que casi todo lo he entendido, y aunque no sea así llegará un momento en que de ello te pida explicaciones.

Yo lo miré y sabía que realmente él se hallaba liado por la mezcla en sí.

—Vamos a ver, ¿comprendes o, más bien, alguna vez has escuchado hablar de las diferentes dimensiones?

Él afirmativamente movía su cabeza.

—Algo me han explicado en la escuela, aunque en realidad entre el poder hablar con el elemento, mi atención y mi tiempo no estaba en ello; por eso no sé casi nada del tema.

—Escucha ahora con atención entonces. Esas son puertas dimensionales, lo que quiere decir que sus dimensiones son casi inexplicables; pues pueden conectarte al pasado, presente o futuro como antes he dicho. Cada puerta está conectada a la siguiente, sólo puede conectarse con ella, no con otra. De hacerlo quizás el espacio tiempo se pudiese

incluso plegar y desaparecer. Sería una forma de llegar entonces a una dimensión diferente. Pues estas puertas nos llevan en la misma dimensión pero a tiempos diferentes. Realmente si nos hallásemos en una dimensión diferente sería un caos, pues no estaríamos preparados para ello y seríamos nosotros quienes nos llevásemos la peor parte de lo que pudiese ocurrir.

»Pero quedémonos con lo más normal, esa puerta se puede hallar incluso en una parte muy alejada del universo. Mira, las dimensiones de nuestro universo se establecen en el espacio y el tiempo. Quizás en una dimensión paralela diferente en un lugar desconocido nada tenga que ver con lo que aquí establecemos como inmutable.

»Incluso en tu cuerpo existen estas dimensiones, imagina que ahora te encuentras en la cadera; pues bien, la puerta que se halla en ella está comunicada con los pies, pues de la cadera se puede pasar a los pies a través de las piernas, pero también tiene comunicación con la cabeza, y la cabeza a su vez con los hombros a través de la clavícula. Cada puerta tiene conexión con una en particular; para llegar de los pies a los hombros debo pasar por la puerta de los tobillos, las rodillas, la cadera, la columna vertebral, la clavícula y de ahí a los hombros. ¿Comprendes? Te darás cuenta de que todas y cada una de esas conexiones son necesarias.

»Por poner un pequeño ejemplo sé que de el lugar en el que yo he estado y al cual parece que pertenezco, una mujer un determinado día el cual nada tenia de especial salió de su casa, montó como siempre en su coche y se dispuso a echar gasolina en la estación de servicio que acostumbraba. Esta entretenida con la música y no se dio de cuenta de nada, de lo único que se dio de cuenta fue que en el momento de ir a pagar le dijeron que allí solo tenían valor los pesos mexicanos. Ella sin saber cómo ni por qué se hallaba en el otro lado del mundo. ¿Comprendes lo que estoy tratando de decirte? Estas puertas no tienen por qué ser ni siquiera como crees que es una puerta.

Él, con sus ojos como platos, dijo:

—Está bien, ya comprendo más o menos la mecánica de lo que puede pasarnos. Lo que ocurre, lo que no entiendo es ¿cómo se produce, qué es eso de un coche, qué son pesos, qué es México?

Lo miré y me eché a reír por lo que acababa de decir.

—Mi bien querido Oyam, cómo se produce eso ni el más sabio de entre los más eruditos lo entiende, y por ello se da a esto como una falsedad; pero algún día dependiendo de la evolución de esta raza quizás puedan llegar a descubrirlo. El resto algún día te lo podré explicar.

Dejando un poco nuestra conversación atrás, llegamos a una especie de recoveco que hacía el camino. Nada se podía ver más allá del principio de esa nueva afrenta. Afiné mi oído todo cuanto buenamente pude.

En un principio nada podía distinguir, pero poco a poco comencé a discernir como una especie de murmullos. Miré a mi hermano y seguimos adelante así con unos cautelosos pasos y nuestras armas alerta. Rebasamos aquella especie de curva. Justo al finalizar esta se abría una amplia sala en la cual se podía ver lo que parecía la estancia de un hospital.

En ella pudimos observar a toda clase de personas heridas, desde entelequias, las cuales portaban grabes heridas producidas por accidentes muy variados, a heridos de guerra. A estos se les podía llegar a ver grandes y horribles heridas de la más diversa consideración y gravedad.

Más allá, en una especie de sala mayor se hallaban personas que portaban las más insólitas enfermedades. Los veía desde vomitar sangre, a perder su piel mientras se caía a trozos. Lo que estaba claro es que allí por algún motivo que no terminaba de comprender, se hallaba una gran recapitulación de las diferentes dolencias, las cuales podían agregar a cualquiera un mayúsculo sufrimiento de muy diversas maneras.

Los dos nos quedamos desalentados y totalmente estáticos por lo que delante de nuestros ojos se estaba desarrollando. Oyam preguntó como si lo hiciese al vació.

—¡¿Qué es lo que aquí se está produciendo?!

Lo miré y tan solo pude decir:

—¿Pues no lo ves?, aquí nada se origina. Recuerda lo que en el bar se desarrollaba a través de la seducción y la mentira; los tenían sometidos a su último pensamiento, a su última vivencia en ese otro lugar del cual procede cada uno de ellos.

»Todos los que aquí se encuentran acabaron sus días sufriendo extremadamente en una sala de hospital, su inhumana experiencia en un campo de batalla, una enfermedad o un accidente los ha llevado a esa clínica del sufrimiento eterno. Eso fue lo último que pudieron ver, en ese lugar exhalaron su dolor continuo, este los llevo a pedir ayuda a quien pudiese o a quien quisiera dársela. Después de eso llegó la muerte y pensaron que todo terminaría; pero aquí los esperaba este infierno, donde el tormento es continuo. No esperes alivio aquí, pues tan solo ese dolor profundo y casi inaguantable es lo que este lugar les ofrece. Aquí estos pobres incautos van a encontrar una forma más intensa de dolor, ya que cuanto más intenso este se vuelve, más energía negativa de ellos se exhala. Me pregunto yo, ¿pero no han padecido ya su mal en ese hospital en ese otro lugar?

No os podéis imaginar lo que aquí se podía tropezar, os he descrito el bar. Ese era un antro horrible no hay duda; pero no os hacéis una idea de lo que delante de mi persona se descubría.

Las camas estaban todas ellas oxidadas. La suciedad era algo visible y vomitivo a la vez. En aquello que parecían sábanas y mantas se podían observar pedazos verdes y marrones, disueltos en manchas que tenían diferentes dimensiones y en diferentes lugares de estas camas. Estos cubrían casi todo lo que en un momento debió de ser su color natural, el cual solo se podía entre ver en la parte en la cual las sabanas se unían al colchón roído y podrido de la cama. En algunas partes de esta los vómitos secos con pequeñas gotas de sangre reseca se veían colgar de la almohada, o así podía calificarla aunque más bien era un tormento más.

Daba la impresión de que alguno de estos necesitados seres, vomitaba muy a menudo, pues su vomito no solo quedaba en esas sabanas, más bien lo iban almacenando en una especie de bacinilla, en la cual otras excrecencias con ellos mezclaban. Esa nauseabunda mezcla se podía encontrar en otras muchas partes de ese mal oliente lugar. Aquí y allá se podían ver ese tipo de bacinillas, en las cuales casi su contenido, esas sustancias mezcladas que prefiero no tener que describiros más, se desborda.

En una de las primeras camas pude ver cómo un pobre hombre se

retorcía de dolor, pues un ser que no podía identificar pero que hacía las veces de enfermero, le vendaban una pierna de color violáceo verdoso, de la cual supuraba un líquido blanco y amarillo. Al momento sabía que era pus, esta salía a borbotones con su color amarillento y con trozos rojos que eran sangre casi coagulada; era horrible. La venda con la cual le estaban aplicando ese vendaje daba toda la impresión de que la habían sacado de un vertedero. Toda ella estaba llena de excrecencias de todas las formas y maneras que se pueda uno imaginar, desde sangre seca o no sé qué, otras cosas podrían haber sobre ese trozo de tela.

Todos los seres que allí se hallaban sufrían de horribles maneras y este sufrimiento implicaba los más punzantes dolores. No terminaba de entenderlo, si estaban muertos, ¿por qué querían seguir sufriendo?

Al momento otro pensamiento llego a mí: ellos ni siquiera comprenden su estado, a través de la seducción siguen en ese pasado. En cualquier momento podrían decidir dejar esto y marchar, pero es tanto ese sufrimiento que incluso les impide el poder tomar una decisión.

Cambié mi vista hacia otro lado y allí un viejecito se quitó esa venda pútrida y asquerosa la cual tan solo le proporcionaba más dolor. Mi sorpresa fue lo que esa venda ocultaba, ello era un tremendo agujero en la pierna que dejaba ver casi lo que había en el otro lado, pero eso no era lo peor.

Pensad en un hierro oxidado atravesándoos la pierna, el resultado final sería lo que este pobre viejo soportaba. Al fin y al cavo eso no era lo peor, lo más infame se produjo cuando se quitó el trapo que le cubría ese agujero, de él comenzaron a salir cientos de gusanos gordos y blancos. Estos lo estaban poco a poco comiendo y haciendo que esa herida cada vez fuese mayor. Tantos eran que en un momento la herida dejó de verse, lo único que se veía era una masa informe de gusanos y pus.

El viejo en ese instante al ver aquello soltó un grito de dolor desgarrador. Una especie de cuidador, aquel que había visto con anterioridad vendando la pierna de ese otro desgraciado, se hallaba en la otra punta de esa sala, levantó su cabeza y se puso en movimiento apresuradamente. En un instante se encontraba frente al camastro de ese pobre ancianito, el cual solo tenía ojos para aquella vejación que estaba soportando.

Ese cuidador sin poderse reprimir se puso a chillarle, pero un instante después cambio el tono y la energía de su voz y le dijo:

—Ay, ay, ay, ¿por qué te has quitado la venda? En un momentito te voy a curar y ya te sentirás bien.

Ese cuidador se acercó a la pierna de este pobre ser, y sin esperar lo que estaba a punto de suceder, nosotros observábamos para comprobar cómo lo sanaría. ¡Qué radical fue nuestra desagradable sorpresa al ver lo que este inmundo cuidador le comenzaba a hacer al viejecito!

Éste ser metió un dedo en la herida de ese pobre anciano sacándole de esta manera con unas sucias y largas uñas los gusanos, los pedazos de carne pútrida y el pus. El resto de los cuerpos de esos gusanos ahora corría por la mano de ese repelente ente.

Este miró su mano toda ella llena de esas excrecencias y se llevó esa mano a la boca y comenzó a saborear lo que por esta se desprendía, como si de un manjar fuese este tenía una expresión de disfrutar de ese nauseabundo sabor. Algunos de aquellos blancos gusanos caían por la comisura de su boca, mezclados con sus propias babas. Antes de que llegasen a caer sacaba una larga lengua y relamiéndose volvía a meterlos en su boca masticándolos seguidamente. Una vez acabado este asqueroso sustento dijo:

—Como puedes ver ya está terminada la desinfección de tú herida, deberías de darme las gracias. Es una pena que no produzcas más de esos deliciosos gusanitos; pero no me extraña, con tan poca carne ¿cómo pueden crecer? Anda, vuelve a ponerte la venda; pues espero que esta vez la aguantes un poco más, ya que lo que me has proporcionado no es una pitanza suficiente, más bien muy escasa.

El anciano con la mirada en el suelo exclamó:

—Lo siento, mil perdones te pido, pero ya no lo podía aguantar más. Te prometo que la próxima vez serán muchos más y más gordos los gusanos que por mi agujero salgan a tu boca. Muchas gracias por todo.

Sin dilación este pobre ser se dispuso a ponerse de nuevo esa humillante y sucia venda.

No os he dicho que él era un hombre de color. Solo me había fijado que su tremendo agujero, lo tenía en su pierna derecha.

Un tremendo escalofrió recorría todo mi ser, en mi interior comenzó una revolución inesperada. Mi mente no quería ni sopesarlo; pero mi cognición la obligaba a que siguiese razonando. Muy, muy dentro de mi ser resonaba por todo él una frase tan solo: «Esto no puede ser».

En el preciso instante en que se incorporo no me quedó ningún rastro de duda, era él. Era ese ser que tanto compartió en mis cacerías, al cual yo había pagado tan cruelmente. Sí, así es; era mi guía, aquel al que yo le había pegado un tiro. Ahora ante mis ojos podía ver las consecuencias de tan funesta decisión.

En ese momento mi entelequia se quiso… ¿cómo decir…?, enmascarar en aquello que no era para no tener que afrontar lo que sí era.

Mi reacción física fue que mi cuerpo se echó hacia atrás, como si se pudiese olvidar de la realidad que delante se formaba. Oyam, que nada sabía, me dijo:

—Sí que ha sido repugnante; pero después todo cuanto hemos contemplado y por lo que hemos tenido que pasar esto es cruel pero no para que reacciones así. ¿Qué ocurre?

En ese momento lo miré con los ojos vidriosos porque las lágrimas no podían salir; pero esto no ocultaba el tremendo sentimiento de culpa que mi cara, mis ojos y todo mi ser exhalaba.

Recordando le conté a Oyam todo aquello de lo que en el hospital me había enterado.

Oyam me miró y dijo:

—Excúsame por mi actitud, mi querido hermano, ahora sí que entiendo tu conducta. ¿Qué es lo que propones que debemos de hacer?

No pude encajar lo que me estaba ocurriendo, poco a poco me tuve que rehacer internamente. En el mismo instante en que conseguí articular palabra le dije a Oyam:

—Creo que es nuestro deber ejercer de genuinos cirujanos de la luz. Es muy urgente que demos tratamiento a todos los sufrientes que en este lugar se encuentran, ¿no lo crees tú así?

Oyam me miró y sonrió diciendo:

—Por supuesto, ya no veía la hora de que comenzásemos a exterminar este malicioso sufrimiento. ¿Por dónde debemos comenzar?

Lo miré y contesté raudo a su cuestión:

—A ese anciano al que tanto mal he hecho es el primero al que le debemos extinguir toda la sombra que en él se encuentre, y así restablecer en su lugar la luz que tanto necesita.

Oyam me miró y no estaba de acuerdo, así que me dijo:

—A mi entender sería mejor que inicialmente transmutemos al enfermero, pues como esbirro del mal seguramente debe de ir armado.

Justamente ese ente, el esbirro de toda oscuridad dirigió sus pasos al lugar en el cual nosotros nos hallábamos, me pareció bien pues de esta manera la decisión estaba tomada.

Al igual que dos estrategas dejamos que este ser se acercase más al lugar en el que estábamos. Cuando ya sus pasos eran audibles e incluso el olor de su fétido aliento hasta nosotros llegaba, de un salto nos afianzamos delante de él, en ese preciso instante yo pedí la luz a mi bastón, la cual ella como de costumbre no falló.

Este ser que nunca se pudo imaginar que algo así lo perturbase en un lugar tan seguro como en el que se encontraba, recibió el potente impacto del chorro de luz que mi bastón liberaba.

Al momento comenzó a dar unos alaridos y una especie de gruñidos. Fue toda una sorpresa el comprobar que no se trataba de un ser oscuro. Era un ser humano que seguramente en su vida había ejercido la profesión de médico; pero seducido por el mal y la oscuridad, debió de hacer grandes escarnios, y no dejaría de lado esas drogas legales las cuales en todos los hospitales se hallan al alcance de cualquiera que de ellas entienda. Es indudable que así su pena lo llevo a cometer los actos más miserables y censurables.

Un segundo después de implantarse en él la luz, esa techumbre se iluminó y de nuevo esa puerta hacia un lugar mucho mejor se abrió. Ruborizado me dio las gracias por la rotura de las más pesadas cadenas que ataron tanto tiempo su existencia, sin más ascendió.

No sé por qué, pero siempre me emociono pues nunca acabo de acostumbrarte a contemplar algo así.

Así, sin más dilación, por fin llegó el momento en el que nos dispusimos a darles la libertad a todos y cada uno de aquellas pobres víc-

timas. Jergón por jergón fuimos dando la luz a todo el que en pleno sufrimiento se encontraba. No era el momento de elegir a uno u otro primero, todos tenían el mismo derecho. Por fin se presentó la ocasión de dar la luz a aquel que fue mi guía de caza, con el que sin siquiera pensarlo tantas cosas había pasado, y que es seguro que en más de una ocasión me había salvado la vida.

Aquel hombre de color me miró y se produjo lo que menos esperaba. De repente puso una mueca de horror total, se echó los brazos a la cabeza y como pudo se lanzó a correr, según corría se le podía entender.

—Por favor mi amo, no me dispare, y si lo hace no vuelva a dejarme vivo para que la negra sombra a mí vuelva, por favor amo.

Esto quería decir que uno de los pensamientos con el que lo habían seducido era el miedo a mi persona, es por ello que me reconoció sin problema.

La debilidad se apoderaba de mí con la misma rapidez con que las lágrimas amargas por mi mejilla intentaban deslizarse. Sacando fuerzas de lo más profundo de mi corazón, elevé de nuevo mi bastón. ¡Qué prueba más horrible para los dos!, ya que de una u otra forma le iba a disparar de nuevo, no para matarlo; más bien para ayudarlo a dar el salto a una existencia nueva y diferente.

Lo absurdo de esta situación, es que él no lo sabía, lo único que podía contemplar era que de nuevo con mi arma lo apuntaba antes de que el disparo final se produjese.

Debía romper esta situación de aprensión y estrés profundo, así que sin más solté la luz de nuevo. Lo que me sorprendió mucho es que esta no salió con la fuerza que habitualmente lo hacía. Ella emergió sumisa y disciplinada. Es una deflagración de un fulgor al cual nutres, por ello depende de lo que su alimento le porta para poder ascender en su fortaleza. Esa deflagración lo envolvió con mucho cuidado y mucha calma. Pero a mi retina llegó ese instante en el cual yo me hallaba con un rifle en las manos. Un segundo después recordé ese fogonazo, cuando la pólvora desapareció dejando a la vista lo que ella velaba, la imagen de este pobre ser sangrando abundantemente por su pierna apareció. Era del todo consciente de que no debía dejarme llevar por aquello que

estaba viendo; pero ese era ahora un recuerdo tan claro en mi mente que casi me era imposible el poder deshacerme de él. A mí llegó la siguiente aclaración.

Esto me está ocurriendo porque ambos compartimos en este mismo momento el mismo recuerdo. Ese lazo invisible nos une y nos seduce con el dolor que esto nos proporciona.

Comencé a menear mi cabeza para despojarme de aquello que aniquilaba mi voluntad, en ese momento mis ojos pudieron comprobar cómo su herida, poco a poco, comenzaba a desaparecer.

Por fin el mal que tanto dolor causó en este pobre viejecito lo abandonaba. Ese pobre ser que el más horrible de los sufrimientos por mí había tenido que soportar, ahora libre de él estaba. Él me miraba con esa hermosa luz en su rostro. Gracias a ello entendí que ya ningún resquicio de ese de mal quedaba en él y la luz brotaba ahora hacia afuera, era maravilloso simplemente.

Al momento retiré la luz, bajé mi bastón y comencé a liberarme de todo ese peso tan profundo que en mi interior se hallaba. Inicié desde lo más profundo de mi ser el perdón hacia mí, hacia mis acciones.

Él con la luz que solo se puede sentir del ser iluminado me miró intensamente y me dijo:

—Yo te perdono, tú ahora has comenzado tu perdón y es un trabajo tremendo, cuando este concluyas comienza darles el perdón a los demás; pues esta labor es del todo necesaria. El sentirse perdonado y comprender cómo se puede perdonar es todo un desafío.

Sin decir más, me sonrió con un sincero y dulce gesto y comenzó su ascenso. Mientras me sonreía se elevaba hacia esa gran luz que se había formado en el techo, hasta que al final en ella desapareció.

No sé cómo deciros lo que en ese momento podía sentir, un dulce aroma lo envolvía todo. En un momento creí que este salía de mi corazón aliviado, ya que este me ofrecía el más placentero de los bálsamos. Al fondo la alegría me invadía por haber podido conseguir el perdón; pues entre otros el principal al cual se debería de perdonar es a uno mismo, pues de no perdonarme no podría hacerlo con nadie.

En ese momento Oyam me sacó de ese pensamiento tan increíblemente certero.

—Bueno, ya hemos acometido este cobijo de oscuro sufrimiento, aunque realmente suene fatal eso es lo que esto era para mí. Mientras estabas absorto en tus pensamientos he revisado este antro y he comprobado que tan solo hay una gruta por la que de aquí se puede salir. ¿Qué debemos hacer?

En ese momento comencé a reír y casi sin aire le contesté como pude a mi bienquerido amigo.

—Mi buen Oyam, las preguntas con respuesta propia no se deben hacer; pues es una pérdida de tiempo preguntar cuando ya se conoce la contestación previamente. ¿Sabes, mi querido amigo?, esta ha sido la mejor de las malas experiencias que hasta el momento he tenido. Pues ese pobre ser al cual yo le infringí tal sufrimiento, me ha dado la oportunidad de poder enmendarlo y ser ahora una entidad libre de toda oscuridad.

»Sin esperarlo incluso me ha enseñado una gran lección, la cual he podido entender y practicar. Gracias a su comprensión ahora en mí se halla el verdadero perdón.

Oyam me miró y dijo:

—Debo ser del todo sincero contigo. Es por ello que debo decirte sin miedo a equivocarme que Lut tan solo ha sido el señuelo para que nosotros hayamos llegado a este sombrío paraje; pues muchas cosas han ocurrido ya, no solo a ti, sino a casi todos los que desde un principio hemos partido a tu lado. Cada uno hemos tenido cuestiones que tarde o temprano las debíamos de solucionar. Son los grandes maestros los encargados de que esto así se disponga, y muy lejos de comprenderlo realmente lo creo así.

Miré a mi hermano, pues siempre al final me sorprende.

—¡Ay mi bien querida cabra, cuánto sabes cuando quieres!

Lo observé con gran dulzura, así sin decir más los dos comenzamos a caminar por esa nueva gruta, debo decir que algo en nosotros era muy diferente.

Este lugar nada tenía que ver con lo que hasta este momento ha-

bíamos padecido. En este instante nos desplazábamos por un apacible terreno, caminábamos con una amplia sonrisa la cual iluminaba todo nuestro rostro. Oyam al rato preguntó:

—¿Tienes la menor idea de lo que ahí delante nos vanos a encontrar? ¿Sabes a dónde este camino nos lleva? —En realidad y a decir verdad en mi interior eso ya lo mismo me daba; pues ya tan solo quería dar por terminada esta misión que solo yo en mi interior me había confiado—. ¿Por qué crees tú que Lut ha venido a parar a aquí?

—Primero debo decir que poco nos queda, pues el selegna así nos lo dijo. Segundo, y con el corazón te respondo, pienso que si él está aquí es por mi culpa.

Oyam me miró extrañado.

—¿Por tu culpa? No te entiendo, por favor dime a qué te refieres.

—Mi bien querido hermano y amigo, tu pregunta tiene una muy sencilla respuesta. Mientras Lut y yo estuvimos juntos allí arriba le conté un poco cómo era este mundo en el cual tú habitas. Casi estoy seguro de que él una vez sucumbió a ese letargo anterior a la muerte, decidió no luchar más y venirse al mundo que yo le había descrito. De eso estoy completamente seguro, también creo que en algún tramo del camino él fue seducido por el ente oscuro. Es seguro que esa carroña, velada aun a nuestros ojos, lo ha engañado con sus tretas. En Lut por su debilidad y el dolor por lo padecido en su vida no le supuso complicación alguna. Ya ves que hasta aquí lo ha traído fingiendo que este era el lugar que yo le mostré y que él estaba buscando.

—Pero tú de nada eres culpable; pues tan solo le has hablado de un lugar maravilloso. Además nadie te ha dicho que no debías de hacerlo.

Un poco abochornado por mi confesión, le dije:

—Sí, pero de no haberle contado nada quizás tan solo hubiese muerto y nada más.

Oyam me miró y no podía reprimir lo que debía de decirme.

—¡¿Cómo eres capaz de expresar algo así?! Mira a tu alrededor. Por si lo has olvidado estamos en un lugar en el cual ya has podido comprobar la cantidad de individuos que por la gran boca del volcán se

desploman sin cesar. Sin embargo tú no los conoces ni nada tienes que ver con ellos, de todos ellos solo a uno conoces. ¿O también me vas a decir que tú tienes la culpa de que todo lo que aquí está? Por otro lado hay un lugar al cual ellos se marchan, no sabemos cuál es ese lugar y solo puedes hoy entender que ese lugar existe; pues cada vez que liberamos a algunos de estos sufrientes compruebas cómo marchan de aquí.

-Pues a decir vedad no lo sé, mi percepción me dice que hay mucho más que queda por explicar, por conocer. Pero todo llegará cuando deba hacerlo. Y ya nada más te diré.

Oyam quedó como confuso por lo que acababa de escuchar pues muchas veces a una dura pregunta le sigue una respuesta impetuosa, y esta quizás no es lo que uno esperaba escuchar.

Poco a poco nos dejamos llevar por nuestros pasos que solo la costumbre los movía. Por esta amarga conversación no nos dimos cuenta de lo que a tan solo unos metros se hallaba.

Delante, y casi como ya acostumbrábamos, nos impedía seguir avanzando una puerta. Cuando llegamos a una distancia suficiente como para tener una visión óptima de aquellos portones, ya se podía entrever que aquello que allí nos esperaba era el pórtico más extraordinario de cuantos tuvimos que atravesar. Estoy seguro que ni cincuenta de los más fornidos hombres hubiesen desplazado esos portones ni tan siquiera unos centímetros.

Seguimos avanzando hacia lo que allí delante nos esperaba, en ese instante en mi interior todo se iluminó como una nueva llama que renace de las brasas de su anterior deflagración. El mensaje que a mí llegó y que sobreexcitó mi interior era: «Esta puerta es en realidad el final de nuestro viaje».

Eso me dio las fuerzas para poder seguir sin expresar desfallecimiento alguno. Más cerca nos encontrábamos ya de ese extraordinario portón, ahora podía ver cientos de miles de filigranas talladas en esta majestuosa puerta. Ella estaba labrada con muchas y muy diferentes representaciones y grafías, no puedo imaginar de dónde procedía la mayoría de ellas. Daba la impresión de que todas las lenguas se hallasen

allí plasmadas muertas o vivas. Lo extraño es que tenía la sensación de que toda escritura expuesta seguía un orden correlativo, del cual yo no podría decir nada pues no tenía ni idea realmente. Si me hubiesen preguntado sobre el orden que regía estos grabados, en realidad yo diría que el azar era quien los había trazado así. Aunque en mi interior algo me decía que me equivocaba.

Ahora bien, en cuanto me encontré a un par de metros de distancia de esa gran puerta, me dispuse a buscar un idioma del cual mi perspicacia me pudiese revelar lo que allí decía. No fue del todo fácil pero al final lo hallé, se encontraba a la diestra, en la parte media de la puerta. Este proclamaba lo siguiente:

Ya te lo advertí.
Ahora estás aquí;
Tu penar ya no tendrá final.

Capítulo IV

Oyam manifestó en voz baja:

—Es un obsequio del cual no quisiera gozar; pues nos invita a una desesperación continua. De todas maneras dice que ya nos ubicamos en ese lugar de toda depravación, ¿no lo crees así?

Lo miré y contesté:

—No Oyam, eso llegará al traspasar la puerta, según lo que yo comprendo. Por otra parte doy por supuesto que no es nada agradable lo que nos espera, de corazón digo que a mí tampoco me apetece el tener que deleitarme en el tormento y la seducción; pero lo que sí sé y de lo que estoy plenamente seguro es, para bien o para mal, que hemos llegado al final del camino, aquello que deba de pasar ahí concluirá.

Oyam asentía con ese movimiento de cabeza, con él expresaba que en su interior lo mismo sentía. Cambiando hábilmente de tema dijo:

—Sé, mi bien amado hermano, que ambos lo mismo sentimos. Pero ¿te has fijado en que esta gran puerta no tiene abertura para meter la llave?, carece de cerradura

Ambos buscamos unos instantes por esa gran puerta y nada. Oyam volvió a hablar.

—Afirmo que aunque la vida entera nos pasásemos buscando el agujero de la llave nada podríamos descubrir. ¡Ay mi hermano! ¿Cómo la abriremos entonces?

Estaba un tanto… ¿cómo decir?; desventurado por esta nueva treta del mal.

—Deberíamos probar todas las opciones que se nos ocurran, por muy excéntricas que estas nos parezcan.

Oyam me miró y exclamó:

—¡Si así lo sospechas manos a la obra mi querido hermano!

Al igual que dos pequeñas pulgas ante una gran caja de cartón, nos dispusimos primeramente a empujar esa mole con nuestros diminutos cuerpecillos.

Mientras, rojos por el esfuerzo, ambos nos miramos y de lo ridículo de la situación comenzamos a reír a carcajadas. Sin preverlo terminamos con nuestras posaderas contra el suelo, sin pizca de fuerza nos quedamos por la risa con nuestras espaldas apoyadas en aquella tremenda mole de madera y hierro forjado.

En ese momento éramos como dos pequeñas hormiguitas, las cuales intentan mover un pie para sacarlo del camino que ellas han forjado, pues le molestas para seguir andando por su espacio.

—¡Ah, mi querido Oyam!... Tú y yo, yo y tú en los más oscuros lugares o advirtiendo un paso entre nieblas pestilentes y mortíferas. Todo queda atrás cuando somos realmente nosotros, alejados de todo cuanto nos rodea. Realmente cuando tan solo tú y yo estamos ahí mostramos que nada ni nadie puede cambiar la esencia del amor que todo lo envuelve. —Oyam me miró y sonreirá plácidamente, así que volví hablar rompiendo ese maravilloso momento—. Sentados aquí podemos esperar un final que alguno estaría muy contento de que ello fuese así. Pero mi querido hermano, no le daremos ese placer a ese inmundo ente oscuro. Ya sabemos que así no es imposible moverla ni tan siquiera unos centímetros. Busquemos por todos los lados algo que nos pueda servir de palanca.

Pero por supuesto no existía nada allí que para este fin resultase útil por un motivo muy sencillo, nada de lo que allí se podía encontrar lo podíamos tocar; pues de hacerlo sabíamos lo que nos pasaría. Mi desesperación era tan fuerte que incluso busqué un agujero por el cual metería la mano sin dudarlo un instante, aunque ello se llevase consigo de nuevo mi salud y el miembro que por ese agujero metiese.

Pero nada encontrábamos que sirviese para poder abrir aquella terrorífica mole.

Medios exhaustos estábamos ya por el abatimiento de no hallar solución, además del cansancio que el movimiento de la propia búsqueda producía. Ambas cosas juntas de nuevo originaban un fuerte desgaste

en nuestro interior. Entonces ascendió de nuevo hasta mi olfato la más horrenda de las pestilencias, muchas eran las que aquí reinaban pero de vez en cuando una que se sobreponía al resto ascendía directa a nuestro pobre olfato y esta dañaba incluso nuestro corazón.

Medio enajenado sin poder premeditar lo que decía, de mi boca salió, no sé cómo, un colérico y desesperado grito arrancado por mi garganta.

—¡Queremos entrar ahí!

Un segundo después en voz baja casi inaudible exhalé:

—Debo de acabar lo que he venido a consumar; pero aquello que me lo impide bien se ve con ello yo solo nunca podré.

En ese instante mi cuerpo se desplomó, no sé bien si el cansancio o la misma desesperación lo lograron. Apegado mi cuerpo en aquel camino polvoriento y frío tan solo pensaba que había llegado en realidad mi final.

La gran sorpresa después de entregado ya al destino se produjo. El suelo se puso a temblar, un fuerte rugir se escuchaba por todas partes.

—¿Qué es lo que ocurre? Dime Oyam qué diablos has tocado.

Oyam con ojos de terror me miraba y contestó raudo.

—Yo nada he tocado; pero lo más normal es que si tú pides entrar, como en cualquier lugar, la puerta se abre, de esta manera tu deseo se verá cumplido. Pide y se te dará.

Un segundo después todo cesó. La puerta, eso que era lo principal en nuestras mentes no se abrió, ni tan siquiera una huella que estableciese un diminuto cambio se produjo.

Al instante mis alarmas internas se dispararon, pues estaba claro que me avisaban de que algo no iba nada bien.

El suelo comenzó de nuevo a convulsionarse, todo temblaba pero era muy extraño que lo hiciese en silencio. Los temblores se acrecentaron inconmensurablemente, ese lugar en el cual nos encontrábamos se comenzó a trasladar hacia la siniestra: el suelo se movía, las paredes se movían, pero la puerta se quedaba en el mismo lugar. En el instante en que más o menos se había desplazado todo una distancia que no podría valorar de repente se paró.

El lugar en el que nos encontramos quedó frente a una especie de cascada de corrompidas e impúdicas aguas; el portón ya no se encontraba allí.

Al frente teníamos un liquido totalmente oscuro, en realidad parecía agua muy sucia; pero por supuesto yo no me fiaba de nada de lo que aquí pudiese ver, oler, oír, etc.

Miré a mi hermano Oyam y pregunté con una enérgica expresión:

—¿Eres tú, mi querido elemento? Si es así yo te saludo por este nuevo encuentro.

Esperamos que se produjese una contestación, pero no hubo respuesta alguna.

—¿Ves Oyam? Mi querido hermano nos hallamos frente a un líquido del cual nada sabemos, podemos imaginar de qué se puede tratar; pero en nosotros está el siguiente paso, y yo te pregunto hermano ¿qué crees que es lo que deberíamos hacer ahora?

Él me miró con asombro e indeciso, sin decir palabra, ni siquiera una seña que algo me indicase; todo decía que debíamos seguir adelante. Los dos comenzamos a buscar una solución en el fondo de nuestros agotados cerebros, de repente llegó un recuerdo a mí, el cual casi seguro que nos podría valer.

—¿Te acuerdas, Oyam, cuando le impusimos la luz aquella pútrida roca la cual me tenía aprisionado?, esta se descompuso poco a poco. Ahora bien si se tratase de nada más que simple agua la luz en ella penetrara pero nada ocurrirá, ¿no lo crees así?

Oyam sonrió pues al momento comprendió lo que quería decir.

—Así es, creo que es una maravillosa idea. Ya que ese pensamiento ha brotado en ti, llevémoslo a la realidad antes de que se marchite.

Sin vacilar decidimos revelar de nuevo al exterior la luz de nuestros maravillosos instrumentos.

Como siempre lo que aquí ocurre supera toda expectativa y nunca esperas lo que realmente llega a suceder. Esto lo digo pues un instante después de que ese apestoso liquido experimentó el fogonazo de a la luz que ambos le impusimos, el pútrido elemento comenzó a burbujear. Con cada burbuja que estallaba el hedor se

volvía más repelente y menos soportable; pero también se podía comprobar que cada burbuja que reventaba aparentemente a nuestros ojos la liberación del mal que en ese elemento se hallaba, así un fragmento de agua límpida era liberada en miles de pequeñas gotitas. El proceso siguió hasta que nada de aquel pútrido elemento quedó, ahora tan solo un agua cristalina podíamos ver y sentir pues el hedor de esta desapareció también. Ahora tan solo el impoluto olor que la vida exhalaba a nosotros llegaba y limpió con su fragancia la pesadez del olor que allí existía.

Ambos al unisonó decidimos que ya era más que suficiente, que la luz había establecido el orden de las cosas como realmente debían de estar, aunque quizás verdaderamente estuviésemos alterando el orden natural. Esto no lo sé; pero lo que si conocía es que todo cambiaba deprisa en este antro.

Aquí nos encontrábamos y ambos sabíamos que si hubiésemos atravesado esas negras aguas, sería como recibir el sombrío bautismo del rey de la perversión. En este momento no pondría ningún reproche para introducirme en estas tan cristalinas aguas, esto lo llevaría a cabo sin pensarlo un segundo.

Miré a mi buen hermano Oyam, y sin más le pregunté.

—Dime mi amado hermano, ¿ya están lo suficientemente depuradas?

Él sonrió satisfecho.

—Sí, así lo creo pues no hay más que oler la fragancia que a la vida convoca. Después de tanto hedor este olor es suficiente como para poder saber que el mal aquí ya no se encuentra.

Lo miré con satisfacción pues sentía como a cada paso esta crecía su interior.

—Entonces, mi bien querido, ha llegado el momento de penetrar en el elemento; pues él espera únicamente que seamos consecuentes de su bondad.

Oyam me miró y en ese instante me di cuenta de que recelaba todavía de esa nuestra hermana, el elemento. No sé bien por qué me contestó con seguridad y de repente este cambió.

Sin pensarlo más dirigí mis pasos hacia el elemento, en ese instante Oyam me dijo:

—Espera un momento hermano mío pues creo que debo ser yo el que entre primero.

Sin aviso, sin dejarme reaccionar comenzó a encaminarse hacia la cascada y metió en un principio su pierna derecha en el agua.

Al momento exclamó:

—Está muy fresca es maravilloso contemplarla rebosante de vida, me recuerda a la que en los jardines de la reina había.

No sé, pero en ese instante algo me decía que esto no era muy normal; así que dije:

—Mi querido Oyam, ten cuidado pues me extraña mucho que el elemento nada nos haya dicho. No lo sé; quizás esta se halle muy ocupada y todo sea una paranoia mía.

Sin esperarlo, en ese preciso instante en el que yo terminé mi frase, Oyam desapareció metiendo todo su cuerpo en ese elemento. No podría decir bien por qué, pero estaba seguro que algo no iba del todo bien, en lo más profundo de mi interior mis tripas me lo decían.

—¡Oyam, hermano mío! Por favor, sal de ese agua inmediatamente.

De repente escuché su voz, cosa que me tranquilizó un poco.

—¿Por qué debo hacer tal cosa? No me digas que te estás volviendo un poco obsesivo.

Realmente no estaba seguro si era obsesión, lo cual estaría justificada en un lugar como este.

—No sé si será obsesión, paranoia, o algo que me está hostigando m mente; pero lo que sí te puedo decir es que hay algo que no siento que esté bien. Por eso, por favor, ¡sal de ahí te digo!

En el preciso instante en el que Oyam se disponía a salir del elemento, surgió una especie de rompiente el cual producía una densa espuma, la cual creció hasta que se lo trago. Un momento después allí me encontraba de nuevo en la más horrible de las soledades.

Sin pensarlo o tener en mí un ápice de duda de lo que estaba a punto de acometer, un segundo después me tiré de cabeza a eso que parecía el elemento y sabía ciertamente que no lo era. Desconocía lo

que me sucedería, pero en mi mente solo un pensamiento había: «Debo alcanzarlo».

Introduje mi cuerpo en ese mortífero elemento, esa trampa que había quedado a la vista. Buscaba a mi hermano y tenía la esperanza que esa especie de ola apareciese de nuevo y me llevase junto a él. Tan solo ese líquido frío como la muerte podía hallar por todas partes. Estaba ya un tanto decaído por pensar que tan solo yo quedaba para poder encontrar la puerta que me llevase al final de mi misión, cuando de pronto y sin previo aviso la espuma que formó. Esa primera ola apareció de nuevo, y antes de comprender lo que estaba ocurriendo me engulló a mí también.

Esta hizo como una especie de rizo envolviendo mi ser en medio de esa espuma. Esta me arrastraba al fondo de aquel estanque. Sentí que cuanto más luchaba más el rizo se encabritaba y más vueltas me daba, así que dejé de poner resistencia y así solo la espuma daba vueltas por el exterior como si su único fin fuese trasladarme a algún lugar.

Mi mayúscula sorpresa fue comprobar lo que nunca creí realmente. En el instante en que dejé mi lucha pude observar lo que encima de mi cabeza tenía. Sin poderlo creer vislumbré perfectamente aquel portón de grandes dimensiones, lo estaba cruzando. Mis lágrimas… mi felicidad era plena al comprobar que dejábamos atrás la última puerta.

En unos segundos ya me encontraba del otro lado. Esa fuerza que me arrastraba fue poco a poco disminuyendo hasta que por fin dejé de notarla. Sin más pude ascender, lo primero fue sacar mi cabeza y tomar una gran bocanada de aire.

No sabía dónde me hallaba; pero eso no era lo importante, lo único que tenía verdadera importancia era el aire que en mis pulmones faltaba. Sin más tomé de nuevo una gran bocanada de aire, el cual no era fresco ni agradable pero me dio la vida de nuevo.

He de ser sincero y decir que casi no doy llegado a este lugar; pues debido a la pelea con este elemento, mi oxígeno por muy poco no llegó a desvanecerse de mis pulmones. Si este hubiese desaparecido tan solo un cuerpo inerte carente de vida hubiese sido mi legado. Poco a poco me fui restablecido, la idea de encontrar a Oyam era lo que ahora se

imponía en mi mente, así que miré en derredor buscando a mi hermano. Después de escrutar la orilla en derredor de aquel extraño lugar, pude percibir una especie de fardo de ese desconocido rincón. Por lo que de él veía todo me decía que su conciencia estaba en cualquier lugar excepto en su cuerpo.

Me acerqué a él presuroso para poder asistirle en todo cuanto pudiese necesitar y lo recogí lo más delicadamente que podía en mi estado de exaltación.

Acerqué mi oído a su boca y nariz para comprobar si respiraba; pero antes de que esto pudiese llevar a cabo, cuando lo cogí por su mano toqué también su muñeca. En ese instante me di cuenta que tenía el pulso acelerado, esto me alegró pues por lo menos tenía pulso, lo que indicaba que estaba vivo. Acerqué mi oído a su nariz y así pude comprobar que respiraba con mucha dificultad.

La situación casi me superaba pues mi hermano se hallaba en un trance muy delicado, decidí darle unos pequeños golpes en la cara con la palma de mi mano para hacerlo reaccionar.

—Oyam, hermano mío, despierta que no es momento de descansar, ya es hora de seguir adelante.

Como si de palabras mágicas se tratasen, al momento comenzó a recobrar la conciencia. Intentó levantar un poco su cabeza, pero en ese instante lo que hizo fue girar hacia un lado su cara y comenzó a vomitar toda esa agua que había tragado. Esta salía por su boca y también por su nariz, creo que por que no tenía ningún otro agujero por donde salir; sino también por ese se precipitaría al exterior.

—¡Ag… qué asco! ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Dónde estamos?

Lo miré y por fin pude sonreír, pues él estaba de nuevo a mi lado.

—Ay mi querido Oyam, ¡qué susto me has dado!, pensé haberte perdido. Respondiendo a tu pregunta, la sexta puerta ya quedó atrás. Por fin el desenlace está al alcance de la mano.

Delante de nuestras pobres personitas se hallaban seis grandes escalones. Los observamos, eran bastante sencillos; pero se veía que estaban hechos con una roca porosa, amarillenta y delicada. Una vez Oyam se recompuso y recuperó fuerzas para seguir adelante, a ellos

nos dirigimos. A mi pensamiento llegó la imagen de que en cuanto nos alejásemos de este líquido se nos caería la piel a trozos; según el agua o eso que así parecía corría por nuestro ser se llevaría con ella todo cuanto ella pudiese arrancar de nuestro cuerpo. Era un pensamiento repulsivo. Mi sorpresa se produjo cuando comprobé que a nuestros cuerpos nada les ocurrió. Por el contrario, esa especie de lago que hasta aquí nos había traído, en cuanto pusimos nuestros pies en el último escalón, desapareció. Digo desapareció pues en el tiempo en que giramos la cabeza alarmados por el ruido que allí se produjo, lo único que podíamos observar era el suelo. Este era tan duro como el que ahora mismo me hallaba pisando, del elemento no había ni trazas de que allí hubiese estado alguna vez, ni tan siquiera un poco de humedad.

Los dos quedamos totalmente sorprendidos pues pensábamos; «¿quién ha podido dar la orden para que este extraño mecanismo se pusiese en marcha, clausurando así el único lugar por el cual se pude traspasar ese portón?» Rápidamente la respuesta llegó, mucho antes de lo que yo hubiese imaginado, pues de repente una voz gutural llevó a mi mente la solución del enigma.

—He sido el que lo ha decretado, a mí es a quien obedece, nadie más podría lograrlo.

Sin saber bien por qué, mis ojos no se podían apartar del portón. Él no era de mi agrado; pero ya sabía qué escondía al otro lado y qué guardaba en este. Pero con lo que ahora delante teníamos asumía que ni la menor idea tenía de lo que nos esperaba, de aquello que allí se ocultaba.

No podía caer ahora en el terror que ello me imponía, así que sacando todo el coraje que mi corazón albergaba, di media vuelta con el fin de afrontar a lo que allí pudiese hallar.

Siempre este lugar me sorprende ya que lo que allí advertí fueron tres grandiosos arcos, los cuales sustentaban una gran cortina de color rojo intenso casi sanguinolento. Lograría asegurar que este cambiaba según esta se movía. El material de la cual estaba hecha podría decir que era seda o pana gruesa delicada. Lo que sí aseveraré es que ese velo impedía que viese lo que del otro lado me estaba acechando.

Miraba a Oyam y él estaba tan desconcertado como yo. Ambos empapados y con nuestra energía menguando no podíamos dejar por más tiempo que la incógnita nos venciese.

En ese preciso instante llegó a mi nariz una fragancia especial, allí ya no apestaba ese fétido tufo que hasta entonces nos había acompañado.

Sin apartar la vista de mi hermano le dije:

—Oyam, hermano mío, ¿eres capaz de oler la fragancia que llega a tu nariz?

Él con sus ojos muy abiertos raudo contestó:

—Sí, sí que lo percibo; es una muy agradable emanación, además me he dado cuenta en cuanto hemos subido los escalones de que este lugar está totalmente limpio, incluso pulcro de más; podría decir que llega a ser majestuoso.

Esté era un terreno bastante espacioso pues en él había eco. Esto solo se produce en lugares lo suficientemente amplios. En cuanto mi hermano, despistado un tanto por lo que delante se nos ofrecía —no es de extrañar después de lo pasado— habló un poco fuerte de más, un momento después las palabras le fueron devueltas en un tono muy bajo pero audible.

En ese preciso instante se volvió a escuchar esa repulsiva voz, la cual nos dijo así:

—No podía ser de otra manera pues este es mi reino. Estos que delante tenéis son mis aposentos. ¿Qué pensabais, que un rey se recubriría en la porquería pútrida de este lugar? Pronto contemplaréis aquello que tan solo un rey merece. ¿Qué es lo que vosotros pensáis que puede merecer mi señoría? ¿Una pequeña habitación o una cuadra?

Más bien no contestéis y entrad de una vez, habéis llegado hasta aquí, ¿no queréis saber lo que os está esperando?

Ambos nos miramos, realmente nuestra imagen resultaba un poco desastrosa en realidad; a lo que nos asemejábamos era a dos ratas mojadas, Y no a los seres que seguro estaban esperando, pues no creo

que la imagen que tuviesen de un salvador de la luz fuera la de una rata mojada. Pero claro, ¿qué es lo que podíamos hacer?

Así desalentados por nuestro aspecto decidimos no postergar más el momento de entrar a ese lugar. Sin pensar en realidad lo que detrás nos podía aguardar nos pusimos en movimiento. Pero de repente me frené en seco, llego a mí la imagen de la puerta y todas aquellas leyendas, así que di media vuelta y dispuse a buscar mi idioma de nuevo, pues a este lado de la puerta no había mirado si ese portón algo más me tenía que decir.

Y esa voz de nuevo resonó:

—Busca abajo, ala derecha.

Sin mucho esfuerzo pude encontrar lo que estaba buscando y esto así decía:

Hoy por aquí te manifiestas,
desde este momento no sabrás si vivo o muerto estás
pues tu búsqueda saldada está.

Capítulo V

Lo leí en voz alta y miré a mi hermano exclamando:

—No me gusta nada lo que aquí dice, creo que es contrario a lo que en realidad somos. Esta es la gran quimera de la seducción, el internar una idea en tu interior exponiendo que ni tan siquiera eres y comenzar a trabajar desde dentro sobre ese concepto.

En el mismo instante en el que el sonido de mis palabras dejó de sonar por aquella estancia, se hizo presente de nuevo esa voz, la cual ya me estaba incluso molestando pues tenía respuesta para todo aunque no le preguntases.

—Si las simples palabras te incomodan y no te gustan, quizás te atraigan más o menos los hechos; si eso quieres comprobar ven hacia aquí y así sabrás si es así.

Perfectamente audibles eran estas palabras para los dos, el escalofrió de lo que ellas no decían, era incluso peor que lo que hasta ahora expresaron. Nos miramos y acto seguido nos abrazamos, esto lo llevamos a cabo quizás para no olvidar lo que el amor significa para nosotros.

Seguidamente encaminamos nuestros humildes pasos al lugar por el cual esa molesta voz salía. Esas cortinas no solo eran maravillosas a la vista, más increíble aun era el tacto que estas tenían. Este era tan suave, que al momento tan solo quería pasar ese pedazo de tela por cualquier parte de mi piel.

Pendían desde muy arriba, casi no podía ver dónde estaban fijadas. Una vez encaminados hacia ellas a más o menos la mitad de estas colosales cortinas, como si una mano invisible las agarrase, una fue desplazada hacia la derecha y la otra a la izquierda, dejando así despejado el pasillo en medio. Una vez traspasadas pudimos comprobar lo

que allí nos estaba esperando. Es seguro que de haberlo intuido quizás no hubiese pasado jamás esas cortinas; de esta manera ese velo jamás hubiese sido desvelado.

Lo primero que pudimos evidenciar es que allí nos esperaba un pasillo lo suficientemente prolongado como para no saber lo que en el otro extremo se hallaba esperándonos. Realmente me hacía una idea pero no podía describirlo con detalle. Por ejemplo, allí al final se encontraba una especie de trono, ese se podía llegar a ver pues su tamaño tendría que ser bastante mayúsculo. En él llegaba a distinguir que se halaba sentada una entelequia. Realmente no lo podía ver; tan solo podía saber que allí se hallaba, pues la energía que ese trono desprendía te decía al momento que ese ente allí esperaba. No lo podría describir así que os lo detallaré más adelante, eso para que os deis cuenta de cuan largo era este pasillo.

De un lado y del otro se podían ver toda clase de individuos, algunos conocidos, otros totalmente desconocidos para nosotros.

Según avanzábamos por ese largo pasillo, nos acercábamos a esos seres, los cuales como resguardando ambas partes nos indicaban una sola dirección por la que debíamos caminar. Observé lo que en ese instante a la derecha tenía, pude discernir a tres señores oscuros. Giré mi cabeza observando que a la izquierda otros tres no nos quitaban ojo, uno de estos soltó un fuerte alarido al vernos.

En ese instante esa voz gutural que de todas partes llegaba nos dijo:

—Perdonadlo, pero como podéis comprobar él ya os conoce, seguro que no podrá olvidaros jamás.

Terminó su frase y una fuerte carcajada se extendió por todo aquel lugar. Unos segundos después los que se encontraban en esa reunión comenzaron a hacer mofa y reírse al unísono con su rey.

Volvió a hablar su majestad de la desventura y el desconsuelo:

—Debéis perdonadlo, él no se hallaba preparado para encontrarse frente a frente con alguien como vosotros, que sois capaces de cualquier cosa por amor. El amor ha sido y será por siempre algo vetado y prohibido en este lugar; pues él es hartamente peligroso.

Allí a los pies del rey se hallaba ese imperioso ente, ese dragón que nos habíamos encontrado en nuestro descenso.

Parece ser que los selegnas habían logrado, aunque fuese por unos instantes, sacarlo al exterior, a la luz. Esto lo sé pues él solo se lamía sus quemaduras. Ocupado con su dolor hasta ese momento no nos había hecho el menor caso.

Cada una de sus cabezas lamía y relamía las quemaduras, que eran varias y considerables. En ese preciso momento una de sus cabezas, la cual era de las que tenían el cuello largo, insufló por sus fosas nasales varias veces como si quisiera quedarse con todo el aire de aquel gran salón apercibiéndose de esta manera de cada uno de los olores que allí había.

Un segundo después el resto de sus cabezas paró de repente su exiguo trabajo, todas ellas dirigieron sus miradas hacia nosotros.

Sin avisar se puso de pie con un movimiento bastante ágil, debo decir; pues tratándose de la gran criatura que era pensé que él sería mucho más torpe.

El ensordecedor gruñido que continuación salió de sus gargantas todavía hoy está metido en el interior de mi cabeza. Nos amenazaba con sus gestos, estos los efectuaba con sus mandíbulas cerrándolas y abriéndolas violentamente. Un segundo después comenzó a dirigir sus cuerpo hacia donde nos encontramos, llegó muy cerca, en ese instante pensamos que él empezaría a engullirnos allí mismo. En realidad no sé bien por qué; pero aquí y ahora este mayúsculo ser se me hacía mucho más grandioso a mis ojos.

En el preciso instante en que su estado de plena ira lo gobernaba y más cerca ya lo teníamos, tan cerca que su espantoso aliento era lo único que ya podía oler, él se elevó sobre sus patas traseras. Sus garras delanteras afiladas como espadas amenazantes y sus grandes alas desplegadas nos decían que esto era nuestro final.

Un segundo después con un simple gesto del soberano de los avernos, esa entelequia del pasado miró con una de sus cabezas al rey y como si de un perrito faldero se tratase se acostó de nuevo a sus pies. Como en un principio y como si nada hubiese sucedido continuó

lamiéndose sus dolorosas quemaduras, aunque alguno de sus tremendos ojos seguían fijos en nosotros.

Eché de menos ahora que podía seguir observando a esas entelequias a los selegnas oscuros. Pero la realidad de aquellas estancias nos llevaba a observar continuamente lo que allí se encontraba, ya que había tal cantidad de diferentes seres que si me parase a describirlos a todos, nunca podría terminar este extenso relato, pues solo para ello necesitaría miles de páginas.

Uno de esos seres llamó mucho mi atención. Bueno, en realidad no era uno; pues había muchos de esa misma especie. Ellas eran unas jovencitas las cuales parecían haber sido sacadas de un cuento de hadas, eran poderosamente bellas, incluso hasta rozar lo inverosímil.

Jamás pensé encontrar en este lugar a seres de esta enorme intensidad de perfección. Sus largas, sedosas y negras melenas envolvían su blanca tez. Sus negros ojos despuntaban de ese rostro blanco como la más impoluta nieve. Sus carnosos labios tenían un color medio sonrosados, incluso podríamos decir que estaban apagados llegando a descubrirse amoratados. De esa cara su nariz respingona también llamaba la atención, todo ello se hallaba reunido en la ausencia de color de su faz. Ella al igual que el más blanco mármol de cualquier escultura, podía ensalzar la posesión de la ausencia de vida.

También su cuerpo estaba muy bien formado, era de lo más exuberante que yo allá podido verificar. Bueno, esta es una expresión solamente; pues en mi vida hay seres con un desarrollo más exclusivo, como pueden ser mi virgen y su majestad. Pero hay que decir que eran unos seres imponentes. Su vestimenta se componía de una extraña capa gris, el resto parecía estar confeccionado de una especie de seda selecta, la cual era semitransparente. De esta forma a los ojos nada ocultaba. Sus senos circulares y duros terminaban en un rosado pezón. Descendiendo comprobaba cómo su estomago firme se concretaba en una cintura casi de avispa. Todo ello era perfilado por una piel blanca, demasiado para mi gusto. El resto os lo podéis imaginar puesto que no pienso seguir la descripción.

En ese momento el rey habló.

—¿Qué es lo que tanto te sorprende de estos entes? Una advertencia voy a darte: Ten mucho cuidado pues no todo es lo que parece y lo que parece nunca lo es.

»Ellas solas han sido capaces de consumir algunos ejércitos desde el soldado raso, hasta el capitán o general de más alto nivel. Tan solo una de ellas ha hecho que se enfrentasen hermanos contra hermanos, tan solo por la disputa de su belleza, para la cual ninguno de ellos sería lo suficientemente hábil como para que su amor fuese compartido. Pobres ilusos, siempre terminan igual. Ambos seducidos por la pasión terminan, por supuesto, aquí.

En ese momento comprendí muchas cosas.

—Ahora entiendo, ellas se encargan de deshacer el corazón y la razón de sus víctimas. Una vez esto han conseguido los abandonan a su mala suerte, dejándolos en una vida aciaga en la que solo el recuerdo de sus acciones les queda hasta que su muerte llega y piensan que eso sería lo mejor pues así se liberan del dolor.

»Ilusos… pues lo que los está esperando es el principio del sufrimiento, ya que un lugar como el que acabamos de dejar atrás es lo que por siempre le aguardará. Esto es la seducción debida a la pasión.

Miré a mi hermano pues en el fondo de mi retina algún caso conocía. La mirada con pena me fue devuelta y ambos seguimos paso a paso avanzando hacia el trono, donde se hallaba el final de este desesperanzador viaje.

Según avanzábamos observé de nuevo a Oyam, mi sorpresa fue que de repente le comenzaron a sobrevenir las lágrimas. No podía refrenarlas, estas descendían por su rostro.

Esto para mí no tenía sentido, ¿era ese camino hacia el trono lo que lo hacía llorar de esta forma? No podía entender lo que le estaba ocurriendo hasta que seguí su mirada, la cual se hallaba fija en un punto de aquel terreno. Sin esperarlo pude comprobar qué era lo que de tal manera había sacado a mi hermano de su compostura.

Cuando mis ojos pudieron impactar con aquello que delante se hallaba no lo podía creer. Nuestro amado hermano, el monje, se topaba allí en una de las esquinas.

Al momento lo primero que pudimos percibir era la mueca que en su rostro tenía. Esta nos decía que su sufrimiento se desarrollaba en su interior, y este era exagerado. Dentro de él una dura batalla tenía lugar en esos momentos.

Mi alegría por verlo fue mayúscula aunque tuviese que ser en estas denigrantes condiciones. En ese instante esa profunda y desencajada voz se escuchó por todo aquel lugar.

—Tiene usted una vista excelente maese Oyam. No se sorprenda porque sepa su nombre, sé más de lo que nunca vuestras pobres mentes pueden abarcar, determinar o imaginar. Como puedes ver todavía con él no he logrado penetrar hasta lo más intrínseco con mi seducción, en realidad debo afirmar que es muy obstinado, con una gran preparación; incluso podría afirmar que es extremadamente duro. Ha tenido una instrucción mayúscula y un gran maestro digno de mención.

»Mi seducción ya comienza a hacer sus efectos. ¿No pensaríais que un mortal podría sobrellevar mi corrupción sin que le afectase? Miradlo, el mal en el está a punto de brotar, la semilla siempre está viva; solo hay que alimentarla.

Me acerqué más y en ese momento con una fuerte entonación comencé a hablar.

—Escúchame mi amado hermano, escúchame tú, el monje, escúchame tú, la mente dispuesta siempre a hostigar a tu cerebro con la instrucción que te ilustra diciendo: «Siempre puedes aguantar, aprender o despertar un poco más». Ambos hemos hecho ya un largo camino uno al lado del otro. Conociéndote como yo lo hago puedo asegurarte que tú no eres culpable de nada.

»Escúchame pues nada hay en ti de lo que te debas apartar o perdonar. Pues en caso de necesidad sin dudar darías tu alma para amparar lo que fuese. Piensa mi amado hermano que ya a tu ser has puesto en peligro para ayudar a quien de ti necesita.

Cuando el eco dejó atrás el último atisbo de sonido, en ese momento el monje comenzó a llorar con un fuerte llanto, el cual para mí representaba el anhelo del que se limpia y es capaz de expulsar lo malo que en su interior lo está atormentando con calma pero sin pausa.

En ese instante con su cabeza aun baja sus palabras se volvieron audibles.

—¿Eres tú mi amigo, mi hermano y mi compañero? ¿Aquel que a mi lado con gran coraje ha saltado a un mundo aparte?

Lo miré y dije con gran ilusión:

—Levanta tu cabeza, mírame, deja que el recuerdo de nuestro amor de nuevo crezca en tu corazón. Soy aquel que en la luz te espera con sus brazos extendidos para acogerte como siempre.

Giré mi cabeza y observando aquel trono, un instante después seguí mi conversación.

—Al igual que la semilla de la seducción es regada con toda energía, esta no es tuya; pues ella solo ha sido implantada en tu interior. Yo te pido: despierta y deja de sufrir ahora. Pues no es tuyo ni el sufrimiento ni la voluntad que te lleva a ello.

El silencio se produjo, nadie decía nada, ni un torpe sonido rompía aquella quietud. Mis ojos estaban fijos en mi hermano cuando de repente algo atrajo mi atención. Una especie de arrastre de cadenas se comenzó a escuchar por todo aquel lugar. Poco a poco percibí que estas se dirigían hacia nosotros cada vez con más premura.

De entre dos seres oscuros que a la derecha del señor de la inmundicia estaban, sacó como pudo la cabeza mi hermano Lobo; él también se encontraba allí.

—Hermanos, yo estoy aquí también, libre en mi interior aunque encadenado en el exterior.

Mi pobre hermano se hallaba encadenado con unas muy gruesas cadenas. Estas seguramente mi querido Lobo las hubiese partido ya si no estuviesen mancilladas con alguna maldición.

Mi pobre hermano tenía unas rozaduras bastante feas de las cuales no emanaba sangre, sino pus directamente.

Y ese leviatán habló de nuevo.

—Debo de postrarme casi ante este ser pues con él no hay seducción o maldición que lo pueda doblegar. Por ello me he visto en la obligación de utilizar esos pequeños juguetes que lo tienen inmovilizado.

»No creáis que ha sido fácil, pues no le hacía efecto una impreca-

ción cualquiera, mi fuerte trabajo me ha costado. Como he dicho es un ser de gran fortaleza, tanto física como mental.

Nunca pensé que un espécimen al que disfrutáis como inferior en vuestro mundo, estuviese tan bien preparado para poder afrontar todo cuanto él lleva aguantado.

Inmediatamente dos pensamientos llegaron a mí. El primero era que seguía con la seducción haciendo creer que Lobo era para mí un ser inferior, a lo que debo decir que en el mundo del que vengo así es, y el segundo era que ese ser de toda decadencia no sabía nada de su arma.

—Tú ser de la opresión, qué equivocado te hallas. Nunca por tu cabeza, si es que la tienes, ha pasado que ese que tú has encadenado jamás podrá ser oprimido. Él es un ser libre, así ha nacido y así debe morir. Pero ¿qué sabrá un ser como tú de lo que es la libertad? Os pido permiso para acercarme a él un momento, ¿seriáis tan amable?

En ese instante ese ente de mayúscula oscuridad se volvió a dejar gobernar por su ego, ya que yo, el enemigo, le pedía un favor, él reaccionó rápido.

—No veo por qué no. Así comprobaré que en realidad este es un ser que sabe estar de maneras diferentes; pues mientras lo hemos capturado tan solo ha pretendido mordernos, o algo aun peor que no acabo de saber qué es. Se trata de un ser demasiado primario para mi interés.

Así que ese ser, la majestad de toda seducción oscura, hizo una seña para que me dejasen aproximarme a Lobo.

En el instante en el que me proponía hacerlo le guiñé un ojo a Oyam. Él sabía que yo quería que me esperase allí, también que pretendía liberar a mi hermano. Para ello necesitaría entretener aquella chusma.

Presuroso y totalmente feliz dirigí mi atención a mi hermano Lobo, tan solo quería abrazarlo, pero no podía ser demasiado expresivo.

Una vez a su lado le susurré a la oreja:

—¡Oh hermano mío! Debes perdonarnos pues te dimos por muer-

to, no podíamos en el trance que estábamos pasando hacer nada por ti.

Lo abracé y miré sus tremendas llagas, las cuales no quería tocar. Acerqué mi boca a su oreja.

—No saben nada de tu artefacto, no me equivoco ¿verdad?

Lobo casi sonriendo, si eso pudiera decir después de tanto sufrir, pronto contestó.

—Así es, no te equivocas, de ella nada saben mi bien amado hermano.

Lo mire y lo volví a abrazar. Mientras lo abrazaba el rey oscuro nos observaba, al momento en voz casi inaudible le dije de nuevo.

—Hermano mío si es posible a mi señal difunde tu hermoso aullido luminoso. Con él trata de dar luz a cuantos más individuos mejor. Sabes que te quiero mucho, esto lo sé pues pensé que te había perdido. La ausencia del ser querido te muestra cuánto en realidad puedes llegarlo a querer, e incluso puedes acabar venerándolo.

Él me miró dulcemente y expresó lo siguiente.

—Deberías de saber que deshacerse de mí es más difícil de lo que buenamente puedas imaginar, mi bien querido hermano.

El rey de lo siniestro no apartaba la mirada de lo que hacíamos, de reojo de vez en cuando como podía echaba su ojo también a Oyam. Cuando tan solo fijaba la vista en nosotros mi hermano Oyam hacía alguna locura que entretenía al rey y a los que allí se encontraban. Por lo que él efectuaba quedaban un tanto aturdidos.

El rey lo miró de nuevo y dijo:

—¿Qué es lo que ahí estáis tramando? No serás tan estúpido de pretender liberaros de mí y de este lugar.

Al momento yo le informé:

—Tan solo le trasmitía a mi hermano todo lo que lo puedo llegar a querer y el dolor que su desaparición causó en nosotros. Él me ha contestado. Todo lobo expresa sus sentimientos de una manera determinada. A si tuviese permiso aullaría como nunca lo ha hecho; pues ese es su canto, como ya he dicho, con el que demuestran sus sentimientos mejor que con la palabra.

Él está deseoso de poderlo hacer, de esta manera podrá exhalar con su aullido todas las penas que en el interior de su alma se hallan. ¡Ah… qué melancólico y grandioso me parece su canto!

El ente oscuro sonrió pues el canto del lobo representa miedo y dolor, por lo tanto esto le agradaba.

—¿Sabes?, siempre me ha complacido el lúgubre aullido de estas bestias, creo que este es un gran momento para que ese apesadumbrado canto se escuche por toda mi sala. Si él lo quiere es libre de interpretar su escabroso canto, o mejor, yo te ordeno llevarlo a cabo.

Miré al rey y desde la distancia le hice una reverencia y le dije:

—Eres demasiado socarrón, pues tan solo a ti se te hubiese podido ocurrir utilizar la palabra libre hacia un ser que se halla todo él abrasado e inmovilizado por tan tremendas cadenas y activas maldiciones. Quizás con las que le penden del pescuezo podrías inmovilizar a muchos de los que aquí ahora se llaman tus amigos, tus leales siervos. Pero nunca des la espalda a uno de ellos pues ¿quién sabe lo que te puede llegar a ocurrir?

En el preciso instante en que pretendía decir a Lobo que aullase ese esperpéntico ser comenzó a reírse. Su risa era de todo menos agraciada, a mí me llenaba la mente con pecaminosas imágenes, como por ejemplo me llegaba una estampa de sangre por todos lados y una voz que me decía: «Debo matarlo».

Me ardía el estomago al comprobar que al momento de comenzar su irónica risa todos los allí presente comenzaron a acompañarlo. Incluso aquellos que no sabían reír pues nunca lo habían hecho lo intentaban. Ellos, con una retorcida mueca en lo que no se podía realmente saber si era su cara, hacían cuanto podían. Esto lo llevaban a cabo no por placer, sino por temor.

A mi mente llegó una idea que solo sabía dar vueltas en mi cabeza: «¿Qué es lo que este esconde?»

—¿Me puedes decir qué es aquello que ahora me tienes reservado?

Me miró inquisitivamente.

—Pero ¿qué es lo que pensabas? ¿Creías que ya había terminado con las suculentas sorpresas? Pues no, te queda esta perla que por aquí se halla solitaria.

Sin saber qué es lo que me tenía guardado, este hizo una seña con la cabeza. Debo confesar que no me había apercibido de ella.

Sin esperar un segundo más me dispuse a hablar de nuevo, pero no me dio tiempo.

En el preciso instante en que mi voz quería romper el silencio, dos seres de los que allí se hallaban retiraron unas cortinas. Estas estaban en un lateral, habían pasado desapercibidas a mis ojos. La mayúscula sorpresa fue comprobar lo que se escondía tras de ellas. Mis lágrimas cayeron antes de que mi piel se pudiese erizar por lo que estaba viendo, tras esas cortinas de color rojo fuego apareció Gordi, mi hermano.

Supongo que a él le habían trasladado a ese lugar antes de que este concilio del mal comenzase.

Me fijé en mi hermano, al momento pude comprobar que él ya no portaba su espada de luz, ahora esgrimía en una de sus manos una daga bruna.

Eso hacía que me doliese más lo que veía, ya que esta arma la blandían los guerreros negros. Ellos la suelen llevar al cinto cuando sus manos se hallan ocupadas por ese tremendo mazo.

De repente Gordi se puso a correr por el pasillo en la dirección en la cual Lobo y yo nos encontrábamos. En un primer lugar mi alegría fue inmensa, pues por lo menos podía comprobar que él se encontraba bien, que no había sufrido ningún percance de interés. Pero por otra parte la tristeza me invadía, pues el encuentro no sería agradable él venía a terminar con nuestra existencia en libertad.

Él se encontraba en una de las peores situaciones que nunca hubiese imaginado en mi peor pesadilla. Su tremenda rabia no era dirigida a nosotros, pero la seducción que en su interior se estremecía no dejaba realmente que llegase a su objetivo, este no era otro que el rey de toda pestilencia. Sabíamos a la perfección que aunque en su interior él se hallase y hubiese planeado matar al rey con esa daga, él nunca podría llegar al lugar en el que su malevolencia se topaba.

En ese momento miré a Oyam. Sin ser visto le guiñé el ojo, de reojo miré al monje y vi que estos incautos no le habían quitado tampoco su arma.

Sin pensar muy bien lo que debíamos hacer, en ese preciso momento di un fuerte chillido.

—¡Pensad que no es por odio pues él no habita en nosotros. Es por el bien, la salvación y liberación de sus esencias; su energía vital! ¡Entended que ya la hora ha llegado!

Lo primero que hice fue bajar mi bastón apuntando las cadenas que retenían a mi hermano Lobo, este a su vez abrió la boca y aulló fuerte, sacando un gran chorro de luz, el cual impacto en los dos seres que se encontraban machacando sicológicamente al monje. Desaparecieron estos al momento quedando tan solo unas negras cenizas tras ellos.

Así el monje un segundo después levantó la cabeza y dispuso su luz contra uno de los seres que se encontraban al lado de maese Lobo, dejándome así más tiempo para liberarlo de sus cadenas y curar sus heridas. Cuando sus heridas estaban ya sanas apliqué más a la cadena; pero estaba tan corrompida que era muy difícil liberarlo.

Según alce la vista pude ver cómo una de esas bellezas se acercaba rauda a donde nos hallábamos. Cambié mi luz para poderla liberar, el fogonazo de mi bastón impactó en su pecho, en ese momento el foco de luz se abrió en el techo.

Sin esperarlo a este ser se le cayó esa ropa de seducción, esa mascara, y tan solo quedó un elemental del aire al cual el mismo elemento vestía, me sonrió y marchó a la luz.

Eché un vistazo y pude comprobar cómo ahora sí Gordi avanzaba en dirección al rey de todo sufrimiento, al cual nuestro ataque lo cogió por sorpresa.

En ese instante pude percibir cómo el monje acabó con aquel maleficio que pestilentemente se hallaba agarrado en esas cadenas. Ahora sin el encantamiento tan solo era hierro, materia de la cual Lobo se deshizo sin esfuerzo; pues su fortaleza era de admirar, un violento movimiento con su pescuezo y esa presa se rompió en mil pedazos.

Sin parármelo a pensar guiado por una mano invisible, di mi luz a las hermanas de esas maravillosas y delicadas entidades. En cuanto el rayo las alcanzó estas comenzaron a transmutarse. Sus ojos, antes tan negros, ahora se volvían verdes como la campiña, otras trasmutaban al

azul, a grises y marrones, unas cuantas los tenían como la tierra misma. Incluso pude comprobar que un pequeño grupo exhibía un color casi naranja.

Estas que en sus ojos tenían la fuerza y el color del fuego vieron como sus cabellos del negro, el cual todas portaban, comenzaron a vivificarse con el color del fuego. Estas eran pelirrojas, más allá las había con el color marrón de la tierra, otras lucían un color casi morado, y a las que quedaban incluso se les veía un morado con tonos verdosos.

El blanco sin vida de su piel era ahora un rosado más oscuro o clarito dependiendo de quienes fuesen. Sus carnosos labios escogieron la gran variedad del rojo para expresarme cómo era la vida en ellas. Lo que no había podido percibir en la anterior ahora lo comprobé con gran sorpresa. De su espalda brotaron dos semitransparentes alitas.

Una de ellas se paró delante. A unos metros de donde me encontraba me miró, pero por su forma de observarme supe que no era a mi exterior, más bien diría que miraba en mi interior. Un segundo después en su rostro apareció una amable y sincera sonrisita.

Yo no había podido trasmutar a todos esos seres elementales, así que sin avisar dio media vuelta dirigiéndose hacia una de sus hermanas, la tocó con sus manos y esta quedó en total calma. La trasmutación con gran paz y armonía se llevó a cabo.

Estas poseían una gran rapidez de movimientos tal que casi no podía seguirlas con la vista. En un santiamén había un montón de esos seres elementales revoloteando por todas partes.

Siete de ellas se dirigieron al lugar en el que se hallaba el dragón, este ya estaba de pie y dispuesto al ataque. Cada una se dirigió a una parte de aquel coloso, la primera que despertó impuso sus manos sin tocarlo a unos centímetros por encima de sus cabezas.

De las que pertenecían al fuego, una le impuso sus manos justo donde su tremenda cola comenzaba y la otra en su corazón. De las de agua una se las puso en el bajo vientre y la otra justo donde terminaban sus pescuezos. De las de aire, una se las puso en la boca del estomago y la otra en el tercer ojo. Las de la tierra se fueron una a los pies y la otra a las manos.

La transformación en realidad no tiene paliativos, pues las comparaciones para que comprendáis lo que mis ojos veían no existen; pero imaginaos lo más tremendamente increíble y lo hallaréis.

Imaginaos que sus cabezas comenzaron a moverse espontáneamente como sin control, hasta que por fin comenzaron a adherirse, hasta que quedó tan solo una.

Sus ojos acordes a su nueva cabeza eran ahora grandes, pero que muy grandes, su color era el verde esmeralda. Todas sus facciones, boca, nariz y orejas, eran ahora mucho más grandes. Su cuerpo cambio también pues ahora era de un blanco dorado. Todo él radiaba una especie de luz. Las púas que casi me matan en su cola ya no estaban, y las que en la espalda tenían desaparecieron. Las garras de sus patas ya no eran tales, ahora se hallaban ocultas entre el pelaje maravilloso que él tenía.

Allí me hallaba envuelto en una batalla pero ensimismado en una maravillosa transformación. No era del todo consciente de lo que a mí alrededor estaba ocurriendo.

A mi espalda tres de esos oscuros caballeros se acercaban peligrosamente, su intención era no acabar conmigo, más bien apresarme. Volví mi cabeza mirando a uno y otro lado buscando ayuda. Mis compañeros demasiado ocupados se hallaban como para echarme una mano. En ese instante de desesperación pedí la luz a mi bastón por última vez. Uno de los guerreros alzó su gran mazo para golpearme sin reparo pero logré esquivar el ataque agachándome y girando mi cabeza. En el preciso instante en que mi cabeza giraba, pude comprobar cómo el dragón abría sus fauces.

Ante eso no podría haber esquiva posible, sin más una llamarada azul salió en la dirección en la que, evidentemente, me hallaba en medio de la lucha.

Indudablemente tan solo un pensamiento alcanzaba mi mente: «Mi final ha llegado».

En medio de ese profundo caos me dio tiempo a decir una cosa.

—Si es así y si tiene que ser que así sea. Prefiero que un ser como este firme mi final a que otro lo haga.

¡Ah amigos míos! Lo que yo nunca pensé fue en que ese fuego

azul penetraría de esa manera en mí ser, invadiendo cada molécula de mi cuerpo, llevándome a la más grata sorpresa; pues tan solo bien en mi organismo causó. Según penetraba en mí sentía equilibrio y paz, me daba la impresión de haberme trasladado al más tranquilo de los parajes. Pero como siempre ocurre, lo bueno no dura, así que de repente un estruendoso chillido me sacó de ese éxtasis. Este se escuchaba tras de mí, me di la vuelta y allí se encontraban esos tres inmundos seres, esos caballeros oscuros.

Debo decir aunque ya lo haya aseverado antes, pues siempre causa grata sorpresa en mí, que el tiempo es cada vez más difuso en mi interior. Para mí había pasado mucho tiempo mientras esa llama me atravesaba, pero era ahora cuando me di cuenta de que tan solo unos segundos habían pasado.

Al girarme pude comprobar cómo esa azul llamarada envolvía a estos formidables guerreros hasta deshacer por completo la envoltura oscura que no los dejaba ser como en realidad siempre fueron. Ellos nos hicieron una reverencia y comenzaron ayudar en la batalla.

Esa gran llamarada era mucho más poderosa que cualquiera que yo haya tenido el honor de ver. Imaginaos que nosotros para trasmutar a eses fornidos enemigos debíamos de estar un buen rato soltando fogonazo tras fogonazo y esta arcaica entidad con solo una llamarada liberó a tres de ellos.

Un momento después cerró sus fauces y el fuego redentor se acabó. Al momento le hice una reverencia a este nuevo camarada.

Con la vista comencé a buscar a mis hermanos, comprobé como todos ellos se hallaban en esa especie de refriega que se había originado. Ahora las estancias del malicioso rey no eran algo controlado sino todo lo contrario, ya que parecía escapar todo a su control

Era de admirar que en el techo se hallaba la liberación de uno, no había que esperar nada más, pues ahora éramos multitud.

El rey de la miseria en su trono sentado lejos de toda reacción se hallaba, esto era debido a que nunca esperó que tales sucesos pudiesen pasar en su reino.

Gordi seguía avanzando aunque a veces debía de parar a enfrentarse con quien se le colocaba delante de su camino.

El rey en ese momento mandó a sus tres caballeros oscuros a que atacasen a Gordi.

Se debía de sentir amenazado pues estos tres enormes luchadores eran su guardia más personal. Eran una especie de gigantescas moles musculosas pero con una cabeza muy pequeña, estaban hechos tan solo para la batalla. Me parecía casi inaudito que se deshiciera de su protección y los mandase al ataque.

Gordi no era consciente de ello así que mire a maese Lobo y chillé.

—Lobo, Lobo, Lobo.

Él al momento me miró y dirigí mi mirada hacia lo que estaba a punto de suceder.

Yo ocupé un lado y Lobo el otro. Sin seña que hiciese falta acometimos con nuestra luz con gran indulgencia hacia esas grandes moles. No fallamos en absoluto, nuestra luz a sus corazones llegó, fue una gran sorpresa para esos oscuros seres.

Al momento en que la luz impactó sobre ellos comenzaron a chillar, daban fuertes alaridos pues este era un dolor desconocido todavía por ellos. Tenían la firme impresión de que la luz se los estaba comiendo. Aunque el dolor los llevase casi al desmallo era más fuerte el miedo al señor de toda oscuridad, y esto los espoleaba a seguir corriendo.

La luz aumentaba pero incluso así ellos no cedían en su empeño, creí no podríamos terminar nuestro cometido, pero pasado un tiempo inconcluso pudimos terminar nuestro trabajo con ellos.

Por fin ellos se trasmutaron a la realidad de lo que siempre fueron: tan solo un denso polvo negro es lo que esos poderosos seres llevaban en su interior. Los tres grandes guerreros se habían difuminado en millones de motas de polvo. Creímos por un momento que el final de estos guerreros se había llevado a cabo; olvidamos lo que ya con anterioridad nos había pasado.

El polvo negro se fusionó siendo ahora una gran mancha libre de la carga material. Raudo puso dirección al lugar en el cual se hallaba Gordi, tan solo pude mirar con la cara de la más funesta desesperación

a Lobo, él con sus fauces abiertas enseñando sus dientes daba a entender que la misma desesperación en su ser se desarrollaba. Ese polvo ahora en total conexión se acercaba cada vez más a nuestro hermano.

Lo intentábamos por todos los medios, pero según nuestro rayo iba a contactar con esas partículas estas se dividían para juntarse después. Esto hacía imposible el poder ayudar a nuestro hermano.

En ese momento a mí llegó la imagen del dragón. Lo miré y pude comprobar cómo él no se perdía nada de lo que en esa gran sala se desarrollaba. Lo miré fijamente con una súplica en mis ojos, la cual pedía desesperadamente su ayuda. No hicieron falta las palabras pues él captó perfectamente mi desasosiego.

Pude entrever una especie de sonrisa en su gran hocico, el cual un segundo después se abrió con un potente fogonazo que de su boca salió. Era tal la fuerza de su resplandor que yo no podría llegar a reproducirla de ninguna de las maneras posibles. Este ser era todo un coloso. Me pude cerciorar esta vez de algo que antes me había pasado desapercibido. En el momento en que esa llama azul salía de sus fauces el olor que exhalaba era muy agradable, incluso esencia a floresta podría decir.

El grandioso ser arcaico no falló, con su fuego alcanzó de lleno a aquel maléfico polvo, el cual dio sus más lastimeros alaridos y desapareció.

Anteriormente le había gritado a Gordi para que se tirase al suelo, pues ese polvo soltó un ataque a su cabeza. Justo en el momento en que mi hermano tocaba el suelo, ese polvo oscuro quedó solo ante el azul fuego purificador al que podría llamar amigo.

Una vez acabado con la sombra Gordi se levantó sudoroso. Sin tardanza orientó de nuevo sus pasos al lugar en el que el rey de todo dolor se encontraba.

A este se le podía advertir una mueca entre asombro y miedo.

Algo sucedió para lo que ninguno de los presentes estábamos preparados pues cuando los acontecimientos se desenvuelven armónicamente, la mente se deja llevar sin prever las consecuencias que trama un incierto futuro.

El monje estaba asestando su luz a uno de esos guerreros oscuros,

este se hallaba tirado en el suelo retorciéndose todo él velado por la luz que lo envolvía. Sacando sus últimas negras fuerzas cogió una daga.

En ese instante miré al rey y era su majestad oscura quien dominaba a este ser en plena trasmutación, era por esto que aún le quedaban fuerzas, pues no eran las suyas. Gordi sin percibir el peligro pasó justo a su lado, este lanzó esa negra daga infectada por algún maleficio, la cual impactó en el muslo de mi hermano.

Gordi en ese momento cayó como tocado por un relámpago. Pensábamos que no sería demasiado grave pues la daga se la había clavado en un muslo; pero no era una daga cualquiera, como ya he dicho esta estaba infectada por algún maleficio. Esa energía oscura hacía que mi hermano se retorciese de dolor.

El rey comenzó a reír con una maliciosa y sarcástica risotada, pues subestimamos a nuestro enemigo. Él siempre es más poderoso de lo que podamos ni imaginar.

Gordi imponiéndose a su propio dolor se hallaba a tan solo dos pasos de su objetivo, su coraje y su dolor interior lo ayudó a levantarse. Con fuerza asió su espada de carpintero, ese indefenso mango de madera el cual pendía de su cinturón. Lo aferró con vigor levantándolo sobre su cabeza.

Con un movimiento vertiginoso dio la luz a la herida que la daga había dejado. Su lesión comenzaba a supurar y ya estaba poniéndose fuliginosa. Pues bien, en esa fea herida el metió la luz de su espada, la luminaria de su esperanza.

Con una mirada al suelo desesperado por el dolor que esto le producía, en el preciso instante en el cual recibía su luz, descubrió que al lado del rey se hallaba la espada de uno de sus caballeros negros.

Su pierna mejoraba por segundos y esta estaba lo suficientemente bien como para realizar un movimiento tan rápido que nadie lo esperase.

Él rodó por el suelo y asiendo la espada se levanto por detrás de ese ente de toda oscuridad y de un solo tajo cortó las piernas al rey, el cual por el miedo se había puesto de pie. Este cayó sin remisión al suelo.

Todos los presentes quedamos totalmente extasiados por lo que

delante de nuestros ojos se estaba desarrollando. Antes de poder decir nada Gordi le tenía la espada en el pescuezo de su majestad oscuro. En ese instante yo le grité:

—Gordi no, ese no es el camino, el camino es el perdón, el amor, la paz; búscalos en tu interior.

En ese mismo instante el rey habló.

—¡Ah! Qué dulce sabor tiene cualquier tipo de poder, es tan dulce el poseer la vida o la muerte de un ser al cual solo tú puedes perdonar o arrebatar su existencia.

»Mírate, en tus manos ahora tienes uno de los entes más grandiosos; pero también a uno de los más viles y retorcidos seres que tu mente pueda imaginar.

»Ahora tú tienes el poder de quitarme la vida. Piensa, soy nada más y nada menos que el rey de toda maldad, todo cuanto te ha causado dolor he sido yo, quien te ayudó a que eso fuese posible.

»Me odias, me odias a muerte, ¿no es verdad? ¿No es verdad que querrías acabar muy poco a poco conmigo para que así mi sufrimiento te pudiese hacer sentir mejor?

En el mismo momento en que Gordi se disponía a contestar, yo pude llegar a su lado. Como buenamente pude le di un abrazo con todo mi amor.

Y así le dije:

—Mi bien amado hermano sepárate de él pues aunque le cortases el pescuezo nada lograrías, apártate pues la guerra no acaba aquí. Es aquí y en este momento donde acaba de comenzar tu batalla.

Ese sombrío rey el cual se hallaba ahí tirado, estaba derrotado a los ojos del que solo puede observar lo que delante se desarrolla, pues la realidad se encontraba muy lejos de lo que a los ojos se presentaba.

El rey de la seducción en ese preciso instante esgrimió una horrible sonrisa, sin mediar palabra ni hacer un solo movimiento que delatase lo que estaba a punto de acontecer.

Comenzó a surgir una densa niebla oscura de su interior, esta salía del cuerpo del rey por cualquier orificio. Toda ella al techo se enfilaba, un momento después de aquel rey que se nos había presentado ya nada

quedaba. La funesta niebla comenzó a tomar forma, su densidad era tal que parecía física.

Esta fue la manera en que se presentó por fin la verdadera imagen del rey del espanto ante nuestros ojos.

Ese pobre interlocutor otra cosa no había sido, tan solo un muñeco regido por ese ente que lo había poseído. Éste individuo que hasta ahora en el trono se sentaba, era un ser de facciones duras, tez morena y ojos grises. Daba una imagen que, condicionada con su espesa barba, te hacía pensar que estabas ante un rey característico del siglo dieciséis o diecisiete; el inconfundible rey nórdico.

No he querido describíroslo anteriormente pues la desilusión brotaría en aquel que en esta historia se halla presente, la descripción de un ser tan ignominioso no encajaría en lo que acabo de describiros.

Ahora el verdadero rey de todo lo grotesco accedió a mostrarse tal y como es. Este era un ser sin forma definida, con todas las formas por definir. Su alargada cara era dificilísima de poder describirla pues con cada movimiento esta se alteraba, era totalmente como el humo gris de una chimenea, el cual cambia con el viento. Su colosal tamaño me hacía pensar en cómo podía estar dentro de un organismo como el que acababa de abandonar.

¿Su vestimenta cómo describirla?, esta trazaba retales que parecían desgarrados pero que cuando daba la impresión de caerse volvían a formar una especie de velo que todo lo cubría.

De sus extremidades, comenzando por sus brazos, no podría determinar su número, pues él los disponía a su voluntad. Lo mismo él exhibía uno muy fuerte y musculado que cuatro más prolongados y escuálidos.

Con sus piernas pasaba algo parecido; pues eran o bien largas y ágiles o lentas y fuertes.

En ese momento un tremendo alarido exhaló de una boca indeterminada, de unos pulmones ausentes. Este era quejumbroso y ensordecedor, como el estremecimiento que produce rechinar de los cristales sumado al opaco eco apagado en la distancia. Pero de él pudimos percibir una pregunta.

—¿Decidme pordioseras criaturas por qué no me preguntáis por Lut? ¿Cómo puede ser que hayáis armado tal estropicio en mi reino por un asqueroso borracho? Pues debéis de saber que ha sido él, él que tiró su vida a la basura. Él ha seguido la seducción hasta una culminación que roza la excelencia.

Esto llevo a mí ser a que casi saliese de su control, pero no lo logró.

—¡No te equivoques! Lut no es un pobre borracho. No es por una basura por lo que estamos aquí.

»Nuestra difícil misión se ha llevado a cabo por un alma la cual ha sido robada a la luz. En el preciso instante en que ella sea liberada, por fin se hará justicia; pues con ella marcharán a la luz el resto de almas que en tu reino son injuriadas y torturadas, hasta llegar a pudrirse por siempre en este lugar. Has de saber que en cuanto ella sea liberada en el resto la verdad surgirá en sus límpidos corazones, con ello tendrán por lo menos la ocasión de poder elegir, ellos podrán comprobar de esta manera lo que aquí en realidad les ofrecéis.

»Podrán experimentar que en este lugar nada más que sufrimiento vejación y dolor es lo que proponéis, de esta manera sabrán para la verdad de aquello que pretendéis sacar de sus pobres entelequias.

»Esto podréis disfrazarlo pero tan solo tiene un motivo: alimentaros de sus sufrimientos y de su carne. Podrán visionar las innombrables criaturas que de ellos pretenden nutrirse.

—Sí, sí pero ¿no ves lo felices que los hace la ignorancia?

A cada respuesta dada más me indignaba.

—Es por eso mismo por lo que deben de dejar de ser ignorantes, para que de esta manera puedan elegir lo que con su existencia quieren hacer. Solo el conocimiento puede liberarlos, pues gracias a él uno es capaz de conocer y conocerse.

Sin ser muy consciente de lo que estaba a punto de hacer, levanté mi bastón apuntando a eso que parecía su cabeza, sin más solté el fogonazo de luz, el cual salió en la dirección elegida. Un segundo después pude comprobar cómo mis hermanos alzaron y activaron sus artefactos apuntando a ese extravagante rey de la mentira.

Mi luz no hizo mella en él pues su constitución le permitía es-

quivar cualquier ataque. En ese preciso instante a mi mente llegó la luz del dragón, la cual podría ser mucho más precisa en este horrible momento. Esto llegó así como muchos otros pensamientos espoleados por la desesperación.

Justamente cuando mis hermanos estaban a punto de soltar su luz, él dijo:

—¿Pero no eras tú el que quería saber dónde se encuentra Lut? ¡Qué ser más extraño!, no llego a comprender tu actitud. Te juegas la vida por ese esperpéntico ser, y ahora parece ser que ha dejado de interesarte.

Esto exhalaba desde su interior sin saber bien desde dónde salía al exterior. Ese ser de inconstante forma se movía por todas partes sin parar un segundo en una esquina o en el techo.

Bajé mi bastón ya que comprobé que nada podía hacerle y contesté:

—Está claro que así es, por él principiamos esta misión; aunque debo de aseverar que ahora no lo tengo tan claro, pues desde que aquí pusimos los pies nos hemos dado cuenta de la necesidad que los seres presos en un lugar tan doloroso como este tenían de llegar a ser liberados de una u otra manera. Por lo tanto estoy seguro de que principias las cosas con una motivación, pero cuando todo está en movimiento te das cuenta de que ello solo era un estimulo para una misión superior.

Nadie estaba preparado para lo que estaba a punto de acontecer. Esa diabólica bestia introdujo su mano en el interior de aquel remolino de motas de polvo oscuro, este fue tomando forma de lo que a mí me parecía su pecho.

El introdujo un brazo musculoso, lo había cambiado antes de llevar a cabo esta atrocidad. Daba la firme impresión de que estaba buscando algo en el interior de ese ausente pecho. Tardó un tiempo pero al fin encontró aquello que precisaba.

Un segundo después sacó de dentro de su ser al pobre Lut. El indefenso Lut chorreaba una especie de moco, el cual se deslizaba por su rostro muy lento hacia el suelo.

Ay mi querido Lut, en sus ojos podía ver el dolor la desilusión y la

incomprensión de cuanto le estaba ocurriendo. Su mirada, totalmente perdida, lo único que decía era: «Por favor solo quiero salir de aquí, matadme pues así descansaré».

En ese momento el asqueroso rey habló de nuevo, fue incluso cómico; pues cuando Lut escuchó esa voz se encogió por el miedo que le producía.

—Obsérvalo, míralo bien, pues esta será la última vez que lo veas.

En ese momento el rey comenzó a reír, entre risotadas volvió a hablar.

—Pensad muy bien lo que queréis hacerme; pues si a mí me pasa algo, como por ejemplo que llegaseis a lograr mi muerte, este inmundo ser esta unido a mí de tal manera que si yo fenezco él correrá la misma suerte. Pero quiero que sepáis que su muerte será mucho más dolorosa de cuanto podáis llegar a imaginar, todas mis partículas abrirán su mente e introducirán los más horrendos pensamientos de tortura que en mi interior poseo, y creedme, son muchos.

En ese preciso instante lo levantó con el firme propósito de que lo viésemos bien. En el momento en que lo alzaba en su estómago, o eso parecía, se abrió una especie de boquete hasta su pecho, por el cual era seguro que pretendía introducir a Lut.

Un segundo después bajó su brazo hasta el pecho y frente a esa grotesca abertura se propuso llevar a cabo lo que había pensado que él haría. Antes casi de poder reaccionar comenzaba a introducir al pobre Lut en su interior. Por esa apertura esa especie de baba supuraba hacia afuera discurriendo por esas motas de negro polvo, lo que me decía que este ente debía de tener algo que fuese solido en su interior.

El pensamiento anterior me llevó a un plan casi inconsciente; pero que era el único que tenía. Tomé carrerilla e impulsándome con mi bastón como si se tratase de una pértiga llegué a elevarme hasta la altura de aquel ser. Este no me esperaba. Según ascendía solté mi amado bastón y subí a la altura del estómago. Tenía frente a mí esa, apertura la cual estaba a punto de cerrarse. Casi sin poderlo describir un segundo después me hallaba en el interior de el rey de la ponzoña, y tal y como él lo era este lugar, nunca mejor dicho.

Que tremendamente horrible era aquel lugar en el que ahora me encontraba; todo se componía de mucosidades viscosas, todo era demasiado fláccido al tacto. Aunque debo decir que la temperatura que allí había era muy agradable.

Pude comprobar dónde Lut se hallaba. Este estaba un poco más arriba de donde yo había aterrizado. El infortunado Lut se hallaba introducido en una especie de bolsa embrionaria. Era sumamente parecida a la placenta en la cual un bebe se encuentra en su evolución dentro de su madre. He de decir que este era un bebe muy peculiar, y ¿qué decir de la madre que lo albergaba?

Quería dirigirme hacia él desesperadamente; pero no tenía idea de cómo lo debía de llevar a cabo. Del todo imposible sería andar en tal estado. El espacio era mayúsculo, o sea, que por eso no había problema. La dificultad radicaba en la consistencia de aquel lugar.

Pensé un momento en qué hacer, recordé a mi amado elemento. Así como el que en el límpido mar lo hace nadando, yo me dispuse en esta densa mucosidad.

Sin creerlo en demasía comencé a avanzar. Una vez llegado al lugar en el que él se encontraba, con mis manos reventé la bolsa en la cual él se hallaba.

Mucho más tarde me enteré de que mis hermanos se habían quedado estupefactos por mi acción. Nadie esperaba algo como lo que yo había hecho. En cuanto vieron que mi bastón caía al suelo y yo desaparecía en el interior de aquel aborrecible ser, no supieron cómo reaccionar pues no lo podían atacar; pues de hacerlo, ¿qué sería entonces de Lut y de mí?

En los primeros instantes estaban totalmente aturdidos. Pero la reacción no se hizo esperar así que rodearon aquel ser con el fin de que le fuese imposible escapar.

Pero lo más extraordinario y lo que nadie esperaba era la reacción del rey de la violencia. Este comenzó a pelearse consigo mismo, daba fortísimos alaridos a cada momento, era como si algo le doliese mucho en su interior.

Pues bien volvamos a donde lo dejamos.

Una vez hube sacado a Lut de la bolsa, Axixlux comenzó a brillar con gran intensidad.

Sabía que este era su momento, sería utilizado en aquel lugar, y esta sería nuestra última aventura, la de Axixlux y quizás la mía también.

Así que sin pensarlo me lo quité del pescuezo y se lo impuse a Lut en la mano derecha, obligándolo con mi mano a que este cerrase la suya. Un momento después como el que de un sueño regresa, más bien en este caso de una pesadilla, él comenzó a recobrar la consciencia. Muy asustado por lo que contemplaba me preguntó:

—Por favor dime la verdad ¿dónde estamos?

Lo miré. Quería sonreír pero la realidad no me lo permitía.

—Ahora tan solo te diré que es hora de salir de aquí, devuélveme a Axixlux y sígueme que más tarde te he de contar todo con detalle.

—Pero…

—Piensa tan solo que estamos corriendo un gran riesgo; pues cuanto más tiempo quedemos aquí, es seguro que más difícil se hará el salir. Por ello debemos apresurarnos a realizar la misión que se nos ha impuesto y que a nuestro alcance se halla.

Lut nada más dijo, tan solo bajó un poco su cabeza. Con un gesto de su rostro indicó que mirase a su mano. Este abriendo su puño me devolvió a Axixlux.

Ese ser debió de chillar como un loco cuando saqué de la bolsa a Lut, pues me atrevería a decir que casi lo podía oír desde aquí dentro.

Esto me dio que pensar pues si lo que aquí dentro hago realmente repercute en todo este ser… Ahora sé lo que debo de hacer. Mi misión será buscar algo parecido a un corazón.

Mire a Lut, le hice una seña con la cabeza, y comencé a nadar entre babas gelatinosas. Lut me seguía de cerca, sentí de repente que comenzamos a ascender.

Pasados unos viscosos momentos, allí se encontraba. Su corazón estaba todo él envuelto en lo que parecían unas películas de piel con un color gris verdoso. Ese pobre corazón era casi todo él del más sombrío de los colores, digo casi pues en él todavía había un pequeño fragmento,

el cual conservaba un color rosado. Daba la impresión de que se hallaba rebosante de salud. No obstante con una minúscula la parte sana me valdría.

A mi mente llegó un firme pensamiento: «En él todavía habita algo de vida y amor, estoy seguro de que la luz se puede todavía instaurar en él».

Sin pensar bien lo que hacía, dejándome llevar por lo que me decía el corazón, aferré a Axixlux de nuevo.

Lo observé con la calma que me era posible; pues sabía que esta sería la última vez que estaría conmigo. Él brilló aun más. Sin más dilación se lo clavé en la parte viva que en ese oscuro corazón quedaba.

Lo que ocurrió después fue una gran experiencia, pude comprobar cómo la inmediata reacción se consumó. Esa minúscula parte viva comenzó a palpitar más aceleradamente, y comenzó a extenderse, a ganarle terreno a la parte muerta y oscura. El rojo de la sangre activa comenzaba a verse cada vez más y más. La luz ahora comenzaba a difuminar la oscuridad.

Sin poder ser testigo de ello tenía la firme convicción de que en ese momento el rey del dolor comenzó a chillar y a retorcerse al igual que una bestia mal herida.

Un momento después de que le hubiese clavado a Axixlux, este inmundo ser abrió su pecho e introdujo un musculoso brazo en su interior. Realmente no teníamos ni dónde escondernos ni cómo escapar. Así fue que nos dio caza enseguida. Nos agarró a ambos como pudo, y sacándonos al exterior nos tiró como el que tira un molesto insecto que lo lleva un tiempo torturando con su insignificante vuelo.

En ese mismo momento mis hermanos estaban dispuestos a atacarlo con toda la fuerza de su luz, pero yo chillé.

—No, no debéis hacerlo, ya es inútil todo cuanto estéis dispuestos hacer por él. Nuestra arma oculta ya está llevando a cabo su misión.

Espumando una especie de luz por la boca como buenamente pudo me preguntó:

—¿Qué es lo que me habéis hecho? Esto que ahora estoy sintiendo ya lo he sentido una vez hace mucho tiempo.

Todavía un tanto indispuesto por el impacto contra el duro suelo, levanté mi mirada y contesté.

—Sé que eso ya lo has sentido una vez hace tiempo, y lo sé porque todavía en tu corazón lo guardabas, lo atesorabas como el que su más preciado bien guarda. Una parte de tu ser no quería que el resto de lo que representas lo supiese para que no lo exterminase, por ello estabas dividido intrínsecamente.

»Esa parte ahora se extiende rápidamente por todo ese corazón podrido dándole vida y luz. Lo que en ti está comenzando a renacer es amor.

»Con toda seguridad podría afirmar que tan solo una persona muy especial ha habitado en él. Es por ello que es tu punto débil; porque nunca has podido eliminar ese amor totalmente de tu corazón. Estoy completamente seguro de que esto lo has hecho porque esa persona representa la libertad que puede ofrecerte ante esta opresión que te gobierna. Ella es la única esperanza, la cual permanecía escondida en ese pequeño espacio que en tu corazón existe.

»Piensas que no eras consciente, que no es culpa tuya. Pero una minúscula parte de ti siempre esperó este momento. Pues bien, él se está extendiendo rápidamente.

En ese momento su malevolencia dio como un suspiro desgarrador, y dijo:

—Sí, ahora lo recuerdo claramente. Ella fue la única que pudo derrotarme sin ningún tipo de arma. Su gracia, la cual me dio un largo tiempo, instauró en mí el amor y la paz, sentimientos profundos, los cuales se arraigaron en mi corazón para siempre.

»Poco a poco en un principio, casi imperceptibles a mi interior llegaron susurros oscuros y velados a mi comprensión. Ellos penetraban a través de mis oídos, de mis pensamientos.

»Ellos me lo decían, ellos pretendían que tan solo escuchase lo que proponían. No les hacía caso, no quería escucharlos; pero tampoco de ellos me deshacía, y así quedaban impresos en alguna parte de mi amplia mente. Poco a poco a estos les comencé a dar importancia. Antes de poderme dar cuenta habían terminado con todo.

»¡Ah! Aquello que yo ya creí muerto crece con fuerza y gran potencia en mí ahora. —De repente se cayó y al momento dio otro fuerte alarido de dolor. Sin más y sin esperarlo volvió a hablar—. Pero decidme, ¿por qué no me remataís en este momento? Vuestra oportunidad para hacerlo es del todo inmejorable.

Miré en derredor comprobando la esperpéntica cara de sorpresa que Lut poseía. El con la boca abierta de par en par ningún sonido dejaba escapar… ¿qué más daba ya?, su cara todo lo decía. Él así se hallaba; tan solo miraba y callaba.

Nadie decía nada así que tuve que volver a ser yo el que con este ser hablase, por tener que hacerlo no quiere decir que ello me gustase.

—¿Pretendes engañarnos de nuevo? Pues ambos sabemos que si llegásemos a matarte no estaríamos estableciendo otra cosa que no fuese más alimento a toda entidad oscura, pues lo único que de ello podría exhalar sería odio. Estoy seguro que ello produciría un resultado no buscado, pero sí llevado a cabo por ese acto de maldad. En tu corazón debido al ataque se reforzaría todo sentimiento negativo, y la batalla que en el centro de tu corazón ahora se lleva a cabo la perderías.

»Tu parte negativa se ve perdida, por ello trata de una u otra forma volver a gobernar. Es una muy pobre treta esta que has llevado a cabo. ¿Qué, creías que no me daría cuenta de que en cuanto te sintieses atacado tu naturaleza reaccionaría protegiéndose y exhalando odio hacia tu atacante?, esto sería automático. Lograrías de esta forma que la parte oscura de tu corazón tomase de nuevo las riendas.

La parte del rey de la maldad todavía consciente habló de nuevo.

—A decir verdad muestras una gran sabiduría, la cual parece que has ido introduciendo en tu interior de una forma muy especial. Este conocimiento tuyo ha demostrado hasta el momento que eres un gran amigo de tus amigos. Me pregunto, ¿qué será lo que sientes por estos tus hermanos que te espolea a llevar a cabo misiones tan extraordinarias por ellos?»A decir verdad esto ya da igual, pues ni tus hermanos, ni tus amigos pueden ya hacer nada; todo está en su lugar, todo ha salido como yo pretendía. Pobre incauto, ¿no entiendes que el mal ya crece vertiginoso en ti?, debes saber, aunque no lo llegues a comprender, que

la oscuridad nunca muere del todo. ¿No comprendes que aunque sean tímidas las sombras sigue siendo oscuridad? Donde ellas se desenvuelvan yo estoy y reino.

Esto no lo comprendía como él había aseverado, así que un tanto fuera de mi control pregunté:

—¿Por qué dices eso ahora, a qué te estás refiriendo?

Del ser de toda oscuridad ya no se escuchó nada que se pareciese a una respuesta. Lo que sí expuso ese ser fueron fortísimas convulsiones. Llegó un momento en el cual comenzó a hincharse.

Esas hermosas hadas, pues no conozco otro nombre para poder referirme a ellas debido a su bondad y belleza, chillaron:

—¡Hay que salir a toda prisa de este lugar! La guerra que en sus adentros se está desatando ha conseguido que su interior fenezca y todo acabe por estallar.

El dragón con todo su porte majestuoso echó una mirada en dirección al lugar en el que la puerta se encontraba. Sin que lo esperase el dijo:

—Estoy seguro de cómo salir de este lugar. Debéis seguirme, así que aquel que sepa volar que lo haga, el que no que se deje trasladar por los que pueden hacerlo.

En ese instante esa arcaica y maravillosa entidad que se hallaba manifestando decisiones me miró y agachando su cabeza me invitó a mí y a mis hermanos a subir en él. Bueno, no a todos.

Oyam, el monje, Gordi, Lobo y yo ascendimos a su lomo. Era algo espléndido la sensación de hallarse ahí; pero no explicaré las emociones que esto me trasladaba pues me llevaría demasiado tiempo. Creo que aquellos que en su imaginación logren crear a este esplendido ser se pueden imaginar cómo sería el resto.

Algunos de los soldados convertidos también se montaron un poco más atrás de donde nos encontrábamos, otros de esos seres convertidos fueron llevados por las hadas. Lut, con esa cara la cual no podría llegar a clasificar pues su boca seguía abierta, asombrado por todo cuanto estaba pasando, daba paso a su vista descentrada. Parecía incluso ausente por veces.

El dragón nos advirtió que debíamos de agarrarnos con fuerza. Era como poco una visión extraordinaria el contemplar cómo con sus musculosos cuartos traseros se impulsaba.

Un segundo después impactó con aquella indestructible e infranqueable puerta, la cual a mí me había parecido imperturbable e inmutable a cualquier embestida.

Traspasamos el umbral y en poco estábamos cerca de la entrada del hospital. ¡Qué corto se me hacia este camino ahora!

Pasamos raudos por el insalubre hospital del dolor, allí no había nadie; pero he de decir que el perturbador olor a muerte y sufrimiento se hallaba plasmado por todo aquel lugar.

Un momento después llegamos al lugar por el que los muertos y también Oyam y yo descendimos en su momento. Era el cono, la boca de ese volcán. Un segundo después comenzamos el ascenso.

De repente se escuchó una gran explosión, aquel rey de toda tenebrosidad maliciosa no pudo aguantar más. De esta vil manera había acabado sus días.

De repente una de las hadas gritó:

—Por favor, escucharme todos, debéis aguantar la respiración.

Oyam habló, como siempre si no preguntaba reventaría como el rey.

—¿Por qué debemos de hacer tal cosa cuando ya el final de esta angustiosa misión se puede incluso oler?

Esta entidad maravillosa tan solo lo observó un poco malhumorada y dijo:

—La respuesta viene dada por sí sola, hazme el favor de mirar hacia abajo.

Al momento todos miramos hacia donde el hada nos había indicado. Una niebla grisácea tirando a bruna nos seguía muy de cerca. Realmente aunque nadie dijese nada estaba claro de lo que se trataba.

Un segundo antes de ser alcanzados por esa espesa muerte el dragón habló y nos propuso lo siguiente.

—Es necesario que le deis la luz a vuestras armas, dirigiéndola cada uno hacia una parte diferente, tratando de hacer una especie de telaraña para que esa niebla no pueda salir de este lugar.

Aquello que se nos pedía mientras ascendíamos y sin respirar, se hacía de lo más complicado. Pero nos lo habían propuesto de la mejor manera posible así lo llevamos a cabo.

Alguien chilló:

—¡Que no se os ocurra el respirar pues ya está aquí!

Dispusimos la luz como una especie de telaraña, era hermosa pues según ascendíamos ella se trasladaba por las paredes de aquel tétrico lugar, expandiendo su fulgor hacia arriba y abajo, proponiendo así un juego con la sombra de lo más hermoso.

Un instante después nos hallábamos rodeados por esa increpante y mortal niebla. Esta se movía rauda por todas partes con un único fin: el ser inalada.

En ese momento con las pocas fuerzas que me quedaban miré hacia arriba y estalló en mi interior la pasión que la felicidad producía. Este sentimiento todo lo invadía. Mis ojos pudieron vislumbrar un pedacito de cielo azul inmaculado, era lo más hermoso que en esos momentos yo pudiese desear. Ahí se encontraba, tan cerca pero tan lejos a la vez.

¿Qué mente retorcida podría llevar a cabo algo tan atroz? Pues como ya he dicho este era el estremecedor lugar por el cual las almas caían, dejando la luz para siempre tras su caída. ¡Qué dolor debieron de experimentar sabiendo que esa sería la última vez en ver algo semejante, en poder llegar a experimentar el olor de la vida y el color de la felicidad!

He de decir que aunque no me estaba viendo debía de tener un color morado pues notaba ya la falta de aire en mí.

Fue decepcionante el comprobar que nuestra red de luz no fue efectiva, ya que la niebla lograba colarse por cualquiera de las minúsculas aberturas, en las cuales la luz no podía acabar con la sombra.

No podíamos pensar ni llegar a imaginar lo que esta niebla produjo. Ella, más ágil por su ausencia de peso, nos adelanto. Unos metros por encima y antes de salir al exterior creó una especie de tapón. Al momento ese cielo azul quedó eclipsado por los millones de partículas oscuras. Esto hizo mella en mi interior ya que de repente se escabulló mi esperanza de salir de allí.

El plan de esta niebla era que al salir si alguno respiraba, caería a lo profundo y de nuevo podría volver el mal a renacer. La niebla comenzó a subir su densidad, cada partícula se comprimía con la que tenía al lado, sabía que esta era su última oportunidad.

Pero sin percances pasamos por el cuerpo de aquella mala bestia, según penetramos en ella esta se disipó en millones de diminutos pedacitos.

No sé si me podréis creer lo que en ese instante en mi interior se despertó, me daba pena aquel ser deforme, el cual se hallaba ahora disgregado por las paredes de su reino. En mi interior nació el más profundo perdón hacia él, no podía culparlo de nada; todo estaba ya perdonado.

En ese preciso instante renació en mi interior la paz y la armonía, de repente la luz lo inundo todo. Tuve que tapar mis ojos pues tras tanto tiempo entre tinieblas era imposible observar la luz que el sol emitía. No soy un águila o un dragón para volar hacia el astro rey sin miedo a quedarme ciego.

Si tengo que deciros la verdad en cuanto aquel fogonazo de luz llegó a mí, fue lo último que yo vi. No sé si debido a la debilidad que en mí el hambre había causado, el cansancio, o qué se yo. El caso es que perdí la consciencia.

No puedo decir el tiempo que pasó; pero como aquel que de un largo sueño despierta, comencé a incorporarme a la realidad. Al momento intenté abrir los ojos, pero un pensamiento a mí llegó.

Estoy tan cómodo, tan bien, que quizás si despierto me lleve una sorpresa no demasiado agradable; por lo tanto estate quieto y no te muevas.

Un segundo después la fragancia de un buen guiso llegaba a mi olfato, mi boca salivando se hacía agua por momentos.

Agudicé mis oídos para poder comprobar si algo que se pareciese a una batalla o una tremenda lucha llegaba a ellos; pero de eso nada, solo había paz, algún murmullo lejano y nada más.

Después de todas estas pruebas algo en mi interior seguía diciendo: «No abras los ojos, sigue quieto y disfruta de esta paz».

Así que antes de abrí mis ojos comencé a tantear el lugar con mis manos. Quería saber dónde estaban reposando mis huesos, y de esta manera hacerme una idea del lugar en el que me encontraba. Posiblemente así podría saber que era aquello que me estaría esperando.

Mi sorpresa fue mayúscula al darme de cuenta que estaba entre mullidos almohadones. No parecía que nada fuese mal. En ese preciso instante alguien me cogió de la mano.

Esta era una mano larga muy suave, en extremo, con una piel tersa sin una sola arruga.

—¡Cuánto me gustaría que fuese aquella que esta, mi imaginación desbocada, me dice que es!

El olor que a mi olfato llega es el de tu delicada fragancia; pues no es un perfume, es más bien el delicado aroma de tu esencia natural lo que a mí me embelesa. Tan solo mi amada puede exhalar la melancolía de la vida solo con su emanación. Sé que eres tú el único ser por el cual mi corazón siente la más pura adoración; aquella que por encima de todo lo bueno y lo malo está, pues nada más fuerte que nuestro amor nunca podría llegar a encontrar.

Sabiendo esto no quería romper el hechizo que me envolvía, mis ojos se mostraban llenos de lágrimas por la alegría de reunirme de nuevo con mi amada. Esto lo sentía real, pero ¿si después de abrir los ojos me encontrase con que todo era una farsa? Nunca podría superar tal engaño en mi corazón.

En verdad sabía que cuando yo me había marchado ella no se hallaba en el puesto avanzado. Ella se quedó en el reino, con el fin de que no pudiese entretener mi corazón. Ahora comprendo a mi reina. Si mi amada hubiese venido no hubiese podido de ella separarme.

La pregunta que a mi mente llegaba era ¿cómo podría estar aquí? ¿Cómo hubiese podido llegar a este lugar?, el cual hasta yo ignoro. Lo que sí sé es:

Si ella no era, algo me ayudaba a estar disfrutando de un recuerdo que en mi mente parecía ya tan lejano.

Sé que todo tiene un fin, quizás mi final ahora era un principio;

volver a la luz, dejar que esta ilumine todo mi ser con su esplendor, físicamente volver a soportar la brillante luz que nuestro elemento irradia.

Lo creáis o no la sorpresa que me llevé al abrir los ojos fue la más grata que yo haya tenido jamás, quizás sabía que esto podía ser; pero no lo podía creer.

Mis ojos se abrieron y observaron mi mano, esta se hallaba entre los dedos de mi amada. Ella con sus limpios ojos miraba mi rostro, de ella emanaba la ternura que tan solo la enamorada puede tener en su visión.

Me di cuenta de que su mirada no se posaba en mi exterior, ella al interior contemplaba. Era doloroso comprobar cómo podía posarse en cada situación vivida, esto hacía que toda su alma se estremeciese. Ella observaba todos los horrores por los que había pasado.

Dejó de contemplar mi interior, recogió mi rostro, y entre innumerables lágrimas me dijo:

—¡Ay mi amor! Qué cerca hemos estado de no volvernos a ver, no quiero que nadie pueda separarme jamás de ti, y juro por todo cuanto soy y en aquello que creo que jamás volverá a ocurrir. Quiero que sepas que sin ti solo me siento perdida y sin vida, nada es capaz de hacerme recuperar el aliento en mí si tú no estás conmigo. No puedo tolerar más que estés alejado de mi lado. Yo soy tú y tú eres yo.

—¡Amada mía! ¿Cuánto tiempo llevas aquí, bajo la angustia del que espera sin saber si obtendrá respuesta?

Me miró con más dulzura si fuese ello posible.

—Aquí llegué el mismo día de tú partiste hacia ese lugar al cual nadie se quiere encaminar.

Llegué con la angustia del que ve partir a su amado sin poderle dirigir una sola palabra de triste consuelo; pues estaba segura de que si en los momentos más perjudiciales a ti llegase la imagen de mi despedida, el saber quién te aguarda, por ello quizás no fueses libre de elegir. Perderías el coraje en los peores momentos, pues pensarías en mí y no en aquello que te llevó a ese infernal lugar.

Nos abrazamos, nos besamos, no quería más que tenerla en mí. Si pudiese nos fusionaríamos en un solo cuerpo.

Una duda habitaba dentro de mi cabeza, así que me acerqué a su orejita y pregunté:

—Dime mi amor, ¿cuánto ha sido el tiempo que por mi has tenido que esperar? Pues a decir verdad en ese lugar el espacio y el tiempo no existen, y si existen son del todo diferentes.

Ella sonreirá de nuevo.

—Mi amor, es casi imposible lo que pudisteis aguantar pues hoy se cumplen siete días desde que partisteis.

No podía creerlo pues no habíamos comido ni bebido, y sin comida podríamos aguantar pero sin beber no.

—¿Pero cómo? Esto no es posible, aunque el tiempo fuese diferente no podría decir que había trascurrido tanto.

En ese preciso momento mi estomago bramó como la bestia herida que era, su rugido se escuchó por dos veces, cada una de ellas con más fuerza.

—Te comprendo amigo mío, has aguantado una semana entera sin comer, beber o dormir. No me extraña que al final el desmayo pudiese conmigo.

En ese momento mi amada me miró y ambos comenzamos a reír efusivamente, a nuestra risotada la acompañaba del rugir que mi estomago expresaba. En ese instante volví a abrazar a mi amor impetuosamente.

—No me importa el tener que esperar un poco más para comer o beber, pues a decir verdad me llena más un minuto contigo que el mayor de los manjares. ¡Qué gran alimento es el que representas para mi alma cansada!

Ella separándome con la ternura de una madre sobre su recién nacido, me dijo mientras distanciaba un poco su cuerpo del mío.

—Ahora debes de vestirte, es este un momento especial. Como todo momento tiene sus sorpresas, este no iba ser de menos. Tengo algo que deseo con todo mi amor enseñarte.

Ella con suma delicadeza aproximó mis ropajes, nuevos totalmente con un aroma a limpio que me parecía extraordinario. ¡Cuánto se puede echar de menos un aroma así!

Me ayudó a sentarme en la cama. Al igual que la madre más maravillosa ella me vestía con mucha paciencia, desde la primera a la última de mis prendas. Cada vez que veía un moratón, una cicatriz, una marca, ella sufría.

Ya terminada esta nueva hazaña salimos de la tienda. Al momento me giró sin esperarlo y me dijo:

—Observa mi bien querido lo que tú y tus hermanos habéis logrado, sin que nadie pensase que podríais tan siquiera llegar abajo.

En un primer momento no sabía bien a qué se refería; pero levanté mis ojos y estos se clavaron en la montaña en la que tanto sufrimiento habíamos pasado.

Al segundo pude darme cuenta de que por el lugar en el que las almas antes se precipitaban a ese infierno, dando ese color de tormento y ese sonido de desesperación en todo este contorno, ahora lo que se veía era un color dorado que ascendía hacia una especie de sol. No eran necesarias las explicaciones, aquello no era otra cosa que la ascensión de todas las almas que allá abajo en un sufrimiento perpetuo se hallaban.

Envolviendo esa agradable visión se escuchaba como la música de un ciento de melodiosas entidades, a las cuales los pájaros venturosos acompañaban con su canto.

¡Qué feliz me hacía sentir esta visión de paz y armonía!, daba la firme impresión de que todo volvía a estar en su sitio.

También pude cerciorarme de que aquel odioso desierto que hasta la montaña llegaba había desaparecido. Una especie de jardín salvaje crecía animoso por todas partes, en él pequeños arbustos y abundante hierba crecían jalonándolo todo. Las flores silvestres comenzaban a despuntar en multitud de colores y de aromas que ofrecían esencia de vida a todo aquel lugar.

Toda esa exuberante vegetación se acercaba al bosque virgen pues la fusión era necesaria. Ese bosque arcaico parecía estar esperando este momento. Él necesitaba de estos brotes nuevos, sus raíces y ramas se unificaran en un abrazo para siempre jamás.

El trabajo de la divina madre naturaleza se hallara de nuevo cum-

plido, cubriendo con vida esa espeluznante herida que a la tierra se le había infringido.

Quedé tan ensimismado con esa hermosa visión que no sabía bien dónde había posado ni mis pies. Como recordareis esta fue una de mis primeras enseñanzas. ¿Os acordáis de ella?

Cuando aquellas dulces florecillas me dieron a entender lo torpe que se puede llegar a ser. Pues bien, al mirar hacia mis pies y aun en extrema debilidad tropecé. No sé hoy todavía con qué fue, y eso que lo he meditado mucho tiempo. Ello me llevó a precipitarme al suelo, no sé si la divinidad algo tenía que ver o por lo nombrado, el caso es que estando ahí en el suelo algo o alguien se me echó encima.

—Grrrrr, no me vuelvas a dar otro susto así. Grrrrr.

Su gruñido se debió llegar a escuchar a varios metros a la redonda. Era maese Lobo, que después de lo que me había dicho y de dar los gruñidos, comenzó a llenar mi cara de sus babas; pues parecía que quería comerme a lametazos.

Cuando terminó me dijo:

—Tú eres un mal amigo para tu propio ser, si lo eres contigo lo eres conmigo. Es inimaginable pensar que no da acabado contigo aquella mala bestia, después el rey, ni siquiera el hambre pudo terminar contigo, sin embargo por culpa del sueño tu vida estuvo a punto de terminar.

Lo miré y me abracé a su musculoso pescuezo.

—¡Oh mi hermano! Maese Lobo, ¡cuánto me alegro de poder verte de nuevo!, de verdad debo decirte que hubo algún momento en que lo hubiese dudado.

Ambos nos miramos y las lágrimas cayeron, estas eran las que nos ayudarían a sanar los resquicios oscuros que en nosotros quedaban. Visto ahora desde la tranquilidad volví a darme cuenta de que este era un ser imponente. Lo siento pues aunque me llaméis repetitivo debo decirlo; pues cada vez que aquella mole me abrazaba, más pequeño me sentía.

—Pero si me haces el favor mi bien amado hermano, cuéntame algo sobre eso; pues desde el momento en el que salí por la boca del volcán ya nada más recuerdo.

Él se separó un poco de mí, se sentó, se lamió la parte derecha de su hombro y comenzó su relato.

—Está bien, escucha ahora con atención. En cuanto irrumpimos en aquella niebla no tardamos en superarla, en ese instante tú te quedaste como muerto, perdiste todo conocimiento. Lo malo no fue eso, lo perjudicial de ello es que nadie se dio cuenta de lo que te estaba ocurriendo. Cuando quisimos entenderlo y reaccionar fue demasiado tarde.

»Tú ya caías del lomo del dragón. Claro, ¿qué hacer ante un problema así?, pues como tú bien sabes ni yo ni ninguno de tus hermanos podemos volar.

Por si la distancia a la que te precipitases no fuese suficiente mal, nos pudimos dar cuenta de que tu caída te llevaba de vuelta al centro de la boca de ese volcán.

La maldad parece vibrar de una manera diferente, ya que en cuanto esto se produjo la niebla parecía estar esperando a su última víctima. Esta de repente se oscureció como si estuviese alegre de lo que veía su conciencia, si es eso la tiene. Parecía que esta le dijese «ahí está lo que esperabas, prepárate».

»Nosotros nos mirábamos atónitos. La desesperación comenzaba a sentirse, ya que el dragón era incapaz de dar la vuelta tan rápidamente. Como podéis imaginar un ser tan grande necesita de un tiempo y un espacio adecuados para poder maniobrar.

»Nosotros, presa de toda desesperación contemplando la caída de tu cuerpo inerte al vacío, nos miramos los unos a los otros, y en cuestión de décimas de segundo, a mí llegó una idea. Esta reflexión como si de una explosión se tratase llenó toda mi mente. Solo les dije a mis hermanos: «No estoy dispuesto a dejarlo ahí solo». Así que yo salté tras ese cuerpo inerte.

En ese momento lo interrumpí.

—Pero tú estás loco, ¿cómo podrías ayudarme así, matándote tú?

Pero un segundo después de nuevo le di un gran abrazo, no de agradecimiento más bien de hermandad. Él respondió a mi abrazo con un tierno lametazo, y prosiguió el relato.

—Oyam automáticamente quiso hacer lo mismo, pero el dragón

le dijo: «Que no se te ocurra, no te muevas de donde estás; con un loco ya es suficiente. Condenado lobo, tenía que haberlo pensado mejor».

»En la caída, como mi peso es superior al tuyo, poco a poco fui ganando terreno pues también mi posición era más aerodinámica, hasta que te alcancé e incluso llegué a rebasarte. En ese instante pensé. «Bueno, así lo estaré esperando abajo». Pero cuál fue mi gran sorpresa cuando pude atisbar que algo a la velocidad del rayo se acercaba. Sin mucho esfuerzo llegó a donde te encontrabas, tu caída se detuvo y te quedaste suspendido en el aire. Pude ver que esto se produjo cuando unas grandiosas alas de color blanco se desplegaron.

»Por supuesto al momento todos sabíamos quién era. Nuestro hermano selegna había vuelto. A decir verdad, al verte a ti ya a salvo lo que a mí me ocurriese lo mismo daba, ni pensaba en lo que allí abajo debía de estar esperándome ni nada que se le pareciese. Estaba muy contento, eso era lo más importante.

»Di media vuelta en el aire sin oponer ningún tipo de resistencia, tan solo me dejaba caer sabiendo que mi final estaba ya pronto. Mi descenso se iba acrecentando a más y más velocidad. A tan solo unos metros de la boca del volcán me vi frenado de repente. En cuanto pude mirar vi que otro de esos primorosos seres me mantenía en el aire amparándome de esa irremediable caída. ¡Cuánto amor sentía ese ser por nosotros, al tan poco le habíamos dado! Tan solo le habíamos concedido la liberación, cosa de la que mucho me alegró. Esta entelequia me dijo: «¡Ay maese Lobo! ¿Qué te creías, que después de tanto sufrir os íbamos a abandonar a vuestra suerte? Has de saber que los grandes maestros están siempre pendientes, ellos se sienten plenamente felices de vuestras hazañas; pues aquel que en riesgo pone su vida para salvaguardar a la de otro es digno de llegar al confín de su edad y disfrutar así de una dulce vejez».

»Este resplandeciente ser volvió a posar mis cansados huesos en el lomo del dragón. Me miro y sonriendo desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido.

Sin embargo a ti el selegna te trajo hasta el lugar en el que ahora te hallas, pues tú lo necesitabas. El aun no se ha marchado.

»Pero bueno, basta ya de explicaciones, debo de dejarte ya, tu hermosa dama también debe dejarte ahora pues la reina aguarda.

—¿Podéis decirme a dónde vais vosotros? ¿Es que no podéis acompañarme?

Miré a mi amada y Lobo volvió a hablar.

—Su majestad querrá que le contéis vuestro lado de la historia, supongo.

No estaba de acuerdo, tenía mil preguntas.

—Pero ¿dónde se hayan Oyam, el monje, Gordi y Lut? ¿Dónde está todo el mundo?

Mi amada me acarició para calmarme y me dijo.

—Como ya sabes esta ha sido una semana muy dura, sin bebida ni comida, ni nada que se le pudiese parecer. Por lo tanto puedes imaginar en donde se hallan metidos. Incluso maese Lobo ha interrumpido su comida para venir hasta aquí.

La miré y de nuevo la besé. Al momento alejé mi rostro y le pregunté:

—Está bien, pero por favor indícame cuanto menos hacia dónde me debo dirigir.

Sonriendo como siempre cogió mí cabeza, me la giro un poquito y con gran dulzura me dijo.

—Mira allá en lo alto, ¿ves la tienda que allí se encuentra? Es la más grande, no tienes perdida, dirige tus pasos a allí sin miedo ni duda.

Con mi cabeza como un globo y mi estomago cabreado, totalmente desorientado y sin saber lo que debía hacer, cogí a mi virgen por la cintura, y la besé con la pasión que el amor es capaz de ofrecer, tan solo con la que el enamorado puede ofrecer al ser amado. En ese momento Lobo aulló con frenesí y dijo:

—Debo volver a buscar a la madre de mis hijos, pues creo que la voy a necesitar.

Yo miré a mi amada y al oído le dije:

—Con todo el dolor que una separación en estos momentos de flaqueza me ofrece, debo de marchar pues cuanto antes lo haga antes estaré de vuelta. ¡Hasta ahora mismo!

Me giré y ellos lo mismo hicieron, como si me hubiesen clavado una daga en mi corazón. Cada paso que de ella me alejaba era un nuevo cuchillo que en mí se introducía.

Por si fuera poco por allí olía tan bien y yo tenía tanta hambre… De verdad no sabía si dirigir mis pasos a la tienda o al lugar del que este maravilloso olor a carne estofada venía. La reina bien podría esperar un poco más, pero mi estómago estaba a punto de hacerme desfallecer de nuevo.

Además tengo que contarle todo lo que había ocurrido. Sabiendo lo que su majestad y ese ente sentían el uno por el otro, no sé el tiempo que necesitaré para llevarlo a cabo.

Amigo mío, valor pues nada más nos queda.

Así fue que encaminé mis pasos en dirección contraria al lugar que mi estomago reclamaba, tan solo pensaba en la comida y mi amada. Pero mis pasos corrían en la dirección en la que mi reina me esperaba.

Sin mucha tardanza llegué a las puertas de la estancia de su majestad, o eso se podía decir pues era el lugar que me habían indicado.

Cabizbajo abrí esas puertas de tela que me velaban e impedían el paso al interior. Para ser una tienda era bastante grande, se asemejaba a una gran carpa de las que los tuareg utilizan.

Debo de volver a decir que esta era la más grande de todas. Frente a la puerta se hallaba un largo pasillo, al fondo en un sitial elevado se encontraba la reina, bañada en todo el esplendor que ella irradiaba.

La estancia se hallaba bajo el influjo de una luz muy tenue, en ella nada se podía ver con precisión, tan solo se hallaba completamente iluminado el sitial de la reina.

La reina en ese momento me dijo:

—¿Qué es lo que te ocurre, no me dirás que el miedo te atenaza? Pero no creo tal, después de lo que has visto y contra lo que tu ser sé ha tenido que enfrentar, verdaderamente no creo que ya el miedo en ti crezca jamás´. Anda, ven a dar un abrazo a esta que ya hace tiempo lo espera.

Agaché mi cabeza y hablé de la siguiente manera:

—Mi majestad, tenéis como siempre todo el conocimiento que

es preciso para ver en mí. Tan solo puedo decir que mi abrazo espera también el cariño que siempre estás dispuesta ofrecer.

En ese instante mis pasos con una fuerza imprecisa caminaron firmes al lugar en el que su majestad se hallaba sentada.

En ese preciso momento un olor a un buen asado asaltó mi olfato. Este era más intenso y cercano. Por un instante me daba la fuerte impresión de hallarme rodeado por suculentos manjares de todo tipo. De repente me asaltó un pensamiento. «¡Ay esta imaginación mía! Es normal con mi gran inventiva más la ayuda de un estomago retorcido por estar vacío, presa de la mayor de las hambrunas que yo allá podido padecer. Es normal que se alíen los dos y llegue a formar todo lo que es irreal en aparente realidad».

Cuando ya con estas divagaciones me encontraba en la mitad de la estancia, comenzaron a encenderse las luces una tras otra, daban la impresión de una serpiente de luz que comenzaba a vivir y ser visible. Al momento toda aquella estancia se hallaba totalmente iluminada, ahora multitud de luces se veían por todas partes, hasta en un principio molestaba a mis abatidos ojos.

Pero gracias a las luces pude comprobar que mi olfato y mi estomago no se equivocaban.

Me hallaba rodeado por exquisitos manjares, por todas partes había mesas largas en las cuales estos reposaban. Pero más grato era para mí, aunque parezca imposible, el que me hallase rodeado por todos mis hermanos y amigos. También había simplemente conocidos o simples desconocidos. Todos a allí habían venido pues nadie se lo quería perder.

Una grata alegría me dio ver allí que en la parte derecha de la reina, al fondo del todo, se encontraba ese grandioso ser, el gran dragón, acostado tranquilo y sonriente.

Él, con un ademán de su cabeza, hizo lo que pude adivinar como una profunda reverencia. Yo a mi vez contesté a este colosal amigo con otra reverencia hacia su persona.

Al otro lado de su majestad se hallaba el selegna, ese ser que tanto había dado por nosotros, aquel que incluso sus alas había abrasado por darnos su protección. Al que tanto le debo, aquel que por último en

el momento más duro de mi existencia había aparecido para salvar mi vida y traerme de nuevo a la seguridad de lo que puedo llamar mi hogar. ¡Ay, cuánto debo a este ser tan maravilloso!

Él al verme extendió sus alas, con ello pude comprobar el poderío de su candor. Pude constatar que ni tan siquiera la más pequeña de sus plumas se hallaba dañada.

En el centro mi reina seguía allí esperando por mí.

Lut también estaba allí, él seguía con esa cara de pasmado que todavía no le había desaparecido. Pero la cambió un poco al verme ya que se puso muy contento.

De repente un ser se apresuraba corriendo hacia mí, ¿sabéis de quien se trataba? Por supuesto no podía ser otro, era mi hermano Oyam. Cuando llegó a mi altura me abrazó fuertemente. Sus lágrimas mojaban mi cuello y con ellas yo, poco a poco, comenzaba a darme de cuenta lo mal que ambos lo habíamos pasado. El monje y Gordi lloraban profusamente mientras se acercaban. Más atrás venía Lobo, que con la luz de la dulzura en su mirada me pedía perdón por el pequeño engaño.

Miré de soslayo pude ver que en una esquina al lado de la puerta ¿cómo no?, el portero también lloraba de júbilo y portaba su más hermoso chaleco. Esa sonrisa que en su rostro habitaba le daba un aspecto todavía si cabe de más bonachón.

¿Y cómo no?, mi virgen también estaba allí, esta con un vestido blanco que llegaba hasta los pies, parecía una túnica inmaculada preparada para cualquier servicio que tuviese que hacer. Ella sin poder aguantar se levantó y se puso aplaudir. Tras ella todos los presentes lo mismo hicieron y ese aplauso se volvió unánime.

En unas largas mesas con sus concernientes sillas preparadas todos nos sentamos, esto iba a ser todo un festín. Encima de estas mesas había todo cuanto vuestra memoria imaginación y estomago puedan recordar.

Está bien saber que en esos momentos yo ya no podía aguantar las lágrimas, y entre tanta emoción y el hambre pensé que me volvería a desplomar de un momento a otro.

Con mis lágrimas al igual que ocurre con el orvallo que en una

templada noche de primavera no ves como cae pero acaba empapándolo todo, así se hallaba mi rostro de mojado.

Oyam y mis hermanos a mi lado lloraban por la felicidad que representa la unión más allá de toda esperanza fusionada por la desesperada muerte, la cual ahora escapa humillada por no podernos atrapar.

De repente un fuerte crujido hizo que mi cabeza se levantase para comprobar de qué se trataba aquel sonido. Este era como cuando se arranca un árbol de raíz. Bien, al levantar la vista pude comprobar que de repente allí se había formado un hermoso arco con las raíces de un gran ser, al cual todos conocemos ya.

—Pero ¿cómo puede ser, tú también aquí? —exclamé llevado por la emoción.

—Así es, y todo ha sido gracias a vosotros; pues con anterioridad, como te podrás acordar, aquí todo se hallaba yermo y sin vida. Eso era debido a la maldad que en este lugar se había instaurado. Lo malo no era tan solo eso, lo peor era que este mal comenzaba a extenderse, haciéndose cada vez más grande y potente. Como puedes imaginar esa maldad comía terreno a mi reino vegetal dejando a su paso solo fallecimiento y devastación de la materia viva. No podía luchar contra ello, pues yo debo de nutrirme de los elementos, y como habrás comprobado ni tan siquiera ellos tenían cabida en este lugar. Pero todo eso ya pasó.

Así fue que me extrañó lo que dijo así que al momento hablé:

—Debo de decirte una cosa mi maestro y amigo, no te creas todo lo que se te dice. Pues hasta en el más horrible de los antros te puedes llevar una agradable sorpresa. ¿No es así Oyam?

Oyam me sonrió, pues al momento sabía qué quería decir.

—Así es, y son tan agradables que incluso te parecen increíbles.

Este sabio ser, rey de todo vegetal, se extrañó mucho de lo que decíamos.

—¿Pero a qué os estáis refiriendo?

Al ver su estado decidí hablar de nuevo.

—Imagínate que en el reino de todo lo muerto y pútrido, lugar de toda alteración y desesperación, el elemento Agua, mi hermana, tenía un pequeño reino. En este sus aliados, el fuego, el aire y la tierra ya esta-

ban allí representados aunque no se manifestasen en ese momento. Allí los elementos tenían un reino puro pues el sol entraba por un agujero, por el cual se colaba el agua y el aire alimentando a la tierra. Esta a su vez dio paso a un pequeño y maravilloso reino de vida. Un jardín cargado de flores y otras formas vegetales, incluso algún animal también allí tenía su existencia. Gracias a ella estoy aquí ya que fue quien me curó. Así pude seguir adelante, si no fuese por la unión de los elementos yo no estaría aquí en este momento. Mirad mi mano, que gracias a ella todavía se halla en mi brazo.

En ese instante alcé la mano para que todos los que en ese lugar se hallaran pudiesen así verla. Pero el problema fue lo que en mi interior se despertó en el momento en que al alzar la mano llegó a mi nariz un olor a carne podrida, el cual incluso ocultó el olor de las esplendidas viandas que allí se ofrecían para ser comidas.

En ese preciso momento miré mi mano con el susto propio que se tiene cuando se sabe que lo que vas a ver no es lo que quisieras observar.

El aspecto que mi mano tenía era horrible. Ella estaba completamente hinchada, conservaba un color amoratado medio verdoso por partes, e incluso a la altura de la muñeca su color se volvía amarillento, como cuando se produce una contusión. En ese momento yo en medio de la histeria, al ver mi mano así comencé a chillar:

—¡Esto no pude ser posible!, si el agua curó su mal. ¡Esto no puede ser!

En ese instante subió a mi persona un calor extremo. Sentí como mis oídos zumbaban. Al momento tuve la impresión de que me estaba cayendo a no se sabe dónde. Pero realmente tampoco importa pues simplemente me dejaba ir.

Final de libro segundo

Este segundo volumen muestra una forma de comprender la vida en estado material. En cierta medida se ve más clara la implicación y la manipulación de la sociedad, manifestando el abismo social al descubierto. Realmente, casi como cualquiera puede llegar a percibir.

El primer capítulo muestra la reacción de un despertar en este mundo. Para el protagonista es muy difícil abstraerse de la realidad que se descubre ante sus ojos. Le parece tan solo una cruenta prueba. Los siguientes capítulos nos llevan a la zona más sombría del ser, en la cual todos podemos caer.

No es un libro, es una herramienta más.

Desde este humilde rincón llamado universo. Muchas gracias.